

# LA ARQUITECTURA DOMÉSTICA DE ÉPOCA TURDETANA EN EL BAJO GUADALQUIVIR



**Tesis doctoral escrita por M<sup>a</sup> Teresa Serrano Martín  
bajo la dirección de la Profesora D. María Belén Deamos  
Departamento de Prehistoria y Arqueología  
Facultad de Geografía e Historia  
Universidad de Sevilla  
Octubre de 2015.**





*Para Sophia*

*“Zwei Dinge sollen Kinder von ihren Eltern bekommen:*

*Wurzeln und Flügel.”*

J. W. von Goethe

# Índice

<b>I.Introducción.....</b>	<b>1</b>
I.1.Presentación.....	1
I.2.Objetivos.....	4
I.3.Metodología.....	6
I.4.Agradecimientos.....	11
<b>II.Turdetania y Turdetanos.....</b>	<b>12</b>
II.1.Marco cronológico y contexto histórico.....	12
II.2.Territorio y poblamiento.....	17
II.2.1.Marco geográfico.....	17
II.2.2.El paisaje del Bajo Guadalquivir en el I milenio a.C.....	24
II.2.3.El poblamiento.....	25
II.2.4.Las ciudades turdetanas.....	27
II.3.Los turdetanos.....	33
II.3.1.Los turdetanos en las fuentes Clásicas.....	33
II.3.2.Turdetanos versus iberos. ....	52
II.3.3.Tartesios y turdetanos.....	63
<b>III.La arquitectura doméstica de época turdetana en el Bajo Guadalquivir.....</b>	<b>67</b>
III.1.La arquitectura doméstica de época turdetana en la provincia de Huelva. .	67
III.1.1.La Tierra Llana de Huelva.....	67
III.1.1.1.Onoba (Huelva).....	67
La documentación arqueológica.....	73
Calle Puerto nº 10.....	75
Calle Botica nos 10-12.....	76
Plaza de Quintero Báez.....	80
Calle La Fuente nos 13-15.....	81
Calle Méndez Núñez nº 5.....	82
Calle Méndez Núñez nº 8.....	84
Calle Fernando el Católico nº 10.....	89
Calle Tres de Agosto nºs 9-11.....	90
Calle Puerto nº 12.....	91
Calle Fernando el Católico nº 9.....	100
Calle Puerto nº 22.....	101

Calle La Fuente nos 19-21.....	102
Calle Méndez Núñez nos 7-13 esquina Plaza de las Monjas nº 12	104
Calle San Salvador esquina Calle Fernando el Católico.....	105
Plaza de San Pedro nos 4-5.....	106
Calle La Fuente nº 21 .....	106
C/ Puerto nº 29.....	107
III.1.1.2.Ilipla (Niebla).....	116
La documentación arqueológica.....	118
Precedentes.....	120
Intervenciones arqueológicas en la segunda mitad del siglo XX.....	121
La Puerta de Sevilla y su entorno.....	121
El Desembarcadero.....	129
Plaza de la Feria nº 1.....	134
III.1.1.3.Tejada la Vieja (Escacena del Campo).....	139
La documentación arqueológica.....	142
Excavaciones de Blanco y Rothenberg.....	142
Excavaciones del Servicio de Arqueología de la Diputación Provincial de Huelva.....	153
Campaña de 1983.....	153
Campaña de 1984.....	154
Campaña de 1985.....	155
Campaña de 1986.....	158
Campaña de 1987.....	163
Campaña de 2006.....	164
III.1.2.El Andévalo.....	179
III.1.2.1.El Cerquillo (Montes de San Benito, El Cerro de Andévalo).....	179
La documentación arqueológica.....	179
III.2.La arquitectura doméstica de época turdetana en la provincia de Sevilla. .	182
III.2.1.La Ribera del Guadalquivir.....	183
III.2.1.1.Ilipa (Alcalá del Río).....	183
Trabajos Arqueológicos.....	185
Pasaje Real nos 2-4.....	186
Calle La Cilla nos 4-6.....	186
Calle Antonio Reverte nos 42-44.....	190
Calle Antonio Reverte nos 26-28.....	192
III.2.1.2.Cerro Macareno (La Rinconada).....	193
La documentación arqueológica.....	194
Campaña de 1974.....	195

Campaña de 1976.....	203
III.2.1.3.Cerro de La Cabeza (Santiponce).....	207
La documentación arqueológica.....	207
III.2.1.4.Pajar de Artillo (Santiponce).....	209
III.2.1.5.Hispal (Sevilla).....	213
La documentación arqueológica .....	215
Cuesta del Rosario.....	215
Calle Argote de Molina nº 7.....	218
Calle San Isidoro nº 21.....	221
Calle Aire nº 12.....	223
Calle Mármoles nº 9.....	224
Calle Abades nos 41-43.....	224
Calle Muñoz y Pabón nº 8.....	227
Palacio Arzobispal de Sevilla, Sector Archivos y Tribunal.....	228
III.2.1.6.Caura (Coria del Río).....	233
La documentación arqueológica.....	233
Cerro de San Juan .....	233
III.2.1.7.Oripipo (Dos Hermanas).....	235
La documentación arqueológica.....	236
III.2.1.8.Nabrisa (Lebrija).....	237
La documentación arqueológica.....	238
III.2.2.Los Alcores.....	240
III.2.2.1.Carmo (Carmona).....	240
La documentación arqueológica.....	243
Excavaciones en el Raso de Santa Ana .....	244
Plaza de San Fernando nº 11.....	249
Calle José Arpa nº 3.....	250
Plazuela del Higueral nº3.....	251
Calle Higueral nº 2.....	253
Calle Costanilla Torre del Oro s/n.....	253
Calle Arellano nº 7.....	255
Calle Juan de Ortega nº 24.....	256
San Teodomiro nº 51.....	261
Calle Diego Navarro nº 38.....	262
Calle Diego Navarro nº 1.....	265
III.2.3.La Campiña.....	273
III.2.3.1.Astigi Vetus (Écija).....	273
La documentación arqueológica.....	275

Calle Merced nº 5.....	275
Calle Mármoles nº 6 y Calle Mármoles esquina Calle Miguel de Cervantes.....	276
Calle San Marcos nº 27 - Puente nº 46.....	278
Calle Alcázar nº 38.....	279
Calle Virgen de la Piedad nº 16, esquina Calle Regidor y Calle Olivares.....	280
Calle San Bartolomé nº 3.....	280
III.2.3.2.Alhonor (Herrera/Écija).....	285
La documentación arqueológica.....	285
III.2.3.3.Montemolín-Vico (Marchena) .....	291
La documentación arqueológica.....	291
III.2.3.4.Urso (Osuna).....	296
La documentación arqueológica.....	296
III.2.3.5.Astapa (Estepa) .....	298
La documentación arqueológica .....	299
III.2.4.El piedemonte de Sierra Morena.....	301
III.2.4.1.Mesa de Setefilla (Lora del Río).....	301
La documentación arqueológica.....	302
III.3.La arquitectura doméstica de época turdetana en la Bahía de Cádiz.....	306
III.3.1.Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María).....	311
La documentación arqueológica.....	312
III.3.2.Las Cumbres (El Puerto de Santa María).....	316
La documentación arqueológica.....	316
III.3.3.Cerro del Castillo (Chiclana).....	319
La documentación arqueológica.....	319
<b>IV.La arquitectura doméstica de época turdetana.....</b>	<b>325</b>
IV.1.Materiales y técnicas constructivas.....	325
IV.1.1.Piedra.....	327
IV.1.2.Tierra.....	328
IV.1.3.Madera.....	331
IV.1.4.Otros materiales constructivos.....	332
IV.2.Elementos y sistemas de construcción.....	334
IV.2.1.Acondicionamiento del terreno.....	334
IV.2.2.Los cimientos.....	334
IV.2.3.Los muros.....	335

IV.2.3.1.La construcción en piedra.....	335
IV.2.3.2.La construcción con tierra.....	338
a. El adobe .....	339
b. El tapial.....	344
IV.2.4.Los vanos .....	346
IV.2.5.Las cubiertas .....	348
IV.2.6.Los pavimentos.....	351
IV.2.7.Los revestimientos.....	356
IV.3.Plantas y dimensiones.....	359
IV.4.Organización del espacio interior.....	365
IV.5.Equipamiento doméstico.....	369
IV.5.1.Bancos.....	369
IV.5.2.Hogares.....	370
IV.5.3.Hornos.....	372
IV.5.4.Otras estructuras.....	373
IV.6.Metrología.....	375
IV.7.Estudio de las funcionalidades.....	378
IV.8.Propuestas de reconstrucción.....	381
IV.9.La tradición oriental en el origen de la arquitectura turdetana.....	385
IV.9.1.Fenicios en el sur de la Península Ibérica .....	386
IV.9.2.La presencia púnica en el Valle del Guadalquivir.....	389
IV.9.3.La tradición oriental en la arquitectura doméstica turdetana.....	391
<b>V.Conclusiones.....</b>	<b>395</b>
<b>VI.Bibliografía.....</b>	<b>403</b>
<b>VII.Índices de tablas e ilustraciones.....</b>	<b>437</b>
VII.1.Índice de tablas.....	437
VII.2.Índice de ilustraciones.....	438

## I. Introducción

### I.1. Presentación.

El diccionario de la Real Academia Española de la Lengua define la vivienda como un “lugar cerrado y cubierto construido para ser habitado por personas”, con independencia de los materiales que se hayan empleado en su construcción, de su forma y de su aspecto. Pero la vivienda es algo más que un lugar de refugio y habitación, tanto si consta de un único espacio, como si está dividida en varios espacios destinados a distintas funciones (Belarte 1996). En las sociedades preindustriales la unidad doméstica funcionaba como una de las principales “células de actividad económica y política”, y por supuesto de reproducción social (Bermejo 2011: 27).

Más allá de los aspectos materiales y formales, las viviendas aportan una valiosa información sobre los grupos humanos que las idearon y construyeron. Son un “microcosmos” en el que quedan reflejados las conductas, hábitos, concepciones ideológicas y la estructura social de una comunidad, de ahí que su estudio no debe limitarse a analizar el plano material y físico (materiales, técnicas constructivas, etc.), sino que también debe incluir el “plano ideal”, es decir, la ideología que está detrás de la concepción del espacio (Bermejo 2011). Desde el punto de vista de la sintaxis espacial, corriente que se puso de moda en los años ochenta del pasado siglo, el diseño y la configuración del espacio interior de la vivienda son un reflejo de la estructura social del grupo humano que la habita; su división interna nos puede indicar la posible existencia de subgrupos y la relación entre ellos (Adánez 1986).

Los estudios recientes diferencian entre arquitectura doméstica, todo lo que se refiere a la casa como contenedor, y espacio doméstico que incluye el contenido (Belarte 2013). También se emplea el término unidad doméstica para englobar tanto el espacio habitacional como a sus ocupantes (*Idem*).

El marco cronológico de nuestro estudio se extiende desde fines del siglo VI a.C. hasta fines del III a.C. aproximadamente, cuando la cultura que llamamos turdetana se va transformando paulatinamente, a medida que sus habitantes se integran en la

órbita romana. En este largo período de tiempo la Turdetania y sus habitantes sufrirán una serie de acontecimientos, políticos, económicos y sociales que quedan reflejados en el registro arqueológico, y por su supuesto en su arquitectura doméstica.

Los trabajos arqueológicos desarrollados en la primera mitad del siglo XX tenían como objetivo prioritario conocer la evolución diacrónica de los yacimientos, por lo que se realizaban generalmente sondeos estratigráficos, que permitían estudiar las secuencias cronológicas y culturales, pero no conocer las dimensiones y plantas de las estructuras arquitectónicas. Por otro lado, en la mayoría de los trabajos arqueológicos no existía una sistematización en la recogida de la información, que en muchas ocasiones no queda debidamente registrada y por lo tanto se puede considerar perdida para siempre. La mayoría de las excavaciones realizadas en extensión en aquellos tiempos recogían escasas referencias metrológicas sobre las estructuras constructivas, a veces un plano en el que aparece la escala, las cotas y poco más, y que por la excesiva reducción de tamaño o por su mala calidad no permite realizar cálculos sobre las dimensiones de las estructuras documentadas.

La mayoría de las excavaciones en las que se han documentado restos de posibles viviendas de época turdetana se han realizado a finales del siglo XX y principios del XXI, cuando la Arqueología en nuestro país había avanzado considerablemente y tenía ya un cuerpo teórico y metodológico propio, científico y sólido. Por otro lado, dada la ocupación continuada de muchos núcleos protohistóricos, como es el caso, entre otras, de las ciudades de Huelva o Sevilla, la mayoría de las intervenciones arqueológicas en los solares en los que se ha ido edificando se han reducido a seguimientos de obras y sondeos estratigráficos, y solo en algunos casos se ha realizado una excavación arqueológica más extensa. Pero estas intervenciones contaban con las limitaciones propias de las excavaciones urbanas, en las que por su propio carácter de urgencia o salvamento el tiempo es un factor determinante. Además la extensión de la superficie de excavación es limitada y en muchos casos esta se ve reducida por los cimientos, pozos negros y canalizaciones de época moderna, que además pueden afectar, total o parcialmente, a la gran parte de los niveles arqueológicos protohistóricos. Por otro lado, las excavaciones de urgencia no responden a los objetivos e hipótesis de una investigación, por lo que en definitiva solo contamos con una serie de datos fragmentarios e inconexos, lo que dificulta su interpretación.



Se han excavado pocos yacimientos en extensión, salvo casos excepcionales, como el yacimiento de Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva), ciudad que fue abandonada en el siglo IV a.C., y que no volvió a ocuparse, lo que ha permitido la excavación en extensión de gran parte del yacimiento. En Tejada se han excavado unos 3.000 m<sup>2</sup> aproximadamente, en los que podemos observar y estudiar con exactitud las plantas de las viviendas, las técnicas constructivas empleadas y el urbanismo correspondiente a los momentos finales del yacimiento. En la provincia de Sevilla contamos con el yacimiento de Alhonor, excavado en la década de los 70 y principios de los 80 por L. A. López Palomo, sacando a la luz un poblado protohistórico amurallado en muy buen estado de conservación, que tendría unas 15 ha aproximadamente.

En definitiva, la mayoría de la información que poseemos procede de sondeos parciales o excavaciones de urgencia en núcleos urbanos, es decir, intervenciones condicionadas por exigencias administrativas y técnicas que limitan la actuación arqueológica. En otros casos los datos proceden de excavaciones antiguas, en las que no se emplearon los métodos de registro de la información adecuados, por ejemplo ciertas técnicas constructivas de barro no estaban bien definidas, ni terminológica ni descriptivamente, por lo que a veces no eran detectadas en el registro arqueológico debido al propio desconocimiento de los excavadores, y otras veces eran accidentalmente destruidas y por lo tanto definitivamente perdidas. Por estos motivos hay que ser cautos a la hora de interpretar los datos que tenemos, pues podemos caer en conclusiones erróneas. Pese a todas estas limitaciones, intentaremos ir más allá de la mera descripción y clasificación tipológica de los restos constructivos y profundizar en el conocimiento de la arquitectura doméstica turdetana.

## **I.2. Objetivos.**

Tras una primera aproximación al estudio de la arquitectura doméstica turdetana en nuestro Trabajo de Investigación<sup>1</sup>, ahora nuestros objetivos son más amplios y ambiciosos, abarcando un área geográfica mucho más extensa y planteándonos nuevas perspectivas y enfoques en el estudio e interpretación de los restos arquitectónicos que pretenden ir más allá de la recopilación y descripción de los vestigios materiales. Los principales objetivos de este trabajo son:

- Recopilar de forma exhaustiva y detallada toda la información existente y disponible sobre la arquitectura doméstica de época turdetana en la región del Bajo Guadalquivir antiguo.
- Reunir toda la documentación a nuestro alcance sobre las viviendas de época turdetana (descripciones, medidas, planimetrías, etc.), que será la base de nuestro estudio y que le dará una validez científica.
- Comprobar la existencia o no de patrones o modelos constructivos turdetanos en la zona del Bajo Guadalquivir. En cuanto a los edificios domésticos hallados en los diferentes yacimientos estudiados parece que se observan una serie de características comunes, como son el tipo de planta, la técnica constructiva, etc., lo que nos permiten hablar de una arquitectura doméstica turdetana. Se trata de edificaciones sencillas, de una o varias estancias, pero con un concepto claro del espacio y una planificación previa, lo que invalida la imagen tradicional de la arquitectura turdetana y de otros pueblos coetáneos como humilde y pobre, en comparación con las construcciones griegas, etruscas, por ejemplo (García y Bellido 1985: 246).
- Establecer qué elementos y características arquitectónicas son propias de la tradición local y cuáles son fruto de las influencias orientales. A partir del análisis de los datos que tenemos hasta el momento sobre las viviendas de época turdetana, parece que podemos afirmar la existencia de una arquitectura doméstica turdetana consolidada, basada en modelos orientales previos pero con unos rasgos

---

<sup>1</sup> Trabajo de 3<sup>er</sup> ciclo presentado en el año 2010 en la Universidad de Sevilla, con el título: "La arquitectura doméstica de época turdetana en la provincia de Huelva", bajo la dirección de la profesora María Belén Deamos.

distintivos.

- Elaborar hipótesis viables de reconstrucción de las viviendas de época turdetana.

A pesar de la escasez de excavaciones en extensión de hábitats turdetanos y con los insuficientes datos con los que contamos, se plantea la necesidad de recrear virtualmente prototipos de edificaciones domésticas turdetanas. En esta línea se ha venido trabajando en otras zonas peninsulares con la ayuda de la arqueología experimental, que está dando muy buenos y fiables resultados. Cabe citar el caso del laboratorio al aire libre de arqueología experimental existente en El Vendrell, Tarragona (Morer *et alii* 2000), en el que se han llevado a cabo varios experimentos sobre arquitectura protohistórica, siendo para nosotros de especial interés aquellos basados en los datos de dos yacimientos de época ibérica, Alorda Park (Calafell, Tarragona) y Barranc de Gáfols. Estos trabajos experimentales tenían el objetivo de verificar las hipótesis de reconstrucción que se han venido planteando, comprobar la viabilidad de las construcciones desde el punto de vista estático y también su eficacia respecto a la función atribuida, además de evaluar el rendimiento del trabajo realizado, es decir, evaluar la productividad del trabajo invertido en relación a la superficie útil obtenida.

### **I.3. Metodología.**

La primera fase de nuestro trabajo ha consistido en la recopilación y revisión de toda la bibliografía sobre arquitectura doméstica de época turdetana. Para ello hemos partido de la información contenida en el *Anuario Arqueológico de Andalucía*, donde se publicaban de forma anual, desde el año 1985 hasta el 2006, los informes de los trabajos arqueológicos desarrollados en las distintas provincias andaluzas. Hemos revisado y seleccionado todas las intervenciones arqueológicas en las que se han documentado niveles de ocupación prerromanos, deteniéndonos a estudiar las unidades estratigráficas correspondientes a época turdetana y verificar si se habían documentado estructuras constructivas. Cuando se daba el caso, hemos registrado y analizado los restos constructivos y sus características edilicias, así como los materiales arqueológicos asociados a ellos, para comprobar su carácter doméstico. A partir de estos momentos, hemos hecho una búsqueda bibliográfica más amplia y exhaustiva de los resultados publicados sobre esa intervención arqueológica.

Lamentablemente los estudios sobre arquitectura doméstica de época protohistórica en la zona del Bajo Guadalquivir son prácticamente inexistentes hasta hoy, por lo que hemos recurrido a la revisión de la bibliografía publicada sobre este tema en otras zonas de la Península ibérica, siendo las regiones del noreste y el Levante peninsular las que mejores y más numerosos estudios ofrecen sobre el tema (entre otros, Abad 1996; Abad y Sala 1993; Belarte 1997 y 2009; Bonet y Pastor 1984; Santos 1989; Vives-Ferrándiz 2013).

También, de forma paralela y complementaria, la comunicación y el contacto con otros investigadores nos ha permitido acceder a documentación e información inédita, muy valiosa para nuestro trabajo.

A partir de la consulta de todas estas fuentes de documentación, hemos recopilado, siguiendo unos criterios geográficos, toda la información disponible sobre arquitectura doméstica turdetana de los diferentes trabajos arqueológicos realizados en los yacimientos estudiados del Bajo Guadalquivir. Para facilitar la comprensión y visión global de esta información hemos sintetizado toda la documentación arqueológica de cada yacimiento en una tabla, lo que nos permite un análisis más efectivo de los datos. Pero nos hemos encontrado con que el volumen y detalle de la información sobre estructuras domésticas de época

turdetana en las excavaciones estudiadas es muy desigual, por lo que los contenidos de las tablas no son totalmente homogéneos. Pese a ello se ha procurado que tengan unos campos comunes (año de la intervención, bibliografía publicada) y la mayor cantidad de información posible sobre las estructuras constructivas y su cronología. Nos hemos centrado en las estructuras constructivas de época turdetana y de clara función doméstica, aunque también hemos recogido algunas estructuras de época anterior para poder comparar los materiales y las técnicas constructivas.

En cuanto a la estructuración de la tesis, la exposición de los contenidos se organiza en cuatro grandes bloques, a los que añadimos un quinto y último apartado en el que se recoge la bibliografía consultada para la realización de este trabajo.

En una primera parte introductoria, se incluyen los tres puntos comprendidos en este apartado: presentación de la tesis, objetivos propuestos y metodología del trabajo.

El segundo bloque de contenidos está integrado por cinco apartados, que intentan ser una aproximación a la cultura turdetana y su contexto histórico, incluyendo una revisión de la información contenida en las fuentes clásicas al respecto. En los dos primeros intentamos establecer, de una manera flexible, el marco cronológico y geográfico en el que se desarrolló la civilización turdetana, para posteriormente, y tras el análisis de las fuentes escritas, intentar definir quiénes fueron los turdetanos y cuál fue su relación con la cultura ibera y con sus predecesores, los tartesios.

La tercera parte de este trabajo se centra en la arquitectura doméstica de época turdetana en el Bajo Guadalquivir. En un primer capítulo se analizan los datos disponibles sobre las viviendas turdetanas obtenidos en las diferentes intervenciones arqueológicas realizadas en yacimientos ubicados en el área del Bajo Guadalquivir. Para poner orden en la descripción de los yacimientos hemos partido de la propuesta de los profesores J.L. Escacena Carrasco y M. Belén Deamos en el artículo titulado “El poblamiento en la Baja Andalucía durante los siglos V-IV a.C.”, publicado en 1997. A partir de las grandes áreas establecidas por estos autores hemos delimitado tres grandes zonas geográficas en la provincia de Sevilla, La Ribera, Los Alcores y La Campiña, a las que hemos añadido la Tierra Llana de Huelva, el Andévalo onubense y la Bahía de Cádiz<sup>2</sup>.

---

2 Para otros criterios de división geográfica, cf. Ferrer *et alii* 2008.

Partiendo de esta base, hemos ordenado los yacimientos por su localización respecto al cauce del río Guadalquivir, siguiendo el orden desde su desembocadura al curso medio y alto, es decir de oeste a este. Más allá de lo que se considera el límite del Bajo Guadalquivir, la desembocadura del río Genil, se encuentra la ciudad de Écija, que hemos incluido en nuestro trabajo dada la importancia de los restos constructivos de época turdetana documentados en los últimos trabajos arqueológicos.

Para referirnos a los asentamientos turdetanos utilizamos la toponimia antigua transmitida por las fuentes escritas (obras literarias, monedas, inscripciones, leyes, etc.), en aquellos casos más claros, y a continuación recogemos su denominación actual.

A partir de aquí, hemos ido estudiando yacimiento por yacimiento. En el caso de las ciudades las diferentes zonas y solares que se han ido excavando, en el caso de yacimientos que se han podido excavar en extensión las diferentes campañas arqueológicas realizadas. Para describir las diferentes intervenciones arqueológicas realizadas en un mismo yacimiento hemos optado por un orden cronológico, lo que nos permite entender mejor la visión que se tenía de ese yacimiento en cada etapa de la investigación.

En cuanto a la cronología de las estructuras constructivas queremos advertir ya que a veces, cuando creemos que es necesario, nos remontamos en las descripciones a las construcciones del siglo VII a.C., para tener una idea clara de la evolución de la zona estudiada. En la mayoría de los yacimientos estudiados partimos de los niveles de mediados o finales del siglo VI a.C, pues no hay una fecha exacta del inicio de la etapa turdetana.

En el análisis de cada uno de los yacimientos se estudia su ubicación geográfica, sus condiciones naturales y sus características geomorfológicas, lo que nos permite mejor entender la dinámica de poblamiento. A continuación, se recoge la información que tenemos respecto a sus orígenes y secuencia poblacional. Posteriormente se hace una descripción de las evidencias arqueológicas sobre construcciones de carácter doméstico de época turdetana conocidas hasta la fecha. Como complemento gráfico a estas descripciones incluimos planos, dibujos y fotos sobre los restos arquitectónicos, cuando es posible, y también un mapa de la localización de estos en el casco urbano, para poder comprender mejor la extensión del poblamiento y si existían diferentes áreas funcionales dentro de la ciudad. Para

concluir el estudio de cada yacimiento, y cuando el volumen de los datos es considerable, se realiza una recapitulación final de la información más relevante en las tablas.

En un segundo capítulo analizamos detenidamente las características de la arquitectura doméstica de época turdetana, estudiando los diferentes materiales de construcción empleados, las técnicas constructivas, así como los pavimentos y los sistemas de cubiertas. Con los datos disponibles intentaremos analizar los tipos de plantas que se utilizan y las dimensiones de las diferentes estancias así como de las viviendas en conjunto. En otro apartado, estudiamos la existencia y localización de los vanos de acceso y la distribución del espacio interior. También recogemos los diferentes tipos de equipamiento doméstico documentados en el interior de las viviendas, para después analizar la posible funcionalidad de cada estancia. En el penúltimo apartado estudiamos las Influencias foráneas, principalmente fenicias y púnicas, en la arquitectura turdetana. Para finalizar con nuestra propuesta de reconstrucción de las viviendas turdetanas.

En la cuarta y última parte de nuestro trabajo, y a partir de toda la documentación analizada, se desarrolla la síntesis, reflexión y conclusiones sobre la arquitectura doméstica turdetana en el Bajo Guadalquivir. Como ya hemos señalado en las líneas anteriores, en los últimos años se han desarrollado nuevos enfoques y corrientes metodológicas para el estudio de la arquitectura de épocas pasadas. Estas nuevas propuestas reivindican que la información que nos aporta la arquitectura doméstica va más allá de los simples datos materiales, proporcionando una valiosa información sobre valores sociales, ideológicos o culturales. Desde otras ciencias como la Antropología, la Sociología y la Filosofía se han desarrollado modelos teóricos para intentar analizar dicha información (Bermejo 2009: 47).

Un aspecto muy interesante en el estudio de la arquitectura doméstica que, por falta de tiempo y sobre todo por falta de datos, no hemos podido abordar en nuestra investigación, se refiere a los grupos sociales y familiares que residían en las viviendas. El estudio de las dimensiones de las viviendas, su ordenación interna, la distribución espacial de los vanos de acceso, etc. nos permite conocer un poco mejor a los moradores, saber el número de personas que conformaban el grupo doméstico, conocer las relaciones existentes entre ellos, etc., pero la escasez de

plantas completas de viviendas de época turdetana no nos han permitido profundizar en estas cuestiones.

Hemos intentado realizar una primera aproximación al estudio de funcionalidades pero nos hemos encontrado con muchos inconvenientes, como es la falta de información en las memorias de excavación sobre datos de gran importancia como es la ubicación exacta de los materiales arqueológicos. Por lo que hemos decidido no detenernos en nuestro trabajo a enumerar los materiales asociados a las estructuras constructivas, que avalan su condición de domésticas, para no eternizar las descripciones de estas.

Ante la fragmentación de los datos, tampoco nos ha sido posible abordar la ordenación urbana de las viviendas, si estaban agrupadas en un número fijo en manzanas o si formaban barrios diferenciados dentro de las ciudades. Solo hemos recogido la existencia de posibles lugares públicos y hemos hecho una breve referencia a los sistemas defensivos, en aquellos casos en los que existía.

En un último epígrafe recogemos la bibliografía utilizada para la realización de esta investigación. Hemos utilizado el sistema Harvard para las reseñas bibliográficas y citas dentro del texto y para ordenar la bibliografía final. En cuanto a las revistas recogidas hemos optado por unificar el sistema de numeración de todos los ejemplares, antiguos y nuevos, en números árabes.



#### **I.4. Agradecimientos.**

No quisiera seguir adelante sin antes expresar mi agradecimiento a una serie de personas que han sido muy importantes para mí en la realización de este trabajo. En primer lugar quisiera dar las gracias a mi tutora y directora de tesis, María Belén Deamos, por su paciencia infinita y sabios consejos. A Jesús Bermejo Tirado por su ayuda y generosidad. Al profesor Francisco J. García Fernández por su amabilidad y disponibilidad.

También quisiera dar las gracias a mi familia y amigos, sin vosotros este largo camino hubiera sido imposible. A mi pequeña Sophia, que ha compartido sus primeros meses de vida con libros y papeles varios. A David por su incondicional amor y apoyo, gracias por creer en mí. A mis padres y a mis abuelos, por enseñarme con su ejemplo lo que es el trabajo duro y el afán de superación. A mis amigas María del Carmen Iribarren y María del Carmen García por estar siempre a mi lado, animándome a seguir adelante. Gracias también a Encarnación Mellado, por su ayuda inestimable.

## II. Turdetania y Turdetanos

### II.1. Marco cronológico y contexto histórico.

La cultura turdetana se desarrolla a lo largo de la II Edad de Hierro, más concretamente desde finales del siglo VI a.C. hasta la romanización (siglos III- II a.C.). Tras una serie de acontecimientos y cambios profundos que afectaron al Valle del Guadalquivir y que algunos autores consideran una auténtica “crisis”, la civilización tartesia desaparece y en sus antiguos territorios habita un pueblo llamado turdetano.

La historiografía tradicional ha buscado las causas de la desaparición de Tartesos en acontecimientos externos, que directa o indirectamente repercutieron en su final. La caída de la metrópoli fenicia de Tiro, hacía el 537 a.C., en manos asirias, supuso una reestructuración del ámbito comercial en el Mediterráneo Occidental, afectando también a la región tartésica, que vio descender considerablemente la demanda fenicia de metales (Aubet 1987: 277).

Estas nuevas circunstancias son aprovechadas por los griegos, mayoritariamente los foceos, para afianzar las relaciones comerciales con la península Ibérica, como corrobora el aumento de la presencia de cerámicas griegas en el registro arqueológico. Pero pronto Cartago, erigida como heredera de Tiro, asume el control de las antiguas colonias fenicias occidentales y sus intereses chocan con los griegos. Esta rivalidad en el Mediterráneo entre griegos y cartagineses desembocará en la Batalla de Alalia (535 a. C.), que pese a la victoria griega supuso el fin de la expansión focea en las tierras occidentales y un paréntesis en las relaciones comerciales con Tartesos, lo que queda reflejado en el registro arqueológico. En el caso de la ciudad de Huelva se observa que la llegada de cerámicas griegas solo parece interrumpirse durante un breve lapso de tiempo, a finales del siglo VI a.C., lo que se ha interpretado como una variación en la tendencia anterior, en cuanto que cambia el volumen y la procedencia de las importaciones, circunstancia que también se observa en esos mismos años en otros yacimientos, como en la ciudad egipcia de *Naucratis* (Gómez Toscano 2007a: 454).

Esta nueva situación internacional en el Mediterráneo supuso la ruptura de los circuitos comerciales tradicionales y una nueva política de alianzas y tratados. En las últimas décadas se ha cuestionado el alcance real de estos acontecimientos y su repercusión sobre la economía y sociedad tartésicas. Estos argumentos resultan insuficientes para explicar el final de la civilización tartésica, por lo que se ha planteado que posiblemente esta respondiera a una o varias causas internas. Una de las primeras propuestas fue la sobreexplotación de las minas del foco de Huelva; siglos de continua explotación llevan al agotamiento de los filones superficiales de plata y la tecnología del momento no permitía la extracción de las vetas más profundas (Fernández Jurado 1987a: 316). En los yacimientos arqueológicos de la provincia de Huelva se observan en estos momentos menos evidencias de actividades metalúrgicas relacionadas con la extracción y el trabajo de los metales. Pero, por otro lado, este descenso no significa, ni mucho menos, la desaparición de las explotaciones mineras, muchas de las cuales continuarán en producción, con una tecnología más avanzada, en época romana.

Han surgido también una serie de investigadores que están planteando la idea de una auténtica crisis social en el mundo tartésico, debida a los malos momentos económicos que se estaban viviendo tras la caída de las exportaciones y la crisis del sector minero. Salinas (2006:30) apunta la posibilidad de que se diera un ambiente de enfrentamientos entre los diferentes grupos sociales. La aristocracia había perdido una parte muy importante de su poder económico y como consecuencia también político, lo que hacía peligrar su estatus.

En muchos de los yacimientos estudiados, como por ejemplo Carmona o Sevilla capital por citar solo algunos, se han detectado niveles de incendio, fechados a principios y mediados del siglo V a.C., que podrían ser un reflejo de este ambiente de conflicto y violencia que se vivía en las ciudades tartesio-turdetanas.

También se ha señalado que el final de Tartesos pudo deberse a causas de tipo medioambiental, una especie de cambio climático que afectara a las producciones agrícolas y ganaderas. Escacena (1987a: 297) plantea que la sobreexplotación agropecuaria de las tierras de Andalucía Occidental había provocado un “desequilibrio ecológico”, que llevó a una caída de la producción del sector agropecuario. Para ello se argumenta que a finales del siglo VI a.C. muchos de los

núcleos de población, la mayoría asentados en la zona de la Campiña, que dependían casi exclusivamente de la agricultura y la ganadería, desaparecieron o vieron reducida su superficie. En cambio, aquellos centros de población próximos al curso del Guadalquivir sobrevivieron gracias a las posibilidades que el río les ofrecía para diversificar sus economías (pesca, comercio, etc.). Ejemplo de ello son los asentamientos de época tartesio-turdetana del Cerro de la Cabeza de Santiponce, Sevilla o Lebrija, donde a las tradicionales actividades agropecuarias se les suma la pesca en el río y los esteros de su desembocadura y las posibilidades comerciales que la proximidad del río les ofrecía como principal vía de comunicación (Belén, Escacena y Bozzino 1992: 72). Esta hipótesis es confirmada por el registro arqueológico y parece ser que fue esta diversificación la que permitió a estos núcleos de población minimizar los efectos de la *crisis* que padeció el territorio tartésico en el siglo VI a.C.

Todos estos cambios económicos, sociales, etc. se traducen en un reordenamiento del territorio; la población se concentra en los núcleos urbanos de primer orden, que después van a recibir el título de *oppida* en las fuentes latinas. Como ya hemos visto, muchos asentamientos desaparecen o ven reducida sus dimensiones. La población se traslada a otros centros que ofrecen mayores y mejores oportunidades económicas. En el registro arqueológico se observa la decadencia y el abandono de aquellos núcleos de la zona de Riotinto y Aznalcóllar dedicados exclusivamente a actividades minero-metalúrgicas, como ocurrió en los poblados de San Bartolomé de Almonte, Cerro Salomón-Quebrantahuesos, etc. (Fernández Jurado 1987a). En cambio, los asentamientos de mayor tamaño ubicados en las proximidades del río Guadalquivir y con una economía mixta se consolidan e incluso, en algunos casos, protagonizan un cierto crecimiento, con la llegada de nueva población.

Por otro lado, también estamos de acuerdo con aquellos investigadores que vienen cuestionando el carácter de crisis del final de Tartesos y plantean que sería más bien un proceso de cambio y reestructuración de un sistema que se había quedado caduco ante las nuevas circunstancias. Las viejas estructuras económicas, sociales y políticas tartésicas se adaptan a los nuevos tiempos, transformándose en una nueva cultura, la turdetana, que asume parte de la herencia anterior a la que suma nuevas influencias venidas del exterior.

En este sentido se expresa Ruiz Mata para el cual el final de la cultura tartésica no fue una *crisis* en sentido estricto, sino más bien una “reconversión de las estructuras existentes a unas nuevas circunstancias políticas, económicas y sociales” (Ruiz Mata y Vallejo 2002: 206). Ante los momentos de decadencia por los que pasaba el sector minero-metalúrgico, la economía se reorienta hacia nuevos productos y mercados. Se fortalece la producción agrícola y pesquera y la comercialización de sus derivados, destinados a nuevos mercados del Mediterráneo Central y del Norte de África (Ruiz Mata 1998:156; Ruiz Mata et alii 1998: 69).

Rufete Tomico (2002: 189-190) cuestiona también el carácter de *crisis* que se ha venido atribuyendo a los hechos de finales del siglo VI a.C., y propone que la transición de la fase tartésica a la turdetana, al menos en Huelva, se produce de una manera muy “lenta y progresivamente”, que no supuso cambios bruscos, sino simplemente conlleva un reajuste de la economía, adaptado a la nueva coyuntura, que no impedirá que la región del Bajo Guadalquivir pierda el papel económico predominante que ejercía hasta esos momentos. Así se produciría una reorientación económica de los diferentes núcleos de población y una diversificación de sus actividades productivas, según los recursos disponibles (Campos, Guerrero y Pérez 1999: 463).

Ya a mediados del siglo V a.C. encontramos evidencias de una cierta recuperación y revitalización económica en la zona del Bajo Guadalquivir. Prueba de ello es la reactivación del comercio griego, ahora a través de Ampurias, a finales del siglo V y el siglo IV a.C., como nos muestra el registro arqueológico, pues en estos momentos vuelve a ser abundante la presencia de cerámicas griegas, como se pudo comprobar en las excavaciones de los cabezos de Huelva (Belén, Fernández-Miranda y Garrido 1977: 370) y en otros puntos de la ciudad. También hay que destacar el papel desempeñado en estos momentos por *Gadir*, por su alianza con Cartago, como “motor del comercio” en Andalucía Occidental (Belén y Escacena 1997: 145) y cuya influencia llegó incluso a territorios del interior, como Huelva.

En estos momentos la diversificación de la economía comienza a dar sus frutos y van a surgir pequeños establecimientos en la costa gaditana dedicados a la explotación de los recursos pesqueros y productos derivados. Se desarrolla una

nueva y pujante industria de salazones y salsas de pescado, para elaborar productos de gran calidad, como el famoso *garum*, que tienen una demanda creciente en todo el Mediterráneo.

En consecuencia podemos plantear que serían los siglos V y IV a.C. los de mayor desarrollo de la cultura turdetana, produciéndose una etapa de prosperidad y un moderado esplendor material, que también se aprecia en el ámbito arquitectónico, donde se producen nuevas construcciones y constantes remodelaciones.

Pero esta tranquilidad iba a durar poco tiempo, pues en el siglo III a.C. se producen una serie de acontecimientos en la Península Ibérica, como la conquista cartaginesa y sus enfrentamientos con Roma en la II Guerra Púnica (218-201 a.C.), que se traducen en momentos de tensión y violencia. En estas fechas se han documentado niveles de incendio en numerosos yacimientos turdetanos de Andalucía Occidental (Niebla, Carmona, Sevilla, etc.), que nos hablan de una época de inestabilidad y decadencia. Tras la batalla de *Iliipa* (206 a.C.) las tropas cartaginesas se retiran de la Península Ibérica y comienza el proceso de conquista y dominio romano.

En cuanto al final de la cultura turdetana, no se puede establecer una fecha concreta, ya que esta irá desapareciendo a medida que sus habitantes se integran en la estructura imperial de Roma. Estrabón (*Geografía* III.2.15) afirma la profunda romanización de los turdetanos en su época:

*“Sin embargo, los turdetanos, en particular los que habitan en las proximidades del Betis, se han asimilado perfectamente al modo de vida de los romanos y ni siquiera se acuerdan ya de su propia lengua. La mayoría se han convertido en latinos y han recibido colonos romanos, de modo que poco les falta para ser todos romanos.”*

La romanización de esta zona se vio favorecida por el alto nivel cultural y el carácter civilizado de los turdetanos (Bendala 1981: 45). Es tal el grado de romanización que los territorios turdetanos en la reorganización administrativa realizada por Augusto en el año 27 a.C., formarán parte de la provincia romana de la *Baetica*, con categoría senatorial.

## **II.2. Territorio y poblamiento.**

### **II.2.1. Marco geográfico.**

Este trabajo se centra en el estudio de los restos arquitectónicos de viviendas de época turdetana en el área del Bajo Guadalquivir. Entendemos por Bajo Guadalquivir todas las tierras bañadas por dicho río y sus afluentes en el curso bajo hasta su desembocadura, es decir el territorio que corresponde, a grandes rasgos, con las actuales provincias de Sevilla, Cádiz y Huelva. Podemos considerar su límite superior en la confluencia del río Genil con el Guadalquivir, en la frontera entre las provincias de Córdoba y Sevilla. En este trabajo los límites geográficos del Bajo Guadalquivir serán flexibles, no limitándose a las orillas del río y extensibles a todos los territorios que directa o indirectamente, a través de sus afluentes, quedaron bajo su influencia. Se trata, por tanto, de un área muy extensa y heterogénea, con diferentes paisajes y recursos naturales (cf. Ferrer *et alii* 2008), lo que se va a reflejar en el uso de un tipo u otro de materiales constructivos, como por ejemplo el tipo de piedra.

Es incuestionable la importancia del río Guadalquivir desde tiempos prehistóricos hasta nuestros días, pues, al ser navegable en la mayor parte de su curso fluvial, constituye una gran arteria de comunicación, que pone en relación las tierras de la costa y del interior, las tierras orientales y occidentales del sur peninsular. Además, el Guadalquivir siempre ha tenido un importante peso económico, como fuente de recursos naturales y por su gran volumen de tráfico comercial. A esto hay que sumarle su papel organizador del territorio, pues el poblamiento, desde época prehistórica, se ha establecido en sus orillas, a lo largo del eje fluvial.

Si nos remontamos a la Antigüedad la desembocadura del río se encontraba a unos 80 km aguas arriba respecto a la actualidad, a la altura de Coria del Río, donde se habría formado un amplio estuario, que en época romana ya se había convertido en una albufera o lago (*Lacus Ligustinus*) y en la actualidad la zona de las Marismas (cf. Ferrer *et alii* 2008).

En este contexto geográfico se desarrollaron los asentamientos turdetanos, que ocupaban una posición estratégica respecto al río, próximo a sus orillas, para beneficiarse de todas sus riquezas, pero lo suficientemente alejados y en altura

para resguardarse de posibles inundaciones. La mayoría de los asentamientos de época turdetana coinciden en su patrón de localización: en cerros o lugares elevados, junto a la orilla del antiguo estuario o junto a los esteros.

Para comprender mejor la dinámica de estos asentamientos y su arquitectura, tenemos que comenzar estudiando cómo fue el paisaje en época protohistórica. Para ello, en primer lugar, acudiremos a las fuentes escritas grecolatinas para analizar la información que nos transmiten sobre el río. Los textos clásicos incluyen numerosas referencias sobre el Bajo Guadalquivir. Contamos con una obra de gran valor para el estudio del pasado de la Península Ibérica, la *Geografía*<sup>3</sup>, de Estrabón, que fue escrita hacia el siglo I a.C. a partir del estudio de fuentes contemporáneas y otras más antiguas, pues Estrabón nunca estuvo en la Península Ibérica. El autor dedica un pasaje completo de su obra a la descripción del río Guadalquivir, que en aquellos momentos ya se llamaba *Baetis*. Estrabón (*Geografía* III. 2.3) nos habla sobre la navegabilidad del río, que era posible en grandes barcos hasta Sevilla:

*“El Betis, a lo largo de sus orillas, está densamente poblado y es navegable corriente arriba casi doscientos estadios desde el mar hasta Córdoba y lugares situados un poco más al interior...”*

*“....Así pues, hasta Híspalis la navegación se efectúa en embarcaciones de tamaño considerable, a lo largo de un trecho no muy inferior a quinientos estadios; hasta las ciudades de más arriba hasta Ilipa en barcos más pequeños, y hasta Córdoba en lanchas fluviales hechas hoy día con maderos ensamblados, pero que antiguamente se confeccionaban a partir de un solo tronco. El tramo superior hasta Castalon no es ya navegable”*

Estrabón (III.2.5) también se detiene a describir la red de caños naturales que formaba el río y los canales construidos por el hombre que había en torno al *Lacus Ligustinus* y la antigua bahía gaditana para facilitar las comunicaciones y sobre todo el comercio. En la zona oriental del estuario del Guadalquivir se abrían esteros navegables y muy bien comunicados, en cuyas orillas se asentó una numerosa población, con núcleos de gran envergadura como *Asta* (Jerez de la Frontera) y *Nabrissa* (Lebrija). El autor (III.1.9) define estos esteros como depresiones del terreno, que en las pleamares son cubiertas por el mar, siendo navegables hacia las

3 A lo largo de este trabajo haremos referencia en repetidas ocasiones a esta obra, para el Libro III hemos utilizado la edición de Gredos de 1992, con traducción e introducción de Meana y Piñero.



ciudades del interior, igual o incluso mejor que los ríos. Además especifica que por los esteros no solo es posible la navegación por naves pequeñas, sino también por las de mayor tamaño (III.2.4).

La navegación por estos esteros resultaba muy cómoda pues no hay obstáculos y además recibe a favor el impulso de la marea, pero Estrabón (III.2.4) también advierte de los peligros de esta navegación, pues a veces es tal la fuerza y velocidad de los reflujos de la marea, que a menudo los barcos se quedan varados en seco. Sucede también que los animales que cruzan a las islas que se formaban en el río cuando la marea bajaba, a veces se quedaban aislados, otras fueron tragados por el agua, y que las vacas, que ya están acostumbradas a este fenómeno, esperan a que termine el reflujo para volver a tierra firme (*Ibidem*). Este autor recoge el testimonio de Poseidonios, que como vamos a ver a continuación sí estuvo en la Península Ibérica, cuando habla sobre la fuerza de las mareas que afectan al nivel del río), a la altura de *Ilipa* (Alcalá del Río) (*Geografía* III.5.9), un indicador de la influencia marítima en los últimos kilómetros del curso fluvial en aquella época.

Otra obra clásica a tener en cuenta para la reconstrucción del paisaje del Bajo Guadalquivir, es la *Ora Marítima*<sup>4</sup> de Avieno, que pese a todas sus limitaciones, que después explicaremos, constituye una valiosa fuente de información. Avieno, en el siglo IV d.C., escribe sobre los tartesios, que ya le quedan muy lejos en el tiempo, que habitan en un golfo o bahía llamada el *Sinus Tartessus* o *Tatessii* (*Ora Marítima* 265, 306). Caro Bellido (1995: 342) señala que esta realidad correspondería al siglo VI a.C., momento en que pueden fecharse las fuentes más antiguas utilizadas por Avieno, mientras que el término *Lacus Ligustinus* (*Ora Marítima* 284) sería el empleado en la época de este autor. Avieno relaciona Tartesos con esta bahía pero además con un río, que desembocaba al norte de la ensenada en un amplio estuario, a la altura de la actual Coria del Río (Sevilla). Flanqueando la entrada del golfo se encontraban dos cabos: la *Arx Gerontis* (*Ora Marítima* 263, 304), figuradamente la fortaleza de Gerión, que se encontraba en la zona de Matalascañas (Huelva), y el *fani prominens* (*Ora Marítima* 261,304) o cabo del templo, que algunos investigadores localizan en el barrio alto de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz) (Caro Bellido 1995: 342). Entre estos dos accidentes naturales y

---

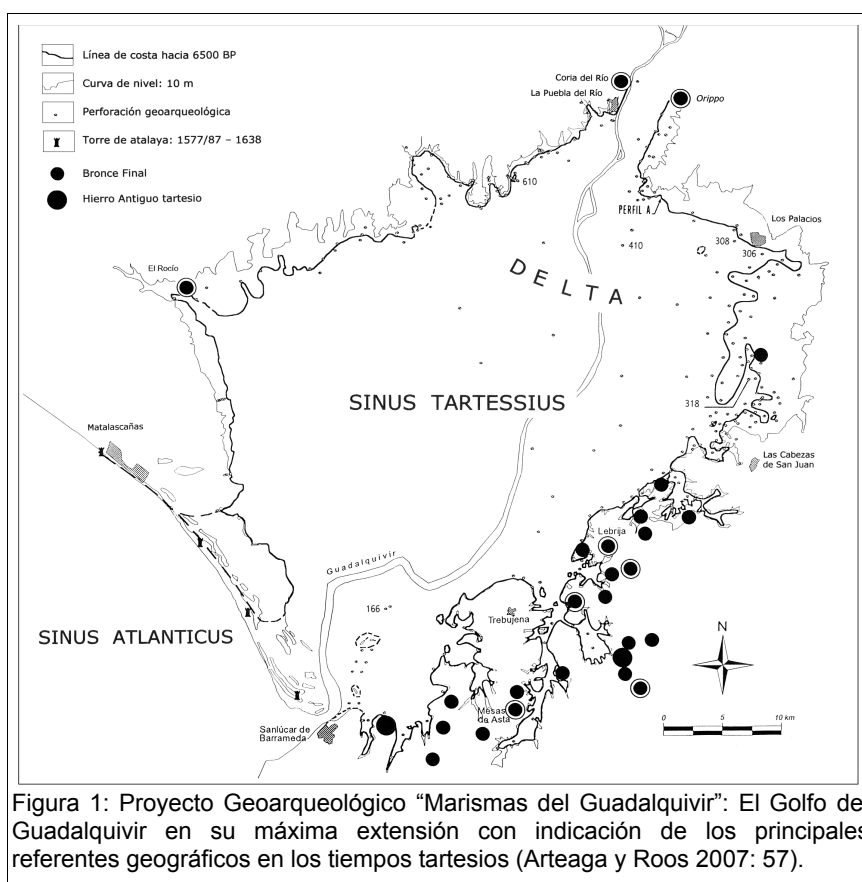
4 Edición de Mangas y Plácido (1994). Historia 2000. Madrid.

separados por el mar se extendía el *Tartessium fretum* o Estrecho Tartesio (*Ora Marítima* 54, 304-ss.) (cf. Ferrer 2012).

Avieno (*Ora Marítima* 120 y sig., 380 y sig., 406 y sig.) también advierte sobre los peligros de la navegación en esta zona, debido a la calma del viento, la presencia de muchas algas y algunos monstruos marinos y los bajos fondos. Este último detalle resulta muy interesante pues nos revela el hecho de que ya en el siglo VI a.C. el Estrecho tartesio ofrecería dificultades para ser transitado, pues entonces comenzaban a aflorar los fondos arenosos, que posteriormente darían lugar a la formación de las flechas costeras (Caro Bellido 1995: 343).

Una vez analizada la información contenida en las fuentes escritas, es necesario confirmar estos datos de forma científica. Para ello contamos con la Geoarqueología, cuyo objetivo es la reconstrucción del paisaje en tiempos pasados. En concreto para esta zona se puso en marcha el “Proyecto Geoarqueológico de las Marismas del Guadalquivir”, desarrollado conjuntamente por la Universidad de Bremen, que se encargó de la parte geológica, y la Universidad de Sevilla, que llevó el aspecto arqueológico, y bajo la codirección de H.D. Schulz y O. Arteaga. En el marco de este proyecto, desde el año 1988 se vienen desarrollando una serie de trabajos geoarqueológicos en los rebordes actuales de las Marismas del Guadalquivir, con el objetivo de reconstruir la línea costera flandriense, así como estudiar el impacto antrópico, que durante los tiempos históricos ha ayudado a la formación del actual paisaje de Marisma y su entorno (Arteaga, Schulz y Roos 1995: 109).

Desde entonces se han venido realizando más de 300 sondeos geológicos en el curso inferior del Bajo Guadalquivir, entre Sevilla y su desembocadura actual. Las diversas prospecciones geológicas han permitido constatar el proceso de colmatación del golfo tartesio hasta la formación del actual entorno marismeño, ya en época histórica (Arteaga y Roos 1992: 331).



En un período relativamente corto de tiempo, unos tres milenios, se produjeron en el entorno del Bajo Guadalquivir una serie de profundas transformaciones, lo que explicaría, en parte, la controversia sobre la ubicación geográfica y la toponimia de accidentes geográficos y asentamientos humanos que recogen las fuentes escritas clásicas.

La evolución del trazado de las líneas costeras y los cambios del nivel marino son fenómenos naturales muy complejos, que se producen por múltiples factores, como cambios climáticos, movimientos tectónicos, procesos morfo dinámicos etc., que a veces actúan de forma individual y otras veces de forma conjunta. A todo ello hay que añadirle los efectos de la acción humana en el medio natural, que con frecuencia acelera este fenómeno natural.

Durante el Holoceno se produjo un importante proceso de transformación de la línea costera andaluza, condicionada por los cambios del nivel del mar y por los

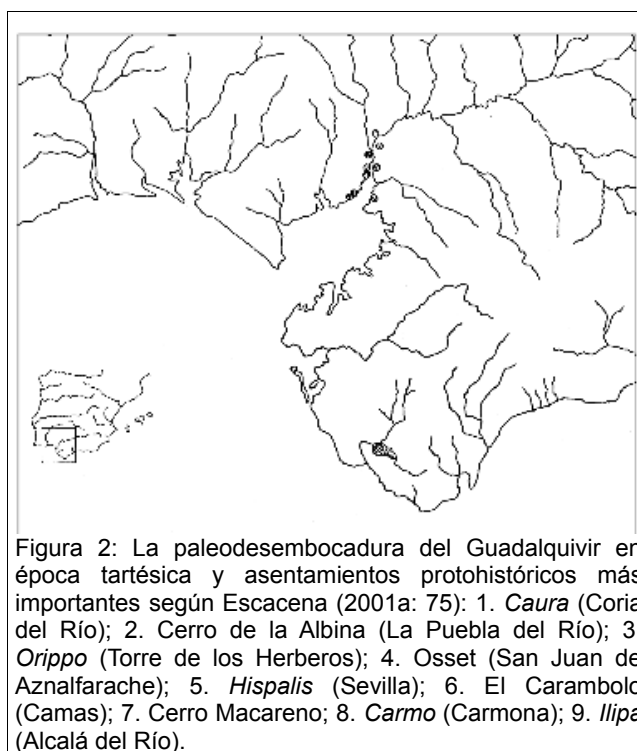
procesos de colmatación de las desembocaduras fluviales (Arteaga, Schulz y Roos 1995: 82). A consecuencia de la fusión del casquete polar por la subida de las temperaturas, hacia el 8.000 B.P. se produjo en el ámbito atlántico la transgresión Flandriense, que elevó el nivel del mar dos metros por encima del actual, formándose un amplio golfo marino en la desembocadura del río Guadalquivir, abierto a la influencia del Océano Atlántico (Caro Bellido 1995: 337). La antigua línea costera del estuario del Guadalquivir, según los trabajos realizados en la zona, estaría próxima a la actual cota de 10 m s. n. m. (Arteaga y Roos 1992: 331).

Hacia el 5000 BP el nivel del mar desciende de forma brusca y se sitúa casi a la misma altura que en la actualidad. A partir de estos momentos comienza la evolución costera y el desarrollo progresivo de una serie de flechas, islas barreras y cordones dunarios que, ya en tiempos romanos, cerrarán la bahía de las Marismas, entre Matalascañas y Sanlúcar (Caro Bellido 1995: 340). En la primera mitad del I Milenio a.C., en el tránsito del subboreal al subatlántico, se produce una nueva y rápida subida del mar, entre uno y dos metros por encima del nivel actual, por lo que la influencia mareal vuelve a tener gran importancia y fuerza en el *sinus Tartessus*.

En los estudios geoarqueológicos realizados en el Bajo Guadalquivir se ha comprobado que en época tartesio-turdetana se había formado, desde la zona flanqueada por *Caura* (Coria del Río) y *Orippe* (Dos Hermanas) hasta la nueva desembocadura que describe Estrabón (III.1.9), una gran extensión de tierras fruto de la colmatación, en la que se formará una llanura de inundación sobre la antigua desembocadura (Arteaga, Schulz y Roos 1995: 118). Al mismo tiempo las orillas del golfo se iban reduciendo, a consecuencia de los aluvionamientos (*Ibidem*:117). Así progresivamente se produjo un relleno de la bahía, en la que se formaron playas e islas barrera que acabarían por taponar la desembocadura. En el siglo VI a.C. durante la marea baja, como ya hemos visto que recogen las fuentes escritas, sería ya difícil navegar por el Estrecho tartesio, pues ya comienzan a aflorar los fondos arenosos, fruto de la sedimentación del río Guadalquivir, que con el tiempo van a llegar a emerger y unirse, dando lugar a numerosas flechas, como la de Doñana, que ya en época romana cierra el *Lacus Ligustinus* a la influencia mareal y poco a poco se va colmatando (Caro Bellido 1995: 344). El inicio de la configuración en marismas de esta zona no se producirá hasta época tardorromana, por la acción

combinada de los aportes fluviales y la consolidación de las flechas litorales, que llevan a la transformación de las ensenadas litorales en marismas (Tomassetti 1997: 248).

En el I milenio a.C. el río Guadalquivir desembocaba a la altura del llamado “Estrecho de Coria”, a unos diez kilómetros de la ciudad de Sevilla (Arteaga, Schulz y Roos 1995: 109), por lo que la ubicación de los asentamientos difería mucho de la visión que tenemos en la actualidad. Controlando la antigua desembocadura del río, a ambas orillas, se encontraban dos núcleos de población de cierta importancia, *Oripipo* (Dos Hermanas) en la orilla oriental y *Caura* (Coria del Río), en la occidental.



La Bahía de Cádiz también sufre un importante proceso de transformación, debido a los aportes sedimentarios del río Guadalete y por la propia dinámica litoral de poniente, que favorece la progresión de islas barreras, flechas y cordones arenosos que conectarán las antiguas islas entre sí y con el continente, y que finalmente provocarán el cierre de las marismas y esteros del Guadalete y San Fernando (Borja 1995: 76).

### II.2.2. El paisaje del Bajo Guadalquivir en el I milenio a.C.

Tanto las fuentes escritas, como veremos a continuación, como la propia abundancia de núcleos de población en el Valle del Guadalquivir y la iconografía que aparecen en sus monedas (productos agrícolas y pesqueros), nos hablan de una gran riqueza natural de la zona, con múltiples y variados recursos.

Según los análisis polínicos realizados en la zona de Doñana, los bosques de las zonas medias y bajas del Valle de Guadalquivir estaban poblados por especies arbóreas de tipo mediterráneo como los acebuches, encinas, alcornoques y el pino piñonero. Junto a ellos, formando parte del estrato arbustivo, crecía el lentisco, la jara, el romero, el madroño, etc. (Escacena, Belén e Izquierdo 1996: 18). En las terrazas inferiores de los ríos y arroyos y al borde del gran *sinus Tartesius*, en contacto directo con el agua, crecían especies como los chopos, fresnos, tarajes y sauces. En este medio húmedo eran frecuentes también las cañas, carrizo y juncos (Granados y Sancho 1985: 111). Estas serán las especies disponibles en el entorno como materia prima para la construcción.

La fauna en este ecosistema era muy rica y variada. En los bosques eran frecuentes los mamíferos de gran tamaño, que hoy han desaparecido de estas latitudes, como el oso, el lince, el jabalí, el uro y el ciervo, entre otros, y otras especies más pequeñas y que aún son visibles como el zorro, el conejo y la liebre (Caro Bellido 1995: 338).

En un medio con tanta presencia de agua, la fauna marina era muy abundante, como recoge Estrabón (III.2.7), con especies propias de ambientes costeros limoarenosos, como rodaballos, lenguados, lisas, etc, y también otras especies como albures, sábalos, esturiones y anguilas, que desovaban río arriba. Además existía una gran riqueza de moluscos. Estrabón (III.2.7) destaca la abundancia de malacofauna, con predominio de los bivalvos, como las coquinas, almendras de mar, etc., cuyas conchas se han utilizado en los pavimentos de algunas construcciones.

Pero la pronta ocupación humana de las orillas del Guadalquivir también contribuyó a un cambio del paisaje y el ecosistema. Debido a la presión demográfica y la

evolución tecnológica, el entorno natural se fue degradando paulatinamente. La necesidad de tierras para la agricultura llevó a la tala y deforestación de grandes extensiones de bosque. La reducción de la cobertura vegetal contribuyó a la erosión de la tierra, que en la mayoría de las ocasiones acababa depositada en el cauce del río, primero los elementos más gruesos y pesados, como son las gravas y arenas, y luego los más finos, como los limos y las arcillas, lo que explica la actual configuración geológica de muchas zonas (Granados y Sancho 1985: 110).

En resumen, el Valle del río Guadalquivir, por la fertilidad de sus tierras y la benignidad de su clima, fue desde tiempos muy antiguos un lugar idóneo para el establecimiento de asentamientos permanentes. Es tal la importancia del río respecto al poblamiento humano que algunos autores han llegado a afirmar que cuando su cauce cambió, muchas poblaciones ubicadas en sus orillas llegaron a desaparecer (Escacena 1985: 78).

El Guadalquivir ha constituido a lo largo de toda su historia una vía de penetración de mercancías, personas e ideas. La antigua desembocadura del Guadalquivir fue, durante siglos, “la puerta de acceso de los influjos y culturas extrapeninsulares a los territorios de la Baja Andalucía” (Escacena, Belén e Izquierdo 1996: 16). Esta temprana presencia de gentes “orientales” se explica por las riquezas, principalmente mineras aunque también agrícolas y ganaderas, que ofrecía la región (cf. Ferrer *et alii* 2008).

### **II.2.3. El poblamiento.**

Desde los inicios de la sedentarización los seres humanos han buscado lugares para su asentamiento cercanos a fuentes de agua, generalmente en los valles fluviales, donde la fertilidad de la tierra es mayor, pero eligiendo sitios con cierta altura, en algún promontorio o risco, a salvo de las posibles inundaciones, y desde donde, además, se tiene un buen control visual del entorno. Podemos, por tanto, afirmar que siempre ha existido una fuerte relación entre la geografía-topografía y la elección de un lugar como asentamiento (Martínez Moya 2014: 49).

En la Turdetania el poblamiento estaba concentrado en los márgenes del río

Guadalquivir y sus afluentes, como el Genil y el Corbones, y también en las orillas de otros ríos de menor entidad, como el Tinto y el Odiel. En las riberas de estos ríos se erigían emplazamientos estratégicos, en las terrazas fluviales, en lugares elevados desde los que se tenía el control visual del territorio circundante desde una posición privilegiada. La mayoría de los núcleos de población ubicados en el antiguo estuario del río Guadalquivir se encontraban próximos al cauce del río, que, como ya hemos visto, constituía la principal vía de comunicación del sur peninsular, siendo además el acceso más fácil y directo a la zona minera del norte de Sevilla y Huelva.

Los profesores Escacena y Belén (1997) han estudiado la distribución del poblamiento en la II Edad del Hierro, en el área del Bajo Guadalquivir y han establecido una distinción según las comarcas naturales, unas mejor estudiadas que otras, que ofrecen diferentes condiciones y ventajas a la implantación poblacional en esta época:

- La Ribera del Guadalquivir, que, como hemos visto, en época protohistórica conformaba un auténtico estuario fluvial, ha estado poblada desde época calcolítica o la Edad de Bronce. En la Edad del Hierro los poblados se concentran a ambas orillas del río, quedando prácticamente deshabitadas las zonas más alejadas de este. Ello nos hace suponer que estos poblados poseían una economía mixta, en la que sobresalía la pesca y el comercio.
- En las Marismas del Guadalquivir, en su borde oriental, la población se concentra también en grandes núcleos urbanos, en auténticas ciudades. Según Escacena estas se agruparían en la antigua línea de costa, en un eje Norte-Sur, como, por ejemplo, son los casos de *Ugia*, *Nabrissa* o *Conobaria*. Estas poblaciones, que se remontan al menos hasta el Calcolítico, en época turdetana habían alcanzado ya un desarrollo totalmente urbano. Para el citado autor (1987a: 294) esta distribución de los hábitats permite suponer una economía diversificada, con una triple vertiente, por un lado el comercio fluvial y marítimo por el golfo tartésico, por otro la pesca en ese lago interior y, por último, la explotación agrícola de las tierras circundantes.
- En la zona de la Campiña sevillana, caracterizada por la gran fertilidad de sus suelos, se observa un reparto más o menos equilibrado de las tierras agrícolas, con



predilección por los lugares altos y con fuentes de agua natural para los asentamientos. Hay una tendencia generalizada a la concentración de la población en grandes núcleos, alrededor de los cuales existen otros de menor tamaño.

- En la región de Los Alcores las poblaciones se alinean de forma equidistante, dominando las tierras de la Vega de Carmona a sus pies, mientras que a sus espaldas, en el interior de las terrazas del Guadalquivir, se desconocen, por ahora, yacimientos de esta época. Se trata de asentamientos existentes ya en épocas anteriores, del Calcolítico unos, y otros del Bronce, siendo los más recientes del Orientalizante, que suelen ubicarse en lugares próximos a cañadas, escorrentías y puntos de agua.

- Por último en la Vega del Corbones se han hallado evidencias de la existencia de un poblamiento ya de épocas anteriores que perdura en la II Edad del Hierro. La mayoría de estos enclaves se asientan sobre lomas alargadas, formadas por aportes fluviales, en las márgenes del río.

Para la provincia de Huelva, Campos Carrasco y Gómez Toscano (1995:140) distinguen tres comarcas naturales diferentes: la sierra onubense, en las estribaciones meridionales de Sierra Morena, el Andévalo y la Tierra Llana. En estas tres zonas los patrones de poblamiento también son diferentes, adaptados al entorno y a sus posibilidades.

En la zona de la costa gaditana también encontramos una gran densidad de población, que se ubica en lugares estratégicos, desde el punto de vista comercial.

#### **II.2.4. Las ciudades turdetanas.**

Las fuentes literarias y arqueológicas coinciden en que existía una alta concentración de población en la región de la Turdetania. Estrabón (III.2.1) afirma que había unas 200 ciudades, aunque hay que tener en cuenta que incluye parte del territorio de los bastetanos y de los habitantes del sur del Guadiana (López 2009: 34). En su descripción de la Turdetania Estrabón (III.2.2) enumera algunas de sus ciudades:

[illegible]

Estos núcleos de población presentan diferentes características y dimensiones. Hay autores que han planteado que podría verse una estructuración jerárquica de estas poblaciones, Almagro-Gorbea (1987: 21) distingue entre *oppida*, que serían los núcleos de mayor tamaño, de 10 o más hectáreas, que suelen estar amurallados y que controlaban política y económicamente una zona más amplia. Junto a estos

grandes centros rectores, existirían otros menores, algunos incluso sin fortificar, que no tendrían esa categoría de núcleo urbano sino simplemente serían poblados. García Fernández (2003a) en su estudio del poblamiento turdetano en el Bajo Guadalquivir afina más esta jerarquización de los núcleos de población; así diferencia entre ciudades, que serían aquellos núcleos de población con una extensión superior a las 10 ha y una estructura urbana compleja, y los *oppida* o asentamientos de primer orden, con una extensión superior a las 2,5 ha y que suelen ubicarse en lugares elevados, de fácil defensa y que permiten controlar el territorio circundante. Por debajo de estos nos encontraríamos con los asentamientos de segundo orden o atalayas, asentamientos de tercer orden o aldeas y asentamiento de cuarto orden o tipo “granja”.

En este punto nos detendremos a intentar definir qué entendemos por ciudad en época protohistórica. Tradicionalmente se ha recurrido a criterios cuantitativos, como es la extensión, para otorgar a un asentamiento rango de centro urbano, asociando erróneamente una mayor categoría a un mayor tamaño. Pero hay que tener precaución cuando intentamos definir los parámetros de una ciudad protohistórica, pues no podemos simplemente adaptar los criterios de la Geografía urbana actual, sino que tenemos que tener presente el contexto sociopolítico, económico, etc. de esa época (López Palomo 2009: 34). Para considerar un núcleo de población como una ciudad, entendida esta como centro político y administrativo de un territorio, debemos tener en cuenta una serie de parámetros definitorios y unas características determinadas, como son unos límites claros y precisos del espacio urbano, que no necesariamente tiene que estar delimitado por un sistema de amurallamiento, una organización de los diversos espacios o áreas funcionales dentro de la ciudad, la existencia de calles, entendidas como espacios para el tránsito y espacios públicos definidos. En resumen, la existencia de un urbanismo planificado, que ordene, según unos criterios funcionales, los espacios privados y públicos.

Más allá de estos rasgos materiales, se ha planteado que esos núcleos de población tienen que cumplir además una serie de requisitos. Bendala Galán junto con otros investigadores (Bendala *et alii* 1987: 121) han propuesto tres grupos de factores que un núcleo de población debe cumplir para que podamos considerarlo una ciudad:

a) Características físicas: una determinada extensión, la presencia de un sistema amurallado, la constancia de planificación y de ordenación de los espacios públicos (calles, plazas), la existencia de edificios públicos (civiles o religiosos).

b) Aspectos funcionales y económicos, como el poseer una economía evolucionada, que implique un cierto grado de especialización y la acumulación de excedentes, tanto para el comercio interno como exterior.

c) La relación de estos asentamientos con el territorio circundante y con otros núcleos de población, con los que mantiene contactos, comerciales, políticos, sociales, etc. más o menos frecuentes.

A estas características pueden añadirse otras, como la existencia de una economía monetaria, la acuñación de moneda propia, una estructura social compleja, etc.

La mayoría de los asentamientos turdetanos estudiados, pese a la información que nos transmiten las fuentes escritas sobre el carácter pacífico de este pueblo (Estrabón, *Geografía* III.2.15), están amurallados. Pero las fortificaciones no tienen por qué interpretarse siempre como un sistema defensivo, frente a un potencial enemigo exterior, sino que en algunos casos su construcción responde a causas ideológicas y es utilizada como un elemento de prestigio, como exponente del poder económico y político de la sociedad que la construía (Moret 1998: 83). Sin embargo hay autores que discrepan con este planteamiento, como Díes Cusí (2001: 74) quién señala que ese carácter propagandístico sería un complemento a la función primordial de la misma, que no sería otra que la defensiva. Para ello argumenta que el coste material, humano y económico que supone la construcción de una muralla conlleva una necesidad real de defensa ante un posible enemigo o peligro. La economía en la construcción defensiva queda clara en el caso de asentamientos en los que determinados tramos que cuentan con una defensa natural suficiente no suelen estar contruidos, como ocurre, por ejemplo, en el tramo sur de la fortificación de Tejada la Vieja, o en Carmona, allí donde el escarpe es más pronunciado.

La construcción de un sistema defensivo requiere numerosa mano de obra y sobre todo una buena organización colectiva, y por lo tanto una “estructura social fuerte” (Moret 1994: 23). La muralla es así un “referente de identidad de grupo”, es la

imagen de la colectividad que ha participado, directa o indirectamente en su construcción y que se resguarda y vive bajo su protección. Por lo tanto, podemos considerar a la muralla en palabras de Sánchez Moreno (2008: 44) “un elemento ideológico que integra, cohesiona y delimita un cuerpo cívico bajo un enunciado de fuerza y poder”.

No vamos a entrar en un análisis del tipo de muralla<sup>5</sup> y los sistemas constructivos empleados en los poblados turdetanos, que no es nuestro objeto de estudio, simplemente queríamos dejar constancia del papel del sistema de fortificación como elemento definidor del espacio de una comunidad. Como elemento identitario que separa lo propio de lo ajeno, es el límite e imagen de la ciudad.

Otra cuestión importante es la distribución de las diferentes construcciones, tanto domésticas como de otro carácter, en el espacio delimitado por la muralla. Debemos comprobar si ha existido o no una ordenación previa a la construcción, es decir si podemos ver en estos núcleos la existencia de un urbanismo planificado o si más bien responde a un tipo de poblamiento espontáneo, sin planificación previa.

Por otro lado, Ruiz y Molinos (1993:193) plantean, siguiendo a Arribas (1965)<sup>6</sup>, de un modo general para época prerromana en la Península Ibérica la existencia de diferentes modelos de poblados según su trazado interior:

- tipo “parrilla”, que se localiza en las terrazas de una colina y cuyo trazado sigue las curvas de nivel.
- tipo “cono”: rodeado por muralla y con una planta regular, a modo de tablero de ajedrez
- de “calle central”: con un eje viario principal del que parten otras vías secundarias.

Así llegamos a otra cuestión complicada, la existencia o no de un urbanismo previo

5 La mayoría de las murallas documentadas en los yacimientos turdetanos estudiados, como, por ejemplo, Tejada La Vieja (Escacena del Campo, Huelva) y el Castillo de Doña Blanca (Cádiz), responden a un tipo de construcción oriental: muralla de *casamatas* o *casernas*, que está formada por dos muros paralelos que, a intervalos, van unidos por otros muros transversales, formando así pequeños compartimentos o casetones. Estos espacios, en caso de necesidad, se rellenaban con tierra, piedras o escombros, aumentando, de forma rápida y económica, el grosor y la efectividad de la muralla. En época de paz y tranquilidad esos compartimentos podían ser empleados como lugar de almacenamiento o incluso de habitación. Para más información sobre estas murallas consultar la bibliografía de Díez Cusí (2001: 75), en la que hace una diferencia sutil entre ambas denominaciones, basándose en sus diferentes funcionalidades.

6 Para más información sobre la propuesta de Arribas consultar su obra titulada, *Los iberos*, publicada en 1965, por la editorial Ayma, Barcelona.

a la llegada de los fenicios al Suroeste peninsular (Gómez Toscano 2002: 153-155). Los últimos trabajos arqueológicos realizados en Huelva y Niebla parecen avalar la hipótesis de la existencia de una estructura de carácter urbano desde el Bronce Final preferencial, como plantean Campos Carrasco y Gómez Toscano (1995). En el Valle del Guadalquivir, Escacena (1983) defiende la existencia de una fase plenamente urbana para época turdetana<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> Una visión actualizada sobre el poblamiento y las ciudades turdetanas se ofrece en Ferrer *et alii* 2008.

### **II.3. Los turdetanos.**

#### **II.3.1. Los turdetanos en las fuentes Clásicas.**

La escasez de testimonios arqueológicos sobre los turdetanos llevó, durante mucho tiempo, a buscar información en las fuentes escritas, en las obras de autores griegos y latinos, donde se recogían noticias sobre la Península Ibérica en tiempos protohistóricos. Pero no son la única fuente de información con la que contamos, sino que también debemos tener en cuenta otros datos complementarios e igualmente valiosos, procedentes de otras fuentes como son la epigrafía, la numismática, la etnografía, etc.

La historiografía grecolatina resulta muy útil para conocer el pasado turdetano, pero requiere un análisis exhaustivo sobre su autor, fuentes que utiliza, contexto histórico, género literario, objetivo y público al que va destinada la obra (Ferrer y García 2002: 136). Esto exige una cierta cautela a la hora de utilizar estos testimonios escritos pues, por su propio carácter literario, suelen estar repletos de imprecisiones cronológicas, anacronismos y contradicciones. Además, hay que tener en cuenta que en estas obras, de pretendido carácter geográfico o histórico, los datos reales se mezclan con referencias mitológicas, recogidas de obras anteriores, de época arcaica y clásica, que recurren a los mitos y héroes para explicar los hechos históricos, para relacionar el presente con el pasado o justificar el futuro próximo, es decir la conquista y dominación romana.

Lo primero que llama poderosamente la atención es la escasez de obras clásicas escritas que incluyan referencias a la Península Ibérica y menos aún son las que aluden al período o cultura turdetana. El escaso interés por la Península Ibérica de los escritores del mundo grecorromano se explicaría por su posición alejada de los centros de poder; es sabido por todos la poca atención que los autores clásicos, tanto griegos como romanos, dedican a lo que les resulta ajeno a su propia historia política.

Otro aspecto que hay que considerar es que la mayoría de las fuentes escritas grecolatinas que aluden a la cultura turdetana son posteriores cronológicamente a los lugares y hechos que describen, con lo cual la imagen que nos transmiten no

procede del conocimiento directo, sino que es tomada de otros autores y fuentes anteriores, por lo que en muchas ocasiones solo contamos con noticias indirectas y parciales sobre la Turdetania y sus habitantes. Como señala Cruz Andreotti (1993: 15-16) sería conveniente también analizar las fuentes utilizadas por estos autores, cómo ha sido el proceso de “selección, verificación y recopilación de datos e información” que lleva a cabo el autor, por lo que, a veces, tendremos que poner en duda el rigor científico de los datos incluidos. Los autores antiguos rara vez citan las fuentes de donde extraen los datos, a excepción de Estrabón, quien para redactar su *Geografía* siguió a otros autores, como él mismo reconoce en su obra (III.4.3). Se ha planteado que estos utilizarían escasamente fuentes escritas como base de sus obras, sino que las informaciones debían provenir más bien de fuentes orales y, en más raras ocasiones, de la propia experiencia directa.

Por otro lado hay que tener en cuenta que muchos autores que escriben sobre la Península Ibérica y la Turdetania lo hacen en épocas posteriores, avanzada ya la conquista del Imperio Romano sobre la Península Ibérica, cuando los pueblos indígenas ya están en un estadio muy romanizado e, incluso, han modificado pautas de conductas y tradiciones, como el propio Estrabón recoge en su *Geografía* (III.2.15). Esto resulta un doble inconveniente según Cruz Andreotti y Mora Serrano (2004:11) ya que la información procede del bando vencedor, que “expresa su dominio a través de la definición del dominado”, y por lo tanto nos da una visión de la realidad desde un punto de vista parcial e interesado. La imagen que nos transmiten las fuentes sobre Iberia son subjetivas, pues en ella participan los esquemas mentales del propio autor y de su tiempo; así, a veces, podemos observar en dichas descripciones la imagen que tenían de estos territorios las culturas dominantes, primero la griega y después la romana, que nos transmiten su propia concepción del mundo.

Cada escritor nos ofrece una percepción particular y personal de la realidad, pues en muchas ocasiones sus objetivos nos son *científicos*. Como señala Grant (2003: 137-138) no son historiadores en “sentido estricto”, según la concepción actual de este oficio, sino que su labor era más bien práctica y respondía a fines económicos, militares, al servicio del poder, o simplemente era literatura para entretenimiento, como por ejemplo ocurre cuando queremos usar el poema de Avieno la *Ora Marítima*, cargado de recursos literarios, como fuente de información.



A pesar de estas limitaciones, las obras escritas clásicas suponen una fuente de información imprescindible para el conocimiento de nuestro pasado. A lo largo de los siglos, la producción literaria y científica de la Antigüedad ha recogido referencias y noticias, de mayor o menor interés, sobre la región turdetana y sus pobladores. García Fernández (2003a y 2003b) ha compilado las fuentes escritas grecolatinas que contienen información sobre la Turdetania, proponiendo un estudio de los autores y sus obras en sentido diacrónico, en el contexto de la época en que vivieron y escribieron. Así distingue entre la literatura anterior a la presencia romana, la producción literaria durante la conquista romana, en los tiempos augústeos, la época altoimperial y la Antigüedad Tardía, pues las intenciones de los autores difieren de una etapa a otra.

Partiendo de estas consideraciones e ideas, a continuación proponemos una aproximación a las fuentes escritas principales que contienen información y/o referencias sobre la Turdetania y sus habitantes, analizadas en su contexto histórico, político y social.

Son escasas las referencias a la Península Ibérica en las fuentes escritas de época griega arcaica, ya que esta era aún una región lejana y en gran parte desconocida para los griegos. Estaba entonces en los límites del mundo conocido y por lo tanto era el escenario ideal para ubicar mitos y leyendas, tradiciones míticas repletas de tópicos.

Estas tierras del fin del mundo conocido son el escenario de las expediciones de Jasón, Odiseo y Heracles, héroes que dejan su huella en las tierras peninsulares, a través de la fundación de ciudades, que se conciben como elementos civilizadores de primer orden y de entrada de influencias externas. También se desarrolla aquí uno de los trabajos de Heracles los bueyes de Gerión, lo que parece ser una clara alusión a las enormes riquezas de esta región. Se ha planteado la posibilidad de que estas tradiciones pudieran esconder un trasfondo histórico, en el sentido de que reflejaran una relación directa entre griegos y la Península Ibérica, pudiéndose hablar de un período de precolonizaciones orientales en el extremo Occidente. Así autores como García y Bellido (1941:94) defendieron una temprana presencia, aunque fuera de carácter temporal y con fines solo comerciales, de los griegos y fenicios en el sur peninsular, que ha sido corroborada por los hallazgos arqueológicos.

La expansión colonizadora y comercial fenicia y griega permitieron conocer mejor estos territorios limítrofes y poco a poco fue desapareciendo su caracterización mítico/mágica, al mismo tiempo que estas tierras fueron incorporadas a la imagen griega del mundo, aunque el centro ecuménico del mundo conocido continuó siendo Grecia. Inicialmente griegos y fenicios solo mostraron un interés económico en las tierras peninsulares, como lugar de abundantes y ricos recursos, sobre todo minerales. Pero la propia necesidad de conocer mejor estas tierras, objeto de explotación, y sus habitantes, llevó al desarrollo de una geografía más científica, incluso con la elaboración de los primeros mapas (Anaximandro de Mileto) y la aparición del género *periegético*<sup>8</sup>. En estas primeras obras se mezclan referencias geográficas con informaciones etnológicas o económicas, de indudable interés para las empresas comerciales (Mangas y Plácido 1999: 428).

Entre los siglos V y IV a.C. se observa en las fuentes escritas una escasez de referencias sobre la Península Ibérica. En este paréntesis temporal apenas tenemos constancia de viajeros griegos que visitan la Península, García y Bellido (1941: 96) nombra a *Ephoros* y *Tímaios*, aunque advierte que sus testimonios carecen de fiabilidad. Por su parte, Meana y Piñero (1992: 10) señalan como la razón de ello la presencia de los cartagineses en la Península Ibérica a partir del siglo V a.C., quienes intentan ocultar y defender la explotación de sus riquezas y el control de las rutas marítimas al resto del mundo, sobre todo a los griegos, difundiendo leyendas fantásticas y temibles. Cualquiera que fuera a razón, lo cierto es que se percibe un desinterés por los territorios peninsulares en las fuentes escritas griegas y solo contamos con testimonios indirectos, que aparecen como referencias en las obras de autores posteriores, como Hecateo de Mileto, Herodoto, Éforo y Timeo.

Las referencias y noticias sobre la Península aumentan considerablemente partir de la intervención directa de Roma en el solar hispano, a finales del siglo III a.C., en sus luchas contra Cartago. De esta época tenemos un mayor volumen de información sobre los pueblos y acontecimientos de la Península Ibérica. Sabemos de la presencia de historiadores y analistas que acompañaban a los ejércitos de ambos bandos, para dejar constancia de las campañas militares y sus conquistas.

---

8 Género literario que se puso de moda en época helenística, y que consistía en una especie de itinerario geográfico en el que se incluían descripciones y noticias sobre pueblos, sus costumbres, mitología, etc.

Iberia deja de ser un ámbito idealizado, escenario de gestas heroicas, y de interés puramente comercial y se convierte en solar de interés estratégico y militar en las Guerras Púnicas, lo que hace necesario el desarrollo de tratados geográficos, crónicas militares, etc. al servicio del conquistador romano. La mayoría de las obras escritas en época romana se centran en los hechos de conquista, sobre todo en las campañas militares. Lamentablemente estas obras dedican menos atención a cuestiones de la vida cotidiana, relativas a orden práctico, como es el caso de la descripción de las ciudades y su arquitectura, que es el objeto de nuestro estudio.

Pese a ello, las conquistas militares suponen importantes progresos en el conocimiento geográfico de la Península Ibérica, como reconocen algunos autores como Polibio (*Historias* III. 59.3), Estrabón (*Geografía* I.2.1) y Plinio el Viejo (*Historia Natural* 5.51). Durante las campañas de la conquista romana de los territorios peninsulares, era necesario la presencia de geógrafos e historiadores que describieran las características físicas del país, sus riquezas, etc. para poder justificar el coste material y humano que suponía dicha empresa al Estado romano (García Fernández 2004: 94-95). Conquista y explotación forman parte de un mismo proceso (Plácido Suárez 1987-88: 251), de ahí la necesidad de describir detalladamente las tierras peninsulares y sus riquezas.

Durante los siglos I y II d.C. se desarrolla una literatura de carácter geográfico que pretende ofrecer una mejor conocimiento de los territorios conquistados para su explotación económica. En este género, que incluye ciertas referencias etnológicas e históricas, encuadra Salinas (2006: 12) tres obras fundamentales: la *Geografía* de Estrabón, la *Historia Natural* de Plinio y la *Geografía* de Ptolomeo. Para facilitar el control militar y político de esos pueblo se realizó una exhaustiva descripción y “ordenación etnogeográfica” de dichos territorios. La Geografía se convertía ahora en un instrumento preciso de conocimiento para el control territorial de los pueblos; así surgen los términos “Turdetania” y “Turdetanos”, para aludir respectivamente a la zona del Valle del Guadalquivir y a sus habitantes (Chaves, García y Ferrer 2006: 816-817). La conquista romana de Iberia facilitó el conocimiento directo de geógrafos e historiadores grecolatinos de las tierras peninsulares, incluido las interiores, hasta entonces ignotas.

En el recorrido cronológico por las fuentes escritas podemos observar la evolución de la imagen de la región turdetana que nos ofrece la literatura a través de los

siglos. Se trata de un lento “proceso de definición histórica, geográfica y política” (García Fernández 2004:103), en el que se evoluciona desde una primera imagen, un tanto irreal y mítica, en tiempos de Tartesos, hasta “la configuración de un espacio geo-histórico primero y geo-político después” (*Idem*), cuando estos territorios pasan a estar bajo el dominio del Imperio Romano.

Entre las citas literarias sobre la región turdetana nos centraremos en aquellos testimonios más relevantes para nuestro fin y que más información aportan al respecto, desde nuestro punto de vista; para ello nos centraremos en el análisis de las obras de Polibio, Posidonio, Estrabón, Plinio el Viejo y Avieno, aunque no todos estos autores estuvieron en persona en los territorios y acontecimientos que describen. Sería Polibio el primer investigador en llegar a la zona de la Meseta Central, en los tiempos de las guerras numantinas (s. II a.C.). Otros escritores, como Artemidoro y Posidonio visitaron personalmente el sur de la Península para estudiar ciertos fenómenos físicos en Cádiz, y en sus obras aportaron nuevas noticias sobre la ya Bética. Incluso algunos autores, como es el caso de Asclepiades de Myrlea, se establecieron en estos territorios. La mayoría de estos autores son de origen griego, aunque también contamos con los testimonios de algunos autores latinos, como P. Mela y Plinio el Viejo.

Podemos considerar a estos autores como la base escrita sobre la que se asienta nuestro conocimiento del pasado, a ellos podríamos añadirles otros autores menores y fuentes escritas secundarias, como es el caso de los *itinerarios*, muy interesantes desde el punto de vista geográfico ya que a veces son un complemento indispensable para entender la información recogida en otras obras de carácter literario (García y Bellido 1993: 70).

Comenzaremos con Polibio, gran historiador de época helenística, que vivió de manera directa la expansión romana y sus consecuencias y fue testigo de importantes hechos históricos en Hispania. La fecha de nacimiento de Polibio se establece entre el 210 y el 200 a.C., en la ciudad griega de Megalópolis. Su familia estaba bien situada económicamente y era partidaria de la Liga Aquea, en la que Polibio fue *hiparco* en el año 170 a.C. Aproximadamente. Tras la victoria romana de Pidna (168 a.C.), en la guerra entre Roma y Macedonia, Polibio fue deportado, junto con otros mil aqueos a Italia, como sospechosos de deslealtad a Roma. En la

capital romana entró al servicio de la familia de los Escipiones y se convirtió en el preceptor de los hijos de Lucio Emilio Paila, el más joven de los cuales era P. Cornelio Escipión Emiliano, a quién acompañaría, años después, en su expediciones y campañas militares por todo el Mediterráneo, lo que le permitió recopilar información de primera mano para la redacción de sus obras. En el año 151 a.C., en el contexto de la III Guerra Púnica, parte con Escipión hacia Hispania y el norte de África, donde presencia la destrucción de Cartago (146 a.C.) y en Hispania es testigo directo del asedio y toma de Numancia (133 a.C.). Durante su estancia en la Península Ibérica, Polibio recorrió según García y Bellido (1993: 113) la meseta, la Turdetania y quizás también el Algarve y la región de Cartagena, como nos dice Estrabón en su *Geografía* (III.5.7).

La gran obra de Polibio fueron las *Historias*, que pretendía ser una recopilación de los hechos históricos más relevantes de su época. Está compuesta por cuarenta libros, que nos han llegado de forma muy fragmentada, solo se han conservado completos los cinco primeros libros, extensos fragmentos de los libros VI al XVIII y solo algunos extractos de los demás. Con esta obra se proponía narrar la historia y expansión de Roma, desde el año 265 a.C., fecha del inicio de la I Guerra Púnica, hasta el 146 a.C., con la destrucción de Corinto y el final de la III Guerra Púnica. Las referencias a la Península Ibérica solo aparecen en el contexto de la conquista cartaginesa y en los enfrentamientos con Roma en las Guerras Púnicas, cuando hace referencia (*Historias* III.33.9) a la utilización de mercenarios iberos en el ejército cartaginés.

Lamentablemente no se ha conservado el libro XXXIV, en el que describiría los nuevos territorios y pueblos conquistados por Roma, entre los que se encontraría la Turdetania. Solo contamos con algunas referencias aisladas en el resto de la obra, en la que se narra, de manera intercalada, la conquista romana de Iberia. Así en los pasajes de los libros VII, 38; IX, 11; X 2-20, 34-40 y XI 24-33, encontramos algunas menciones a las tierras del Bajo Guadalquivir y a sus pobladores, aunque mayoritariamente aluden a Tartesos. Algunos retazos de esa descripción de la Turdetania que contenía el libro XXXIV nos han llegado a través de autores posteriores, principalmente Estrabón (*Geografía* III.1.6 y III.2.15). También contamos con algunas escasos fragmentos en las obras de Plinio el Viejo o Apiano. Según García y Bellido (1993: 113) el desaparecido libro XXXIV debía de ser “un tratado geográfico y etnográfico escrito como introducción al siguiente, dedicado a

las guerras celtibéricas y lusitanas (153-133 a.C.), de las que, en parte, fue testigo ocular.”

Pese al mal estado de conservación, la obra de Polibio resulta de gran interés ya que estuvo personalmente en tierras hispanas y es el primer autor grecolatino que recoge noticias del interior de la Península Ibérica, territorio hasta entonces desconocido en la producción historiográfica. En su obra nos ofrece información de primera mano de la Turdetania de mediados del siglo II a.C. Por primera vez, y gracias a Polibio, la Península entra en la Historia y deja de ser un lugar desconocido y fantástico (García y Bellido 1941:118).

El autor griego recoge en su descripción de las tierras peninsulares información geográfica, política, étnica e, incluso, algunos datos sobre las formas de vida y costumbres de algunas poblaciones (Cruz Andreotti 2005: 219). Además, es el primero que utiliza los nombres “turdetanos” y “túrdulos”, con los que hace referencia a los pueblos que habitaban la zona del Bajo Guadalquivir al sur y al norte, respectivamente (XXXIV.9.2). Estos serían los términos latinos empleados en aquella época para denominar a los habitantes de la Turdetania, que seguramente Polibio había oído a sus contemporáneos en su visita por aquellas tierras (García Fernández 2004: 75-76). La utilización de estos términos no correspondería a un etnónimo, en el sentido actual, sino que más bien serían nombres genéricos, que se referirían a varios pueblos y etnias, englobados bajo un mismo nombre con un sentido práctico, cuya finalidad era facilitar el proceso de conquista y dominación romana. Polibio en su obra usa para referirse a la población del Valle del Guadalquivir los términos tartesios, turdetanos y túrdulos con un pequeño matiz cronológico diferenciador. García Moreno (1989: 291) señala que para épocas anteriores a la presencia romana en la Península Ibérica Polibio utiliza el término Tartesos, mientras que para narrar hechos contemporáneos emplea las formas derivadas de *\*turt-*. García Fernández (2004: 76) plantea la posibilidad de que la utilización de uno u otro término se debiera al uso de fuentes griegas, latinas o púnicas.

También debemos incluir en este apartado a Asclepiades de Mirlea, reconocido filólogo griego nacido en Mirlea, ciudad de Bitinia (Asia Menor), que vivió entre los siglos II y I a. C. Viajó por todo el Mediterráneo, visitando la Península Ibérica, donde según Estrabón (*Geografía* III.4.3) se dedicó a la enseñanza de la gramática

griega en la Turdetania, región a la que dedicó una de sus obras, una *periegesis* de la región que lamentablemente no se ha conservado de manera directa, sino que la conocemos a través de Estrabón, quien lo utiliza para la redacción de algunos pasajes del Libro III de su *Geografía*, como él mismo cita (III.4.3 y III.4.19). Pero parecer ser que Estrabón no leyó personalmente la obra de Asclepiades (García y Bellido 1993: 197), sino que la conocería a través de Posidonio, principal fuente utilizada por Estrabón en su su Libro III (Cruz Andreotti 1999: 95-96).

Otro autor importante fue Artemidoro de Éfeso, geógrafo del siglo II a.C. que viajó por el Mediterráneo y visitó el sur de la Península Ibérica hacia el año 100 a.C., llegando hasta el cabo de San Vicente. El hecho que visitara personalmente Iberia, como confirma Estrabón (*Geografía* III.1.4 y III.1.5), que lo sitúa en *Gadir* (III.5. 7), otorga un gran valor a su testimonio. Artemidoro recogió las experiencias de sus viajes en un periplo sobre el Mediterráneo, que luego debió ampliar, con carácter más general, a toda la *oikoumene* (García y Bellido 1941: 117). Esta obra se tituló *Geographoumena* y estaba compuesta por 11 libros, de los cuales el segundo parece ser que trataba de la Península Ibérica. Esta obra se ha perdido y solo nos han llegado algunos fragmentos en autores posteriores, como Estrabón, quien lo utiliza como una de las principales fuentes para la redacción del Libro III de su *Geografía*, Plinio y Marciano de Heraclea que elaboró un epítome en el siglo IV d.C. La información más relevante nos la da Esteban de Bizancio quien en su obra habla de la *Turdetania* como una región de Iberia, que también se llama Bética por su proximidad al río *Betis*. Los habitantes de esta región se llaman turdetanos y túrdulos. Según este autor, Artemidoro llama a la región del Bajo Guadalquivir *Turtitania* y a sus habitantes *turtos* y *turtitanos*.

Otro autor a tener en cuenta es Posidonio, geógrafo, historiador, científico y filósofo griego de origen sirio que vivió entre mediados del siglo II a.C. y el siglo I a.C. Durante algunos años se dedica a viajar por las tierras occidentales del Mediterráneo y el norte de África con el fin de realizar investigaciones científicas. Según Alonso Núñez (1979: 646) “Posidonio se suma así a la tradición de los eruditos griegos de explorar los países bárbaros”. La obra de Posidonio resulta de gran interés ya que visitó personalmente la Turdetania. Estrabón da testimonio en diversas ocasiones (II.5.14, III.1.5 y III. 2.5) de la presencia de Posidonio en el sur de la Península Ibérica y lo localiza concretamente en *Gadir* (III.5.8 y III.5.9), donde

residió durante un tiempo (III.1.5), con el fin de estudiar las mareas oceánicas (III.5.8 y III.5.9) y otros fenómenos de la naturaleza, como el alba y el crepúsculo (III.1.5). Con el mismo objetivo – la observación de las mareas – parece que se adentró navegando por el río *Baetis* hasta *Ilipa* (Alcalá del Río, Sevilla).

Sus dos obras más interesantes son *Historias* y un *Tratado sobre el Océano*, en las que se hallarían la mayoría de los datos recopilados sobre la Turdetania. Lamentablemente no se han conservado los originales y solo nos han llegado, de manera indirecta y muy fragmentaria, mediante referencias en obras de autores posteriores, como Plutarco, Plinio, Diodoro de Sicilia y Estrabón, entre otros. Estos autores se limitan a transmitir el interés de Posidonio por la riqueza minera de la zona y su explotación, y poco más, pese a lo cual podemos hacernos una idea aproximada del pensamiento geográfico del autor.

En sus *Historias* Posidonio narraba la conquista romana de la Península Ibérica y la resistencia que los pueblos indígenas presentaron ante el invasor, abarcando un período que transcurre desde el año 145 hasta el 86 a.C. Esta obra se considera una continuación de la de Polibio tanto en el sentido cronológico, pues Posidonio inicia su narración el mismo año en que Polibio finalizó la suya, como en el método historiográfico, pues aquél incluye en su descripción numerosas referencias culturales y sobre las condiciones de vida de los distintos pueblos de la Península (García Fernández 2004: 79, nota 66). La obra estaría compuesta originariamente por 52 libros, todos ellos perdidos, por lo que solo contamos con referencias en autores posteriores. A través de los fragmentos conservados comprobamos que contenía una descripción de la Península Ibérica, en la que se mezclan explicaciones geográficas, reflexiones históricas, descripciones étnicas y, especialmente, comentarios sobre aspectos económicos (Alonso Núñez 1979: 644). Posidonio recoge en su obra los tópicos sobre la gran riqueza minera de Iberia, especialmente de las minas de la Turdetania, que conocemos a través de Estrabón (III.2.8-9), e incluso ofrece información sobre los minerales que se obtenían (cobre, plata, etc.) y las técnicas de explotación de las minas, alabando la gran habilidad técnica de los turdetanos en un tono que provocó las críticas de Estrabón (III.2.9).

En la descripción de los trabajos en las minas podemos observar un espíritu crítico, teñido de cierta preocupación ética y social, hacia las duras labores realizadas por los indígenas. La misma empatía hacia la población indígena (García Fernández



2004: 82) vemos posteriormente en Diodoro de Sicilia, quien, a través de la utilización de Posidonio como fuente, realiza una reflexión moral y crítica sobre el penoso trabajo de los indígenas en las minas, sin duda, inspirada por el pensamiento estoico de aquél (Alonso Núñez 1979: 640).

Muchos especialistas apuntan que Estrabón utilizaría la obra de Posidonio como fuente principal en la redacción de su *Geografía* (García y Bellido 1944: 530) y en especial para el Libro III (García Fernández 2004: 81). La descripción de la Turdetania por Estrabón, de sus características geográficas y sus riquezas agrícolas, ganaderas y minerales, se inspira claramente en los pasajes de Posidonio, como él mismo reconoce, en varias ocasiones (III.1.4, III.1.5 y III.1.6) (Alonso Núñez 1979: 641), informaciones cuya veracidad cuestiona, como ya hemos visto (III.2.9). También es posible que provengan de Posidonio las informaciones que incluye Estrabón sobre la navegabilidad del río Betis y sus esteros, la buena comunicación de las ciudades de la Turdetania, la abundancia de recursos naturales y su excelente productividad (García Fernández 2004: 81).

Uno de los autores que más información nos transmite sobre la Península Ibérica y la Turdetania es Estrabón (c. 64/63 a.C.- 19/20 d.C.), geógrafo e historiador griego originario de Amasia (Ponto), que pronto se estableció en Roma. En esta ciudad coincidió con Posidonio, del que fue discípulo y aprovechando la estabilidad política que había traído la *Pax Augusta* viajó por gran parte del Mediterráneo, llegando hasta el norte de África (Egipto), aunque no hay constancia de que visitase la Península Ibérica.

La obra más conocida de Estrabón y la que más información nos aporta para el estudio de la Península Ibérica es su *Geografía*, compuesta por 17 libros, en los que intenta hacer una descripción del mundo conocido. Esta ambiciosa obra fue escrita a lo largo de varias décadas, siendo revisada en época del emperador Tiberio, hacía el año 18 d.C. (Meana y Piñero 1992: 19). En su descripción del mundo, el autor comienza por Occidente, concretamente por la Península Ibérica, en la que nunca estuvo, continúa por la costa norte del Mar Mediterráneo hasta llegar a Oriente, alcanzando Asia Menor y la India, desde allí vuelve hacia Occidente por la costa sur del Mediterráneo. El interés de esta obra es principalmente geográfico, pero también incluía algunos apuntes etnográficos e históricos, e incluso mitológicos, como comprobaremos más adelante. Se trata así

de una *corografía* o geografía descriptiva en la que nos describe incluso lugares que él nunca visitó personalmente, para lo que recurre a fuentes anteriores, escritas u orales. Estrabón recopila y reelabora en esta obra toda la tradición geográfica de época helenística, a través de una selección de las fuentes, a la vez que aporta una nueva concepción de la geografía más analítica e historicista (Cruz Andreotti 1999: 12). La obra de Estrabón supone así una síntesis entre la tradición pasada y presente (Plácido Suárez 1987-1988: 244).

Se trata de una geografía que va más allá de la mera descripción, pues según reconoce el propio Estrabón (I.1.16): “la geografía está en su mayor parte orientada hacia las necesidades políticas”. En este sentido, pretende que su *Geografía* sea útil al hombre de gobierno (I.1.18), al que destina su obra. La geografía se convierte así en una ciencia al servicio del poder y de la administración imperial romana (Arce 1989). El Libro III está dedicado a la Península Ibérica y en él nos describe sus paisajes, recursos y las costumbres de sus habitantes. Describe a la Península como un territorio desigual, con un norte poco habitado y atrasado, debido a las dificultades del relieve y el clima, y una región sur, rica y próspera, inserta en un proceso casi completo de romanización. El texto refleja, según Plácido Suárez (1987-1988: 255), las dificultades que hallaron los romanos para controlar y conquistar el norte de la Península.

Para la redacción del Libro III de su *Geografía* se basó en obras de autores anteriores que conocían personalmente la Península, por lo que incluye datos de cronología anterior al tiempo en el que escribe (Domínguez Monedero 1984: 202, 213) a los que aporta otros nuevos sobre la situación de la Península en su época, procedentes de fuentes principalmente orales, como ya hemos señalado. También recoge referencias mitológicas de autores anteriores, hecho que según Cruz Andreotti (1993: 20) responde a la necesidad de “establecer un hilo conductor entre el pasado y el presente que explique las cualidades de las zonas y los pueblos y, al mismo tiempo, los relacione con la presencia romana que se presenta, así, dinamizadora de un proceso histórico”. Pero, al mismo tiempo debemos señalar que Estrabón ha superado los antiguos mitos y *topoi* y racionaliza su descripción de Iberia (Cruz Andreotti 1999: 99), buscando razones y causas más científicas a los hechos que describe y estudia.

El Libro III de la *Geografía* de Estrabón, se divide, a su vez, en 5 capítulos (Meana y Piñero (1992):

1. Situación y naturaleza de la Península. Recorrido por la costa meridional.
2. Turdetania.
3. Las costas este y norte. Etnias que las ocupan.
4. De las columnas a los Pirineos. Tribus del interior.
5. Las islas.

Esta estructuración en unidades étnico-políticas podría estar inspirada en Posidonio (Alonso Núñez 1999: 109), pero ahora ya refleja la división administrativa romana en provincias establecida por Augusto. Así en el capítulo 2 describe la región que correspondería a grandes rasgos a la provincia Bética, el capítulo 3 estaría dedicado a los territorios de la Lusitania y sus habitantes y el 4 a la provincia de Tarraconense. El capítulo 2 del Libro III está dedicado íntegramente a la descripción de la Turdetania. El autor describe sus límites y ciudades, su configuración geográfica, ríos y esteros y posibilidades de navegación y, sobre todo, se recrea en ensalzar detalladamente sus riquezas (III.2.6), tanto naturales, como fruto de la intervención humana (industria de pescados y salazones, lanas y tejidos, etc.), destacando la gran riqueza minera de la zona (III.2.8-9), siguiendo a Polibio y Posidonio, aunque en el caso de Estrabón su objetivo era señalar la localización de los recursos para facilitar su explotación a los conquistadores romanos. Para la descripción de la región de la Turdetania, como reconoce en III. 4.3, que utilizó las obras de Posidonio, Artemidoro de Éfeso y Asclepiades de Mirlea.

Estrabón justifica la prosperidad de la Turdetania por las excelentes condiciones naturales de la región a las que los turdetanos supieron sacar el máximo rendimiento (García Fernández 2004: 87). Esa gran riqueza natural se rentabiliza gracias a las excelentes comunicaciones, principalmente a través del río Betis y también con la construcción de canales (III.2.5), que permiten la exportación de los excedentes de producción, en grandes barcos, hacia Roma. Estrabón realiza una detallada descripción de las vías fluviales y canales, pues considera la comunicación uno de los estandartes de la civilización y un motor del progreso (Cruz Andreotti 1993: 22-23). El autor insiste reiteradamente en el mayor grado de civilización de los turdetanos, respecto a otros pueblos de la Península Ibérica, que relaciona con sus buenas comunicaciones, que le permiten el contacto con otras culturas (Plácido Suárez 1987-1988: 250). Muestra del alto nivel de la cultura turdetana sería el hecho de que tuviesen escritura propia, leyes escritas, poesía e incluso historia, entendiéndose esta última como el conocimiento del pasado

(III.1.6).

Para Estrabón el factor más claro de civilización es el urbanismo, pues considera a la ciudad como la base esencial de la civilización, en contraposición con los pueblos bárbaros que aún habitaban en aldeas. El hecho de que el territorio turdetano esté densamente urbanizado (III.2.1-2), salpicado de numerosas ciudades, de mayor o menor envergadura, demuestra el gran desarrollo de la cultura turdetana, que según el autor sería herencia, en parte, de sus predecesores, los tartesios. Este alto grado de civilización ha permitido, siguiendo a Estrabón, un rápido proceso de romanización de esta región de la Baja Andalucía y de sus habitantes, quienes habían adoptado incluso los modos de vida romana, incluidos la lengua latina (III.2.15).

Llegados a este punto nos encontramos con una cuestión clave, ¿quiénes eran para Estrabón los turdetanos? Según deducimos de sus escritos los turdetanos eran los habitantes del Valle Medio y Bajo del Guadalquivir en la época de la conquista romana, pero al mismo tiempo admite que en la Turdetania habitaban otros pueblos, como los bastetanos o “como los pueblos de más allá del *Anas* y la mayor parte de los pueblos limítrofes” (III 2.1), con lo que podría referirse a los túrdulos e incluso a algunas poblaciones de celtas allí afincadas. Según García Fernández (2004: 90, nota 100) Estrabón no muestra una especial preocupación por diferenciar etnográficamente las diferentes comunidades que habitaban en la Turdetania, sino que su interés por los turdetanos está relacionado con el hecho de querer demostrar su más alto grado de aculturación, gracias a la intervención imperialista romana, que llega a ser tal, que en su época que ya no era posible diferenciar entre túrdulos y turdetanos en la Bética (III. 1. 6).

De los autores romanos destaca Cayo Plinio Segundo (23/24-79 d.C.), más conocido como Plinio el Viejo, importante escritor, científico y naturalista. En época de Vespasiano (69-79 d.C.) fue procurador en la Galia, África e Hispania, donde fue gobernador de la Tarraconense hacia el año 74. De su ingente producción literaria, entre las que había obras sobre gramática, tácticas militares, biografías, etc., solo se ha conservado su *Historia Natural*, considerada, como el mismo reconoce, un ambicioso compendio del saber de su época, en el que abarca, a largo de sus 37 libros, temas tan diversos como la geografía, la etnografía, la zoología, la medicina o la mineralogía, por citar solo algunos. Pese a su incuestionable valor, hay autores que critican que Plinio cae a veces en una “mera recopilación erudita de datos, sin

método fijo ni crítica” (Mangas y Plácido 1999: 709). Para la redacción de su obra, Plinio el Viejo toma como fuente a diversos autores, la mayoría contemporáneos suyos, aunque también recoge información de otros anteriores como Posidonio. Según Mayer (1989: 304) los dos autores principales que utiliza son M. Agripa y M. Varrón, mientras que Bendala y Corzo (1992: 95) señalan que sería el famoso mapa de Agripa, el *Orbis Pictus*, de época imperial augústea, una de las principales obras en las que se basa Plinio emplea para sus descripciones geográficas. Existen alusiones indirectas a la utilización de otras fuentes secundarias, de tipo administrativo, como serían listas de ciudades o itinerarios, lo que explicaría las imprecisiones de la obra de Plinio.

Los libros III al VI están dedicados a la Geografía, a la descripción del mundo conocido. Para el estudio de la etapa turdetana nos interesa el Libro III, dedicado al conocimiento geográfico del Mediterráneo Occidental, donde se incluyen los territorios de *Hispania*, describiendo su organización administrativa en época romana en tres provincias e incluyendo una completa lista de sus respectivas ciudades. Realiza una descripción corográfica de la Bética, ya un territorio bajo dominación romana, pero nos puede dar una visión aproximada de esa región en época prerromana, aunque el autor se centra en los datos de carácter administrativo y apenas recoge información de carácter geográfico, étnico o cultural sobre las regiones que describe. García Fernández (2004: 96) señala la falta de coherencia interna en la descripción de la Bética que hace Plinio, que posiblemente sea debido a la utilización de diferentes fuentes, que tienen variantes terminológicas. El citado investigador (2003a: 96) destaca, además, el hecho de que Plinio hable genéricamente de los túrdulos como los habitantes del valle del Guadalquivir, sin distinguirlos de los turdetanos. Tenemos un ejemplo en III.7-8 donde nos dice, sin entrar en detalles, que la franja costera que se extiende desde el *Anas* por la costa atlántica pertenece a los bástulos y a los túrdulos. En este pasaje Plinio describe la costa de oeste a este, en cambio enumera a los pueblos en dirección inversa, de este a oeste: *bastuli* y *turduli*, mientras que en la mayoría de las fuentes escritas los túrdulos pueblan desde la desembocadura del *Anas* hasta la del Betis, y los bástulos se sitúan en la costa mediterránea, en torno a la zona del Estrecho (García Fernández 2004: 96).

Otra información interesante que incluye Plinio en su obra es una enumeración de ciudades indígenas u *oppida*. Esta serie de nombres de ciudades, ordenadas por categorías y alfabéticamente, nos será muy útil a la hora de conocer los nombres

indígenas de muchos enclaves y su localización aproximada.

Siguiendo un orden cronológico, ya en la Antigüedad Tardía, citaremos a Avieno, poeta latino del siglo IV d.C. Su obra más conocida es la *Ora Marítima*, un poema escrito en latín, del que solo se ha conservado el Libro I, donde en más de 700 versos, realiza una descripción del litoral ibérico, desde las Casitérides y Tartesos hasta Masalia. A partir del verso 205, Avieno describe la costa andaluza occidental, concretamente el tramo costero entre las desembocaduras de los ríos Guadiana y Guadalquivir, y los pueblos que en él habitaban y que él denomina Tartesos.

En su descripción recoge topónimos costeros, referencias míticas y nombres de tribus, ofreciéndonos según Ferrer Albelda y García Fernández (2002: 143) una “visión anacrónica y atemporal” de Iberia. Una imagen de la Península que no corresponde a ningún momento histórico concreto, sino que más bien es una amalgama de datos e historias más o menos antiguas, fruto de las diversas fuentes de información que utiliza para la redacción de su obra. De la propia pluma de Avieno conocemos los autores que utilizó para la parte correspondiente a la Península Ibérica, la mayoría de ellos del siglo V a.C., como Skylax de Karyanda, Euktemon de Athenas, Damastes de Sigeion y Phileas de Athenas (García y Bellido 1941: 101). Pero la mayoría de los datos que ofrece la *Ora Marítima* describen una Península anterior a esa fecha, incluso en varios siglos, por lo que se ha supuesto que Avieno emplearía además un viejo periplo anterior, escrito por un navegante griego o púnico en el siglo VI a.C., el cual a su vez recogería noticias más antiguas aún. La identificación de este periplo antiguo ha provocado largas discusiones y la producción de una abundante bibliografía al respecto<sup>9</sup>.

La *Ora Marítima* es un poema muy complejo, tanto en su composición como en su interpretación. Debemos tener precaución en la utilización de los datos y referencias que Avieno nos transmite en su obra con fines históricos, pues dado el carácter poético de la misma, su prioridad era literaria más que geográfica o histórica (Arteaga, Schulz y Roos 1995: 122). Este poema incluye datos sobre la costa ibérica, geográficos y míticos, pero difíciles de contrastar, debido a la pérdida del original y al hecho de no contar con otra fuente que nos permita corroborar dicha información.

<sup>9</sup> García y Bellido (1941:102; 1944: 548) señala a un navegante cartaginés, quizás Himilkón, como el autor del periplo. Domínguez Monedero (2007: 339-340) piensa que quizás se basa en un periplo antiguo llamado del Pseudo-Escílax. García Fernández (2004: 101) apunta la posibilidad de que Avieno utilizara un estilo tan arcaico intencionadamente, según la moda del momento.

A continuación recogemos otras fuentes escritas secundarias, pues la información que recogen sobre la Turdetania y sus habitantes es de carácter menor, pero tienen un gran valor como vehículo transmisor de obras anteriores hoy perdidas.

Este es el caso de Diodoro Sículo, historiador de origen griego del siglo I a.C., nacido en la provincia romana de Sicilia. De su obra más importante, la *Biblioteca Histórica*, solo se conservan de forma íntegra los cinco primeros libros y del XI al XX, y algunos fragmentos de los restantes. Este tipo de obra, muy de moda en tiempos helenísticos, pretendía recopilar la Historia universal, desde la creación del mundo por los dioses hasta su propia época, concretamente hasta el año 60/59, cuando Julio César accede al consulado.

Diodoro no incluye ninguna referencia directa a los turdetanos, pero, pese a ello, la importancia de esta obra para el estudio de la Península Ibérica y de la Turdetania reside en que el autor recoge en ella los testimonios de escritores anteriores, como Polibio y Posidonio, que habían visitado personalmente la Península Ibérica y cuyos originales no se han conservado. Diodoro, al igual que Posidonio, muestra en su obra interés por las cuestiones económicas y técnicas, y nos transmite información sobre la riqueza minera de la Península, haciendo referencia seguramente a las rentables explotaciones del sur peninsular (García Fernández 2004: 80).

Otro autor de cierta importancia para nuestra labor es Tito Livio, analista latino que vivió entre el siglo I a.C. y el I d.C. Su obra más importante es una ambiciosa *Historia*, que en 142 libros abarcaría más de 700 años de la historia de Roma, desde sus orígenes hasta la muerte de Druso (9 d.C.). Livio emplea en su obra un estilo fluido y muy elegante, que le aseguró un gran éxito en su época. Lamentablemente esta obra se ha perdido en su mayor parte, solo contamos con la narración de los hechos correspondientes a los años 753-243 a. C. y 210-167 a.C. El mayor interés para nuestra investigación está en el pasaje dedicado a la narración de la II Guerra Púnica (218-201 a.C.), donde aparecen referencias a la Península Ibérica y a sus habitantes. Pero en la descripción de estos acontecimientos Tito Livio, pese a que utiliza a Polibio como fuente, muestra un excesivo patriotismo y un escaso interés por la etnografía (García Fernández 2004: 92). Ese desinterés se puede observar en la falta de precisión en el uso de los términos tartesios, turdetanos y túrdulos, que emplea indistintamente para hablar de los habitantes del suroeste peninsular. García Fernández (2004: 98) apunta la posibilidad de que el uso de un término u otro pudiera deberse al empleo de

diferentes fuentes de información, por parte de Livio, para la descripción de los hechos. En su descripción de la población indígena, independientemente del etnónimo que utiliza, Livio emplea dos tópicos clásicos sobre los habitantes del sur de la Península, según García Fernández (2004: 92-93), su belicosidad y el desorden y la indisciplina en la lucha, como ejemplifica en la destrucción de *Astapa*.

Claudio Ptolomeo fue un astrónomo, astrólogo, químico, geógrafo y matemático greco-egipcio, nacido en la ciudad de Alejandría (Egipto), que vivió en la primera mitad del siglo II d.C. En su faceta como geógrafo destaca su gran obra titulada *Geographia*, o también conocida como *Atlas del Mundo*, en la que describe la *oikumene*. Esta obra constaba de tres partes, dividida en ocho volúmenes y contenía una serie de mapas sobre el mundo conocido. Pese a su gran valor, esta obra nos ofrece escasa información de interés para nuestra labor, pues Ptolomeo no incluye datos de tipo etnográfico o histórico, sino que se limita a realizar una enumeración de ciudades y accidentes geográficos, espacialmente localizados mediante coordenadas, y acompañados de su adscripción étnica. La *Geografía* de Ptolomeo, junto a la obra de Plinio, es la principal fuente de topónimos y datos geográficos concretos sobre la Península Ibérica en la Antigüedad, ofreciéndonos una imagen bastante aproximada de la organización territorial, con sus topónimos y circunscripciones tribales, del sur peninsular a comienzos de nuestra era.

Otro historiador latino relevante fue Apiano, que vivió entre el siglo I y el II d.C. Escribió una *Historia de Roma*, que solo nos ha llegado parcialmente, en la que se remonta a los orígenes de Roma. Para su redacción empleó diversas fuentes literarias griegas y romanas y, posiblemente, también utilizó documentos oficiales. Su obra está dividida, según criterios geográficos y etnográficos, en 24 libros monográficos, dedicados a las guerras de Roma contra otros países y pueblos (*Árabica*, *Ibérica*, etc.) y a las guerras civiles, que se identificaron con el nombre de los generales que las protagonizaron. En la narración de estos hechos Apiano adopta una postura claramente filorromana. Las noticias sobre la Turdetania están recogidas en el libro *Ibérica*, donde narra los inicios de la intervención romana en la Península, las Guerras Celtibéricas hasta la toma de Numancia (133 d.C.), en el contexto de la II Guerra Púnica. En su descripción de los acontecimientos incluye algunas referencias sobre la idiosincrasia de los indígenas. Los turdetanos solo aparecen en la narración del episodio de la toma de *Astapa* (*Ibérica*, 33), en el que



aparecen descritos como el “buen salvaje”, para así reforzar el valor de la victoria romana (García Fernández 2004: 1999). La importancia de la obra de Apiano es incuestionable, ante la pérdida de los originales de Polibio y Posidonio, constituyendo el único testimonio conservado de los años de conquista y dominación romana de la Península Ibérica.

La fuente más tardía con la que contamos es Esteban de Bizancio. Su importancia radica en su papel como transmisor de obras anteriores perdidas. Sabemos muy poco de la vida de este autor, que fue un gramático griego que vivió en la capital del Imperio Bizantino, al parecer entre los siglos V y VI d.C. Su gran obra, titulada *Ethnika*, sería una especie de diccionario o índice geográfico-étnico-filológico del mundo conocido, que alcanzó una gran fama en su época. Parece que fue una obra muy amplia, aunque no se sabe con exactitud el número de libros que la componían, quizás unos 50 a 55 (González Blanco 1991: 24), la mayoría de los cuales no nos han llegado en su formato original, sino a través de fragmentos y referencias incluidos en epítomes posteriores. En cuanto a la descripción de la Península Ibérica parece que se centra en la zona oriental y meridional de la Península, deteniéndose en sus ciudades, pueblos y accidentes geográficos. Sobre la Turdetania nos dice que se llama también Bética, pues se encuentra junto al río Betis, señala que sus habitantes son los llamados turdetanos y túrdulos, indistintamente, aunque también refiere que Artemidoro llama a la región *Turtitania* y a sus habitantes *turtus* y *turtitanos*, intentando así subrayar una diferencia étnica en el uso de dos términos diferentes. La descripción de la Península Ibérica en la obra de Esteban de Bizancio resulta a veces confusa, pues está elaborada a partir de material de muy diversas épocas, aunque si “se maneja con prudencia resulta precioso para el conocimiento de la historia antigua de Iberia- Hispania” (Mangas y Plácido 1999: 918).

En resumen, las fuentes literarias se muestran muy parcas en datos sobre determinados aspectos de la vida de los turdetanos y en lo que concierne al tema que nos interesa, no contamos con descripciones de las ciudades turdetanas, simplemente una enumeración de las mismas (por ejemplo en la *Historia Natural* de Plinio: III.7-8) y tampoco nos ha llegado información sobre su arquitectura, ni sobre los edificios o técnicas constructivas empleadas por los turdetanos. Naturalmente no podemos reconstruir el pasado a partir, única y exclusivamente, de los “vestigios

escritos” (Cruz Andreotti 1993: 13-14), pero tampoco podemos minusvalorarlas, aunque nuestra principal fuente documental sea la arqueología.

Por otro lado no podemos tomarnos la licencia de juzgar las obras escritas del pasado desde nuestra perspectiva científica actual y pese a sus errores y limitaciones, debemos otorgar a estas obras el gran valor que merecen. Definitivamente es muy valiosa la información que las fuentes escritas nos aportan para reconstruir nuestro pasado turdetano, sobre todo nos ofrecen la visión que tuvieron los diferentes pueblos que entraron en contacto con la cultura turdetana, una visión externa pero no objetiva sobre este pueblo.

### II.3.2. Turdetanos *versus* iberos.

Una cuestión polémica es la relación de los turdetanos respecto a los iberos. Ha sido una tendencia generalizada en la historiografía, hasta la década de los años 90 del siglo XX, “subordinar el horizonte turdetano a la conocida como *cultura ibérica*” (García Fernández 2002: 222). De hecho, muchas obras generales presentan el conjunto del territorio andaluz poblado por iberos, sin hacer referencia a los turdetanos y otros pueblos que sabemos que ocuparon esta región<sup>10</sup>. Es más, es una constante la participación de especialistas en la II Edad del Hierro de Andalucía Occidental en congresos celebrados sobre el mundo ibero y la inclusión de artículos y capítulos sobre los turdetanos en bibliografía de temática ibera. Aunque en ocasiones nos encontramos a los turdetanos englobados dentro del mundo ibero, lo cierto es que, poco a poco, va quedando mejor caracterizada la singularidad de lo turdetano frente a lo ibero.

Un primer paso para aclarar esta cuestión es intentar realizar una aproximación a la definición de lo ibero. En la Península Ibérica, en el I milenio a.C., encontramos un panorama bastante diverso desde el punto de vista “étnico”; convivían pueblos muy diversos entre sí, no solo en la lengua y en la cultura, sino que también presentan importantes diferencias económicas, sociales y políticas, y por supuesto en otras esferas más abstractas como en la espiritual, en las costumbres y creencias religiosas, etc. Tradicionalmente se ha considerado que la Península Ibérica en época prerromana estaría dividida en dos grandes áreas étnicas y lingüísticas, una zona ocupada por poblaciones indoeuropeas, la mayoría de habla céltica, que se

---

<sup>10</sup> Cf. , entre otros, Ruiz y Molinos 1993.

extenderían por gran parte de la Meseta Central, la cornisa cantábrica y la zona occidental de la Península, mientras que el resto del territorio peninsular estaría ocupado por poblaciones no indoeuropeas, que supondrían una continuación del poblamiento de la Edad del Bronce, y que se han denominado, de forma general, iberos, aunque, como vamos a comprobar a continuación, estos pueblos presentarían notables diferencias entre sí.

En la historiografía tradicional se ha considerado territorio ibero, siguiendo a las fuentes clásicas escritas, la costa mediterránea, desde el extremo occidental de Andalucía hasta el Rosellón, incluyendo el interior del valle del Ebro.

Pero en este territorio considerado ibero no existía una unidad racial ni cultural. Ya los autores clásicos, como Herodoto (s. V a.C.), definen a los iberos como un solo pueblo pero dividido en una serie de tribus: mastienos, tartesios, etc. Por su parte, Estrabón, señalaba que entre los iberos no existía uniformidad cultural (*Geografía* III.1.6) y que era característico entre ellos el fraccionamiento político. En el territorio ibero, que como ya hemos visto era bastante extenso, pese a existir algunos rasgos comunes, no se da una total homogeneidad cultural, sino que observamos elementos diferenciales que han llevado a hablar de pueblos iberos “más que de un fenómeno homogéneo” (López Palomo 2009: 15-16). En esta diversidad cultural y étnica que podemos diferenciar en el área ibera, los límites territoriales, políticos, culturales e incluso raciales, eran muy permeables, hasta el punto de que hay autores que plantean que no se puede hablar de fronteras, en el sentido actual de este término, en cuanto que “pueblos étnicamente distintos pueden compartir lengua y cultura y, a la inversa, pueblos de la misma etnia pueden tener culturas diferentes” (Salinas 2006: 8).

Igualmente en la actual Andalucía en época prerromana encontraríamos una gran diversidad de poblaciones: turdetanos, túrdulos, bástulos, púnicos, bastetanos, oretanos, mastienos, etc. Las informaciones contradictorias sobre la localización territorial de estos pueblos contenidas en las fuentes ha dado muy diferentes resultados en los mapas elaborados por los investigadores.

Otro aspecto que debemos analizar son los términos Iberia e iberos, sus orígenes y su significación. El empleo de estos términos resulta confuso en las fuentes clásicas escritas, debido a que en ellos se mezclan “un concepto geográfico, otro étnico y otro cultural” (Salinas 2006: 63). Resulta muy complicado extraer conclusiones de las fuentes, tanto escritas como arqueológicas, en cuanto al componente étnico,

término que carece de su significado racial actual en las fuentes clásicas, lo que puede llevar a confusión (Cruz Andreotti y Mora Serrano 2004: 11).

Fueron los autores grecolatinos los que utilizaron por primera vez el término de pueblo ibero y de Iberia para designar a las tierras más occidentales, es decir la Península Ibérica, la región que comprendería desde la columna de Heracles hasta el territorio celta, y a sus habitantes en la I Edad de Hierro. Era muy común en la geografía de época helenística que un etnónimo terminase dando nombre a un territorio (Cruz Andreotti 2005:197). Polibio habla en muchas ocasiones de los iberos en sentido general, aunque en otras ocasiones podemos apreciar que es consciente de que son grupos diferenciados, tanto en su denominación, localización, organización política, etc. (Cruz Andreotti 2005: 200). Por lo tanto, podemos considerar iberos e Iberia como conceptos, que hacen referencia a un territorio y sus habitantes, pero que no tienen validez como términos étnicos, en su significación actual. Así se ha planteado que sería más apropiado hablar de “cultura o ámbito cultural” ibero, ya que el término ibero sería un nombre genérico que integraría a todos los pueblos establecidos en territorio peninsular en época prerromana, que compartirían ciertos rasgos comunes pero que al mismo tiempo presentarían diferencias regionales. De acuerdo con Bendala (2010:19) el término ibero “sirve para denominar a pueblos de diferentes nombres, cuya sola enumeración bastaría para hacer patente la complejidad y diversidad que se esconde bajo la homogeneizadora denominación de pueblos y culturas ibéricos”. Por lo tanto no sería correcto tampoco hablar de “cultura ibera” (Sánchez Moreno 2008: 21), ya que resultaría un concepto convencional e inexacto, que oculta una realidad sociopolítica, territorial, etc. mucho más compleja.

En cuanto a la filiación étnica de los iberos, los primeros estudios señalaban un carácter netamente indígena, cuyos orígenes se remontarían, al menos, a la Edad del Bronce e incluso en algunas poblaciones hasta el Neolítico (Maluquer de Motes 1954: 306). Estas tesis iniciales son un buen ejemplo de cómo el contexto político influye en la elaboración de modelos arqueológicos; en la España de los años de la dictadura franquista existía un cierto interés en el mundo académico por la búsqueda de un pasado “digno”.

A principios del siglo XX Bosch Gimpera (1932) elaboró una primera propuesta para la definición de las áreas culturales prehistóricas y protohistóricas de la Península Ibérica, a partir de la información contenida en las fuentes escritas y de la cultura

material, bajo parámetros étnicos. Desde este prisma distinguió un área propiamente ibera que sitúa al norte del río Segura, y otra área de tradición tartésica, que correspondería al sureste de la Península Ibérica. Durante muchos años esta tesis fue aceptada por parte del mundo académico, pero poco a poco fueron surgiendo voces críticas. Para entender este planteamiento debemos tener en cuenta el contexto político en el que se fragua esta obra, como fue el debate en el Parlamento de España del proyecto de ley para la autonomía catalana. Para Ruiz Rodríguez (1998:77) la propuesta de Bosch Gimpera reproducía, casi exactamente y de forma sospechosa, los límites entre las zonas de habla catalana y castellana. Sin embargo, y a pesar de su contenido ideológico y de las carencias lógicas derivadas de la limitada información de las fuentes utilizadas, debemos reconocer la gran aportación de la obra de Bosch Gimpera desde el punto de vista metodológico, no superado hasta años después.

Décadas más tarde, y bajo la influencia de las teorías difusionistas y etnocentristas entonces en boga, los especialistas comenzaron a valorar la importancia de las influencias exteriores, principalmente de origen heleno, en la configuración de la civilización ibera, señalando que serían precisamente esas influencias exteriores las responsables de un mayor grado de desarrollo urbano, cultural y material de los pueblos iberos. En las últimas revisiones historiográficas sobre la Protohistoria en la Península Ibérica, se observa que vuelve a resurgir la idea de un potente sustrato indígena, que definiría dichas culturas iberas, por encima de las influencias foráneas (López Palomo 2009:22-23).

Partiendo de la premisa de que los iberos no fueron una entidad étnica, podríamos distinguir diferentes “pueblos iberos”. Las fuentes escritas nos dan una enumeración de cuáles serían esos pueblos: Edetanos, Oretanos, Contestanos, etc., aunque existen importantes contradicciones que dificultan la definición territorial de cada uno de ellos y no hay unos criterios homogéneos en la definición de estos grupos. A veces algunos pueblos son descritos como unidades políticas y otros son definidos como unidades étnicas, dándose el caso de que una unidad política puede ser homogénea étnicamente o no y viceversa. Según Ruiz y Molinos (1993: 243), basándose en la información recogida en las fuentes clásicas, en la Península Ibérica en el siglo VI a.C. se distinguían tres grupos mayores: Iberos, Mastienos y Tartesios, junto con otros grupos menores, llamados tribus en dichas fuentes. Posteriormente, en el s. V a.C., las fuentes clásicas definen Tartesos y

Mastienos como ibero; este cambio es considerado por Ruiz y Molinos como una “redefinición de su rol étnico” (1993: 244). Después de la II Guerra Púnica los grupos tratados por las fuentes son los Turdetanos y los Túrdulos, que aparecen como descendientes de los Tartesios, los Bastetanos, quienes provendrían de los Mastetanos, los Oretanos y otros grupos minoritarios. Díaz-Andreu (2004: 69) realiza una doble lectura del estudio de Ruiz y Molinos (1993) sobre la etnicidad ibera, y concluye que su trabajo es el resultado de la situación política de España en los años 70 y 80, cuando el modelo de explicación se basaba en identificar unidad política y unidad étnica.

La realidad es que existen elementos comunes que comparten los diferentes pueblos iberos, como sería una lengua-escritura prelatina, el uso de la moneda, la tecnología del torno, etc. (Aranegui Gascó 1998: 24-25). Se han venido empleado diferentes criterios para intentar definir e identificar a la cultura ibera; así, se ha propuesto utilizar los rituales de enterramiento como elemento diferenciador u otros aspectos de la cultura material que dejan su reflejo en el registro arqueológico. Entre los objetos muebles más utilizados tradicionalmente como elemento definidor de lo ibero está la *falcata*, como arma característica, y entre las cerámicas los *cálatos*. También se ha venido empleando el tipo de asentamientos para definir los territorios comprendidos dentro del área ibera. Los hábitats iberos se caracterizarían por tener un alto grado de urbanización, con estructuras no solo y exclusivamente domésticas; las casas iberas se caracterizan por tener planta rectangular y con división de espacios interiores (Díaz-Andreu 2004: 65). Pero pronto surgieron voces críticas respecto a este sistema de definición de lo ibero, que abusaba de la descripción material y que a veces utilizaba elementos descontextualizados (Ruiz Rodríguez 1998: 77). Por lo que se hizo necesario buscar otras alternativas más fiables como son el estudio de la estructura y relaciones sociales: existencia de una clase aristocrática, la organización de las relaciones de patronazgo-clientela, los sistemas parentales, etc.

Los diferentes matices que se observan en los diferentes pueblos iberos posiblemente se deben a las influencias externas que llegaron a la Península desde el II milenio a.C. y que en el I milenio fueron más frecuentes con las colonizaciones, que aportarían importantes influencias culturales y materiales. El registro arqueológico nos habla de una fuerte presencia griega en el Levante peninsular,

mientras que el sur fue lugar de influencia de fenicios y púnicos, que mantuvieron relaciones comerciales con la población autóctona e incluso algunos contingentes de población se establecieron en esta zona, como recoge Estrabón (*Geografía* III. 2.13). Por lo tanto, en el mediodía peninsular el factor fenicio púnico-sería decisivo en la configuración de una nueva identidad cultural, la tartesia, existiendo documentación que nos habla incluso de la existencia de matrimonios mixtos, lo que supone una integración casi total.

También hay autores, como Maluquer de Motes (1954: 308), que hablan de la aportación de “sangre indoeuropea”. La presencia de tribus celtas en las zonas montañosas de Andalucía Occidental y de poblaciones procedentes de la Meseta en el valle del Guadalquivir, dejaron su huella en nombres de ciudades y en el de sus magistrados, que conoceremos a través de los epígrafes monetales. Siguiendo a Maluquer de Motes (1954: 310) todas estas influencias crearían un mestizaje único en las poblaciones del valle del Guadalquivir “visible en la estructura ciudadana y cosmopolita de muchos de sus centros de población”.

El componente turdetano tenía unas características propias que lo diferencian y excluyen de lo ibero (Sánchez Moreno 2008: 23). Esas diferencias serían resultado, por un lado, de las influencias exteriores y, por otro, del sustrato indígena previo, es decir, de Tartesos. Así mucho autores no dudan en señalar a los turdetanos como “descendientes directos de los tartesios” (Bendala Galán 2010: 162). En definitiva, tartesios y turdetanos presentaban unos rasgos culturales y materiales completamente distintos a los iberos: una lengua/escritura anterior y distinta al ibérico levantino, ausencia de escultura antropomorfa, escasa presencia de armas, diferentes repertorios cerámicos y, sobre todo, rasgos religiosos que culturalmente los definen como diferentes de los iberos (Escacena 1989 y 1992; Sánchez Moreno 2008: 27).

En cuanto a la cronología de la cultura ibera también encontramos en la historiografía diferentes propuestas, que han ido variando y adaptándose a raíz de los nuevos resultados de las excavaciones arqueológicas. La mayoría de ellas coinciden en una división, ya clásica, en tres etapas, que han recibido diferentes nombres pero que podríamos resumir en una fase inicial de formación, que correspondería *grosso modo* a los siglos VI- V a.C., una segunda de desarrollo cultural pleno, desde finales del siglo V- finales del siglo III a.C., que coincide con la

llegada de influencias de los pueblos mediterráneos, y una última etapa de ocaso e integración en la civilización romana, que se iniciaría a finales del siglo III a.C. Sánchez Moreno (2008: 24) realiza una revisión de las distintas periodizaciones regionales y plantea un cuadro general, basándose en el análisis del poblamiento y la cultura material, especialmente los tipo cerámicos, estableciendo cuatro etapas:

1. Preibérico o Protoibérico (ca. 700- 570 a.C.)
2. Ibérico Antiguo (ca. 570-425 a.C.)
3. Ibérico Pleno (ca. 425-230 a.C.)
4. Ibérico Tardío o Íbero-romano (ca. 230 a.C.-principado de Augusto)

Otra cuestión polémica es la organización política de los pueblos iberos. Plácido Suárez (1998: 59) plantea la existencia de reyes o *reguli*, con un poder territorial bastante amplio, como parecen corroborar las fuentes escritas, que nos hablan sobre *Culcas*, que aparece con el título de “*tartesiorum dux*” (López Palomo 2009: 40). Livio (XXVIII. 13.3) nos dice que, hacia el año 206 a.C., reinaría sobre 18 ciudades y Polibio (XI. 20.3) nos cuenta que este personaje aportó tres mil soldados de infantería y quinientos jinetes en apoyo de Escipión, lo que es una prueba de su poderío. En el año 197 a.C. los pueblos indígenas se sublevan contra el invasor romano al mando del citado *Culcas* y de *Luxinio* (Livio, XXXIII.21.7-8), este último régulo de *Carmo* y *Bardo*, aliándose con malacitanos y sexitanos.

En cuanto a la sociedad ibera nos encontramos con una estructura muy compleja que se fundamenta en relaciones clientelares, que a su vez tienen un fuerte componente religioso, el culto común a los antepasados del señor, lo que actúa como factor de cohesión social (Ruiz y Molinos 1993: 264).

Ya hemos hecho referencia al hecho de utilizar los asentamientos como un elemento definidor de lo ibero, por sus características singulares y definitorias. Sánchez Moreno (2008: 39) distingue cuatro categorías de asentamiento iberos: los *oppida* o grandes centros urbanos fortificados, los poblados menores que pueden o no estar amurallados, los caseríos y las atalayas o casas-fortalezas. Según este mismo autor (Sánchez Moreno 2008: 88) los *oppida* actuarían como “incipientes capitales”, pues en ellos residen las élites sociales y políticas y su clientela, y, por lo tanto, actuarían como centros de decisiones políticas y económicas. Eran enclaves



centrales, desde donde se controlaban los territorios y recursos de los alrededores, incluido la gestión de los excedentes y su comercialización. En ocasiones se ha querido utilizar el *oppidum* como el referente espacial del territorio ibero. Pero su definición no ha sido lo suficientemente elaborada, pues se han empleado meros criterios descriptivos, como tener un mayor tamaño, poseer poderosas fortificaciones, presentar una compleja trama urbana, etc., pero estas características no explicarían el importante papel que jugaron estos asentamientos “en el contexto territorial e histórico en que se desarrollaron” (Ruiz Rodríguez 1998: 79).

En cuanto a la Turdetania (cf. Ferrrer *et alii* 2008), parece que existían grandes núcleos de población que controlaban los centros agrícolas menores y las fértiles tierras del Valle del Guadalquivir, mientras que en la zona de las marismas y el litoral onubense la población se concentra en la antigua línea de costa, en grandes ciudades que desde una privilegiada posición controlan el comercio, tanto fluvial como marítimo, y al resto del territorio, organizado en núcleos de menor categoría, como pequeños puertos y factorías de salazón (Sánchez Moreno 2008: 42).

El urbanismo ibero estaría organizado en torno a calles, cuyo trazado se adaptaría a la orografía, estando las viviendas adosadas, compartiendo paredes medianeras, formando manzanas. La primera línea de casas suele apoyarse en la muralla, aprovechando esta como muro trasero. La mayoría de las viviendas se orientan hacia el sur o el este, por motivos prácticos (mayor incidencia del sol, vientos dominantes), aunque encontramos algunas excepciones, motivadas la mayoría por la topografía del lugar.

La vivienda ibera ha sido caracterizada por la historiografía especializada como un “tipo pobre y modesto de casa” (García y Bellido 1945: 21), una vivienda sencilla, de tamaño reducido y planta angular, materiales pobres y técnicas simples. Con el paso del tiempo, la excavación y posterior estudio de numerosos asentamientos iberos ha permitido obtener una importante documentación arqueológica sobre las viviendas iberas que nos habla de una gran diversidad, tanto en las dimensiones como en su estructura y organización interna. Esta diversidad se ha explicado principalmente por la compleja estructura de la sociedad ibera, que tendría su reflejo en la arquitectura doméstica, igual que lo tiene en la documentación

funeraria, aunque también deberíamos tener en cuenta otros factores secundarios, como la topografía, el clima, etc. Las plantas son cuadrangulares, de formas más o menos regulares; su tamaño depende de múltiples factores (categoría del poblado, estatus social de los habitantes, número de miembros del grupo familiar, etc.), aunque podemos decir que en raras ocasiones superan los 50 m<sup>2</sup>, siendo estas excepciones las grandes casas que se han considerado residencias nobiliarias, aunque la realidad parece muy diversa. Las últimas investigaciones en el sureste peninsular han planteado la identificación en la zona de la Contestania, concretamente en los yacimientos de La Bastida de Les Alcusses y el Oral, de diferentes edificios como arquitectura doméstica de “carácter monumental” (Sala Sellés y Abad Casal 2006). Díes Cusí y Álvarez García (1998:337) plantean que para las áreas iberas de la Contestania y Edetania, la categoría de los edificios se evidenciaban en tres elementos básicos: el mayor tamaño de la construcción en relación con el resto de las viviendas; la categoría de los materiales muebles vinculados y la calidad del acabado de la construcción, el tipo de revestimiento, la decoración pictórica, etc., aunque lamentablemente en la mayor parte de los casos estos elementos se han perdido. Las viviendas de mayor tamaño y especiales elementos técnicos y arquitectónicos, corresponderían a las élites sociales, a las clases nobiliarias poderosas. En el yacimiento de La Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia) se han identificado como tales las casas número 6, 7 y 10. En el caso del poblado de El Oral (San Fulgencio, Alicante) las casas adosadas al lienzo oriental de la muralla presentan unas características diferenciadores que han llevado a considerarlas “residencias privilegiadas” (Sala Sellés y Abad Casal 2006: 35).

Las viviendas iberas suelen tener una sola planta, aunque en ocasiones se han registrado huellas de posibles escaleras adosadas a los muros de las casas (Bonet Rosado 1998: 91), documentadas desde Andalucía hasta Cataluña (Ruiz y Molinos 1993), que señalarían la existencia de una segunda planta o terraza. En cuanto a la división interna, presentan un esquema muy básico, compartimentado en diferentes recintos o estancias, generalmente dos, separadas por un tabique. La principal, de mayor tamaño, de unos 25 m<sup>2</sup> aproximadamente, en la que se localiza el hogar, suele ser un espacio polifuncional, donde se desarrollan gran parte de las actividades domésticas. En esta estancia principal se suele registrar la existencia de mobiliario - bancos corridos, alacenas y vasares - que se utiliza en la preparación y consumo de alimentos, labores textiles o descanso. La segunda

estancia estaría dedicada a zona de almacenaje, de alimentos e incluso animales. En el caso de las viviendas de mayores dimensiones, de más de 50 m<sup>2</sup>, la estructura interna suele ser más compleja y variable; en muchos casos presentan tres o más estancias, alguna de ellas al aire libre a modo de patio a cuyo alrededor se distribuyen las dependencias destinadas a funciones domésticas, a almacén, talleres artesanales o a otros servicios, incluido el estacionamiento de carros (Sanmartí 1998: 92).

Los materiales constructivos básicos en la arquitectura doméstica ibera son la piedra, la tierra y la madera. La casa ibera presenta un zócalo de mampostería, en seco o trabada con argamasa, de unos 0,40-0,60 m de anchura y una altura entre 0,5 y 2 m. Sobre estos zócalos de piedra se levantaban alzados de adobes, de dimensiones variables. El uso de adobes en la Península Ibérica está documentado desde la Edad del Bronce e incluso antes en algunos casos puntuales (Moret 1994: 19). A veces, el alzado de estos muros se hacía de tapial, que según Plinio (*Historia Natural* XXXV.149) serían los llamados “muros del molde” (*parietes formacei*).

Las paredes se revocaban con arcilla y a veces se enlucían con cal, para aislarlas de la humedad. En algunos casos se han conservado restos de decoración pictórica, en tonos negros, azules o rojizos (Bonet Rosado 1998: 90) o con motivos geométricos. Las puertas de acceso se abrían en el muro de la fachada de la vivienda y suelen presentar una anchura de 0,70 a un 1 m, aunque hay algunos ejemplos que presentan más de dos metros de ancho, lo que podría indicar la entrada de carros en el interior de la vivienda (Bonet Rosado 1998: 90- 91), como por ejemplo se observa en la casa III G del poblado de El Oral, que cuenta con un vano de acceso de 2,10 m (Sala Sellés y Abad Casal 2006: 34). En cuanto a las ventanas, cuya documentación arqueológica es muy complicada, suponemos que su número sería escaso.

La mayoría de los suelos son de tierra apisonada y a veces se cubrían con esteras de esparto u otras fibras textiles, a modo de alfombras (Sánchez Moreno 2008: 46). En algunos casos, que se han identificado con vestíbulos y espacios abiertos, se han documentado suelos empedrados, enlosados e incluso, en menor número, pavimentados con conchas.

En cuanto a las cubiertas suelen estar construidas con un entramado de vigas de madera que apoya directamente sobre los muros. Cuando las dimensiones de la vivienda superan los 4 metros de anchura, la cubierta se apoyaba también en

postes de madera que descansaban sobre bases de piedra, que son los únicos restos conservados. Las vigas se cubrían con un entramado de cañizo o ramaje manteado con una gruesa capa de tierra, de entre unos 10 y 15 centímetros, para protegerlo de la humedad (Bonet Rosado 1998: 90). Estas cubiertas solían ser planas, a modo de terraza, o a veces a una sola vertiente, dependiendo de las condiciones climatológicas.

A modo de conclusión, se viene planteando, en los últimos tiempos, que los turdetanos serían un conjunto étnico dentro de los pueblos de Iberia, con un bagaje cultural propio y diferente al resto de los que habitaban el área ibérica de la península. La lengua es uno de los argumentos que se han venido esgrimiendo para diferenciar la cultura turdetana de la ibera (García Fernández 2002: 222). Los análisis filológicos sobre la lengua turdetana han deducido que esta no pertenecería al mismo tronco lingüístico que la - o las - de los iberos. Ya Estrabón señalaba en su *Geografía* (III.1.6) que los habitantes de Turdetania tenían una escritura y lengua diferente a la de los iberos. Escacena (1992: 336) ha planteado que esa diferencia lingüística podría hallarse en el hecho de que hacia el siglo IX a.C., en época preferencia, podrían haberse instalado en las tierras del Bajo Guadalquivir grupos de habla indoeuropeo precelta. Para dicho autor<sup>11</sup>, las diferencias entre los turdetanos e iberos no se encontrarían en la cultura material, como la cerámica y otros utensilios, tradicionalmente considerados indicadores étnicos, ya que la tecnología y otros elementos materiales pueden superar las fronteras políticas, étnicas o lingüísticas y ser comunes a diferentes grupos étnicos. Las diferencias (Belén, Escacena y Bozzino 1992: 65) estarían en otros aspectos más profundos y espirituales, como la lengua, las costumbres funerarias y las creencias religiosas, conductas animológicas que pueden dejar o no huella en el registro arqueológico, como ocurre en el caso de la cultura turdetana, de la que lo desconocemos todo sobre sus dioses, cultos y rituales funerarios. La ausencia en Andalucía Occidental en la II Edad de Hierro de representaciones de divinidades, que Escacena (1992: 331) atribuye a la existencia de un “panteón anicónico”, y de necrópolis, dificultan bastante la tarea de definir culturalmente a las poblaciones turdetanas. Propone, en definitiva, este autor (Escacena 1989) que durante el final de la Edad del Bronce, las comunidades residentes en Andalucía Occidental estarían relacionadas

---

11 Sobre esta cuestión de la definición de culturas ha vuelto a insistir el profesor Escacena Carrasco en algunos capítulos de su libro: *La arqueología protohistórica del sur de la Península Ibérica. Historia de un río revuelto*, publicado en el año 2000, donde reivindica la importancia de los trabajos filológicos al respecto.

culturalmente con los grupos de la fachada atlántica europea, un sustrato que perduraría en época orientalizante en amplios sectores de la población, ya que serán solo las élites sociales locales las que asimilen los influjos extranjeros. Ese sustrato indoeuropeo configuraría una cultura turdetana diferente a la del resto de los pueblos del área ibérica. La invisibilidad del registro funerario para la II Edad de Hierro en Andalucía Occidental es común a gran parte de la fachada atlántica del continente europeo y de las Islas Británicas (Escacena 1992: 334). En estas regiones europeas se ha documentado, en diferentes puntos, el rito de arrojar armas al agua, lo que parece apuntar a que los cuerpos de los difuntos eran arrojados a los ríos y lagos, como lugares sagrados. Esto nos llevaría a una nueva interpretación de las armas y objetos hallados para el Bronce Final en la Baja Andalucía en medios acuáticos, por ejemplo el depósito de la Ría de Huelva, como ajuares funerarios. Pero resulta muy complicado demostrar esta hipótesis desde el punto de vista arqueológico, aunque cada vez hay más pruebas que la avalan, como son los paralelos etnográficos existentes tanto en la Antigüedad como hoy en día.

En conclusión, podemos considerar a los turdetanos iberos en sentido geográfico, pero no en lo cultural o étnico.

### **II.3.3. Tartesios y turdetanos.**

*“A la región la denominan Bética por el río y Turdetania por sus habitantes, y a los que en ella viven los llaman turdetanos y túrdulos”.*

*Geografía III 1.6*

Según Estrabón los turdetanos son los habitantes de la Turdetania, en este sentido el término tendría una acepción geográfica, en tanto que define al pueblo por el territorio que ocupa (Niveau y Ruiz 2000: 893). En cuanto a la Turdetania sus territorios se extendían por el Medio y Bajo Guadalquivir, las campiñas cordobesas y sevillanas y parte de las actuales provincias de Cádiz y Huelva:

*“Así pues, al interior de la orilla este del Anas se extiende la Turdetania, que está recorrida por el río Betis. La delimitan, por el Oeste y por el Norte, el río Anas, por el*

*Este algunas tribus de carpetanos y oretanos, y por el Sur los bastetanos que ocupan una estrecha franja costera entre Calpe y Gádira, y el mar después hasta el Anas. También se integran en Turdetania los bastetanos que he mencionado, así como los pueblos de más allá del Anas y la mayor parte de los pueblos limítrofes...”*

Estrabón, *Geografía* III 2.1.

De este texto podemos deducir que la Turdetania era un territorio heterogéneo, de gran complejidad étnica, habitado no solo y exclusivamente por turdetanos, sino que estos compartirían su espacio con diferentes pueblos, algo que la arqueología ha corroborado. Uno de esos pueblos que recogen las fuentes escritas son los bástulos, que se han identificado con los púnicos, originarios de Cartago y que se localizaban en algunas zonas costeras, según Estrabón (*Geografía* III.1.7) desde la desembocadura del río Guadiana hasta Gibraltar (cf. Ferrer 2004). También tenemos constancia, por Estrabón (III.2.15) y por la documentación arqueológica, de la presencia de población celta en la región de la *Beturia*, que abarcaría los territorios entre los ríos *Anas* y *Betis* y señala asimismo (III.2.13-14) que eran muchedumbre los fenicios que habitaban en muchas ciudades turdetanas.

Otro de los pueblos que aparecen recogidos en las fuentes escritas son los túrdulos, cuya definición y delimitación geográfica y cultural resulta bastante compleja. Por un lado hay que tener en cuenta que los etnónimos turdetano y túrdulo solo aparecen en autores posteriores al siglo III a.C. (García Moreno 1989: 289), escritores posteriores a los primeros contactos de Roma con la Península Ibérica. Este es el caso de Estrabón, quien recoge la información de Polibio acerca de los túrdulos como pueblo diferenciado y vecino de los turdetanos por el norte (III.1.6), pero el propio Estrabón cae en una contradicción, pues en esta misma obra (II.2.5) afirma que en la región tartésica habitan los túrdulos, de lo que deducimos que ya en su época, siglos I a.C.-I d.C., no existía diferenciación entre ambos pueblos y convivían en un mismo territorio. Ruiz Mata (1998:163) señala la posibilidad de que turdetanos y túrdulos tuvieran una misma cultura e, incluso, va más allá y plantea que podría tratarse de una misma etnia, que tendrían un origen en común en la época orientalizante. Esta idea de que turdetanos y túrdulos pertenecieran a un mismo grupo étnico tiene cada vez más seguidores (Ferrer y García 2002: 150).

Pero volvamos a centrarnos en quiénes eran realmente los turdetanos. En los primeros momentos la corriente en boga era considerar a los turdetanos el resultado de una mezcla de culturas, en la que las influencias extranjeras eran determinantes. Así, por ejemplo, Pellicer (1976-78: 21) consideraba a los turdetanos como el resultado de la adopción de las influencias fenicias y griegas por los tatesios, junto con algunos aportes del mundo atlántico y de la Meseta. Posteriormente estas posiciones difusionistas fueron perdiendo fuerza y poco a poco fue ganando importancia el factor indígena.

En los años 80 fueron apareciendo nuevas posturas que defendían que los turdetanos serían los herederos directos de los tartesios. Ruiz Mata planteaba que los turdetanos habitaban las mismas tierras que los tartesios y que por lo tanto eran las mismas gentes, simplemente que se habían adaptado a la nueva situación socioeconómica y política, tras la *crisis* generalizada de finales del siglo VI a.C. Aceptando esta continuidad demográfica, los turdetanos serían el “producto de un desarrollo cultural ininterrumpido desde el siglo VIII” (Ruiz Mata 1987: 300). En esta misma línea se posiciona Campos Carrasco, quién considera que solo existen diferencias culturales entre ambos pueblos, no hay ningún cambio étnico entre tartesios y turdetanos, “Lo tartésico sería entonces la fase anterior en esta misma región” (Campos Carrasco 1986: 149).

Desde el punto de vista de las fuentes escritas, la historiografía grecolatina nos transmite la idea de que tartesios y turdetanos son dos realidades distintas en el tiempo pero relacionadas (Ferrer y García 2002: 138). Cruz Andreotti (1993) coincide en señalar que la mayoría de los autores grecolatinos recogen la idea de continuidad entre tartesios y turdetanos, tanto desde el punto de vista cultural como poblacional. En este sentido hay autores, como García Moreno (1989) que señalan el hecho de que el término turdetano fue utilizado por autores posteriores al siglo III a.C., es decir tras los primeros contactos directos de Roma con los habitantes del sur peninsular, mientras que el de Tartesos y tartesios fue usado por los escritores griegos anteriores a esa fecha y que lo conocieron a través de los fenicios. De todo ello se podría deducir que son nombres diferentes que denominan a los habitantes de una misma zona en épocas distintas.

Desde la filología se ha encontrado una relación entre los términos “Tartesos” y

“Turdetania” y sus correspondientes etnónimos<sup>12</sup>, que comparten la misma raíz \*trt-, lo que vendría a corroborar la relación entre la cultura tartesia y la turdetana que es defendida por varios autores (Ferrer y García 2002: 143-145).

Por otro lado, Escacena Carrasco propone que la cultura turdetana supone una recuperación de las raíces indígenas de Andalucía Occidental, tras el paréntesis que significó el fenómeno orientalizador en esta región, originado por la presencia de colonos fenicios y los cambios culturales que aportaron. Así define a la civilización turdetana como la “recuperación de la identidad perdida” (Escacena 1989), una vuelta a las viejas raíces atlánticas e indoeuropeas, que se habían mantenido latentes en las capas sociales más bajas, mientras que las élites habían adoptado las modas orientales. En este sentido, como señala el propio autor, podría interpretarse la cuestión de las costumbres funerarias, mejor dicho, la ausencia de restos de carácter funerario en el registro arqueológico para época turdetana, tema que, por otro lado, ha suscitado diferentes interpretaciones, ninguna, hoy por hoy, totalmente satisfactoria. Así para Escacena esta ausencia en el registro arqueológico de testimonios de las prácticas funerarias en épocas preorientalizante y turdetana no responde al mero azar, sino que se deben a unas mismas causas: la práctica de unos rituales funerarios que no dejaron huellas materiales: “cabe atribuir a las poblaciones turdetanas una recuperación de viejas tradiciones en las que las modas orientalizantes no representaron más que un paréntesis transitorio” (Escacena 1987a: 296).

---

12 García Moreno 1989: 293-294, “Parece lo más probable pensar que originariamente existiría una raíz indígena- de donde se formarían posteriormente los correspondientes topónimos y etnónimos, en base a las reglas existentes para tales derivaciones léxicas en los idiomas helénico y latino- del tipo \*trt- ”.



### **III. La arquitectura doméstica de época turdetana en el Bajo Guadalquivir**

#### **III.1. La arquitectura doméstica de época turdetana en la provincia de Huelva**

##### **III.1.1. La Tierra Llana de Huelva**

##### **III.1.1.1. Onoba (Huelva)**

La ciudad de Huelva se encuentra ubicada en la llamada “Tierra Llana”, en el sur de la provincia. Su localización geográfica en una pequeña península, en la confluencia de los ríos Tinto y Odiel, ha permitido la existencia de contactos con poblaciones foráneas desde fechas muy tempranas.

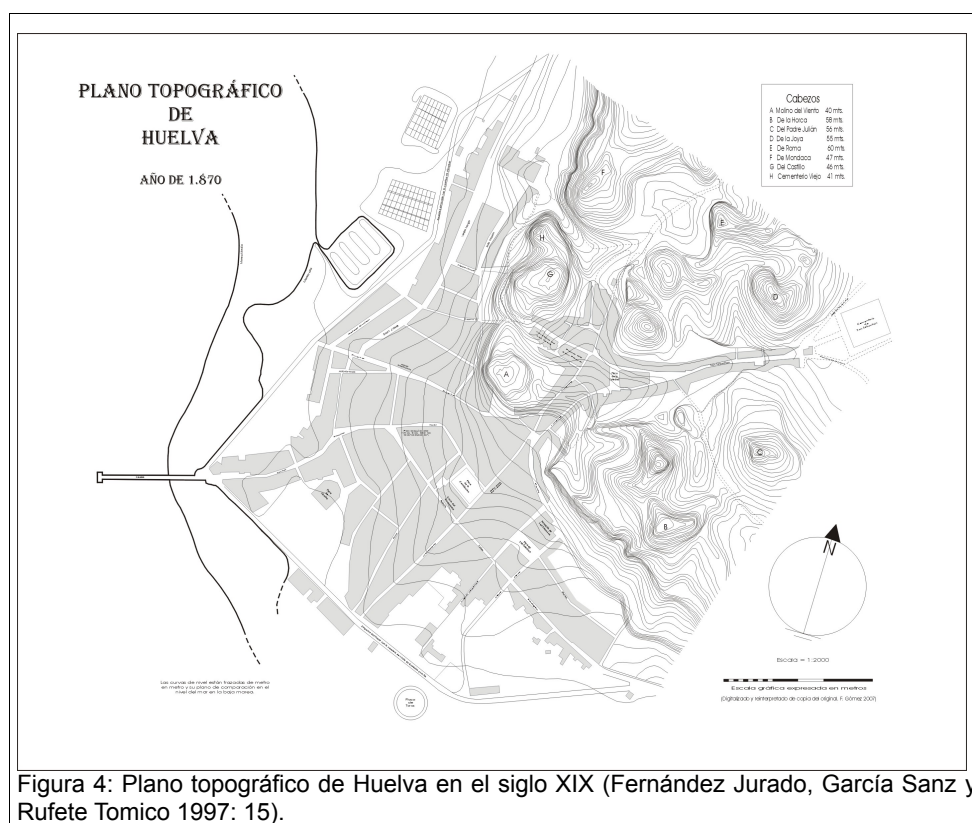
La ubicación de Huelva entre la campiña, la marisma y el mar, ofrecía la posibilidad a sus habitantes de acceder a una amplia gama de recursos (agrícolas, mineros, marítimos) y disfrutar así de una economía rica y diversificada que le permitió recuperarse rápidamente en los momentos de crisis. Por otro lado hay que destacar la cercanía de fuentes de agua naturales, la existencia en las zonas bajas de surgencias del freático en forma de fuentes y caños de agua potable que aseguran el abastecimiento de la población.

En el área intermedia entre Sierra Morena y la Tierra Llana de Huelva se encuentran los cotos mineros del Cinturón Ibérico de Piritas, “cuyos recursos minerales fueron explotados para obtener cobre y plata por las comunidades locales desde el II Milenio a.C.” (Gómez Toscano y Campos Carrasco 2001: 20). La explotación de estas minas tuvo gran peso en la economía protohistórica de la zona y supuso un importante foco de atracción para los comerciantes extranjeros, principalmente orientales.

El rasgo geográfico más determinante del territorio onubense es su disposición a modo de península, con un estrecho istmo que la une a tierra firme, entre los estuarios de los ríos Tinto y Odiel. Su configuración geomorfológica actual es resultado de un largo proceso sedimentario que se remonta a época Pleistocena. Según Campos Carrasco y Gómez Toscano (2001: 69) es el resultado del

encajamiento de la red fluvial pleistocena y el posterior retoque producido por la transgresión flandriense. Desde el 6.000-5.000 B.P. la confluencia entre los ríos Tinto y Odiel aparecería como un amplio estuario, por el que el mar se adentraba hasta la península. A partir del máximo transgresivo, la deriva del suroeste favoreció la formación de flechas y barras litorales, que irían originando el cerramiento del estuario por el sur. A esto hay que sumarle el aporte de sedimentos arrastrados por los ríos y la deposición de arenas marinas, que llevarían a su progresiva colmatación con la formación de marismas y determinarían su forma casi definitiva.

Geográficamente la ciudad de Huelva está compuesta por “cabezos” (Fig. 4) que no suelen sobrepasar los 60 m de altura. Estas suaves elevaciones son formaciones sedimentarias marinas, de época Terciaria y naturaleza arenoso-limosa, a las que en el Cuaternario se les superpuso una sedimentación de carácter cuarcítico, que los protege relativamente de los procesos erosivos. La configuración actual de los cabezos es fruto de la evolución geológica del terreno, debido tanto a factores naturales como de origen antrópico. El paisaje sería muy diferente en época protohistórica, cuándo Según Gómez Toscano (2007a: 449) se distinguirían siete cabezos: de San Pedro, del Cementerio Viejo, del Molino de Viento, del Pino, de la Esperanza, del Padre Julián y de la Joya. El reborde de los cabezos está formado por arenas y arcillas, que son muy proclives a la erosión, tanto por agentes naturales como antrópicos. Estos materiales erosionados, son arrastrados y depositados por los agentes naturales en las zonas bajas, donde se acumulan. De este modo se constituye como un medio muy proclive a transformaciones topográficas rápidas, especialmente por la evolución de las laderas bajo la presión de las sociedades que la habitaron. Este deterioro es progresivo y se acelera aún más a consecuencia del desarrollo urbanístico que sufre la ciudad a partir de la década de los 60. Algunos de estos cabezos, como el del Cementerio Viejo o el del Molino de Viento, se desmontaron a finales del siglo XIX y principios del XX, perdiéndose definitivamente una información arqueológica incalculable, según los datos recogidos por la historiografía local, que señalaba dichos cabezos como lugar de hábitat antiguo.



Fernández Jurado, junto con otros especialistas, distinguen en Huelva dos unidades geomorfológicas básicas: los cabezos y las marismas, que “analizadas conjuntamente permiten establecer otras cinco grandes unidades” (Fernández Jurado, García Sanz y Rufete Tomico 1997: 14-16), cada una con un interés arqueológico distinto:

1. Cabezos de cornisa: constituyen el núcleo primordial de la topografía onubense y se asoman directamente al estuario.
2. Cabezos interiores: en los que han aparecido escasos restos arqueológicos. Corresponden a las actuales barriadas de Santa Marta, La Hispanidad o La Orden Alta.
3. Zona de transición cabezos-marismas: áreas de las laderas medias-bajas de los cabezos y la plataforma creada por el corrimiento de materiales de estos sobre las marismas. En esta zona es en la que se estableció parte del poblamiento protohistórico, fundamentalmente en la zona oeste-suroeste y alcanzando lugares

tan bajos como las actuales calles Botica y Méndez Núñez, algo corroborado por las diferentes excavaciones arqueológicas efectuadas.

4. Zona de marismas: sometidas a la influencia mareal, que presentan una escasa consolidación, lo que hace imposible un poblamiento estable.

5. Esteros antiguos: sometidos igualmente a la influencia de las mareas y por lo tanto muy irregulares. Estos tuvieron gran importancia en la antigüedad, pues eran navegables por embarcaciones de poco calado y fueron utilizados como zona de aprovechamiento pesquero y de salinas.



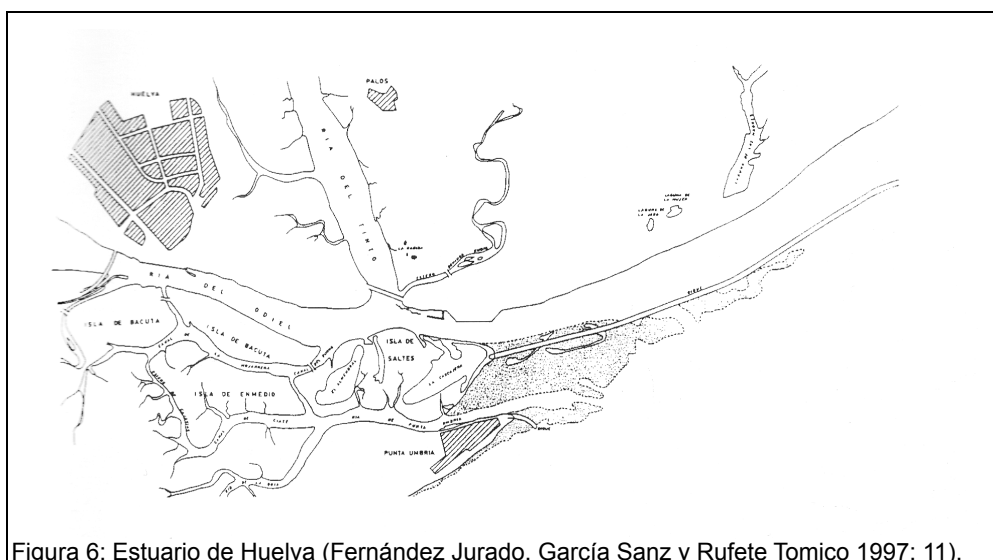
Figura 5: Pintura del siglo XVIII donde se puede observar la topografía y la línea de la costa en aquella época ([https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/thumb/c/c4/Puerto\\_de\\_Huelva\\_siglo\\_XVIII.JPG/220px-Puerto\\_de\\_Huelva\\_siglo\\_XVIII.JPG](https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/thumb/c/c4/Puerto_de_Huelva_siglo_XVIII.JPG/220px-Puerto_de_Huelva_siglo_XVIII.JPG)).

Se trata pues de un medio de una dinámica extrema. En los diferentes trabajos arqueológicos realizados en la zona baja de la ciudad de Huelva se ha documentado la existencia de tierras arrastradas desde los cabezos, que en algunos casos alcanzan los cinco metros de espesor. Estas tierras se apoyan, de forma directa, sobre los fangos de las marismas, convirtiéndolos en un lugar óptimo para su ocupación.

La parte más alta de los cabezos está constituida por materiales muy compactados

y duros que conforman superficies amesetadas, aisladas unas de otras por grandes tajos como resultado de la erosión, que servían de cauce natural para el drenaje de aguas de lluvia, como por ejemplo la vaguada existente entre los cabezos de El Cementerio Viejo y el de San Pedro, o la que se halla entre el cabezo de San Pedro y el de La Esperanza, que funciona como un eje de drenaje de las arroyadas que desemboca en las marismas. Se plantea la posibilidad de que a lo largo de los siglos de ocupación de la ciudad, estos ejes de drenaje hayan influido en el urbanismo, condicionando la distribución de calles y manzanas (Gómez Toscano y Campos Carrasco 2001:104).

En cuanto a la población de Huelva en la antigüedad, tradicionalmente se había mantenido el supuesto de que el poblamiento protohistórico de Huelva había sido en altura, concentrándose en las cimas de los cabezos. Así autores como Campos Carrasco y Gómez Toscano (2001: 69) resaltan las características geoestratégicas de los cabezos que hacían de ellos un excelente lugar de habitación, sitios elevados de una amplia visibilidad sobre el espacio marítimo y el inmediato hinterland, con un puerto resguardado y con abundante agua, además de la proximidad de tierras de campiña óptimas para el cultivo. Sin embargo, los continuos trabajos arqueológicos en la zona fueron poniendo al descubierto áreas de poblamiento también en las laderas de los cabezos y zonas bajas.



Gómez Toscano y Campos Carrasco (2001: 102) señalan, además, las fáciles comunicaciones a través de los cursos de agua próximos a estos cabezos, que ya a

inicios del I Milenio a.C. disponían de un buen puerto marítimo-fluvial, al que se podría acceder desde el mar. Además, los ríos Tinto y Odiel (Fig. 6) eran navegables hasta puntos más interiores que en la actualidad. También otros esteros de menor consideración, hoy colmatados, hacían accesibles desde el río Tinto, en pequeñas barcas, otros puntos cercanos a los cabezos situados al noreste. Así la extensión de la ciudad a las zonas más bajas, cercanas a la línea de mareas, estaría relacionada con el uso de estas como puerto.

En el casco urbano de Huelva, a lo largo de las últimas décadas, se han puesto al descubierto la existencia de significativos restos arqueológicos de épocas pasadas, que muestran la importancia de este núcleo de población en la Antigüedad. El poblamiento más antiguo en Huelva se remonta al II milenio a.C. y ha sido continuo hasta la actualidad, lo que explica el mal estado de conservación de los restos arqueológicos de épocas pasadas. El registro arqueológico nos ha permitido constatar la existencia de un gran auge constructivo para época protohistórica, concretamente a partir del siglo VIII a.C. y durante los siguientes. A lo largo del s. VI a.C. se logra la mayor extensión de la ciudad, que llega a alcanzar la línea intermareal, con una ocupación efectiva de unas 35 hectáreas aproximadamente, “una extensión desmesurada para una ciudad protohistórica”, según Gómez Toscano y Campos Carrasco (2001:117). La ciudad turdetana ocuparía casi el mismo espacio que la de la etapa tartésica, de los siglos VIII-VI a.C.

El caso de Huelva es especial; se ha planteado su posible carácter de ciudad abierta (Fernández Jurado 1987a: 318) ya que no tenemos constancia de la existencia de un sistema defensivo de época protohistórica. Pese a estar situada en la costa, y por lo tanto expuesta a los peligros que supone una posible invasión o ataque exterior, no estaba, que sepamos, amurallada.

En cuanto al desarrollo urbanístico, este estaría condicionado por la inexistencia de un sustrato geológico local donde se pudiese obtener material constructivo pétreo de calidad, que tuviese un tamaño y características adecuadas, por lo que fue necesario el aprovisionamiento de materias primas para la construcción desde zonas más o menos cercanas, lo que encarece aún más el material pues conlleva su transporte. Las canteras de época protohistórica más próximas a Huelva se localizan a unos 10 km al norte, en el caso de la pizarra de las canteras de

Gibraleón, e incluso más lejos para el caso de otras piedras, como eran las calcarenitas de Niebla, muy abundantes en el registro arqueológico onubense. En este sentido Gómez Toscano y Campos Carrasco (2001:103) señalan la importancia del uso de las calcarenitas “por su fácil normalización en bloques manejables, el gran volumen de piedra observado en las actuaciones arqueológicas indican la importancia de este tráfico desde la Protohistoria, especialmente con Niebla”.

En las proximidades de la ciudad de Huelva se encontraban en época protohistórica diversas poblaciones de gran interés, como Niebla, a unos 30 km aproximadamente, y Tejada la Vieja (Escacena del Campo), que dista unos 65 km. Sabemos, por los materiales arqueológicos, de la existencia de relaciones entre Huelva y estos núcleos de población, posiblemente contactos comerciales, que habrían favorecido también el abastecimiento de materiales constructivos.

### **La documentación arqueológica**

Desde muy tempranas fechas la ciudad de Huelva ha sido foco de atención de arqueólogos e investigadores de la Protohistoria cuyos trabajos han sido publicados con mayor o menor nivel de detalle.

Desde la década de los años 60 del siglo XX se han venido realizando trabajos arqueológicos diversos en el casco urbano de Huelva, con resultados muy interesantes desde el punto de vista de nuestro trabajo. Fernández Jurado, García Sanz y Rufete Tomico (1997) señalan que cada década de trabajo está marcada por una línea de investigación concreta, que hacía que los métodos y objetivos empleados en cada campaña fueran muy diferentes entre sí. Estos investigadores, en su obra, proponen un análisis diacrónico de las intervenciones arqueológicas llevadas a cabo:

- En los años 60, los trabajos arqueológicos se centraron en la necrópolis tartesia del cabezo de La Joya y en localizar el núcleo de poblamiento correspondiente a dicha necrópolis. En estos años se comienza a trabajar en el Cabezo de La Esperanza (Schubart y Garrido 1967; Garrido 1968) y en el Cabezo de San Pedro

(Belén, Fernández-Miranda y Garrido 1977). Este último se encuentra actualmente aislado, como consecuencia de la desaparición del Cabezo del Cementerio Viejo (hoy Paseo de Buenos Aires, antigua Cuesta del Carnicero) y por haber sido desmontado en su parte superior el del Molino de Viento para la realización del actual Paseo de Santa Fe, cuyas laderas están hoy enmascaradas por las calles de La Fuente, Tres de Agosto, Puerto, Ciudad de Aracena y plaza de La Piterilla. Esta configuración actual del Cabezo de San Pedro impide conocer, exactamente, cuál fue su superficie real, pese a lo que ha sido un sitio privilegiado arqueológicamente, pues no ha estado afectado por el desarrollo urbanístico de los últimos 35 años.

- En la década de los años 70 los trabajos arqueológicos estuvieron centrados en el Cabezo de San Pedro. Se llevó a cabo el *peinado* de la ladera occidental y diversas excavaciones (Del Amo y Belén 1981), que permitieron hacer las primeras sistematizaciones de la protohistoria onubense (Blázquez *et alii* 1970).

- En la década de los 80 se produjo un importante cambio de orientación en la investigación arqueológica de Huelva. El principal hecho a destacar en estos años fue la creación de la Sección de Arqueología de la Diputación Provincial de Huelva (Fig. 7), desde la que se planteó la necesidad de renovar los objetivos y metodología de los trabajos arqueológicos a desarrollar en adelante.



Figura 7: Excavaciones realizadas en el casco urbano de Huelva hasta los años 90 por la Diputación Provincial (Fernández Jurado, García Sanz y Rufete Tomico 1997: 6).



A partir de los datos de las intervenciones llevadas a cabo, desde entonces y hasta el día de hoy, hemos podido aproximarnos al conocimiento de los fundamentos económicos y las actividades que sustentarían al poblado en época turdetana, el desarrollo y evolución urbanística, además de poder establecer una periodización cronológico-cultural de la evolución de la Huelva protohistórica.

Los resultados de todos estos trabajos arqueológicos llevados a cabo en el casco urbano de Huelva se han venido interpretando de manera global y conjunta, considerando a Huelva como un único yacimiento, una única ciudad de la que se han ido conociendo partes de forma fragmentada.

A continuación vamos a detenernos en analizar las intervenciones arqueológicas realizadas en el casco urbano de Huelva en las que se han hallado restos constructivos de época turdetana.

### ***Calle Puerto nº 10***

En 1980 se realiza una excavación de urgencia en el número 10 de la calle Puerto, dirigida por Garrido Roiz (Garrido y Orta 1994), en un solar situado en la ladera del antiguo Cabezo del Molino de Viento. En un pequeño sondeo se documentaron restos constructivos desde el siglo VI a.C. e incluso materiales arqueológicos anteriores a la ocupación protohistórica, que se remontan a tiempos prehistóricos, aunque estos apenas aparecen recogidos en la memoria final. Según la información recopilada por Gómez Toscano y Campos Carrasco (2001: 211), debajo de los niveles de cerámicas griegas aparecieron otros previos, con restos de construcciones y cerámica de retícula bruñida, pero que no pudieron ser excavados en extensión. La ocupación de esta zona de Huelva se mantendría hasta época romana, como se deduce de los hallazgos arqueológicos.

Se documentaron una serie de edificaciones, datadas hacia el siglo VI a.C., construidas con mampuestos de pizarra, que forman plantas rectangulares de ángulos rectos perfectos. Sus excavadores interpretaron estas construcciones como espacios con diferentes funciones, unos habitacionales, a juzgar por las huellas de hogares, y otros destinados a almacenaje, que relacionaron con el comercio marítimo, e incluso lugares para el desarrollo de actividades industriales como la fundición del metal.

En esta excavación se hallaron también unos restos constructivos con

características singulares que en opinión de Garrido y Orta (1994) pertenecerían a un edificio que por sus mayores dimensiones y técnica más cuidada, posiblemente poseyera una funcionalidad cultural, como parecen corroborar los materiales a él asociados (recipientes para perfumes, copas, restos de caparazones de tortuga, falanges de león, etc.). Esta edificación tuvo una vida relativamente corta, desde mediados del siglo VII a.C. a mediados del VI a.C.

La utilización en estas fechas de plantas rectangulares y la aparición de numerosos restos de cerámicas de origen griego, llevó a sus excavadores (*Ibidem*) a defender el carácter griego del poblamiento de Huelva, hipótesis hoy matizada. La abundancia de cerámicas griegas se interpretó por algunos autores como fruto de las relaciones comerciales con el mundo griego, pero otros no descartan la presencia de población griega en Huelva.

La importancia de estos descubrimientos, desde nuestro punto de vista, radica más bien en que por primera vez se constata un notable desarrollo urbanístico, que tendrá pleno apogeo en el siglo VI a.C., pero que tiene sus antecedentes en épocas anteriores. El registro estratigráfico nos muestra que tras un momento de incendio y abandono, se inicia una nueva etapa, fechada desde mediados del siglo V a.C., con nuevas construcciones y reparaciones de las ya existentes que perdurarán hasta época romana. Estos descubrimientos llevan a nuevos planteamientos, se comienza a hablar de la existencia de un urbanismo protohistórico en las zonas bajas de Huelva, no solo ya en los cabezos. Lamentablemente los datos aportados por estos trabajos sobre aspectos concretos de las construcciones (dimensiones, orientación, etc.) no nos constan, con lo cual no son demasiado útiles para nuestra tarea.

### ***Calle Botica n<sup>os</sup> 10-12<sup>13</sup>***

En 1983 se lleva a cabo una excavación de urgencia en la calle Botica números 10 y 12, dirigida por Fernández Jurado (Fernández Jurado, García Sanz y Rufete Tomico 1997: 24). El objetivo de la excavación era constatar hasta dónde había llegado el poblamiento antiguo y asimismo comprobar la línea antigua de marea.

---

13 La calle Botica corresponde a la actual calle Alcalde Mora Claros. En este caso concreto vamos a utilizar la nomenclatura antigua por ser esta la que aparece recogida en la mayoría de la bibliografía.

Esta excavación se ubicaba en la zona baja de la ciudad actual, en la ladera media del Cabezo del Molino de Viento, separada de la curva de nivel de los 10 metros de altitud que marca el inicio de la cornisa de los cabezos de Huelva. La excavación del solar consistió en la realización de tres cuadros: A y B, con unas dimensiones de 5 x 5 m cada uno, y C, de 4 x 5 m de superficie. Estas cuadrículas estaban separadas por testigos de un metro y medio, en las que se constató el poblamiento en esta zona de la ciudad entre comienzos del siglo VI y finales del siglo V a.C.

En el cuadro A, el más oriental, se alcanzó una profundidad de -2,54 m, llegándose hasta el nivel freático. La primera capa superficial era fruto del derribo de la casa. A unos -0,80 m aparecieron unas piedras pertenecientes a un muro, construido con lajas de pizarra de mediano tamaño, que ocupaba la zona central del cuadro, por lo que se separó este en dos sectores: norte y sur. Un extremo del muro penetraba en el perfil suroeste y el otro extremo giraba hacia el norte, paralelo al perfil, quedando visible la esquina, conservando en esta zona la máxima potencia, unos 70 cm, mientras en el otro extremo solo alcanzaba 40 cm, pues las hiladas superiores habían sido desmontadas para la construcción de desagües modernos. En el sector sur, junto al muro, se encontró una aglomeración de piedras correspondientes a parte del derrumbe del mismo, entre las que se hallaron dos pequeños bloques de escorias de fundición de plata, posiblemente reutilizados como material de construcción.

Por debajo del muro, a una profundidad de -1,58 m, en la zona occidental del sector norte, apareció un pavimento de conchas, cuyo estado de conservación era muy desigual. Este suelo estaba realizado en gran parte con ostreidos, pero también utilizaron pequeños guijarros y lajas de pizarra. Por debajo de este nivel se alcanzó el freático.

En el cuadro B se alcanzó una profundidad de -2,53 m, llegándose a la capa freática. En el centro del cuadrado, a -1,30 m, se halló un muro de cimentación de la edificación preexistente, que se utilizó para dividir el cuadro en 2 sectores: noreste y suroeste. En el cuadro suroeste, en el ángulo noroccidental, a una cota de -2,25 m, se encontró una aglomeración de piedras de cal y bloques de escoria, junto a la cual se halló una acumulación de arcilla anaranjada formando un semicírculo. Estos elementos parecen evidenciar labores metalúrgicas destinadas a la obtención de plata; posiblemente los bloques de escoria y fundición estarían almacenados para su reutilización. Se ha planteado la posibilidad de que la arcilla fuera parte de un horno de fundición, aunque no se pudo confirmar ante la

imposibilidad de ampliar la excavación en esta zona por la proximidad del edificio colindante. Estos restos de actividad metalúrgica se han fechado en el período Tartésico Final I y II.

En el ángulo sureste se realizó un sondeo mecánico, en el que no aparecieron restos arqueológicos de interés. A una profundidad de -2,60 m se comprobó la presencia de margas azules de origen marino como suelo natural. Tampoco en el Cuadro C se obtuvieron resultados arqueológicos.

La estratigrafía más completa se obtuvo en el sector sur del cuadro A, estableciéndose un total de 7 estratos, llegándose a alcanzar el nivel freático en el último de estos. Basándose en estos estratos y a partir de las cerámicas y restos constructivos asociados a ellos, los autores de la excavación proponen la existencia de los siguientes niveles arqueológicos:

- *Nivel I*: que ocuparía los estratos 3 y 4, ambos con cerámicas muy semejantes. Este nivel está asociado a una construcción y a un pavimento anterior a esta, que por los restos de cerámicas griegas a los que aparecen asociados se encuadran en el período Tartésico Final III, con fechas del segundo y tercer tercio del siglo VI a.C. Podemos subdividir este nivel en:

*Nivel Ia*: que correspondería al estrato 4, en cuya base se hallaron los restos del pavimento de conchas, por encima del cual, sin estar relacionado con él, se halló el único muro de la excavación.

*Nivel Ib*: al que corresponde el estrato 3, en el que las cerámicas apenas muestran variaciones con respecto a las del nivel anterior. La presencia de una fusayola podría interpretarse como prueba de actividades de tipo doméstico. Este nivel colmataba las hiladas inferiores del muro del cuadro A. En él aparecieron fragmentos de cerámicas griegas, concretamente tres fragmentos de copas.

- *Nivel II*: correspondería al nivel de derrumbe del muro, que sepulta un conjunto de cerámicas de pequeño tamaño, destacando las de engobe rojo; el resto corresponde a importaciones griegas, entre las que destacan las ánforas, una copa jonia tipo B-2, entre otras.

- *Nivel III*: que abarcaría los estratos 2 y 1 que presentan materiales de cronología similar, pero por la distinta naturaleza y cronología del proceso sedimentario de los mismos, fue subdividido por los excavadores en dos:

*Nivel IIIa*: que colmata las hiladas superiores del muro. Ahora ya se aprecia una gran diferencia de las cerámicas de este nivel respecto a los anteriores, en porcentajes y formas, ya que no hay constancia de cerámicas bruñidas y apenas aparecen cerámicas a mano, la mayoría son a torno de cocción oxidante. Aparecen algunos fragmentos de ánforas tipo *Mañá/Pascual A-4*, vinculadas al área del Estrecho de Gibraltar. En cuanto a las cerámicas griegas hay que destacar las de barniz negro metalizado, característico de las producciones áticas, aunque la mayoría son copas tipo *Cástulo*. También se halló el borde de un cántaro y tres fragmentos de *escifos* y un fragmento de copa de Figuras Rojas. Todos estos fragmentos cerámicos nos dan una cronología del siglo V a.C. para este nivel.

*Nivel IIIb*: se observa un aumento de las cerámicas a mano, mientras que curiosamente aparecen restos de cerámicas griegas con una cronología más antigua que el resto, debido seguramente a la formación del estrato por arrastre y sedimentación. Apenas si existen diferencias con las cerámicas del *Nivel IIIa*, de las que son coetáneas, presentan los mismos tipos y formas, como son dos fragmentos de copas de Figuras Rojas, cántaros tipo *Saint Valentin* y copas *Cástulo*, estas últimas son modelos antiguos del segundo cuarto del siglo V a.C. También se han hallado piezas griegas de cronología anterior, como un pie de una copia jonia B-2 y el borde de una B-3, ambas frecuentes en Huelva tanto en el Tartésico Final II como en el III, que no superan la mitad del siglo VI a.C.

Esta excavación tuvo gran importancia en su momento, pues confirmó la existencia de un poblamiento desde finales del siglo VII a.C. en esta zona tan baja de la ciudad. Fue abandonada a fines del siglo VI a.C., momentos a los que corresponde la destrucción de parte del muro, no volviéndose a ocupar hasta mediados del siglo V a.C. (*Nivel IIIa*), aunque por breve tiempo, porque se vuelve a abandonar a finales del mismo siglo, quedando deshabitado hasta el siglo XV d.C.

### ***Plaza de Quintero Báez***

En los meses de julio y agosto del año 1985 se realiza un sondeo estratigráfico en la Plaza de Quintero Báez, bajo la dirección de Fernández Jurado (1985a), en el que aparecieron materiales y tierras de arrastre de diversas épocas. Se trata de un lugar por donde antiguamente discurrían las aguas de escorrentía que bajaban desde el Cabezo de la Esperanza y el Cabezo del Molino de Viento, por lo que los niveles arqueológicos se encuentran alterados por las riadas, estando la mayoría de ellos formados por materiales heterogéneos de arrastre.

A una profundidad de -3,40 m, en el perfil occidental del corte, aparecieron restos de un muro construido con lajas de pizarra y bloques de escorias (Fig. 8), con materiales también afectados por arroyadas, entre ellos “cerámicas del siglo V a.C. muy rodadas” (Gómez Toscano y Campos Carrasco 2001: 218)



Ante la presencia de la capa freática, a partir de -3,90 m de profundidad, se decide realizar dos pozos de drenaje, en los que se documenta una capa de arcilla roja que se interpreta como los restos de un posible pavimento, aunque no tenemos seguridad de ello.

De los materiales constructivos hallados se deduce que esta zona de la ciudad estuvo ocupada entre los siglos VI y V a.C.

### ***Calle La Fuente nºs 13-15***

Entre los meses de agosto y septiembre de 1985 se desarrolló una excavación de urgencia en la calle La Fuente números 13-15, dirigida por Fernández Jurado (1985b). Se decidió realizar una cuadrícula de 6 x 4 m en sentido longitudinal del solar, aunque de esta superficie inicial al final solo se pudo excavar, de forma completa, el ángulo sur, un sector de 2 x 3 m. La localización de este solar en la ladera oriental del desaparecido Cabezo del Molino de Viento hace que los estratos arqueológicos superiores presenten un marcado buzamiento en dirección norte-sur. A una profundidad de -1,30 m aparecieron los primeros restos constructivos, en el perfil sureste, aunque muy deteriorados. Estos restos no formaban parte de estructura alguna; se trataba de una serie de lajas de piedra de mediano tamaño y ladrillos, que aparecieron asociados a cerámicas del siglo IV a.C. Estos materiales se mezclaban con tierras de arrastre, arenas y gravas, producto de las lluvias. A una cota de -3,90 m, aparecieron nuevos restos arquitectónicos (Fig. 9), correspondientes a un muro de lajas de pizarra, paralelo al perfil noroeste, desde donde arranca, con dirección noroeste-sureste, otro muro, con la misma técnica, conectado al anterior. Este último gira a 2 metros del perfil noroeste, hacia el perfil noreste, aunque sin llegar a alcanzarlo.

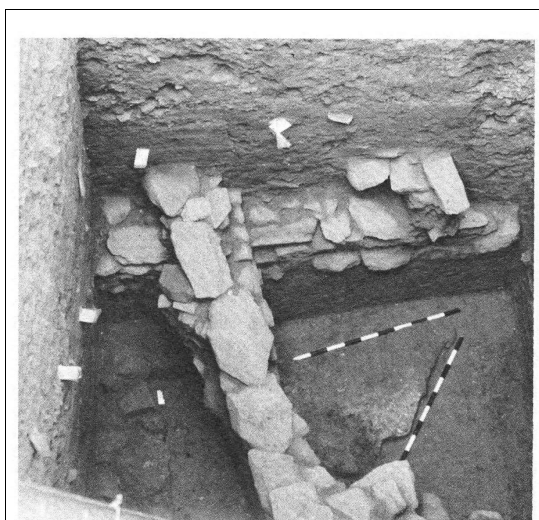


Figura 9: Muros de lajas de pizarra de la excavación del solar 13-15 de la calle La Fuente (Fernández Jurado 1985b: 185).

A mayor profundidad, -5 m, se halló un nuevo muro construido con pizarras y algunos bloques de escorias. Este muro va desde el perfil noreste al suroeste, con

un recorrido en paralelo al perfil sureste, del que mantiene una separación de unos 60 cm. Se fechó hacia la primera mitad del siglo VI a.C. y asociado a él aparecieron varios pavimentos de arcilla roja. A mayor profundidad aparecieron nuevos pavimentos, que por los restos cerámicos hallados se datan en el siglo VII a.C. La excavación continuó hasta los - 6,20 m de profundidad, donde la presencia del nivel freático impidió continuar con los trabajos arqueológicos.

### ***Calle Méndez Núñez nº 5***

En los meses de noviembre y diciembre del año 1985 y los primeros días de enero de 1986, se realiza la excavación de urgencia de la calle Méndez Núñez número 5, dirigida y publicada por Fernández Jurado (1985c). En este solar, de 432 m<sup>2</sup>, se constató la existencia de tres niveles constructivos, superpuestos a capas arqueológicas anteriores, que no pudieron ser excavadas debido a las filtraciones agua. Los datos recopilados en dicha excavación sugieren la ocupación de esta zona de la ciudad al menos desde el siglo VI a.C. al IV a.C.

Se realizó una primera zanja, situada en la zona baja de la ladera del cabezo, llamada A, con dirección norte-sur, de 2 x 12 cm, con la que se pretendía conocer mejor la antigua línea de mareas y poder seguir la inclinación del terreno en época antigua. En esta zanja los estratos aparecían alterados por los cimientos de las casas modernas y pozos negros.

En el sector norte de la zanja A, a una profundidad de -1,30 m, apareció un muro, M-1, construido con pequeñas lajas de pizarra, que no alcanza los 40 cm de ancho. Este muro cruza la zanja desde el ángulo noroeste al perfil este, donde se introduce. Apareció un segundo muro, M-2, de iguales características, que partía del perfil este y con dirección suroeste se perdía en el perfil oeste y formaba un ángulo con el M-1 y por tanto una posible unidad de habitación.

En el sector sur de la zanja, a una profundidad de -2 m, y en la zona central del perfil oriental, aparecen dos tocones de muros construidos con lajas de pizarra de medio tamaño; entre ambos había un pavimento rojo de arcilla batida.

En el centro del sector sur, a una cota de -2,75 m, ante la presencia de filtraciones de agua, se procede a la realización de un pozo de drenaje, pudiendo así llegar a una cota de -4,05 m, en la que se hallaron materiales cerámicos que se fechan en el siglo VII a.C.





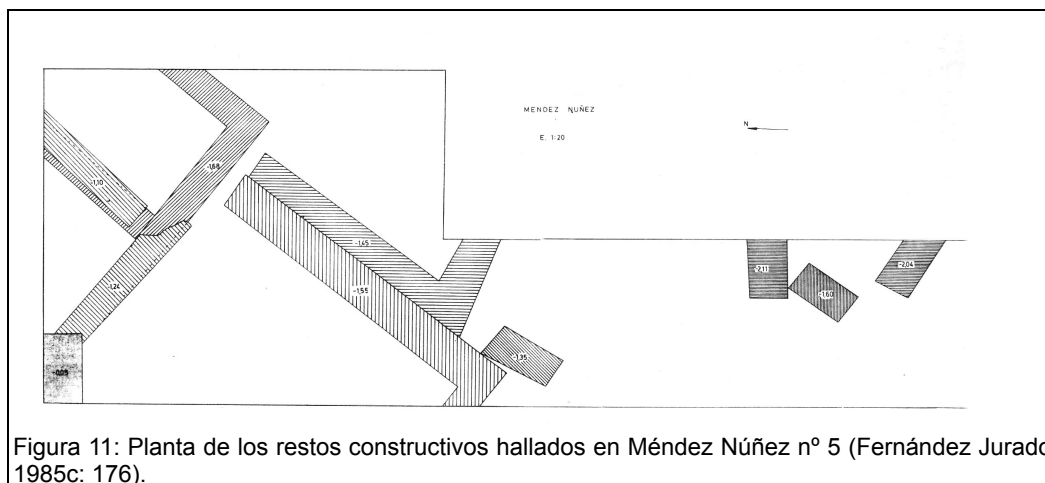
Figura 10: Excavación en la calle Méndez Núñez nº 5 (Fernández Jurado 1985c: 174).

Ante la aparición de estos restos constructivos de interés (Fig. 10), se decide ampliar la zona de trabajo hacia el este y se abre una nueva zanja, el cuadrado B, con unas dimensiones de 2 x 7 m. La excavación de este cuadro ha proporcionado el conocimiento de diversas estructuras de habitación y un hogar completo.

Bajo el nivel de M-1 y M-2, separados de ellos por una capa de tierra, aparecieron nuevos muros, M-3 y M-4, con la misma orientación que los anteriores, y M-5. La estructura M-3, que discurre bajo M-1, está formada por lajas de mediano tamaño, bloques de escorias y de calizas. Este muro parte del ángulo noreste con dirección sureste, aunque no llega a alcanzar el perfil oriental, y a 90 cm del mismo hace esquina y continúa con dirección noreste introduciéndose en el perfil este. De la zona media de M-3 y con dirección noreste, parte otro muro, llamado M-5, que presenta las mismas características y materiales, por lo que M-3 y M-5 parecen configurar así dos habitaciones junto a los perfiles norte y este.

Bajo M-2 apareció un nuevo muro, M-4, muy similar a M-5 y M-3, del que parte en dirección suroeste, para luego girar haciendo esquina a 2,70 m de M-3, pero sin formar ángulo recto. Estos tres muros (M-3, M-4 y M-5) poseen una potencia de unos 30 cm, aunque M-3, antes de su unión con M-4, presenta una potencia total de un metro aproximadamente. Este hecho, según sus excavadores, “podría explicarse, como hipótesis de trabajo, como la reutilización de un muro anterior (M-6), con lo que en esta zona tendríamos tres niveles de edificación y en el resto no” (Fernández Jurado 1985c: 175).

En los niveles arqueológicos han aparecido fragmentos de cerámicas, asociados a estos restos constructivos, entre las que cabe destacar la presencia de cerámicas griegas. Las distintas construcciones (Fig. 11) abarcan un período cronológico que va desde el siglo VI a.C. al IV a.C.



propia topografía del lugar, ubicado en la ladera media del Cabezo del Molino de Viento.

En la zona norte, en los sectores V y VI, se localizó un muro construido con bloques de pizarra de mediano tamaño del que solo se conservaban tres hiladas, con una potencia total de 30 cm. Asociados al derrumbe de las hiladas superiores de este muro, se encontraron fragmentos de copas tipo *Cástulo*. Próximo a este, y con la misma orientación, se localizaba otro muro, a una profundidad de -0,24 m, con una potencia de unos 65 cm, que apareció asociado a cerámicas griegas arcaicas. Estaba construido con pizarras de mediano tamaño, aunque la hilada inferior y alguna intermedia estaban realizadas con bloques más grandes, los huecos habían sido rellenos con pequeñas piedras, dándole un aspecto más cuidado. A este muro y con posterioridad al nivel definido por las cerámicas griegas, se le adosó otro muro, de técnica semejante formando ángulo recto, lo que indica la reutilización que se hizo de él.

Estas estructuras se asocian a las documentadas en la zona norte del sector V, que mantienen la misma orientación, mientras que parece que el muro central se puede asociar a los restos más antiguos del sector VI y los otros dos responden a las otras descritas en dicho sector.

En una cota inferior, a una profundidad de -0,90 m, en el ángulo suroeste del sector V aparecieron restos de una placa de arcilla quemada, que se ha interpretado como un hogar. Muy próximo a esta se halló un aro, que también aparece quemado, realizado con arcilla y piedras, con un diámetro aproximado de 40 cm que parece ser un elemento asociado a aquél. La zona inmediata al supuesto hogar, con una cota ligeramente más baja, aparecía pavimentada con pizarras y piedras calizas de pequeño tamaño.

En niveles inferiores a estas estructuras aparecieron varios pavimentos de arcilla roja. El primero que se halló en el sector V, a una profundidad de -1,30 m, parece definir dos habitaciones y penetrando bajo el testigo que separa los sectores V y VI, se extiende también por este último. En este pavimento se observaron restos de un muro, que marcaría la división entre las dos estancias aludidas. Estas mostraban diferencias en cuanto a la calidad del pavimento, siendo más compacto el que ocupa la zona más oriental.

En el sector VI se define el pavimento de otra habitación, que no fue posible delimitar por el sur, porque estaba afectado por construcciones de época moderna.

En esta estancia apareció, en el extremo occidental, un hogar rectangular realizado con arcilla y delimitado mediante un revoque, además de algunos restos de adobes caídos sobre el pavimento.

Las habitaciones definidas por estos pavimentos no aparecían limitadas por ninguna estructura de piedra, por lo que, según los excavadores, se supone que debieron estar cerradas por paredes de adobes y/o tapial, que no habrían dejado huella en el registro arqueológico. Estas paredes estarían revocadas con un mortero de cal, como lo demuestran los restos hallados en el extremo más occidental del pavimento del sector V.

El segundo nivel de pavimento apareció en el sector V, a una cota de -1,86 m; lo constituyen los restos de dos estancias, de las que desconocemos sus límites, ya que penetraban por debajo de los pavimentos anteriormente citados. La habitación que ocupaba la zona más occidental, de la que se descubrió mayor superficie, presentaba un revoque de cal en su pared sur. Apoyado en el pavimento de esta habitación aparecieron una serie de piedras ordenadas, que no parecen ser parte de un muro, sino más bien restos de un pilar o poyete, cuya funcionalidad desconocemos, aunque podríamos plantear varias hipótesis. En el caso que fuera un poyete, este podría ser utilizado como estante para depositar los utensilios, pero si, por el contrario, fuese un pilar, podría haber servido para ayudar a sostener la techumbre de la habitación.

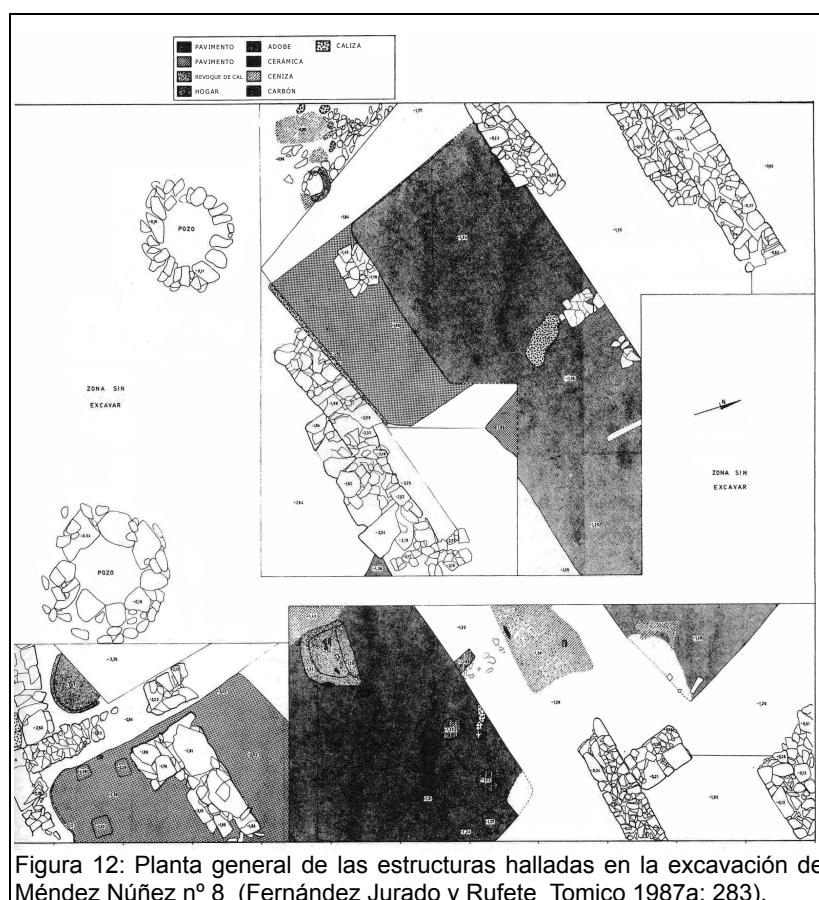
Un tercer nivel de pavimento apareció en el sector VI a una profundidad de -2,02/-2,28 m. Tenía un ligero buzamiento que parece haber sido causado por la presión de las tierras y elementos constructivos superiores. En este pavimento se habían conservado tres huellas cuadrangulares que podrían corresponder a las bases de postes o pilares que soportarían la techumbre. Tampoco este pavimento se encuentra asociado a estructuras de piedra que lo delimiten, aunque en este caso, sobre él se encontraron restos de un muro formado por pizarras de gran tamaño, realizado con una técnica constructiva cuidada.

La excavación del sector V sacó a la luz diversas construcciones, que se reutilizaron durante bastante tiempo, manteniendo siempre la misma orientación. A -1,82 m de profundidad apareció parte de un primer muro que conservaba dos hiladas formadas por bloques de pizarra de mediano tamaño. De un segundo muro exhumado, en una cota similar aunque unos centímetros más abajo, se conservan un mayor número de hiladas.

A mayor profundidad aún, unos -2,20 m, se halló un tercer muro. Junto a la primera

hilada de este se observó una estrecha línea blancuzca, que se interpretó como el revoque del propio muro en su cara meridional. Conforme la excavación fue profundizando, se comprobó que dicho revoque se unía, a -2,62 m, al pavimento que este muro delimitaba, suelo sobre el que apareció un plato de barniz rojo completo.

Se decidió excavar la cara norte del muro, que se suponía que sería el paramento externo del edificio. Aquí también se conservaban huellas del revoque de cal, de lo que deducimos que el muro estaba revocado por ambas caras. Se llegó a alcanzar los -3,20 m de profundidad, viéndose que en la estructura tenía dos zonas diferenciadas, una parte inferior, dispuesta en talud, realizada con bloques de pizarras de mediano y pequeño tamaño colocados de forma desigual, y una parte superior donde se disponía una hilada, a modo de nivelación, de bloques medianos, a partir de la cual se elevaba el resto de la construcción. El tramo superior estaba construido con bloques de pizarra de mediano tamaño, que presentaban un aspecto más cuidado. Las características del muro llevaron a los excavadores a plantear que se hubiese construido con una base de cimentación, algo que no se pudo comprobar (Fernández Jurado y Rufete Tomico 1987a: 282).



En el sector VI continuaron apareciendo muros bien diferenciados, por debajo del último pavimento. El primero de ellos, que apareció a una profundidad de -2,45 m, forma un ángulo recto en la zona sureste y estaba construido con pizarras de mediano tamaño, aunque las esquinas están reforzadas con otras de mayor tamaño. Apoyándose en él apareció otro muro de pizarras de mayor tamaño, que en su cara sur tenía una serie de piedras de caliza, que parecía disponerse a modo de zócalo, aunque no se pudo corroborar, ante la imposibilidad de excavar estas estructuras en su totalidad.

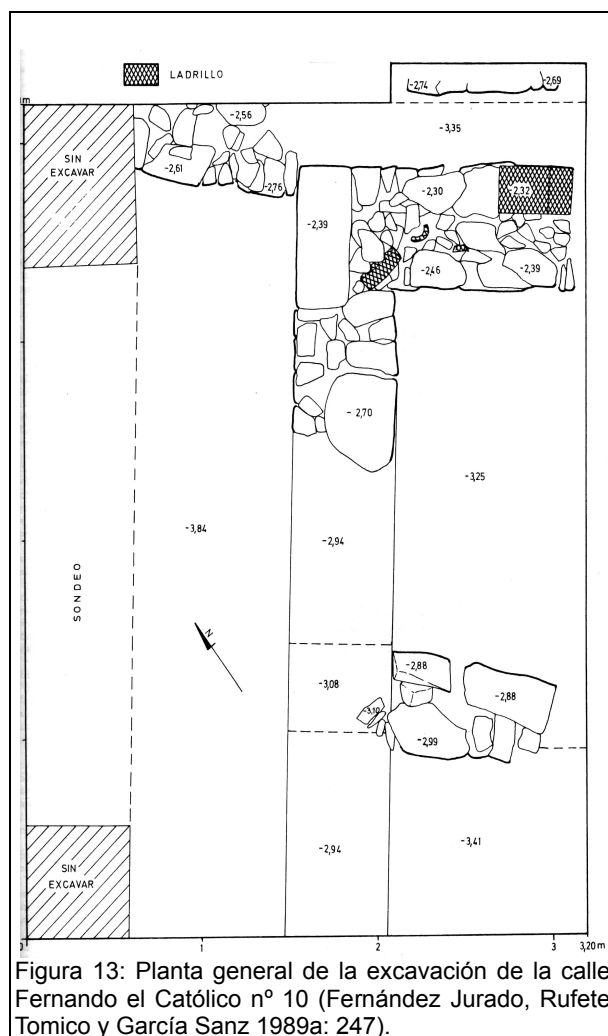
Junto a estos muros, a una profundidad de -2,67 m, se halló una estructura que parecía ser una tahona, de unos 80 cm de diámetro, de la que se conservaba solo una altura de 18 cm de la bóveda que la cubriría. También aparecieron restos de la bóveda en el interior de la tahona, que al parecer estaba abierta hacia el norte.

La estratigrafía y los materiales hallados nos hablan del poblamiento en esta zona de la ciudad al menos desde los inicios del siglo VII a.C. hasta la segunda mitad del siglo V a.C. Asimismo se documentan continuas reformas, nuevas construcciones, sustitución de pavimentos, “lo que unido al conjunto material arqueológico hallado, evidencia un alto grado de actividad que ha de relacionarse directamente con un elevado nivel económico” (Fernández Jurado y Rufete Tomico 1987a: 284). Destaca la presencia de piezas cerámicas de filiación fenicia y producciones griegas de época arcaica.

Otro aspecto muy singular que se observa en esta excavación es la alternancia de la técnica constructiva utilizada. Así vemos que en la fase inicial se construyen muros de piedras, aunque no se ha documentado pavimento alguno asociado a ellos. Posteriormente estos muros desaparecen y encontramos solo los pavimentos, la mayoría de arcilla roja, que posiblemente estuvieran asociados a paredes de adobe o tapial, aunque no es posible saberlo con seguridad. En los últimos momentos se vuelve a las técnicas más antiguas, de muros construidos con piedras. Como explicación de estos cambios se han apuntado causas económicas o, simplemente, cuestiones de gusto, no pudiéndose confirmar nada por el momento, ya que los datos son escasos y fragmentarios, debido a las reducidas dimensiones de la superficie excavada.

### ***Calle Fernando el Católico nº 10***

En 1989 se practicó otro sondeo estratigráfico en el solar número 10 de esta calle, localizado en la ladera sur del Cabezo de La Esperanza, dirigido por Fernández Jurado (Fernández Jurado, Rufete Tomico y García Sanz 1989a). En un sondeo mecánico inicial se comprobó que no aparecían materiales arqueológicos hasta los -2,20 m de profundidad, por lo que se decidió, posteriormente, excavar un cuadro de 3,20 x 4,20 m de superficie, en el que aparecieron los primeros restos constructivos.



A una profundidad de -2,30 m se hallaron restos de época romana (Estructura 1). En el perfil noreste del corte, a una cota de -2,69 m, se halló un muro -Estructura 2- (Fig. 13), del que se conservaban cuatro hiladas, la inferior construida con pizarras

de mayor tamaño dejando hueco entre las lajas. El resto de la construcción poseía un aspecto y técnica constructiva más cuidados. Este muro tenía una fosa de cimentación de unos 50 cm de profundidad, que cortó los niveles inferiores. Asociada a esta construcción, concretamente en las tierras de la fosa, se halló un fragmento de cerámica ática de barniz negro, que nos da una fecha *post quem* para la construcción de esta estructura, hacia finales del siglo V a.C.



Figura 14: Alzado de las estructuras 1 y 3 de la calle Fernando El Católico nº 10 (Fernández Jurado, Rufete Tomico y García Sanz 1989a: 248, Lámina 2).

En el ángulo noroeste del cuadro, a unos -2,56 m de profundidad, apareció un segundo muro - Estructura 3 - (Fig. 14), que continuaba bajo el perfil del corte. De este muro solo se conservaban tres hiladas de mampuestos de pizarra de mediano tamaño. La técnica era muy cuidada, rellenando los huecos libres con pequeñas lajas. Esta construcción no tenía fosa de cimentación, sino que apoyaba directamente sobre los estratos inferiores, anteriores al siglo VI a.C., que presentaban un marcado buzamiento por corresponder a un nivel de arrastre, lo que dificultó la datación de esta estructura.

### ***Calle Tres de Agosto<sup>14</sup> n°s 9-11***

En el año 1989 se llevó a cabo una excavación en el solar número 9-11 de la calle Tres de Agosto, bajo la codirección de Fernández Jurado y Rufete Tomico, cuyos resultados fueron publicados en el *Anuario Arqueológico de Andalucía* (Fernández Jurado, Rufete Tomico y García Sanz 1989b). En esta excavación se registró una

<sup>14</sup> Antigua calle Millán Astray



secuencia estratigráfica ininterrumpida desde el siglo VIII a.C. hasta época romana. Se ha comprobado la ocupación de esta zona de la ciudad desde finales del siglo VIII al IV a.C., aunque no se han hallado estructuras arquitectónicas correspondientes a la época turdetana.

En dicho solar se trazó una cuadrícula inicial que posteriormente, tras la aparición de las primeras construcciones, se decidió ampliar a 5 x 7,20 m.

Tras una primera fase constructiva de época romana, cuya fosa de cimentación rompía los niveles anteriores, apareció un segundo nivel de ocupación, aunque sin restos de estructuras constructivas, que se relaciona con la época turdetana, fechándose en la segunda mitad del siglo V a.C., por la presencia de cerámicas griegas, principalmente por un fragmento de una copa griega del tipo “clase delicada”. Este segundo nivel corta los estratos del siglo V a.C., en el que se observan líneas de pavimento y cenizas, lo que nos indica la posible existencia de una zona de habitación.

Estas fases se superponen a un nivel compuesto de limos y gravas, tierras de arrastre muy frecuentes en esta zona de Huelva. La presencia de cerámicas griegas arcaicas y otras de engobe rojo de filiación fenicia, nos dan una cronología para este nivel hacia el siglo VI a.C. En el siguiente nivel aparecen restos de una segunda estructura arquitectónica, que por los materiales arqueológicos con los que se asocia posee una cronología anterior al siglo VII a.C.

### ***Calle Puerto nº 12***

A finales del año 1989 y principios de 1990 se realizó una nueva excavación en el solar número 12 de esta misma calle, bajo la dirección de Fernández Jurado, siendo codirectoras de la misma Rufete Tomico y García Sanz, cuyos resultados fueron recogidos en varias publicaciones (Fernández Jurado, Rufete Tomico y García Sanz 1989c; Rufete 2002: 98-155). Esta intervención se incluía dentro del Programa de Investigación *Análisis y definición de la cultura tartésica según Tejada la Vieja (Escacena del Campo) y Huelva*, 1989.

Con anterioridad se habían llevado a cabo varias intervenciones en esta misma calle, como ya hemos visto, concretamente en los solares número 6 y 9, en los que se habían hallado importantes restos constructivos asociados a una amplia secuencia estratigráfica. También en la calle contigua, Méndez Núñez, en los número 5, 4-6 y en La Piterilla. En el solar número 10 de la calle del Puerto,

colindante a este, habían aparecido restos de un gran edificio de época protohistórica.

Se estableció el lugar de excavación en este solar número 12, de forma rectangular, en la zona más próxima a la calle, trazándose una cuadrícula de 10,5 x 11 m, subdivida en tres sectores (I, II y III), ampliándose posteriormente por la zona noreste (Sector IV), donde se halló parte de una construcción que penetraba en el perfil. La profundidad alcanzada en la excavación fue de -3,50 y -3,80 m y en algunas zonas en la que no aparecieron restos constructivos se pudo profundizar hasta -4,45 m, dónde se alcanzó el nivel freático sin llegar al suelo natural.

En esta intervención se documentó una amplia secuencia estratigráfica, que muestra un hábitat continuado al menos desde comienzos del siglo VII a.C, hasta la segunda mitad del siglo III a. C.

Se constató una continuada actividad constructiva que conforma un complicado entramado de muros y habitaciones, de los que nos vamos a centrar en los correspondientes a época turdetana o estén relacionados directamente con ella.

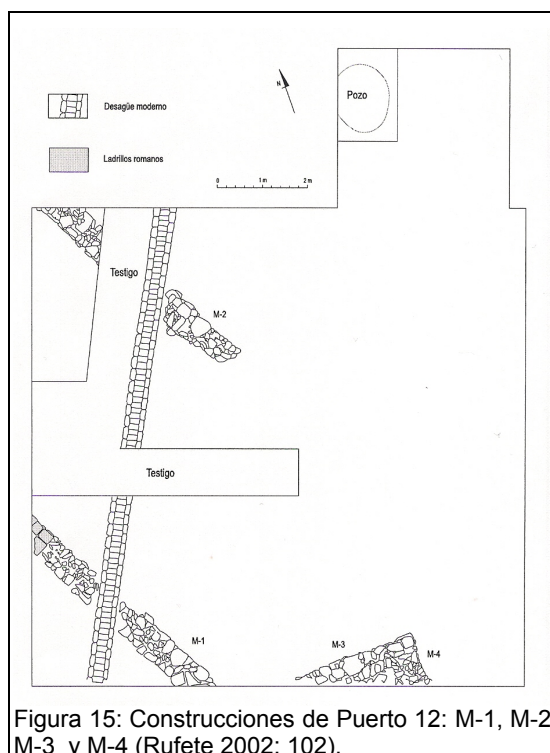


Figura 15: Construcciones de Puerto 12: M-1, M-2, M-3 y M-4 (Rufete 2002: 102).

- El Muro 1, que tenía una fosa de cimentación, apareció en el ángulo suroeste del cuadro, a una profundidad de -0,70 m. Se ha fechado en época romana (mediados del siglo I a.C.), tanto por los materiales empleados en su construcción como por

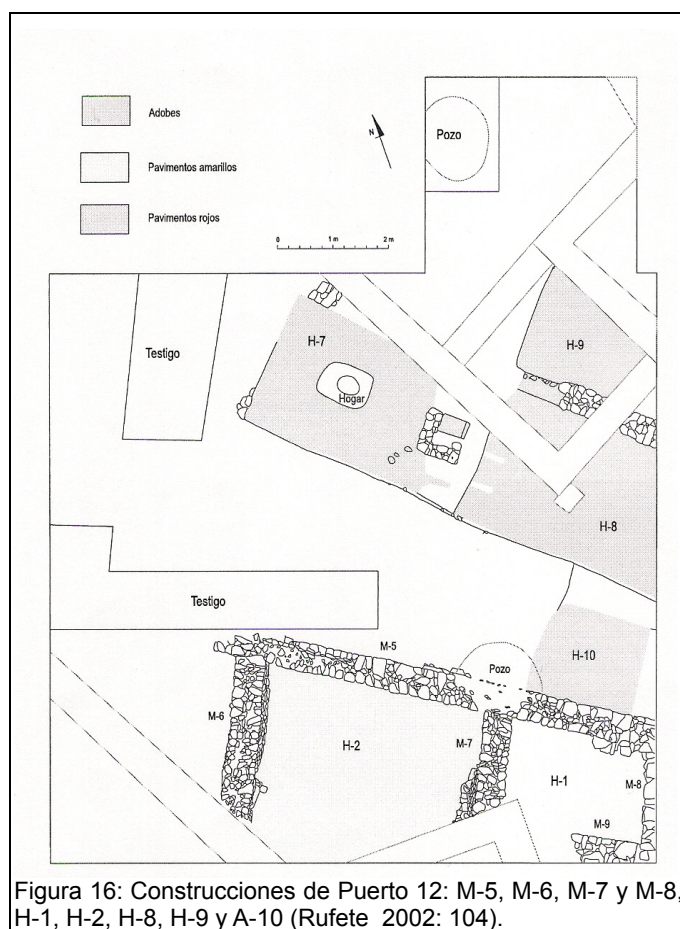
algunos fragmentos de cerámica hallados en la fosa de cimentación.

- Muro 2 (Fig. 15) hallado en el ángulo noroeste del cuadro, a una profundidad de -0,12 y - 0,25 m, cortado por un desagüe moderno. Este muro estaba realizado con mampuestos de pizarra, de mediano tamaño y algunos mayores, mal trabajados y con huecos entre ellos, dándole un aspecto poco cuidado. Se conservaban entre 5 y 3 hiladas, apoyándose su base a -0,62 m.

- Muros 3 y 4 (Fig. 15) que formaban la esquina de una habitación que penetraba en el perfil sur del corte. Se hallaron a una cota de -0,70 m y conservaban una escasa potencia, unos 40 cm, con tres hiladas de pizarra de tamaño desigual, aunque su aspecto estaba más cuidado, la cara externa de las piedras mayores había sido alisada, y se taparon los huecos entre ellas con pequeñas piedras. La esquina estaba perfectamente trabada y reforzada con piedras mayores.

- Muros 5, 6, 7, 8 y 9 (Fig. 16) muy parecidos entre sí, formaba parte de un edificio que se localizaba en la zona sur del cuadro, que al menos contaría con 2 habitaciones: H-1, en la zona oriental, la más pequeña, con unos 4,42 m<sup>2</sup> de superficie aproximadamente, y H-2 que al menos duplicaba el tamaño de la anterior y de la que desconocemos uno de sus lados, pues quedaba bajo perfil.

Estos muros, que conservaban una altura entre unos 0,90 y 1,10 m, están contruidos con mampuestos de pizarra de pequeño y mediano tamaño, sin trabajar o solo con la cara vista, algo más cuidada. En H-2 se encontraron hasta 4 pavimentos superpuestos, de diferentes grosores, hechos con margas de color “amarillo intenso, limpias y apisonadas” (Rufete 2002: 104). Posteriormente se produjo una remodelación en H-2, en la que se cerró la puerta existente en M-6 y se recreció con piedras M-6 y M-7.

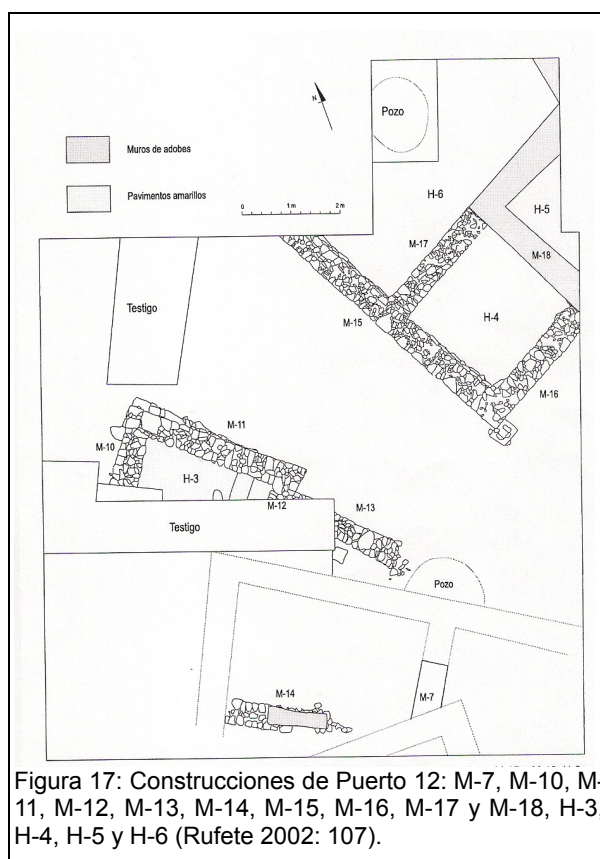


El muro divisorio de esas dos habitaciones (M-7), continuaba a mayor profundidad, hasta -2,45 m, por lo que formaría parte de otra construcción más antigua, posiblemente junto con M-13 y M-14, pues el nivel de base de todos ellos coincide. Desde la base de M-7, por el lado de H-2, había una gran bancada hecha de tapial, que estuvo en uso hasta que se realizó la reestructuración, cuando quedó cubierta por el último pavimento.

- Los muros 10, 11 y 12: delimitaban una habitación (H-3) (Fig. 17) que penetraba bajo el testigo de la zona central. Conservaban una altura de unos 70 cm y estaban realizados con bloques medianos de pizarra, y las esquinas reforzadas con piedras mayores. La base de estos muros se encontraba a una cota de -2,50 m y a 25 cm por encima de la base de un pavimento de margas amarillas compactas, que cubriría el interior de la estancia. Por el lado oriental de esta habitación, junto a la esquina, se le unía el muro M-13, que tenía el otro extremo destruido por un pozo

moderno, eliminando probablemente la zona donde este se unía con el tramo inferior de M-7. Estos muros, junto con M-14 y la prolongación de M-12, delimitarían otra estancia, con el pavimento de color amarillo, del que quedaban restos a una profundidad de entre -2,30 y -2,40 m.

- Los muros 15, 16, 17 y 18 (Fig. 17) aparecieron en el ángulo noreste del cuadro y formaban parte de un edificio con al menos 3 habitaciones: H-4, con una planta casi cuadrada, de 2,30 x 2,40 m, H-5 que penetraba en el perfil este y que posiblemente tendría unas medidas similares, y H-6 que probablemente duplicaba el tamaño de las anteriores.



Estas habitaciones tenían un amplio zócalo de piedras, que conservaba una altura de unos 90 cm y cuya base se encontraba a -2,90 m de profundidad. El zócalo estaba construido con grandes bloques de pizarra bien trabadas, cubriendo los espacios que quedaban entre ellas con pequeñas piedras, todas con la cara vista muy bien alisada, aunque el interior no estaba tan cuidado. Sobre este zócalo se levantaba una pared de adobes, que se conservaba en los muros M-18 y la mitad

norte de M-17, alcanzando una altura de unos 75 cm. Los adobes conservados presentan un tamaño uniforme de 50 x 30 x 8 cm.

No se halló pavimento alguno relacionado de forma clara con esta construcción. Se documentó un pavimento en H-5, pero este se encontraba por encima del zócalo de piedras y en relación con la pared de adobes, a una cota de -2,05 m, así que no tendría relación con ese edificio, a menos que este se reutilizara posteriormente. El pavimento estaba hecho con margas de color amarillo muy compactas, sin restos de cerámicas ni guijarros, formando una gruesa capa que también cubría la pared, revistiendo el muro de adobes. Estas dependencias continuaban en el solar colindante, que fue excavado con anterioridad<sup>15</sup>.

A una profundidad de -3,20 y -3,45 m se documentaron una serie de pavimentos de arcilla de color rojo intenso, que corresponderían a cuatro habitaciones: H-7, H-8, H-9 y H-10, cuyas paredes estaban hechas de tapial amarillo, revocadas por la cara interna con una capa de cal. Las dimensiones interiores de H-7 son de 2,25 x 3,80 m. El muro que la separaría de H-8, del que no tenemos restos materiales, no debería sobrepasar los 40 cm de ancho, por la huella que se ha conservado del mismo. Algo más de anchura debería tener la pared que delimitaba ambas estancias por el lado sur, por la separación que hay entre los pavimentos de H-8 y H-10.

El único muro de piedra relacionado con estas habitaciones correspondía a una pared interior, que separaba H-8 y H-9 y que dejaba un vano con un pequeño escalón de 10 cm de altura, cubierto con la misma arcilla que el pavimento.

Se ha conservado un gran hogar en el centro de H-7, realizado con arcilla, y un poyete cuadrado, construido con piedras y adobes, que debería estar adosado a la pared, del que no nos consta su función. En la habitación contigua se han conservado dos pequeños tabiques, realizados con tapial, paralelos entre sí, apoyados en la pared, que debieron soportar alguna tapa de material perecedero (Rufete 2002: 106), posiblemente de madera, a modo de poyo.

A partir de la estratigrafía registrada en la excavación y con base en los materiales arqueológicos y restos constructivos, Rufete Tomico (*Idem*) ha establecido una serie de niveles arqueológicos, comenzando por el final de la etapa tartésica para enlazarla así con el período turdetano (*Vid.* Fig. 18):

---

15 Para un estudio específico y más en profundidad de dichos trabajos consúltese Fernández Jurado 1988-1989, donde, además, se realiza una hipotética reconstrucción con ambas partes.

TARTÉSICO FINAL	I				625/600	
	II				590	
	III	Ia Ib	I	I	570/560	
TURDETANO	I	II	II	II	540/530	
	IIa			IIIa	480	
	IIb	IIIa IIIb	III	IIIb	450	
	IIc		IV	IIIc	I	400
	III		V	IV	II	375
	IV			V		325/300
						250/225
PERIODIZACIÓN	BOTICA 10-12	TRES AGOSTO 9-11	PUERTO 12	LA PITERILLA	CRONOLOGÍA	

Figura 18: Cuadro resumen cronológico-cultural (Rufete 2002: 188).

Figura 18: Cuadro resumen cronológico-cultural (Rufete 2002: 188).

- *Nivel I*: que corresponde al periodo Tartésico Final III, en este nivel se encuadra el conjunto cerámico del estrato 8 y las estructuras constructivas relacionadas con él. Este estrato corresponde al abandono de H-3 así como de la otra habitación asociada a ella formada por M-13 y M-14, y colmataba las hiladas superiores de M-15, que cerraba por el sur el edificio formado por H-4 y H-6, que debía estar aún en uso. Una vez iniciado este período se construyeron las habitaciones H-1 y H-2, comenzándose a vivir en ellas al final de la misma etapa. En este nivel predominan las cerámicas a torno, aunque se hallaron algunos fragmentos a mano (cuencos hondos, ollas, etc.). Entre las importaciones griegas hay que destacar un fragmento de ánfora corintia tipo A, otro fragmento de una posible ánfora samia y dos fragmentos de ánforas de Quíos.

- *Nivel II*: corresponde al Turdetano I (mediados del siglo VI hasta el 480 a.C.), y se relaciona con el estrato 6 y la reutilización de H-5, habitación que formaría parte de un edificio, de al menos tres estancias, realizadas con paredes de zócalo de piedra y alzado de adobes. Una vez que se colmató el zócalo de estos muros y se derrumbó parte de la pared de adobes, formando el estrato 7, se volvió a levantar H-5, recreciendo los muros que conservaban algunos adobes, el suelo se cubrió con un pavimento de tierra amarilla, situado por encima del zócalo de piedras y con

esta misma tierra se revistieron las paredes interiores de la habitación.

Se aprecian algunas diferencias en las cerámicas con respecto al nivel anterior, se produce un importante descenso de las cerámicas a mano y están ausentes las cerámicas bruñidas. Entre las cerámica griega de importación destacan tres fragmentos, un asa de un ánfora de transporte corintia, el pie de una copa al parecer samia y la base de un *escifo* ático.

- *Nivel III*: corresponde a la etapa Turdetano II, fechada a finales del siglo V y comienzos del IV a.C. Este nivel está compuesto por los estratos 5, 4 y 3. Asociado el edificio formado por las habitaciones H-1 y H-2, el *Nivel III* se subdivide a su vez en dos al observarse una remodelación del edificio, además de pequeñas variaciones en el conjunto cerámico de los diferentes estratos.

*Nivel IIIa*: que corresponde al estrato 5 y colmata la zona inferior de la construcción antes mencionada. Entre las cerámicas se hallaron escasos fragmentos a mano, piezas realizadas a torno, con cocción reductora y acabado tosco. Se han documentado abundantes cerámicas griegas, todas producciones áticas de barniz negro, la mayoría copas tipo *Cástulo*. También varias copas más finas, *escifos* y un fragmento, quizás de un *escifo*, con dos perforaciones cuyo exterior está cubierto de barniz negro mientras que el interior es de rojo intenso, del tipo “rojo coral”.

*Nivel IIIb*: corresponde al estrato 4, que colmataba la zona superior por el exterior de H-2. Esta habitación sufre una reestructuración en estos momentos; el muro que daba al lado oeste (M-6), tenía inicialmente un vano que se utilizaba de puerta para comunicar la estancia con el exterior, pero al inicio de este período se rellenó de tierra, con lo que el acceso quedó eliminado, y se recrecieron los muros con piedra, disminuyendo ligeramente el grosor de sus paredes en M-6 y M-7. Además se cubrió el interior con un grueso pavimento de tierra amarilla.

Se observan algunas pequeñas variaciones en las cerámicas respecto al nivel anterior; continúa siendo escasa la presencia de cerámica a mano y entre las a torno destaca un importante aumento de las cerámicas oxidadas en detrimento de las grises, cada vez más escasas. Entre las cerámicas de importación hay que destacar dos fragmentos de producciones áticas de



barniz negro, el borde de una copa tipo *Cástulo* y la parte inferior de un *escifo*.

*Nivel IIIc*: corresponde al estrato 3, que cubre el edificio formado por H-1 y H-2, coincidiendo con su etapa de abandono. Se producen importantes cambios en las cerámicas, en las que ya se observa una ausencia total de las producciones a mano. Entre los platos de engobe rojo se generalizan los denominados de “perfil quebrado”, que serán frecuentes en etapas posteriores, y los cuencos oxidados hemiesféricos tienen una banda pintada en el borde por el interior. Desciende el número de importaciones, aunque continúan las mismas formas de cerámicas áticas de barniz negro, destacando una copa tipo *Cástulo*.

- *Nivel IV*: corresponde al Turdetano III y a él pertenece el estrato 2, relacionado con la construcción formada por M-3 y M-4, que se realizó al inicio de este período, así como por otra de la que solo se conservaba M-2 y que se construyó con posterioridad.

Las cerámicas presentan grandes diferencias respecto a los niveles anteriores, pues aparecen en estos momentos muchas formas nuevas. Se produce un aumento de las cerámicas oxidadas en detrimento de las grises, que casi desaparecen; también se observa un descenso de las ánforas y de las importaciones griegas de las que se han documentado varios fragmentos de copas áticas, uno de ellos de Figuras Rojas.

- *Nivel V*: se encuadra en el período Turdetano IV y se corresponde con el estrato 1, muy superficial y en parte arrasado por la capa de relleno moderno. Se han hallado escasos restos de cerámicas, algunas ánforas, vasos cerrados, algunas fuentes hondas o lebrillos, etc. Hay que destacar un fragmento, de pasta de color marrón claro, con desengrasantes finos blancos y barniz marrón-anaranjado en ambas caras, que parece corresponder a una base que por sus características se considera una importación, al parecer de talleres púnicos.

En resumen, en época tartesia se construyó el edificio compuesto por las habitaciones H-7, H-8, H-9 y H-10, con los pavimentos de arcilla roja y otro superpuesto a él formado por H-4, H-5 y H-6, y al otro lado del cuadro la habitación

H-3, que se abandona en el transcurso del período correspondiente al *Nivel I*. En este período fechado, hacia el siglo VII a.C., el edificio formado por H-4, H-5 y H-6 estaba en uso.

En el nivel siguiente, ya en época turdetana, se remodela la habitación más oriental (H-5), se levantan sus paredes con adobes y se recubren, al igual que el suelo, con una capa de tierra de color amarillo. En el interior de la habitación occidental (H-2) del edificio que ocupa la zona sur del cuadro, se hallaron pavimentos de arcilla del mismo tipo. Esta construcción tiene una larga pervivencia, ya que se realiza en el *Nivel I*, comenzándose a habitar al final de este período y continuando su ocupación hasta el *Nivel IIIa*. A lo largo de este tiempo se construyen dos pavimentos superpuestos de escasa potencia que relacionamos con los *Niveles II* y *IIIa*, estando el más profundo a unos 20 cm por encima de la base de los muros. En los momentos iniciales del *Nivel IIIb* se observa, como ya hemos visto, una reforma del muro más occidental de esta habitación, produciéndose el abandono de la misma al final de esta etapa. Sobre este nivel de abandono se construyó la estancia formada por M-3 y M-4 a comienzos del *Nivel IV* y poco después se realizó la construcción de la que solo se ha conservado M-2. Posiblemente ambas construcciones estuvieron en uso en la última etapa (*Nivel V*), aunque no se puede asegurar, ya que la capa de relleno moderno había roto la parte superior de estos muros y el estrato asociado a ellos.

En época romana se siguió habitando este lugar, como lo confirma M-1, pero entre ambas ocupaciones nos queda un vacío de casi tres siglos, cuya falta de datos nos impide argumentar lo sucedido en ese tiempo. Para Rufete Tomico (2002: 155) la zona pudo quedar deshabitada, “reduciéndose la población a otras áreas de la ciudad”. Otra posibilidad podría ser que en época romana se destruyeran los estratos inmediatamente anteriores en los trabajos de nivelación y preparación del terreno.

### ***Calle Fernando el Católico nº 9***

En el año 1991 se procede a la realización de un sondeo estratigráfico en la calle Fernando El Católico número 9, bajo la dirección de Fernández Jurado (Fernández Jurado, Rufete Tomico y García Sanz 1991). En esta intervención se comprobó la ocupación de esta zona de la ciudad en los siglos VII y VI a. C. (Gómez y Campos 2001:235), aunque no podemos concretar si algunas de las construcciones fueron

realizadas en época turdetana o simplemente se reutilizaron las de época anterior. Inicialmente se realizó un sondeo mecánico y se procedió a excavar una zanja de 3,15 x 1,30 m, en la que se alcanzó una profundidad de -2,94 m, documentándose solo materiales de arrastre. Posteriormente se decidió excavar un cuadro, de 3 x 3,40 m, en el que apareció una estructura de adobes que conservaba hasta un metro, y que en una segunda fase se asociaba a un pavimento rojo y a restos de pizarra. En un nivel inferior aparecieron cerámicas bruñidas a mano y orientalizantes que corresponderían al derrumbe de una segunda fase constructiva de adobes y pavimentos rojos, aunque se habían conservado algunos de los alzados, que estarían revocados y pintados por el interior.

A mayor profundidad, entre -3,40 y -4 m, se documentó una nueva fase constructiva similar por debajo de la cual se hallaron distintos estratos sin restos arqueológicos, que han sido interpretados como propios de una zona de marismas marginales al núcleo urbano protohistórico.

### ***Calle Puerto nº 22***

En los meses de septiembre a diciembre de 1994, se llevó a cabo una nueva excavación arqueológica, ahora en el solar número 22, en el que se trazó un cuadro de 15 x 7 m, en la zona próxima a la calle (Rufete y García Sanz 1994, Gómez Toscano y Campos Carrasco 2001: 241-242). En este corte se alcanzó una profundidad máxima de -2,80 m, cuando se llegó al nivel freático, lo que no permitió continuar con la excavación. Se registraron diferentes niveles correspondientes al poblamiento protohistórico. En conjunto se documentaron muros superpuestos de diferente cronología asociados a pavimentos de tierra amarillenta o tierra roja.

Los cimientos y desagües de época moderna reducían bastante el espacio excavado, por lo que se decidió desmontarlos. Los restos de construcciones antiguas se concentraban en dos zonas de la excavación, en la zona norte, donde aparecieron muros bien conservados que corresponderían a dos habitaciones, y en la zona sur, donde los restos hallados estaban en parte destruidos por las construcciones modernas.

Bajo los cimientos de la casa de época moderna, a una profundidad de -0,81 m, apareció un primer muro (M-1), que continuaba hasta -1,10 m. Este muro M-1, del que se habían conservado tres hiladas, estaba construido con lajas de pizarra de tamaño medio, trabadas con tierra, y con la cara vista poco trabajada. Junto a él,

apareció un segundo muro (M-2), que presentaba la misma orientación, aunque estaba más profundo. Las semejanzas entre ambos planteaban la posibilidad de que existiese relación entre ellos, algo que no se pudo comprobar en la excavación, por la presencia de un pozo moderno. Este segundo muro se prolongaba hacia el sureste y en su mitad norte se unía con otro por el lado oeste. En este tramo, del que se conservan tres hiladas, desde -1,20 a -1,65 m, M-2 presenta una técnica muy similar a M-1. Por debajo, en la parte sur de M-2, se observaba que su construcción estaba más cuidada y trabada por el oeste con otro muro, de lo que se dedujo que formaría parte de una habitación.

Asociados a M-1 y M-2 aparecieron algunos fragmentos de copas *Cástulo*, que nos dan una cronología de los siglos V y IV a.C. para estas estructuras.

En la zona norte del cuadro varios muros delimitaban dos estancias, una de ellas (H-1) se conservaba mejor y tenía una planta rectangular; la otra estancia se conservaba solo de forma fragmentada.

El muro oriental de la H-1 (M-4) conservaba una considerable altura, de -1,40 a -2,38 m, que nos permite estudiar la técnica de construcción empleada en esta habitación. Estaba formado por un zócalo de mampuestos de pizarra, de mayor tamaño en las hiladas inferiores, al que se le superponía una estructura de adobes, de la que se había conservado hasta 50 cm de altura junto al perfil norte. Este muro, al igual que el resto, tenía una anchura de entre 45 y 50 cm.

En un momento posterior a su construcción, del que desconocemos la fecha, se procedió a cerrar con tapial un vano, que se hallaba en la mitad sur del muro. Esta segunda fase constructiva se fecha hacia el siglo VI a.C., por los materiales cerámicos a los que apareció asociada.

También en esta excavación se documentó la existencia de un gran espacio circular, que se ha interpretado como una tahona de grandes dimensiones, de unos dos metros de diámetro. Su base estaba formada por una capa de arcilla, de 3 cm de espesor, que apareció en gran parte quemada; de su cubierta solo quedaban restos de arcilla, endurecidos por el fuego. Esta estructura se halló, a -1,42 m de profundidad, en el ángulo suroeste del cuadro, en el espacio delimitado por M-2.

### ***Calle La Fuente n<sup>os</sup> 19-21***

A finales de noviembre de 1996 se realiza un sondeo estratigráfico en la calle La Fuente número 19-21, supervisado por Rufete Tomico (García Sanz, Fernández

Jurado y Rufete Tomico 1996). En el centro del solar se abrió una única cuadrícula de 5 x 20 m, que se dividió en tres sectores. En esta excavación se documentaron restos de la etapa turdetana, pertenecientes a los siglos V al III a.C., aunque la mayoría de las estructuras constructivas corresponden a época tartesia. Entre la fase turdetana y la romana apareció un amplio nivel, con materiales fruto de fuertes arrastres. En época turdetana esta zona sería “un espacio abierto bien de calle o baldío, donde se acumularían los sedimentos producidos por las lluvias en este período intermedio” (García Sanz, Fernández Jurado y Rufete Tomico 1996: 228).

En los sectores 1 y 2, bajo la fase constructiva de época romana, se documentaron estratos muy potentes de grava y arena, procedentes de arrastres, que en algunas zonas llega a superar los dos metros de espesor. En estos niveles el material arqueológico era muy abundante y diverso, con cerámicas, que nos dan una cronología de los siglos IV y III a.C.

En el Sector 1, el más occidental, y a una cota de -1,40 m, apareció la esquina de una construcción (M-6) formada por grandes lajas de pizarra apoyadas sobre otras más pequeñas y de peor calidad, la primera sobre un refuerzo o pie de amigo de lajas verticales al que se asocian cerámicas turdetanas.

En una fase anterior, a una profundidad de -3,31 m, se documentó la existencia de un pavimento de arcilla roja, al que no se asociaba muro alguno, aunque sí algunos restos de adobes y tapial. Por paralelos con los restos hallados en la calle Méndez Núñez número 8 se interpretó que podría datarse en época tartesia.

En la zona noreste, a una cota -3,60 m, apareció un pavimento rojo, realizado sobre un mortero de cal de 6 cm de espesor, que se superpone a un suelo de guijarros. Los materiales de esta fase, principalmente escorias y cerámicas, fechan estos restos en el siglo VII a.C. Estos pavimentos estaban asociados a dos muros paralelos, M-8, construido con calizas, pizarras y bloques de escoria, y M-9, construido con sillares de arenisca sobre una base de mampuestos de pizarras medianas. Estas estructuras no pudieron excavararse pues se alcanzó el nivel freático.

En el Sector 2, que ocupaba la zona central de la cuadrícula, se documentaron diferentes niveles de habitación, asociados a pavimentos de arcilla roja, que se han fechado en los siglos VII- VI a.C. A una cota de -3,34 m, se halló parte de una estructura (M-11) que formaba esquina, construida con un zócalo de lajas planas y grandes, sobre el que se apoyaba una pared de adobes de color anaranjado, del que se conservaban varias hiladas y restos del revestimiento de arcilla roja. Al norte

de esta estructura aparecieron otros dos muros paralelos muy próximos orientados en dirección suroeste-noreste y contruidos como M-11, de los que desconocemos su potencia y funcionalidad.

***Calle Méndez Núñez nºs 7-13 esquina Plaza de las Monjas nº 12***

En el año 1997 se llevó a cabo una pequeña intervención arqueológica en la calle Méndez Núñez números 7-13 esquina con el solar nº 12 de la Plaza de las Monjas, bajo la supervisión de Fernández Jurado (Fernández Jurado y García Sanz 1997). En esta intervención se constató la existencia de estructuras constructivas de época tartesia y turdetana, con una cronología que abarcaba desde la primera mitad del siglo VII a.C. hasta fines del siglo VI a.C. Se trataba de un solar de grandes dimensiones, para el que solo se obtuvo permiso para abrir un pequeño cuadro, de 6 x 4 m, que se trazó en el ángulo Noreste del solar, próximo al solar contiguo, el nº 5 de la Calle Méndez Núñez, excavado con anterioridad y en el que se habían obtenido interesantes restos constructivos de época protohistórica. Se ha comprobado, por la superposición de muros y pavimentos, la existencia de una continuada actividad constructiva, en total tres fases con la peculiaridad de que estas estructuras superpuestas tenían la misma orientación.

Los niveles turdetanos aparecieron muy deteriorados por la actividad de vaciado que la constructora había realizado en dicho solar antes de su excavación. A esta época parecen corresponder tres muros (M-1, M-2 y M-3) con características constructivas similares. Dichas estructuras murarias estaban afectadas además por la construcción de los cimientos de la casa derribada, por lo que solo se había conservado la hilada inferior. La anchura de estos muros era de unos 58 cm, estaban contruidos con piedras de pizarra de mediano tamaño, con algún bloque de escoria reutilizado como material constructivo, y trabadas con tierra. Estaban asociados a un pavimento sencillo, constituido por una fina capa de margas amarillas. Desconocemos la cronología exacta de estas estructuras pues los niveles arqueológicos superiores se habían perdido.

Por debajo de este nivel y junto al perfil norte, se exhumó el muro M-4, un poco más estrecho que los anteriores y que formaba esquina. Este muro estaba contruido con una técnica más cuidada, los bloques de pizarra utilizados eran de mayor tamaño y los huecos entre ellos habían sido rellenados con pequeñas piedras. Asociado a la base de este M-4 se documentó los restos de un pavimento de arcilla

roja, de escasa potencia. En la mitad sur del cuadro se documentó la existencia de otra estructura (M-6), construida por dos muros perpendiculares, con una técnica también cuidada. Estos últimos eran más estrechos, unos 0,30 m, y conservaban una altura de 0,40 m aproximadamente.

En estos trabajos arqueológicos se evidenció la presencia de materiales púnicos, griegos arcaicos y fenicios orientales, junto con las producciones cerámicas locales de cada una de las épocas documentadas, con una cronología que va desde la primera mitad del siglo VII a.C. hasta fines del siglo VI a.C. También se documentaron abundantes restos orgánicos, restos de la alimentación de los habitantes de estas viviendas.

### ***Calle San Salvador esquina Calle Fernando el Católico***

En el año 1999 se realiza una excavación, con carácter de urgencia, en la calle San Salvador esquina con Fernando el Católico, dirigida por López y Gómez (Gómez Toscano y Campos Carrasco 2001: 263-264). Se procede a trazar un corte de 9 x 2,5 m, en el que se documentó la existencia de 52 unidades estratigráficas de las que 22 son constructivas, correspondiendo la mayoría de ellas al período protohistórico. Los materiales arqueológicos nos dan una banda cronológica entre los siglos VIII a fines del V a.C., aunque no se concreta la datación para cada una de las etapas.

La fase más antigua corresponde a la Fase I del Cabezo de San Pedro, en la que se documentó la existencia de un muro de retención en talud, adaptado a la topografía. En la fase siguiente se descubrió un muro muy deteriorado (U.E. 45), de piedras grandes trabajadas y escuadradas en su exterior. En el nivel siguiente se documentó una estructura formada por tres habitaciones, a las que correspondería las U.E. 13, 17, 18, 20 y 37. Estas edificaciones están construidas con un zócalo de pizarra y muros de tapial en altura conservados en parte (U.E. 34 y 52), un contrafuerte al exterior y también se documentó la existencia de un hogar en el exterior. “En la zona sur del corte se superponen restos de muros muy deteriorados de la fase protohistórica más reciente” (Gómez Toscano y Campos Carrasco 2001: 264), que se suponen de época turdetana, y de los que no tenemos más datos. Estos muros estaban muy dañados por la edificación de la casa derribada.

### **Plaza de San Pedro nºs 4-5**

En el año 2003 se lleva a cabo una intervención arqueológica de urgencia en los solares número 4 y 5 de la Plaza de San Pedro (González González, Guerrero Chamero y Echevarría 2003), en la que inicialmente se abrieron dos sondeos, de 3 x 3 m de superficie cada uno, que acabaron ampliándose ante el descubrimiento de restos arqueológicos de gran interés. Finalmente se excavaron 9 sectores, en los que se alcanzaron más de -4 m de profundidad. Los niveles más antiguos de ocupación se documentaron en la zona oeste del solar, en los sectores 1, 3, 7 y 9, en los que se excavaron varias fases de construcción superpuestas, que lamentablemente estaban cortadas, tanto horizontal como verticalmente, por las fases posteriores. Por lo que los datos que tenemos sobre técnicas y dimensiones de las estructuras constructivas son muy escasos.

El primer nivel de habitación corresponde al muro U.E. 18, al que estaba asociado un pavimento apisonado de color rojo (U.E. 1.118) y un hogar (U.E. 1.39). Este nivel se fecha, a partir del registro cerámico, hacia el siglo III a.C.

A esta primera ocupación se superponen, en los sectores 1 y 9, dos niveles más de habitación, fechados entre los siglos II y I a.C. A esta fase más reciente corresponden los muros U.E. M 1.29 y U.E.M. 9. 28, dos pilares, U.E.M. 9.34 y U.E.M. 9.37, además de un pavimento de adobes, U.E. 9.38 y un hogar, U.E. 9. 43, de los que no tenemos más datos.

### **Calle La Fuente nº 21**

En el año 2006 se lleva a cabo una nueva intervención arqueológica en el solar nº 21 de la calle La Fuente, en la que se abrieron dos catas denominadas Sondeo 1, de 3 x 3 m de superficie y, sondeo 2, de 3 x 6 m. En estos trabajos se obtienen una secuencia estratigráfica bastante completa, que nos permite conocer la evolución de la ciudad en esta zona. De época protohistórica se exhuman diversas estructuras que corresponden a dos fases constructivas superpuestas correspondientes a la época turdetana, concretamente al período *Turdetano III* establecido por Rufete Tomico (2002) y fechado en el siglo IV a.C.

Al primer momento constructivo, fechado en el siglo IV a.C., corresponden las estructuras 2.M-III y 2.M-IV, documentadas en el sector oeste del Sondeo 2. Se



trata de dos muros unidos en forma de T, contruidos con un zócalo de piedra y que conservaban parte del alzado de adobe.

A la segunda fase constructiva, fechada en el siglo III a.C., pertenecen la estructura 2.M-II (U.E. 2.20), de la que no tenemos más información y la U.E. 54, que es descrita como una acumulación de cantos y que según los excavadores podría corresponder a una banco adosado al muro (Salazar y Rodríguez 2006: 2281). En este nivel el material cerámico es escaso, en cambio la presencia de escorias de hierro y de algunos restos de ánforas nos indican el desarrollo de actividades industriales.

### ***C/ Puerto nº 29<sup>16</sup>***

En el actual nº 29 de la calle Puerto se lleva a cabo una intervención arqueológica preventiva, ante los restos protohistóricos documentados anteriormente en los solares próximos (De Haro, López y Castilla 2005). Se plantea inicialmente la realización de tres sondeos estratigráficos, de 3 x 3 m de superficie cada uno, que se deciden ampliar posteriormente ante las estructuras constructivas halladas. Los cimientos de la edificación derribada habían destruido, parcialmente, muchas de esas estructuras.

En la denominada Fase II, fechada hacia el siglo VI a.C., se documentan las primeras evidencias de la ocupación de esta zona. Se trata de construcciones muy deterioradas, una estructura de pizarra (U.E. 52), de la que no tenemos más datos, asociada a un pavimento (U.E. 54).

En la siguiente fase, la III, se exhumó parte de un edificio de considerables dimensiones, formado por los muros U.U.E.E. 30, 40 y 45, que se ha fechado a finales del siglo VI- siglo V a.C. De la cara oeste de la estructura U.E. 30 partían la U.E. 40 y la E.U. 45, que discurrían paralelas entre sí y con dirección suroeste, delimitando una compartimentación interior de este conjunto en dos estancias, en las que se documentaron restos de pavimentos de arcilla roja. No se ha conservado el cierre por el sur de este supuesto conjunto habitacional. Al este de la U.E. 30 se excavó un espacio sin construcciones, que parecía ser una zona exterior, de tránsito.

---

16 Se trata de la enumeración actual de la calle Puerto, no es el mismo solar excavado en el año 1987 (Fernández Jurado y Rufete Tomico 1987b; Fernández Jurado, Rufete Tomico y García Sanz 1990), que ahora sería el número 27. Por lo tanto, este solar es colindante por el este con el anteriormente excavado.

El muro U.E. 30, orientado 29° noreste, conservaba una longitud de 7,65 m y tenía una anchura media de 0,50 m. Estaba construido con un zócalo de pizarras medianas y pequeñas, con una altura media de 0,48 m, sobre el que se documentó un alzado de tierra, con abundante elementos calcáreos propios de la formación geológica “Arenas de Huelva”, y que los excavadores denominan tapial. La anchura de este alzado era de 0,50 m, para adaptarse al ancho del zócalo de mampuestos. Los compartimentos modulares utilizados para la construcción de este “tapial” tenían unas medidas de 8 cm de altura y 33 cm de longitud, por lo que pensamos que sería más correcto hablar de adobes o ladrillos. Con esta técnica se construyeron al menos dos hileras, pero desconocemos la altura total de su alzado. Sobre estos ladrillos se construyó un alzado de tapial rojizo, elaborado con arcillas ferruginosas de los cabezos de la zona, cuyos restos se han conservado sobre algunos ladrillos y también en el nivel de derrumbe. En este caso, por la ausencia de datos y medidas en la descripción del mismo, no podemos corroborar tampoco que se tratara de un auténtico tapial.

Los muros U.E. 40 y U.E. 45, en muy mal estado de conservación, tenían la misma técnica que el U.E. 30, con una base hecha con mampuestos de pizarra, con una anchura 0,50 m. El alzado es diferente en cada caso; en el muro U.E. 40 primero se construyó con tierra de color rojo y posteriormente una tongada de tapial calcáreo blanquecino. En el muro U.E. 45 el alzado se realizó primero con tierra de matriz amarillenta, las arenas de Huelva, pero con menos presencia de nódulos de cal, y sobre este otro tramo en el que se emplearon arcillas rojas. Los excavadores señalan el efecto visual que tendría esta variedad cromática en el caso de que no existiera una capa de enlucido (De Haro, López y Castilla 2005: 1611), cosa que creemos improbable, pues sería necesaria para la protección y conservación de las estructuras de tierra.

Los materiales asociados a estas construcciones no permiten afirmar su uso como almacén por lo que los excavadores apuntan más bien a una funcionalidad doméstica, ante la presencia de cerámicas comunes, de vajilla y cocina, con huellas de fuego. También se ha constatado la presencia de escorias de plata, que indicarían el desarrollo de actividades metalúrgicas en el ámbito doméstico, y de numerosos restos orgánicos, óseos y de malacofauna, que parecen proceder de su consumo como alimentos.

El muro U.E. 79, del que no tenemos más información, y los pavimentos U.U.E.E 32, 78 y 69, relacionados derrumbe de tapial, que corresponden al momento de

destrucción o abandono del edificio.

En esta misma fase, en el Sondeo 1, se documentó un muro, U.E. 34, asociado a un pavimento, U.E. 35, con huellas de combustión, U.E. 36.

En conclusión, en las diferentes excavaciones arqueológicas realizadas en Huelva capital (Tabla 1) se observa la existencia de una gran actividad constructiva en el siglo VIII a.C., que se ha relacionado con el auge económico que está viviendo la ciudad protohistórica en esos momentos. Esta época de esplendor se debe a las relaciones comerciales establecidas con los fenicios, que se basan principalmente en los metales, que, como ya hemos visto, eran abundantes en esta región y cuya producción se concentraba en el puerto de Huelva para su posterior comercialización. Esos contactos con los fenicios y otros pueblos orientales van a conllevar un proceso de asimilación de influencias culturales de todo tipo, que en lo que concierne a nuestro tema de estudio se traducen en la adopción de nuevos modelos arquitectónicos y urbanísticos, de claras raíces orientales, como son las viviendas de plantas angulares y en las técnicas constructivas.

<b>A ñ o</b>	<b>Localización</b>	<b>Publicación</b>	<b>Restos constructivos</b>	<b>Cronología</b>
1983	C/ Botica, 10-12	Fernández Jurado, García Sanz y Rufete Tomico 1997	Cuadro A: muro construido con lajas de pizarra de mediano tamaño. Altura: 0,40-0,70 m. Pavimento de conchas ( <i>ostrénidos</i> ) con pequeños guijarros y lajas de pizarra.	2/3 y 3/3 s. VI a.C.
1985	Plaza de Quintero Báez	Fernández Jurado 1985a	Muro de lajas de pizarra y bloques de escorias. Posible pavimento de arcilla roja	c. s. V a.C.
1985	C/ La Fuente, 13-15	Fernández Jurado 1985b	Dos muro de lajas de pizarra. Muro construido con pizarras y algunos bloques de escorias. Pavimentos de arcilla roja.	1º m. s. VI a.C.
1985 / 1986	C/ Mendez Núñez, 5	Fernández Jurado 1985c	Cuadro A: M-1, construido con pequeñas lajas de pizarra. Anchura: 0,40 m. Formaba ángulo con M-2, también de pizarra.  Dos tocones de muros contruidos con lajas de pizarra de medio tamaño; entre ambos había un pavimento rojo de arcilla batida.  Nivel inferior: M-3, M-4 y M-5: contruidos con lajas de pizarra de mediano tamaño, bloques	c. s. IV- VI a.C.

			de escorias y de calizas. Altura: 0,30 m.	
1987	C/ Méndez Núñez , 8	Fernández Jurado y Rufete Tomico 1987a	<p>Sectores V y VI: muro de bloques de pizarra de mediano tamaño. Altura: 30 cm. Otro muro de pizarra, técnica cuidada, huecos rellenos con pequeñas piedras. Altura: 65 cm. Este último muro fue reutilizado posteriormente, cuando se le adosa, en ángulo recto, otro muro, con la misma técnica.</p> <p>Fase anterior: pavimentos de arcilla roja, no restos de las paredes, solo restos de mortero de cal, del enlucido. Algunas piedras que parecen corresponder a un poyete o posible pilar. En el suelo de otra supuesta habitación tres huellas de posibles pilares.</p> <p>Nivel inferior: diferentes muros construidos con pizarra, uno de ellos con un revoque de cal por ambas caras.</p>	<p>c.s. V a.C.</p> <p>c.s. VI a.C.</p> <p>c.s. VII a.C.</p>
1989	C/Fernando el Católico, 10	Fernández Jurado, Rufete Tomico y García Sanz 1989a	<p>Estructura 2: muro de lajas de pizarra. Fosa de cimentación: 0,50 m.</p> <p>Estructura 3: muro de mampuesto de pizarra, huecos rellenos con pequeñas lajas.</p>	<p>f. s. V-s.IV a.C.</p> <p>c. s. VI a.C.</p>
1989	C/ Tres de Agosto, 9-11	Fernández Jurado, Rufete Tomico y García Sanz 1989b	Líneas de pavimentos y cenizas.	s. V a.C.
1989 / 1990	C/Puerto, 12	Fernández Jurado, Rufete y García 1989c; Rufete 2002	<p>Muro 2: de mampuestos de pizarra, con huecos entre ellos. Altura: 0,50 m.</p> <p>Muros 3 y 4: forman ángulo, construidos con pizarra, con la cara externa trabajada y huecos rellenos con pequeñas piedras. Altura: 0,40 m.</p> <p>Edificio formado por dos habitaciones (H-1 y H-2) delimitado por M-5, M-6, M-7, M-8 y M-9: construidos con mampuestos de pizarra trabajados en la cara exterior. Altura: 0,90-1,10 m. Pavimentos: margas de color amarillo. H-1: 4,42 m<sup>2</sup> y H-2: más de 8 m<sup>2</sup></p> <p>Adosado a M-7: banco de tapial.</p> <p>H-3: M-10, M-11, M-12 y M-13, construidos con bloques de pizarra, esquinas reforzadas. Altura: 0,70 m. Pavimentos de margas amarillas compactas.</p>	<p>s. V a.C.</p> <p>c. s. VI a.C.</p>

			<p>M-12, M-13 y M-14 : otra estancia, pavimento color amarillo.</p> <p>Otro edificio, de al menos 3 habitaciones (H-4, H5 y H6) estaba delimitado por M-15, M-16, M-17 y M-18: zócalo de grandes bloques de pizarra careados, huecos entre ellos rellenos de pequeñas piedras. Altura: 0,90 m. Alzado de adobes (50x30x 8). Altura: 75 cm.</p> <p>Cuatro habitaciones con pavimentos de arcilla roja: H-7, h-8, H-9 y H-10. Paredes de tapial amarillo, cara interna revestimiento de cal. Solo se ha documentado un muro de piedra, que separaba H-8 y H-9, con un vano y un pequeño escalón, de unos 10 cm.</p>	
19991	Fernando el Católico, 9	Fernández Jurado, Rufete Tomico y García Sanz 1991; Gómez Toscano y Campos Carrasco 2001	<p>Estructura de adobes que Altura: 1 m. Pavimento rojo y restos de pizarra.</p> <p><b>Segunda fase constructiva:</b> restos de alzados, revocados y pintados por el interior.</p>	
19994	C/Puerto, 22	Rufete y García Sanz 1994; Gómez y Campos 2001	<p>M-1: muro de lajas de pizarra, trabadas con tierra, y con la cara vista poco trabajada. Altura: 0,30 m.</p> <p>M-2: muro de lajas de pizarra trabadas con tierra,</p> <p>M-4: zócalo de mampuestos de pizarra. Altura: 1m. Alzado de adobes. Altura: 0,50 m. Anchura: 0,45-0,50 m.</p>	<p>ss. V-IV a.C.</p> <p>c. s. VI a.C.</p>
19996	C/ La Fuente, 19-21	García Sanz, Fernández Jurado y Rufete Tomico 1996	<p><b>Sector 1:</b> Esquina de una construcción M-6 , formada por grandes lajas de pizarra apoyadas sobre otras más pequeñas, la primera sobre un refuerzo o pie de amigo de lajas verticales</p>	c. s. IV-III a.C.
19997	C/ Méndez Núñez, 7-13	Fernández Jurado y García Sanz 1997	<p>M-1, M-2 y M-3: muros contruidos con pizarra, algún bloque de escoria, trabados con tierra. Anchura: 58 cm. Pavimento: arcilla amarilla (margas).</p> <p>M-4: técnica más cuidada, bloques de pizarra de mayor tamaño, huecos rellenos con pequeñas piedras. Pavimento de arcilla roja.</p> <p>M-6: dos muros perpendiculares. Altura: 0,40</p>	

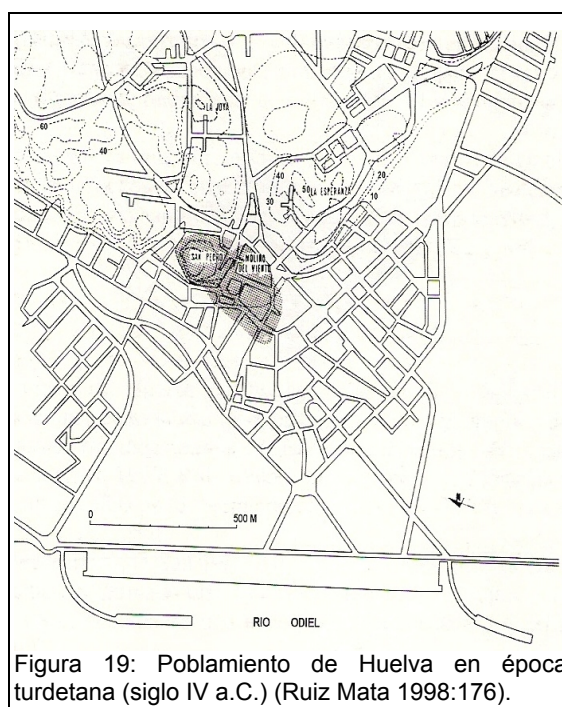
			m. Anchura: 0,30 m.	
1999	C/ San Salvador esquina C/ Fernando el Católico	Gómez y Campos 2001	Muro: U.E. 45, de grandes piedras trabajadas y escuadradas en su exterior. U.E.U.E. 13, 17, 18, 20 y 37: zócalo de pizarras. Alzado de tapial U.U.E.E. 34 y 52.	
2003	Plaza de San Pedro, 2-4	González, Guerrero y Echevarría 2003	U.E.18 muro asociado un pavimento apisonado de color rojo: U.E. 1.118. Muros: U.E. M 1.29 y U.E.M. 9. 28. Dos pilares, U.E.M. 9.34 y U.E.M. 9.37. Pavimento de adobes, U.E. 9.38.	c. s. III a.C. ss. II-I a.C.
2005	C/Puerto, 29 *	De Haro, López y Castilla 2005	U.E. 52: estructura de pizarra. Pavimento, U.E. 54. muros U.U.E.E. 30, 40 y 45: conjunto dividido en dos estancias. Pavimentos de arcilla roja. U.E. 30, orientado 29° noreste, zócalo de pizarras: Altura : 0,48 m. Longitud 7,65 m. Anchura: 0,50 m. Alzado, misma anchura, de “tapiales” calcáreos, de arenas de Huelva, de 8 cm de altura y 33 cm longitud. Sobre estos ladrillos se construyó un alzado de tapial rojizo (arcillas ferruginosas). U.E. 40: base de mampuestos de pizarra. Anchura: 0,50 m. Alzado: primero tapial rojo y posteriormente tapial calcáreo blanquecino. U.E. 45: base de pizarra. Anchura: 0,50 m. Alzado primero con tapial arenoso amarillo, (arenas de Huelva) y sobre este otro tramo de tapial de arcillas rojas.	s. VI a.C. f. s. VI- V a.C.
2006	C/ La Fuente, 21	Salazar Fernández, S. y Rodríguez Pujazón, R. 2006	2.M-III y 2.M-IV: dos muros unidos en forma de T, contruidos con un zócalo de piedra y alzado de adobe. 2.M-II (U.E. 2.20) U.E. 54: construida con cantos rodados, con un banco adosado.	s. IV a.C. s. III a.C.

Tabla 1. Cuadro-resumen de las intervenciones arqueológicas con restos constructivos turdetanos en la ciudad de Huelva.

En el siglo VI a.C. el panorama arquitectónico en Huelva apenas sufrió grandes cambios respecto a la etapa anterior y la actividad constructiva continuó de forma intensa. Sí podemos observar algunas pequeñas modificaciones en cuanto a los

pavimentos, que ahora se realizan con arcilla de tonos amarillentos y algunos casos, minoritarios y muy concretos, con lajas de pizarra y cantos rodados, mientras que anteriormente la mayoría de los suelos se hacían con arcilla roja (Fernández Jurado, García Sanz y Rufete Tomico 1997: 42). Pero a finales del siglo VI a.C. se produce un cierto decaimiento en la actividad constructiva. De esta época contamos con escasos restos de construcciones nuevas, porque la tendencia generalizada es la reutilización de las estructuras precedentes, que a veces sufren pequeñas reformas, como, por ejemplo, una nueva distribución interna de las viviendas o bien se modifica la zona de acceso. La reutilización de las construcciones anteriores supone que las viviendas conservan las mismas características, en cuanto a dimensiones, orientación, etc. Todo esto es un reflejo de la situación económica que se produce en esos momentos en esta región occidental, que está sufriendo la decadencia de las actividades minero-metalúrgicas y necesita encontrar nuevas alternativas que le permitan sobrevivir.

A partir de los trabajos arqueológicos llevados a cabo en los diferentes solares de la calle Puerto, Garrido y Orta (en Ruiz Mata 1998:183) plantean que la ciudad a inicios del siglo VI a.C. tendría una extensión de unas 20 ha aproximadamente y una población que rondaría los 5.000 habitantes. Para el período orientalizador se ha propuesto una superficie de 35 hectáreas (Gómez Toscano y Campos Carrasco 2001), de lo que deducimos una contracción del perímetro urbano en época turdetana.



En el siglo V a.C. y en los siguientes se observa la reducción del área urbana, pero esto no significa su despoblamiento, sino simplemente el abandono temporal de ciertas zonas. Esta visión no es aceptada por muchos investigadores, pues las excavaciones de urgencia llevadas a cabo en el casco urbano de Huelva en los últimos años, parecen indicar, según Gómez Toscano (2002: 155), que la mayor extensión del hábitat protohistórico se produce entre los siglos VII-IV a.C., momentos en los que se observan en el registro arqueológico la existencia de construcciones superpuestas.

En cuanto a la ciudad protohistórica se constata la existencia de un urbanismo espontáneo, en el sentido de que está condicionado y adaptado a la topografía del lugar, que determina el trazado de las calles. Se ha planteado la existencia de diferentes zonas urbanas, según su funcionalidad y las actividades económicas en ella desarrolladas. La zona de hábitat propiamente se encontraba en esta época conformada por las calles Palos, La Fuente y Tres de Agosto.

Fernández Jurado, García Sanz y Rufete Tomico (1997: 44) plantean que el área comprendida entre la calle Puerto y el Cabezo de la Esperanza sería un área comercial, próxima a la zona portuaria de aquellos momentos, que se localizaría en la zona de las calles Puerto, Botica y Méndez Núñez, y en la que existirían todas las infraestructuras necesarias para el desarrollo de esas actividades.

Esta hipótesis ha sido aceptada y desarrollada por otros autores, como Osuna, Bedia y Domínguez (2001: 183) quienes, partiendo del estudio de los restos arquitectónicos aparecidos en las diferentes intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en los últimos años en el casco urbano de Huelva, han planteado la hipótesis de que la parte baja de Huelva, en época protohistórica, tendría una funcionalidad diferente al resto del poblado, relacionada con el comercio marítimo de metales, lo que se reflejaría también en una urbanística diferente. En esta zona diferencian, en principio, tres grandes áreas o conjuntos, dispuestos de forma radial respecto a la vaguada natural, que corresponderían con los solares número 5, 7-13 y 8-10 de la calle Méndez Núñez y números 8-10 y 12 de la calle Puerto.

En la calle Méndez Núñez 7-13 se documentaron los restos constructivos de un edificio de grandes proporciones y cuidada construcción (Osuna, Bedia y Domínguez 2001). Este gran edificio, tanto por sus dimensiones en planta como por su distribución estructural, ha sido interpretado como un santuario y parece estar



relacionado con el antiguo puerto y con emplazamientos industriales (Gómez Toscano y Campos Carrasco 2001: 256). Se han documentado varias fases de ocupación del edificio, fechadas entre los siglos VII y VI a.C., en las que este sufre diversas reconstrucciones y reparaciones.

También plantean la posibilidad de un cuarto conjunto en torno a la zona de las calles Botica nº 10 y Puerto nº 29. Se trataría de “manzanas o lotes parcelarios” (*Idem*) que se definen alrededor de edificios de carácter diferente que cuentan con grandes estancias y que poseen una decoración especial. Estos edificios presentan características técnicas muy similares al resto de las construcciones halladas, como son los muros realizados en piedra de mediano tamaño, sin fosa de cimentación, nivelados con ripios, sobre los que se levanta una superestructura de adobes o tierra, con pavimentos de cal o arcillas compactadas de color rojizo o amarillo y paredes enlucidas en su cara interna. En los trabajos arqueológicos llevados a cabo en el antiguo número 29 de la calle Puerto, se documentaron una serie de restos constructivos que se han interpretado como parte de una gran estancia, de 1 o 1,20 m de ancho por unos 5,90 m de largo aproximadamente, cuya finalidad, según sus excavadores, pudo ser la de almacén (Fernández Jurado y Rufete Tomico 1987b: 275), aunque no indican qué productos pudieron almacenarse, pues los restos de ánforas y grandes vasos son escasos en estos niveles. Los materiales arqueológicos que aparecieron asociados a este supuesto almacén, entre los que destacan las cerámicas a torno y algunos fragmentos de copas jonias, nos dan una cronología de la primera mitad del siglo VI a.C. para esta edificación.

En un sondeo estratigráfico realizado en la intersección de la calle de la Fuente y la Plaza de San Pedro, aparecieron restos de un posible horno metalúrgico, con restos de escoria de plata y escasas cerámicas (Vaquerizo 1986). Este horno, fechado en época turdetana, parece haber sido excavado en las margas del terreno natural, y en su construcción combina el uso del adobe y el tapial con un relleno interior de piedra, cerámica y trozos de adobes de un color rojizo, seguramente debido a la presencia de óxido de hierro. Por lo que esta zona de la ciudad podría haber estado dedicada a actividades metalúrgicas.

### III.1.1.2. *Ilipla* (Niebla)

La ciudad de Niebla se localiza en el corazón de la campiña onubense, en un cerro elevado sobre la margen derecha del río Tinto, que rodea por el sur y el este al recinto amurallado. La actual ciudad de Niebla se superpone a más de siete metros de relleno arqueológico que han conformado un auténtico *tell* sobre la colina original.

Niebla se encuentra situada sobre una meseta de forma triangular del denominado “surco bético”, por lo que comparte las características sedimentarias del resto de los territorios de la campiña onubense. Se asienta sobre un sustrato natural de rocas calizas del Mioceno Superior, que en determinadas zonas, como los bordes, ha degenerado en *terra rosa*. A este nivel de base se superpone un depósito de gravas aluviales del Pleistoceno Superior, procedentes de la formación de las terrazas del río Tinto. En algunas zonas han aparecido gravas y arenas propias de este medio geológico, en forma de coluvión, rellenando depresiones y cárcavas. La disposición del sustrato rocoso es variable en superficie; presenta un desarrollo desde de unos dos o tres metros sobre el nivel del río, pudiendo alcanzar hasta los siete u ocho metros en determinadas zonas. Se observa, además, la existencia de una pendiente del terreno en dirección norte-noreste hacia el sur-suroeste. Mientras que en la zona norte-noreste, según los estudios realizados, es la que presenta mayor desarrollo de sedimentos, en la zona sur-suroeste el reborde calcáreo presenta su menor cota respecto al nivel fluvial. Tenemos constancia de la explotación histórica de las calizas de esta zona, que se conocen como “piedra de Niebla”. La abundancia de calizas en el entorno hace que sea un material constructivo muy utilizado, siendo su uso un rasgo arquitectónico característico de la zona.

Niebla está situada en una zona de relieve muy suave y de abundantes recursos naturales, en la comarca denominada Tierra Llana. Su emplazamiento estuvo condicionado por las ventajas que ofrecía un entorno muy favorable. Por un lado, y de vital importancia, la existencia de manantiales de agua en las cercanías. Además, como ya hemos visto, de un sustrato geológico que podría ser usado como cantera para la extracción de materiales constructivos. A esto hay que sumar la potencialidad agrícola de las tierras del entorno, que eran apropiadas tanto para

el cultivo de secano como para pastizales. Pero sobre todo, su elección vino determinada por su posición estratégica a orillas del río Tinto, en cuanto nudo de comunicaciones entre la zona minera de Riotinto y la costa. Era lugar de paso obligado a través del río Tinto, que era en parte navegable y se utilizaba para el transporte y comercio de los diferentes productos. El Tinto procede del área minera del Andévalo, en el denominado Cinturón Ibérico de Piritas, lo que permitía a Niebla tener el control de la producción minera y su redistribución entre las minas y la Ría de Huelva. Bedia García y Pérez Macías (1993: 22) hacen hincapié en el papel desempeñado por el río como medio de comunicación y transporte en época protohistórica, sobre todo en el comercio de minerales. A través del Tinto, Niebla era la salida al mar más importante para los territorios orientales de la provincia de Huelva. Pero Niebla, además, se ubicaba entre los dos cursos fluviales de mayor importancia en la región, el Guadalquivir y el Guadiana.

Así Niebla desempeñó en época protohistórica, según Gómez Toscano (2002: 153) un “papel distribuidor de los recursos del entorno y de nodo de comunicaciones, ya que su situación posibilitaba controlar las rutas del comercio local, tanto las que procedían de las minas como las de la costa, así como los que circulaban entre la ría de Huelva y las campiñas sevillanas”.

El yacimiento protohistórico de Niebla se encuentra a una distancia de unos 30 km al noreste de Huelva capital y a unos 43 km, aproximadamente, de Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva), yacimientos con los que mantuvo estrecha relación durante el I Milenio a.C. Los contactos comerciales con las poblaciones cercanas quedan evidenciados en el registro arqueológico. Así, por ejemplo, las similitudes observadas entre los repertorios cerámicos de Tejada la Vieja y Niebla, han llevado a deducir una estrecha relación entre ambos centros, lo que supone la existencia de diferentes vías terrestres que unirían Niebla con otros núcleos mineros y de población de los alrededores, como Aznalcóllar y el Cerro de Las Cabezas de Olivares (Belén 1995: 365- 366, fig. 9).

El papel de Niebla desde los primeros momentos de poblamiento como centro redistribuidor de minerales parece corroborarse con el hallazgo de gran cantidad de escorias de plata que demuestra el desarrollo de actividades metalúrgicas. El control y comercialización de los metales de la zona de Riotinto y las riquezas que esta actividad supuso, llevó al amurallamiento de la ciudad desde sus comienzos, hecho que también se constata en otras poblaciones cercanas, como es el caso de

Tejada la Vieja.

En los diferentes trabajos arqueológicos realizados en la ciudad de Niebla se ha constatado su ocupación, de forma ininterrumpida, desde el Bronce Final preferencio hasta la actualidad (Perez Macías *et alii* 2000; Campos Carrasco *et alii* 2002; Gómez Toscano 2007b). Los materiales arqueológicos hallados en Niebla y su entorno nos hablan de los inicios de un poblamiento disperso y eventual de la zona en la Edad del Cobre, pero no sería hasta el siglo VII a.C. cuando Niebla surge como un auténtico núcleo urbano, hecho motivado, quizás, por el gran desarrollo que el comercio de metales alcanzó en esos momentos y los beneficios que este supuso para la población del lugar.

### **La documentación arqueológica**

La ciudad de Niebla ha sido objeto, desde fechas muy tempranas, de interés por parte de arqueólogos y estudiosos de la Antigüedad, pero la mayoría de estos se han centrado en el sistema de murallas de la ciudad, quedando otros aspectos urbanísticos, como es el caso de la arquitectura doméstica de época turdetana, en un segundo plano (Campos, Rodrigo y Vidal 2002).

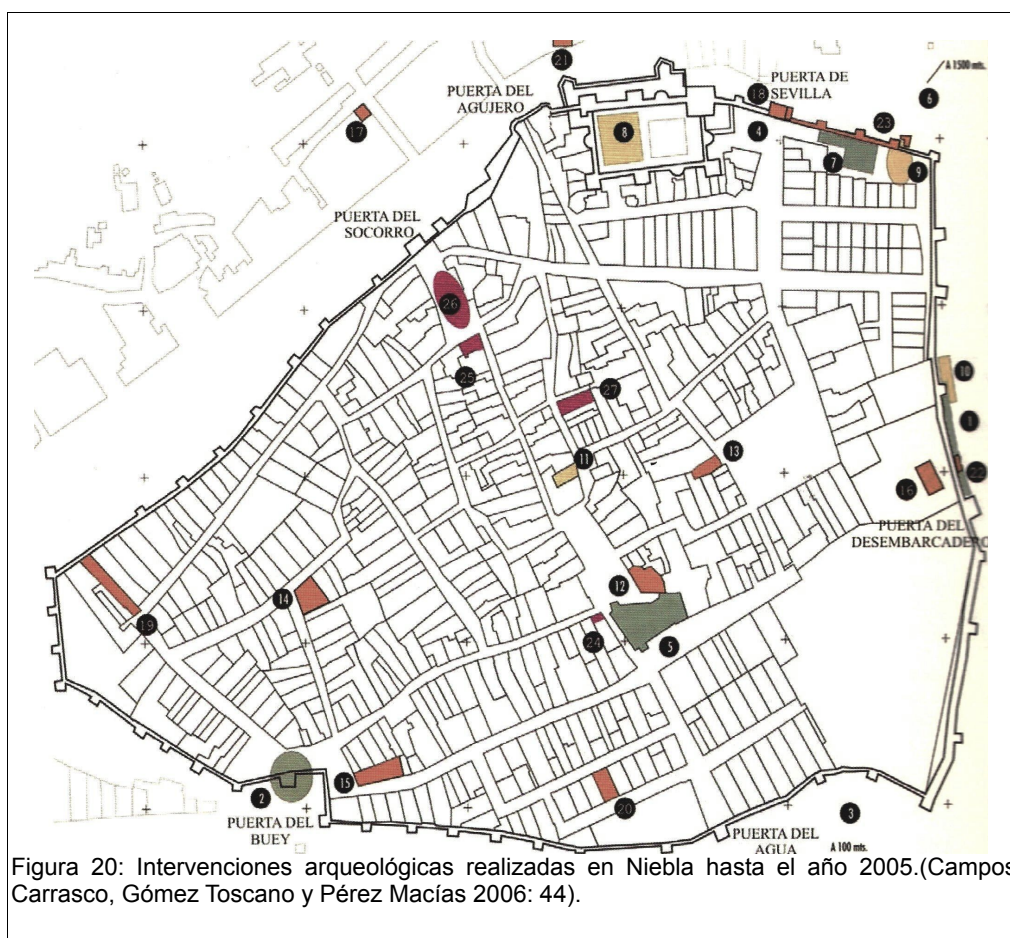
Por otra parte, la ocupación continuada de la ciudad, desde al menos el Bronce Final hasta la actualidad, dificulta el conocimiento de las estructuras arquitectónicas de época protohistórica, pues esa continua labor constructiva, en muchas ocasiones, ha alterado los estratos arqueológicos inferiores. Pese a estas dificultades intrínsecas de la arqueología urbana, que ya hemos comentado en repetidas ocasiones, contamos con una serie de excavaciones de urgencia realizadas en el casco urbano de Niebla que nos permiten conocer, en parte, la arquitectura de la etapa turdetana.

En las últimas décadas se ha puesto en marcha una serie de planes y proyectos en la provincia de Huelva que pretenden unificar criterios, objetivos y metodologías, para conseguir una visión más coherente del proceso histórico en esta zona. En el año 1990 comienza la andadura del Proyecto Sistemático de Investigación Arqueológica “Tierra Llana de Huelva”, en el que quedó incluida la ciudad de Niebla

y su término municipal.

En el año 1993, por Resolución de la Dirección General de Bienes Culturales, de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, se aprueba el “Proyecto de Arqueología Urbana de la Ciudad de Niebla”, que pretendía concentrar sus objetivos en un ámbito más limitado y concibiendo el asentamiento de Niebla como un único yacimiento. A partir de estos momentos los trabajos arqueológicos desarrollados en el casco de la ciudad estarían dirigidos por el Área de Arqueología de la Universidad de Huelva.

A continuación haremos un recorrido por las intervenciones arqueológicas más relevantes para nuestro cometido, desde los primeros trabajos a finales del siglo XIX y primera mitad del XX, que hemos incluido en el apartado denominado precedentes, hasta las últimas intervenciones realizadas en la ciudad de la que tenemos constancia (Fig. 20).



**1-7 Intervenciones anteriores a 1985:**

1. Muralla Protohistórica, Droop 1925.
2. Canapé de la Reina, Davies 1993.
3. Siret 1981.
4. Puerta de Sevilla, Garrido 1960.
5. Iglesia Santa María, Manzano- Amaros 1970.
6. Cantarranas, Amo 1980.
7. Puerta de Sevilla, Belén y otros 1978-1982.

**8-11 Intervenciones posteriores a 1985**

8. Alcázar de los Guzmán, Rebollo 1986.
9. Puerta de Sevilla, Rebollo 1986.
10. Desembarcadero, Bedia y Pérez, 1992.
11. Calle Siete Revueltas, Pérez 1993.

**12- 22 Proyecto de Arqueología Urbana ( PAUN)**

12. Plaza de Santa María 1, PAUN 1994.

13. Plaza de la Feria, PAUN 1995.
14. Calle Constitución 10, PAUN 1995.
15. Calle Cristóbal Colón, PAUN 1995
16. Desembarcadero, PAUN 1996.
17. Calle Venida de la Virgen-Calle Pinta, PAUN 1997.
18. Puerta de Sevilla, PAUN 1998.
19. Calle Escalera 32, PAUN 1998.
20. Calle Niña 21, PAUN 1998.
21. Calle Arrabal, PAUN 1998.
22. Desembarcadero, PAUN 1999.
23. Puerta de Sevilla- Torre 26, Gómez y Beltrán 2004.
24. San Walabonso, López 2001.
25. San Martín 10, Domínguez y otros 2001.
26. Plaza de San Martín, Rastrojo 2004.
27. Siete Revueltas, Domínguez y Aguilera 2005

### ***Precedentes***

Ya a finales del siglo XIX se producen una serie de trabajos, con fines más o menos científicos, como son los del ingeniero y arqueólogo belga Luís Siret, quien se interesa por Niebla y su pasado, realizando una serie de exploraciones en la ciudad y su entorno.

Sin embargo, hemos de destacar, sobre todo, la importante labor realizada, a principios del siglo XX, por Elena Whishaw, de origen inglés, que se asentó en Niebla y fundó en 1915 en esta ciudad la “Escuela Anglo-Hispana-Americana de Arqueología”, de la que fue directora. Esta institución desarrolló a lo largo de sus años de existencia trabajos arqueológicos en diversas zonas de Niebla y de su término municipal, hasta el inicio de la Guerra Civil española. La propia E. Whishaw dejó escritas varias obras sobre sus investigaciones, de las que destacamos *Atlantis in Andalusia. A study of Folk Memory*, publicada por primera vez en inglés en Londres en el año 1929, que en su momento supuso un gran avance para el conocimiento del pasado de la ciudad de Niebla.

En la década de los años 20, Droop (1925) llevó a cabo una excavación en la zona conocida como “embarcadero fenicio” o “Muro de Droop” (Fig. 21), que él denominó “puerto romano”, a orillas del río Tinto. En esta intervención se documentó la existencia de una construcción realizada con grandes sillares cuadrangulares, que se fechó en el siglo V a.C.



Figura 21: Vista exterior de la zona oriental de la muralla de Niebla, sector “muro de Droop” (Campos Carrasco 1996: 93).

Unos años después, en 1933, O. Davies (1934), realizó otra excavación en la zona conocida como el “canapé de la reina”, en las cercanías de la Puerta del Buey, donde se abrieron varios sondeos estratigráficos, pero que, según recogen Bedia y Borja (1992:19) solo dieron materiales islámicos. En el año 1934, sabemos que J. Martínez Santa-Olalla llevó a cabo una investigación arqueológica en esta misma zona, pero desconocemos los resultados (Gómez Toscano y Campos Carrasco 2001).

### ***Intervenciones arqueológicas en la segunda mitad del siglo XX***

#### ***La Puerta de Sevilla y su entorno***

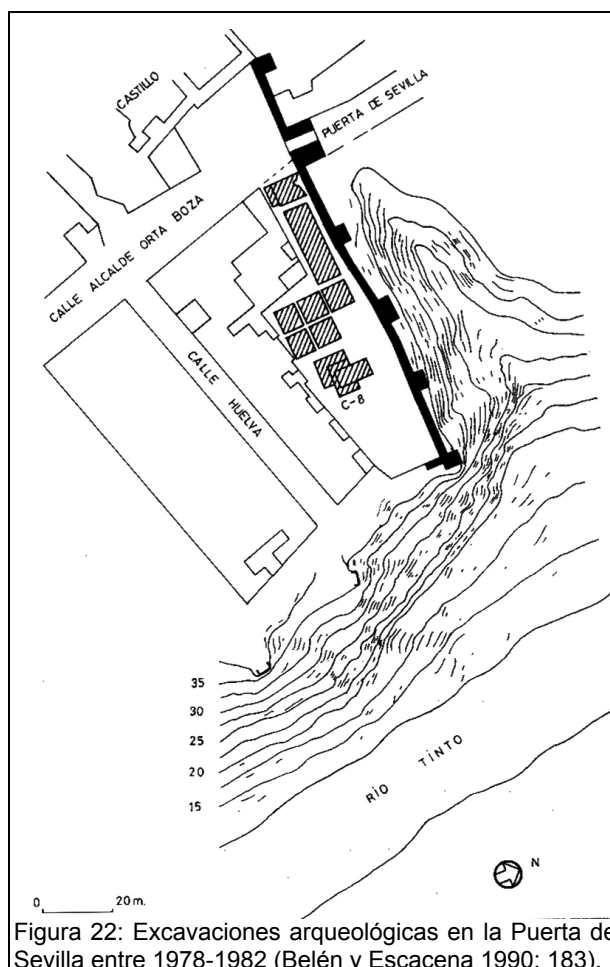
Tras un paréntesis temporal en los trabajos arqueológicos, estos se reanudan a mediados de la década de los años 60, fecha en la que J. P. Garrido Roiz, realiza un sondeo estratigráfico en un solar situado en el entorno de la Puerta de Sevilla, del que apenas quedaron testimonios escritos<sup>17</sup>.

En ese mismo solar, entre los años 1978 y 1982, se realizaron varias campañas de excavación<sup>18</sup> cuyos resultados fueron publicados parcialmente unos años después (Belén *et alii* 1983; Belén y Escacena 1990).

<sup>17</sup> Posteriormente se publicaron parte de los resultados por Garrido y Orta en un artículo titulado “El problema de Tartesos: una interpretación arqueológica”, en Almagro Basch *et alii* (1975): 249-263.

<sup>18</sup> Estos trabajos fueron realizados por un equipo muy amplio de profesionales y estudiantes del Museo de Huelva, el Colegio Universitario de La Rábida y la Universidad Complutense de Madrid.

El solar está limitado al norte por la cerca almorávide y linda con las calles de Alcalde Orta Boza y Huelva, al oeste y sur respectivamente, y por el lado oriental cae en talud hacia el Tinto. Se trazaron inicialmente ocho cuadrículas, en sentido oeste-este, de unos 7 x 7 m de superficie cada una, excepto la más oriental, la denominada Cata-8, que tenía una forma rectangular, con unas dimensiones de 10 x 5 m (Fig. 22). Posteriormente se decidió trazar otras dos cuadrículas más, con las mismas dimensiones, al sur de las números 6 y 7.



Solo en la Cata-8, donde los trabajos fueron dirigidos por M. Belén, se llegó a alcanzar el terreno madre del cabezo, lo que permitió la reconstrucción de la secuencia poblacional de esta zona de la ciudad desde sus inicios hasta la actualidad. La etapa más antigua documentada corresponde al siglo VII .a C., por lo que los excavadores concluyeron que este sector de la ciudad no se ocupó con anterioridad a estas fechas, coincidiendo con la época de apogeo de Tartesos (Belén 1995: 360).



Ante las numerosas estructuras halladas, la superficie inicial de la Cata-8, trazada en sentido longitudinal norte-sur, fue ampliada posteriormente, hasta una superficie de 84 m<sup>2</sup>. En esta intervención se constató la existencia de restos constructivos superpuestos de diferentes épocas (Fig. 23), muchos de los cuales habían alterado los estratos precedentes. Estas estructuras nos muestran una intensa actividad constructiva en esta zona de la ciudad entre el siglo V y el II a.C. (Belén y Escacena 1990: 237).



Figura 23: Estructuras halladas en la Cata- 8 (Belén y Escacena 1990: 205).

En esta cuadrícula se han registrado un total de diez niveles, de los que analizaremos a continuación los correspondientes a época protohistórica. En el Nivel IV, que corresponde ya a época romana, se exhumó el denominado muro 5, de la segunda mitad del siglo II a.C. Esta estructura, de gran interés, tenía un considerable tamaño y estaba construido con técnica mixta de mampostería y sillares<sup>19</sup>. Tenía una gran potencia y su construcción cortó los estratos protohistóricos. El Nivel V, fechado en el siglo II a.C., está formado por una potente capa de arcilla roja, que se relaciona con una fase de destrucción de las construcciones anteriores (alzado de adobes de los muros 18 y 21) y por niveles de relleno y nivelación del terreno para la construcción del muro 5.

<sup>19</sup> Se ha planteado que esta técnica constructiva procede de Oriente y habría llegado a la Península Ibérica con los colonos fenicios, siendo el caso más conocido y más antiguo el muro del Cabezo de San Pedro (Huelva). Este muro de Niebla se ha relacionado con otro de similares características hallado en Carmona, aunque de cronología anterior (Belén *et alii* 1993).

El Nivel VI se subdivide en dos. El subnivel VIa corresponde al momento de abandono de las habitaciones delimitadas por los muros 21-22 y 18-21-25, que se produciría a finales del siglo III a.C. o principios del II a.C. En el subnivel VIb se produce una importante fase constructiva, a la que corresponden los muros 18 y 21, ambos con un grosor de 70 cm, y con un recorrido en paralelo en dirección este-oeste (Fig. 24). Los dos estaban contruidos con la misma técnica; tenían cimientos de mampostería y zócalo de piedras trabadas con barro y con un revoque de arcilla amarilla, sobre el que se alzaría una pared de adobes rojos o anaranjados, que también presentaba restos de enlucido, formado por capas muy finas de arcilla amarilla. Para la fabricación de los adobes se empleó barro rojizo mezclado con gravilla y restos vegetales. El mal estado de conservación de los adobes, que formaban una masa de arcilla compacta, dificultó conocer sus medidas exactas. Medían 20 x 23 cm aunque no nos consta su grosor.

Estos muros (18 y 21) formaban una habitación de tres metros de ancho (norte-sur) y más de cuatro metros de largo (este-oeste), que se encontraba parcialmente destruida y no ha podido delimitarse en planta por su lado oeste ni por el este (Belén y Escacena 1990: 202). El pavimento estaba formado por una capa de arcilla roja-anaranjada, de 5-7 cm de grosor, que se asentaba sobre una capa de grava, que sirvió para nivelar el suelo y facilitar el drenaje (*Ibidem*).

En la esquina sureste de la habitación se documentó la existencia de un hogar (Fig. 24) que consistía en una placa de arcilla cóncava fabricada con tierra roja, que contenía también gravilla y algunos adobes. Este hogar tenía una planta circular, de unos 35 cm de diámetro, y sus paredes tenían unos 3 cm de grosor.

En la esquina opuesta (noroeste) se documentó sobre el suelo una gran mancha de arcilla amarilla de forma rectangular, adosada y en paralelo a la pared norte (muro 18). Esta estructura, de 90 cm de ancho y una altura conservada de unos 25 cm, se ha interpretado como un banco que se utilizaría como lecho (*Idem*). Estaba construido con tierra y una capa superior de piedras planas, estando toda la estructura revocada con una capa de arcilla amarilla, cuyo grosor variaba dependiendo de la zona (2-5,5 cm). En el barro utilizado en la construcción de este banco, adosado por su cara sur al muro 18, se documentó un fragmento de cerámica ática de figuras rojas, que nos indica una fecha *post quem* para su construcción en la segunda mitad del siglo IV a.C.

Se ha supuesto que esta habitación tenía una cubierta fabricada con cañas y otros

elementos vegetales, pues se documentaron huellas de estos sobre barro. Próximo al hogar descrito se halló un orificio en el suelo, de 17 x 15 cm y 20 cm de profundidad, que podría corresponder a un poste que sustentaría la cubierta de esta habitación de cierta envergadura.

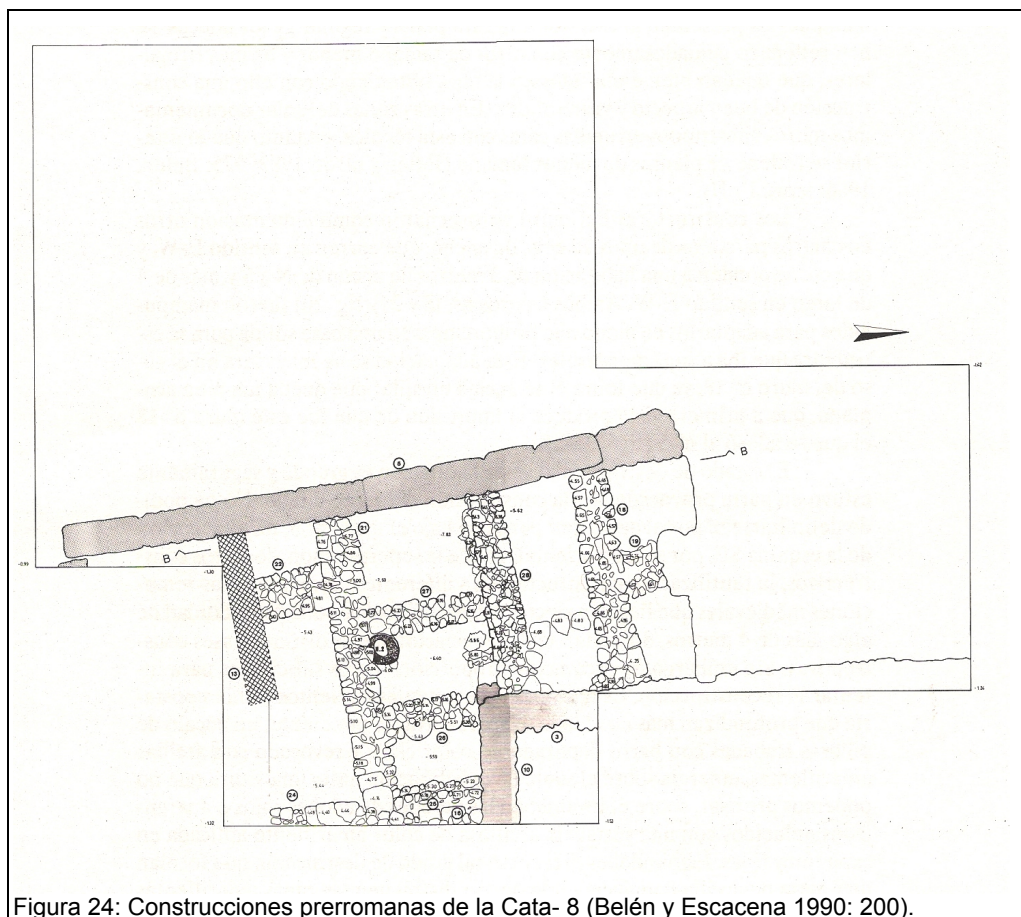


Figura 24: Construcciones prerromanas de la Cata- 8 (Belén y Escacena 1990: 200).

Se cree que esta habitación pertenecía a un conjunto mayor, pues del muro nº 22 arranca otro con el mismo grosor (muro nº 21) en dirección sur, quedando bajo el testigo. Las piedras de la esquina formada por ambos muros tenían un tamaño mayor y un aspecto más regular que las utilizadas en el resto de la construcción. El espacio delimitado por los muros 21 y 22 tenía un pavimento de pequeños cantos rodados, que se asentaban sobre una capa de arcilla roja de 4-5 cm de grosor. No sabemos si estas habitaciones, delimitadas por los muros 18-21 y 21-22, se comunicaban entre sí, dado el mal estado de conservación de algunos tramos. Se ha supuesto que la zona de paso estaría en el extremo oriental del muro 21, próxima al hogar, aunque no ha podido comprobarse (Belén y Escacena 1990: 203).

También desconocemos la relación del muro 24 con estas estructuras habitacionales (Fig. 24). La técnica constructiva es diferente, de influencia oriental (Belén y Escacena 1993: 155), pues en esta ocasión se utilizaron piedras calizas de mediano tamaño trabajadas por la cara externa y los huecos se rellenaron por piedras pequeñas que dan “cohesión, solidez y regularidad a la obra” (Belén y Escacena 1993: 147). Este muro no tiene relación con el 21, al que simplemente se adosa por su extremo este, pero parece que el pavimento del espacio delimitado por ambos, de unos 3 m en sentido este-oeste, indicaría la posibilidad de que conformasen una habitación, algo que no se pudo comprobar durante la excavación (*Idem*). También se ha planteado que el muro nº 25 fuese una continuación del 24 en dirección norte, aunque esta hipótesis queda descartada pues ambos poseen técnicas constructivas diferentes.

Bajos esta fase constructiva se hallaron restos de otras tres estructuras que no parecen tener relación con estas ni entre ellas. Bajo el suelo de la habitación formada por los muros 18-21 se halló el muro nº 26, del que solo se conservaban tres hiladas y que tenía una anchura de 55 cm. En su construcción se aprovechó una pieza de molino circular, que sobresalía un poco. Este muro se adosa al 21, del que parte en dirección norte, perdiéndose bajo uno de los testigos. El muro nº 26 es posterior al Nivel VII y anterior al VIb, por lo que se ha fechado entre la segunda mitad del siglo IV y la segunda mitad del siglo III a.C. (Belén y Escacena 1990: 230).

En paralelo a los muros 18 y 21, aunque en una cota inferior, discurre el muro nº 28, en dirección este-oeste, del que se conservaba una longitud de 3,15 m, pues se perdía por sus extremos bajo el muro 5 y uno de los testigos. Estaba construido con mampuestos irregulares y tenía una anchura de 50 cm, aunque los cimientos sobresalen unos 20 cm en forma de talud. Sus paramentos estaban revocados con una capa de arcilla amarilla de 2-3 cm de grosor. Este muro se ha interpretado como divisorio de dos habitaciones que se situarían al norte y al sur, respectivamente. El paso entre ambas se localizaría en el extremo oriental del muro, donde se hallaron unos trozos planos de pizarra que se han interpretado como el enlosado de un banco o escalón de tierra (Belén y Escacena 1990: 204), de unos 40-50 cm de ancho y 25-30 cm de alto, pues la habitación meridional estaba a un nivel algo más bajo, debido a la pendiente natural del terreno. Esta estancia sur tenía un pavimento de arcilla apisonada amarilla, de unos 2 cm de

espesor, que se asentaba sobre una capa de piedras y bolsas de arcilla roja. Enfrente de la supuesta entrada se documentaron los restos de un hogar de forma ovalada, construido con barro anaranjado.

Por debajo de este nivel de suelo se halló el muro nº 27, construido con mampostería irregular y numerosos cantos rodados de cuarcita, trabados con barro rojo. Este muro, con dirección norte-sur, tiene una anchura de 40 cm y una altura conservada de unos 40 cm. Se ha supuesto que formaba parte de una estructura de habitación más antigua, aunque no se pudo relacionar con ningún otro elemento constructivo.

El Nivel VII, con una potencia de 50 cm, presentaba una textura terrosa y parecía ser de formación rápida. La presencia de fragmentos de dos *kilikes* de figuras rojas áticas da una cronología de la primera mitad del siglo IV a.C.

El Nivel VIII fue dividido en dos subniveles, fechados por cerámicas griegas en el siglo V a.C. Esta fecha se le da también al abandono de la habitación formada por el muro nº 28, deduciéndose que la construcción de dicha vivienda se realizaría hacia la segunda mitad del siglo V a.C. (Belén y Escacena 1990: 230).

El nivel inmediatamente inferior - IX - con una potencia máxima de 25 cm, proporcionó escasos fragmentos cerámicos, con una cronología de mediados del siglo VI a.C.

El Nivel X, que se alcanzó a una profundidad de -7,70 / -7,80 m, tenía una potencia máxima de 60 cm y se asentaba directamente sobre el cabezo. El repertorio cerámico recuperado se compone sobre todo de cerámicas a mano y bruñida, que nos dan una cronología del siglo VII a.C. para una primera fase de ocupación de esta zona en época orientalizante. Este nivel correspondería, *grosso modo*, a la etapa del *Período Tartésico Medio III* establecida por Fernández Jurado (1988-1989) en la secuencia cronológica-cultural de Huelva.

Campos Carrasco y Gómez Toscano (2001: 116-119) han advertido sobre las limitaciones que ha planteado la información publicada sobre esta intervención, de la que solo conocemos de forma completa la denominada Cata-8, lo que dificulta su valoración, como los propios autores reconocen (Belén y Escacena 1990: 206). Pese a ello, podemos concluir que la existencia de diferentes fases constructivas superpuestas nos habla de una gran actividad constructiva en época turdetana en esta zona de la ciudad.

A mediados de la década de los 80 se desarrollan diversos trabajos arqueológicos junto a la Puerta de Sevilla, bajo la dirección de Rebollo Conde (1987). Esta intervención estaba determinada por la próxima creación de un parque arqueológico, abierto al público. Para ello se llevaron a cabo tareas de limpieza y consolidación de los restos arqueológicos existentes.

En 1998 se realiza una nueva excavación, con carácter de urgencia, en la Puerta de Sevilla, dirigida por Campos Carrasco (Gómez Toscano *et alii* 1998). En esta ocasión se realizaron tareas de limpieza y consolidación de la puerta-torre, en apoyo a los trabajos de restauración que se estaban llevando a cabo en esta zona. Además, en la esquina noreste, entre la puerta islámica y el lienzo de muralla almohade, se realizó un sondeo que consistió en una cata de 6,60 x 3 m, en la que se constató la existencia de diversas fases e interfaces desde la Edad del Bronce hasta la actualidad. La fase más antigua - la - correspondía a los restos de un muro, al que se ha atribuido una función de contención, que, según Campos Carrasco y Gómez Toscano (2001:130), podría corresponder a un primer cerco levantado durante el final de la Edad de Bronce. Después de una interfase con materiales orientalizantes, que se relacionan con los restos de un posible segundo cerco (Fase IIa), aparecieron materiales turdetanos (Fase IIIa), fechados en los siglos IV-III a.C., a los que se superponían unos restos constructivos (M-B), que podrían corresponder a un nuevo cerco defensivo, construido con sillares. Sobre estos niveles turdetanos, y tras un nivel de destrucción de M-B, aparecían ya los cimientos de la muralla romana.

En los años 2002 y 2003 se procedió al control arqueológico de los trabajos de restauración que se estaban llevando a cabo en el tramo de murallas Puerta de Sevilla-Torre 26, dado que trabajos previos en esta zona habían puesto al descubierto parte de los recintos defensivos anteriores, como también ocurrió en esta ocasión. La muralla de época turdetana, fechada en el siglo V a.C., documentada en este tramo era una obra maciza de mampostería, construida sobre una zapata de nivelación que cubría la cerca de la fase orientalizante (Campos, Gómez y Pérez 2006). En esta intervención también se realizó un corte estratigráfico en el lado este de la Torre 25 (Corte C-8,) en el que se obtuvo una estratigrafía completa de la evolución de las diferentes murallas.

### ***El Desembarcadero***

En el mes de octubre de 1991 se pone en marcha un nuevo trabajo de excavación, bajo la supervisión de Bedia García y Pérez Macías (1993), como apoyo a la restauración que se estaba llevando a cabo en el sector oriental de las murallas hispanomusulmanas de Niebla. En esta intervención arqueológica se realizaron tres cortes y la limpieza de varios sectores, con el objetivo de estudiar las diferentes fases cronológicas y las estructuras constructivas aparecidas en el talud inferior de la muralla. El Corte I, que pretendía ser complementario de la limpieza arqueológica que se está realizando en la zona de la Puerta del Desembarcadero, quedó finalmente sin hacer.

Se realizó un corte transversal al muro de Droop, de unos 3 x 5 m, que se denominó Corte II, con el que se pretendía obtener una estratigrafía no contaminada por excavaciones anteriores. Esta cuadrícula inicial se amplió posteriormente por su flanco oriental, quedando un corte de 3 x 15 m de superficie. Este Corte II se dividió en 5 sectores para su excavación, que se designaron con distintas letras.

En las zonas A, B, C y D del Corte II las unidades estratigráficas no están ordenadas, debidas al derrumbe de las murallas y en algunos casos por la existencia de niveles de basurero de las distintas ocupaciones de Niebla, por lo que se decidió centrar los trabajos arqueológicos en el sector E, en el que no se apreciaba contaminación ni alteraciones en sus estratos, y que estaba relacionado con la muralla protohistórica, con restos de estructuras edilicias y materiales cerámicos. En este sondeo, II-E (Fig. 25), se obtuvo una amplia secuencia estratigráfica, con un total de 11 niveles o unidades arqueológicas, en la que se documentó la existencia de construcciones desde los siglos VII-VI al V a.C.

Los dos primeros niveles (II-E-1 y 2) corresponden al derrumbe y construcción de la muralla islámica, respectivamente. El nivel II-E-3 estaba constituido por tierras arenosas, con abundantes restos de carbón, huesos, conchas y restos de escorias. En este nivel se comprobó el derrumbe de un muro de lajas de pizarra, el llamado muro 4, que era transversal a la muralla islámica, bajo la que continuaba, dividiendo el cuadro en dos sectores. En ambos se apreciaba el derrumbe del muro y se documentó la existencia de niveles de habitación relacionados con la muralla protohistórica. Posteriormente, apareció un segundo muro que, paralelo a la muralla



islámica, une con aquél. Entre las cerámicas halladas hay que destacar la presencia de cazuelas, realizadas a mano y dos platos de barniz rojo.

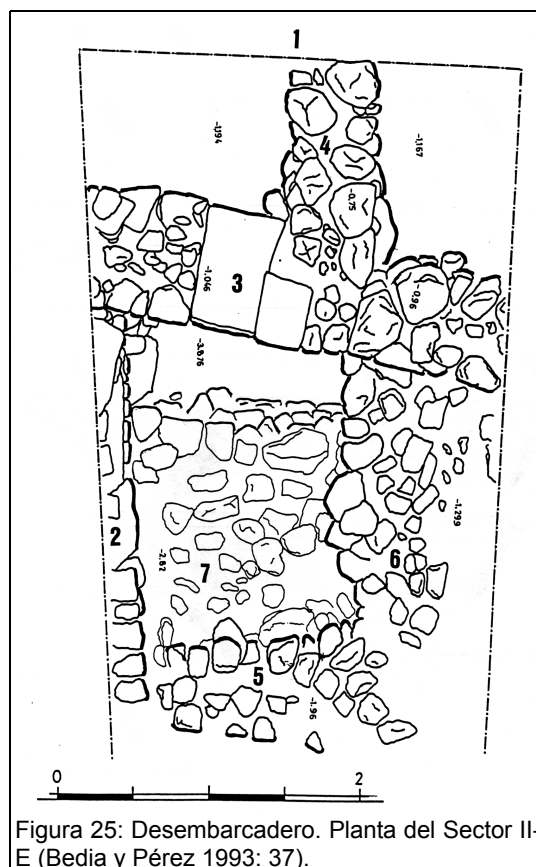


Figura 25: Desembarcadero. Planta del Sector II-E (Bedia y Pérez 1993: 37).

En el nivel II-E-4c aparecieron diversos restos constructivos, en concreto tres muros, denominados 3, 5 y 6, hechos con lajas de pizarra y tierra, que cerraban el espacio por todos sus perfiles formando una estructura de cajón, que correspondía a una línea de muralla de tipo *casamatas* o *casernas*. Este nuevo tramo de muralla se relacionó con el muro de Droop (muro 2), que fue interpretado por Bedia García y Pérez Macías (1993: 20-21) como un contrafuerte o pie de amigo que reforzó la primitiva muralla en una zona débil. Esta nueva estructura defensiva se fechó *post quem*, a partir de los fragmentos cerámicos hallados, que se han considerado material de relleno, en el siglo V a.C. (*Idem*). Esta cronología ha sido revisada posteriormente, a raíz de los últimos trabajos arqueológicos en la zona, por Campos Carrasco, Gómez Toscano y Pérez Macías (2006: 277), quienes han propuesto que esta muralla de tipo *casernas* o *casamatas* fue construida en época orientalizante, hacia el siglo VIII o VII a.C.

Este y los dos estratos siguientes conforman el relleno del cajón, que forman los



muros imbricados con la estructura de Droop. En este nivel se recogieron restos de carbón, huesos, conchas y escorias. Asimismo se halló abundante material cerámico, de clases y formas variadas, entre otros un plato gris a torno, un ánfora fenicia y un plato a torno de barniz rojo.

En el nivel II-E-5c se apreciaba que el muro 5 se había derrumbado en estos momentos y después se había reparado, volviéndose a rellenar la estructura de cajón. Esta unidad conforma parte del relleno original antes del derrumbe de este tramo del muro. En este nivel se hallaron numerosos restos de carbón, huesos, conchas y escorias, junto a material cerámico muy fragmentado. El derrumbe del muro 5 provocó que parte del material de relleno se depositara en la ladera, al exterior de la muralla, formando un estrato inclinado, característico de un vertido, el estrato 2 de los sectores C y D, que contiene materiales idénticos a los descritos para los niveles E-5c y E-6c.

El siguiente nivel (II-E-6c), que también forma parte del relleno de la estructura de cajón relacionada con la construcción de Droop, proporcionó abundantes restos de carbón, escorias y mampuestos desordenados.

En estos dos últimos niveles se apreciaba una mayor calidad en la factura de los muros de la estructura de cajón, que eran más anchos y estaban mejor escuadrados, en comparación con los del nivel II-E-4c.

Sobre el nivel II-E-7c se apoyaba la estructura de cajón que lo ha removido en parte. En él han aparecido fragmentos de escorias, pero ya no hay desechos característicos de una zona de hábitat, como carbón, huesos o conchas, como en niveles anteriores.

El nivel II-E-8 es anterior al muro de Droop y a la construcción de cajón. En este estrato el material arqueológico documentado es escaso, predominando la cerámica a mano y la escoria con aspecto de "turrón".

En el nivel II-E-9c el material cerámico es muy escaso, al contrario que los abundantes restos de escorias.

En la excavación de estos dos últimos niveles (II-E-8 y II-E-9) apareció una nueva estructura constructiva, el muro 7, que estaba hecha con mampostería de piedra y barro, y que formaría parte de la primera línea de muralla. El muro 7 continuaba por debajo del muro de Droop, siendo por tanto anterior a esta construcción y a la estructura de cajón. Estos estratos se han interpretado como producto del hábitat que se desarrolló entre la construcción de la primera muralla y la reconstrucción posterior (Bedia y Pérez 1993:15).

En los niveles II-E-10c y II-E-11c se han hallado numerosos restos de escorias y escaso material cerámico, la mayoría hecho a mano, aunque hay algunos fragmentos de cerámica gris a torno. Estos materiales corresponderían al período de uso de la primera muralla, que se ha fechado hacia el siglo VII a.C.

En los sectores C y D del Corte II, por la cara externa del muro 7, se detectó parte del material interior de esta primera muralla, correspondiente al derrumbe de su cara externa. Esta fue posiblemente la razón de la construcción del llamado muro de Droop, a modo de refuerzo en este tramo de muralla, y de la estructura de cajón, que formó la unidad 3 en estos sectores (II-C/D-3). La U.E. 3 del corte II-C/D y las unidades 7c a 11c del corte II-E se han venido interpretando por sus excavadores (Bedia y Pérez 1993: 23) como la primera fase del poblamiento de Niebla, que fecha a finales del siglo VIII e inicios del VII a.C.

En el nivel II-E-12c se alcanzó la terraza superior del río Tinto que constituye la base del *tell*. Este nivel no proporcionó materiales arqueológicos.

En esta intervención arqueológica se decidió realizar un nuevo corte - el III- que se situó entre el muro de Droop y la Puerta del Desembarcadero, donde se abrió una trinchera de 3 x 6 m, en dirección este-oeste. En este Corte III se comprobó la continuidad de la muralla de mampuestos calizos detectada en el Corte II, que formando esquina conecta con el basamento y mampuestos excavados por Droop. La abundancia de materiales orientalizantes evidenciaba la existencia de niveles protohistóricos.

Con el fin de intentar definir la funcionalidad y continuidad del muro de Droop, se realizaron tareas de limpieza en ambas caras de dicha estructura y se hicieron estudios topográficos en varios puntos de la cerca protohistórica, lo que permitió comprobar la continuidad y el recorrido de la misma. Estos trabajos dejaron al descubierto el basamento de sillares ciclópeos del muro de Droop, que después se continuó en altura. Se comprobó que la esquina occidental de este muro conectaba con la estructura de cajón excavada en el Corte II-E, imbricándose sus paramentos. Asimismo, se descubrió una construcción maciza de mampostería que fuera de la línea de la muralla principal unía con esta en ángulo recto, y que fue interpretada como una especie de torreón o contrafuerte.

En estos trabajos arqueológicos se comprobó la evolución de varios sistemas defensivos a lo largo de los siglos, se documentó la existencia, en palabras de

Bedia García y Pérez Macías (1993:21), de “de dos cercas más que rodearían a la ciudad de Niebla en época protohistórica”.

En el año 1996, dentro del Proyecto de Arqueología Urbana de la Ciudad de Niebla, y bajo la supervisión de Campos Carrasco (Campos *et alii* 1996; Campos y Gómez 2001) se excavó en la zona de la Muralla-Desembarcadero, a intramuros de la Puerta de El Desembarcadero. Se trazó una sola zanja, de 17 x 4 m, en la que bajo estratos constructivos de épocas más recientes, se documentó una fase de ocupación turdetana, de la que se conservaban restos de muros, contruidos con un zócalo de mampuestos y un alzado posiblemente de tapial o adobe (Campos y Gómez 2001: 125), asociados a pavimentos de tierra apisonada, sobre los que aparecían numerosos fragmentos cerámicos, de ánforas y lebrillos casi completos, fechados en los siglos III- II a.C. que corresponderían al nivel de abandono ante la conquista romana (Campos Carrasco, Gómez Toscano y Pérez Macías 2006: 343). Bajo esta fase constructiva se documentó la existencia de otra anterior, también con muros de mampuestos, correspondiente a los siglos IV-III a.C., en la que se ha registrado la existencia de un hogar, asentado sobre sedimentos anteriores y una fina costra de carbonatos. Estos restos se han interpretado como una fase de habitación, por lo que se ha deducido que se trataría de una posible expansión del poblamiento hacia esta zona de la ladera en época turdetana (Campos *et alii* 1996: 261), pues bajo este nivel solo se hallaron materiales de arrastre, de entre los siglos VII y V a.C., que procederían de cotas superiores donde se localizaría el poblamiento en esos momentos.

A una profundidad de -8,74 m, se alcanzó el último nivel, que correspondía a estratos sedimentarios previos, formados por la propia evolución de la ladera, con materiales fechados en los siglos VIII-V a.C., arrastrados de cotas superiores, donde se localizaría el hábitat protohistórico en estos momentos. La superposición de capas de vertido se ha interpretado como un relleno intencionado con el fin de nivelar y acondicionar para su ocupación esta zona de la ciudad, localizada en la ladera, a extramuros de la ciudad protohistórica, hasta ahora deshabitada.

En los años 1998-99, dentro de un proyecto de revalorización del patrimonio arqueológico de la ciudad, se lleva a cabo la limpieza superficial de los distintos recintos defensivos en la zona de El Desembarcadero, que permitieron estudiar más detalladamente la muralla de *casernas* o *casamatas*, de época orientalizante.

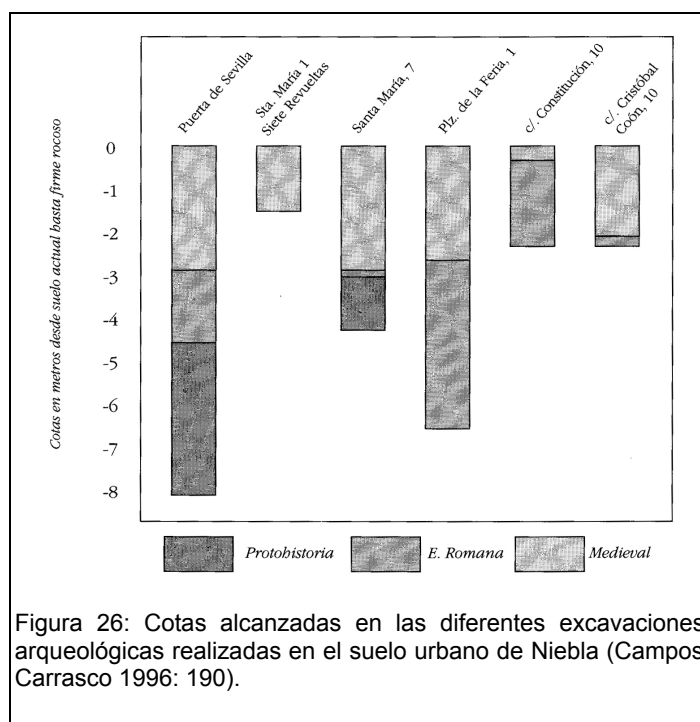
Esta estaba construida con dos líneas de muros que parecen conformar “una muralla de doble casernas” (Campos Carrasco y Gómez Toscano 2001: 131).

### ***Plaza de la Feria nº 1***

En el año 1994 y bajo la dirección de Gómez Toscano (Gómez Toscano *et alii* 1994), se procedió a la ejecución de una excavación de urgencia en la Plaza de la Feria número 1. En esta excavación se documentaron restos arqueológicos correspondientes al siglo VI a.C. Se realizaron dos sondeos estratigráficos, de 4 x 3 m de superficie cada uno, en los que solo se alcanzó el terreno virgen en el Corte I. En este corte se documentó, sobre la terraza cuaternaria, una superficie coluvionada, formada por *terra rosa*, arenas y gravas, en la que aparecieron fragmentos de cerámicas muy rodadas, que se fecharon en época orientalizante-turdetana. En los niveles superiores de ambos cortes se detectaron algunos fragmentos de cerámicas bruñidas que se han interpretado como evidencia de una posible ocupación previa (Campos, Gómez y Pérez 2006: 90). Sobre este estrato de base se había construido un muro de mampuestos irregulares, de piedra caliza, del que se conservaba una altura de 80-90 cm, que fue interpretado por los excavadores (Campos Carrasco y Gómez Toscano 2001: 121-122) como un zócalo, sobre el que se levantaría una superestructura de adobes o tapial. Rellenando esta habitación aparecieron restos de adobes deformados, cenizas, carbones y algunos fragmentos cerámicos, que daban una cronología de entre los siglos V y IV a.C. Sobre la fase de destrucción de este nivel aparecía una capa de cascotes y amplios niveles de incendio, que sellaba la ocupación anterior. Sobre este nivel de incendio se levantó otro muro (M-17) que apareció junto al perfil norte del corte, construido con sillarejos y mampuestos trabados con tierra rojiza, que en algunas zonas conservaba 1,80 m de altura. Este muro ha sido interpretado como parte de una posible muralla interior del recinto, aunque también se planteó la posibilidad de que se tratase de un muro de contención, que fue colmatado por sedimentos rojos compactos. Los materiales arqueológicos asociados a esta última fase constructiva prerromana nos dan una cronología de entre los siglos IV y I a.C.

Recapitulando, según Campos Carrasco y Gómez Toscano (2001: 132) el comienzo de la ocupación de la ciudad de Niebla se produciría en el Bronce Final. Se trataría de una primera ocupación sobre la zona más elevada de la meseta calcárea en la

cornisa este, que coincidiría, a grandes rasgos, con la actual isolínea de los 40 metros. Ese primer núcleo de poblamiento se localizaría en el entorno del llamado “Desembarcadero” y de la Puerta de Sevilla y abarcaría una extensión aproximada de unas dos hectáreas. Según Campos Carrasco (1996: 192-193) el hábitat protohistórico de Niebla se centraría en la zona más elevada de la ciudad, a modo de acrópolis, en la zona de la Puerta de Sevilla y la cornisa oriental, mientras que la ladera del suroeste estaría ocupada por un poblado, “lo cual lo convertiría en un asentamiento relativamente extenso aprovechando el aún hoy visible saliente rocoso de los sectores sur y oeste” (*Idem*). Esta hipótesis parece corroborarse con los resultados de los diversos sondeos estratigráficos realizados en diferentes puntos de la ciudad. Así, por ejemplo, en la intervención practicada en el solar número 7 de la Plaza de Santa María (Campos *et alii* 1994), se documentó la existencia de un sustrato arqueológico débil, que parece relacionarse con un depósito de pendiente, lo que nos situaría fuera de los límites del núcleo de poblamiento amurallado. En otro sondeo estratigráfico realizado en la calle Constitución nº 10 (Campos *et alii* 1995) ha aparecido un potente nivel arqueológico con restos que parecen responder a fondos de cabaña, lo que apoya la idea de una primera ocupación, de tipo disperso, en esta zona de la ciudad, fechado hacia los siglos IX-VIII a.C. (Campos Carrasco y Gómez Toscano 2001: 132). También han aparecido restos de posibles fondos de cabaña en la calle Niña (Pérez Macías *et alii* 1998) y la calle Escalera (Beltrán *et alii* 1998), lo que han llevado a algunos investigadores a proponer la existencia de un poblamiento en cabañas, de materiales perecederos, fuera del recinto amurallado del Bronce Final preferencial, que conviviría inicialmente con otro de carácter más estable situado intramuros (Gómez Toscano, Linares Castela y De Haro Ordóñez 2009: 347- 348).



En los diversos trabajos arqueológicos realizados en el casco urbano de Niebla se ha documentado una compleja secuencia de depósitos antrópicos (Fig. 26), que se asocia a tres importantes fases constructivas, dos protohistóricas y una histórica. Entre esta última fase y las dos anteriores existe, un importante hiato sedimentario, que parece deberse a la ausencia de ocupación de esta zona excavada. Según Bedia y Borja (1992: 28) se debería a “un retranqueamiento de la posición de los lienzos de murallas y el hábitat propiamente dicho, hacia posiciones más internas en el complejo urbano”, es decir, a una concentración del hábitat en una zona al interior.

Ya hemos hecho referencia, en las páginas precedentes, a la gran importancia de la muralla de la ciudad de Niebla como elemento definidor del espacio urbano. En las diversas excavaciones realizadas en las murallas de Niebla, se constata, según Bedia y Borja (1992: 24), un continuado desarrollo del fenómeno urbano durante los tres últimos milenios. Desde los primeros momentos de poblamiento de la ciudad, se procede a la construcción de un sistema de murallas, que delimitase y defendiese a la población. Este primer cerco defensivo se ha justificado por la importancia económica que tuvo la ciudad, desde fechas muy tempranas, en el sector de la metalurgia, especialmente la plata. A mediados del siglo VI a.C., esta

primera muralla sufre un siniestro natural, según Bedia y Borja (1992), en el lugar dónde desagua el cabezo sobre el que se asienta la ciudad de Niebla. Así a finales del siglo VI a.C. se construye una nueva cerca del tipo de *casernas o casamatas*, que se superponía a la anterior. Esta nueva muralla, construida con una técnica de influencia oriental, presenta rasgos muy semejantes a la del poblado protohistórico de Doña Blanca. Se construye además, en estos momentos, una torre maciza, con basamento de grandes sillares, bien trabajados, sobre la que se apoya una obra de mampuestos irregulares. Esta torre o *pie de amigo*, que tenía la función de reforzar la nueva muralla, fue lo que excavara Droop en 1925. Parece ser que con el paso del tiempo la muralla va perdiendo su importancia y funcionalidad. En el siglo V a.C. la muralla se rellena para construir edificios habitacionales, que aparecen por debajo de la cerca islámica.

Según Belén y Escacena (1990: 180) en la primera Edad del Hierro se produciría el apogeo de la población de Niebla. Este estaría propiciado por el auge económico que experimenta la ciudad, gracias a la explotación de la cuenca minera de Riotinto. Diversos autores, entre ellos Blanco y Rothenberg (1981: 19), han planteado la posibilidad de que Niebla, junto con Huelva, controlase la explotación y comercialización de los recursos mineros de la zona.

Este relevante papel de Niebla en el circuito de redistribución del mineral, parece confirmar la hipótesis, planteada por Belén (1995: 366) de que aquí, como en Huelva, Tejada y en otros poblados importantes para los intereses fenicios, hubo una población mixta, de indígenas y orientales, acorde con el testimonio de Estrabón (*Geografía* II, 2, 13-14). Este supuesto explicaría la existencia de rasgos culturales de origen oriental patentes en las técnicas constructivas, como hemos comprobado en la Cata-8 (Belén y Escacena 1993: 155-156).

Si al control y comercialización de minerales, evidenciado en los numerosos restos de escorias de plata que se documenta desde los inicios del poblamiento, sumamos la existencia de fértiles tierras en sus alrededores, podemos concluir que Niebla poseía una economía próspera y diversificada. Esta excelente situación económica podía haber llevado a la concentración de propiedad y riquezas en manos de determinadas familias o grupos aristocráticos, ya en época tartésica, a cuyos miembros pertenecería el sepulcro de la vecina necrópolis de El Palmarón (Belén 1995).

En la secuencia estratigráfica del poblamiento de la ciudad durante la II Edad del Hierro (Tabla 2), no se aprecian evidencias claras de la recesión económica ni de la crisis que a finales del siglo VI a.C. atravesaba el mundo tartésico. Esto ha sido interpretado por Belén y Escacena (1990:181) como indicio del mantenimiento de la explotación de las minas de Riotinto durante la fase turdetana, aunque a una escala más modesta, lo que le habría permitido a Niebla escapar de esa recesión generalizada que afectó a la Baja Andalucía. Además, los ricos recursos naturales con los que contaba Niebla le permitieron diversificar su economía y recuperarse rápidamente de esos momentos críticos, como se comprueba por el gran volumen de actividades constructivas que se llevan a cabo en estas fechas, entre las que destaca la remodelación de la muralla, de la que formarían parte los grandes bloques del “Desembarcadero” que Droop fechó a finales del siglo VI o principios del V a.C., y que suponen un esfuerzo material y económico muy importante que no podría haber soportado una población en crisis (Gómez Toscano 2007b:74-75). Es más, la ciudad de Niebla no solo hizo frente a la difícil coyuntura económica, sino que según Bedia y Borja (1992: 13) no perdió su estatus privilegiado, convirtiéndose en el centro redistribuidor de los productos agropecuarios de la región.

<b>A ñ o</b>	<b>Localización</b>	<b>Publicación</b>	<b>Restos constructivos</b>	<b>Cronología</b>
1978-1982	La Puerta de Sevilla CATA-8	Belén <i>et alii</i> 1983  Belén y Escacena 1990	Muros 18 y 21: paralelos, con cimientos de mampostería, zócalos de piedra trabadas con barro. Alzados de adobes (20x23) unidos con barro. Enlucido de arcilla amarilla. Pavimento de arcilla roja, grosor: 5-7 cm, sobre una capa de grava.  Muro 24: construido con piedras calizas trabajadas por la cara externa, los huecos se rellenaron por piedras pequeñas. Pavimento: pequeños cantos rodados sobre una capa de arcilla roja. Grosor: 4-5 cm.  Muro 26: solo tres hiladas, se aprovecha una piedra de molino para su construcción. Anchura: 0,55 m.  Muro 28: orientado este-oeste, construido con mampuestos irregulares. Longitud: 3,15 m.	2ª m.s. IV a.C.- fin. s. III a.C.          2ª m. V a.C.



			Anchura: 0,50 m. Revoque de arcilla amarilla, grosor: 2-3 cm. Pavimento de arcilla apisonada amarilla, grosor: 2 cm., que se asentaba sobre una capa de piedras y bolsas de arcilla roja. Muro 27: dirección norte-sur, construido con mampostería irregular y cantos rodados trabados con barro rojo. Anchura: 0,40m. Altura: 0,40 m.	
1996	El Desembarcad ero	Campos <i>et alii</i> 1996; Campos y Gómez 2001	Muros: zócalo de mampuestos y un alzado posiblemente de tapial. Pavimentos de tierra apisonada. Fase anterior: muros de mampuestos.	ss. III-II a.C.  ss. IV- III a.C.
1994	Plaza de la Feria, 1	Gómez, Campos, Pérez, Vidal y Guerrero 1994	Muro de mampuestos irregulares, de piedra caliza, del que se conservaba una altura de Altura:0,80-0,90m. Posible alzado de adobes.	ss- V-IV a.C.

Tabla 2. Cuadro-resumen de las intervenciones arqueológicas con restos constructivos turdetanos en Niebla.

En las diferentes excavaciones arqueológicas realizadas en Niebla, como es el caso de la Plaza de la Feria y de la zona del Desembarcadere, se han documentado niveles de incendio de fines del siglo III a.C., que se han relacionado, según Campos Carrasco (2002: 165), con la II Guerra Púnica y “la ofensiva final romana sobre las ciudades aliadas de los Cartagineses”. En estos niveles de incendio se observan abundantes restos de ánforas púnicas características del Círculo del Estrecho, lo que ha sido interpretado como evidencia de una estrecha relación comercial con *Gadir* (*Idem*).

### III.1.1.3. Tejada la Vieja (Escacena del Campo)

El yacimiento de Tejada la Vieja se ubica en el término municipal de Escacena del Campo, en una zona de transición entre la Sierra, al norte, y la campiña al sur. Este excepcional yacimiento arqueológico se sitúa sobre un cerro amesetado, con una extensión aproximada de 6,5 ha, de las que se han excavado hasta hoy unos 3.000 m<sup>2</sup>, y en él se ha documentado un poblamiento continuado desde fines del siglo VIII a.C. al siglo IV a.C.

El asentamiento ocupa una elevación natural, con una altura de 160 metros s.n.m.,

lo que le otorga una excelente visión y control sobre el entorno. Es una meseta de forma irregular que está conformada por tres terrazas escalonadas, ordenadas de mayor a menor altura en sentido oeste-este. Esta configuración geográfica, rodeada de barrancos casi por todos los lados, le otorga una buena defensa natural que se reforzó con un sistema de amurallamiento construido.

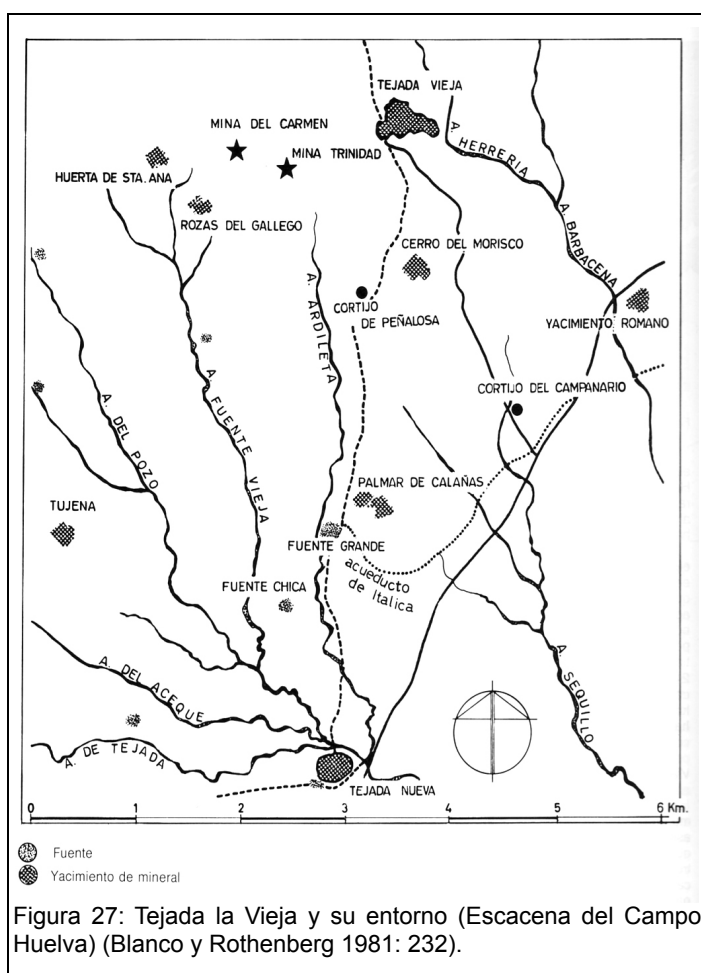
Desde el punto de vista geomorfológico la meseta está recubierta, en su mayor parte, de materiales cohesivos. En su zona norte está formada por acumulaciones de pizarras y cuarcitas, mientras que en el sur aparecen tierras margas, calizas y arcillas. Estos materiales geológicos, principalmente la pizarra, fueron empleados como materiales de construcción en la ciudad protohistórica de Tejada la Vieja.

Posee un terreno poco fértil, de escasa potencialidad agrícola, por lo que económicamente se orientó sobre todo hacia las actividades mineras y metalúrgicas, aprovechando la proximidad de la zona minera de Aznalcóllar, de la que, según los análisis realizados, proviene la mayor parte del mineral hallado en Tejada. Esta ejercería el papel de centro de control y redistribución de minerales a otros asentamientos secundarios, donde se desarrollarían las labores metalúrgicas. Se ha pensado que la demanda externa y la comercialización de los metales, podría explicar el origen y la razón de ser de Tejada. Fernández Jurado (1987b: 180-182) ha planteado la posibilidad de que en Tejada existiera una economía de carácter colonial, en el sentido de que su economía estaría dirigida por los fenicios, los principales interesados en los productos minero-metalúrgicos. Pero asimismo este autor descarta la idea de que Tejada fuera una colonia fenicia; simplemente se trataría de un núcleo indígena que estaría bajo la influencia de la cultura fenicia, influjos que serían patentes también en la arquitectura.

Tejada la Vieja está en un entorno natural privilegiado (Fig. 27) con abundantes fuentes naturales de agua. Existe un manantial al nordeste del cerro, en las proximidades del mismo; también quedan próximos los manantiales de la Fuente Grande y de la Fuente Chica, ambos con caudal permanente a lo largo de todo el año. Al norte existe una densa red fluvial, en la que destaca el río Corumbel, del que parte el arroyo Pasada de las Vacas, que, según García Sanz y Rufete Tomico (1995:95), debió suministrar agua a la ciudad. En la zona sur de Tejada el drenaje es más deficiente, pero existen importantes manantiales subterráneos.

La ciudad se encuentra en una posición estratégica en un cruce de caminos, muy

bien comunicada con los lugares próximos de interés. Por el norte se encuentra el paso de La Garganta, donde por el valle del río Tinto se llega hasta las zonas mineras cercanas. Otra vía de comunicación, en sentido este-oeste, enlaza esta zona con los vados del Tinto en Niebla y del Odiel en Gibrleón. Al parecer también existía una vía de comunicación que enlazaría, mediante el Vado de las Estacas del Guadalquivir, con el poblado protohistórico de Alcalá del Río, ya en la provincia de Sevilla. Igualmente estaba bien comunicado con la costa, situada a unos 70 km aproximadamente, pues el río Guadiamar era navegable hasta su desembocadura en el Guadalquivir y facilitaba la comunicación y el transporte del mineral hasta Cádiz (Belén y Escacena 1997: 141).



Son indudables, por los materiales arqueológicos aparecidos y estudiados, las relaciones comerciales con las ciudades vecinas de Huelva y de Niebla. A unos 2 kilómetros aproximadamente, se encuentra el poblado de Peñalosa, que se ha

fechado a mediados del siglo VIII a.C. Se trata de un pequeño asentamiento abierto, formado por cabañas, dedicado a actividades metalúrgicas. Se ha planteado que fuera el precedente del poblamiento de Tejada la Vieja.

Parece que el poblamiento más antiguo de Tejada la Vieja se remonta al siglo VIII a.C., continuando de manera ininterrumpida hasta mediados del siglo IV a.C., cuando el enclave fue abandonado, al parecer de forma paulatina y pacífica, pues no existen huellas de violencia, y su población se trasladó a la campiña situada al sur, a Tejada la Nueva, donde se sitúa el solar de la *Itucci/Tucci* de época romana para la que se apunta ascendencia protohistórica (Vidal Teruel 2004). La particularidad de este yacimiento de Tejada la Vieja es que no ha habido actividad constructiva en la zona desde el momento de su abandono, por lo que los restos arqueológicos no han sufrido un gran deterioro. Este terreno ha sido utilizado en los últimos siglos para labores agrícolas y ganaderas, lo que ha permitido la conservación, de forma prácticamente intacta, de la última fase de ocupación y abandono de la ciudad protohistórica (finales del siglo VI a.C.- mediados del siglo IV a.C.), etapa que los trabajos arqueológicos desarrollados han puesto al descubierto.

## **La documentación arqueológica**

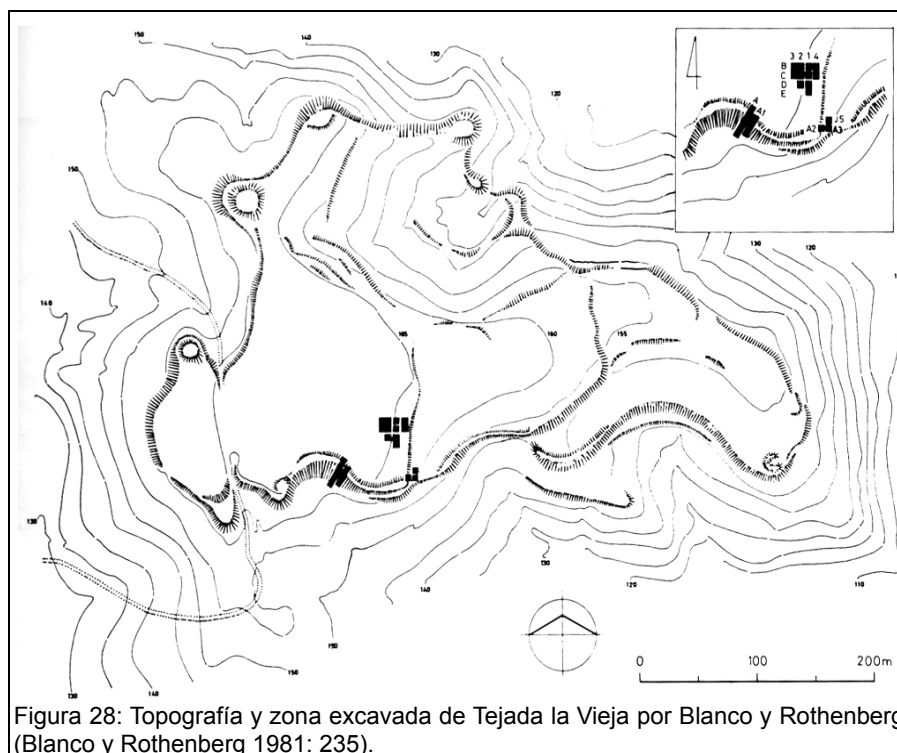
### ***Excavaciones de Blanco y Rothenberg***

Los primeros trabajos arqueológicos en el yacimiento de Tejada la Vieja fueron llevados a cabo por Blanco y Rothenberg en la década de los años 70 del pasado siglo XX, en el desarrollo del “Proyecto Arqueometalúrgico de Huelva” (Blanco y Rothenberg 1981), después de que se comprobara en una prospección la existencia de cerámica turdetana, fenicia y púnica.

En los años 1974-1975 se realizó una intervención arqueológica, que consistió en la apertura de un corte en el *agger*<sup>20</sup>, de unos 2,50 m de ancho, con el que se pretendía constatar la presencia de restos constructivos. Una vez realizado el corte, se limpió un tramo de 5 metros de ancho, al oeste de aquél, y se inició la excavación de esta zona. Para ello se trazaron una serie de cuadros (Fig. 28), con unas dimensiones de 5 x 5 m, que se denominaron cortes A1 y A2, sin dejar testigos intermedios.

---

20 Término latino que emplearon Blanco y Rothenberg para denominar al montículo o rampa que conformaba la muralla de Tejada, por entonces sin descubrir, cubierta de tierra.



En estas cuadrículas se excavaron los distintos niveles estratigráficos, en los que aparecieron elementos diversos, como fragmentos cerámicos, de distintos tipos, objetos de bronce, hierro y hueso, etc., que evidenciaban un primer poblamiento protohistórico, que se remontaría, según sus excavadores (*Idem*: 247), hacia el año 1.000 a.C., aunque no sería hasta los siglos IX y VII a.C. cuando se iniciaría la actividad constructiva en esta zona.

Estos hallazgos iniciales llevaron a ampliar la excavación a la zona este del cuadro A2, donde se trazaron dos nuevas cuadrículas (A3 y J5)- (Fig. 28)- en una zona con cierto desnivel del terreno hacia el noroeste.

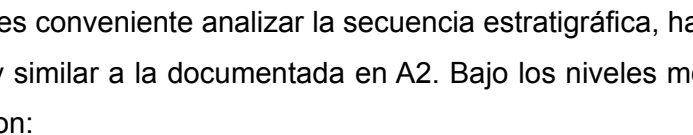
La mitad sur del cuadro A3 (Fig. 29) estaba ocupada por los restos de la muralla, observándose la cara interna de la misma (M1). Se trata de un muro de piedras pequeñas, colocadas en hiladas horizontales y unidas con barro.



Figura 29: Los cuadros A3 y J5 vistos desde el norte (Blanco y Rothenberg 1981: 247).

En este cuadro, además, se documentan otros dos muros, el M2, paralelo al lado oriental del cuadro, y el M3-4, perpendicular a este, con un vano de unos 70 cm de ancho, que parece corresponder a una puerta, aunque no quedaban huellas del umbral (Fig. 30). La anchura de estos dos muros, en su parte superior, oscila entre 55 y 70 cm. Del estudio de estas construcciones se concluyó, en su momento, que la parte baja de M2 era coetánea de M1. Sobre ella se construyó, con posterioridad, una nueva pared de revestimiento, igual que se comprobó que ocurrió en la muralla. El recrecimiento de M2 parece ser contemporáneo de la segunda adición de la construcción de la muralla. También M3-4 y M-5 pertenecerían a esta última fase de construcción.

Por otro lado, se ha comprobado que M2, 3 y 4 delimitaban una habitación, llamada L1, que tendría unos 2 metros de ancho, aproximadamente, y que estaría en sentido paralelo a la muralla (M1) a la que se adosa.



- Un primer estrato, compuesto por tierra suelta, piedras y numerosos fragmentos cerámicos, en el que se distinguieron tres capas (3, 4 y 5). La capa 3 presenta manchas de arcilla rojiza, que se han interpretado como resultado de posibles adobes deshechos. La capa número 4 estaba compuesta por tierra y algunas piedras. Y la 5, la inferior, estaba formada, mayoritariamente, por piedras de gran tamaño, que posiblemente procedían de la destrucción parcial de la muralla. Estas tres capas se interpretan como rellenos sucesivos, ya que no existe una separación entre ellas, con lo que cual no corresponderían a niveles de habitación. Hay que destacar la presencia en estos niveles de numerosos fragmentos de cerámica, tanto a mano como a torno, de diferentes cronologías, lo que ha sido interpretado por los

- Un primer estrato, compuesto por tierra suelta, piedras y numerosos fragmentos cerámicos, en el que se distinguieron tres capas (3, 4 y 5). La capa 3 presenta manchas de arcilla rojiza, que se han interpretado como resultado de posibles adobes deshechos. La capa número 4 estaba compuesta por tierra y algunas piedras. Y la 5, la inferior, estaba formada, mayoritariamente, por piedras de gran tamaño, que posiblemente procedían de la destrucción parcial de la muralla. Estas tres capas se interpretan como rellenos sucesivos, ya que no existe una separación entre ellas, con lo que cual no corresponderían a niveles de habitación. Hay que destacar la presencia en estos niveles de numerosos fragmentos de cerámica, tanto a mano como a torno, de diferentes cronologías, lo que ha sido interpretado por los

excavadores (Blanco y Rothenberg 1981: 250) como “un estrato de materiales revueltos”.

- El segundo estrato, que se iniciaba a una profundidad de -1,30 m, correspondía a la capa 6, formada por tierra compacta, manchas de cenizas y abundante cerámica a mano bruñida o con decoración digital, y a la 7, que consistía en una capa delgada de pequeñas piedras calizas.

- El tercer estrato corresponde al nivel 8, formado por tierra compacta, de color marrón oscuro, al igual que se constató en el cuadro A2, y que reposaba directamente sobre el subsuelo natural. En este nivel de fondo aparece cerámica a mano y abundantes huesos de bueyes además de una pequeña punta de flecha de bronce.

- En el cuarto estrato, se veían algunas piedras alineadas bajo el talud de la cara interna. Los excavadores plantearon que la formación del estrato IV se debió a una ocupación y habitación previa a la construcción de la muralla, y el estrato III sería inmediatamente posterior a esta.

Son más interesantes, para nuestro trabajo, los resultados obtenidos en el cuadro J5. Los restos arquitectónicos hallados en esta cuadrícula parecían corresponder a un edificio adosado a la muralla, que sería la continuación del muro M2 de A3, con dirección norte-sur. En este corte apareció un nuevo muro, llamado M7, con una dirección este-oeste, que pertenecería al lateral de una habitación o patio, quizás de forma cuadrada, de unos 5,25 m<sup>2</sup> de superficie aproximadamente. M7 tiene un vano de 1,10 m de ancho, que se ha interpretado como una puerta, con el umbral de piedras de caliza y placas de pizarra. El muro occidental de este edificio quedaba fuera del área excavada, al norte del cuadro A2.

Fuera de esta supuesta habitación o patio se hallaron otros muros que corresponderían a las habitaciones de este edificio. Según la secuencia estratigráfica, se ha propuesto que los muros M7 y M2 son más antiguos que M3-4 y el M5 y que la reparación de M1.

Otro lienzo de pared que se descubrió (M6), del que se conservaba unos 40 x 60 cm, sobresalía por el lado oriental de M2, y ha sido interpretado (Blanco y Rothenberg 1981: 253) como el quicio de una puerta que separaría otras dos



habitaciones, las llamadas L6 y L7.

En la parte norte del cuadrado J5, se documentó la existencia de otro muro (M8), más estrecho que los anteriores, que pertenecería a otra habitación, con dimensiones más reducidas.

En el centro del patio L2-3 se ha identificado un podio de mampostería, cuya parte superior estaba cubierta por una capa de barro rojizo, en la que se observan señales de fuego continuado. Por su lado norte, a la altura de un posible pavimento, tenía adosado un bloque irregular de caliza, cuya funcionalidad se desconoce.

En la zona norte de la habitación L3 se han conservado restos de dos suelos, superpuestos (Fig. 31). Uno de ellos, (L26), que apareció a 13 cm por debajo del nivel del umbral del muro M7, estaba realizado con caliza descompuesta, piedras pequeñas y placas de pizarra apisonadas. El podio y el pavimento L26 se habrían realizado cuando las paredes de la habitación o patio L2-L3 ya llevaban algún tiempo construidas. El otro suelo documentado (L27) apareció unos 10 cm por debajo del L26; estaba hecho con tierra rojiza y piedra caliza triturada, igualmente bien apisonada.

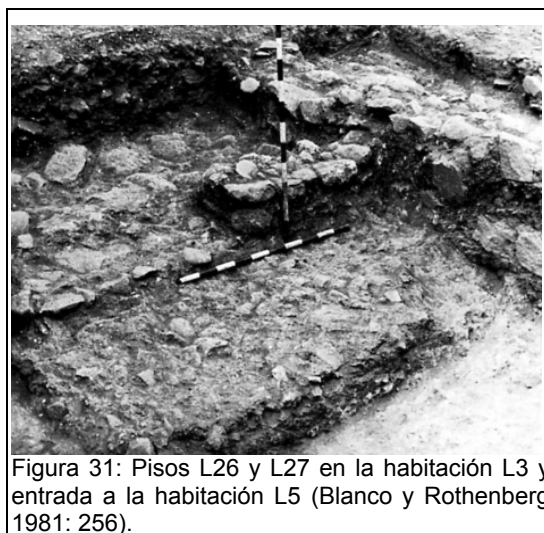


Figura 31: Pisos L26 y L27 en la habitación L3 y entrada a la habitación L5 (Blanco y Rothenberg 1981: 256).

La secuencia estratigráfica de L3 aparece recogida en el informe de la excavación (Blanco y Rothenberg 1981: 256), pero de forma poca clara. Tras un primer estrato de cronología moderna, con materiales diversos, que parece un relleno de escombros, se halló un segundo nivel de tierra compacta, con una potencia de 20-50 cm, en el que aparecieron piedras, restos de posibles adobes, escorias y

cerámica, destacando un fragmento de tobera, con escoria adherida, y una maza de piedra, que parecen ser restos de posibles actividades metalúrgicas.

En esta campaña se excavó también en el interior del poblado, concretamente en la terraza superior (zona B-C), donde se trazaron una serie de cuadrículas, de unos 5 metros de lado (Fig. 32).

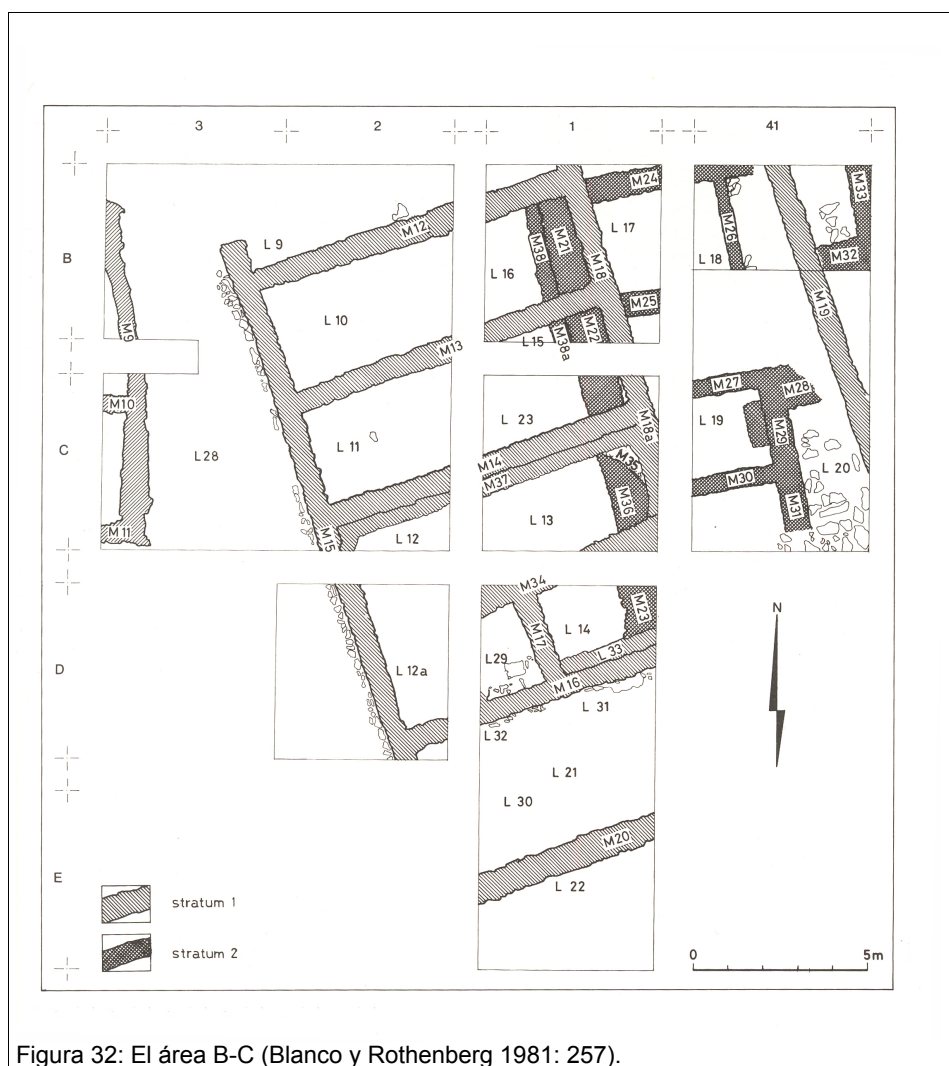


Figura 32: El área B-C (Blanco y Rothenberg 1981: 257).

En la mayoría de estas solo fueron excavados los estratos superiores y solo en algunas de ellas (D1 y B41-C41) se llegó al terreno virgen, documentándose una secuencia de tres niveles arqueológicos:

- El Nivel 1 estaba formado por una capa, de unos 30 cm de profundidad, de tierra muy dura. En el nivel superior de la zona C-B se hallaron restos de un gran edificio

de 19 por 10,5 m. Esta estructura tenía los muros de mampuestos y lajas de pizarra, con cimientos en leve talud que sobresalen del muro a modo de banco. El muro M15, de la pared del lado oeste de este edificio, estaba construido con piedras de mayor tamaño y tenía adosada por su cara externa una hilada de piedra, posiblemente para protegerlo de la humedad. En este caso no se ha podido localizar ninguna entrada.

Entre las piedras del muro M13, de C2, se hallaron restos de una quijada de vaca, que ha sido interpretada por Blanco y Rothenberg (1981:257) como parte de los restos de un sacrificio fundacional.

La habitación de más al norte, que corresponde a L10 y L16 (Fig. 32), tiene unas dimensiones de 8,9 m por 3,05 m de ancho. El suelo estaba realizado con barro apisonado, muy fino y compacto. No se han encontrado evidencias que puedan aportar algún indicio sobre su funcionalidad.

Una segunda habitación - L11, L15 y L23 - con unas dimensiones 8,80 por 2,97 m, estaba repleta de ánforas, que corresponden al momento de abandono del edificio, cuando posiblemente esa habitación estaba dedicada a almacén o bodega. Junto a las ánforas aparecieron abundantes huesos de vaca. El suelo de esta habitación estaba hecho de tierra apisonada, algunas lajas de pizarra y fragmentos de cerámica. Por debajo de este pavimento, que estaba rehundido unos 15 cm respecto a la base del muro, apareció un relleno, de unos 15 cm de espesor, sobre la caliza del subsuelo. En este relleno se encontró un fragmento de un platillo gris de retícula bruñida.

Una tercera habitación (L12-L13) en su lado oriental - M18a - tiene forma absidal (Fig. 33). La parte inferior de su pared norte (M14) sobresale por el interior a modo de banco, que pudo servir de asiento o de poyo para recoger enseres. En la esquina de este banco con el muro M18a, se encuentra una rinconera empedrada de cara cóncava (Fig. 33). Los hallazgos de esta habitación, entre los que son numerosos los fragmentos de cerámica y huesos de animales, prueban un uso prolongado.

Se documentó una cuarta habitación (L14), de la mitad de tamaño que las demás, que tenía un banco junto al muro sur (L33).

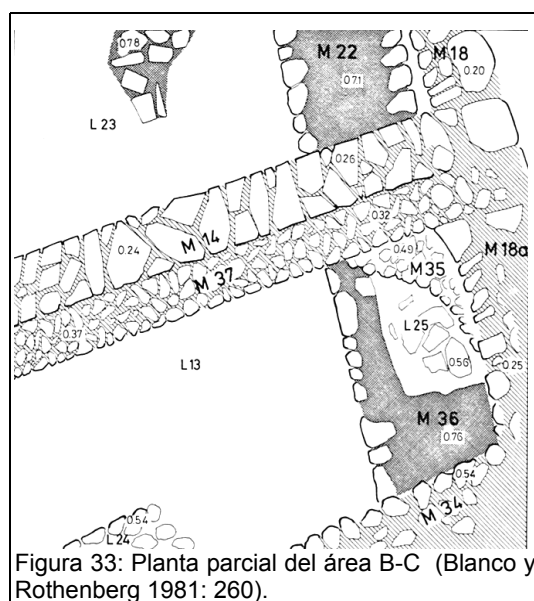


Figura 33: Planta parcial del área B-C (Blanco y Rothenberg 1981: 260).

En el ángulo sudeste de L12a se halló en el suelo una pequeña placa, de tierra quemada y solidificada (L29), de 50 x 40 cm de lado y unos 12 cm de espesor, que estaba separada de la pared por un marco de tierra cocida. A su lado aparecieron restos de escorias de sílice, que posiblemente evidencian la realización de trabajos metalúrgicos en esta zona, relacionados con la plata. Los excavadores (Blanco y Rothenberg 1981: 259) han interpretado este lugar de la casa como un patio pequeño que serviría como taller.

La habitación de más al sur (L21) con 3,95 m de ancho, es la estancia más espaciosa (Fig. 33). El suelo era de tierra y presentaba manchas de ceniza y tierra quemada. Se documentó la huella de un poste hincado en el centro (L30), que los excavadores interpretaron como un soporte para poner el caldero al fuego. Estos hechos, junto con la presencia de abundantes fragmentos de ánforas y otros recipientes, han llevado a interpretar esta habitación como cocina (*Idem*), aunque debemos tomar esta hipótesis con reserva, pues no nos consta que se hallasen restos de hogar en esta estancia. Junto al muro M16 se halló una zona de tierra cocida, de 80 por 30 cm, y tres grandes pellas del mismo material que posiblemente eran los restos de un horno. También se encontraron restos de una tinaja de barro, lo que podría ser indicativo de un uso doméstico de esta estancia.

En cuanto a los techos de las tres primeras habitaciones, se hallaron restos de barro y lajas de pizarra, pero hay que tener precaución a la hora de sacar conclusiones, porque el barro podría haberse utilizado más bien en el revestimiento de los paramentos. Los excavadores plantean una posible reconstrucción en la que

la techumbre tendría una cubierta de ramas de jara, sobre un entramado de vigas (Fig. 34), aunque no se ha encontrado indicio alguno de madera entre los trozos de barro.

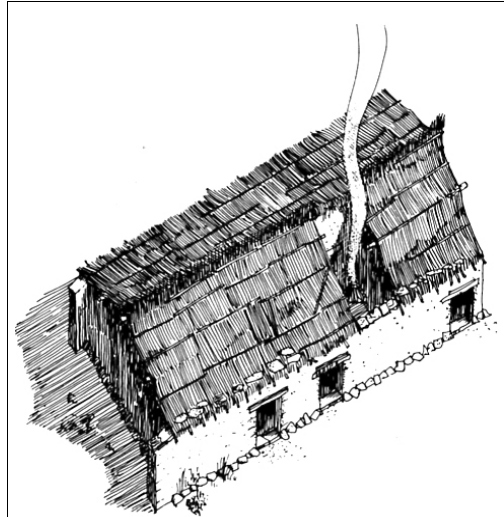


Figura 34: Propuesta de reconstrucción de la vivienda del Nivel 1, del área B-C (Blanco y Rothenberg 1981: 262).

En la calle o espacio abierto L28 había una mancha de tierra quemada, en la que junto a abundantes restos de cerámica y huesos de animales, se han encontrado la mayoría de los objetos metálicos, lo que se interpretó como producto de la limpieza de este edificio en sus últimos tiempos.

En los cuadros B41-C41 se encontró la pared de otro edificio, paralelo al anterior, del que estaba separado por una calle pavimentada con losas de piedras (L20). En las cuadrículas D-C3 se excavó parte de un edificio, compuesto por M9-11, de cronología más reciente.

En este primer nivel estudiado las cerámicas son muy numerosas y predominan las ánforas de entre los siglos IV y III a.C., la mayoría variantes de la forma *Mañá/Pascual A-4* (Belén 2006: 232 Fig.11). Entre las cerámicas de importación hay que destacar un fragmento de *kylix* ático.

En los cuadrados C2-C3 la mayor parte de los objetos de metal de bronce se hallaron fuera del edificio, en las cenizas de L28. Entre ellos cabe mencionar un alfiler, fíbulas de tipo anular, un pequeño anillo, fragmentos de aros y agujas y fusayolas, así como discos de plomo perforados. También hay numerosos objetos de hierro, como trozos de varillas, empuñaduras de cuchillo, etc.

- En el Nivel 2 se documentó la existencia de otro edificio, cuyo muro maestro tenía un espesor de hasta 1,18 m (Fig. 32: *stratum* 2). Sus paredes (M24 y M25) estaban construidas con mampuestos de granito y lajas de pizarra, dispuestas de forma horizontal, y trabadas con barro. La parte inferior de los paramentos sobresale unos 30 cm, formando un banco corrido. Sus grandes dimensiones y la potencia de sus cimientos han llevado a pensar que pudiera tener más de un piso.

Estos muros del Nivel 2 están cubiertos por un relleno intencionado de tierra y fragmentos de pizarra, en el que se registraron algunos materiales arqueológicos, entre ellos cerámica de tipo fenicio occidental, ánforas de la forma *Mañá/Pascual A-4* y cerámicas decoradas con bandas paralelas y motivos geométricos pintados. Estos materiales nos dan una cronología, según Blanco y Rothenberg (1981: 276) para esta etapa de entre los siglos VIII-VII a.C.

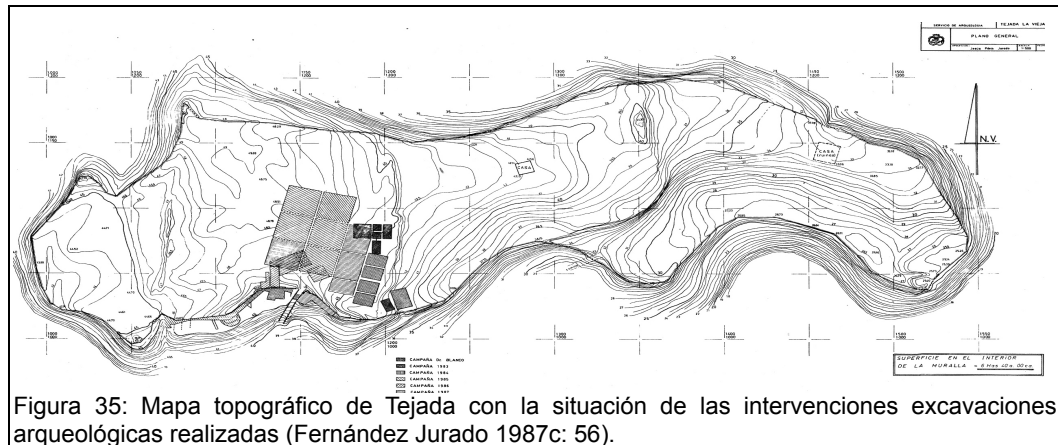
- Por último, el Nivel 3, estaba formado por una capa de tierra rojiza, de unos 30 cm de espesor. En él no aparecieron restos arquitectónicos, aunque sí abundante cerámica, de la que más de la mitad de las piezas estaban hechas a mano, aunque ya estaban presentes algunas piezas fenicias, lo que ha llevado a los excavadores (Blanco y Rothenberg 1981: 279) a fechar este nivel en los siglos IX- VIII a.C.

Según Blanco y Rothenberg (*Idem*) las zonas A2 y A3 estuvieron habitadas antes que la zona B-C, pues en esta última destaca la ausencia de cerámica con decoración bruñida del Bronce Final, mientras que están presentes las cerámicas fenicias, ya desde los niveles más profundos. Estos autores plantean que después de que los primeros pobladores en Tejada se asentaran en esta zona comenzaron los contactos con los fenicios, y a partir del siglo VI a.C., cuando se documenta la presencia de objetos de importación, con los cartagineses y griegos.

La muralla, en las zonas A2 y A3, fue construida cuando el estrato IV ya estaba formado y antes de que se formara el III. Ante la escasez de materiales fenicios en este estrato (III), plantean que los escasos fragmentos de tipo fenicio podrían deberse más a una infiltración posterior que a una presencia efectiva de los fenicios.

### ***Excavaciones del Servicio de Arqueología de la Diputación Provincial de Huelva***

En los años 80 se reemprendieron las excavaciones en el yacimiento de Tejada la Vieja, ahora con carácter sistemático y a cargo del Servicio de Arqueología de la Diputación Provincial de Huelva (Fig. 35).



Para describir estos trabajos vamos a emplear la propuesta de Fernández Jurado (1987d: 50) para diferenciar las zonas de intervención arqueológica en el yacimiento por medio de letras que se acompañan del año en el que se han realizado dichos trabajos:

- A : cuadros excavados en extensión en la terraza superior.
- B : cortes realizados en la cara externa de la muralla.
- C : sondeos estratigráficos .

### ***Campaña de 1983***

En el año 1983 se llevó a cabo una campaña de excavación, bajo la supervisión de Fernández Jurado (1987c), en la terraza media, en la zona excavada en años anteriores por Blanco y Rothenberg, donde se realizó un sondeo estratigráfico y se profundizó en una única cuadrícula de gran tamaño (A/83) de 15 por 10 m, con la intención de estudiar el urbanismo de Tejada en extensión. En esta zona se documentó la existencia de cinco habitaciones, de las que solo tres fueron

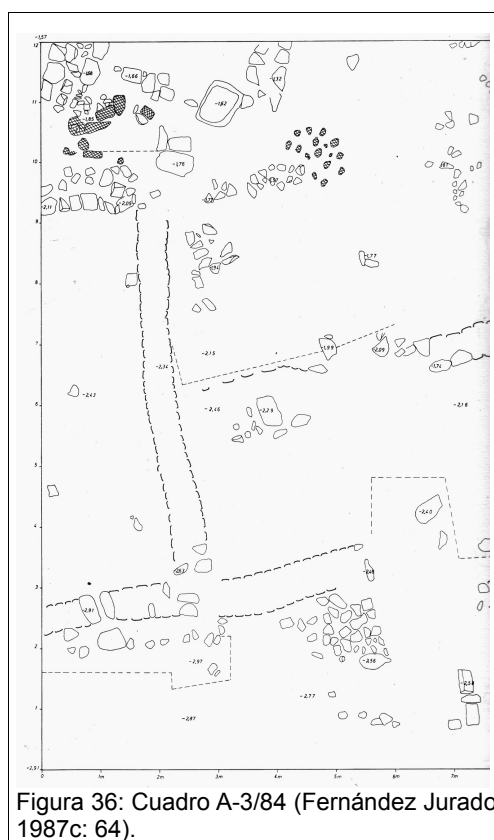
totalmente excavadas y de la que no nos consta mayor información. Al norte de estas apareció una zona al aire libre, empedrada con lajas de pizarra de tamaño medio.

En el perfil sur del cuadro se descubrió un tramo de la muralla, por lo que se decidió ampliar la excavación de la misma con la apertura de un segundo cuadro (B) para poder estudiar la cara externa de la cerca defensiva.

### ***Campaña de 1984***

En 1984 se realizaron trabajos de excavación en la meseta superior. Se abrió una única cuadrícula (A/84) de 40 por 12 m, que se subdividió en 4 sectores (A-1, A-2, A-3 y A-4) dejando testigos entre ellos.

El objetivo de esta campaña era estudiar la última fase de ocupación de Tejada y se descubrieron diversos muros que pertenecían a distintas estancias, de las que no tenemos más información (fig. 36). En las esquinas de algunas de estas habitaciones se hallaron restos de ánforas o grandes vasos. Las entradas de las habitaciones interiores estaban empedradas.





En el ángulo suroccidental de A-3/84 se hallaron abundantes restos de escoria resultado del trabajo de la plata, lo que es indicativo de la práctica de esta actividad económica en los momentos finales del poblado.

En esta campaña se inició una prospección arqueofísica en la meseta superior del yacimiento, trabajos que continuaron al año siguiente.

### ***Campaña de 1985***

En los meses de julio y agosto de 1985 se llevó a cabo una nueva campaña de excavación en el yacimiento, bajo la dirección de Fernández Jurado (1985d). En esta ocasión se excavaron un total de cinco cuadrículas en la meseta alta, que fueron enumeradas sucesivamente como A-1, con unas dimensiones de 20 x 20 m, A-2 que finalmente tuvo una extensión de 10 x 10 m, A-3 de 10 x 5 m, A-4 de 10 x 11, y A-5, que en realidad fue una ampliación de A-4.

También se llevaron a cabo dos sondeos estratigráficos en la zona sur de la terraza superior, denominados C-1/85 y C-2/85, en la cara interna de la muralla (Fig. 37).

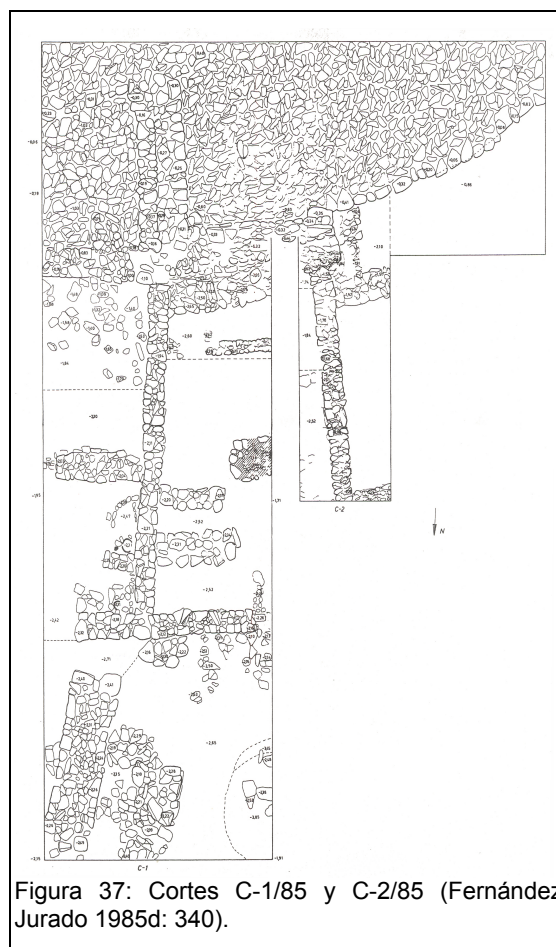


Figura 37: Cortes C-1/85 y C-2/85 (Fernández Jurado 1985d: 340).

En estos cortes se documentó la existencia de dos muros paralelos, en dirección norte-sur, construido con pizarras, que delimitaban una amplia habitación que se cerraba por el lado sur por la propia muralla. En el interior de esta estancia aparecieron restos de un hogar y adosados al muro oriental se documentaron dos pequeños muros paralelos, muy próximos entre sí y al hogar, que podrían haber sido utilizados como base de una repisa u otro mobiliario doméstico.

En estos trabajos se pusieron al descubierto restos constructivos correspondientes a la fase de abandono del poblado. El material empleado en estas construcciones se componía, sobre todo, de pizarras paleozóicas procedentes de las zonas de alrededor, pero también se utilizaron calizas propias del mismo cerro.

En el cuadro A-1/85 (Fig. 38) aparecieron dos grandes muros maestros de buena factura y gran longitud, que se extendían en dirección este-oeste. De estos partían otros muros menores, transversales a ellos, que delimitaban espacios que se han interpretado como habitaciones, aunque también se descubrieron otros espacios empedrados que se han interpretado como estancias abiertas.

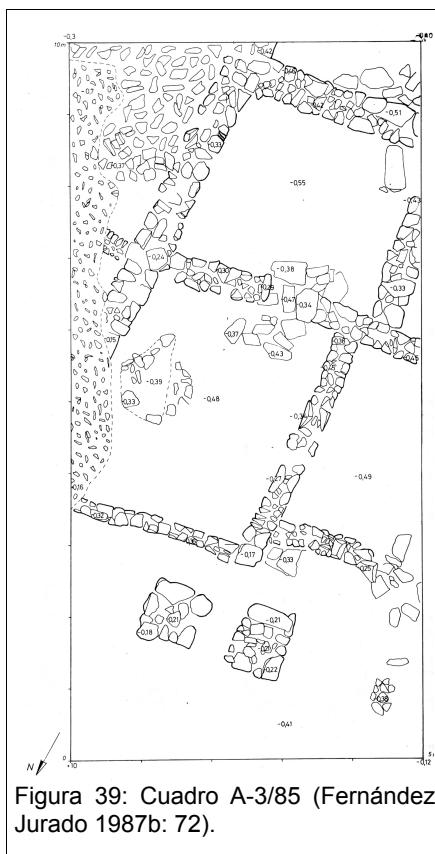


Figura 38: Cuadro A-1/85 (Fernández Jurado 1985d: 344).

En algunas áreas excavadas se ha comprobado la ausencia de muros adosados en una de las caras de los muros maestros, por lo que se interpretó que eran muros perimetrales que daban a la calle. Esta hipótesis parece confirmarse ante la gran cantidad de materiales arqueológicos (óseos, metálicos y cerámicos) que se ha encontrado en esta zona externa, así como por la coloración más oscura y la textura grasienta de la tierra, a diferencia de las zonas del interior, más claras y compactas y con menos materiales.

Según los excavadores los muros maestros parecen delimitar edificios públicos, que podrían corresponder a almacenes o similares, ya que poseen una mejor planificación y una factura más cuidada, en tanto que las estancias destinadas a viviendas, como las halladas en los cuadros A-1/85 y A-3/85 (Figs. 38 y 39), presentan plantas más irregulares y los aspectos constructivos están menos cuidados.

En los cuadros A-4/85 y A-5/85 se han hallado unos grandes muros conectados con los de C-1, cercanos a la cara interna de la muralla. Asociados a estos muros se han encontrado restos abundantes de escorias y elementos metalúrgicos, lo que parece indicar el uso de esta zona como lugar de trabajo metalúrgico (Fernández Jurado 1985d: 343).



La existencia de pequeñas superficies empedradas, a modo de basamentos de piedras, ha sido interpretada como posibles bases de pilares, total o parcialmente de piedra, que sirvieran de apoyo para el elemento sustentante de la cubierta (*Idem*).

En esta campaña se documentó en las esquinas interiores de las habitaciones la presencia de ánforas y grandes vasos cerámicos, que significativamente aparecen en las estancias que poseen un hogar, como son A-1/85, A-3/85 y A-4/85.

En cuanto a los suelos, los excavadores han registrado diferentes tipos de pavimentos, como pisos de tierra simplemente batida y otros de tierra compactada o barro, como los hallados en A-1/85 y A-2/85. En otras estancias, como la de A-3/85, se han hallado pisos que aprovechan la propia caliza del terreno, que únicamente ha sido machacada y nivelada. En otros casos, los menos, como en A-1/85, se ha construido un suelo enlosado con pequeñas lajas. En los espacios abiertos y también en las zonas de acceso se observa la existencia de empedrados de piezas de tamaño mediano.

### ***Campaña de 1986***

Del 10 de julio al 10 de septiembre del año 1986, se lleva a cabo una nueva campaña de excavación (Fernández Jurado 1986a). Esta intervención tenía el objetivo de conocer el urbanismo en el momento de abandono del asentamiento. Los trabajos arqueológicos se centraron en la terraza superior del yacimiento y consistieron en diferentes trabajos independientes. Por una parte, se hicieron sondeos estratigráficos en la cara interna y externa de la muralla de la terraza inferior; por otra, se excavaron en extensión varias cuadrículas en la terraza superior, con el fin de conocer el urbanismo de la última fase de ocupación.

Para ello se trazaron una serie de grandes cuadros - A-6, A-7, A-9 y A-10- la mayoría de 20 x 20 m, conservándose testigos de un metro entre ellos, con una superficie total excavada de 1.600 m<sup>2</sup>.

Los trabajos consistieron principalmente en la delimitación y limpieza de las estructuras halladas anteriormente, aunque paralelamente se procedió a la excavación de diversas estancias hasta el nivel de suelo. Para ello era necesario ir desmontando las capas de relleno resultantes del derrumbe de techumbres y paredes, bien de tapial, adobe o piedra, para así dejar al descubierto la parte conservada de estas paredes, que están construidas, generalmente, con lajas de

pizarra y bloques calizos, aunque no mezclados en un mismo muro.

En la campaña de excavación anterior, en el cuadro A-1/85 se exhumaron una serie de habitaciones yuxtapuestas, con un amplio espacio longitudinal, de unos 3 metros de anchura, que discurre junto al perfil meridional del cuadro, con una orientación este-oeste. Este espacio estaba delimitado por dos largos muros paralelos, en los que se apoyaban otros de menor entidad que formaban las habitaciones. Se planteó la posibilidad de que ese espacio fuera una *calle*, por lo que se decidió excavar A-9 para comprobarlo y los nuevos datos parecían corroborar dicha hipótesis. Así se ha comprobado la existencia de un cierto orden urbano en esta última etapa de Tejada, pues se han localizado otras tres posibles *calles* en los cuadros A-9, A-10 y A-6 (Fig. 40).

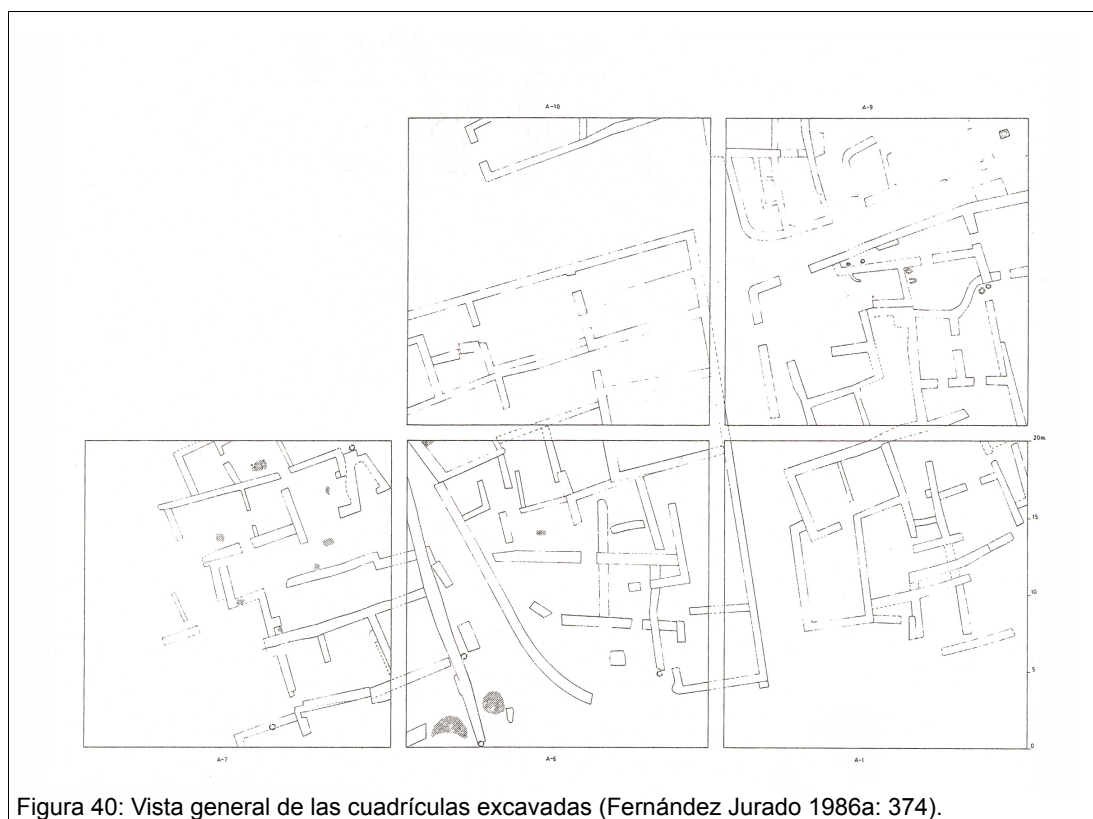


Figura 40: Vista general de las cuadrículas excavadas (Fernández Jurado 1986a: 374).

En cuanto a las edificaciones halladas, estas no muestran una planta homogénea. Algunas de ellas parece que se adaptan al espacio delimitado por las calles (Fernández Jurado 1987c: 80); así hay casos, como en las cuadrículas A-9 y A-7, que tienen formas triangulares, aunque la tendencia generalizada es que sean de forma cuadrangular o rectangular, como por ejemplo en A-3/85. Hay algún caso de tendencia curva, tanto en los muros interiores de las viviendas como en los

perimetrales, como en A-9, y también en las calles, por ejemplo en la calle de A-6, pero la apariencia curva de las esquinas de la calle del cuadro A-9 no ha podido aún ser confirmada (Fig. 41).

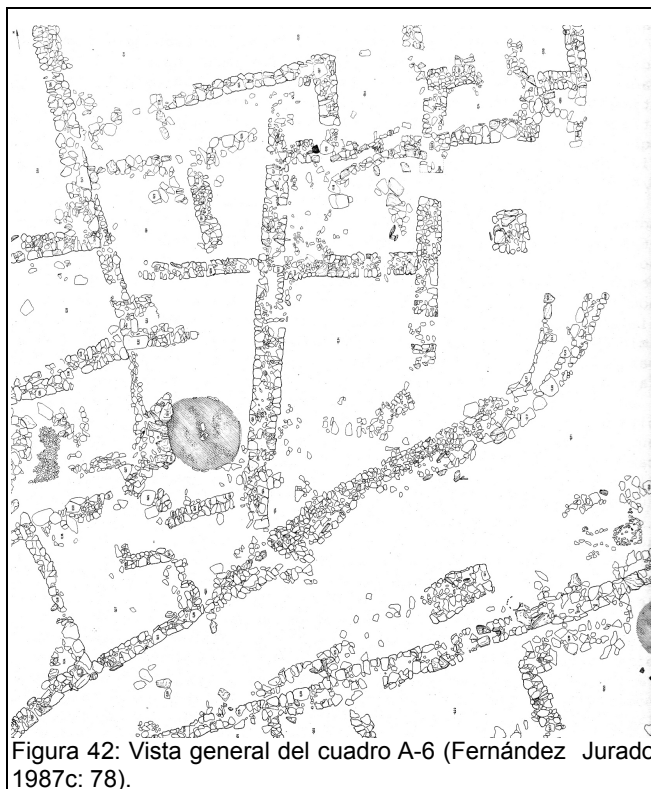
Los muros de las viviendas tienen entre 40-60 cm de anchura, aunque lo normal es que no sobrepasen los 50 cm. Sin embargo los hay de 30-35 cm en las divisiones internas de las viviendas o de habitaciones. Las técnicas constructivas son diversas, dependiendo de los materiales usados y de la finalidad de la estructura. Fernández Jurado (1986a:374) habla de la existencia de:

- Muros soportes, que serían aquellos que delimitan manzanas de viviendas, contruidos con pizarra y una técnica muy cuidada.
- Muros que delimitan estancias o las dividen, que se construyen tanto con pizarra como con bloques calizos y otros materiales (bloques de escorias) y con una técnica constructiva menos cuidada.



Figura 41: Construcciones y calles en A-9 y A-6 (Fernández Jurado 1986a: 376).

Se constató la presencia de numerosos hogares, que se concentraban en las habitaciones halladas en A-7 y en el ángulo suroriental del cuadro A-6 (Fig. 42), incluso en estancias contiguas, lo que indica que no todos debieron tener la misma función. En algún caso estos hogares están bien delimitados y son de considerable tamaño.



Destaca el gran edificio excavado en el cuadro A-10 (Fig. 43) y que se extendía en parte al A-6. Esta construcción configura el esquema de las calles halladas en A-1/85 y A-10 con A-9, delimitadas por dos grandes muros, alcanzando el occidental casi 20 m de longitud y el septentrional unos 30 m, aproximadamente.

En el cuadro A-10 solo estaban definidas las dependencias pertenecientes a este gran edificio, que en palabras de Fernández Jurado (1986a: 375) “parece constituirse a partir de una habitación cuadrangular, de 6,5 x 4,5 m, sobre la que se apoyan y articulan el resto de las dependencias”. Los muros de esta habitación estaban contruidos con una técnica muy cuidada, con lajas de pizarra. A partir de esta estancia central se accedía, a través de umbrales enlosados, a dos estancias paralelas, de planta rectangular muy estrecha, lo que hizo pensar a sus excavadores en su uso como almacenes, pero esta hipótesis no concuerda con el



registro de las cerámicas halladas en ellas.

A la derecha de la habitación central se edifican otras dos dependencias (A-10 y A-6), esto da lugar a que el muro oriental de la primera estructura sea doble, aunque se ha planteado la posibilidad de que el muro interior fuera un banco adosado. No sabemos si este edificio fue construido de una sola vez o si hubo diferentes fases constructivas.

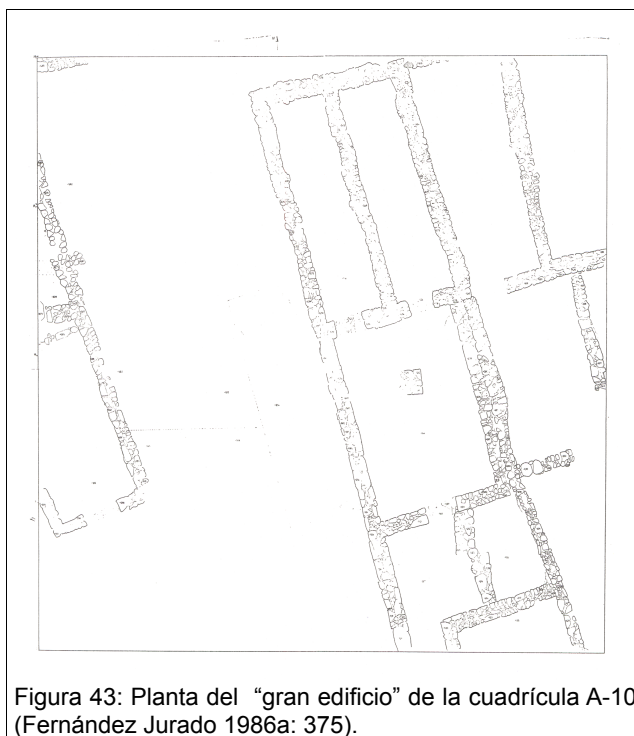


Figura 43: Planta del "gran edificio" de la cuadrícula A-10 (Fernández Jurado 1986a: 375).

En ese gran edificio público y las calles próximas se hallaron objetos metálicos de muy diversa índole, la mayoría de ellos objetos de adorno personal, como fíbulas anulares, anillos, agujas, etc., y también tres pequeños cuchillos afalcatados. En el interior del edificio se han encontrado unas pinzas y una campanita, que se ha relacionado con piezas del yacimiento extremeño de Cancho Roano<sup>21</sup> (Zalamea de la Serena, Badajoz). Estos materiales hallados en el interior y en las cercanías de este edificio, junto con las propias características y dimensiones del mismo, han llevado a plantear una posible función religiosa del mismo.

Este edificio se encuentra junto a la *calle* detectada en A-10, que presenta una

<sup>21</sup> A estas campanillas halladas en Cancho Roano, por su tipología y ubicación, se le han atribuido carácter votivo. Para un estudio detenido sobre estas y otras piezas encontradas en dicho yacimiento consultar Celestino, Fernández y Walid 2003.



anchura de 7 m. Al otro lado de esta calle apareció parte de una habitación, también de grandes proporciones y similar en anchura a las dependencias paralelas descritas, que parece pertenecer a otra gran edificación, de la que no tenemos más datos.

En esta última etapa de ocupación del yacimiento se ha constatado también la presencia de elementos relacionados con actividades metalúrgicas, como toberas, escorias, etc. Entre los restos cerámicos hallados destaca la presencia de fragmentos de copas griegas de origen ático, que debieron llegar a Tejada desde el ámbito gaditano. La cronología, dada por los excavadores para estos restos se sitúa en las últimas décadas del siglo V o inicios del IV a.C.

### ***Campaña de 1987***

En los meses de julio y agosto de 1987 se realizó una nueva intervención arqueológica en Tejada la Vieja. En esta ocasión los trabajos arqueológicos estuvieron centrados en la meseta alta del yacimiento y en la cara externa del tramo de muralla que discurre por la zona meridional del yacimiento, continuando así los trabajos de las campañas anteriores. En este apartado no recogeremos la excavación en la zona de la muralla (Fernández Jurado 1987e; García Sanz y Rufete Tomico 1995), por no resultar de interés para nuestro trabajo, y nos centraremos en la intervención realizada en la zona del poblado. En este lugar se procedió a la excavación de 4 nuevos cuadros de diferentes dimensiones: A-8 y A-12, de 20 x 15 m; A-11, de 20 x 20 m; y A-13, de 15 x 10 m. En total se excavó una superficie de 1.150 m<sup>2</sup> y, además, se eliminaron algunos testigos dejados en campañas anteriores, para poder obtener una mejor visión de la trama urbana. Se ha observado la existencia de un urbanismo ordenado, con calles, de anchuras diversas, y un amplio espacio abierto (A-11) donde parece finalizar una amplia calle (A-10), que discurre paralela al edificio “público” excavado en los cuadros A-10 y A-6.

Este urbanismo contrasta con el escaso orden definido en las estancias, que presentan dimensiones y plantas diversas. La tendencia generalizada es de dependencias cuadrangulares, con una técnica constructiva cuidada, pero junto a las estancias cuadradas hay otras rectangulares e incluso trapezoidales, como ya hemos comprobado en campañas anteriores, además de muros de formas curvas. Los materiales de construcción utilizados siguen siendo la pizarra y la caliza, pero

en algunos casos se utilizaron cantos de río e incluso bloques de escoria. En cuanto a la técnica constructiva, se procedía a la edificación de muros maestros, a los que se adosaban otros de menor entidad que definían la distribución interna.

En la calle excavada en el cuadro A-12 se documentó la existencia de una estructura circular, que parecía ser un horno, con su correspondiente plataforma, pero no ha sido excavado, por lo que no podemos asegurar su finalidad. La ausencia de escorias lleva a plantear a los excavadores que se tratase de un horno para cocer cerámicas (Fernández Jurado 1987e: 293), pero no tenemos constancia de evidencias que avalen esta hipótesis (Fernández Jurado 1987c: 83).

Gran parte de los materiales arqueológicos hallados, entre los que destacan por su abundancia las fusayolas, se han encontrado en las calles y espacios públicos. Esto ha llevado a plantear que los habitantes de Tejada desarrollarían gran parte de su vida diaria en estos espacios al aire libre.

### ***Campaña de 2006***

En el año 2006 se lleva a cabo una intervención arqueológica de carácter puntual, en la que se procedió a la excavación de un cuadro de 40 x 13 m, en el límite este de la meseta alta del yacimiento. En total se excavó una superficie de 520 m<sup>2</sup>, en la zona en la que se intervino durante la campaña de 1984, con el objetivo de obtener la mayor información posible sobre las estructuras constructivas documentadas. Para ello se eliminaron los testigos dejados en la anterior campaña, que impedían conocer de forma completa el urbanismo de esta zona. Las estructuras constructivas, correspondientes a dos momentos de ocupación de esta zona, se han vuelto a enumerar.

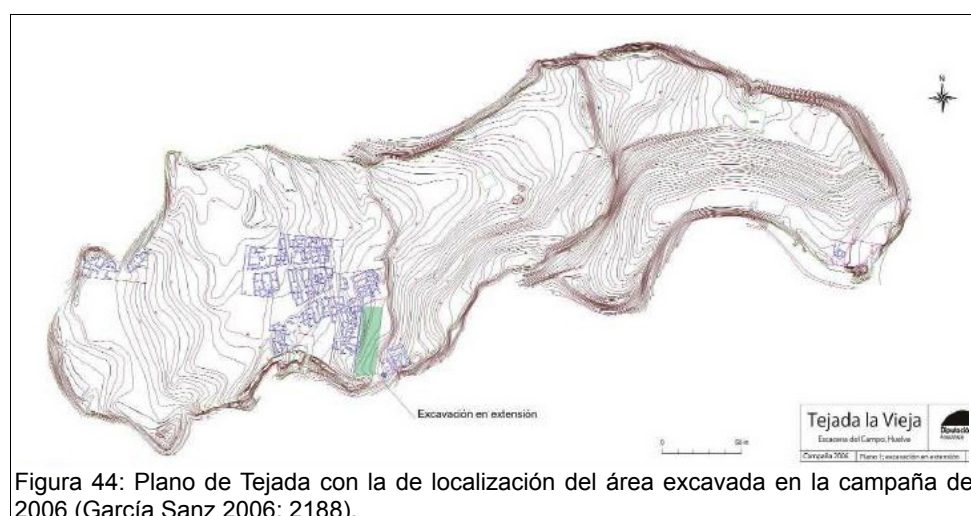


Figura 44: Plano de Tejada con la de localización del área excavada en la campaña del 2006 (García Sanz 2006: 2188).

A continuación recogemos las estructuras excavadas en el Sector Norte, por ser las únicas de las que disponemos más información. Todos los muros están contruidos con la misma técnica, consistente en dos paredes externas de mampostería, de pizarra o piedra caliza, con el espacio interior intermedio relleno con tierra y piedras de pequeño tamaño, que dan solidez a la obra.

A la última fase de ocupación corresponde el M08 (U.E. 13), que forma la esquina de una habitación, pero que se ha conservado en muy mal estado de conservación. Debajo de M08, y correspondiente al anterior momento de habitación, se exhumó el cimiento M22 (U.E. 19), orientado de oeste-este. El vano de acceso a esta estancia estaría situado al sur.

El Recinto H01 está delimitado por M01 (U.E.1), M02 (U.E.2), M24 (U.E. 81) y M25 (U.E.33), que conforman una estancia de grandes dimensiones, con una orientación oeste-este. No se ha podido conocer su superficie completa, que era de más de 40 m<sup>2</sup>. Por sus dimensiones y su planta alargada y estrecha, se ha supuesto que era un almacén (García Sanz 2006: 2179).

El Recinto H02 estaba definido por los muros M02 (U.E.2), M04 (U.E.3), M03 (U.E.11) y M19 que forma esquina con M04 y que puede considerarse como la misma U.E.3. No sabemos si esta estancia estaba comunicada con H01. Se ha planteado que la zona de entrada podría estar en la parte nororiental, que estaba muy deteriorada.



Figura 45: Estructuras constructivas pertenecientes a H01 y H02 (García Sanz 2006: 2190).

Junto al perfil este del área excavada se documentó el Recinto H03, delimitado por los muros M14, M15, M16 y M17, que tenía una superficie de 8 m<sup>2</sup>. Estas estructuras murarias se encuentran muy deterioradas, conservando solo la última hilada. Asociado al nivel de derrumbe se documentaron numerosos restos de ánforas, pero no como material rodado, sino que parece ser que esas ánforas “estalladas” se habían conservado en el lugar de su última deposición.

Debajo del nivel de destrucción, se documentó otro nivel de habitación diferenciado, en el que se exhumó el muro M23, con una dirección contraria al Recinto H03, y que no parece pertenecer a ninguna de las estancias definidas.

El Recinto H04 estaba conformado por los muros M17, M18, M11 y M09 que se encontraban en mal estado de conservación y asentaban sobre una nivel de relleno con escorias y cenizas.

solo fue posible excavar una reducida parte del Recinto H05, pues estaba próximo al perfil este del cuadro, no pudiéndose delimitar su planta ni su superficie.

El Recinto H06, delimitado por M06, M07a y la habitación H07 al este, tenía una superficie de 6 m<sup>2</sup>, aunque no se pudo comprobar si este espacio estaba delimitado en sus cuatro lados.

El Recinto H07, delimitado por M07b, M07c, M09 y M10, tenía una superficie de 6,25 m de largo por 3 m de ancho. En el centro de la estancia había un pilar cuadrado, de 1 m de lado. El acceso a este recinto desde el exterior se hacía por la cara norte, lo que no era usual en los casos estudiados en este yacimiento. El nivel de la habitación estaba por debajo del de la calle, por lo que fue necesario construir dos escalones de lajas planas, que se apoyan en el cimiento M07c, para facilitar el acceso. Por sus dimensiones se ha planteado que quizás no tuviera una función doméstica (García Sanz 2006: 2181)



Figura 46: Recinto 07 con pilar central (García Sanz 2006: 2190).

No se apreciaba relación en cuanto a la distribución entre las diferentes estancias como parte de una misma manzana, solo H01 y H02 podrían tener cierta conexión, pero no se ha podido comprobar si existía una puerta entre ellas (García Sanz 2006: 85).

Se apreciaba un cierto desnivel entre las diferentes estancias, con una suave pendiente en las calles. Se ha planteado que podría haber un escalonamiento entre H01 y H02 para superar dicho desnivel. En un vano de 2 m de ancho había una serie de escalones contruidos con grandes lajas plana de pizarra, cada escalón tiene una altura de 0,15 m.

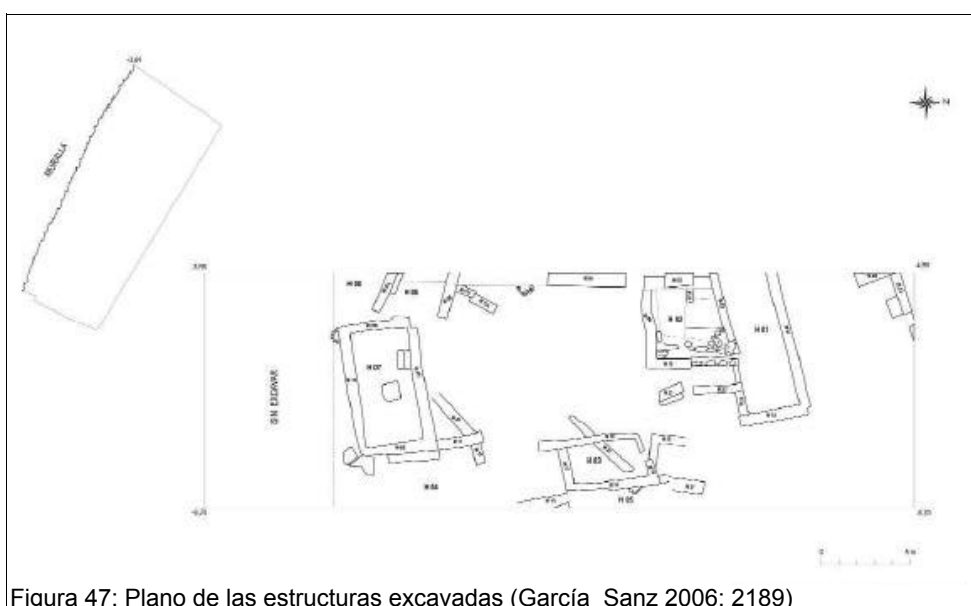


Figura 47: Plano de las estructuras excavadas (García Sanz 2006: 2189)

A partir de las características de las estructuras excavadas, y sobre todo de los materiales arqueológicos asociados a ellas, se ha intentado interpretar la funcionalidad de algunas de estos recintos. Los excavadores han planteado la posibilidad de que H01 y H07 fueran realmente almacenes, pero no ha sido posible corroborarlo con el material arqueológico documentado (García Sanz 2006: 85). En muchas estancias, como en H01, H04, H06, se han documentado restos de elementos relacionados con la actividad metalúrgica (escorias, toberas, etc.), por lo que se ha supuesto que esta zona del yacimiento sería un área con carácter "industrial" (García Sanz 2006: 84). En cualquier caso, no podemos excluir que estas actividades se desarrollaran en ambientes domésticos.

Resumiendo, en el yacimiento de Tejada la Vieja solo conocemos el urbanismo de los últimos momentos de ocupación, correspondiente a época turdetana, concretamente desde finales del siglo VI a.C. a mediados del IV a.C., aunque sabemos de la existencia de un núcleo de naturaleza urbana desde finales del siglo VIII a.C.

A partir de la estratigrafía y los materiales documentados en las excavaciones realizadas, Fernández Jurado (1987b: 153) establece en Tejada la Vieja la existencia de tres grandes períodos, correspondientes a otras tantas fases de ocupación:

- FASE I: que abarcaría desde finales del siglo VIII a.C. a finales del siglo VII a.C., correspondiente a los niveles I y II, que sería el periodo inicial de poblamiento de Tejada. Para estos momentos iniciales no se han podido aún constatar restos de construcciones, aunque sí se han documentado en los diferentes cortes realizados estratos de arcilla roja, que se han interpretado como restos de pavimentos (Fernández Jurado 1987b: 154) de algún tipo de edificación estable, “quizás un cierto urbanismo espontáneo, delimitado por la muralla que comienza a construirse en estos momentos”. Aunque Campos Carrasco y Gómez Toscano (2001: 141) rechazan esta idea y plantean que esos niveles de arcilla pertenecerían al sustrato natural propio del entorno (*terra rosa*) y no a un “suelo preparado”. Lo cierto es que en los cortes estratigráficos realizados hasta el momento no se han hallado restos de posibles cabañas, por lo que se ha planteado que el poblamiento inicial de Tejada estuviera en otra zona del yacimiento, aún no excavada. Existe una tercera postura al respecto, defendida por García Sanz y Rufete Tomico (1995: 7-8), quienes proponen que existió un poblado inicial de cabañas, construidas con materiales perecederos, con un fuerte componente indígena pero que en esos momentos ya sería patente la influencia oriental, pues prácticamente desde los inicios de la ocupación del asentamiento se emprende la construcción de la muralla. Siguiendo el argumento de estas autoras, posiblemente este primer poblamiento debió de ser inmediatamente sustituido, dentro de la primera fase de ocupación, por las estructuras de habitación correspondientes a los pavimentos de arcilla roja.

A partir de los materiales cerámicos hallados, y principalmente por la presencia de cerámica a torno de origen foráneo, se plantea una datación de finales del siglo VIII a.C. para el momento fundacional, rechazando así propuestas anteriores muchos

más altas (Blanco y Rothenberg 1981), que se remontaban al Bronce Medio, que no se ha confirmado en estas campañas de excavación.

El Nivel I correspondería al inicio de la ocupación del lugar, para lo que se procedió a la adecuación del terreno que serviría como base para la posterior construcción del poblado, cuyos primeros momentos de habitación se corresponden con el Nivel II, que abarcaría todo el siglo VII a.C. En este nivel se observa una intensa actividad constructiva, con sucesivas superposiciones de pavimentos. Asimismo se produce un aumento del número de cerámicas, entre las que destacan las de engobe rojo y las grises, que evidencia la existencia de relaciones comerciales con los fenicios. En cuanto a la economía, estaba basada principalmente en la explotación minerometalúrgica de la plata, que se exportaba hacia los centros costeros, como Huelva, desde donde posteriormente se comerciaba con los fenicios.

- FASE II: que se desarrolla desde finales del siglo VII hasta mediados del siglo VI a.C. A esta fase corresponde el Nivel III, en el que se documentan los primeros restos arquitectónicos, a excepción de la muralla ya presente en la fase anterior. Estos restos constructivos consisten en muros contruidos con piedras y adobes. Parece ser que en esta fase existiría ya en Tejada un urbanismo más definido, produciéndose una mayor concentración urbana.

En este nivel se hace más intensa la influencia orientalizante, al igual que se ha constatado en el yacimiento próximo de San Bartolomé de Almonte, aunque los elementos autóctonos aún mantienen un fuerte carácter arcaizante.

Se continúan documentando actividades metalúrgicas, como lo demuestran los hallazgos de toberas y escorias de fundición de plata, pero se percibe una mayor diversificación económica.

- FASE III: que comprendería desde mediados del siglo VI a.C. a mediados del siglo IV a.C. y se corresponde con los Niveles IV y V. En estos momentos ya turdetanos se produce una nueva reordenación urbana de Tejada y en algunas zonas se procede a la readecuación y preparación del terreno para las nuevas construcciones.

En estos niveles continúa descendiendo el número de cerámicas a mano y bruñidas, en las que aún se observan ciertos arcaísmos, mientras que continúan aumentando las realizadas a torno, entre las que abundan las cerámicas pintadas y las de engobe rojo, predominando los cuencos de tendencia hemiesférica. El

elemento más significativo de este nivel es un fragmento de cerámica griega, hallado en el sector norte del corte C-1/85. Se trata de una pequeña pieza de origen ático, posiblemente una copa, barnizada de negro tanto en el interior como exterior, que se ha fechado por paralelos en la primera mitad del siglo VI a.C. (Fernández Jurado 1987b: 163). También se ha encontrado otro fragmento de cerámica griega arcaica, que corresponde al pie de un ánfora corintia, hallada en la H-5 de A/83, con una cronología algo más reciente.

En esta fase, además de las cerámicas, también han aparecido restos de actividades metalúrgicas, como toberas y algunas piezas metálicas, que ahora son más escasas que en la etapa anterior. La producción metalúrgica, fundamentada en la plata, parece llegar a su fin; desde este momento son escasas las evidencias, explotándose ahora un mineral más pobre. La economía de Tejada se diversifica; junto a la producción minero-metalúrgica, comienzan a potenciarse las actividades agropecuarias.

A principios de esta fase, en el Nivel IVa, ya se comienza a evidenciar la crisis y los cambios que, a partir de mediados del siglo VI a.C., llevarán a la transformación de la sociedad y cultura tartésica, dando origen al mundo turdetano. Probablemente en estos momentos se inicie la construcción de los contrafuertes trapezoidales de la muralla y el reforzamiento de la misma, así como la nueva ordenación urbana. A finales de la etapa se construyó un gran edificio público (cuadros A-6 y A-10), que en momentos posteriores (Nivel V) sufrirá una remodelación.

Todos estos cambios no supusieron el fin de las relaciones comerciales de Tejada con la costa, existentes en las fases anteriores, sino que estas se retoman a través de las mismas rutas, que anteriormente llevaban el mineral hasta el río Guadalquivir, bien por vía terrestre hacia San Bartolomé de Almonte o a través del río Guadiamar. Esta relación se constata por el hallazgo en la H-15 de tres conchas de vieira (*Pecten maximus*), que son características de las costas atlánticas y que, además de haber servido de alimento, podrían haberse aprovechado como recipientes. Estos contactos estarían, además, definidos en el Nivel IVc por la presencia de un *escifo* ático al que debieron acompañar otras producciones griegas, como la copa tipo *Cástulo*, que se halló en el edificio público H-9, del cuadro A-10. La presencia de estas producciones griegas y el resto de materiales del Nivel IV c permiten fecharlo desde mediados del siglo V a.C.



En el Nivel V se observa la reestructuración del gran edificio de los cortes A-6 y A-10. Además, probablemente se construyeran también los edificios excavados por Blanco, en la década de los 70, en la denominada zona BC y algunas habitaciones sobre la muralla. Según Fernández Jurado (1987b: 167-168) este Nivel V podría considerarse, desde el punto de vista arquitectónico y urbanístico, como una subfase de la Fase III. Así, plantea la existencia de una subfase IIIa, que se iniciaría a fines del siglo VI a.C. hasta llegar a finales del siglo V a.C., momento en el que se sustituye el urbanismo preexistente por otro nuevo, que cuenta ya con manzanas de edificios y una red viaria definida. Y una última subfase, IIIB, que se fecha desde finales del siglo V a mediados del siglo IV a.C., que correspondería a los momentos finales del yacimiento, aunque aún se construyen algunos edificios nuevos y se remodelan otros.

En esta última etapa de vida de la ciudad de Tejada la actividad minero-metalúrgica convive con las actividades agropecuarias, pero es ahora menos importante y de menor calidad que en etapas anteriores, pues el mineral es más pobre, por el agotamiento de las minas.

En estos momentos Tejada continúa vinculada al ámbito gaditano, intermediario ahora en el comercio ampuritano, como lo evidencian, por ejemplo, la presencia de copas *Cástulo*. En estos momentos finales se retoma una ruta comercial hacia Cádiz, ya conocida y utilizada en siglos anteriores, que permitió la llegada hacia el interior de ánforas corintias B y protogrecoitálicas.

Ya en los primeros momentos de ocupación de Tejada pudo construirse el sistema defensivo. Se trata de una muralla de mampuestos, y con un recorrido de más de mil metros<sup>22</sup>, que se adapta a la configuración topográfica del yacimiento, situado en lo alto de un cerro. Al parecer no tenía zanja de cimentación, si no que se apoyaba directamente sobre la roca natural, aunque en ocasiones se observa la utilización de un relleno, de piedras o tierra, para nivelar el terreno antes de su construcción. La muralla está formada por dos lienzos paralelos, de bloques de piedra caliza,

---

22 Según Ruiz Mata (1998: 188) la muralla protohistórica de Tejada la Vieja tendría una extensión de 1.475 m, mientras que otros investigadores como Blanco y Rothenberg (1981: 237) proponen en sus estudios una extensión de 1.640 m, como recogen también Fernández Jurado (1987d: 45) y Campos Carrasco y Gómez Toscano (2001: 56). Aunque García Sanz y Rufete Tomico (1995) plantean que no se puede aún confirmar que la muralla rodease todo el perímetro de la ciudad, pues aún no se ha excavado la zona meridional, que contaba con una mejor defensa natural que pudo bastar por sí misma, aunque no se excluye que pudiera estar reforzada de forma artificial.

cuyo espacio interior está relleno de piedras, tierra y material cerámico de desecho. A esta estructura se le añadieron contrafuertes, semicirculares y cuadrangulares, en los puntos más débiles, como eran los quiebras que la cerca daba en su recorrido para adaptarse a la forma de la meseta. Al parecer, los contrafuertes semicirculares, que poseen el mismo material y técnica constructiva que la muralla, fueron contruidos al mismo tiempo que esta, hacia finales del siglo VIII a.C., mientras que los contrafuertes rectangulares, contruidos con pizarras mejor trabajadas, fueron posteriores, fruto de un añadido del siglo VI a.C., cuando, además, se construyó un nuevo lienzo de muralla en la zona sur, con la misma técnica constructiva pero hecho con bloques de pizarra.

En las excavaciones llevadas a cabo en el yacimiento en los años 1974 y 1975, por Blanco y Rothenberg (1981: 235), se localizaron los cuatro puntos de acceso a la ciudad, dos de ellos se encontrarían en el extremo oeste del recinto, el más meridional entre dos bastiones, el otro situado entre una de las torres y un repliegue de una muralla. La tercera puerta se abría en la zona más baja, en la vaguada del norte, y estaba flanqueada por torres, y la cuarta en el lado sur, que al ser una zona de más fácil acceso, estaba reforzada por un desdoblamiento de la muralla.

Respecto a la funcionalidad de esta muralla se han planteado diversas hipótesis. Su carácter defensivo ha sido cuestionado en varias ocasiones (García Sanz y Rufete Tomico 1995: 12), ya que para época protohistórica no hay indicios de enfrentamientos en la zona, por lo que se ha planteado que se trataría más bien de un elemento de prestigio. Con la construcción de esta muralla se querría mostrar el poder económico y político de la ciudad, pero no hay que descartar, por ello, su carácter defensivo, ya que Tejada la Vieja era un importante centro de concentración y distribución de minerales, muy codiciados en época protohistórica. Fernández Jurado y García Sanz (2001:170) resaltan el hecho de que Tejada, siendo una ciudad del interior, esté amurallada mientras que otras poblaciones costeras como Huelva no presentan sistemas defensivos, por lo que deducen que la construcción de la muralla debió ser más bien un elemento de demarcación urbana en una ciudad de nueva construcción.

Hoy por hoy, con los datos que contamos, es imposible conocer de un modo más preciso la evolución urbanística de Tejada en época protohistórica. Lo que sí parece estar claro, es la existencia de un urbanismo planificado para época turdetana,

adaptado al medio natural en el que se encuentra. Así por ejemplo, el trazado de algunas calles presenta una suave pendiente, no rebajada en el momento de la ocupación. Además, en algunas zonas del yacimiento aparecen, casi en la superficie, crestas de piedra caliza, que han sido integradas como parte de la estructura urbana, generalmente como zona de paso.

Ese urbanismo planificado, según García Sanz y Rufete Tomico (1995: 18), se desarrollaría a partir de las calles, que delimitarían las distintas manzanas de edificios que formaban la ciudad. Dentro de una manzana resulta muy difícil delimitar las distintas viviendas o edificios. A partir de los datos registrados en los diversos trabajos arqueológicos realizados en el yacimiento de Tejada la Vieja, Fernández Jurado y García Sanz (2001: 167) han planteado una serie de hipótesis sobre el urbanismo protohistórico en esta ciudad, llegando a la conclusión de que las calles estudiadas presentan una anchura variable, con una media de 3,5 m, salvo casos excepcionales como el de las que se encuentran alrededor de los “edificios públicos”, que suelen tener el doble de ancho, alcanzando una de ellas (A-10) los 7 metros. Las calles no estaban empedradas, sino que la mayoría eran de tierra y solo en el acceso a las viviendas se han documentado la utilización de lajas de pizarra. El trazado de estas calles se adapta a la topografía, por lo que no siguen una norma fija. Delimitando estas zonas de tránsito hay muros de piedra de mayor anchura, y más cuidados en su construcción, que delimitan las manzanas; a estos muros se adosan las estructuras internas que conforman los edificios.

Se han recogido numerosos materiales arqueológicos en las distintas calles excavadas, por lo que se supone que eran utilizadas como zona para arrojar los desperdicios, como vertedero, o bien que estos restos son consecuencia de actividades de producción como la fabricación de pan, la cocción de cerámica y trabajos textiles, que no se practicarían en el interior de las viviendas, sino en los espacios al aire libre.

Con la existencia de estas calles, se deduce que existió un planteamiento inicial a la hora de definir y ordenar los espacios públicos, reservándose determinados espacios sin construir como zonas comunes. Asimismo se ha propuesto la existencia dentro de la ciudad de distintas zonas funcionales: una zona residencial, donde se localizaban las viviendas, otras de almacén, que se encuentran distribuidas entre las propias viviendas, y una zona dedicada a actividades metalúrgicas, próxima a la muralla, que ha sido denominada “lavadero”, donde se

cree que se llevarían a cabo las primeras fases del tratamiento de mineral. Se han detectado otros espacios destinados, posiblemente, al desarrollo de actividades alfareras o a la producción del pan, tareas que se desarrollarían en régimen comunitario, pues dada la importancia de estas actividades económicas para la población, se piensa que no tendrían un carácter doméstico individual. La existencia de áreas con funciones sociales y económicas concretas refleja, en palabras de García Sanz y Rufete Tomico (1995: 20) un “alto grado de organización social y de especialización laboral”.

En cuanto a las características de las viviendas la mayoría de las plantas que se ha podido documentar tienen forma cuadrangulares o rectangulares. Los muros están contruidos con un zócalo de piedra, sin fosa de cimentación en la mayoría de los casos; a lo sumo, la primera hilada va enterrada en el suelo. Las piedras empleadas para su construcción son pizarras o calizas, generalmente, poco trabajadas. No podemos asegurar que se utilizase algún tipo de mortero, del que no nos han llegado restos, aunque no hay que descartar el uso de arcilla como aglomerante (García Sanz y Fernández Jurado 1987: 110). El alzado de la pared, del que solo se han conservado los restos de su derrumbe, sería de adobe o tapial.

<b>A ñ o</b>	<b>Localización</b>	<b>Publicación</b>	<b>Restos constructivos</b>	<b>Cronología</b>
1974 / 1975	Muralla y terraza superior	Blanco y Rothenberg 1981	<p>Cuadro A3: habitación formada por los muros M2 y el M3-4. Anchura: 55 - 70 cm.</p> <p>Cuadro J5: muro M7, con una dirección este-oeste. M6: conservaba unos 40 x 60 cm, sobresalía por el lado este de M2, ha sido interpretado como el quicio de una puerta que separaría las habitaciones L6 y L7.</p> <p>M8: más estrecho que los anteriores</p> <p>Habitación L3: dos suelos superpuestos: L26, de caliza descompuesta, piedras pequeñas y placas de pizarra apisonadas y L27, de tierra rojiza y piedra caliza triturada y apisonada.</p> <p>Zona C-B: restos de un gran edificio de muros de mampuestos y lajas de pizarra, con cimientos en leve</p>	

			<p>talud que sobresalen del muro a modo de banco.</p> <p>Habitación L10 y L16: suelo de barro apisonado, muy fino y compacto.</p> <p>Una segunda habitación: L11, L15 y L23.</p> <p>Una tercera habitación (L12-L13) en su lado oriental - M18a - tiene forma absidal. La parte inferior de su pared norte - M14- sobresale por el interior a modo de banco,</p> <p>Una cuarta habitación más pequeña (L-14), tenía un banco junto al muro sur (L33).</p> <p>La habitación más al sur (L21): suelo de tierra.</p> <p>Cuadrículas D-C3: parte de un edificio ( M9-11)</p>	
1 9 8 3	Terraza media	Fernández Jurado 1987b	<p>Cinco habitaciones.</p> <p>Una zona al aire libre, empedrada con lajas de pizarra de tamaño medio.</p>	
1 9 8 4	Terraza superior	Fernández Jurado 1987b	Diversos muros que pertenecían a distintas estancias, Las entradas de las habitaciones interiores estaban empedradas.	
1 9 8 5	Terraza superior	Fernández Jurado 1985d	<p>Dos muros paralelos, en dirección norte-sur, construido con pizarras, que delimitaban una amplia habitación.</p> <p>Cuadro A-1/85: dos grandes muros maestros de buena factura y gran longitud, dirección este-oeste. De estos partían otros muros menores, transversales a ellos, que delimitaban diferentes espacios.</p> <p>Diferentes tipos de pavimentos: de tierra simplemente batida tierra compactada o barro, como los hallados en A-1/85 y A-2/85. En A-3/85: los suelos aprovechan la propia caliza del terreno, que únicamente ha sido machacada y nivelada. En algunos casos, como en A-1/85, se ha construido un suelo enlosado con pequeñas lajas.</p>	
1 9 8 6	Terraza superior	Fernández Jurado 1986a	<p>Muros de las viviendas: Anchura: 40-60 cm. Muros medianeros: 30-35 cm.</p> <p>Destaca el gran edificio excavado en el cuadro A-10 y que se extendía en parte al A-6, construidos con grandes muros de pizarra.</p>	ss. V- IV a.C.
1 9 8 7	Terraza superior	Fernández Jurado 1987c	Excavación en extensión: urbanismo	
2 0 0	Terraza superior	García Sanz 2006	Sector Norte: muros construidos con la misma técnica: dos muros de mampuestos, de pizarra o	

6			<p>piedra caliza, la parte central rellena con tierra y pequeñas piedras.</p> <p>M08, U.E. 13, que forma la esquina de una habitación.</p> <p>Debajo de M08 y correspondiente al anterior momento de habitación se exhumó el cimiento M22, U.E. 19, orientado de oeste-este.</p> <p>H01: M01 (U.E.1), M02 (U.E.2), M24 (U.E. 81) y M25 (U.E.33), que conforman una estancia de grandes dimensiones, con una orientación oeste-este. No se ha podido conocer su superficie completa, más de 40 m<sup>2</sup>. Por sus dimensiones y su planta alargada y estrecha, se ha supuesto que era un almacén.</p> <p>Recinto H02: muros M02 (U.E.2), M04 (U.E.3), M03 (U.E.11) y M19 (U.E.3).</p> <p>H03: M14, M15, M16 y M17.</p> <p>H04: M17, M18, M11 y M09.</p> <p>H06: M06, M07a y H07 al este</p> <p>H07: M7b, M07c, M09 y M10.</p>	
---	--	--	--	--

Tabla 3. Cuadro-resumen de las diferentes campañas arqueológicas llevadas a cabo en Tejada la Vieja.

En cuanto a los pavimentos existe una gran variedad de tipos. Un buen número de ellos están realizados con pequeñas lajas de pizarra, material muy abundante en el entorno natural del yacimiento. No menos numerosos son los pavimentos de arcilla apisonada, como por ejemplo los documentados en el gran edificio hallado en los cuadros A-6 y A-10, además del corte C.1/85.

Las techumbres se suponen de materiales vegetales, que se habrían descompuesto sin dejar evidencias en el registro arqueológico. No obstante, en ocasiones pudieron realizarse con lajas de pizarra, a juzgar por la gran cantidad que se ha encontrado en el interior de algunas habitaciones. Este supuesto explicaría, además, la construcción de pilares cuadrados de piedra en el interior de las estancias, que servirían de soporte a esas techumbres más pesadas. Pero estos pilares cuadrados también han aparecido en habitaciones donde no hay evidencias de cubierta de piedra, además de en las calles, en las que se supone, según García Sanz y Fernández Jurado (1987: 111), que sostendrían una especie de galería con techumbre de material orgánico, que cubriría parte de la vía pública, junto a los muros de las edificaciones.

Es complicado conocer la distribución interna de las viviendas. García Sanz y Fernández Jurado (1987: 111) plantea la hipótesis de que existiera un espacio abierto interior, a modo de zaguán, alrededor del cual se dispondrían el resto de estancias. El acceso a las habitaciones está delimitado a través de umbrales, hechos con lajas de pizarra y otras veces simplemente con tierra. Lo que sí podemos observar es una gran flexibilidad en la organización interna de las mismas, pues con el paso del tiempo en muchas casas se constata que se han realizado reformas, desmontando muros ya existentes para unir estancias, o al contrario, dividiendo espacios mediante la construcción de nuevos tabiques o muros.

Además de las viviendas, se ha documentado una serie de estructuras, de carácter secundario y con diferentes funcionalidades, que nos ayudan a conocer un poco mejor la organización de la ciudad y las diferentes áreas existentes en ella. Anexas a las viviendas, se han excavado una serie de estructuras edilicias, también construidas con pizarras, pero con una factura más cuidada. Estas construcciones poseen mayores dimensiones y una planta de tendencia rectangular. Sus muros son de mayor anchura que en el resto de las viviendas y, además, se han documentado abundantes piedras en su interior, lo que se ha interpretado como los restos de las cubiertas, que estaría construidas con pizarras. Estas características constructivas y el hecho que se hallaran en el interior de estas estancias numerosos fragmentos de ánforas, ha llevado a suponer que tuvieran una función de almacén. Las habitaciones se comunican entre sí, a través de vanos interiores, con umbrales y zonas de paso; solo en algunas de ellas hay un acceso desde el exterior.

En la zona próxima a la muralla, en el corte C-1/85, han aparecido una serie de estructuras, construidas con la misma técnica que las demás, que consisten en dos muros de piedra, muy anchos y cercanos entre sí, dispuestos en paralelo, que se han interpretado como un *“lavadero de mineral”* (García Sanz y Fernández Jurado 1987: 112; García Sanz y Rufete Tomico 1995: 17), por el hallazgo en los alrededores de abundantes restos de actividades metalúrgicas. Se ha descartado la posibilidad de que se tratase de un abrevadero para animales, por la propia anchura de los muros, que impedirían al ganado acceder al agua. Se trata de un espacio rectangular, constituido por dos muros anchos de piedra, de la misma técnica que el resto de las estructuras estudiadas. Las evidencias de actividades

metalúrgicas en esta zona del yacimiento no son muy numerosas, por lo que se ha planteado que la producción estaría destinada al propio consumo o bien que fueran estructuras de época anterior, en la que las actividades metalúrgicas tuvieran mayor peso en la economía local.

En una amplia zona considerada de paso se han localizado otro tipo de estructuras, igualmente construidas con un zócalo de piedra, pizarras y cantos, pero de planta circular. No se han encontrado restos de mineral ni escorias en su interior, ni en los alrededores, pero sí una gran cantidad de fragmentos cerámicos, por lo que se han interpretado como hornos de producción cerámica. Aunque investigadores, como García Sanz y Rufete Tomico (1995) han señalado que su forma y dimensiones son muy similares a la de los hornos metalúrgicos encontrados en otros yacimientos, como es el caso de Huelva. Pero parece ser que su localización en un espacio público y sus características confirmarían la hipótesis de que sean hornos alfareros, aunque la ausencia de restos que evidencien el uso de fuego, como cenizas, tierra quemada, etc., no permite estar seguros, por lo que no debemos descartar otra funcionalidad diferente.

También se han documentado unas placas circulares, de unos 90 cm de diámetro aproximadamente, formadas por una capa de arcilla roja, muy limpia, en la que no se han encontrado restos de cenizas. No se han conservado las cúpulas que servirían de cubrición a estas estructuras, que se han interpretado como tahonas. Su ubicación fuera de las viviendas, ha llevado a suponer su utilización, según García Sanz y Rufete Tomico (1995:18) para actividades con fines comunitarios.

En cuanto al final de la ciudad de Tejada la Vieja, en la primera mitad del siglo IV a.C. se produciría el abandono definitivo. Blanco y Rothenberg (1981:279) pensaban que se trataba de un abandono repentino, como indicaría la habitación llena de ánforas, aunque no de forma violenta. Así plantearon la posibilidad de que la resistencia de esta región a la conquista militar cartaginesa, llevase a la creación de un nuevo asentamiento en la zona llana situada al sur, en el lugar conocido como Tejada la Nueva, donde los hallazgos numismáticos permiten situar la ceca de la antigua *Itucci* (Vidal Teruel 2004). La ausencia de signos de violencia ha llevado a pensar, ante los nuevos datos obtenidos en las últimas investigaciones, que el abandono de este poblado debió haberse realizado de manera pacífica,



quizás por razones económicas, impuestas por la nueva situación comercial existente en el sur peninsular. Se ha planteado la posibilidad de que se produjese un traslado de parte de la población hacia los centros mineros del Alto Guadalquivir, ahora en auge, pero es más probable que se trasladaran a Tejada la Nueva, mejor situada en la fértil campiña onubense y junto a una importante vía que comunicaba por el interior la costa atlántica occidental con las tierras del Guadalquivir.

### **III.1.2. El Andévalo**

#### **III.1.2.1. El Cerquillo (Montes de San Benito, El Cerro de Andévalo)**

En esta recopilación de datos sobre la arquitectura doméstica en época turdetana y como contrapunto de los centros hegemónicos ya tratados, hemos considerado conveniente incluir también los datos de El Cerquillo, un poblado situado en la región onubense del Andévalo Occidental. Este yacimiento se localiza en la aldea de los Montes de San Benito, pedanía del término municipal de El Cerro de Andévalo, que debe su nombre a una pequeña elevación donde, por sus condiciones estratégicas, se asentó el primitivo núcleo de población. En las inmediaciones se han encontrado restos materiales y constructivos que se han fechado en el siglo IV a.C. La entidad de los restos hallados y estudiados hasta ahora, llevan a su inclusión en este trabajo, aunque no contamos todavía con un estudio completo de los resultados de la intervención arqueológica. Al parecer se trata de un poblado fundado *ex novo*, en el siglo IV a.C., que cuenta con dos fases de ocupación, en la última de las cuales se procedió a la construcción de un recinto amurallado, lo que es indicativo de la relevancia de dicho núcleo poblacional.

### **La documentación arqueológica**

Los trabajos arqueológicos desarrollados, tras su descubrimiento de forma casual a raíz de las fuertes lluvias invernales, en el año 1998, consistieron en una prospección de la zona y en la realización de una serie de sondeos estratigráficos (Guerrero Chamero *et alii* 1998).

En la zona noreste del yacimiento se procedió a la excavación de los Cortes I, II y III, mientras que el Corte número IV se realizó en la ladera oriental del cerro. A la

vista de los resultados obtenidos, se decidió ampliar la superficie inicial de los cortes estratigráficos. En total se han registrado 105 unidades estratigráficas, de las cuales 31 son constructivas y el resto de carácter deposicional.

Se ha documentado la existencia de cuatro fases de ocupación. La *Fase I* corresponde a los materiales de relleno de la construcción de la muralla, que nivelan y preparan el terreno para las construcciones de la siguiente fase. Estos materiales han sido fechados hacia finales del siglo V a.C. o principios del IV a.C. La *Fase II*, fechada en el siglo IV a.C., corresponde a los materiales asociados a la muralla y las viviendas adosadas a ella. En el Corte I se documentó la existencia de una unidad de habitación, cerrada en uno de sus lados por el propio lienzo de la muralla, compuesta por un suelo de barro amarillo (U.E. 27) y delimitada por una serie de muros (U.E. 14, U.E. 40 y U.E. 41) de los que no nos consta la orientación ni las dimensiones. Sí conocemos la existencia de un hogar sobre el suelo, dos vasares y un posible agujero de poste (U.E. 36). Asociados asimismo a este nivel de habitación han aparecido restos óseos de consumo, numerosos fragmentos cerámicos, manchas de carbón, además de algunos adobes de color amarillo y naranja.

En el Corte IV, en este primer nivel de habitación, aparecieron una serie de muros maestros (U.U.E.E. 78 y 82), que se apoyan sobre el pie de amigo de la muralla. Las viviendas aprovechaban el lienzo de muralla como pared posterior. Se ha documentado la existencia de dos unidades habitacionales. La Habitación 1, delimitada por los muros U.E. 78 y 64 de los que desconocemos sus medidas y con un suelo de barro apisonado amarillo (U.E. 64), en el que aparecieron restos óseos, fragmentos cerámicos y manchas de carbón, que nos hablan de su ocupación. La Habitación 2 está formada por dos muros - U.U.E.E. 81 y 82-, más el lienzo de muralla y un suelo de barro apisonado también amarillo (U.E. 67), en el que aparecieron los restos de un hogar.

La *Fase III* solo se ha documentado en la ladera sur del cerro. Los materiales asociados a esta fase nos dan una cronología para la misma del siglo IV a.C. En el Corte IV se aprecian dos niveles de ocupación en la Habitación 2, que se superponen al de la *Fase II*, y uno en la Habitación 1 (U.U.E.E. 76 y 79). En la Habitación 2 se documentó un nuevo nivel de habitación, al que corresponden los muros U.E. 78 y U.E. 80, que fue arrasado posteriormente y apisonado para construir sobre él, nuevamente, otras estructuras.

La última fase (IV), sin duda la peor conservada, corresponde a los momentos de abandono y destrucción del poblado, que parece que se produjo de forma rápida, aunque sin violencia.

La muralla delimitaría una extensión de unas 2,5 ha aproximadamente, que posiblemente coincidiría con la del poblado, aunque no se ha podido constatar si la ocupación se extendía fuera de las murallas, en las laderas medias del cerro.

En este poblado la mayoría de las viviendas suelen tener una planta rectangular. En cuanto a las técnicas constructivas empleadas, la parte inferior de los muros están contruidos de piedra, concretamente con losas de pizarra dispuestas horizontalmente y trabadas con argamasa, mientras que la parte superior de las paredes sería de adobe o tapial. La práctica totalidad de los suelos estudiados están realizados con tierra apisonada de color amarillento. Por algunas huellas observadas por los excavadores, se supone que las cubiertas de las viviendas estuvieron realizadas con materiales vegetales, soportados, en ocasiones, por postes de madera, de los que han quedado algunas huellas en el suelo (U.E. 36).

En todas las unidades de habitación aparecen restos de hogares y en algunos casos vasares.

En el año 2006 se realiza una prospección geofísica y el levantamiento topográfico del yacimiento completo (Schattner y Pérez 2006). En estos trabajos se pudo constatar el buen estado de conservación del caserío y su organización y distribución en manzanas, con un sistema de viales ortogonales.

### **III.2. La arquitectura doméstica de época turdetana en la provincia de Sevilla**

Los estudios y trabajos arqueológicos en la provincia de Sevilla tienen una larga tradición historiográfica, pero hasta fechas no muy lejanas estos se centraron principalmente en la época romana, parte de cuyos magníficos restos eran aún visibles. No sería hasta el hallazgo del famoso Tesoro del Carambolo, más que mediado ya el siglo XX, cuando los investigadores y arqueólogos empezarían a mostrar interés por la etapa protohistórica.

Uno de los aspectos a tener en cuenta a la hora de estudiar el poblamiento protohistórico en la provincia de Sevilla, es la gran variedad de paisajes que podemos encontrar. Esta diversidad de medios naturales conlleva la existencia de poblaciones adaptadas de forma diferente al entorno, con actividades económicas diferenciadas y posiblemente con un desarrollo urbano también distinto.

Podemos distinguir en la provincia de Sevilla varias áreas geográficas. Una de ellas es la zona del Aljarafe, al oeste de la provincia y limitando con Huelva. En la actualidad, la zona del Aljarafe conforma una pequeña meseta, con una suave inclinación hacia el sur, con bordes escarpados, en contacto con la Vega del Guadalquivir por su lado oriental y con la vega del Guadiamar por el occidental. Esta zona del Aljarafe corresponde a un glacis formado por la erosión de la cercana Sierra Morena, lo que explica que el reborde oriental del Aljarafe esté compuesto mayoritariamente por margas. Se trata de un suelo formado por paquetes de gravas y arenas, muy pobre desde el punto de vista edáfico y con pocas posibilidades agrícolas.

En el centro-este de la provincia de Sevilla se encuentra la comarca de los Alcores, situada en la margen izquierda del río Guadalquivir, que se extiende entre los ríos Corbones y Guadaira, con una extensión de unos 40 km y abarca las poblaciones actuales de Carmona, Viso del Alcor, Mairena del Alcor y Alcalá de Guadaira. Se trata de una cordillera de pequeños cerros que discurre en dirección noreste-suroeste, en realidad terrazas de origen cuaternario del Guadalquivir. Su base geológica son margas terciarias y calcarenitas, que históricamente se han explotado como canteras de materiales para la construcción.

Entre ambas formaciones, los Alcores y el Aljarafe, se extiende la comarca de La Vega, con municipios de gran interés arqueológico, como Alcalá del Río (*Ilipa*) o Peñaflor (*Celti*). La Vega está formada por tierras de aluvión, de formación reciente, llana y muy fértil, que sirve al río como cauce de inundación. Aunque estos territorios son muy fértiles en la actualidad, parece que no lo fueron tanto en el pasado. Los diferentes estudios paleogeográficos realizados en la zona, indican que en época antigua estas tierras serían poco aprovechables para la explotación agrícola, al estar afectadas, total o parcialmente, por inundaciones periódicas.

La zona de la Campiña se extiende por el sureste de la provincia sevillana, abarcando hoy día los términos municipales de Écija, La Puebla de Cazalla, Paradas, Osuna, Los Molares, Utrera, La Campana, Fuentes de Andalucía y parte del de Carmona. Se trata de una comarca extensa, con una orografía muy suave y tierras muy fértiles desde el punto de vista agrícola. Los territorios de la campiña sevillana se encuentran bañados, además de por el Guadalquivir, por los ríos Genil y Corbones.

En este apartado agruparemos los yacimientos arqueológicos estudiados de acuerdo con su localización en las distintas regiones naturales, con algunos matices: La Ribera del Guadalquivir, Los Alcores y las tierras de Campiña. Escapan a este esquema geográfico tripartito, Setefilla y Estepa, situadas en territorios de transición entre la Vega y el piedemonte de Sierra Morena, y entre la Campiña y las estribaciones subbéticas, respectivamente. En la relación que sigue figuran solo los asentamientos en los que se han documentado restos arquitectónicos fechados en época turdetana, sin que eso presuponga que otros centros igualmente importantes estuvieran despoblados en esta etapa histórica.

### **III.2.1. La Ribera del Guadalquivir**

#### **III.2.1.1. *Ilipa* (Alcalá del Río)**

A pesar de los numerosos testimonios escritos sobre la importancia de la antigua *Ilipa*, no se tuvo su verificación arqueológica hasta el siglo XXI. Con anterioridad, solo disponíamos de numerosos restos arqueológicos, de diversas épocas,

procedentes del término municipal de Alcalá del Río y de algunos hallazgos casuales (epígrafes, esculturas), y por tanto descontextualizados, realizados en el casco urbano.

Las fuentes escritas clásicas nos hablan de la importancia de *Ilipa* en la Antigüedad. Estrabón nos dice en su *Geografía* (III.2.2, 2.3, 5.9) que fue una de las ciudades más importantes de la Turdetania, papel derivado del control que ejercía sobre el tráfico fluvial. Su puerto se ha considerado uno de los puntos de embarque de la plata procedente de Sierra Morena (Millán León 1989: 124), mayoritariamente del foco minero de Aznalcóllar. Por su parte, Plinio (*N.H.* III, 3,11) la incluye dentro de los *oppida* del *Conventus Hispalense*, recogiendo ya su sobrenombre romano de *Magna*. También aparece nombrada en el Anónimo de Rávena (IV, 44) en alusión a la calzada que unía *Emerita* con *Italica*. Durante mucho tiempo se ha relacionado *Ilipa* con el posible escenario de la batalla entre cartagineses y romanos que lleva su mismo nombre, acaecida en el año 206 a.C., en el marco de la II Guerra Púnica, aunque hoy en día muchos autores dudan de ello<sup>23</sup>.

La actual Alcalá del Río ocupa un gran promontorio, de unos 24 m de altitud, en la margen derecha del Guadalquivir, que en época protohistórica estaría en la cabecera del estuario fluvial, en el punto a partir del cual las embarcaciones de calado medio no podían continuar río arriba, de ahí su gran importancia estratégica para el control del tráfico fluvial. *Ilipa* se asienta en uno de los cabezos más elevados de la zona, lo que le permitía el control visual del entorno. Además, por su propia configuración geográfica, posee unas buenas defensas naturales en sus flancos norte y este, mientras que en su lado sur discurre actualmente el curso del arroyo Caganchas, tributario del Guadalquivir, que en épocas pasadas formaba una profunda vaguada, en sentido norte-sur, que dividía en dos el promontorio, entre la Avenida de Andalucía, al este y la calle Pimienta y su prolongación por el Paseo Juan Carlos, al oeste.

Su estratégica ubicación en una meseta dominando el curso del río y el territorio circundante, entre la Vega del Guadalquivir y la Sierra Norte sevillana, fue un factor fundamental para su temprano poblamiento (Ferrer *et alii* 2008: 234-235). Los recientes trabajos arqueológicos han dado como resultado una primera ocupación

---

23 Bendala *et alii* (1987: 124) proponen como posible escenario de la Batalla de Ilipa los alrededores de la actual Carmona. Para una profundización sobre el tema, cf. Millán León 1989: 71-100, dónde plantea una vía intermedia.

en época calcolítica en las inmediaciones de la ciudad, en el yacimiento de La Angorrilla. La primera ocupación del casco urbano no se produciría hacia el siglo VIII a.C., como demuestran los restos hallados en las excavaciones realizadas en las calles La Cilla, Antonio Reverte (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007) y la Plaza de Mariana Pineda (Izquierdo de Montes 2006). La fundación de la ciudad se ha relacionado tradicionalmente con la actividad fenicia en el golfo tartesio y la expansión demográfica en el período orientalizante (Ferrer Albelda y García Fernández 2007: 123). Su estratégica posición, en el último tramo navegable del río, próxima a la desembocadura, hizo que se convirtiera en una de los principales enclaves del Bajo Guadalquivir ejerciendo el control de las rutas terrestres y fluviales que conectaban con las ricas minas de Sierra Morena y las fértiles tierras de la Vega (Ferrer *et alii* 2008: 235). Durante los siglos VIII-VII a.C. habría llegado a tener una superficie de 100 ha (Escacena 2007: 20).

Los datos obtenidos en las diferentes excavaciones realizadas parecen apuntar a una disminución de la población hacia el siglo V a.C., y, consecuentemente, una reducción del hábitat, que se concentraría en la zona más elevada del promontorio, en el entorno de la calle La Cilla (Ferrer Albelda y García Fernández 2007: 124).

*Ilipa* conocería su máximo esplendor en época romana, cuando recibe el sobrenombre de *Magna*, y desarrolla una importante actividad económica y mercantil a través de su puerto. Las acuñaciones de la ceca local son un buen exponente del auge económico de la ciudad.

### **Trabajos Arqueológicos**

Pese a la conocida importancia de esta ciudad en la Antigüedad, las primeras excavaciones arqueológicas en el casco urbano se realizaron en 2003. Los diferentes trabajos practicados en los últimos años han puesto de manifiesto la ocupación de esta ciudad en época turdetana, aunque en la segunda mitad del siglo VI a.C. se produciría una reducción de su extensión, concentrándose la población en la parte más elevada del cerro (Ferrer Albelda y García Fernández 2007: 123), en el entorno de la calle de La Cilla. En distintas intervenciones se ha podido comprobar que perduran las técnicas constructivas y la orientación de los edificios desde fines del siglo VI a.C. al II a.C.

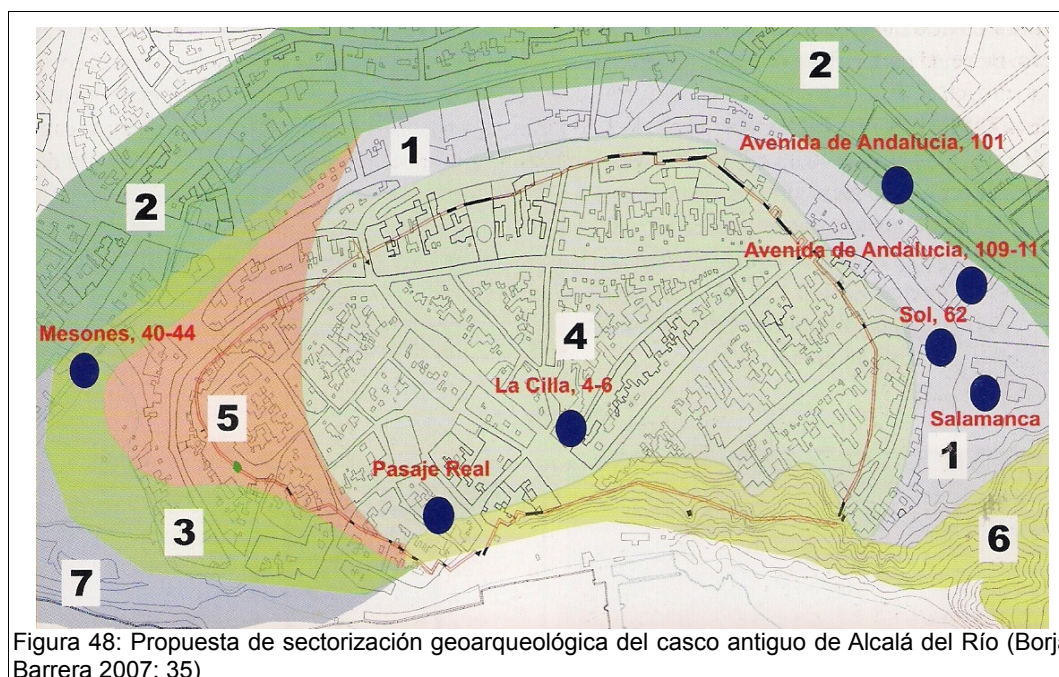


Figura 48: Propuesta de sectorización geoarqueológica del casco antiguo de Alcalá del Río (Borja Barrera 2007: 35)

### ***Pasaje Real n<sup>os</sup> 2-4***

En la excavación de urgencia llevada a cabo en el año 2003 en el solar número 2-4 de la calle Pasaje Real, se comprobó que el área excavada correspondería al reborde de la ciudad en la Antigüedad, a orillas del río Guadalquivir. En esta zona se situaría el acceso desde el puerto fluvial, próximo a lo que sería la muralla y la puerta de la ciudad en época romana, lo que nos hace pensar en la posibilidad de que tuviera el mismo carácter en tiempos prerromanos.

### ***Calle La Cilla n<sup>os</sup> 4-6***

En el año 2005 se lleva a cabo la excavación del solar números 4 y 6 de la calle La Cilla, situado al noreste de la ciudad, en la zona más alta de la misma, con una cota media de 33-35 m s.n.m. En esta intervención se obtuvo una secuencia estratigráfica muy compleja, que abarca desde los siglos VII-VI a.C., correspondientes a época orientalizante, hasta la actualidad, aunque se observan períodos de desocupación. Los datos obtenidos no pueden ser interpretados de manera concluyente, pues se han perdido parte de los estratos superiores. Pese a ello, podemos observar la continuidad de espacios, muros y técnicas edilicias a lo



largo de los siglos. Así las construcciones de época orientalizante, que se encontraban en mal estado o totalmente arruinadas, fueron aprovechadas para calzar las nuevas edificaciones de los siglos IV y III a.C., que conservarían la misma orientación y distribución de espacios. Así se observan sucesivas fases de destrucción-reconstrucción en las que las técnicas constructivas se mantienen a lo largo del tiempo, salvo porque cambian las dimensiones de los adobes y desaparecen los enlucidos rojos (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007: 76).

Los estratos que para nuestro trabajo nos interesan, los de época turdetana, se encuentran alterados en gran parte por las construcciones posteriores de época romana. Una primera fase, cuya amortización se fecha, por los materiales arqueológicos asociados a ella, a finales del siglo VI o principios del V a.C. está formada por tres estancias: E-11, E-12 y E-14. Estas habitaciones, que se pusieron al descubierto en el sector sureste del solar, poseen una planta de tendencia rectangular, sus muros están contruidos con adobes y los pavimentos son de tierra batida teñida de rojo. Estas paredes de adobes, de los que desconocemos las dimensiones, se asientan sobre un basamento de cantos rodados, que no suele superar los 20 cm de altura. Las diferentes estructuras documentadas en el interior de estas estancias - bancos, plataformas y hogares -, se construyeron también con adobes o barro mezclado con elementos vegetales, con enfoscado de arcilla y un acabado formado por una lechada roja intensa.

La estancia E-11 está delimitada por los muros M 347 y M 346 y compartimentada en dos por el muro M 340; uno de esos espacios podría haber funcionado como vestíbulo (Ferrer Albelda y García Fernández 2007: 106). A esta estancia se le asocia un pavimento de arcilla de color rojo (S 342). En su interior se descubrió una pequeña plataforma de forma rectangular (H 341), contruida con unos 5 cm de altura, enlucida de blanco, cuya función desconocemos. Adosados al muro M 347 se documentaron un banco (B 339) y dos estructuras que se han interpretado como posibles hogares, uno peor conservado, de planta circular (H 338), y otro mejor conservado, de planta rectangular y sección escalonada (H 337), contruido con arcilla y recubierto con una lechada de arcilla de color rojo similar al del suelo. Parece que esta construcción sufrió al menos una reforma, en la que se anulan los hogares y el banco (Ferrer Albelda y García Fernández 2007: 110).



Figura 49: Vista general de la estancia E-11 (Ferrer Albelda y García Fernández 2007: 110).

La E-12, que estaba delimitada por los muros M 347, M 317 y M 251, tiene la misma orientación que E-11. Solo se han podido documentar sus muros parcialmente, se ha detectado un posible vano de acceso en el M 317. Los restos de suelo conservados son de las mismas características que el de la E- 11, lo que hace pensar que se trataría de espacios cubiertos (Ferrer Albelda y García Fernández 2007: 110).

La E-14 es la peor conservada; solo se han documentado dos muros, M 317 y M 350, y restos de un pavimento de tierra apisonada con una lechada de arcilla rojiza, pero se ha podido delimitar su planta, de forma rectangular y con la misma orientación que las anteriores.

Una segunda fase constructiva de época turdetana, datada a partir de los materiales cerámicos en el siglo IV o principios del III a.C., corresponde a las estancias E-15, E-16 y E-17, que presentan un peor estado de conservación. Estas construcciones tienen las mismas características técnicas y orientación que las anteriores. En el sector norte del corte se documentó la E-16, que estaba delimitada por los muros M 328 y M 327; en este último se encontraría un vano que da acceso a la E-17, del que solo se ha documentado el umbral. En la E-16 han aparecido restos de adobes de lo que parece ser un hogar de planta rectangular (H 249).

Los pavimentos de la E-16 y E-17 están realizados con tierra batida teñida con lechadas de arcilla roja, mientras que la E-15 posee un suelo pavimentado con gravilla (S 315). Este dato junto con la aparición de restos de hogueras y numerosos desechos domésticos, ha llevado a plantear la posibilidad de que E-15 fuera más bien un patio o espacio abierto, aunque no podemos determinar con seguridad con qué otras estancias estaría asociado (Ferrer Albelda y García Fernández 2007: 112).

La E-11, ahora delimitada por los muros M 228, M 245 y M 251, mantiene la forma y dimensiones de la fase anterior y presenta varios niveles de pavimento de tierra apisonada sin tratamiento en los que se observan restos de hogueras y detritos. De la E-12 solo se han documentado los muros M 245, M 294 y M 251, y posee también suelos de tierra batida.

En el sector sureste del solar se ha documentado la existencia de cuatro estancias rectangulares: E-9, E-13, E-18 y E-19, muy deterioradas. Estas habitaciones tienen una orientación noroeste-sureste perpendicular al resto de los espacios estudiados. Poseen pavimentos de tierra batida, teñida con lechadas de color blanquecino-amarillento, sobre los que se han hallado huellas de hogueras y numerosos fragmentos cerámicos, que corresponden principalmente a ánforas. Esto ha llevado a Ferrer Albelda y García Fernández (2007:112) a interpretar este espacio como una posible zona de almacenamiento o vertido.

Tras leves reformas, esta fase de ocupación es amortizada hacia finales del siglo III a.C., produciéndose un abandono temporal, que queda reflejado en el registro arqueológico en la apertura de una fosa en el espacio anteriormente ocupado por E-11, E-12 y E-13. Esta fosa apareció rellena de cenizas, huesos, vajilla de cocina, etc., que son interpretadas como vertidos domésticos (Ferrer Albelda y García Fernández 2007: 112)

A finales del siglo III o principios del II a.C. se produce una tercera fase constructiva, que se asienta sobre las edificaciones anteriores, que debían estar aún visibles, manteniéndose prácticamente idéntica la distribución de los espacios. Los muros están contruidos con adobes y se utilizan cantos rodados y algún que otro mampuesto, careado y calzado con pequeñas piedras, a modo de cimientos o base. Estos muros están enlucidos con arcilla y los pavimentos son de tierra batida con lechadas de arcilla blanquecina-amarillenta. La mala conservación de los restos constructivos impiden afirmarlo tajantemente, pero parecen diferenciarse cinco

ámbitos, cuatro de ellos cubiertos y uno, central, abierto (Ferrer Albelda y García Fernández 2007: 113). No sabemos si se trata de conjuntos diferenciados o responderían a un único edificio, que estaría articulado en torno a un patio central.

A esta fase corresponderían la E-16, delimitada por M 240 y 277, que mantiene el diseño de la fase anterior, las únicas novedades son una pequeña variación en la orientación, la anulación del vano de acceso a E-17 y la construcción de un hogar de forma rectangular (U.E. 250). En el sector suroeste se documentaron, de forma incompleta, las estancias E-11, definida por los muros M 173, M 194 y M 228, y la E-12, delimitada por M 173, M 194 y M 283, ambas con pavimentos de tierra batida. También en esta área se documentaron algunos restos de la E-14/15.

Los materiales arqueológicos hallados en las distintas fases, tanto cerámicos, la mayoría vajilla de uso doméstico, como huesos de animales, restos de combustión, fusayolas y pesas de telar, así como las propias características de las edificaciones (técnicas, materiales, dimensiones) parecen indicar que se trata de una zona de uso doméstico, pero no podemos afirmarlo con total seguridad, por lo que también caben otras hipótesis (Ferrer Albelda y García Fernández 2007: 124).

Esta excavación de la calle La Cilla no aporta datos concluyentes debido a la pérdida parcial de la estratigrafía, pese a lo cual podemos afirmar que se produce una continuidad de los espacios, muros y técnicas edilicias desde finales del siglo V y la primera mitad del siglo IV a.C. (Ferrer Albelda y García Fernández 2007: 123). Si hubo una interrupción en el hábitat este debió ser muy breve. El registro arqueológico, con la presencia de abundantes cerámicas de importación griega y púnica, nos habla de un nuevo período de prosperidad en el siglo IV a.C., cuando se reactiva la actividad constructiva. Desconocemos cómo fue el final de esta época en esta zona de la ciudad, pues los estratos superiores han sido destruidos por las construcciones romanas del siglo I a.C.

#### ***Calle Antonio Reverte nºs 42-44***

En los meses de julio y agosto de 2006 se llevó a cabo una intervención arqueológica, de carácter preventivo, en la calle Antonio Reverte 42 y 44, en la que se obtuvo una estratigrafía que abarcaba desde momentos turdetanos hasta época

contemporánea. Se alcanzó una profundidad, en algunos puntos, de -3 metros, sin llegar a suelo virgen. La excavación alcanzó una superficie de 1.250 m<sup>2</sup>, llegándose hasta los niveles romanos, cuyos restos se decidieron conservar *in situ*, y por lo tanto no proseguir la excavación en extensión a capas subyacentes. En el extremo oeste del solar nº 44 se aprovechó la existencia de un gran pozo séptico, que rompía la estratigrafía, para realizar un sondeo en profundidad (Sondeo 4), en el que se comprobó la existencia de niveles prerromanos (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2006: 4316). Se trataba de una serie de depósitos y estructuras que se encontraban a unas cotas entre 36,90-35 m s.n.m., fechados entre el siglo V y el III a.C. Se han podido diferenciar tres momentos constructivos, en los que no se apreciaba ruptura ni en el tipo de construcciones ni en sus funcionalidades, los únicos cambios responden a reformas de algunos muros y a una subida del nivel del pavimento (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2006: 4318). Por el propio carácter de la intervención no se ha podido documentar la planta general de estas construcciones de época turdetana, pero si tenemos interesantes datos sobre las técnicas de construcción, materiales, carácter de la ocupación, etc.

En los Sondeos 1 y 4 aparecieron una serie de estructuras murarias, que parecen conformar estancias de planta cuadrangular o rectangular, con unas dimensiones de 2-3 m de ancho, aunque no se pudo saber con exactitud debido a lo puntual de su localización. Estos muros, orientados norte-sur y este-oeste mayoritariamente, tienen un alzado de adobes cuyas dimensiones no se pudieron registrar, mientras que el material empleado en los zócalos varía dependiendo del momento constructivo. Para la fase más antigua, que los excavadores han llamado Turdetano I, los cimientos están contruidos con cantos rodados, que no superan los 20 cm de profundidad, mientras que en las fases más modernas, Turdetano II y III, se utilizan también cantos rodados, pero con una mayor potencia (hasta 60 cm) y se documentan asimismo zócalos contruidos con piedra de unos 40 cm de altura. Estos muros tienen una anchura media de 55 cm y están revestidos por ambas caras. Los pavimentos documentados son de tierra batida, con lechadas de color rojizo. La técnica constructiva es similar a la empleada en las estructuras de época turdetana documentadas en la excavación de la calle La Cilla 2-4 (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2006: 4317). También se ha podido comprobar en estos trabajos arqueológicos la existencia de bancos y plataformas, contruidos con adobe o barro mezclado con restos vegetales, que llevan un enfoscado de tipo arcilloso cubierto con una lechada de color rojo intenso.

Debido a la escasez de datos de la excavación, resulta complicado afirmar la funcionalidad doméstica de estos espacios, pero pensamos que eso podría deducirse del carácter de las construcciones, sus dimensiones, la existencia de bancos y hogares y el material arqueológico documentado (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2006: 4318).

### ***Calle Antonio Reverte n<sup>os</sup> 26-28***

En la misma calle, en los meses de julio a octubre de ese mismo año, se realiza una intervención arqueológica de urgencia en el solar números 26-28 (Ortiz 2006). En la zona central del mismo se abrió un único corte, inicialmente de 3 x 40 m, en sentido oeste-este, en el que se obtuvo una secuencia estratigráfica ininterrumpida desde el siglo VIII a.C. hasta época romana imperial. En esta secuencia cronológica se han documentado diferentes fases constructivas superpuestas, habiéndose fechado tres de ellas en época turdetana: Fase III (mitad del siglo VI-IV a.C.), Fase IV (finales del siglo IV-III a.C.) y Fase V (finales del siglo III- II a.C.). En estas sucesivas fases se construye y reconstruye un gran edificio cuyos muros se superponen y mantiene la misma orientación a lo largo del tiempo. Con los escasos datos obtenidos en el sondeo estratigráfico no podemos afirmar la funcionalidad del mismo, pero parece que no corresponde a un ámbito doméstico, por esa razón no la incluimos en la tabla. El autor señala las similitudes, técnicas y constructivas, de estos grandes edificios con los almacenes de época ibérica documentados en el yacimiento de La Picola (Santa Pola, Alicante) y en la Illeta dels Banyets (Campello, Alicante), fechados hacia el siglo V-III a.C. También apunta que su estructura sería similar al edificio C de Toscanos, un poco anterior, datado en el siglo VII-VI a.C. (Ortiz 2006: 4374).

<b>A ñ o</b>	<b>Localización</b>	<b>Publicación</b>	<b>Restos constructivos</b>	<b>Cronología</b>
2005	C/La Cilla, 4-6	Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007	<b>Primera fase constructiva turdetana:</b> las estancias E-11, E-12 y E-14, cuyos muros (M347, M346, 340,M317,M251,M317 y M50) están contruidos con adobes y se asientan sobre un basamento de cantos rodados. Altura: 0,20 m. Pavimentos: tierra batida teñida rojo (S342).	Abandono f.s.VI- p. s. V a.C.

			<p><b>Segunda fase constructiva turdetana:</b> E-15, E-16 y E-17, muros también de adobes (M328, M327). Pavimentos E-16 y E-17: tierra batida teñida con lechadas de arcilla roja. E-15: suelo de gravilla (S 315).</p> <p><b>Tercera fase constructiva:</b> 5 ámbitos diferenciados, muros (M240, M277, M173, M194, M288, M173, M194, M283) construidos de adobes, con algunos cantos rodados y mampuestos en la base. Enlucido: arcilla amarilla. Pavimentos: tierra batida con lechadas de arcilla blanquecina- amarillenta.</p>	<p>s. IV -p. s. III a.C.</p> <p>f.s. III- p. s.II a.C.</p>
2006	C/ Antonio Reverte, 42-44	Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2006	<p><b>Fase Turdetano I:</b> muros cimientos de cantos rodados, profundidad: 0,20 m. Alzado de adobes.</p> <p><b>Fases Turdetano II y III:</b> muros cimientos de piedra y cantos rodados, profundidad: 0, 60 m. Alzado de adobes.</p> <p>La mayoría de los muros, orientados norte-sur y este-oeste, tienen una anchura media de 0,55 m y están revestidos por ambas caras. Pavimentos: tierra batida con lechadas de color rojizo.</p>	ss. V-III a.C.

Tabla 4. Cuadro-resumen de las intervenciones arqueológicas realizadas en Alcalá del Río en las que se han documentado restos constructivos domésticos de época turdetana.

### III.2.1.2. Cerro Macareno (La Rinconada)

El yacimiento del Cerro Macareno se encuentra situado en el término municipal de La Rinconada, a unos 9 km al norte de Sevilla, en tierras de la hacienda “Los Solares”. Se asienta sobre un cerro, de formación artificial, un auténtico *tell*, de unos 10 m de altura sobre el terreno circundante. La superficie inicial de este montículo sería de unos 50.000 m<sup>2</sup> según Pellicer (1978: 368), pero tras los trabajos de extracción de áridos llevados a cabo en esta zona, su extensión ha quedado muy reducida, conservándose solo una pequeña parte, de una hectárea aproximadamente.

Este yacimiento se localiza en la llanura aluvial del Guadalquivir, en contraste con el resto de los poblados coetáneos que existen en esta región del Bajo Guadalquivir,

la mayoría de ellos ubicados sobre zonas elevadas, pequeños cerros o cabezos naturales.

Según los estudios geomorfológicos realizados, el río Guadalquivir, que se encuentra hoy día a unos 3 km, debía rodear en época protohistórica el yacimiento, e incluso en periodos de inundaciones lo dejaría aislado, convirtiéndolo en una isla. El río permitía al poblado disponer de un sistema de defensa natural al mismo tiempo que contar con un buen puerto fluvial que mantuvo una gran actividad comercial durante gran parte del I milenio a.C. (Ferrer *et alii* 2008: 234) .

### **La documentación arqueológica**

Las primeras noticias sobre el valor arqueológico del lugar provienen de comienzos de la década de los setenta, cuando unos vecinos de Brenes ponen en conocimiento del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla la existencia de materiales de interés arqueológico en el Cerro Macareno, lugar por entonces deshabitado. A partir de estos momentos se realizan una serie de trabajos en la zona con la finalidad de comprobar la fiabilidad de los testimonios y la existencia de un yacimiento arqueológico. Prospecciones superficiales realizadas en el año 1971, permitieron conocer aproximadamente el área ocupada por este.

La explotación por parte de los propietarios de las tierras de las gravas que conformaban la base geológica del cerro, ponían en peligro la supervivencia del yacimiento, lo que llevó a la Administración a declararlo de utilidad pública a finales de 1973, llegándose a un acuerdo con los propietarios sobre una posible intervención arqueológica. Los trabajos arqueológicos comenzaron en el verano de 1974 y consistieron en diversos cortes estratigráficos, en concreto seis, localizados en una zona destruida parcialmente por la maquinaria utilizada para la extracción de los áridos, que habían dejado al descubierto restos constructivos y numerosos materiales cerámicos.

Ese mismo año se procedió a la excavación de los cortes A, B y C, situados en el sector noreste del yacimiento. En el sector oriental se abrió el Corte F (Martín de la Cruz 1976), que fue estudiado por un equipo del Museo Provincial, que también se encargó de los cortes E y G (Fernández Gómez, Chasco Vila y Oliva Alonso 1979).



En otra zona del yacimiento Ruiz Mata dirigió los trabajos en el corte H (Ruiz Mata y Córdoba Alonso 1999), cuyos resultados analizaremos posteriormente.

### ***Campaña de 1974***

Los trabajos arqueológicos realizados en la campaña de 1974 tienen gran interés por la aparición de restos constructivos que nos ayudan a conocer mejor las características de la arquitectura de época turdetana en este yacimiento. Los resultados de los trabajos realizados en los cortes A y B permanecen aún inéditos. El corte C, excavado bajo la dirección de Sánchez Meseguer y que también permaneció inédito durante muchos años, ha sido publicado recientemente por Ruiz Mata en un artículo (Ruiz Mata y Vallejo Sánchez 2002) en el que se recogen los materiales arqueológicos, que exclusivamente consistieron en fragmentos cerámicos hallados en las excavaciones y otra serie de datos de interés para comprender la evolución del yacimiento. La mayoría de este repertorio cerámico, con tipos y formas similares a las aparecidas en otros yacimientos próximos de la misma época, se encuadraría, según Ruiz Mata, en el período cronológico comprendido entre finales del siglo VII a.C. y finales del siglo VI o inicios del siglo V a.C. Pero la ausencia de restos constructivos en dicha intervención y de otros materiales arqueológicos que no sean cerámicos, nos lleva a no detenernos más en ella, por lo que pasaremos a centrarnos en aquellos cortes estratigráficos que han aportado datos significativos para nuestro estudio.

El equipo del Museo Arqueológico Provincial (Fernández Gómez, Chasco Vila y Oliva Alonso 1979) se encargó de la realización de tres de esos sondeos estratigráficos, los llamados con las letras E, F y G, que quedaron separados por testigos de un metro aproximadamente. Estos cortes son los que mayor abundancia de material han aportado, pues se excavó un sector del yacimiento donde al parecer existieron en época turdetana varios hornos de alfarero. En esta zona aparecieron desechos de alfar, de estratificación confusa, pero los objetos más fácilmente fechables, han dado una cronología hacia los siglos V-III a.C., fechas que han sido corroboradas posteriormente.

El Corte E se abrió sobre una superficie ya rebajada por las máquinas, unos 80 cm aproximadamente, donde se procedió a realizar un cuadro de unos 4 m de lado, con un total de 16 m<sup>2</sup> excavados. En este corte se llegó a alcanzar una profundidad inicial de 1,45 m., donde se documentó un suelo de habitación, que cubría casi toda la cuadrícula. En este nivel se suspendieron temporalmente los trabajos arqueológicos y hasta esos momentos no habían aparecido más que restos de construcciones y escombros. En el ángulo norte de la cuadrícula se registró parte de un muro, identificado según los excavadores “por una docena de adobes totalmente descompuestos y confundidos con las tierras de relleno, pero que eran delatados por las llagas de separación existentes entre ellos” (Fernández Gómez, Chasco Vila y Oliva Alonso 1979: 18). Otro elemento que permitió identificar al muro como tal eran los restos conservados de una fina línea de cal, que seguramente sería la huella de un posible revestimiento exterior. Sobre el suelo excavado y delante de dicho muro se acumularon restos de escombros, piedras, fragmentos de adobe y tierras de relleno.

Hay que señalar también que en la parte superior de la cuadrícula apareció un nivel de cantos rodados, de tamaño medio, que se apoyaba sobre una capa, de unos 20 cm de potencia, de tierra grisácea, y que se ha interpretado como parte de la cimentación de algún muro, que lamentablemente, al estar situado a un nivel más superficial, no se ha conservado. Entre la línea del suelo y la de cimentación se observaba una capa de cenizas, con restos de arcilla cocida y de adobes, lo que se ha interpretado como un nivel de escombros de la construcción. En la parte superior de este nivel ase encontraron restos de combustión de materias orgánicas, que se creen parte de la cubierta. Sobre este nivel de cenizas, que también se ha documentado en otros yacimientos del área, se depositó una nueva capa de material de relleno, para igualar el terreno y prepararlo para una nueva construcción.

En este corte se identificaron dos plantas aunque no completas, pertenecientes a construcciones diferentes si bien interrelacionadas. La primera se localizó en el ángulo norte del cuadro, en donde se observaba una línea de cal que se ha relacionado con la aparecida anteriormente, pared con la parece formar la esquina de una habitación. Nos encontraríamos así en el interior de una estancia, pues parece que el pavimento no se extendería más allá de los adobes. Los adobes de los extremos norte y sur de este conjunto tienen encaladas las caras que se hallan enfrentadas, lo que se ha interpretado como una posible entrada a la habitación.

En el sector sureste del corte se conservaba una nueva hilada de adobes, colocados en sentido transversal a los de la base. Se han hallado dos adobes rectangulares, que poseen las mismas dimensiones 46,5 x 35 cm, mientras que el único ejemplar de adobe cuadrado conservado completo posee 35 cm de lado. Ambos tipos coinciden en el grosor de la pieza, de unos 10 cm aproximadamente.

En el ángulo sur de la cuadrícula se observaba un pequeño núcleo de cenizas que parecen corresponder a un hogar, construido de manera muy simple y directamente sobre el pavimento. Está formado, o al menos lo que se ha conservado, por dos adobes, un poco más estrechos que los vistos anteriormente, colocados uno junto a otro. Sobre estos adobes aparece la zona más afectada por la combustión, que abarcaría un pequeño óvalo de unos 40 cm en su eje mayor, pero que es más amplio, estando delimitado por lo que definen sus excavadores como una especie de “cinta de barro cocido”, que tendría unos 5 cm de ancho, y que delimitaría el contorno del hogar con una forma cuadrada aunque con ángulos redondeados.

En cuanto al pavimento hallado, hay que reseñar que está compuesto por arcilla roja, uniforme y consistente, constituida por numerosas capas de cal y arcilla superpuestas, que se ha interpretado como constantes reformas del suelo de dicha habitación. El suelo no es completamente liso, sino que presenta zonas más bajas y otras sobreelevadas.

En cuanto a los materiales arqueológicos hallados en este corte, destacaremos por un lado las cerámicas, por el gran número de fragmentos hallados. Todos ellos corresponden a cerámica a torno, de buena calidad y con la típica decoración de bandas pintadas. Entre las formas más repetidas encontramos una especie de cuencos pequeños sin decorar que se considera, por paralelos hallados en el vecino yacimiento de Pajar de Artillo, que se utilizarían como lucernas, platos de forma de casquete esférico, cuencos de perfil carenado, grandes vasijas que se conocen como lebrillos, urnas de tendencia esférica o globular, etc.

También hay que señalar la presencia de algunos huesos de animales, pero desconocemos a qué especies pertenecerían, aunque estos restos son escasos.

En los meses de junio, julio y principios de agosto de 1974 se procedió a la excavación del denominado Corte F, los resultados de esta intervención fueron publicados por Martín de la Cruz (1976). Se trazó una cuadrícula de forma cuadrada, de 3,50 m de lado, que desde sus inicios planteó muchas dificultades para su excavación y estudio, pues en sus capas iniciales apareció un muro que

cruzaba el corte en dirección noreste-suroeste y que, además, tenía otro muro perpendicular adosado a él en su centro. La cuadrícula quedaba así dividida en dos espacios por el muro longitudinal, que se interpretó como parte de una posible vivienda, que estaría dividida en su interior en dos estancias por el muro transversal. Ambos muros continúan más allá del espacio excavado, con lo cual no podemos conocer las dimensiones exactas de esa posible unidad habitacional.

En este corte se han documentado un total de 7 estratos, que presentaban un marcado buzamiento, en los que se evidencia la ocupación de esta zona desde el Bronce Final hasta el siglo I a.C. El estrato más antiguo, el número 7, se asienta directamente sobre el suelo virgen, sin que se observen trabajos previos de nivelación. En él aparecieron restos de adobes y algunas piedras, que se supondría pertenecerían a algún tipo de estructura constructiva, pero que no se ha podido comprobar. Estos restos aparecen asociados a materiales cerámicos, que han sido fechados en el siglo VII a.C.

El estrato 6 corresponde a un primer momento constructivo, que se fecha hacia el siglo VI- V a.C. Este estrato, con una potencia de casi 1,60 m, ha sido subdividido en dos:

- Estrato 6-B: en el ángulo norte es donde apareció un muro de adobes, que conservaba casi de 1,20 m de altura. Los adobes, de color marrón-amarillentos y con abundantes fragmentos de calizas, tenían unas dimensiones aproximadas de 40 x 10 cm. En el centro y sur de este estrato se hallaron restos de adobes con características similares, que se han interpretado como parte de un posible derrumbe. Por las cerámicas asociadas a este muro, especialmente un fragmento de un plato gris, este se ha fechado en el siglo VI a.C.
- Estrato 6-A: que correspondería a un nivel de relleno, de unos 70 u 80 cm de espesor, posterior a la construcción del muro. Los materiales cerámicos encontrados en este subestrato, por paralelos con otros yacimientos próximos, como Pajar de Artillo, han dado una cronología de principios del siglo IV a.C.

En el estrato 5 se documenta un segundo momento constructivo. En el ángulo norte se halló un muro de adobes, de color rojizo, que tenían unas dimensiones de 40 x 8 cm. En este muro eran aún visibles las llagas de barro, de un tono más grisáceo, que se había empleado como mortero de unión de los adobes. El límite superior del

estrato 5 estaba formado por restos de adobes, que parecían haber caído de dicho muro. No se ha podido obtener una cronología precisa para este estrato, pero por las semejanzas que presentan las cerámicas halladas respecto a los estratos anteriores, se ha planteado que tras el derrumbe de la construcción del 6-B, la zona que quedó intacta se rellenaría rápidamente (6-A) y se construiría el muro del estrato 5.

El estrato 4, con una potencia que llega a alcanzar en su lado norte 1,10 m, corresponde a materiales de relleno, entre los que se hallaron restos de lo que parecía ser tapial, junto con numerosos fragmentos cerámicos. Este nivel de relleno, a partir de las cerámicas halladas en él, especialmente dos fragmentos de *kylikes* áticas de figuras rojas, ha sido datado entre finales del siglo V a.C. y comienzos del IV a.C.

En el estrato 3 se documentó el tercer y último momento constructivo. Sobre una fosa de relleno, que ocupa la parte central del estrato y que parece delimitada por fragmentos de tapial, se superponen dos estructuras. Una de ellas, que apareció en el centro del estrato, estaba construida con adobes de diferentes tonalidades. Había adobes anaranjados, que tenían unas medidas de 30 x 10 cm, y otros de color verdoso-amarillento, un poco mayores, de 45 x 10 cm. Este muro, que conservaba una altura de unos 60 cm aproximadamente, ha sido fechado, a partir de las cerámicas halladas en su base, en el siglo IV a.C. La segunda estructura, que correspondería a un cuarto momento constructivo, rompe el muro de adobes en su parte central. Estaba construida con piedras trabadas con un mortero de barro y conservaba unos 40 cm de altura. Los materiales asociados a ella nos dan una cronología para su construcción de hacia el siglo II a.C.

En el estrato 2 se han encontrado escasos materiales arqueológicos, que se han datado hacia finales del siglo II a.C. En él se registraron restos de adobes rojizos y otros que parecen de tapial, unos y otros interpretados como materiales de relleno. La capa superior - estrato 1, contiene materiales de época romana, del siglo I a.C.

En cuanto a la técnica de construcción empleada en los muros se observa la existencia de una posible “cimentación”, de unos 20 cm de profundidad, conformada por cantos rodados de gran tamaño, unidos con barro. Sobre esta cimentación, que podemos también interpretar como zócalo, se conserva una hilada de adobes de lo que sería el alzado de la pared, adobes colocados en sentido transversal al muro y todos ellos con unas dimensiones muy similares, de 55 x 40 x

8 cm. Los adobes y la parte inferior de cantos rodados tienen una anchura que ronda los 55 cm, pero que a veces es un poco mayor en la parte inferior. La utilización de cantos rodados como material constructivo se explica por la proximidad del asentamiento al curso del río Guadalquivir.

Los materiales arqueológicos recuperados en los espacios definidos por los muros son muy diferentes, lo que requerirá un estudio por separado de los mismos. En la franja suroccidental se observa dos hoyos rellenos de cenizas, mezcladas con algunos fragmentos de adobes y cerámicas, que se atribuyen cada uno a la boca de un horno de alfarero, uno situado en el ángulo suroeste de la cuadrícula, que corresponde a uno de los documentados en la cuadrícula H, y el otro localizado en el ángulo sur que se relaciona con la boca del horno del corte G. En este último caso, aunque no se ha llegado a excavar por completo, pues parte del mismo quedaba bajo los testigos conservados, los hallazgos cerámicos han sido más numerosos. Estos fragmentos de cerámica junto con los de adobes se han interpretado como desechos del horno.

En el ángulo norte de la cuadrícula, los muros hallados formaban una estancia en la que apareció un pavimento, que posee las mismas características que el del corte E, con el que sin duda está relacionado. Es un suelo de color rojizo, de gran dureza, formado por finas capas de cal y arcilla intercaladas, que llegan a alcanzar los 10 cm de grosor en algunas ocasiones. Este suelo tampoco es plano, sino que presenta ciertas ondulaciones, que los arqueólogos de esta excavación han atribuido a probables procesos de dilatación (Martín de la Cruz 1976: 25). Debajo de este pavimento ha aparecido un lecho de gravillas y pequeños cantos rodados, con la finalidad de aislarlo. De los materiales arqueológicos registrados en esta zona de la cuadrícula hay que destacar el hallazgo del anillo de una fíbula anular de bronce bajo el pavimento anteriormente descrito.

En esta estancia del ángulo sur se encontró en superficie una fina capa de cenizas, bajo la cual había otra con restos de carbones. Entre ambas capas y debajo de ellas aparecieron numerosos fragmentos de adobe y arcilla cocida, lo que ha sido interpretado por sus excavadores como producto de un posible hundimiento de la habitación causado por un incendio (*Ibidem*).

En un nivel inferior, entre los 84 y los 95 cm de profundidad, salió un pavimento muy parecido al de la habitación contigua, aunque menos potente y muy mal conservado, pues solo ha quedado una pequeña parte junto al muro longitudinal. En ese pequeño fragmento de suelo conservado, que ocuparía la mitad de la

habitación excavada, el pavimento presenta ondulaciones. Debajo de ese suelo aparecieron algunos grupos de gravas de pequeño tamaño sueltas, que no son muy numerosas, por lo que no está muy clara su función, si es que tenía alguna.

En ese mismo espacio en el que se ha conservado el pavimento, y debajo de este, había un enlosado formado por adobes de gran tamaño, de unos 40 cm aproximadamente, unidos por una mezcla de barro y chinarras. Este pavimento parece corresponder a una época anterior. En las proximidades de esta zona apareció otro grupo de adobes, que presentaban señales de haber servido de base a algún fuego, pero la escasez de cenizas hallada en sus inmediaciones hacen dudar de que correspondieran a un hogar.

Al oeste del Corte F se procede a la apertura de un nuevo cuadro (G) con la misma forma y dimensiones que aquél. En este corte se halló la base de un horno, que ya había sido documentado en el Corte F, de planta irregular con tendencia ovalada, con la boca abierta al este. Sus paredes están construidas con toscos adobes, de gran tamaño, 55 x 45 x 8 cm, colocados verticalmente y recubiertos por el exterior con una gruesa capa de arcilla endurecida. Los adobes presentan un color verdoso, por lo que en su elaboración se empleó gran cantidad de materia orgánica. En su cara interna, que aparece calcinada, están revestidos también por una capa de arcilla, en esta ocasión más delgada, cuya función sería ayudar, como aglomerante, a la unión entre los adobes. En el centro del horno aparecieron dos adobes, colocados uno junto al otro, de forma plana, que se han interpretado como lo que podría ser la base de un pilar rectangular, que sostendría la cúpula de cubrición del horno. Estos dos adobes conservados poseen en su cara externa una especie de moldura semicircular, en bajo relieve, cuya finalidad, se piensa, sería la de permitir encajar unos adobes con otros y dar mayor estabilidad a ese pilar central. En el interior del horno aparecieron numerosos restos de escorias. Para fechar este horno tenemos que recurrir a los materiales de desecho aparecidos en el hoyo de cenizas del corte F, que se localizaría delante de la boca del mismo. Las cerámicas halladas en este hoyo, entre las que son muy abundantes las vasijas realizadas a mano y también a torno y grandes ánforas de tipo púnico, nos dan una fechas entre los siglos V-IV a.C. para la etapa de producción de este horno.

En el ángulo oeste de la cuadrícula aparecieron restos de adobes, que por su composición parecen estar relacionados más bien con los que aparecieron en la

cuadrícula H. El resto de los materiales arqueológicos hallados en esta zona son muy similares a los recogidos en las otras cuadrículas, los mismos tipos cerámicos, con decoración a bandas pintadas, aunque hay que señalar que en este corte aparece un mayor número de fragmentos de ánforas. Pero sobre todo, hay que destacar, por su valor como herramienta de datación, el hallazgo de un fragmento de lucerna griega, única pieza de importación hallada en esta cuadrícula. Esta pieza se registró a 46 cm de profundidad, en la zona occidental del corte. También se han recogido algunos elementos de bronce, entre los que destacan tres fragmentos de fíbulas anulares, al parecer de gran tamaño. Se recogieron también algunos huesos de animales, que se han interpretado como restos de comida, y abundantes conchas de molusco bivalvo de agua dulce. En el ángulo norte de la cuadrícula, entre restos de cenizas, apareció una pequeña acumulación de estas conchas, sobre una capa de tierra con huellas de haber estado expuesta al fuego.

De estos datos los excavadores (Fernández Gómez, Chasco Vila y Oliva Alonso 1979: 74) han deducido que esta zona excavada correspondería a un barrio periférico del antiguo poblado, cercano al río, que por las estructuras, cuatro hornos en total, y los materiales hallados, entre los que destacan abundantes fragmentos de cerámica indígena, se cree que estaría ocupado por alfareros. Aunque la presencia, tanto en el interior de los hornos como en superficie, de escorias de fundición, apuntan al desarrollo de actividades metalúrgicas en dichos lugares, pero siempre se trataría de trabajos de carácter esporádico y secundario.

Los materiales encontrados en los diferentes cortes, principalmente el fragmento de lucerna griega y las fíbulas anulares, nos dan una cronología para esta fase excavada de finales del siglo V a.C., pudiéndose prolongar según sus excavadores hasta el siglo IV y principios del III a.C., por lo tanto incluidos en el período cultural turdetano.

Los cortes H.I y H.II, fueron excavados bajo la dirección de Ruiz Mata, en el otoño del año 1974. En ellos se documentó la existencia de dos hornos, destinados a la cocción de cerámica de carácter industrial, de época turdetana, junto con numerosos fragmentos cerámicos, que avalan su carácter de alfar. Estos hornos presentaban unas características muy similares al del corte G (Ruiz Mata y Córdoba Alonso 1999). Entre las cerámicas halladas hay que señalar la presencia de ánforas



de tipo turdetano, que aparecieron asociados a cerámicas griegas de barniz negro, que nos dan una cronología para estos hornos, según Ruiz Mata, de entre mediados del siglo V y el primer cuarto del siglo IV a.C.

### ***Campaña de 1976***

En 1976 se procedió a la excavación, a cargo de Pellicer y un equipo de la Universidad de Sevilla (Pellicer, Escacena y Bendala 1983), del denominado Corte V-20, situado en la zona A del yacimiento, es decir en el extremo suroriental. Este corte, con una superficie aproximada de 4 por 4,5 m., es el único en el que se logró obtener una secuencia estratigráfica completa del poblamiento del Cerro Macareno. En este sondeo de casi 8 metros de potencia, se distinguieron 9 estratos, con 26 niveles arqueológicos, que abarcarían más de 600 años, ofreciendo una secuencia prácticamente ininterrumpida desde el Bronce Final - mediados del siglo VIII a.C. -, hasta época romana republicana, principios del siglo I a.C. aproximadamente. Según Pellicer esos nueve estratos corresponden a nueve momentos constructivos, con edificaciones de carácter doméstico, que pertenecerían a diferentes horizontes culturales, a las cuáles Pellicer bautizó con “denominaciones impuestas como hipótesis de trabajo” y que hoy han quedado obsoletas, pero que tuvieron una gran repercusión en su momento (1978: 368-370).

Nos interesa la descripción de las construcciones de cronología turdetana. La primera de ellas es la que se documenta en los niveles 16 y 15 y que se fechó en el siglo V a.C., en la etapa llamada por Pellicer “ibérico inicial”. A ella corresponde un muro realizado a modo de cimiento con piedras sin escuadrar y cantos rodados, con unos 70 cm de anchura (Pellicer, Escacena y Bendala 1983: 57). En el interior de esta vivienda, junto al muro norte, se documentó la existencia de un hogar, con planta semicircular. La planta de este edificio está orientada a 20° este, con lo que se encuentra desplazada unos 30 cm al este respecto a las construcciones anteriores. En su muro oriental se observaron indicios de destrucción, que se fechó hacia mediados del siglo V a.C. A finales del siglo IV se fechan los posibles restos de un incendio y de destrucción violenta de la vivienda, quizá debido a algún episodio bélico (Pellicer, Escacena y Bendala 1983: 107), siendo posteriormente reedificada (niveles 14 y 13) hacia el año 400 a.C. De esta fase contamos con una

base de cantos rodados cubierta por adobes, que tendrían unas dimensiones de 49 x 26 x 8 cm.

La siguiente fase constructiva se fecha en el siglo IV a.C. aproximadamente (niveles 12-9), y está representada por un muro de unos 65 cm de ancho, construido con cantos rodados, perpendicular a una hilera de cantos rodados por su parte norte. Sobre el primer muro se hallaron una serie de adobes (nivel 9), con unas medidas de 36 x 36 x 8 y 36 x 29 x 8 cm. Ambos muros tienen una orientación de 26°, con lo que se observa un desplazamiento de unos 30 cm hacia el sur respecto a la anterior construcción. Relacionado con estas estructuras se documentó un pavimento de arcilla apisonada, en los niveles 12, 11 y 10.

La siguiente construcción (niveles 8-3) tiene una larga duración, desde el siglo III hasta inicios del siglo II a.C., en el periodo llamado “ibérico pleno”. Se documentó la existencia de un cimiento de bloques de piedra sin escuadrar (niveles 8, 7 y 6) perteneciente a un muro de unos 58 cm de ancho, construido con grandes cantos rodados. Esta estructura está orientada a 16° y desplazada 25 cm en el ángulo noreste respecto a la construcción anterior. A ella se asocian suelos de pequeños cantos rodados y tierra apisonada documentados en los niveles 7 y 6. En el nivel 5 el suelo es de tierra rojiza con abundante cenizas y junto al muro se documentó la existencia un hogar y dos vasos a torno *in situ*, lo que se ha interpretado como indicio de un abandono súbito, que se ha situado a fines del siglo III a.C., coincidiendo quizás con algún episodio bélico relacionado con el fin de la II Guerra Púnica (Pellicer, Escacena y Bendala 1983: 58). En el nivel 4 este muro aparece coronado por adobes, de los que no nos constan las medidas y el pavimento es igualmente de tierra apisonada.

A partir del estudio de las cerámicas halladas en esta excavación Pellicer (1978: 397) ha concluido que hacia el año 700 a.C. aproximadamente se iniciaría la importación de productos alimenticios, a pequeña escala por parte de los colonizadores fenicios, que irá aumentando en volumen hasta finales del siglo VII a.C., cuando se observa un *hiatus* en esta tendencia. A finales del siglo VI a.C. se registran las primeras cerámicas griegas, concretamente ánforas, que continuarán hasta el tercer cuarto del siglo V a.C. Será a partir de finales de este siglo, en el nivel 15, del llamado horizonte “ibérico inicial”, cuando se observa una mayor

presencia de importaciones de ánforas, tanto griegas como púnicas. A partir de principios del siglo IV a.C., en el nivel 13, comienza un periodo de decadencia, que va siendo superada hasta que en el nivel 9, a principios del siglo III a.C., se observa un nuevo auge económico, en el llamado “ibérico pleno”, cuando se constatan numerosas ánforas púnicas y grecoitalicas, que se mantienen en los niveles 8 y 7, fechados en la primera mitad del siglo III a.C.

A mediados de esta última centuria parece producirse nuevamente un momento de crisis que perdurará hasta el final de la misma (niveles 6 y 5). A partir del segundo cuarto del siglo II a.C., con la presencia de ánforas romanas Dressel 1-A, las cartaginesas (forma I) y la pervivencia de las iberopúnicas (forma D), las importaciones ascienden vertiginosamente, coincidiendo con el final de la ocupación del Cerro Macareno.

<b>A ñ o</b>	<b>Localización</b>	<b>Publicación</b>	<b>Restos constructivos</b>	<b>Cronología</b>
1974	Corte E	Fernández Gómez <i>et alii</i> 1979	<p>Ángulo norte: muro de adobes, posible revestimiento de cal.</p> <p>En un nivel superior: cantos rodados sobre una capa de tierra grisácea, posible cimentación de un muro.</p> <p>Sector sureste: hilada de adobes, colocados en sentido transversal a los de la base (dimensiones: 2 ejemplares de 46,5 x 35 x 10 cm y un adobe cuadrado 35 x 35 x 10 cm).</p> <p>Pavimento: arcilla roja.</p>	
1974	Corte F	Martín de la Cruz 1976	<p><b>Estrato 6:</b> muro de adobes amarillentos (dimensiones 40 x 10 cm). Altura: 1,20 m.</p> <p><b>Estrato 5:</b> muro de adobes de color rojizo (40 x 8 cm), mortero de barro grisáceo.</p> <p><b>Estrato 3:</b> muro de adobes anaranjados (30 x 10 cm) y otros adobes verdoso-amarillento de mayor tamaño (45 x 10 cm). Altura: 60 cm.</p> <p>Estructura de piedras, trabadas con un mortero de barro. Altura: 40 cm.</p> <p>Estos muros tienen una “cimentación” de grandes cantos rodados unidos con barro de uno 20 cm. de profundidad, alzado de adobes (55 x 40 x 8 cm), colocados en sentido</p>	<p>s.s. VI-V a.C.</p> <p>s. V a.C.</p> <p>s. IV a.C.</p> <p>s. II a.C.</p>

			transversal al muro, Anchura 55 cm. Pavimento de arcilla roja con algunas capas de cal.sobre un lecho de gravillas y cantos rodados.	
1976	Corte V-20	Pellicer, Escacena y Bendala 1983	<p><b>Primera fase constructiva turdetana:</b> muro de piedras sin escuadrar y cantos rodado. Anchura: 70 cm. Tras una destrucción violenta, esta vivienda es reedificada con cantos rodados y adobes (49 x 26 x 8 cm).</p> <p><b>Segunda fase constructiva turdetana:</b> muro de cantos rodados, y alzado de adobes (36 x 36 x 8 y 36 x 29 x 8 cm). Anchura: 65 cm. Pavimento de arcilla apisonada.</p> <p><b>Tercera fase constructiva turdetana:</b> muro de bloques de piedra sin escuadrar y cantos rodados. Anchura: 58 cm. Pavimentos de cantos rodados y tierra apisonada. En un momento posterior: muro con alzado de adobes y pavimento de tierra apisonada.</p>	<p>s. V a.C.</p> <p>s. IV a.C.</p> <p>ss. III-II a.C.</p>

Tabla 5. Cuadro-resumen de los diferentes trabajos arqueológicos llevadas a cabo en el Cerro Macareno.

Resumiendo, los materiales hallados en el transcurso de las diversas campañas arqueológicas, nos dan una cronología para el poblamiento más antiguo de hacia el siglo VIII a.C., con base en la aparición de platos de retícula bruñida y vasos de tipo *chardon*, que nos sitúan en la etapa del Bronce Final. La localización de estos materiales en superficie, han llevado a Fernández Gómez y otros excavadores, a plantear la posibilidad de que sería en la zona oriental del cerro, donde se concentraban mayor número de restos, donde se asentó el núcleo inicial del poblamiento, que posteriormente fue extendiéndose hacia el occidente (Fernández Gómez, Chasco Vila y Oliva Alonso 1979: 62).

La ocupación de este yacimiento perdura en el tiempo hasta época romana, con seguridad hasta el siglo II a.C., aunque pudiera prolongarse aún más, pues aunque la cerámica *campaniense* brilla por su ausencia, esto se podría deber a que el nivel superficial del yacimiento fue prácticamente arrasado. En ese horizonte del final del asentamiento, fechado en los primeros años del siglo I a.C., no se han detectado signos de destrucción violenta, por lo que se ha propuesto que su abandono se

debería a causas naturales, posiblemente relacionados con cambios en el curso el Guadalquivir que afectarían a las condiciones portuarias que justifican su origen y su auge como emporio fluvial durante cientos de años (Pellicer, Escacena y Bendala 1983: 108; Escacena 1987a: 282).

### **III.2.1.3. Cerro de La Cabeza (Santiponce)**

El yacimiento protohistórico del Cerro de la Cabeza se localiza al norte de la ciudad de Santiponce, sobre una pequeña elevación de unos 34 m s.n.m. A esta situación estratégica en altura, hay que añadirle la fertilidad de las tierras del entorno, formadas por suelos de tipo mediterráneo. La gran cantidad de molinos hallados en este asentamiento, corroboran la importancia de las actividades agrícolas para su economía, sobre todo el cultivo de cereales (Domínguez de la Concha, Cabrera Bonet y Fernández Jurado 1988: 123). En cuanto a las fuentes de aguas naturales, el Cerro de la Cabeza cuenta con varios cursos de agua próximos; al norte está bordeado por el arroyo del Judío y al este por la Rivera de Huelva, uno de los afluentes más importantes del Guadalquivir que entonces discurriría por las proximidades del poblado. El brazo del río conocido como la Madre Vieja, hoy seco, tuvo una gran importancia como vía de transporte fluvial en época romana y probablemente también en tiempos anteriores.

### **La documentación arqueológica**

Las primeras muestras de interés arqueológico por el Cerro de la Cabeza se remontan a la década de los años 70 del siglo pasado, cuando H. Schubart recogía la existencia de este enclave en sus mapas sobre la dispersión de la cerámica decorada con decoración bruñida (1975: 289). La presencia de esta clase cerámica junto con el hallazgo en superficie de numerosos materiales arqueológicos, como dos asadores de bronce que hoy se encuentran en el Museo Arqueológico de Sevilla, eran evidencias claras de que el lugar había estado ocupado desde fines de la Edad del Bronce hasta época turdetana.

Pero no sería hasta los años 1980 y 1981, cuando se lleven a cabo las primeras campañas arqueológicas en el yacimiento (Domínguez de la Concha, Cabrera Bonet y Fernández Jurado 1988). Estas campañas tenían una duración prevista de un mes cada una, y los trabajos, que pretendían la realización de sondeos

estratigráficos y la posterior excavación en extensión, tuvieron que reducirse a los primeros ante la escasez de medios. Las secuencias estratigráficas mostraron la ocupación del asentamiento desde el siglo VIII a.C. hasta fines del V o principios del IV a.C. (Ferrer *et alii* 2008: 235)

En la primera campaña de excavación, en la zona más elevada del cerro se trazó una zanja de prospección, de 10 x 1,5 m, orientada en dirección este-oeste. En la esquina oriental de la misma, se halló en los niveles superiores parte de un muro, por lo que se decidió realizar en esta zona un corte estratigráfico, de 3,10 x 1,50 m, que se denominó Corte A-Z, en el que se documentaron un total de 12 estratos. Los materiales arqueológicos, principalmente cerámicas y restos de construcciones, nos indican la ocupación de esta parte del yacimiento hasta el siglo VII a.C. o principios del VI a.C. En esas fechas se datan algunos muros de piedra que se interpretan como zócalos sobre los que apoyaría un alzado de adobes o tapial, de los que se documentaron algunos restos. Estas estructuras delimitarían habitaciones de planta rectangular o cuadrada. La continua superposición de pavimentos que se registra en esta zona, nos indica el mantenimiento y renovación constante de estas supuestas viviendas.

Se decidió, asimismo, realizar un segundo corte en una zona más céntrica del cerro y a unos 40 m del Corte A-Z. Este nuevo sondeo se llamó B-I y en el solo se documentaron tres estratos, pues no se pudieron alcanzar los niveles de base por falta de medios económicos, aunque sí los correspondientes a la fase turdetana. En el estrato superior (I-BI) se hallaron numerosos restos de tapial y adobes, que se interpretan como resultado del derrumbe de una estructura muraria. Esto viene corroborado por la aparición de un pavimento formado por grandes fragmentos de cerámica, entre los que destacaban, por su número, las ánforas. La presencia de un fragmento de *kylix* de origen ático, nos da una cronología para este nivel de finales del siglo V a.C. a inicios del siglo IV a.C. En el siguiente estrato (II-BI), también de época turdetana, se encontraron restos de tapial, carbón y cenizas, que parecen indicar un nivel de ocupación poblacional. El estrato subyacente ya no pudo excavararse por completo, por lo que no disponemos de información.

En la segunda campaña de excavación se trabajó en un nuevo corte (A-I) situado al sur del A-Z, en el que se pretendía profundizar hasta el terreno natural. Tenía una superficie inicial de 5 x 4 m, pero finalmente se vio reducida a 2 x 2 m. El sondeo registró una potencia estratigráfica de 5 m y cinco estratos que no parecían

corresponder a niveles de habitación, sino más bien a rellenos acumulados en zonas exteriores. En los estratos IV y V aparecieron huellas de grandes hogueras y restos de cenizas, pero se ha descartado que correspondieran a hogares situados en el interior de viviendas. No se documentaron otros restos constructivos aparte de un pavimento adscrito al estrato III, construido con guijarros de río sobre una capa de arcilla rojiza que le servía de cama, que ha sido interpretado como un suelo empedrado correspondiente a una zona exterior, sin mayor definición.

En resumen, los inicios del poblamiento del Cerro de la Cabeza se remontan a un momento impreciso y tardío del Bronce Final que los investigadores sitúan, al menos, en el siglo VIII a.C. A partir de la primera mitad del V a.C., quizás ya a finales o principios del IV a.C., se produciría el abandono progresivo del asentamiento (Domínguez de la Concha, Cabrera Bonet y Fernández Jurado 1988: 127; Ferrer *et alii* 2008: 235) y el traslado de la población al vecino Cerro de San Antonio, en el núcleo urbano de la actual Santiponce, a menos de un kilómetro al sur del Cerro de la Cabeza. Las causas de tal hecho no están aún claras (Ferrer *et alii* 2008: 235). Algunos autores han planteado la posibilidad de que se debiera a factores naturales, probablemente a la variación del curso del Guadalquivir (Escacena 1983: 60, 1987a: 275). También se ha querido ver en la consecuencia de un proceso más amplio de reordenación territorial que afectaría a Bajo Guadalquivir a finales del siglo VI a.C. y principios del V a.C. (Domínguez de la Concha, Cabrera Bonet y Fernández Jurado 1988: 186).

#### **III.2.1.4. Pajar de Artillo (Santiponce)**

El yacimiento arqueológico del Pajar del Artillo, de 1.500 m<sup>2</sup> aproximadamente, se localiza en la parte alta de Santiponce, en el Cerro de San Antonio, un emplazamiento privilegiado que en época protohistórica estaba a orillas del Guadalquivir y rodeado de tierras fértiles.

Los primeros trabajos arqueológicos se llevaron a cabo en los años setenta y estuvieron dirigidos por J. M<sup>a</sup> Luzón Nogué (1973), que abrió 12 cuadrículas de 5 x 5 m. En la campaña de excavación se obtuvo una completa estratigrafía, con potentes niveles de cerámica “ibérica”, que hacían pensar en un importante poblamiento de época turdetana. Se establecieron cuatro momentos de ocupación

a través de 9 niveles arqueológicos, de los que pasamos a comentar los correspondientes a la fase turdetana. Los niveles inferiores de la estratigrafía del Pajar de Artillo demuestran que el origen de Itálica es anterior al impacto romano. La estratigrafía del yacimiento parece indicar que los soldados romanos de Escipión se asentarían junto a una comunidad indígena preexistente, cuyos orígenes remontarían al siglo V a.C. según Escacena (1983: 61) y hasta mediados del siglo IV a. C. según Ruiz Mata (1998: 198). A finales del siglo III y principios del II a.C. se aprecia ya el impacto romanizador, por la presencia de cerámicas campanienses. Desde el nivel 4, a partir de mediados del siglo II a.C., se incrementa la presencia de materiales romanos, con productos de importación que nos permiten establecer una fecha *ante quem* para los niveles precedentes que no son fáciles de fechar por sí mismos.

En cuanto a las cerámicas correspondientes al nivel 5 presentan un repertorio de formas muy similar al que compone el depósito votivo de Alhonoiz, datado a finales del siglo III o comienzos del II a.C. En este nivel también se encuentran presentes ánforas “ibéricas” de borde engrosado hacia el interior, fechadas en el próximo Cerro Macareno en la segunda mitad del siglo III a.C.

El nivel 6 contiene una cerámica muy parecida al anterior, de lo que se deduce su proximidad cronológica y se fecha por ello hacia la segunda mitad del siglo III a.C. La presencia de un tipo de tapadera muy peculiar, que a su vez aparece en otros yacimientos asociadas a otros elementos de fechas precisables, lleva a proponer una cronología para ese nivel 6 más bien finales del siglo III a.C.

El estrato 7 parece corresponder a los últimos momentos de hábitat de la primera fase de ocupación de esta zona, y que por su cerámica se fecha hacia el segundo tercio del siglo III a.C. El 8 presenta una cerámica muy similar a los niveles anteriores, pero resulta curioso la aparición de un tipo de cerámica que se ha denominado “mortero”, que al parecer contenía restos de caracoles, y que por su forma y paralelos hallados en el Cerro Macareno, se fecha a mediados del siglo III a.C. aproximadamente. El nivel 9 no posee ningún elemento que nos permita establecer una cronología precisa. La cerámica hallada es muy parecida a la de los estratos inmediatamente anteriores, Parece que corresponde a un intervalo de tiempo bastante breve, que abarcaría la segunda mitad del siglo IV a.C., aunque aún está por corroborar esta propuesta cronológica.



En cuanto a los restos arquitectónicos, hay que destacar la aparición de una habitación de planta cuadrada de grandes dimensiones, que se ha fechado, por los materiales asociados, en el siglo II a.C. Las paredes están construidas con un zócalo de piedra sobre el que se levantaría un alzado de tapial, de unos 45 cm de anchura media. No tenemos muchos más datos sobre las medidas de esta estancia y sus muros. En el cuadro D-5 se descubrieron restos de muros que parecen tener unos cimientos de una anchura de unos 70 cm, aunque no tenemos información de cómo estaban construidos. Las paredes de tapial parece que recibían una lechada de cal, tanto por su cara interna como por la externa, seguramente con la intención de protegerlas. Los pavimentos están contruidos con arcilla, que también reciben una lechada de cal. Las huellas de elementos vegetales, como son las improntas y restos de paja y enea, han llevado a los excavadores a suponer que la techumbre posiblemente sería vegetal, pero la ausencia de huellas o restos de postes en el centro de la habitación plantea el problema técnico de cómo se cubriría un espacio tan amplio.

Otra cuestión sin resolver es la no alineación de los muros hallados en los cuadros E-4 y D-4, y la denominada “regata” que alcanzaba hasta el extremo del muro del cuadro E-4, que ha sido interpretada por Ruiz Mata (1998: 194) como una posible zanja de cimentación de un muro de tapial, que no se ha advertido en el proceso de excavación. En el exterior de esta habitación se han hallado restos de hogares, comida y fragmentos cerámicos.

La mayor parte de la cerámica hallada en esta excavación corresponde a ánforas, de lo que se deduce una actividad productiva o comercial muy importante. Estos datos llevan a plantear la hipótesis de que esta habitación fuese utilizada como almacén.

Un poco posterior es el horno excavado en el cuadro C-4, bastante completo, con una planta de tendencia circular. Las cerámicas asociadas nos indican que su producción se dedicó a cerámicas turdetanas, y que su actividad se centró en la segunda mitad del siglo II a.C.

En resumen, las excavaciones del Pajar de Artillo permitieron documentar un poblamiento anterior a la fundación romana de Itálica. Según Apiano (Iber. 38), *Italica* se fundaría en el 206 a.C., inmediatamente después de la batalla de *Ilipa*, cuando Escipión asentó en este lugar a los veteranos de la guerra. Esta noticia fue asumida como documento histórico fiel por Luzón y condicionó su interpretación sobre el origen del asentamiento, dando por seguro que no existiría en Itálica un poblamiento anterior a la fundación romana. Pero la documentación arqueológica permite leer de otra forma las fuentes escritas, sin dudar de su veracidad. El asentamiento de soldados romanos en Itálica no fue una fundación *ex novo*, como señala el profesor Escacena (1987a: 285; 1983: 60), sino que se instalarían en un núcleo indígena ya existente, o en su proximidad, algo muy común en el fenómeno romanizador.

Trabajos arqueológicos posteriores confirmaron la ocupación en época turdetana del solar de Itálica, aunque en ningún caso se documentaron construcciones que puedan considerarse domésticas con propiedad. Es el caso, por ejemplo, de las excavaciones realizadas entre 1977 y 1979 por Pellicer en el patio de la casa nº 15 de la calle Moret de Santiponce, en la llamada “Casa de Venus”, donde se registró una secuencia de 8 estratos, que se inicia en el siglo IV a.C. y finaliza en época imperial romana (Pellicer 1998). El mismo hecho se repitió en la intervención arqueológica de urgencia realizada más tarde en el solar número 56 de la Avenida de Extremadura (Amores Carredano y Rodríguez Hidalgo 1985). Debajo de un pavimento romano de *opus signinum* (fase VI), se documentaron 4 estratos correspondientes a otras tantas fases de ocupación de época protohistórica en las que se documentaron estructuras constructivas de posible carácter industrial, o al menos no doméstico. Por último, en el año 1990 se realizó otra excavación en el solar número 9 de la calle J. Romero Velázquez (Santana Falcón 1990). En este corte se alcanzó una profundidad de - 1,85 m., documentándose cuatro niveles, que abarcan cronológicamente desde el siglo IV al I a.C. A la vista de los resultados de los distintos trabajos arqueológicos, Pellicer (1998: 160-161) plantea que la ciudad turdetana, previa a la fundación de Itálica, tendría una extensión aproximada de unas 10 hectáreas, una población de 1.000 a 1.500 habitantes y que estaría construida “con grandes viviendas de planta rectangular, con zócalos de piedra y muros de adobe, de tradición fenicia, formando una urbanística, algo irregular, acomodada a la topografía del terreno”.

### III.2.1.5. *Hispal* (Sevilla)

La Sevilla antigua *Hispal(is)* (Correa 2000), se localiza en una posición estratégica a orillas del Guadalquivir, en el lugar de máxima penetración para los barcos de gran calado que ascendían el río hacia el interior (Escacena 1983: 48). Según los resultados de las excavaciones arqueológicas, la ciudad protohistórica se hallaba en un pequeño promontorio, de forma alargada, de unos 15 m de altitud. Esta suave loma formaría parte de la cadena terciaria de Los Alcores, algo que se comprobó en las excavaciones de la Cuesta del Rosario y en la calle Argote de Molina, pues en ambos casos aparecieron calizas pliocenas fosilíferas, material que conforma la zona de Los Alcores. Desde el punto de vista geológico este pequeño cerro estaría compuesto por una base de calcarenitas pliocénicas, cubiertas posteriormente por materiales detríticos aluviales (arenas, limos, arcillas). La propia ubicación de Sevilla en la llanura aluvial del Guadalquivir supuso la utilización masiva de la arcilla, en sus distintas formas (tapial, adobe, ladrillo), como material constructivo (Jiménez Sancho 2002: 134).

Este cerro, de unos de 450 x 200 m de superficie, se encontraba en época protohistórica a orillas del Guadalquivir; además estaba flanqueado al sur y al este por el cauce del arroyo Tagarete del que distaba 450 m, y por el oeste por un antiguo brazo secundario del río Guadalquivir que discurriría aproximadamente por la calle Sierpes y la avenida de la Constitución, hasta la altura de la Catedral, meandro que quedó abandonado en época romana.

La ocupación protohistórica de Sevilla se limitaría a la zona más alta del cerro, ocupando una extensión que estaría limitada al sur por la actual calle Mateos Gago hasta su confluencia con Fabiola, Federico Rubio, Muñoz y Pabón y Abades (Escacena y García 2012: 788), y por el norte desde la iglesia de San Isidoro hacia la Plaza de la Alfalfa, limitando con la Cuesta del Rosario y las calles Francos y Placentines. Las últimas excavaciones realizadas en el Palacio Arzobispal y calle Alemanes, parecen señalar una ocupación por la ladera oeste del promontorio, hasta la orilla del río Guadalquivir, zona posiblemente con función industrial y portuaria (Escacena y García 2012: 789).

Los diversos trabajos arqueológicos realizados en la ciudad de Sevilla han apuntado a una primera ocupación del lugar desde el final del Calcolítico, con base en el hallazgo de un fragmento de cerámica campaniforme en posición

estratigráfica secundaria en las excavaciones de la Plaza de la Encarnación (Escacena 2007: 16) y otro en las mismas circunstancias en el Patio de Banderas de los Reales Alcázares. Desde este momento y hasta comienzos del primer milenio parece que se produce un vacío poblacional en esta zona (Escacena y García 2012: 766) hasta la llegada de los fenicios, y más concretamente en los siglos VII y VI a.C., cuando Sevilla se convertiría, gracias a su estratégica situación respecto al río, en un “rico emporio comercial de carácter orientalizante”, en el que podrían haber convivido pacíficamente una población “mixta e híbrida” (Pellicer 1996a: 93).

Entre finales del siglo VI a.C. y la primera mitad del siglo V a.C. se detecta en muchos de los sitios estudiados señales de una crisis general, que se refleja en un registro cerámico más escaso y pobre, debido posiblemente a la interrupción del comercio fenicio (Pellicer 1996a: 95). Esta situación de inestabilidad y crisis se comprueba también en la existencia de niveles de incendio en la mayoría de los cortes realizados en la ciudad, que algunos autores han relacionado con la llegada de los púnicos a esta zona (Campos, Vera y Moreno 1988: 127).

A partir del siglo V a.C. se puede observar en la documentación arqueológica, especialmente en la cantidad y calidad de las cerámicas, síntomas de una cierta recuperación del tráfico comercial, que despegará ahora para continuar en el siglo siguiente (Escacena y García 2012: 787). Se trataría de un comercio con las *poleis* púnicas del área del Estrecho y la costa malagueña. Sevilla se convierte entonces en puerto redistribuidor a escala regional, tanto de las mercancías llegadas del ámbito púnico como de los productos agrícolas del entorno más inmediato (García Fernández y Ferrer Albelda 2010; Ferrer, García y Escacena 2010: 82). Esta reactivación económica se traduce en la ocupación, hacia mediados del siglo V a.C., de la parte central del promontorio, hasta entonces inhabitada, y por lo tanto en una mayor actividad constructiva, debido a un posible aumento de la población (Campos, Vera y Moreno 1988: 127).

Desde el punto de vista arqueológico, la ciudad de Sevilla tradicionalmente ha despertado más interés en su época romana, en la que se centraron durante décadas la mayoría de los trabajos arqueológicos, mientras que la etapa protohistórica de la ciudad quedaba relegada a un segundo plano. A continuación recogemos las intervenciones arqueológicas realizadas en el casco urbano de Sevilla en las que se han obtenido resultados positivos en cuanto a documentación de restos constructivos de época turdetana.

## La documentación arqueológica

### *Cuesta del Rosario*

En 1944 se lleva a cabo una excavación, bajo la dirección de F. Collantes de Terán, en un solar de la Cuesta del Rosario esquina con la calle Galindos, en la que se obtuvo una primera estratigrafía completa de la ciudad, comprobándose su ocupación desde finales del siglo IV a.C. Los resultados de estos trabajos, publicados por su autor solo en parte en una breve reseña (Collantes 1977), supusieron un hito en la investigación y el conocimiento de la ciudad en época antigua.

En la intervención se alcanzó una potencia de -5,5 m de profundidad y se distinguieron un total de seis niveles:

- Nivel 1: se trata de un contexto indígena, en el que no se hallaron restos constructivos. Entre los materiales arqueológicos registrados, destacan una serie de fragmentos cerámicos, fusayolas troncocónicas y botones de hueso.
- Nivel 2: en este nivel, en el ángulo noreste del solar, aparecen ya restos constructivos que se suponen la esquina de una habitación, con los muros contruidos con mampostería unida con barro o argamasa muy pobre en cal. Asociados a esta edificación aparecieron cerámicas a torno pintadas a bandas, de tradición púnica. Es en este nivel donde se halló el famoso tesorillo, una vasija con cuatro dracmas de plata cartaginesa y cinco pequeños lingotes de plata. Este tesorillo responde a una ocultación, realizada en momentos posteriores al nivel 2 y que en realidad correspondería cronológicamente al estrato superior, el 3.
- Nivel 3: formado por tierra quemada, con restos de vigas carbonizadas, algunas de cierta longitud, por lo que se han supuesto que fueran las cubiertas del edificio anterior, además de restos de cerámica y utensilios de piedra, deteriorados por la acción del fuego. Se ha interpretado como un nivel de abandono provocado por un incendio, que se fecha, por las monedas del tesorillo, en los años de la batalla de *Iliipa*, hacia el año 206 a.C.
- Nivel 4: apareció un firme de piedras, que tenían de 20 a 50 cm de tamaño, que sirve en algunos sectores de asiento a pavimentos romanos de ladrillo. En este nivel continúan presentes las cerámicas a bandas, aunque ya son más numerosas las campanienses, que se interpretaron como un indicio de la presencia romana en esta zona de la ciudad.

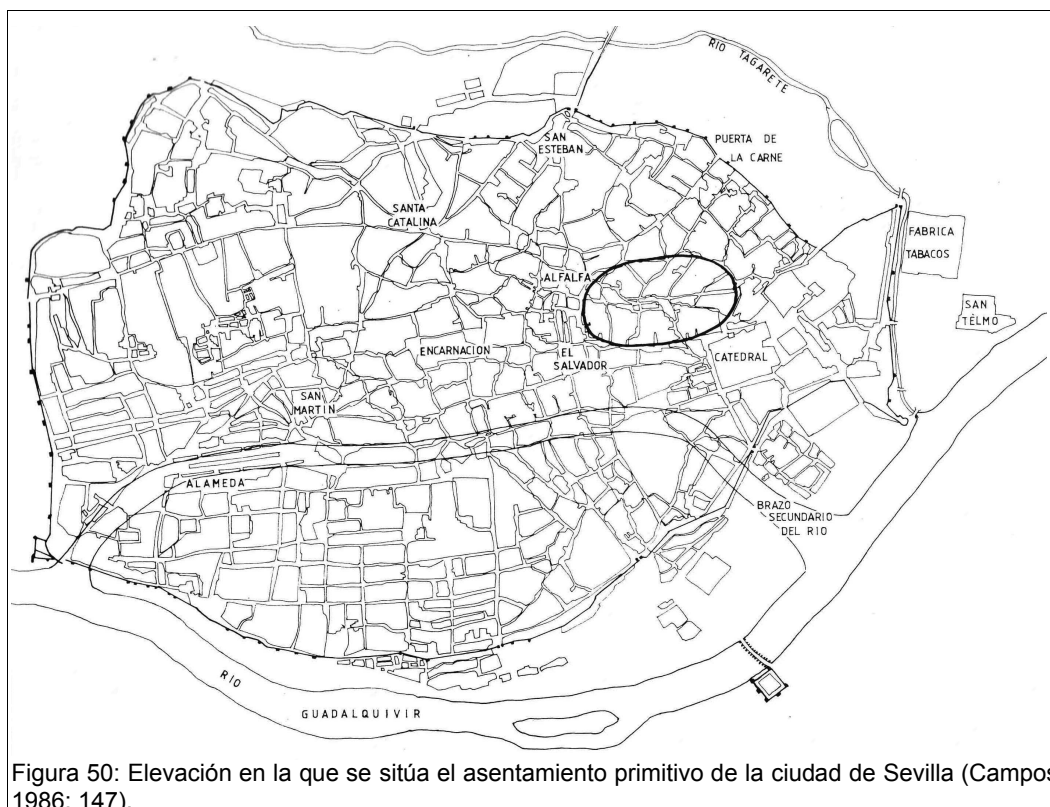
- Nivel 5: ya de época romana, en el que aparecen restos constructivos que parecen pertenecer a unas termas.
- Nivel 6: en el que se halló un gran edificio del Bajo Imperio.

Collantes realiza una somera descripción de los diferentes niveles, de los que solo hace referencia a los materiales arqueológicos más significativos y no describe los contextos arqueológicos. A esto se le suma la reducida superficie excavada, que en algunos casos se limitó a pozos de 2 x 2 m, abiertos para la cimentación de la nueva construcción, lo que dificultó alcanzar una profundidad mayor de un metro más allá del nivel de incendio.

Todas estas carencias y limitaciones han llevado a que con posterioridad diferentes autores hayan revisado la periodización y cronología propuesta por el excavador. Vera Reina (1987) realizó una revisión de toda la documentación de la excavación de la Cuesta del Rosario y los materiales arqueológicos depositados en el Museo Arqueológico de Sevilla, y a partir de un estudio exhaustivo de los mismos propone una nueva secuenciación cronológica. Este autor (Vera 1987: 56) no cree que la fase inicial pueda elevarse más allá del siglo IV a.C. y explica la presencia de materiales de cronología anterior como consecuencia de algún tipo de intrusismo. Así fecha la fase más antigua, el nivel indígena-turdetano de Collantes, en un momento avanzado del siglo IV a.C. y la considera como una fase ya "Ibérica Plena". La segunda fase, abarcaría todo el siglo III a.C. y correspondería al "Ibérico Final". Por tanto, plantea que la primera construcción documentada en la excavación de Collantes es del siglo III a.C. y que estaría en uso hasta la segunda mitad de la centuria, cuando sería abandonada a causa del incendio ya mencionado (Vera 1987: 58). Esta vivienda sería coetánea a la estudiada en los niveles 28-26 de la calle Argote de Molina (Campos 1986: 65).

Las monedas cartaginesas del tesorillo son un elemento clave para establecer la fecha en la que pudo producirse el fatídico incendio. Campos Carrasco (1986: 65-66) plantea un arco cronológico entre el segundo y tercer tercio del siglo III a.C., en relación con las campañas militares que los cartagineses llevan a cabo a partir del año 237 en Andalucía Occidental. Por su parte, Escacena (1983: 64) relaciona este nivel de incendio con otros hallados en yacimientos de la zona por las mismas fechas, como es el caso del Cerro Macareno y la propia *Ilipa*.

Habría que esperar hasta los años 80 para conocer nuevos datos sobre la Sevilla prerromana, con la realización de diferentes sondeos estratigráficos en el casco urbano.



Desde el año 1983 se planteó la necesidad de llevar a cabo un proyecto de investigación sobre la ciudad de Sevilla más ambicioso y riguroso, que partiera de la idea de concebir la ciudad como un único yacimiento. A partir de esa fecha y bajo la dirección de J. M. Campos Carrasco, se puso en marcha dicho estudio, financiado por la Dirección General de Bienes Culturales de la Junta de Andalucía. Las diferentes intervenciones arqueológicas realizadas en el casco urbano han puesto al descubierto diferentes restos constructivos de época protohistórica, que nos ayudarán a comprender la dinámica del poblamiento de la ciudad y sobre todo los aspectos arquitectónicos.

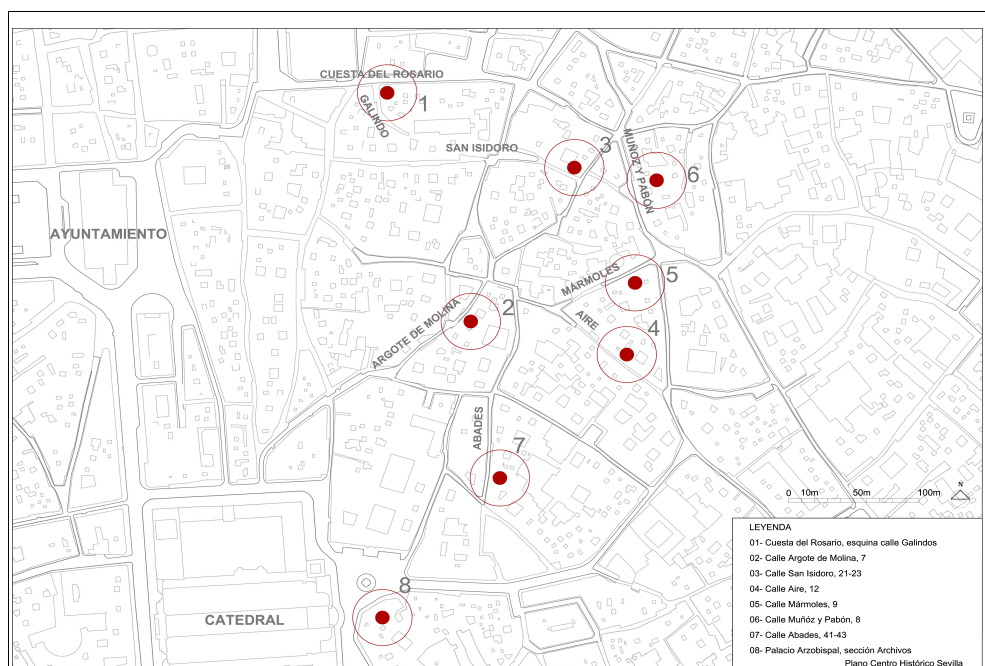


Figura 51: Localización de las intervenciones arqueológicas realizadas en Sevilla en las que se han documentado restos constructivos de época turdetana (Elaboración propia).

### ***Calle Argote de Molina nº 7***

Entre los diferentes trabajos arqueológicos hay que destacar la excavación llevada a cabo en el nº 7 de la calle Argote de Molina, bajo la dirección de J. M. Campos Carrasco (1986). Se trata de un solar de 200 m<sup>2</sup> situado en la parte más alta de la ciudad, que en su mayor parte estaba afectado por construcciones modernas. La intervención se planteó en 10 cuadrículas de 3 x 3 m cada una, con lo que la superficie total excavada fue de 90 m<sup>2</sup>, alcanzándose en la primera fase de los trabajos una cota de -4,30 m de profundidad. A partir de los -4,30/-4,60 m la excavación quedó reducida exclusivamente a los cortes número 2 y 3, en los que se alcanzó el suelo virgen a -8,60 m. En estos dos sectores se registró una secuencia de 34 niveles que prueban el poblamiento ininterrumpido de esta zona de la ciudad desde época turdetana hasta la tardorromana, es decir, desde finales del siglo V a.C. hasta la mitad del siglo V d.C. En este largo período de ocupación se observa la existencia de siete momentos constructivos y un nivel de destrucción, al parecer relacionado, una vez más, con un incendio. A partir de los materiales arqueológicos se han definido y datado las diferentes fases, que se han establecido en un total de 5:



- La fase más antigua, llamada por Campos Carrasco (1986: 65) “Ibérico inicial”, que correspondería a los niveles 30-34, con una cronología, según su excavador, desde mediados del siglo V a.C. hasta principios del siglo IV a.C. Para los momentos iniciales del poblamiento en la zona no se han documentado restos de viviendas. Ya en el nivel 31 apareció un muro, construido por piedras y cantos rodados de gran tamaño, que solo conserva una altura de 0,30 m, y que continuaba en dirección este-oeste bajo el testigo sur. No se encontró ningún resto de pavimento, lo que hizo suponer a los excavadores que el interior de la habitación quedaría en la otra cara del muro, oculta bajo el citado testigo sur. Este muro se fecha a finales del siglo V a.C., con base en los materiales arqueológicos que aparecen relacionados con él.

- Una segunda fase, que abarcaría los niveles 29-26, se fecha desde principios del siglo IV a.C. hasta principios del III a.C. y se definió en su momento como “Ibérica Plena”. A ella corresponde un muro (niveles 28-26), descrito brevemente en la memoria de excavación, realizado en piedra de distintos tamaños. Este muro, orientado 53° y con un grosor de 40 cm, posiblemente tendría un alzado de adobes, a juzgar por los restos de este material hallados sobre la parte norte de la estructura de piedra y por los fragmentos dispersos a su alrededor. Estos adobes, de los que desconocemos el número exacto de piezas conservadas, presentan unas medidas de 30 x 35 y 40 x 44 cm.

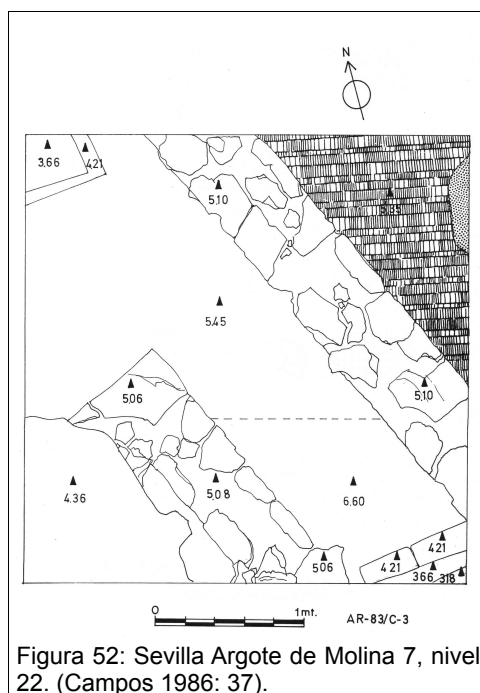
En el testigo norte, junto a la cara interna del muro, aparecieron cenizas sobre un pavimento rojizo muy compactado, formado por varias capas de arcilla, por lo que deducimos que podría tratarse de un hogar de carácter doméstico de cuya estructura, sin embargo, no se hallaron restos. La construcción de esta vivienda se realizó a finales del siglo IV a.C., según Campos Carrasco (1986: 22) “y tras una probable reconstrucción, perduraría hasta mediados del siglo III a.C. en que quizás fue destruida como denota el nivel de incendio, el 25A, que está en contacto directo con la vivienda”. En una revisión de los materiales del nivel 26, mayoritariamente fragmentos cerámicos, García Fernández y González Acuña (2007: 530) proponen una fecha del último tercio del siglo III a.C. y principios del siglo II a.C. para la amortización de este muro.

El nivel de incendio descrito parece coincidir con el ya comentado de la excavación de la Cuesta del Rosario, al que se le da una cronología inmediatamente posterior a la batalla de *Ilipa*, fecha con la que no está de acuerdo Campos Carrasco (1986:

65-66) quien eleva la cronología del mismo hasta el segundo o tercer cuarto del siglo III a.C., atribuyéndolo a los enfrentamientos bélicos de las campañas de los cartagineses en Andalucía Occidental.

- La tercera fase, llamada "Ibérico final", ocupa los niveles 25A-24. Se iniciaría a mediados del siglo III a.C. con el incendio en cuestión y llegaría hasta finales de la misma centuria. En ella no aparecen restos constructivos y se observa la presencia de productos romanos, como las cerámicas campanienses.

- La cuarta fase correspondería ya a momentos de la romanización, aunque fue denominada por Campos Carrasco como "Iberorromana" por la presencia significativa de materiales indígenas. Ocuparía los niveles 22-21, en los que aparecieron restos constructivos de principios del siglo II a.C. que perdurarán hasta la mitad del mismo, cuando se levantó sobre ellos un gran edificio. Se trata de dos muros que apoyan directamente sobre el terreno, de técnica cuidada, contruidos con bloques de piedras aparejadas con argamasa pobre en cal. En el ángulo suroeste de la cuadrícula, uno de los muros forma una esquina en ángulo recto, cuyos lados continuarían bajo los testigos sur y oeste. El otro muro, hallado en la zona este de la cuadrícula, se desarrolla longitudinalmente entre los testigos norte-sur. En la cara este de dicho muro apareció un pavimento de arcilla, que quedaba unos 10 cm por encima de la base de la pared.



Ambos muros presentan las mismas características. Orientados 334° el lado norte-sur y 244° el lado este-oeste, están separados entre ellos 90 cm, quedando en paralelo, de acuerdo con una concepción urbanística indiscutible.

- La quinta y última fase, ya totalmente romana, abarcaría desde la segunda mitad del siglo II a.C. hasta mediados del siglo V d.C., ocupando los niveles 20 al 9.

A partir de estos datos fragmentarios obtenidos en la excavación arqueológica, se puede apuntar que las construcciones de época turdetana posiblemente tuvieran una planta rectangular, con un zócalo de piedras, que Campos Carrasco (*Idem*: 65) interpreta como cimientos por la escasa potencia. Este zócalo de mampuestos sin escuadrar y algunos cantos rodados, servirían de base a una pared de adobes y tapial.

En cuanto a los materiales arqueológicos, que resultan ser mayoritariamente cerámicas, nos dan una información muy valiosa, especialmente las ánforas y las piezas de importación. Los envases anfóricos, utilizados como contenedores de alimentos para su transporte y comercialización, son un elemento imprescindible para conocer las redes comerciales. A partir del siglo IV a.C. y comienzos del siglo III a.C. las importaciones de productos alimenticios, atestiguadas por la presencia de ánforas púnicas de los tipos Pellicer D y E, serían muy frecuentes, alcanzando las cotas más altas a finales del siglo III a.C., fecha a partir de la cual las cerámicas de origen púnico disminuyen a consecuencia de los conflictos bélicos con Roma.

La importancia de esta excavación es incuestionable, pues en ella se obtuvo por primera vez una secuencia estratigráfica ininterrumpida de época protohistórica.

### ***Calle San Isidoro nº 21***

En los meses de octubre a diciembre de 1985 se llevó a cabo una excavación en el solar nº 21 de la calle San Isidoro, bajo la dirección de J. M. Campos Carrasco (Campos 1985; Campos, Vera y Moreno 1988). La elección de este lugar vino dada por la búsqueda de una potencia estratigráfica superior a los 8 m alcanzados en la excavación de la calle Argote de Molina. Los datos que se poseían sobre esta zona de la ciudad, tras un sondeo estratigráfico realizado en 1984 por el laboratorio de análisis Vorsevi, parecían indicar que era así.

En este solar, de 287 m<sup>2</sup>, se trazaron 10 cuadrículas, de 3 x 3 m cada una, con una

superficie total de 90 m<sup>2</sup>. Estas cuadrículas, numeradas del 1 al 10, fueron excavadas de forma alterna, al no haberse conservado testigos entre ellas. Finalmente, ante la aparición de pozos y otras estructuras en el resto de los cortes, solo la cuadrícula número 6 pudo ser excavada completamente, identificándola como corte SI-85/6. Utilizando una técnica innovadora ante la aparición de filtraciones del nivel freático, se alcanzó en él una potencia total de -8,85 m, y se documentaron un total de 26 niveles (Campos, Vera y Moreno 1988: 11). La secuencia estratigráfica abarcaría desde el Bronce Final hasta época tardorromana, adscribiéndose a la etapa turdetana los niveles 17 a 10.

En la intervención se han documentado un total de 4 fases constructivas, dos de ellas correspondientes a época turdetana. Resulta interesante el hecho de que se han registrado dos niveles de incendio que se corresponden en el tiempo con los documentados en otros yacimientos coetáneos de esta zona, como Carmona, Cerro Macareno y en las excavaciones anteriores realizadas en el mismo casco urbano de Sevilla.

Tras una primera fase constructiva, poco reveladora y fechada en época orientalizante, en los niveles 18-15 apareció la segunda estructura constructiva, a una profundidad de -5,15 m, que consistía en un muro, muy deteriorado, construido con piedras de diferentes tamaños y muy irregulares, con una anchura de 44 cm y una orientación este-oeste. Alrededor del muro se hallaron abundantes fragmentos de adobes, de lo que deducimos que sobre este zócalo de piedra se apoyaría una superestructura construida con ese material. Afortunadamente se conservó un adobe completo, endurecido por la acción del fuego, en la esquina suroeste del muro, con lo que podemos conocer sus medidas: 44 x 35 x 10 cm. Campos Carrasco (1985: 176), señala que “Las características de este muro son idénticas al que aparecía en Argote de Molina en el nivel 31 de fines del siglo V a.C.”

La cronología propuesta inicialmente por los excavadores para esta fase constructiva sería hacia el siglo VI-V a.C. (Campos, Vera y Moreno 1988: 16-17). Posteriormente se ha realizado una revisión de estas fechas, partiendo del estudio de los materiales cerámicos asociados a estos niveles, y se ha propuesto que no iría más allá del siglo IV a.C. o primera mitad del III a.C. (García Fernández y González Acuña 2007: 534).

Tras este nivel de habitación se hallaron huellas de un incendio, fechado en la primera mitad del siglo V a.C., que supuso la destrucción de la vivienda y que podría estar relacionado con los documentados en otros yacimientos de la zona,

como ya se ha dicho. Posteriormente se observa una recuperación del poblado, hacia el siglo IV a.C., que se refleja tanto en el material cerámico como en los restos de fauna (Campos, Vera y Moreno 1988: 21).

En los niveles 13-11, a una profundidad de -4,05 m, apareció la tercera construcción, fechada en la primera mitad del siglo III a.C. Se trata de un muro, mejor conservado que el anterior, de 64 cm de ancho y orientado 104°. Su técnica es muy cuidada y similar al otro; está construido con piedras sin escuadrar, trabadas con argamasa pobre en cal. Asociados a esta estructura también aparecieron restos de adobes, fragmentados y quemados por el fuego.

Posteriormente se documentó otro nivel de incendio, que se dató en la segunda mitad del siglo III a.C. y que afectó a esta vivienda. García Fernández y González Acuña (2007: 534) plantean la hipótesis de que este nivel de incendio sería posterior al abandono y expolio de esta construcción, como parecen indicar los restos de adobes del nivel 12, momento en el que esta vivienda debió ser destruida, no construida como plantearon sus excavadores.

El nivel de incendio detectado en la calle San Isidoro se corresponde con los documentados en la excavación de la Cuesta del Rosario y de la calle Argote de Molina, donde se fechan en el segundo y tercer tercio del siglo III a.C. Partiendo del hecho de que ha sido detectado en distintas zonas, Campos Carrasco (1989: 150) sugiere que la destrucción de la ciudad turdetana debió ser prácticamente total y la relaciona con los episodios bélicos que se producen en Andalucía Occidental con llegada de los cartagineses a partir del año 237 a.C. (Campos 1986: 66).

### ***Calle Aire nº 12***

En el año 1987 se realizó una excavación arqueológica en el solar número 12 de la calle Aire, en la que solo se pudo alcanzar el final de la fase turdetana. En dicho solar se realizó un corte estratigráfico de 3,50 x 2,50 m de superficie en el que se alcanzó una cota de -6,25 m. Se documentaron 17 niveles, cuya descripción y secuenciación resultan bastante confusas (Fernández Ruiz, Vera Reina y Escudero Cuesta 1987). El estrato 3, correspondiente al nivel 13, alcanzado a una profundidad de -4,75 m y de unos 15 cm de potencia, estaba compuesto por tierra negra y numerosos restos de carbón, que se interpretan como evidencia de un incendio, coetáneo de los detectados en otras excavaciones de la ciudad. Los

materiales cerámicos, con huellas de fuego, han dado una cronología de la segunda mitad del siglo III a.C. para esta capa. También se recoge la existencia de restos de un muro, a una profundidad de -4,9 m, construido con adobes de 55 cm de ancho y asociado a cerámica turdetana. En el último y más antiguo de los estratos, el número 4, que corresponde a los niveles 14 a 17, y a una profundidad de -5,45 m, apareció una estructura constructiva de grandes piedras de alcor y adobes, que ha sido datada por los materiales cerámicos a principios del siglo III a.C. En esta cota se alcanzó el nivel freático y resultó imposible continuar los trabajos arqueológicos.

### ***Calle Mármoles nº 9***

En el año 1988 se realiza un sondeo estratigráfico en el solar número 9 de la calle Mármoles (Escudero y Vera 1988). En él se practica un corte de 2 x 2 m en el que se alcanza una profundidad de -4,75 m. En esta excavación se documentan restos cerámicos que nos indican la existencia de niveles correspondientes a época turdetana. También aparecieron piedras de alcor que podrían corresponder a una estructura muraria, aunque no tenemos más datos al respecto. A una cota de -4,93 m se registró un nivel de incendio, pero la información es igualmente escasa y confusa. García Fernández y González Acuña (2007: 537) realizaron una revisión de la estratigrafía a partir de las cotas anotadas por los excavadores y de los materiales depositados en el Museo Arqueológico de Sevilla, y proponen una cronología de hacia finales del siglo IV a.C.-mediados del III a.C. para los estratos 6 y 7, que corresponderían a dicho muro, y para el nivel del supuesto incendio.

### ***Calle Abades nºs 41-43***

En la primavera del 2002 se lleva a cabo una intervención en los solares 41 y 43 de la calle Abades, en los que se realizaron dos perforaciones geotécnicas, que pretendían alcanzar el sustrato natural y dar a conocer los diferentes niveles de ocupación (Jiménez Sancho 2002: 127), y otros tantos sondeos estratigráficos. En el llamado Corte 18A no se documentaron niveles que correspondieran a época turdetana. Sí hubo resultados más positivos en el Corte 15A, que tenía unas dimensiones inicialmente de 4 por 4 m, pero que se vio reducido finalmente a 2,25 m². En este corte se alcanzó una cota de profundidad de -6,85 m, aunque no se llegó a agotar la estratigrafía, y se documentaron ocho fases constructivas que

abarcaban desde fines del siglo IV a.C. hasta el siglo IV d.C. (Jiménez Sancho 2002: 141). Las diferentes fases constructivas se inician con la destrucción y amortización de las estructuras precedentes, que son usadas como cimientos de las nuevas construcciones. Asimismo se reutilizan los materiales constructivos de la anterior edificación, principalmente los adobes, para rellenar y nivelar el terreno. A continuación analizamos detenidamente la secuencia correspondiente a época turdetana.

Los niveles de ocupación más antiguos documentados pertenecen a un suelo de arcilla roja compacta, fechado a grandes rasgos en la II Edad de Hierro, por los materiales cerámicos hallados. No se han podido documentar los muros relacionados con este pavimento, que posiblemente sería una estructura doméstica (Jiménez Sancho 2002: 128). Tras un nivel de amortización, se documenta una segunda fase constructiva, fechada en el siglo III a.C., a la que pertenece la denominada Estructura 1, formada por un pequeño muro (U.E. 430), de mampostería de piedra caliza de pequeño tamaño y aparejo irregular, que conservaba el arranque del alzado de adobe. Este muro continuaba bajo otro (U.E. 424), por lo que desconocemos sus dimensiones totales; solo se han documentado unos 20 cm de su anchura, por lo que no podemos afirmar con total seguridad que se trate con propiedad de una pared, pues bien podría corresponder a un banco u otro elemento auxiliar. Esta construcción se relaciona con un pavimento de arcilla, ceniza y cal (U.E. 431), que se documentó en su cara oriental, en el interior de una posible vivienda. Sobre este pavimento aparecieron restos de labores metalúrgicas, consistentes en un crisol de fundición y escorias de bronce, lo que ha llevado a plantear la posibilidad de que fuera una zona de producción, aunque por las dimensiones y simplicidad del crisol se ha interpretado como una actividad metalúrgica de carácter doméstico (Jiménez Sancho 2002: 131).

Tras dos rellenos de nivelación sucesivos (U.E. 429 y U.E. 428), compuestos mayoritariamente por materiales constructivos, desechos domésticos y cerámicos, se documentó la siguiente fase constructiva, en la que se inicia un proceso de ocupación continuado hasta el siglo IV d.C. En esta tercera fase constructiva, se documentó la que denominamos Estructura 2, una vivienda fechada en el siglo III a.C. a partir de los materiales cerámicos asociados a ella. Esta Estructura 2 está compuesta por un muro (U.E. 424), orientado sureste-noreste, de mampostería careada. Está construido con lajas de piedra caliza y de alcor - con algunos guijarros - trabadas con barro y carbonilla y con un tamaño medio de entre 20 x 12

y 25 x 15 cm. El aparejo es un tanto irregular, pues aunque hay tendencia a colocar hiladas horizontales, en la parte superior se observan algunos mampuestos en posición inclinada y de canto (Jiménez Sancho 2002: 132). La calidad y potencia de esta estructura indicaría que se trata de un muro testero, que delimita dos espacios interiores (Jiménez Sancho 2002: 133).

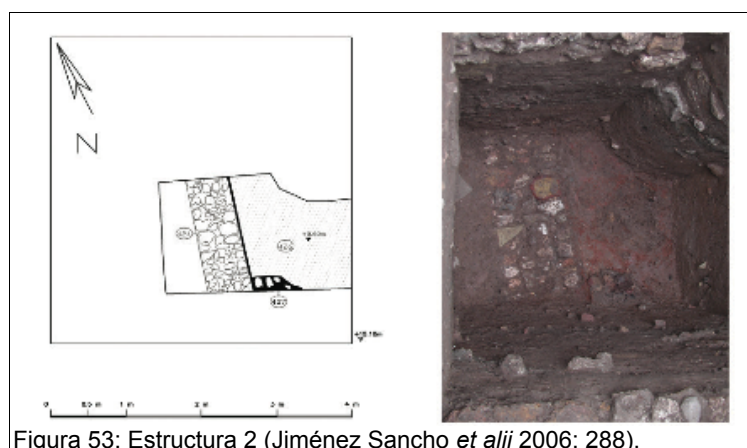


Figura 53: Estructura 2 (Jiménez Sancho *et alii* 2006: 288).

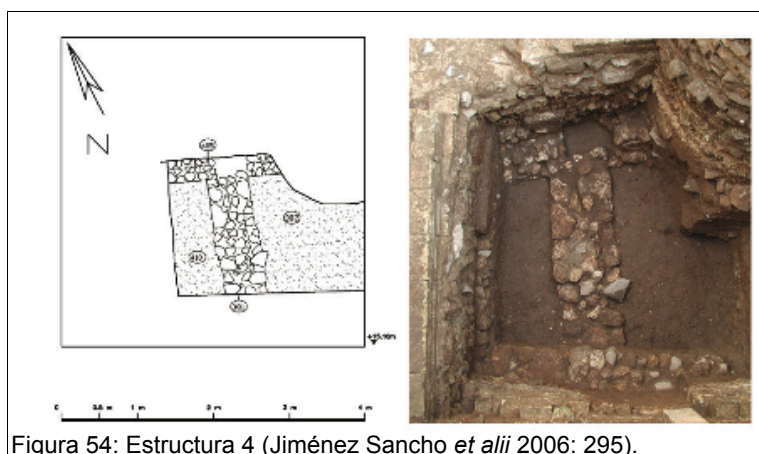
El muro tiene una anchura de 55 cm y una altura de 70 cm, a partir de la cual se recreció con adobes que se conservaban en una altura de unos 15 cm. No nos consta más información sobre las dimensiones y composición de estos adobes. A ambos lados de la pared se encontraron sendos pavimentos de tierra. El de la cara oriental era de arcilla roja (U.E. 426), aplicada en delgadas capas, alguna de ellas de cal, lo que indicaría un uso y renovación continua del mismo. Sobre este pavimento y adosado al muro se documentó la huella de lo que parece ser un hogar de carácter doméstico. El estudio de los materiales cerámicos asociados a estos niveles de habitación han dado una fecha de finales del siglo IV a.C. o principios del III a.C. para la construcción de la Estructura 2 (García Fernández y González Acuña 2007: 544) y de entre fines del primer cuarto o segundo cuarto del siglo III a.C. para su amortización (*Idem*: 545).

Tras un relleno de colmatación de un metro de espesor, se documentó una nueva fase constructiva a la que corresponde una vivienda fechada, a partir de los materiales cerámicos, a mediados del siglo III a.C. La única estructura documentada, la Estructura 3, consiste en un muro (U.E. 418), con la misma orientación sureste-noroeste que el anterior (U.E. 424); este muro se encuentra en muy mal estado de conservación a consecuencia de las construcciones posteriores. De él solo se ha conservado una hilada de guijarros y mampostería de piedra caliza



careada, unidos con barro y ceniza, y unos 10 cm del alzado de adobe, del que no tenemos más información.

Sobre varios rellenos que sellan la fase anterior se construyeron dos muros trabados en ángulo recto (U.U.E.E. 381 y 405), que corresponden a una tercera vivienda (Estructura 4), construida hacia mediados del siglo III a.C., que mantiene la misma orientación que las anteriores. Uno de ellos (U.E. 381), servía de medianero entre dos espacios interiores, pavimentados con una capa de arcilla roja de unos 5 cm de espesor, quemada y mezclada con cenizas (U.U.E.E. 382 y 410). El otro muro (U.E. 405), orientado noroeste-sureste, cerraba ambas estancias. Estaba construido con piedras calizas, de unos 15 x 10 cm, lajas de pizarra, guijarros de tamaño medio y barro, presentando un aparejo irregular. Solo se documentaron unos 0,35 m de su anchura, 0,50 m de altura y 1,42 m de longitud, por quedar en el perfil del corte. El muro interior (U.E. 381), del que solo se ha conservado una hilada, está construido con los mismos materiales y presenta también aparejo irregular. Con una orientación suroeste-noreste, tiene un total de 54 cm de anchura y 1,52 m de longitud. Al limpiar el perfil sur del corte se comprobó que este muro no continuaba pero sí el suelo, por lo que se planteó la posibilidad de que existiera un vano o una puerta en ese lugar (Jiménez Sancho *et alii* 2006: 295).



### **Calle Muñoz y Pabón nº 8**

En los años 2001 y 2002 se llevaron a cabo una serie de trabajos en el solar número 8 de la calle Muñoz y Pabón, de los que apenas tenemos información, pues la documentación al respecto nunca fue publicada. Nos remitimos a los escasos

datos recogidos por García Fernández y González Acuña (2007: 539-540) que hablan de la existencia de diferentes fases constructivas, fechadas en los siglos IV y III a.C. A la primera corresponderían tres muros, uno realizado con adobes y los otros dos de mampostería, pero no sabemos nada más sobre el aparejo, orientación, relación entre ellos, etc. Al segundo momento constructivo se vincula un muro de mampostería, de técnica y características similares a los anteriores. Al no contar con mayor información sobre las mismas, no podemos confirmar el carácter doméstico de estas estructuras.

### ***Palacio Arzobispal de Sevilla, Sector Archivos y Tribunal***

En los meses de julio a octubre del 2003 se realizó una intervención arqueológica en el Palacio Arzobispal de Sevilla, en la zona de Archivos y Tribunal, a raíz de unas obras de reforma. En la primera fase se procede a realizar tres sondeos estratigráficos de los que aquí nos interesa el número 2, practicado en el sótano del Sector Archivos donde se abrió un corte de 3 x 3 m, en el que se excavó hasta la aparición del nivel freático a una profundidad máxima de -3,60 m. En él, y bajo niveles romanos, se documentó la existencia de dos fases constructivas de época turdetana. A la más antigua, fechada hacia el siglo IV a.C., pertenece una pared de barro (U.E. 92), en la que no se observan huellas de adobes, por lo que se ha planteado la posibilidad de que fuera de tapial (Mora y Romo 2003:187). Este muro, para el que no se ha documentado cimentación pétreo, recorre los tres metros del corte en sentido norte-sur y tiene 58 cm de ancho. Asociado a él se registraron dos pavimentos, uno por el lado oriental (U.E. 90), hecho con guijarros, de módulo irregular, trabados sobre una base de barro y ceniza, que tiene unas dimensiones de 80 x 80 cm. Al oeste del muro, el pavimento U.E. 107 estaba formado por una lechada de arcilla roja, con algunos nódulos de cal y ha sido interpretado por los excavadores como un suelo interior de una vivienda (Mora y Romo 2003:184), mientras que el pavimento de guijarros correspondería a una zona exterior (Mora y Romo 2003:186).

La siguiente fase constructiva fue datada en los siglos III a.C.- II a.C., a partir de los materiales que aparecieron en el depósito U.E. 81. En esta fase se documentaron tres muros, contruidos con piedra y guijarros trabados con barro. El muro 114, que conserva unos 0,84 m de altura, 2,42 m de longitud y tiene una anchura de 0,55 m, estaría formado por mampuestos irregulares de calcarenita, trabados con barro y

ceniza. La U.E. 83 consiste en una cimentación construida con lajas de piedra alcoriza, dispuestas horizontalmente, trabadas con mortero de barro y ceniza. Este muro tiene unos 0,60 m de ancho y se ha documentado en 1,30 m de longitud y 0,50 m de altura. Paralelo a este último, se documentó la estructura muraria U.E. 82, construida igualmente con mampuestos de calcarenita, unidos con un mortero de ceniza y barro. El aparejo es irregular, aunque puede apreciarse cierta tendencia a colocarlos en forma de espiga. El muro conservaba una altura de 0,78 m, una longitud de 2,50 m y tenía 0,52 m de ancho. Según los excavadores las U.U.E.E. 82-83-114 estarían relacionadas, formando una estancia rectangular de 2,42 m<sup>2</sup> de superficie (Mora y Romo 2003: 186-187).

En resumen, en la mayor parte de las estructuras constructivas de época turdetana documentadas en las diferentes excavaciones presentan las mismas características. Constan de un cimiento-zócalo de piedra, generalmente caliza y cantos rodados trabados con barro, y un alzado de adobe, que generalmente no se ha conservado o solo levanta unos pocos centímetros. Parece ser que la técnica constructiva de estos zócalos va mejorando con el tiempo, pues se puede observar que tienen cada vez mayor potencia y un aparejo más uniforme (Escacena y García 2012: 790), lo que se puede deber a una mayor categoría de la vivienda en cuestión (Díes 2001: 88).

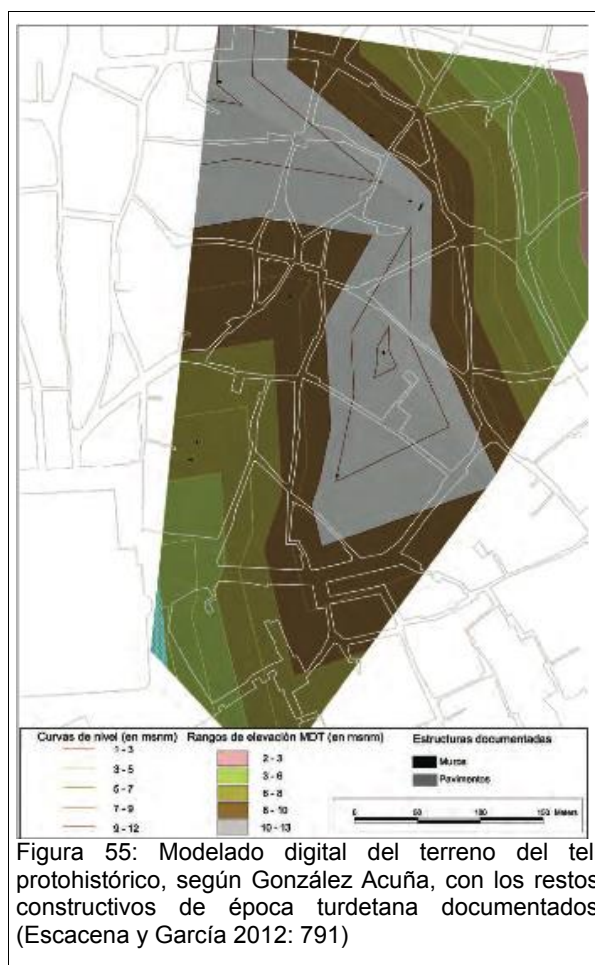
<b>A ñ o</b>	<b>Localización</b>	<b>Publicación</b>	<b>Restos constructivos</b>	<b>Cronología inicial</b>	<b>Cronología revisada</b>
1944	Cuesta del Rosario esquina Galindos	Collantes de Terán 1977 Vera 1987	Nivel 2: esquina, en ángulo recto, de una habitación, de muros de mampostería.	s. III a.C.	
1983 / 84	Argote de Molina, 7	Campos Carrasco 1986	<b>Fase I:</b> muro de piedra. <b>Fase II:</b> muro de piedra y alzado de adobes. Pavimento de arcilla roja.	f. s. V a.C. f. s. IV-m.s. III a.C.	Amortización 3/3 s. III-com. s. II a.C.
1988	San Isidoro, 21-23	Campos 1985 Campos, Vera y Moreno 1988	<b>Primera fase constructiva turdetana:</b> muro de piedra, muy deteriorado, alzado de adobes.	s. VI-V a.C.	s. V-1º m.s. III a.C.

5			<b>Segunda fase turdetana:</b> muro de técnica muy cuidada, alzado de adobes.	1ª m.s.III a.C.	2/3 y 3/3 s. III a.C.
1987	Aire, 12	Fernández Ruiz, Vera Reina y Escudero Cuesta 1987	Muro de adobes. Muros de grandes piedras de alcor y adobes.	2ª m.s.III a.C. p. s. III a.C.	
1988	Mármoles, 9	Escudero y Vera 1988	Piedras de alcor de un posible muro.	"Ibérico"	f. s. IV a.C.- p. s.III a.C.
2012	Muñoz y Pabón, 8 (1ª y 2ª Fases)	García Fernández y González Acuña 2007	Muros: uno construido con un alzado de adobes y otros dos de mampostería.	s. IV a.C.-III a.C.	
2012	Abades, 41-43 (Corte 15 A)	Jiménez Sancho 2002	<b>Primera fase constructiva:</b> suelo de arcilla roja compacta (U.E. 433). <b>Segunda fase:</b> Estructura 1, pequeño muro de mampostería de piedra caliza (U.E. 430). Arranque del alzado de adobe. Pavimento de arcilla, ceniza y cal (U.E. 431). <b>Tercera fase:</b> Estructura 2, muro de mampostería careada (U.E. 424) y alzado de adobes. Pavimento de arcilla (U.E. 426). <b>Cuarta fase:</b> Estructura 3, mal estado de conservación, una hilada de piedras (U.E. 418). Alzado de adobe. <b>Quinta fase:</b> Estructura 4, dos muros de piedra trabados en ángulo recto (U.U. E.E. 405 y 381). Pavimentos de arcilla roja (U.U.E.E. 382 y 410).	II Milenio a.C. s. III a.C.  s. III a.C.  s. III a.C.  m. s. III a.C.	s. IV a.C.  f. s. IV a.C.- c. s. III a.C.  m. s. III a.C.  p. s. II a.C.
2013	Palacio Arzobispal, sectores Archivos y Tribunal	Mora y Romo 2003	<b>Primera fase constructiva turdetana:</b> pared de barro, no huellas de adobes (U.E. 92). Un	s. IV a.C.	s. IV a.C.

(Sondeo II)		<p>pavimento de guijarros (U.E. 90) y otro de arcilla roja (U.E. 107).</p> <p><b>Segunda fase constructiva turdetana:</b> tres muros de piedra coetáneos (U.U.E.E. 114, 83 y 82), parecen formar una habitación de 2,42 m<sup>2</sup> de superficie.</p>	ss. III y II a.C.	ss. III y II a.C.
-------------	--	--	-------------------	-------------------

Tabla 6. Cuadro-resumen de las intervenciones arqueológicas con restos constructivos turdetanos en Sevilla.

Se observa que las diferentes fases constructivas suelen mantener la misma orientación a lo largo del tiempo, que en el sector occidental de la ciudad es norte-sur/este-oeste (Fig. 55) mientras en la zona oriental, de mayor altura, las construcciones se adaptan a una topografía en terrazas y adoptan una orientación suroeste-noreste (Escacena y García 2012: 789).



Según los datos obtenidos en las intervenciones arqueológicas comentadas, el poblamiento más antiguo de Sevilla, fechado a grandes rasgos en el Bronce Final, se localizaría en la zona de la calle San Isidoro y ya en el siglo VII a.C. la ciudad de extendería hacia la Cuesta del Rosario y calle Fabiola. A finales del siglo VI a.C. se detectan en el registro arqueológico síntomas de una crisis de la que parece recuperada en el V a.C., cuando se produce su expansión en dirección suroeste. Este crecimiento urbano, y el aumento demográfico que conlleva, se ha relacionado por algunos autores con el abandono del complejo de El Carambolo y el traslado de su población a *Hispal*, la actual Sevilla (Ruiz Mata 1998: 171). En opinión de Pellicer (1996a: 96), en los siglos V-IV a.C. la ciudad alcanzaría una extensión de 10-12 ha y existirían unas 500 viviendas que darían cobijo a una población de unos 2.000 habitantes, aproximadamente.

Otra cuestión interesante es la presencia de niveles de incendio en la mayoría de los cortes realizados. La sincronidad de muchos de ellos en fechas de la segunda mitad del siglo III a.C., ha llevado a relacionarlos con los conflictos y enfrentamientos que provocó la llegada de los Bárcidas al Bajo Guadalquivir. Según Pellicer (1996a: 95) estas luchas provocarían la destrucción total de la ciudad tras la famosa y controvertida batalla de *Iliipa*.

La ocupación ininterrumpida de la ciudad desde época prehistórica hasta la actualidad ha dificultado el conocimiento arqueológico de su pasado. Los niveles prerromanos se encuentran a más de -5 m de profundidad y el sustrato arqueológico está muy alterado por construcciones posteriores, tanto de época antigua como de tiempos modernos. A ello se añaden los problemas que suponen para la investigación el nivel freático y las filtraciones de la red de abastecimiento de agua a la población actual. Por otra parte, la información que tenemos procede de excavaciones de urgencia que aportan datos fragmentarios e inconexos, un inconveniente importante de la práctica de la arqueología en núcleos urbanos históricos en constante crecimiento.

Pese a todo ello, lo cierto es que, poco a poco, vamos conociendo más y mejor la Sevilla protohistórica, como queda de manifiesto en síntesis recientes (Escacena y García 2012).

### **III.2.1.6. *Caura* (Coria del Río)**

El asentamiento protohistórico de Coria se sitúa en un lugar estratégico, el Cerro de San Juan, elevado sobre la orilla derecha del río Guadalquivir, en el límite suroriental del Aljarafe. Este promontorio es uno de los puntos más altos del entorno, alcanzando una cota máxima de 27 m. Era un emplazamiento con buena defensa natural, con escarpes casi verticales por la mayoría de sus flancos, desde donde, además, se dominaba visualmente un amplio paisaje. En la actualidad Coria del Río se encuentra a unos 70 km aproximadamente de la costa Atlántica, pero la *Caura* antigua se encontraba a orillas de una amplia ensenada en la que desembocaba el río Guadalquivir, controlando el tráfico fluvial y los intercambios comerciales a nivel comarcal e incluso regional (Escacena 1983: 68). El puerto de Coria debió concentrar la producción agropecuaria de esta zona del Aljarafe para su posterior distribución y comercialización (Escacena 1987b: 45). La importancia de este enclave es recogida también en la obra de Plinio (*N.H.*, III. 3. 11) donde se cita a *Caura* entre los núcleos de población más importantes de la orilla del *Baetis*.

## **La documentación arqueológica**

### ***Cerro de San Juan***

Los primeros trabajos arqueológicos en el cerro de San Juan se iniciaron en 1994 en el marco del proyecto de investigación “Estuario” dirigido por el profesor J.L. Escacena Carrasco, cuyos resultados comentaremos a continuación, pero algunos materiales recogidos con anterioridad por aficionados locales, aseguraban el interés y dinamismo económico del asentamiento así como la probable existencia de un santuario en la parte alta del cerro y de una necrópolis coetánea en el contiguo de Cantalobos, separado del hábitat por una vaguada que desciende hasta el río (Belén 1987).

En los años 1994 y 1996 se llevaron a cabo dos campañas de excavaciones en un sondeo estratigráfico que se abrió en el sector sureste del promontorio y cuyos resultados permitieron conocer una amplia secuencia de ocupación que ha recrecido en más de 6 metros la altura del altozano natural.

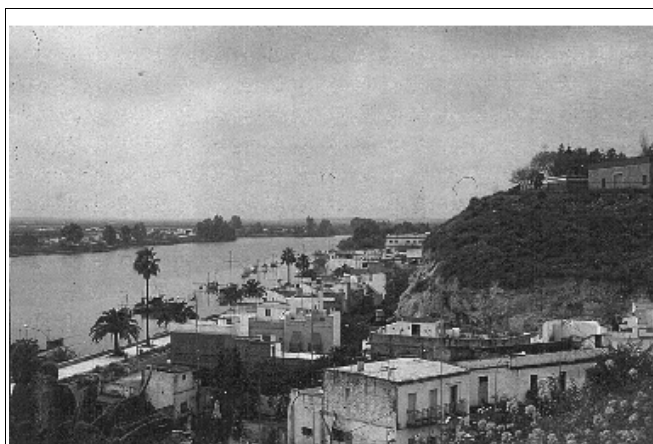


Figura 56: Cerro de San Juan, Coria del Río (Escacena 2001b: 74).

En los años siguientes (1997 y 1998) se realizaron otras intervenciones arqueológicas con carácter de urgencia en el recinto del Colegio San Juan. En estos trabajos se pusieron al descubierto parte de un santuario de época protohistórica y unas viviendas adyacentes, que parecen corresponder a una pequeña comunidad fenicia (Escacena e Izquierdo 2001: 127) instalada en esta zona del poblado en época tartésica, cuando el hábitat ya se extendía a la totalidad del cerro (Escacena 2001a: 81). La planta del santuario no se ha podido documentar por completo, dada la escasa extensión excavada, pero por sus características arquitectónicas, orientación y registro material se ha planteado que sería un templo dedicado al dios *Baal* (Escacena e Izquierdo 2001: 128). Este santuario conoció varias fases constructivas, al menos se han documentado cinco, entre los siglos VIII y VI a.C., en el que deja de tener uso. Al norte del santuario se han excavado una serie de viviendas superpuestas, que corresponden a las distintas épocas del complejo sacro. Las estructuras más antiguas se han fechado en el siglo VII a.C. De la última fase constructiva, se conoce una casa, datada en la segunda mitad del siglo VI a.C., que quedó sepultada por los adobes de su propio derrumbe y con indicios de un abandono precipitado e incluso violento. Parece que no se volvió a construir en esta zona de la ciudad hasta el siglo IV a.C., de cuya ocupación se registraron restos de hogares y comida, así como numerosos fragmentos de cerámica de cocina de época turdetana (Escacena 2001a: 83).

Las construcciones de la II Edad del Hierro registradas en el que se llamó sondeo CAU/A se organizan a ambos lados de un espacio exterior, calle o patio. No han sido objeto de un análisis en detalle pero sabemos que son probablemente estructuras de uso doméstico cuya ocupación se inaugura hacia el siglo IV a.C.,



coincidiendo con una etapa próspera y de gran proyección exterior de su puerto (Escacena e Izquierdo 1994; Ferrer Albelda, García Fernández y Escacena Carrasco 2010: 75-80).

En resumen, las excavaciones realizadas en el Cerro de San Juan en la década de los años 90 del siglo pasado sacaron a la luz una secuencia estratigráfica en la que las primeras evidencias de presencia humana corresponden a época neolítica, pero no será hasta finales de la Edad del Cobre cuando el poblamiento sea estable y continuado, consolidándose en la primera mitad del II milenio. Es uno de los pocos asentamientos ribereños en el que se ha constatado un horizonte poblacional de fines de la Edad del Bronce (Ferrer Albelda *et alii* 2008: 232, 234). Sin embargo, no tenemos constancia de la existencia de construcciones estables hasta la Edad de Hierro, cuando en el siglo VIII a.C. se constata una primera fase constructiva, con viviendas de planta rectangular, y ya con un urbanismo claro y planificado, que se vincula a la presencia de población foránea en el lugar, quizá un pequeño barrio de comerciantes orientales construido junto a un santuario consagrado a sus divinidades (Escacena e Izquierdo 2001: 127). En el cercano Cerro de Cantalobos se han encontrado diversos materiales arqueológicos que podrían corresponder a ajuares funerarios, lo que sugiere que pudo estar allí el cementerio de la población que habitó el Cerro de San Juan durante parte del I milenio a.C.

#### **III.2.1.7. Oripipo (Dos Hermanas)**

La antigua *Oripipo* se levantaba en terrenos llanos de la margen izquierda del Guadalquivir, al sur de *Hispal(is)*. Su existencia se conocía desde antiguo, pues aparece en los textos clásicos, como la *Historia Natural* de Plinio (III.11), y el *Itinerario* de Antonino (410.2), entre otros documentos de época romana. A partir del siglo XVII, la erudición anticuaria, como Rodrigo Caro y posteriormente el padre Flores, se interesó por su localización exacta, pero la situaron erróneamente en la actual la ciudad de Dos Hermanas. Ya en el siglo XIX esta población de origen prerromano se localizó, como recogen autores como Ceán Bermúdez y Madoz entre otros, en el lugar conocido como Torre de los Herberos, atalaya cristiana construida sobre una torre vigía de época almohade en el antiguo Cortijo de Tixe, hoy incorporado al Polígono Industrial “Carretera de la Isla”, a unos 7 km al oeste

de Dos Hermanas. Los cambios que se han producido con el tiempo en la geografía de este sector ribereño, han ido distanciando el yacimiento respecto a la orilla del río.

### **La documentación arqueológica**

Las obras de las infraestructuras del polígono industrial afectaron seriamente al yacimiento, hasta que el traspaso de competencias a la Administración autonómica concluido en 1984 inició un proceso, por parte de la Delegación Provincial de Sevilla de la Consejería de Cultura y Medio Ambiente, para su protección física y legal, consiguiéndose la catalogación de *Orippe* como Zona Arqueológica, con una superficie protegida de unos 350.000 m<sup>2</sup> y posteriormente, en el año 1991, como Bien de Interés Cultural. Desde entonces son muchas las intervenciones arqueológicas que se han llevado a cabo en distintos sectores del yacimiento, pero en su mayor parte se han practicado en las áreas industriales y funerarias de época romana situadas en la periferia del asentamiento.

Las primeras actuaciones realizadas en el hábitat en el año 1989, bajo la supervisión de Antonio de la Hoz Gándara, consistieron en trabajos de limpieza y consolidación en el sector sudoeste del mismo. En ellas se constató la existencia de cuatro fases constructivas superpuestas, de las que en el informe no se ofrece más que una breve descripción, sin asignarlas a ninguna etapa crono-cultural concreta (De La Hoz 1989). Además se realizó una prospección magnética siguiendo el eje longitudinal mayor del yacimiento, que puso de manifiesto la existencia de un entramado de muros sobre los que tampoco tenemos información alguna.

A principios del año 1990, tras su nombramiento como responsable del Módulo de Arqueología de la Escuela Taller de Dos Hermanas, Antonio Pérez Paz planteó un nuevo programa de trabajo, dirigido principalmente a la conservación y preservación del yacimiento, que proyectaba su delimitación y señalización, así como la consolidación y cubrimiento de los restos arqueológicos exhumados con anterioridad. En estos años noventa, también se procedió a realizar una prospección superficial del yacimiento completo.

En la zona desmontada para la construcción del “Nuevo Canal del Guadaíra”, que afectaba al sector noroccidental donde se asienta la Torre de los Herberos, se realizaron trabajos de limpieza y un registro de la estratigrafía, en el que se

alcanzaron niveles protohistóricos con restos de habitación, como pavimentos de tierra, barro, cal o guijarros (Pérez Paz 1991: 484).

También se procedió a realizar una excavación en la zona que había sido objeto de la prospección magnética en 1989. En esta ocasión, se documentó parte del trazado de la cerca defensiva de la ciudad, al parecer de época prerromana, cuyo recorrido correspondería con la curva de nivel de los 11 metros. Se descubrió un bastión o contrafuerte de forma circular, de unos 2 m de radio. Al norte de estos restos, en un segundo sector, se documentaron muros - de distinta entidad - perpendiculares al trazado de las defensas, contruidos con piedras irregulares y adobes, y calles de tierra apisonada y guijarros, en mal estado de conservación, paralelas a la muralla (*Idem*).

Recapitulando, la información arqueológica sitúa la *Orippe* antigua en una suave elevación sobre las terrazas del río Guadalquivir, de unos 450 m de longitud, en cuyo centro, controlando el tráfico fluvial, se levantaba el núcleo urbano (Pérez Paz 1991: 486). El origen de la ocupación se sitúa en el Bronce Final (Ferrer Albelda *et alii* 2010: 81), pero alcanzaría su mayor extensión e importancia en época turdetana, probablemente a partir del s. IV a.C. (Ferrer Albelda *et alii* 2008: 237), cuando se observa la existencia de un asentamiento ya plenamente urbanizado, con un recinto amurallado, lo que explica que algunos autores hablen de un *oppidum* que se configura como una posible ciudad-estado (Ferrer Albelda *et alii* 2008: 239). En época republicana la ciudad tenía ceca propia y un puerto muy activo (Fernández Gómez *et alii* 1997: 15-16).

### **III.2.1.8. Nabrisa (Lebrija)**

El término municipal de Lebrija se extiende por las provincias de Sevilla y Cádiz y en él se pueden distinguir tres zonas orográficas diferentes (Caro Bellido 1991: 5). Una de ellas es la formada hasta hace poco por tierras de marismas que se sitúan en el cuadrante noroccidental del término y que incluyen un tramo del Guadalquivir. En ella, y al borde de la marisma, se sitúa la ciudad de Lebrija, asentada sobre un *tell* artificial, de unos 10 metros de potencia estratigráfica, formado por la acumulación de restos de ocupación poblacional desde tiempos neolíticos hasta la actualidad.

Mucho se ha especulado sobre la fundación y la toponimia de la Lebrija antigua (Caro Bellido 1986-87). Su principal núcleo de población se asentó en el Cerro del Castillo, que hoy presenta una altura de unos 72 m s.n.m. Era un emplazamiento estratégico en altura, con buena defensa natural y visibilidad sobre un amplio entorno, al fondo de un estero navegable de la orilla oriental del Guadalquivir. En su cara oeste el cerro presenta flancos escarpados, mientras que en sus laderas sur y este la pendiente se suaviza, alcanzando la zona más baja en la actual Plaza de España situada en el centro de la ciudad actual (Tomassetti Guerra 1997: 248). El Cerro del Castillo es una “auténtica acrópolis natural” (Caro Bellido 1986-87: 57), situada en época protohistórica sobre la línea de costa, controlando la navegación por el golfo o ensenada que los romanos conocían como *Lacus Ligustinus*. Estas excelentes condiciones convertirán muy pronto a Lebrija en uno de los enclaves poblacionales más importantes de la zona (Caro Bellido 1986-87: 58).

El nombre antiguo de *Nabrissa* nos ha sido transmitido por Estrabón en su obra *Geografía* (III.1.9; III. 2.5), pero seguramente lo tomó de autores anteriores.

### **La documentación arqueológica**

Los trabajos arqueológicos de carácter científico sobre Lebrija se inician ya avanzada la segunda mitad del siglo XX, pero para entonces se habían producido algunos hallazgos de gran interés en relación con la etapa protohistórica de la ciudad. Entre ellos destaca sin duda el de los famosos “candelabros” que se encontraron en 1923 durante trabajos de extracción de barro que se realizaban al pie del Cerro del Castillo, fuera de la población. Son piezas de oro que se interpretaron como *thymiateria* o pebeteros de uso litúrgico y se fecharon hacia el siglo VI a.C.

En el verano de 1977 se realizó un pequeño corte estratigráfico en el lugar conocido por “Huerto Pimentel”, próximo al Cerro del Castillo, donde se alcanzó una profundidad de cuatro metros y se comprobó la continuidad poblacional desde la Edad de Bronce hasta prácticamente la actualidad. De los resultados de estos trabajos solo se publicó un escueto estudio de la estratigrafía y los materiales arqueológicos (Tejera 1986), que ha sido bien valorado por la historiografía posterior.

En 1981 Caro Bellido presenta su Memoria de Licenciatura “Contribución a la carta arqueológica del Valle del Guadalquivir: el término municipal de Lebrija (Sevilla)”<sup>24</sup>, donde se recogía un estudio pormenorizado de los yacimientos arqueológicos registrados en la zona y los materiales arqueológicos existentes en colecciones particulares, incluidos los procedentes del área urbana.

En el año 1984, en el desarrollo de los trabajos de desmonte de unas parcelas para la construcción de viviendas en *El Cabezo*, que no es otro que el Cerro del Castillo, se comprobó la existencia de una potente estratigrafía en la zona y se recogieron numerosos materiales arqueológicos de época prehistórica, que remontaban la ocupación del lugar hasta, al menos, el Calcolítico.

La primera excavación en el casco urbano de Lebrija no se realizará hasta el año 1986, por un equipo formado por profesores de las Universidades de Sevilla y Cádiz, dirigido por P. Acosta. La intervención se practicó en un solar de la calle Alcazaba, localizado en la ladera sureste del Cerro del Castillo, donde se situó el núcleo originario de la población (Caro Bellido 1986-1987; Caro Bellido, Acosta Martínez y Escacena Carrasco 1986). Se planteó la realización de un corte estratigráfico (corte A), de 4 x 4 m de superficie, en el que se alcanzó una profundidad de 7 m. Se documentó la existencia de 12 estratos y un total de 37 niveles arqueológicos, de los que nos centraremos en los correspondientes a época turdetana y en los restos constructivos hallados en ellos. Ya de época orientalizante (estrato VI y VII) se encontraron restos de una vivienda de planta rectangular. De época turdetana, fechada a partir de las cerámicas asociados a ellos, se han documentado restos de una construcción, también de planta rectangular, pero construida con una técnica menos cuidada, con muros de grandes piedras sin escuadrar, de la que no nos consta mucha más información.

De acuerdo con los datos disponibles, los inicios de la ocupación de Lebrija se remonta a tiempos neolíticos, con discontinuidades hasta fines de la Edad del Bronce en que se inicia una implantación habitacional con continuidad hasta hoy. En época tartésica, momento en el que se confirma la adopción de la planta rectangular en la construcción (Caro Bellido 1986-87: 61), era una ciudad fortificada, un *oppidum* que gestionaba la explotación de un amplio territorio (Ferrer Albelda *et alii* 2008: 238). En época turdetana la ciudad alcanzaba una extensión de

---

<sup>24</sup> En la Universidad de Sevilla, bajo la dirección de M. Pellicer Catalán.

10 a 11 ha, con urbanismo adaptado a la topografía natural del terreno (Tomassetti Guerra 1997: 250).

### **III.2.2. Los Alcores**

#### **III.2.2.1. *Carmona* (Carmona)**

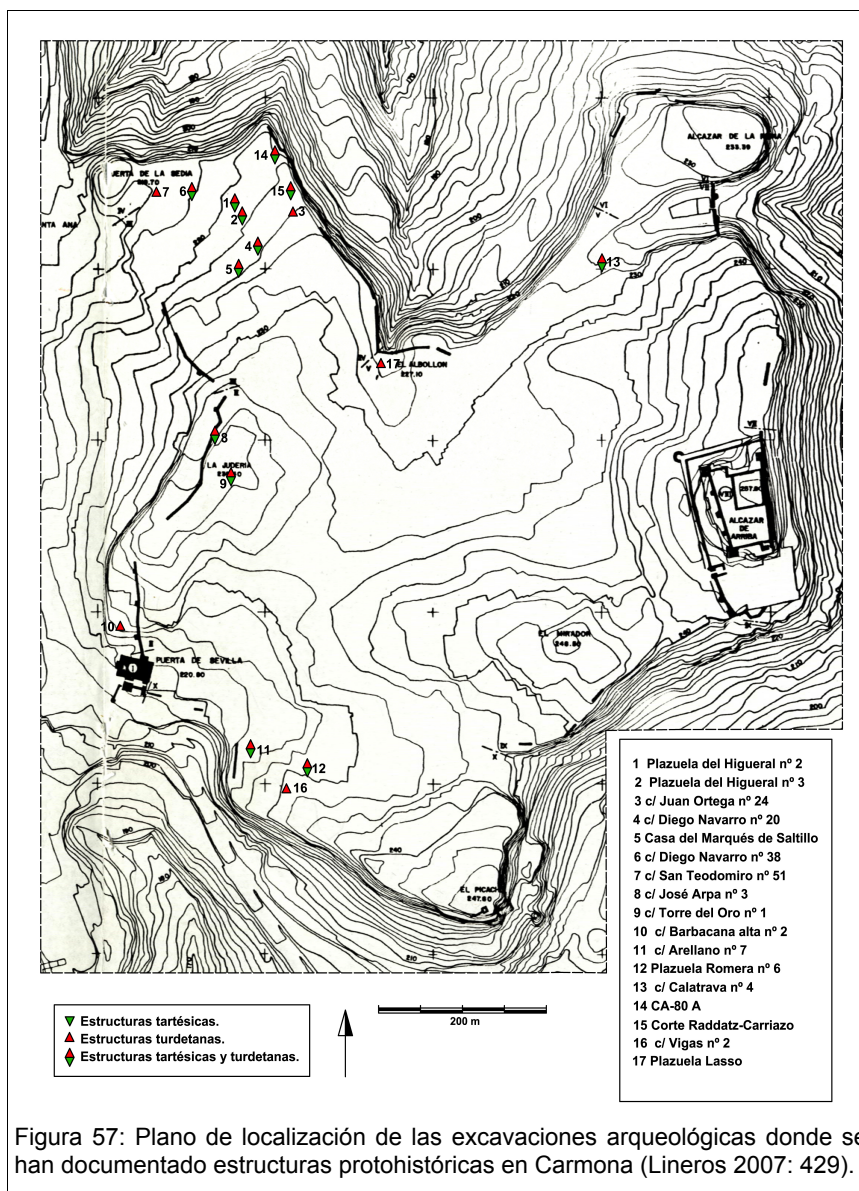
La ciudad de Carmona se encuentra en un emplazamiento estratégico en el extremo noreste de Los Alcores. Se asienta sobre una meseta, con una altura media de 198 metros s.n.m., que presenta una suave pendiente de oeste a este, con unos 39 metros de diferencia entre la Puerta de Sevilla (218 m) y el Alcázar de Arriba (257 m).

Su emplazamiento en un lugar elevado le permite tener el control visual del entorno y de las vías de comunicación que discurren por el valle del Guadalquivir en el que Carmona constituye un “punto de paso obligado en las rutas meridionales” (Pellicer y Amores 1985: 61).

Esta meseta está delimitada en tres de sus lados por un relieve abrupto, con grandes pendientes que llega en algunos puntos concretos a ser prácticamente del 100%, lo que supone una buena defensa natural. Solo en su lado oeste presenta una pendiente más suave (de 5-10%) que, al parecer, es fruto de un relleno intencionado, de carácter antrópico, que se llevó a cabo en época protohistórica con el fin de colmatar una vaguada y facilitar el acceso al asentamiento (Líneros 2007: 428).

Carmona está rodeada de un paisaje mixto, de gran variedad y riqueza, lo que se traduce en prosperidad económica, ya desde tiempos antiguos. Su ubicación entre La Vega, Las Terrazas del Guadalquivir y la zona de Los Alcores, le permite el acceso a importantes recursos naturales. Además, en su entorno más inmediato dispone de tierras para el cultivo, fuentes de agua, pastos para la ganadería, y, lo que más nos interesa, de canteras de barro y piedra, que se explotaban tanto para la producción alfarera como para la construcción (Belén 1994: 17). La menor fertilidad de estos suelos en el pasado, llevó a la dedicación de la mayoría de ellos

a tierras de pastos para alimento del ganado, siendo la actividad ganadera muy practicada en época protohistórica, como queda evidenciado en el registro arqueológico.



Es imprescindible estudiar y conocer la topografía de Carmona en época protohistórica para poder comprender la estructuración urbana de los diferentes elementos constructivos. En cuanto al terreno sobre el que se asienta la ciudad, este presenta un relieve irregular, formado por elevaciones, cauces de desagüe y vaguadas. En la actualidad muchas de esas vaguadas naturales han desaparecido, pues a lo largo de los siglos han sido rellenadas para su aprovechamiento

urbanístico, pero las excavaciones y trabajos arqueológicos de las últimas décadas han permitido documentarlas. La superficie donde se asentaba el poblamiento protohistórico presenta una topografía irregular, determinada por cinco elevaciones a modo de promontorios y dos profundas vaguadas, la del Albolón, al norte, y la de San Bartolomé, al suroeste. Esta configuración geográfica condicionó el trazado de las vías y los accesos a la ciudad (Belén y Lineros 2001: 115). Según la información arqueológica, ambas depresiones estarían muy próximas en época prerromana y dividirían el yacimiento en dos sectores independientes (Belén y Lineros 2001: 116).

En cuanto a los materiales geológicos de la zona hay que destacar la base de margas, que se han empleado en época antigua como material constructivo, para la fabricación de adobes y pavimentos. En la superficie encontramos grandes bloques de roca calcarenita amarilla, que también ha sido utilizada tradicionalmente para la construcción, tanto en forma de piedras como disgregada - albero - para uso en los pavimentos.

La privilegiada ubicación y riqueza natural de Carmona explican su temprano poblamiento en el tránsito del Neolítico al Calcolítico, tanto en el casco urbano de la actual ciudad como en los alrededores, aunque no será hasta el siglo VIII a.C. cuando podamos hablar con propiedad de un núcleo de características urbanas (Lineros 2007: 446). La Carmona protohistórica era una ciudad amurallada, con una superficie de 42 hectáreas que se organizaba en dos áreas, la zona urbana y otro espacio no urbanizado, dedicado posiblemente a actividades económicas o agropecuarias (Lineros 2007: 448). Los resultados de las diferentes excavaciones arqueológicas realizadas en el casco urbano señalan que el principal núcleo de población se situó al norte de la meseta, en la zona del actual barrio de San Blas, en una zona delimitada por escarpes, lo que la convertía en un reducto fortificado.

La situación estratégica de Carmona y su gran riqueza en recursos explican también el pronto interés de los fenicios por esta región. A partir del siglo VIII, según la información proporcionada por las últimas excavaciones arqueológicas, parece que existe una dualidad en el poblamiento (Belén y Lineros 2001: 121), observándose la existencia en el actual barrio de San Blas de un núcleo de población concentrada, de morfología oriental, y coetáneamente un poblamiento disperso, en forma de cabañas, por las laderas y cimas de los diferentes



promontorios que conforman la meseta.

En el siglo VII a.C. ese núcleo originario de población alcanza un gran desarrollo, demográfico y urbano (Belén y Escacena 1996: 93), que continuará en los siglos posteriores.

A finales del siglo III a.C. Carmona sería una importante base militar de Cartago en su lucha contra Roma, en el contexto de la Segunda Guerra Púnica, posiblemente a estos momentos correspondería la construcción del bastión defensivo de lo que hoy conocemos como Puerta de Sevilla (Belén 1994: 29; cf. Schattner 2005).

Pero para el estudio de la evolución histórica de la ciudad hay que tener en cuenta que la propia configuración geográfica de Carmona, su perfil abrupto y el propio sustrato geológico han provocado una erosión continua de los bordes de la meseta, lo que ha supuesto una reducción de su superficie y la pérdida de información arqueológica (Belén y Lineros 2001: 116).

### **La documentación arqueológica**

Los primeros trabajos son llevados a cabo por G.E. Bonsor, a finales del siglo XIX, tanto en el interior de la ciudad como en los alrededores, pero se centraron principalmente en la necrópolis de la Cruz del Negro, por su mayor atractivo y riqueza. Pese a las limitaciones propias de la mentalidad y técnicas de la época, hay que reconocer la gran aportación de Bonsor al conocimiento de la Prehistoria y de la Protohistoria en la zona de Los Alcores (Amores 1982).

En el año 1885 se crea la "Sociedad Arqueológica de Carmona" por una serie de intelectuales y eruditos, tanto locales como extranjeros, incluidos el mismo Bonsor. Esta institución se interesó por el estudio arqueológico, histórico y social de Los Alcores y la Campiña sevillana. En 1887 se publican las memorias de la Sociedad, con artículos que recogen los trabajos e investigaciones desarrollados. Pero no sería hasta el siglo XX cuando se realicen en Carmona las primeras excavaciones arqueológicas, con carácter científico, que pasamos a comentar.

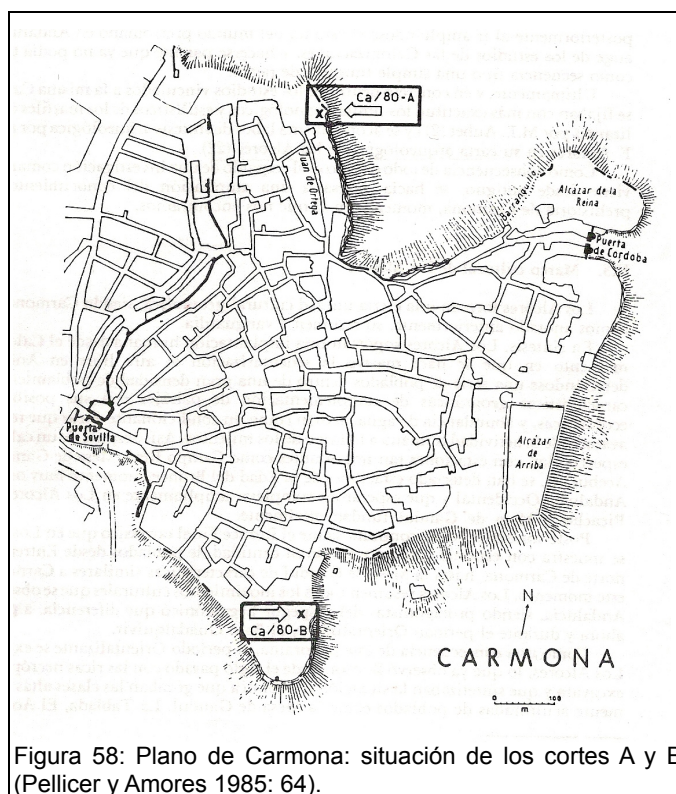
### ***Excavaciones en el Raso de Santa Ana***

En el año 1959 Carriazo y Raddatz acometen el primer corte estratigráfico realizado en la ciudad, lo que fue una novedad en el panorama arqueológico andaluz y un hito historiográfico. Aunque en estos primeros trabajos no se documentaron estructuras constructivas de época turdetana, recogemos algunos de sus resultados por la trascendencia que tuvieron en el ámbito de la investigación del pasado de la ciudad de Carmona y del Bajo Guadalquivir, en general. En este corte, realizado en el reborde noroeste del casco urbano, junto a la salida hacia la carretera a Lora del Río, se obtuvo una estratigrafía completa, proponiéndose una cronología inicial de la evolución cultural de la ciudad, que ha sido revisada continuamente (Pellicer 1979-80; Pellicer y Amores 1985; Jiménez Hernández 2004: 492-495, entre otras). Se establece la existencia de cinco estratos arqueológicos. El Estrato 5, el más antiguo, en el que se documentan exclusivamente cerámicas a mano, se ha fechado hacia el 800 a.C. En el Estrato 4 se encontraron formas cerámicas datadas en Bronce Final y solo al final de esta fase aparecen elementos coloniales. El Estrato 3, fechado hacia el siglo VII a.C.- mediados del siglo V a.C., acaba con un incendio generalizado, que provoca el abandono de piezas cerámica completas. Este nivel de destrucción detectado en el nivel 3b se fecha por análisis de C14 hacia el 520  $\pm$  120 a.C., y parece también documentarse en otros yacimientos del Bajo Guadalquivir. Los Estratos 2 y 1, son fechados por los materiales cerámicos, como los platos de tradición fenicia, cuencos de borde engrosado y las cerámicas decoradas con bandas rojas limitadas por líneas negras, en el siglo V a.C. Hay que destacar la ausencia de cerámicas griegas de época clásica en esta fase.

En el transcurso de estos trabajos se exhumaron restos de varias estructuras murarias superpuestas. Son descritas como cuatro muros de piedra de gran potencia, denominados por las letras A, B, C y D, y que, según lo que podemos deducir de la descripción de los excavadores, corresponderían en realidad a varias fases constructivas sucesivas. En un determinado momento, del que desconocemos la fecha, el muro D unía con B y C, que discurrían casi en paralelo, formando una “casa” (Carriazo y Radattz 1969: 352). En la superficie existente entre los diferentes muros se documentaron una serie de capas superpuestas, algunas de tierra de color rojizo y otras más amarillentas, que corresponden a los pavimentos de los diferentes niveles de habitación, de los que no tenemos más

información. Los excavadores afirman la existencia en el Estrato 3 de una “edificación de tipo urbano”, con muros de piedra contruidos con potentes fosas de cimentación (Carriazo y Radattz 1969: 368). Este estrato, turdetano para los autores citados, se fecha hoy entre mediados del VI y mediados del V a.C. por distintos autores (Jiménez Hernández 2004: 494).

En 1980 se llevó a cabo una nueva intervención arqueológica en el casco urbano de Carmona. En esta ocasión se realizaron dos cortes estratigráficos, bajo la supervisión de M. Pellicer y F. Amores, en ambos extremos de la ciudad, los denominados cortes CA-80/A (Carmona 1980 Sector A), en la parte norte del barrio de San Blas, y CA-80/B (Carmona 1980 Sector B), en la parte sur de la ciudad, en la zona conocida como “El Picacho”. El primero de estos se abrió en las inmediaciones del realizado unas décadas antes por Carriazo y Raddatz, a unos 8 metros al noroeste. El objetivo del corte CA-80/A era revisar esa primera estratigrafía y sobre todo estudiar la etapa del Bronce Final, aún bastante desconocida en esta zona de Andalucía. Los resultados no fueron totalmente satisfactorios, por lo que se decidió abrir un segundo corte, CA-80/B, en el extremo sur de la ciudad.



El corte CA-80/A tenía una superficie de 5 x 4 m; en él se alcanzó una potencia de -7,50 m, diferenciándose un total de 10 estratos que abarcaban 23 niveles arqueológicos, en los que se comprobó la existencia de diversas estructuras murarias superpuestas. Todas ellas están construidas de mampostería de piedra local alberiza, con bloques de calcarenita no escuadrados, aunque a veces si trabajados en parte, con una longitud media de entre los 15 y 40 cm.

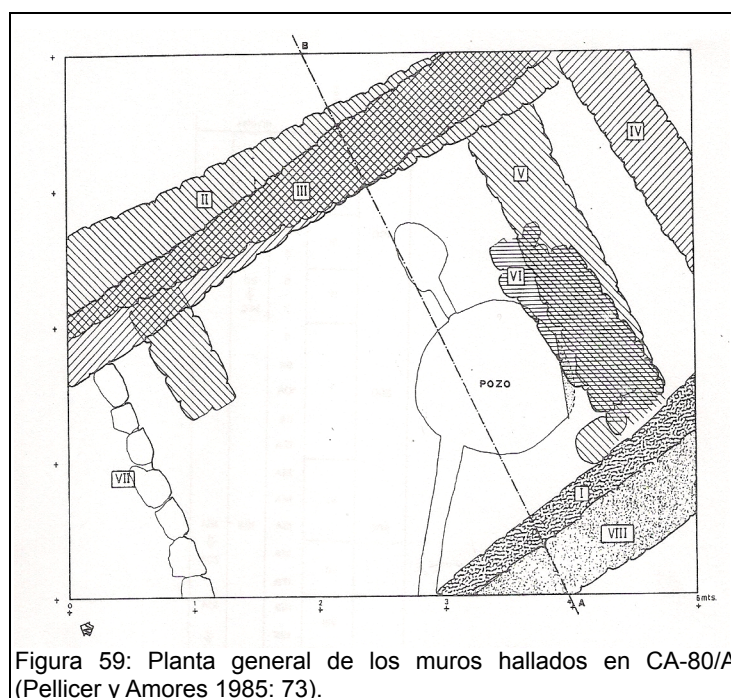


Figura 59: Planta general de los muros hallados en CA-80/A (Pellicer y Amores 1985: 73).

De esos niveles nos centraremos en los correspondientes a época turdetana, del 3 al 12, en los que se documentaron diversas estructuras murarias superpuestas, que han sido enumeradas sin seguir un orden cronológico.

El estrato IV (niveles 6 y 7) se halló a una profundidad de -4,80 m aproximadamente, y está compuesto por arcilla oscura con abundantes restos de carbón, lo que parece responder a un nivel de incendio, que también se documentó en el corte de Raddatz (Pellicer y Amores 1985: 70), concretamente en el estrato 3b y que se ha fechado hacia mediados del siglo V a.C. En este estrato IV de CA-80A se inicia el muro V, paralelo a los muros IV y VI, del que no nos consta mayor información.

Al nivel de incendio 7 parece corresponder el muro III, que se apoya en el muro II, y que alcanza una profundidad de -1,60 m. Este muro III está construido mediante dos paramentos de bloques de piedra, con unos ejes de 30 cm de media y un

grosor medio de 15 cm, rellenándose el espacio intermedio con guijarros de mediano tamaño, de unos 15 cm. El ancho total de este muro sería de 0,50 m.

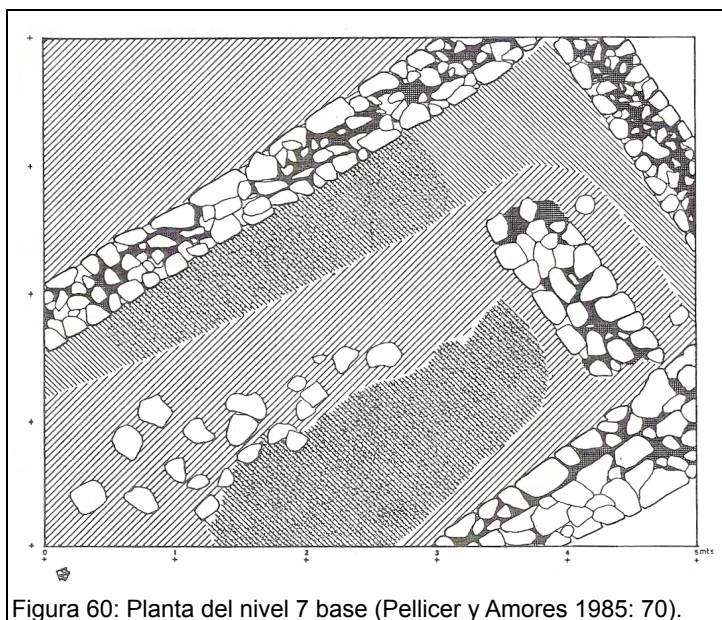


Figura 60: Planta del nivel 7 base (Pellicer y Amores 1985: 70).

En el nivel 6 aparece el muro VI, que parece no tener relación con el resto de paramentos. Este muro está construido con bloques de piedra de 30 cm de longitud por 10 cm de grosor.

A una profundidad de -5,47 m, se documentó el estrato V, correspondiente a los niveles 8-12, que se fecha, a partir de los materiales arqueológicos, hacia la segunda mitad del siglo VI a. C y primera mitad del V a.C. En la base del nivel 12 aparece el muro II que sirve de asiento al III; ambos continúan en dirección noroeste-sureste hacia el ángulo norte del corte. Este muro II se relaciona estratigráficamente con el V, al que es perpendicular y de la misma fecha.

A partir del nivel 9, ante las diversas tonalidades observadas en el terreno, se subdivide en 3 sectores, que se excavan de manera independiente. El sector A, en la zona sureste, con una coloración rojiza-parda, correspondería al interior de la supuesta vivienda (Pellicer y Amores 1985: 70). En el ángulo norte del corte se estableció el sector B, formado por arcilla amarillenta. El sector C, de arcilla muy oscura, que se localizaría entre los dos citados y los muros III y IV, y que parece corresponder a una gran fosa de cimentación de estas estructuras (Pellicer y Amores 1985: 74), con unas medidas de 1,90 m de ancho. Esta fosa no es

totalmente paralela al muro III, sino que su trazado parece corresponder más bien al del muro II; esto podría deberse a que en el momento de su excavación tropezaría con este último y se adaptó al espacio existente (*Idem*).

El sector B se abandona ante las dificultades que suponía su excavación, por lo que el estrato VI correspondería a los niveles 13A-15A, solo documentados en el sector A. Estos niveles alcanzan una profundidad de unos -5,80 m aproximadamente, y los materiales hallados en ellos nos dan una cronología de la primera mitad del siglo VI a.C.

En el nivel 15, y en el ángulo sur del corte, apareció el muro I, realizado con piedra alcoreña, que alcanza una profundidad de -3 m, desde el nivel 4 hasta el nivel 23. Desconocemos el grosor exacto del muro pues queda por debajo del ángulo sur del corte, aunque los excavadores proponen unas medidas de 0,80 m (Pellicer y Amores 1985: 72). En su lado norte se apoyan los muros IV, V y VI.

Por último, en el nivel 16, en el ángulo norte del corte se exhumó el muro II, que alcanza una profundidad de un metro, desde el nivel 12 al 18. Este muro tiene un grosor de unos 0,70 m, está construido con piedras alargadas, de unas medidas de 15 por 30 cm, aproximadamente. El recorrido del muro II es perpendicular al muro V, con el que, según la estratigrafía, es sincrónico. Sobre el muro II, basculando hacia el oeste, se asienta el muro III.

El corte CA-80/B se abrió al sur de la ciudad, en una zona próxima al escarpe, de unos 30 m de altura, que se conoce como “El Picacho”. Esta ubicación vino determinada por las referencias antiguas de hallazgos de materiales arqueológicos en este lugar, así como por el hallazgo de cerámicas campaniformes y del Bronce Final que quedaron al descubierto tras un desplome natural de la cornisa. Así se decidió abrir un corte, de 4 x 4 m de superficie, alcanzándose una profundidad media de unos -2 m, registrándose la existencia de 13 niveles de ocupación, que se agruparon en 6 estratos. En este corte aparecieron indicios de restos constructivos de época protohistórica, en concreto una mancha de tierra alberiza de color amarillo, que correspondía a la desintegración de grandes adobes, así como un nivel de arcilla roja compacta, en el que aparecieron grandes piedras. Todo ello se ha interpretado como el derrumbre de una gran cabaña, de la que desconocemos su planta y su cronología (Pellicer y Amores 1985:101).

Ante los resultados obtenidos en estos trabajos arqueológicos, Pellicer (1979-80: 310-311) propuso una revisión de la cronología de los diferentes estratos documentados en Carmona por Carriazo y Raddatz, que consideraba excesivamente baja. A partir del estudio de los materiales arqueológicos hallados, especialmente con base en la evolución de las formas de las cerámicas, planteó la existencia de los siguientes horizontes culturales:

- *Tartésico precolonial primitivo*, que correspondería al estrato inferior 5, fechado en los siglos IX-VIII a.C., en el Bronce Final, caracterizado por la presencia de cerámica tipo *boquique*.
- *Orientalizante*, que se fecha en el Bronce Final reciente, del siglo VIII hasta la primera mitad del siglo VI a.C. Corresponde al Estrato 4, en el que se documentaron materiales cerámicos a mano, de retícula bruñida, barniz rojo, etc.
- *Turdetano antiguo*, que equivale al Estrato 3, en el que hay huellas de un fuerte incendio. Este nivel fue fechado, por Carbono 14 entre el  $520 \pm 120$  y  $450 \pm 50$  a.C. aproximadamente. Hay que señalar la presencia de vasos de barniz rojo de tipo *ibérico*, con formas globulares.
- *Turdetano pleno y final*, fechado en los siglos IV al I a.C., que se correspondería con los estratos 3b, 2 y 1.

En el año 1985 el Excmo. Ayuntamiento de Carmona inició una política de protección del patrimonio histórico, impulsando la creación de un Servicio Municipal de Arqueología Urbana, que desde entonces viene desarrollando una gran labor para el conocimiento del pasado de la ciudad con la realización de numerosas excavaciones urbanas. A continuación pasamos a comentar las que tienen interés para este estudio.

### ***Plaza de San Fernando nº 11***

Del mes de octubre de 1985 a febrero de 1986, se lleva a cabo una campaña de excavación, dirigida por Lineros y Domínguez (1985), en el solar del antiguo casino, situado en la Plaza de San Fernando, esquina con la calle Fernán Caballero, en



pleno centro histórico de la ciudad. En esta intervención se planteó inicialmente la excavación de un gran rectángulo, de 8 x 16 m de superficie, que fue ampliado posteriormente ante el hallazgo de construcciones arquitectónicas. Sobre la roca virgen, directamente, se documentó la fase turdetana, con abundantes materiales cerámicos, entre ellos un fragmento de *kylix* griega que nos dan una cronología de finales del siglo IV al siglo III a.C. No se hallaron restos de estructuras constructivas de época turdetana, salvo restos de pavimentación de tierra rojiza apisonada, pero se ha deducido que esta zona de la ciudad estaría habitada hasta finales del siglo IV o principios del III a.C.

### ***Calle José Arpa nº 3***

En los meses de julio a diciembre de 1986 se llevó a cabo una excavación de urgencia en el solar número 3 de la calle José Arpa, bajo la supervisión de M<sup>a</sup> S. Gil y R. Lineros. Este solar, próximo al recinto defensivo, se encuentra a unos 200 m al noroeste de la anterior excavación, de ahí su interés. Se realizaron varios cortes estratigráficos, inicialmente cinco, de 4 x 2 m de superficie cada uno, en los que se obtuvo una secuencia estratigráfica bastante completa, que abarcaba desde el siglo V a.C. hasta el siglo XVIII. La aparición de estructuras constructivas llevó a ampliar la extensión a excavar y a abrir otros 5 cortes (Gil *et alii* 1986).

En el Corte A se documentó un primer momento de ocupación en el siglo VIII a.C., que se correspondía con un tramo de muralla, que se cree fue la primera estructura construida, ya que las viviendas serían de época posterior, al estar adosadas a la misma. Esta primera muralla perdería su función defensiva a partir del siglo V a.C., fase en la que se produce el primer poblamiento en esta zona de la ciudad. Esta ocupación inicial se establece directamente sobre la roca del alcor, excepto en el Corte B y parte del C donde previamente se había construido una rampa, que serviría de pavimento en algunas viviendas. El sector que poseía más pendiente se acondiciona con un relleno de arcillas rojas mezcladas con numerosos fragmentos de cerámica indígena, y sobre esta capa de relleno se realiza un pavimento de tierra apisonada, sobre el que aparecen restos de adobes, que corresponderían, probablemente, al alzado de los muros de la vivienda. En los niveles inferiores del corte G apareció una estructura, realizada con piedra local y con una forma ligeramente elipsoidal, fechada en estos momentos, de la que desconocemos su función.



A partir de los siglos IV y III a.C. se procede a la ocupación definitiva de esta zona, con estructuras habitacionales de planta rectangular, orientadas de este a oeste. Estas viviendas están construidas con mampuestos de piedra local, colocados en hiladas horizontales. Las diferentes estancias se comunican por medio de unos peldaños, contruidos con la misma técnica que los muros, que servirían a modo de escaleras, para salvar el desnivel. En cuanto a los pavimentos, se ha documentado la existencia de diferentes tipos, que parecen responder a distintos usos. Los de tierra apisonada son los más comunes, aunque para las zonas de exterior se prefiere la utilización de un mortero de cal, que ha sido necesario reparar en varias ocasiones, con grandes lajas de piedra. Estas habitaciones parecen perdurar, sin grandes modificaciones, hasta los primeros momentos de la ocupación romana.

A partir de los datos obtenidos en esta excavación se ha planteado la hipótesis de que en un primer momento la población se concentraría en la periferia de la meseta, principalmente en la cornisa norte, existiendo grandes vacíos interiores. En los siglos V y IV a.C. el sector oeste comienza a ser ocupado, para en los siglos posteriores el poblamiento extenderse hacia el interior (Gil *et alii* 1986: 363).

### ***Plazuela del Higueral nº3***

En el año 1987 se realiza una excavación en el solar número 3 de la Plazuela del Higueral<sup>25</sup>, bajo la dirección de M<sup>a</sup> S. Gil. Se trata de un solar situado al noroeste de la ciudad, donde ya se conocía la existencia de un importante poblamiento en época protohistórica (Gil, Gómez y Rodríguez 1987).

En un principio se trazó el Corte 1, con una superficie inicial de 4 x 4 m, que ante la aparición de estructuras murarias se decidió ampliar 1,50 m al norte y 1 m al este. En este corte se documentaron varios muros de época turdetana, en concreto el 7 y 8, que parece que formaban la esquina de un espacio habitacional. Estos muros, orientados en dirección este-oeste y norte-sur respectivamente, están contruidos con adobes de arcilla gris oscura. Asociado a uno de ellos se halló una especie de “encachado” de pequeñas lajas, que según los excavadores (Gil, Gómez y Rodríguez 1987: 582), pudo estar relacionado con la nivelación del terreno, supuesto que no se pudo comprobar en la excavación. Este mismo muro estaba

---

25 Para referirnos a esta intervención utilizamos el término Plazuela del Higueral por ser el empleado por los autores en la publicación del *Anuario Arqueológico de Andalucía*; en las posteriores actuaciones arqueológicas a esta misma ubicación se le denomina Calle Higueral simplemente.

enlucido en una de sus caras con arcilla roja, que se relacionaba a su vez con una de las fases de pavimentación, fechada a mediados del siglo VI a.C.

Desde el último cuarto del siglo VI y la primera mitad del V a.C. se documenta un gran desarrollo urbano en esta área de la ciudad protohistórica. Así se construyen los muros 3/A, 4, 5/A y 6, que parecen corresponder a dos ángulos de otras tantas estancias de planta rectangular, de escasas dimensiones. La mayoría de estos muros estaban contruidos con mampostería de piedra de alcor, colocadas en sentido horizontal.

El muro 3/A se encuentra en el ángulo noroeste, a una profundidad de -3,40 a -4,60 m, y orientado 65° noreste. Desconocemos su grosor ya que está cubierto por otro muro, pero sí sabemos que tenía una gran zanja de cimentación, de unos 50 cm de anchura y una profundidad de casi un metro. Esta zanja estaba rellena de tierra alberiza que apenas contenía materiales arqueológicos.

En el ángulo noreste del cuadro se localizó el muro 4, que estaba contruido con lajas de piedra. Su trazado, con una orientación 54° noreste, es casi paralelo al 3/A. Se ha interpretado como un muro de carga, pues a él se superpusieron y adosaron otros muros. Este muro 4 poseía una zanja de cimentación de unos 15-20 cm de anchura y -0,70 m de profundidad, que se relleno de arcillas rojizas.

De una fase posterior son los muros 1/A y 5/A, que están trabados entre sí. El primero de ellos, con una potencia de -3,37 a -2,42 m y orientado 54° al noreste, se apoya directamente sobre el muro 4, que funciona como cimiento. Este muro 1/A presenta huellas de fuego, que se han relacionado con un posible incendio datado en la primera mitad del siglo V a.C., que llevó posteriormente a una reparación del mismo (1/B).

El muro 5/A, con una potencia de -4,18 a -2,40 m y orientado 60° al noreste, tiene en su base un recredido, formado por grandes bloques colocados en forma de talud. Esta estructura parece que perdió su función y fue rellena con arcillas rojizas, sobre este relleno posteriormente se realizó un pavimento de tierra apisonada.

El muro 6, que apareció a una profundidad de -4,20 a -3,02 m, estaba contruido con lajas de pizarra y adobes. Este muro, orientado 50° noreste, apareció parcialmente destruido por construcciones posteriores.

Tras un nivel de incendio, se documenta una nueva fase constructiva fechada entre la segunda mitad del siglo IV y primera mitad del siglo III a.C., que consiste en la reparación de estas estructuras. En estos momentos se recrecen los muros 1/B,

que se asienta sobre 1/A y se adosa a 5/B, y 3/B, que se asienta sobre 3/A. En esta fase además se construye el muro 2. Los muros 3/B y 2 tienen en su base algunas hiladas de cantos rodados.

Hacia el siglo IV a.C. se ha fechado la construcción de una especie de acequia, realizada con lajas de piedra local, trabadas con greda y colocadas de forma vertical sobre una capa de arcilla, de unos 20 cm de potencia y de color rojo, que a su vez se asienta sobre una capa de cantos rodados. Esta estructura hidráulica fue parcialmente destruida por la construcción del muro 2, que también destruyó parte de un pequeño horno, de adobe, que quedaba bajo el testigo oeste. En este horno se documentaron restos de escorias de mineral junto a fragmentos cerámicos, por lo que no se ha podido determinar su finalidad (Gil, Gómez y Rodríguez 1987: 584).

### ***Calle Higueral nº 2***

En los trabajos arqueológicos llevados a cabo en la calle Higueral número 2 en el año 1988, se pusieron al descubierto elementos constructivos de época protohistórica (Cardenete *et alii* 1988). Se trazó una cuadrícula de 4 x 4 m, en la que aparecieron elementos de construcción de época turdetana, concretamente una zanja de cimentación en la que aparecieron fragmentos cerámicos de tipo turdetano. A una profundidad de -2,19 a -3,35 m se documentó la existencia de un muro construido con piedras de alcor, unidas con tierra rojiza, que conservaba una altura de 1,20 m y una longitud de 2,10 m. Asociado a este paramento apareció una especie de pavimento, de unos 20 cm de potencia, realizado con lajas y piedras de alcor, también de época turdetana. Bajo estos niveles se han hallado otros restos y materiales de la misma época, como adobes, que nos indican la existencia de construcciones previas que han quedado parcialmente destruidas por las edificaciones posteriores.

### ***Calle Costanilla Torre del Oro s/n***

En el año 1989 se llevó a cabo una intervención arqueológica con carácter de urgencia en el solar de la calle Costanilla Torre del Oro. Al parecer, según Cardenete *et alii* (1989: 563), los restos constructivos documentados en esta excavación y en otras intervenciones anteriores, concretamente la de la calle José Arpa nº 3 ya descrita más arriba, prueban que la ocupación de esta zona de la ciudad no se llevó a cabo hasta el siglo V a.C. No sería, pues, hasta época

turdetana cuando se ocupara con carácter estable este espacio oeste de la ciudad, perdurando ya de forma ininterrumpida hasta tiempos romanos.

De la etapa turdetana se ha registrado la existencia de tres momentos habitacionales, que corresponderían a los siglos V, IV y II a.C. respectivamente. A lo largo de estos siglos la orientación de las estructuras se respetó, incluso en época romana. Las dos primeras fases utilizan los mismos muros de tapial sin cimentación, renovando el pavimento con tierra batida de color rojo en varias ocasiones. Los edificios de la primera fase constructiva fueron destruidos al parecer por un incendio. Posteriormente se volvieron a habitar elevando el nivel del suelo.

La tercera fase constructiva, de los siglos III-II a.C., corresponde ya a momentos turdetano-romanos y supone importantes cambios en la concepción de la vivienda. Se destruyen los muros anteriores, se nivela el terreno y se procede a la construcción de nuevos muros con piedra y adobes (U.U.E.E. 73, 72 y 71). Estos nuevos muros mantienen la misma orientación que los anteriores e incluso en algunos casos se superponen directamente a aquellos. A esta última fase constructiva pertenecen una serie de restos de muros de adobe, como el U.E. 71, del que desconocemos su anchura pues no pudo ser excavado; se ha documentado una altura de 0,50 m y parte de las dimensiones de los adobes, que tendrían unos 0,40 m de ancho y longitud indeterminada.

El muro U.E. 73, que los excavadores piensan que sería la continuación del U.E. 72, estaba fabricado con mampostería careada, de piedras de tamaño irregular y unidas con tierra. Conservaba 0,64 m de altura y 0,50 m de ancho y restos de enlucido en las dos caras. Se hallaron varios pavimentos asociados a este muro (U.U. E.E. 72 y 73); en su cara este se descubrió otro suelo de tierra batida, con restos de adobes, cal y carbón (U.E. 59), que estaba construido sobre una capa de nivelación, que, a su vez, se superponía a un nivel de derrumbe de la casa de época turdetana anterior. Los excavadores han planteado la hipótesis de que estas estructuras conformaran una estancia de al menos 5 m de longitud (Cardenete *et alii* 1989: 556). En la cara oeste del muro U.U.E.E. 72 y 73 se documentó un pavimento de tierra batida y adobes (U.E. 65). Este suelo estaba unos 22 cm más bajo que el pavimento del lado este (U.E.59), lo que evidencia el desnivel del terreno en esta zona de la ciudad.

A una mayor profundidad, unos -2,47 /-2,69 m, en el sector 1, se documentó la existencia de un pavimento realizado con tierra apisonada de color rojizo (U.E. 79),

de unos 2-4 cm de grosor, que fue rehecho en varias ocasiones. Este suelo ha sido fechado, con base en la cerámica con la que apareció asociado, hacia el siglo IV a.C. En este mismo sector del solar, a una profundidad de -2,59/ -2,69 m, apareció otro pavimento de tierra rojiza apisonada (U.E. 83), que presentaba huellas de haber estado sometido al fuego y se adscribió a la primera fase de ocupación.

Las reducidas dimensiones del espacio excavado no nos permiten contar con más datos sobre los elementos constructivos ni establecer generalizaciones.

### ***Calle Arellano nº 7***

En el año 1993 se realizó una intervención arqueológica, con carácter de urgencia, en el solar nº 7 de la calle Arellano, en la que se documentó una secuencia estratigráfica que comenzaba en la I Edad de Hierro y continuaba hasta la actualidad. Se practicaron dos cortes, A y B; en la cuadrícula A, de 4 x 5 m, se exhumaron una serie de estructuras constructivas de época turdetana. En la cuadrícula B, de menores dimensiones (3,65 x 1,40 m), también se documentaron algunos restos constructivos de ese período. En concreto se trata de dos niveles superpuestos de estructuras y algunas fosas, con las capas de relleno que las colmataban, correspondientes al momento de su abandono, que se ha fechado, por los materiales cerámicos, en el siglo III a.C. La mayoría de los muros que se han documentado son rectos, contruidos con mampostería y llevan asociados pavimentos de arcilla roja.

En la Cuadrícula B, el muro U.E. 8, perteneciente a la última fase constructiva turdetana, se levantó con piedras de alcor, de mediano y pequeño tamaño, trabadas con tierra. La anchura máxima documentada es de 50 cm y conservaba 1,80 m de longitud. Asociado a este muro se documentó un pavimento de arcilla roja de escasa potencia (U.E. 12), con algunas zonas alteradas. El muro U.E. 8 está relacionado con el U.E. 37 documentado en el perfil este de la cuadrícula A.

En la zona sur se documentó otro muro (U.E. 10), que quedaba parcialmente bajo la U.E. 8, construido con mampostería de mediano y pequeño tamaño, trabada con tierra.

En la Cuadrícula A se identificó el muro U.E. 37, que estaba en muy mal estado y tenía fábrica de mampostería de pequeño tamaño, trabada con tierra. En el ángulo sureste de la cuadrícula, bajo la U.E. 37, se documentó otro muro (U.E. 38) en

mejor estado de conservación, construido con mampostería de pequeño tamaño, trabada con tierra. Este muro tenía unos 50 cm de ancho y conservaba unos 2 m de longitud. A él se adosaba un pavimento de arcilla roja de unos 2 o 3 cm de grosor (U.E. 45), que se encontraba muy deteriorado por las remociones posteriores.

En el perfil este de la cuadrícula A, cortando las estructuras de época turdetana, se documentó una fosa, de origen artificial, en cuyas capas de colmatación (U.E. 42 y 47), fechadas hacia finales del siglo III a.C., se documentaron una serie de pequeñas piedras de alcor, que aparecieron sobre una gran piedra de mayor tamaño, de más de un metro de longitud; con tendencia cilíndrica y dos caras planas diferenciadas. En uno de sus extremos presentaba forma de media esfera y una perforación en el centro. Por su forma puede ser que estuviera en posición vertical pero su función no parece clara, aunque los excavadores han barajado la posibilidad de que fuese un betilo (Román y Vázquez 2003a: 294).

Se ha concluido que estas estructuras pertenecerían a dos edificios superpuestos, de escasa entidad y perduración en el tiempo. Debido a la limitada superficie excavada no podemos afirmar categóricamente su funcionalidad, aunque por sus dimensiones se ha planteado que fueran estructuras de carácter doméstico (Román y Vázquez 2003a: 298).

En el nivel de abandono de la última edificación, en la cuadrícula B, se halló una punta de lanza de hierro en una de las capas de relleno (U.E.7). La localización de puntas de flecha en otras intervenciones cercanas, ha llevado a algunos investigadores a plantear la posibilidad de que existiera un campamento cartaginés en la zona, en el contexto del programa bárquida de conquista y control de territorios durante la Segunda Guerra Púnica, como recogen las fuentes clásicas<sup>26</sup>.

### ***Calle Juan de Ortega nº 24***

En el año 2003 se realiza una intervención arqueológica preventiva en el solar nº 24 de la calle Juan de Ortega, situada en el Barrio de San Blas también. Se trataba de un gran solar, de más de 400 m<sup>2</sup> de superficie, en el que se realizaron tres cuadrículas iniciales, que, conforme iban apareciendo restos, se fueron ampliando hasta alcanzar casi el 90% de la superficie excavada. En esta intervención se ha documentado una potente estratigrafía, que abarcaba desde el Bronce Medio hasta

---

<sup>26</sup> Apiano: *Iber.* 25.

la actualidad. De época turdetana se han documentado diversos restos constructivos de carácter doméstico, lo que se ha deducido del estudio de los materiales arqueológicos: huesos de animales, cerámicas a bandas, ánforas y algunos fragmentos de cerámica griega.

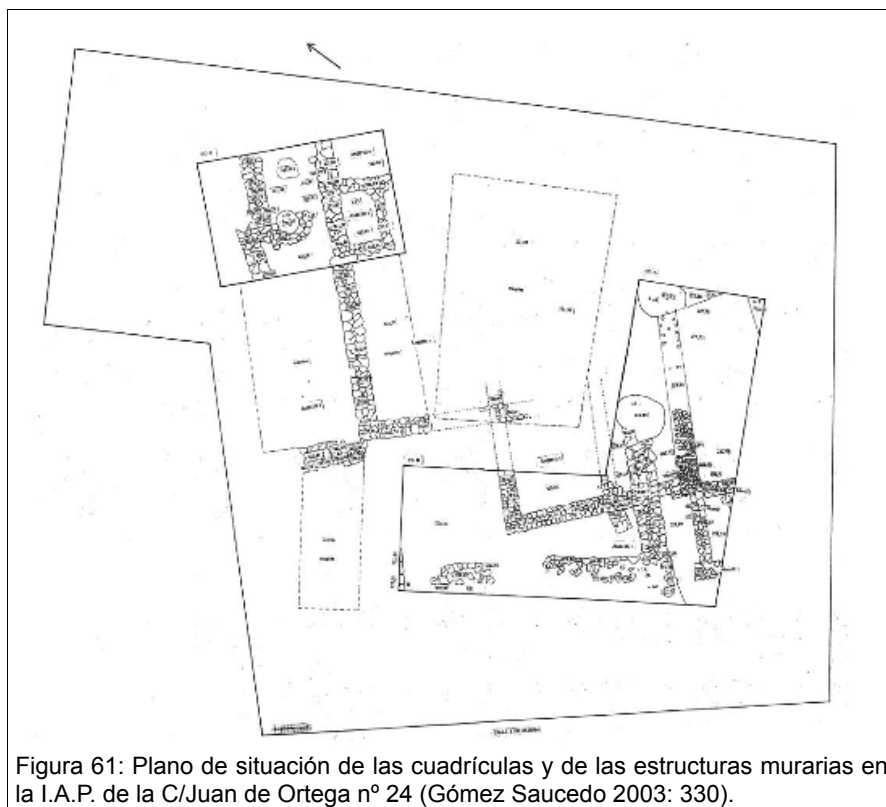


Figura 61: Plano de situación de las cuadrículas y de las estructuras murarias en la I.A.P. de la C/Juan de Ortega nº 24 (Gómez Saucedo 2003: 330).

En la Cuadrícula A apareció una habitación, de 5,60 m de largo por 2,50 m de ancho aproximadamente, delimitada por cuatro muros. El primero de ellos, el muro 9 (U.E. 45); estaba orientado 48°, tenía una anchura de unos 60 cm, una longitud de 5,5 m y conservaba una altura de 64 cm. Estaba construido con piedras de alcor, de pequeño tamaño en su base, que actuaba como cimiento (U.E. 47). Conservaba un alzado de adobes de unos 10 cm de altura por unos 60 cm de ancho, que estaban unidos entre sí con una capa de cal de un centímetro de espesor. Este muro poseía restos de revoco de arcilla cubierto de cal.

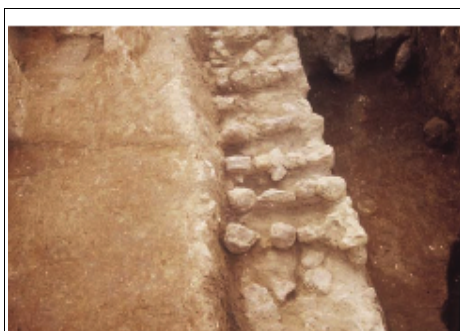


Figura 62: Cimentación del muro 9 de época turdetana (U.E.45) y pavimentos de arcilla apisonada (Gómez Saucedo 2003: 336).

A este muro se encuentran adosados otros dos, el muro 2 (U.E. 41), con 138° de orientación, y unas dimensiones conservadas de 1,20 de longitud, 50 cm de ancho y 30 cm de altura. Este muro estaba construido con piedras de alcor de mediano tamaño, unidas con tierra que contiene gran proporción de arcilla; en este caso no se han documentado restos de revestimiento de arcilla ni pintura.

El otro - muro 13 ( U.E. 38) -, tiene una orientación de 128° y se ha podido documentar su cimentación que era bastante potente, con unas dimensiones de 1,50 m de longitud y unos 50 cm de ancho, realizada con piedras de alcor de mediano tamaño. El alzado de este muro, que conservaba una altura de 20 cm, está construido con arcilla apisonada de color amarillo y rojizo. Esta estructura se une al muro 12 (U.E. 39), con una orientación de 40°, realizado con arcilla apisonada rojiza. Desconocemos sus dimensiones completas, pues quedaba dentro del perfil de la excavación, pero sí se pudo documentar su altura, que conservaba unos 50 cm.

El suelo de esta habitación, formada por los muros 9, 2, 12 y 13, era de arcilla apisonada de color rojo y tenía una suave inclinación (U.E. 30).

En el interior de esta estancia se documentó la existencia de una estructura de arcilla (U.E. 40), de 2 m de longitud y 22 cm de altura, en la se observan restos de otras dos de forma más o menos circular, de entre 40 y 55 cm de diámetro y una altura de unos 10 cm, construidas con arcilla apisonada de color rojizo anaranjado, revestidas con una capa de cal. Se ha planteado la posibilidad de que formaran parte del sistema de sustentación de la techumbre del edificio (Gómez Saucedo 2003: 332).

El muro 9 actúa de medianero entre esta habitación y otra situada hacia el norte, de planta rectangular, que posee una longitud documentada de 5,30 m. No conocemos



su anchura, pues no se ha localizado el muro de cierre, arrasado por trabajos constructivos posteriores. Esta habitación tenía un pavimento de arcilla roja, que presenta unos 60 cm de desnivel respecto a la otra habitación.

Adosado al muro 9, se documentó una estructura, el muro 4 (U.E. 44), con forma de pilar, con unas dimensiones 60 x 30 cm. Está construida con mampostería careada y se ha planteado la posibilidad de que formase parte del vano de entrada a dicha habitación (Gómez Saucedo 2003: 333).

Otra dependencia, de unos 2,10 m de superficie aproximadamente, estaría definida por los muros 2 (U.E. 41), que ya hemos descrito anteriormente, el 3 (U.E. 42), que tenía una orientación de 48° y conservaba una longitud de 2,20 m y 0,4 m de anchura, y el muro 10 (U.E. 43), con 138° de orientación y unas dimensiones de 0,80 m de longitud y 0,50 m de anchura, que estaba situado de forma transversal al muro 3, delimitando un ámbito. Todos ellos estaban contruidos con piedras de alcor, de pequeño y mediano tamaño, y no conservaban los alzados.

En el interior de esta habitación se localizó una estructura (U.E. 3) realizada con arcilla de color rojizo, endurecida por el calor del fuego, en la que había abundantes restos de ceniza, por lo que se ha pensado que pudo ser un hogar, bien para cocinar o, más probablemente, como fuente de calor (Gómez Saucedo 2003: 333). No conocemos sus dimensiones completas, pues quedó bajo el perfil de la excavación, pero sí se ha podido documentar que estaba delimitada por adobes de 42 x 10 cm.



Figura 63: Posible hogar de la C/ Juan de Ortega 24 (Gómez Saucedo 2003: 337).

Una cuarta estancia, de 2,10 m de ancho, estaría delimitada por los muros 10 y 3, pero no se pudo documentar por completo.

En la cuadrícula B, junto a diversos restos constructivos, se documentaron capas de relleno de naturaleza constructiva, cerámica pintada a bandas, gris y a mano, así como restos de malacofauna. Cabe destacar la existencia de un muro (U.E. 103), de 1,40 x 0,20 m, con una orientación de 140°, construido con piedras y lajas de alcor de unos 20-30 cm longitud y 12-14 cm de ancho, unidas con arcilla. Su cimentación (U.E. 105), era de piedras de alcor de pequeño y mediano tamaño, de unos 20 cm de altura. Conservaba restos de un revestimiento hecho a base de una capa de arcilla de color ocre-amarillento. Asociado a él se documentó un pavimento de arcilla roja apisonada (U.E. 102), de un grosor máximo de 8 cm.

En esta cuadrícula también se documentaron otros pavimentos de arcilla roja (U.U.E.E. 111 y 113), que tenían un grosor máximo de 6 cm y estaban delimitados por un muro construido con tierra apisonada, que tenía unos 60 cm de grosor y 48° de orientación (U.E. 114). En una esquina de la U.E. 113 se ha documentado un adobe de color amarillo, con unas medidas de 50 x 50 cm, del que desconocemos su procedencia exacta (Gómez Saucedo 2003:333).

En esta cuadrícula se ha localizado también un pavimento (U.E. 99), construido con piedras de alcor de regular tamaño y arcilla roja.

En la Cuadrícula C se documentó la existencia de una estructura (U.E. 197), con unas dimensiones de 1,50 m y entre 30-40 cm de altura, aunque no se ha podido conocer su anchura por estar situada en el perfil. Este murete estaba construido con adobes de pequeño tamaño.

Según los excavadores estas estructuras corresponderían a una zona de hábitat (Gómez Saucedo 2003: 345), en la que las viviendas estaban construidas por muros con cimentación de piedra y alzado de adobe, y en algunos casos de arcilla apisonada. Las caras de estos muros estaban revestida de arcilla de color claro y posiblemente pintadas. Estas dependencias, que se encontraban a distinta altura, estaban pavimentadas, en su mayoría, con capas de arcilla roja de cierto grosor, en las que se aprecian numerosas reparaciones. A veces se conservan huellas de esteras sobre estos suelos de tierra. En algún caso, al desmontar los pavimentos se han hallado debajo conchas de molusco (Gómez Saucedo 2003: 346).

### ***San Teodomiro nº 51***

También en el año 2003 se lleva a cabo una intervención arqueológica de urgencia en el solar de la calle San Teodomiro nº 51 (Román y Vázquez 2003b). En ella se obtiene una secuencia estratigráfica desde niveles protohistóricos hasta la actualidad, siendo de especial interés la existencia de estructuras constructivas de cronología turdetana.

Se trazó una cuadrícula en la zona central del solar, con una superficie inicial de 7 x 6 m, que se amplió posteriormente por razones de seguridad, en la que se alcanzó una profundidad de hasta -4 m en algunos puntos.

En el nivel más reciente turdetano se ha documentado la existencia de un gran edificio fechado entre los siglos IV y III a.C., con varios ámbitos y fases constructivas. Se ha excavado una superficie de unos 30 m, en la que se han identificado algunas estancias, con plantas rectangulares, estrechas y alargadas, y muros contruidos con técnica cuidada. Las características de esta construcción llevan a descartar su función doméstica.



Figura 64: Estructuras turdetanas de C/San Teodomiro 51 (Linerós 2007: 441).

Debajo de este edificio y construidas sobre la roca base, aparecieron algunas estructuras murarias y hasta tres niveles de suelo superpuestos, que se han fechado hacia el siglo IV. a. C., aunque no con total seguridad debido a la escasez de materiales arqueológicos asociados. Uno de esos muros (U.E. 116), conservado en muy mal estado, está construido con mampuestos de piedra alberiza trabados

con tierra. Tiene una anchura de unos 50 cm y una altura conservada de unos 30 cm. Su orientación, de 310° aproximadamente, es la misma que tendrá el gran edificio turdetano posterior. Este muro descansa sobre una fosa de escasa profundidad (U.E.116a), abierta directamente sobre la roca madre. En la zona noroeste del muro se pudo documentar la técnica empleada para nivelar la roca base, mediante una capa de relleno (U.E.113) de unos 20 cm de grosor. Sobre esta capa de nivelación y adosado a la cara oeste del muro U.E. 116, se disponía un primer pavimento de arcilla roja (U.E. 112), de unos 2 cm de grosor, que marca la primera fase de ocupación registrada. Posteriormente, sobre este suelo se realizó una capa de preparación de albero (U.E. 111), de unos 8 cm de espesor, sobre la que se puso un nuevo pavimento de arcilla roja (U.E. 108). Este proceso se repite una vez más, con la capa de reparación U.E. 107 y el suelo U.E. 106, que supone la última fase de uso antes de la construcción del gran edificio. Este último pavimento es de arcilla roja, con algunos pequeños guijarros y cantos rodados, que no ocupan toda la superficie y que podrían corresponder a una solería empedrada en la última fase de ocupación de esta vivienda. Sobre este suelo se depositó una capa de relleno con restos de adobe (U.E. 105), que marca el nivel de abandono y derrumbe de la estructura. En la cara este del muro U.E. 116 solo se pudo excavar el más reciente de sus pavimentos (U.E. 106), realizado con arcilla y al que se añadieron posteriormente algunos guijarros y cantos rodados. Este pavimento corresponde al mismo momento de uso que la U.E. 116.

Los resultados obtenidos en esta excavación han llevado a plantear que en época turdetana esta zona de la ciudad formaba ya parte del núcleo urbano, con construcciones destinadas a uso doméstico en su fase más antigua y que tendrán un uso prolongado, de casi cien años (Román y Vázquez 2003b: 326).

### ***Calle Diego Navarro nº 38***

En el año 2004 se realiza una intervención arqueológica en el solar nº 38 de la calle Diego Navarro, donde se traza una cuadrícula inicial de 7 x 5 m, que, debido a los potentes rellenos contemporáneos y pozos de agua, vio reducidas sus dimensiones a 5 x 3 m. En dicho corte no se pudo documentar la estratigrafía completa, debido a la profundidad de la roca base, situada a más de -5 m. Pese a ello se han documentado diversas fases de ocupación, de las que pasamos a describir las correspondientes al periodo turdetano, en las que se distinguen, a su vez, varias

fases constructivas fechadas desde el siglo V al III a.C.:

-1ª fase: del siglo II al IV a.C. En esta fase se construye un muro (U.E. 48), orientado 350°, de entre 80 y 90 cm de anchura y una longitud conservada de 2 m. Está construido con adobes de color amarillo, de grandes dimensiones (78 x 78 x 10 cm), que estaban revocados y pintados de blanco. La base en la que se apoya (U.E. 52), está realizada con piedras de alcor, de mediano tamaño, unidas con arcilla, alcanza una potencia de 1,60 m y conserva una longitud de 4,5 m y 73 cm de anchura. Esta estructura de piedra tiene una zanja de cimentación de un metro de ancho (U.E. 53). A esta estructura se asociaban dos pavimentos, el primero de los cuales (U.E. 61), está realizado con arcilla roja, de 12 cm de grosor y no es totalmente horizontal, pues se adapta al desnivel del terreno. En su superficie se observan reparaciones, realizadas mediante capas de cal y restos de adobes desplomados. El segundo (U.E. 63) está construido con fragmentos de adobes muy degradados, con unos 14 cm de grosor. Sobre él se han documentado algunos restos de adobes desplomados del muro U.E. 48 y una capa de abandono.

- 2ª fase: siglo IV a.C. Bajo los pavimentos anteriores (U.E. 61 y U.E. 63) y entre algunas capas de relleno de color anaranjado que contenían diversos fragmentos de cerámica turdetana y restos animales, se descubrió otro pavimento (U.E. 79) de 6 cm de grosor, realizado con arcilla apisonada de color claro, en el que se observan algunas capas de cal. Este pavimento estaba asociado a un muro (U.E. 76) orientado 350°, que conservaba una altura de 1,10 m, construido con adobes de 40 x 30 cm. Lamentablemente no se ha podido documentar de forma completa, pues estaba cortado por los niveles romanos.

Se comprobó la existencia de otro pavimento (U.E. 74) correspondiente a esta fase, de 6 cm de grosor, de arcilla apisonada de color verdoso, que también presentaba algunas capas de cal. Desconocemos su relación con el pavimento U.E. 79, pues queda cortado por el cimiento de la U.E. 52.

- 3ª fase: siglo V a.C. Bajo el pavimento U.E. 74 se localiza otra capa de relleno con abundante material arqueológico, que cubre varias estructuras interesantes, entre ellas un pavimento (U.E. 84), realizado con arcilla roja apisonada, de unos 5 cm de grosor, que está relacionado con dos muros. Uno de ellos (U.E. 86), orientado 0°, se construyó con piedras de alcor de mediano tamaño unidas

mediante tierra arcillosa, conserva 92 cm de longitud y un alzado de adobe de unos 22 cm de altura. Este muro se apoya directamente sobre dicho pavimento, pero sin perforarlo, y parece conformar la esquina de una habitación. El otro (U.E. 85), con una orientación de 30°, también estaba construido con piedra de alcor y arcilla, de unos 1,20 m de longitud conservados, 28 cm de anchura y unos 10 cm de altura conservada. De esta última estructura no se han documentado restos de cimentación.

El pavimento U.E. 84, apareció cortado por la zanja de cimentación U.E. 52 y perforado por otra unidad estratigráfica vertical. Este se relaciona con una capa de relleno en la que se localizan abundantes fragmentos de adobes.

- 4ª fase: también fechada en el siglo V a.C. Debajo del pavimento U.E. 84, se documentaron varias estructuras constructivas, entre ellas un muro de adobes orientado 350° (U.E. 90), conservado en un metro de longitud, 0,70 m de altura y solo 0,20 de ancho, pues se encontraba bajo el perfil. La superficie de este muro estaba revocada con arcilla y encalada y conservaba un zócalo pintado de color rojo de unos 0,20 m de altura. Este muro se adosa a otro (U.E. 96) de 0,70 m de longitud conservada y unos 0,40 m de altura, construido con piedras de alcor de pequeño y mediano tamaño y tierra arcillosa y revocado con arcilla y pintado igual que el anterior.

Sobre este muro se apoyaba otra estructura con la misma orientación y la misma técnica constructiva, aunque no se ha podido determinar si es muro propiamente o cimiento. Sus dimensiones son 0,70 m de altura y 0,50 m de ancho. A su vez, sobre ella se asentaba directamente el cimiento U.E. 52.

En relación con los muros U.E. 96 y U.E. 90 apareció un pavimento (U.E. 94), realizado con arcilla roja apisonada, sobre el que se hallaron fragmentos cerámicos de cronología turdetana y algunos restos óseos de animales.

Los materiales arqueológicos asociados a estas estructuras, en su mayoría fragmentos de cerámica turdetana de vajilla doméstica y restos animales, han llevado a plantear que la funcionalidad doméstica de estas edificaciones (Gómez Sucedo 2004: 3126).

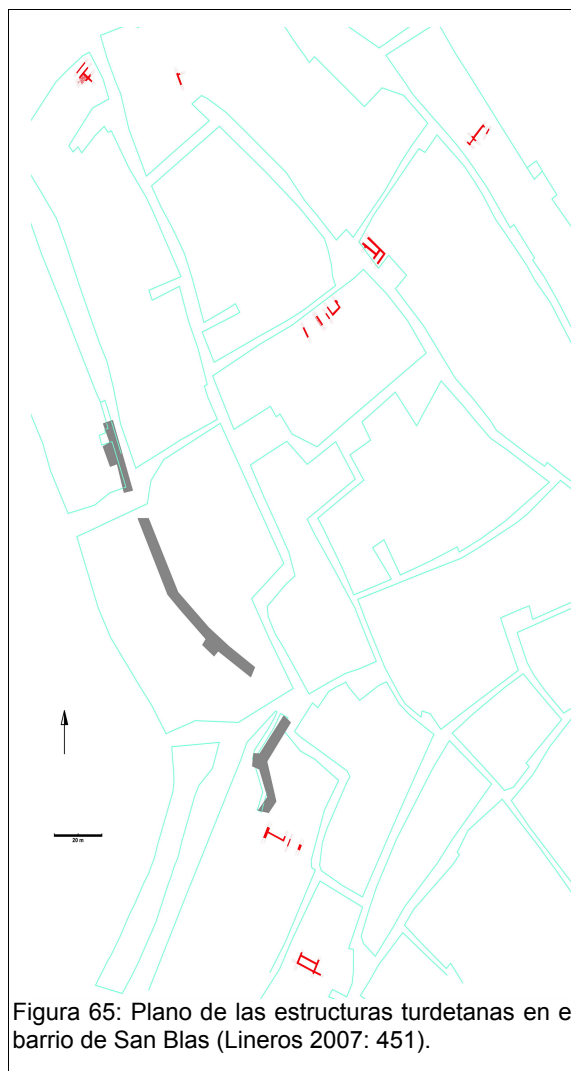
### ***Calle Diego Navarro nº 1***

En el año 2005 se llevó a cabo un excavación preventiva en el solar número 1 de la calle Diego Navarro (Anglada, Lineros y Román 2005). Fue una intervención muy reducida, con una escasa extensión del corte, por lo que no se pudo obtener una secuencia estratigráfica completa. Pese a todo ello se alcanzaron los niveles turdetanos, bajo un relleno de época republicana, en los que se han conservado un par de estructuras murarias (U.U.E.E. 45 y 46), que se han fechado hacia el siglo III a.C. Ambos muros de mampostería están trabados, formando un ángulo de 70°. De uno de ellos (U.E. 45), se ha conservado una longitud de 1,85 m, con una orientación de 15°, y su anchura era de 0,78 m. Estaba construido con piedra de alcor, siendo de mayor tamaño los mampuestos que se emplearon en los paramentos. El otro muro (U.E. 46), solo ha podido ser documentado en su lado meridional, en un tramo de 2,40 m. Asociados a ambos muros aparecieron una serie de niveles (U.U.E.E. 43, 44, 51 y 52) en los que se han observado restos de carbón, cenizas y algunas escorias de metal, principalmente de bronce, que se han interpretado como posibles desechos industriales de uno o varios hornos metalúrgicos que habrían existido en las inmediaciones en época turdetana y romana (Anglada, Lineros y Román 2005: 2761).

En definitiva, las diferentes intervenciones arqueológicas realizadas en Carmona nos han dado una idea de cómo sería la ciudad en época turdetana. Esta ocuparía en parte el mismo espacio que en épocas anteriores, pero a partir del siglo V, o quizá ya en el IV a.C., el núcleo urbano se expandiría hacia el sur y el oeste, hasta el límite natural que suponían las vertientes de las vaguadas del Albollón y de San Bartolomé, alcanzando una extensión de unas 7 u 8,5 ha, mucho menor que la que se suponía dando por sentado la ocupación poblacional de toda la meseta (Lineros 2007: 450).

Hay que señalar la importancia arqueológica del histórico barrio de San Blas, donde se han obtenido las estratigrafías más potentes dentro del recinto amurallado de Carmona, con secuencias ininterrumpidas desde el Bronce Medio hasta la actualidad. En este sector situado al norte del recinto histórico se produjo la primera implantación urbana hacia el año 800 a.C. En diferentes intervenciones se ha documentado un importante nivel de incendio que correspondería a la etapa final tartésica. Tras la llamada “crisis” del siglo VI a.C., cuyas causas siguen siendo

objeto de debate entre los investigadores (Aubet 1987; González Wagner 1983; Blázquez, Alvar y Wagner 1999), Carmona, con excelentes recursos agrícolas, no solo mantiene el curso histórico, sino que continúa expandiéndose, llegando el núcleo urbano, como hemos comprobado, hasta las actuales calles José Arpa, Costanilla Torre del Oro o la Plaza de Arriba, ocupando ahora una mayor extensión que en épocas precedentes.



En el barrio de San Blas la ciudad turdetana se asienta directamente sobre los restos anteriores y los edificios mantienen las orientaciones precedentes; sin embargo en la zona de expansión, las nuevas construcciones cambian de orientación para seguir una estructura urbana más ordenada (Belén y Lineros 2001: 123).



Los materiales y técnicas constructivas continúan siendo los mismos que en la etapa previa. En algunas de las habitaciones documentadas de época turdetana se aprecian desniveles en la altura del suelo, como por ejemplo en la excavación de C/José Arpa 3 o Costanilla Torre del Oro, esto se debería a la adaptación de los edificios a la configuración topográfica del terreno sobre el que se asienta la ciudad.

<b>A ñ o</b>	<b>Localización</b>	<b>Publicación</b>	<b>Restos constructivos</b>	<b>Cronología</b>
1959	Raso de Santa Ana	Carriazo y Raddtz 1969	Muros de piedra, de gran potencia, que parecen conformar una habitación. Pavimentos de tierra rojiza y amarilla.	ss.VI-m.V a.C.
1980	CA-80/A	Pellicer y Amores 1985	Muro VI: construido con bloques de piedra (30 x 10 cm). Altura: 0,50 m. Muro III: dos paramentos de bloques de piedra (30 x 15 cm), espacio intermedio relleno con guijarros de mediano tamaño (15 cm). Ancho total: 0,50 m.	c. s. V a.C.
1985	Plaza de San Fernando	Lineros y Domínguez 1987	Restos de pavimentación de tierra rojiza apisonada.	f. s. IV–III a.C
1986	C/ José Arpa, 3	Gil <i>et alii</i> 1986	Pavimento de tierra apisonada y restos de adobes. Muros de mampostería de piedra local. Diferentes tipos de pavimentos: tierra apisonada, mortero de cal y lajas de piedra. Desnivel entre las diferentes estancias, que se comunican mediante peldaños.	s. V a.C.  ss. IV y III a.C.
1987	Plazuela del Higueral, 3	Gil <i>et alii</i> , 1987	Corte 1: Muros de adobes de arcilla gris, Muro 7, orientado este-oeste y Muro 8, noerte-sur. Los muros 3/A, 4, 5/A y 6: forman dos estancias de planta rectangular. Muro 3/A: mampostería de piedra local alberiza, orientado 65° noreste. Altura: 1 m. Zanja de cimentación, anchura: 0, 50 m. Profundidad: 1 m. Muro 4, orientado 54° noreste, construido	m. s. VI a.C.  4/4 s. VI y m. s. V a.C.

			<p>con lajas de piedra. Zanja de cimentación, anchura: 0,15-0,20 m. Profundidad: 0, 70 m.</p> <p>Muro 6, orientado 50° noreste, construido con lajas de pizarra y adobes.</p> <p>Fase posterior: muros 1/A y 5/A, que están trabados entre sí. Pavimento de tierra apisonada.</p> <p>Muro A/1: El primero de ellos, con una potencia de un metro y orientado 54° al noreste, posteriormente una reparación del mismo (1/B).</p> <p>Muro 5/A: con una potencia de dos metros y orientado 60° al noroeste, tiene en su base un recrido de grandes bloques colocados talud.</p> <p>Nueva fase constructiva: reparación de estas estructuras, se recrecen los muros 1/B y 3/B. Se construye también el muro 2. Este último y el 3/B tienen en su base algunas hiladas de cantos rodados.</p>	<p>m. s. V- m.s. IV a.C.</p> <p>2ª m. s. IV- 1ª m. s. III a.C.</p>
1988	C/ Higueral, 2	Cardenete <i>et alii</i> 1988	Muro construido con piedras de alcor, unidas con tierra rojiza. Longitud: 2,10 m. Altura: 1, 20 m. Pavimento de lajas y piedras de alcor, grosor: 20 cm.	
1989	C/ Costanilla Torre del Oro	Cardenete <i>et alii</i> 1989	<p><b>1ª fase turdetana:</b> muros de tapial sin cimentación (U.E. 84).</p> <p><b>2ª fase turdetana:</b> reutilización de los muros de la fase anterior, renovando el pavimento con tierra batida de color rojo.</p> <p><b>3ª fase turdetana:</b> tres nuevos muros que conformarían una estancia de al menos 5 m de longitud.</p> <p>Muro de adobes (U.E. 71). Altura: 0, 50 m. Adobe de 0,40 m de ancho.</p> <p>Muro de mampostería careada, unida con tierra (U.E. 73). Altura: 0, 64 m. Anchura: 0, 50 m. Restos de enlucido. Asociados dos pavimentos: cara este pavimento de tierra batida (U.E. 59) y en la cara oeste pavimento tierra batida y adobes (U.E. 65),</p> <p>Sector 1: pavimento de tierra apisonada de color rojizo (U.E. 79), grosor: 2-4 cm.</p>	<p>s. V a.C.</p> <p>s. IV a.C.</p> <p>ss. III-II a.C.</p> <p>s. IV a.C.</p> <p>s. V a.C.</p>

			Pavimento de tierra rojiza apisonada (U.E. 83), que correspondería a la primera fase de ocupación.	
2003	C/ Arellano, 7	Román y Vázquez 2003	<p>Cuadrícula A: muro de mampostería trabada con tierra (U.E. 37).</p> <p>Muro de mampostería trabada con tierra (U.E. 38). Longitud: 2 m. Anchura: 0,50 m. Pavimento de arcilla roja, U.E. 45, grosor: 2-3 cm.</p> <p><b>Cuadrícula B:</b> muro de piedras de alcor trabadas con tierra (U.E.8). Longitud: 1,80 m. Anchura: 0,50 m. Pavimento de arcilla roja (U.E. 12) de escasa potencia.</p> <p>Muro (U.E. 10) de mampostería trabada con tierra.</p>	Abandono s.III a.C.
2003	C/ Juan de Ortega, 24	Gómez Saucedo 2003	<p><b>Cuadrícula A:</b> muros 9, 2, 13 y 12 formaban una estancia de 5,60 x 2,50 m. Pavimento de arcilla apisonada color rojo (U.E. 30).</p> <p>Muro 9 (U.E. 45), construido con piedra de alcor, orientación 48°. Longitud: 5, 5 m. Anchura: 0,60 m. Altura: 0,64 m. Alzado de adobes, unidos con una capa de cal (grosor: 1 cm). Anchura: 0,60 m. Altura: 0,10 m. Restos de revoco de arcilla cubierto de cal.</p> <p>Muro 2 (U.E. 41), 138° de orientación, construido con piedras de alcor unidas con arcilla. Longitud: 1,20 m. Anchura: 0,50 m. Altura: 0,30 m.</p> <p>Muro 13 (U.E. 38), 128° de orientación, de piedra de alcor. Potente cimentación. Longitud: 1, 50 m. Anchura: 0,5 m. Alzado de arcilla apisonada. Altura: 0,20 m.</p> <p>Muro 12 (U.E. 39) orientación 40 °, de arcilla apisonada rojiza. Altura: 50 cm.</p> <p>Otra dependencia: muros 2 (U.E.41), 3 (U.E. 42) y 10 (U.E. 43), de unos 2,10 m<sup>2</sup> de superficie.</p> <p>Muro 3 (U.E. 42), orientación de 48°. Longitud: 2,20 m. Anchura: 0,40 m.</p> <p>Muro 10 (U.E. 43) 138° de orientación. Longitud: 0,80 m. Anchura: 0,50 m.</p> <p>Cuadrícula B: muro (U.E. 103), orientado</p>	Época turdetana

			<p>140°, construido con piedras y lajas de alcor, unidas con arcilla. Longitud: 1,40 m. Anchura: 0,20 m. x 0,20 m. Cimentación de piedras de alcor (U.E. 105). Altura: 0,20 m. Revestimiento arcilla ocre-amarillenta. Pavimento de arcilla roja apisonada (U.E. 102), grosor máximo de 8 cm.</p> <p>Muro (U.E. 114) de tierra apisonada, orientación 48°. Anchura: 0,60 m. Pavimentos de arcilla roja (U.E. 111 y U.E. 113), grosor máximo de 6 cm. Adobe completo: 50 x 50 cm.</p> <p>Pavimento (U.E. 99) de piedras de alcor y arcilla roja.</p> <p>Cuadrícula C: Murete de pequeños adobes (U.E. 197), Longitud: 1,50 m. Altura: 0,30-0,40 m.</p>	
2003	C/San Teodomiro, 51	Román y Vázquez 2003b	<p>Muro (U.E. 116), orientación 310°, mampuestos de piedra alberiza trabados con tierra. Anchura: 0,50 m. Altura: 0,30 m. Fosa de cimentación. U.E. 116A, de escasa profundidad. Tres pavimentos superpuestos: pavimento de arcilla roja (U.E. 112) grosor: 2 cm, pavimento de arcilla roja (U.E. 118), pavimento de arcilla roja, con guijarros y cantos rodados (U.E. 106).</p>	c. s. VI a.C.
2004	C/ Diego Navarro, 38	Gómez Saucedo 2004	<p>1ª fase: muro (U.E. 48), orientado 350°, de grandes adobes amarillos (78 x 78 x 10 cm), revocados y pintados de blanco. Longitud: 2 m. Anchura: 0,80-0,90 m. Zócalo (U.E. 52) de piedras de alcor unidas con arcilla. Longitud: 4,5 m. Anchura: 0,73 m. Altura: 1,60 m. Zanja de cimentación (U.E. 53). Ancho: 1 m. Dos pavimentos: uno de arcilla roja, U.E. 61, grosor: 12 cm. Otro pavimento (U.E. 63) construido con fragmentos de adobes, grosor: 14 cm.</p> <p>2º fase: muro (U.E. 76) de adobes (40 x 30 cm), orientado 350°. Altura: 1,10 m. Pavimento de arcilla color claro (U.E. 79), con algunas capas de cal, grosor: 6 cm. Otro pavimento de arcilla apisonada color</p>	<p>ss. II-IV a.C.</p> <p>s. IV a.C.</p>

			<p>verdoso (U.E. 74), con algunas capas de cal, grosor: 6 cm.</p> <p><b>3ª fase:</b> muro de piedras de alcor (U.E. 86) unidas con tierra arcillosa. Longitud: 0,92 m. Alzado de adobe de 22 cm. Muro orientado 38°, de piedra de alcor y arcilla (U.E. 85). Longitud: 120 m. Ancho: 0,28 m. Altura: 0,10 m. Pavimento de arcilla roja apisonada (U.E. 84).</p> <p><b>4ª fase:</b> muro de adobes orientado 350° (U.E. 90). Longitud: 1 m Ancho: 0,20 m. Altura: 0,70 m. Superficie revocada con arcilla y encalada, zócalo pintado de rojo (altura 0,20 m).</p> <p>Muro de piedras de alcor y tierra arcillosa (U.E. 96). Longitud: 0,70 m. Altura: 0,40 m. Revocado con arcilla y pintado igual que el anterior. Pavimento (UE. 94) de arcilla roja apisonada.</p>	<p>s. V a.C.</p> <p>s. V a.C.</p>
2005	C/ Diego Navarro, 1	Anglada <i>et alii</i> 2005	<p>Muro orientación 15°, mampostería de piedra de alcor (U.E. 45). Longitud: 1,85 m. Anchura: 0,78 m.</p> <p>Muro de mampostería (U.E. 46). Longitud: 2,40 m.</p>	c. s. III a.C.

Tabla 7. Cuadro-resumen de las intervenciones arqueológicas con restos constructivos turdetanos en Carmona.

A partir de los siglos V y IV a.C. la zona poblada se extiende por el sector occidental de la ciudad, hasta alcanzar los límites de la muralla, que pierde su función defensiva en esta época. Poco después el núcleo urbano se extiende hacia el centro actual, como muestran los diferentes hallazgos arqueológicos, como por ejemplo el solar del antiguo casino en la Plaza San Fernando (Gil *et alii* 1986: 363).

Posiblemente en la zona periférica de la ciudad protohistórica se ubicaban áreas destinadas a la producción, como por ejemplo el complejo alfarero que se documentó en la excavación realizada en la Plazuela de Lasso, que comenzaría a funcionar hacia el siglo IV a.C., o incluso antes (Belén y Lineros 2001: 123).

También en el solar nº 2 de la calle Arellano, colindante a la muralla, aparecieron restos de un muro construido con adobes y arcilla, del que solo se conservaba el

arranque, que parecía delimitar el *furnium* de un horno. De la existencia de esta estructura de combustión y del hallazgo de numerosos fragmentos cerámicos, se ha deducido el uso de esta zona como centro artesanal en época turdetana (Belén *et alii* 1993: 666).

En la intervención arqueológica realizada en el solar nº 27 de la calle San Teodomiro se ha exhumado parte de una edificación de época turdetana, de la que se han documentado parcialmente tres estancias, presumiblemente de planta rectangular, que estaban comunicadas entre ellas. Este edificio estaría en uso desde el siglo V a.C. hasta la primera mitad del siglo III a.C., cuando es abandonado de forma definitiva. A lo largo de su existencia se realizaron varias reformas; durante la última, fechada a finales del siglo V a.C. y primera mitad del siglo IV a.C., se cegaron vanos, se construyeron muros y se realizaron reparaciones en los ya existentes.

Asociados a los niveles de uso y abandono de este edificio turdetano se han documentado numerosos materiales arqueológicos, siendo muy abundantes las piezas cerámicas, algunas de las cuales se han conservado completas. Además, se localizaron numerosos fragmentos de arcilla de vasijas ya torneadas pero no cocidas, algunas de las cuales ya estaban incluso decoradas con bandas de pintura roja. Todo ello ha llevado a plantear la hipótesis que este edificio turdetano estuvo, de algún modo, relacionado con la producción de cerámica. Posiblemente en estas estancias se realizaban actividades relacionadas con los procesos previos al horneado de las cerámicas, como pudieran ser el torneado, la decoración o el secado (Román y Belén: *e.p.*), por lo que hemos decidido dejarlo fuera de nuestro estudio.

Otros edificios de época turdetana bien documentados han sido igualmente excluidos de este estudio porque su funcionalidad no parece vinculada a espacios de habitación. En la excavación de urgencia realizada en la “Casa-Palacio del Marqués de Saltillo” en el año 1992 (Belén *et alii* 1997), se obtuvo una secuencia estratigráfica que abarca cronológicamente desde la segunda mitad del siglo VII a.C. hasta época contemporánea. En cuanto a los niveles protohistóricos, se delimitaron 7 ámbitos diferentes (Belén *et alii* 1992: 669), pertenecientes a distintas fases constructivas, que se fecharon entre el siglo VII y mediados del siglo V a.C. Se estableció la existencia de tres fases constructivas superpuestas que

corresponderían a varios edificios. El estudio de los materiales arqueológicos asociados a estas construcciones ha llevado a plantear la hipótesis de un uso religioso de los mismos (Belén *et alii* 1992: 674).

Finalmente, en la intervención realizada en el solar número 20 de la calle Diego Navarro, situado junto al anterior, se documentó de forma incompleta, un edificio fechado en el siglo V a.C., compuesto por varias estancias rectangulares, estrechas y alargadas, cuya funcionalidad desconocemos hasta el momento. Esta fase constructiva podría estar relacionada con el complejo coetáneo de Saltillo.

### **III.2.3. La Campiña**

#### **III.2.3.1. *Astigi Vetus* (Écija)**

Uno de los yacimientos protohistóricos más importantes de esta región de la Campiña sevillana es la ciudad de Écija, emplazamiento de la antigua *Astigi*, situada en una terraza baja en la orilla izquierda del río Genil, en la cuenca media del Guadalquivir. Se trata de una localización un poco diferente al patrón de asentamiento que hemos visto hasta ahora en el Valle del Guadalquivir. El primer asentamiento se asienta en un lugar poco elevado, el Cerro de San Gil o del Alcázar (114 metros s.n.m.<sup>27</sup>, y en el fondo de un valle fluvial, lo que hace complicada su defensa natural. Cuenta en cambio con muy buenas comunicaciones, tanto a través del río Genil como por vía terrestre, que hicieron de la antigua Écija un centro neurálgico en las comunicaciones entre la Alta y la Baja Andalucía (López Palomo 1999: 225). Asimismo posee una ubicación estratégica desde el punto de vista comercial en el centro de la Campiña, desde donde domina visualmente el paso del río Genil. Sabemos que este era navegable en época protohistórica, como recogen las fuentes clásicas (Plinio, *N.H.* III.3.12), constituyendo una importante vía de comunicación y de comercio con las fértiles tierras de los alrededores.

---

<sup>27</sup> Además parece ser, según los datos de las últimas excavaciones en la zona, que parte de esa altitud corresponde a niveles de relleno antrópico de tiempos históricos, por lo que no sería tal elevación en época protohistórica (Romo Salas *et alii* 2002: 224).

Las primeras evidencias de su poblamiento se han hallado, como decíamos, en el Cerro del Alcázar, en la zona conocida popularmente como “El Picadero”, y se remontan a finales del Bronce Final, entre los siglos IX- VIII a.C. Desde los primeros momentos de ocupación de esta zona, la configuración topográfica del cerro condicionó un urbanismo en terrazas artificiales, contenidas por muros construidos con materias primas locales (cantos rodados del río y piedra caliza).

En la II Edad del Hierro el perímetro de la ciudad queda definido, según muestra la documentación arqueológica, en el lado de los número impares de la C/ Merced por el sur; el límite por el este se establecería en las calles Mármoles, Cervantes y San Bartolomé, y por el oeste a la altura de las calles San Marcos 27- Puente 46. No tenemos datos arqueológicos que permitan confirmar el límite por el norte, aunque se puede intuir que la dirección quedaría desviada hacia la C/ Emilio Castelar, hasta su unión con la C/ San Marcos, cerrando una elipse (Rodríguez González 2014: 205).

A partir de los datos obtenidos en las excavaciones realizadas en el casco urbano, se ha propuesto que para época turdetana el núcleo de poblamiento se mantiene en la zona originaria y se extiende hacia las laderas este y oeste del Cerro del Alcázar. La expansión hacia el este y el sur estuvo condicionada por el curso del río Genil (Romo *et alii* 2002: 223). En estos momentos la *Astigi Vetust* ocuparía una extensión de 8,5-9 ha, considerándose un auténtico *oppidum* o asentamiento de primer orden (Rodríguez González 2014: 205).



Figura 66: Intervenciones arqueológicas en el casco urbano de Écija (Carrasco Gómez et alii 2010: 326).



Las fuentes clásicas escritas, en concreto Plinio (*N.H.* III.3.12), recoge el nombre de *Astigi Vetus*, que correspondería a la ciudad conocida por los romanos a su llegada y antes de la fundación de la *Colonia Augusta Firma Astigi*. El topónimo *Astigi* está compuesto por dos elementos, *ast* y *-tigi*, procedentes de dos lenguas distintas, el primer elemento de una lengua del tronco indoeuropeo, lo que es indicativo de la presencia en esta zona de indoeuropeos, quizás atraídos por la riqueza del mineral de cobre del suroeste peninsular. El segundo elemento *-tigi* parece provenir de una lengua indígena y es posiblemente anterior (Durán y Padilla 1990: 57).

Los datos arqueológicos y las escasas referencias a la ciudad prerromana en las fuentes escritas llevaron a plantear inicialmente la hipótesis de que Écija en época protohistórica no constituiría un centro de poder en la zona (Sáez *et alii* 2004: 26). Pero las últimas excavaciones están sacando a la luz restos que parecen corresponder a un *oppidum* de primer orden (Rodríguez González 2014: 213).

## La documentación arqueológica

### ***Calle Merced nº 5***

En el año 1985 se llevaron a cabo una serie de excavaciones arqueológicas, con carácter de urgencia, en el casco urbano que corroboraron su poblamiento en época turdetana, como la intervención realizada en la calle Merced número 5. En dicho solar se realizaron un total de 6 cortes estratigráficos, en los que se obtuvieron resultados muy desiguales. Nos interesa el denominado Corte E, de 6 x 4 m de superficie, en el que los excavadores diferenciaron 16 niveles artificiales y cuatro momentos constructivos, de los que apenas tenemos datos (Rodríguez Terminiño y Núñez Pariente De León 1985).

Esta excavación fue de gran importancia para conocer la evolución de la ciudad, pues a partir de la revisión de los materiales procedentes de esta intervención López Palomo (1999: 143-149) realizó una propuesta de secuenciación cronológica para la protohistoria de la ciudad de Écija en tres momentos, que denominó:

- Écija I: Etapa precolonial, 750-650 a.C.
- Écija II: Orientalizante pleno, s. VII-VI a.C.
- Écija III: “Protoibérico”, s. VI- primera mitad del s. V a.C.

Recientemente, Rodríguez González (2014) ha realizado una revisión de los informes y diarios de la excavación y un estudio de los materiales arqueológicos conservados, y ha propuesto una revisión de la secuencia estratigráfica del Corte E, agrupando esos 16 niveles en 7 estratos. En el Estrato I (niveles I y II) se documentó un primer nivel de habitación, que consistía en dos muros unidos casi en ángulo recto (E-2). Dichos muros estaban contruidos con piedras irregulares de diverso tamaño, es decir, mampuestos. Los materiales correspondientes a esta fase son muy heterogéneos, lo que dificulta su datación, pero Rodríguez (2014: 107) propone una cronología de entre los siglos III-II a.C. En el Estrato II, correspondiente a los niveles III, IV, V y VI, se exhumaron los restos de una construcción de la que se ha documentado un zócalo (E-5) que conservaba cuatro hiladas de altura, realizadas con piedras de diferentes tamaños. Este muro divide el área en dos; el sector este quedó definido por un pavimento de guijarros (E-8) de gran potencia, en el que se localizaron los restos de un hogar (E-6). En la zona oeste el pavimento presentaba trozos de color más rojizo (E-5 bis), así como un nivel de tierra negra (E-7) en el que se documentaron restos vegetales carbonizados, que podrían corresponder a la cubierta.. Este segundo momento constructivo se fecharía en los siglos IV-III a.C. En el Estrato III, correspondiente con el nivel VII y fechado hacia el siglo VI a.C., no se documentaron estructuras constructivas, salvo la continuación del pavimento de guijarros E-8. En el otro sector del corte se documentaron restos de hogares, que atestiguan un nivel de uso. Las cerámicas asociadas a estas fases de época turdetana nos hablan de espacios de carácter doméstico.

### ***Calle Mármoles nº 6 y Calle Mármoles esquina Calle Miguel de Cervantes***

A finales del año 1993 y principios de 1994 se llevaron a cabo una serie de trabajos arqueológicos en el solar número 6 de la calle Mármoles y en la calle Mármoles esquina a Miguel de Cervantes (Carrasco y Romero 1993). En ambos solares colindantes se realizaron una serie de sondeos estratigráficos, en concreto cuatro catas. La primera de ellas se trazó a la entrada del solar nº 6 de la calle Mármoles, con unas dimensiones de 3 x 4 m, y se denominó con la letra A. La cuadrícula B se localizó en la esquina de la calle Mármoles con Miguel de Cervantes y tenía una superficie de 6 x 3 m. La cuadrícula C se situó entre ambos solares y tenía unas dimensiones de 10,20 x 2,30 m. Durante la marcha de los trabajos se decidió la

ampliación de la cata C que se denominó cuadrícula D, en el sector del solar colindante con la calle San Bartolomé.

Comenzamos describiendo los resultados obtenidos en la cuadrícula C, en la que se hallaron evidencias de estructuras constructivas prerromanas. En el sector sur del corte, a una profundidad de -3,63/-3,71 m, se documentaron dos muros contruidos con piedras de mediano tamaño, algunas careadas, que estaban parcialmente destruidos por construcciones medievales. Se documentó parte de un muro (U.E.25) contruido con piedras bien trabajadas, algunas incluso algunas careadas, y orientado 85° este-oeste. La longitud conservada de este muro es de 1,33 m y una anchura de 0,52 m. Este muro está trabado en perpendicular con otro (U.E. 26) que apareció a la misma profundidad, orientado 170° norte-sur. El muro U.E. 26 estaba contruido con la misma técnica y conservaba una longitud de 1,68 m y unos 0,84 m de ancho de media.

En la cuadrícula D, la más completa de las cuatro, se documentaron varios niveles de ocupación, que corresponden a varios pavimentos. Según Rodríguez González (2014:137) los niveles protohistóricos comienzan en la U.E. 33, que corresponde al momento de abandono de la estructura habitacional anterior (U.E. 34), que consistía en un pavimento rojizo, con alto contenido en almagra, en el que se documentaron algunos restos de adobes. El estudio de los materiales arqueológicos asociados a estos estratos, ha llevado a la autora citada (*Eadem* 2014: 138) a proponer una fecha de uso del segundo cuarto del siglo V a.C.

Bajo un nuevo nivel de abandono (U.E. 35) compuesto por restos de adobes, piedras trabajadas y cantos rodados, que posiblemente procedían del momento de ocupación que amortizaba la U.E. 36, que correspondía a un pavimento de tierra clara. Este segundo momento de ocupación ha sido fechado a finales del siglo V a.C.- siglo. IV a.C. (Rodríguez González 2014: 139).

Tras otro momento de abandono representado por la U.E. 37, se documentó una estructura horizontal (U.E. 38) realizada con cantos rodados de mediano tamaño, de unos 6 a 8 cm de longitud y 2,18 m de anchura, que se ha interpretado como una calzada o vía pública, lo que sería indicativo de la existencia de un cierto urbanismo. El material asociado a este nivel abarca un arco cronológico muy amplio. Según Rodríguez González (2014: 136) su uso sería contemporáneo a las

habitaciones documentadas en el Corte C (U.U.E.E. 25 y 26), descritas líneas arriba. Nos referimos a la estancia formada por dos muros trabados perpendicularmente, que se exhumaron en el sector sureste del corte D. Estos muros estaban fabricados con piedras de mediano tamaño, con la cara externa trabajada. El muro U.E. 39, orientado 85° este-oeste, conservaba 1,16 m de longitud y presenta una anchura máxima de 0,52 m. Este muro estaba trabado perpendicularmente por otro (U.E. 40) orientado 170° norte-sur. Estaba construido con una técnica similar y está destruido en parte, conservando una longitud de 1,53 m y una anchura de unos 0,74 m. Ambos paramentos parecen definir una unidad habitacional, de la que desconocemos las dimensiones totales, a la que se accedería por un umbral (U.E. 41) formado por una capa de tierra y cal apisonada. Asociado a esta unidad de habitación se documentó un pavimento (U.E. 43) de color marrón claro, que tenía algunas manchas de cal y fragmentos de adobes. Apoyado en el muro U.E. 40, y delimitando al sur el espacio abierto definido por el pavimento de cantos rodados, se halló parte de un muro (U.E. 42) construido con adobes del que desconocemos su función. Tiene una longitud máxima de 3,80 m y una anchura que va entre los 0,60 y 0,87 m.

### ***Calle San Marcos nº 27 - Puente nº 46***

En el año 1995 se procede a una intervención de urgencia en un solar situado entre el número 27 de la calle San Marcos y el número 46 de la calle Puente (Muñoz y Núñez 1995). En él se abrió un corte de 4 x 3 m, en el que se documentaron restos de una estructura muraria de época prerromana, de la que no podemos concretar su fecha de construcción y uso.

En el nivel IV-V, a una profundidad de -2,55 m, se exhumó un muro que tenía más 2 m de largo, pues continuaba bajo el perfil oeste del corte, tenía una anchura máxima de 0,55 m y una altura conservada de 0,30-0,40 m. Este muro está construido con la técnica de mampostería, a base de piedra caliza y calcarenita, de pequeño tamaño, algunas medianas (la mayor de 40 por 32 por 23 cm), trabadas con barro. Se trata de un muro bien careado y que carece de cimentación.

Rodríguez González (2014: 87) plantea que este muro evidencia la ampliación en época prerromana de la ocupación por la ladera oriental del Cerro de San Gil, algo que parecen corroborar los hallazgos de los solares próximos (C/ San Marcos 9).

### **Calle Alcázar nº 38**

En el año 1996 se lleva a cabo una intervención en el solar nº 38 de la calle Alcázar, localizado en el sector oriental de la ciudad. Lo reducido de la superficie excavada, una cuadrícula de 2,5 x 2,5 m, no permitió un estudio en extensión, pero se pudo obtener una secuencia estratigráfica que abarcaba desde el siglo V a.C. hasta época romana augustea, con varias fases constructivas superpuestas, en las que se documentaron estructuras de carácter doméstico. Los resultados no fueron publicados en el *Anuario Arqueológico de Andalucía*, por lo que la información la extraemos de otras fuentes secundarias (Saéz *et alii.* 2004). Rodríguez González (2014: 168) ha realizado una revisión de los pocos datos de los que se dispone sobre esta intervención, pues no hay planimetrías ni material gráfico que nos ayuden a interpretar las escasas referencias sobre las estructuras arquitectónicas documentadas. A esto hay que añadirle que los niveles prerromanos estaban afectados por construcciones medievales en algunos puntos.

A los niveles de uso más antiguos, fechados en el siglo V a.C., corresponden los restos de una vivienda, en concreto dos muros trabados entre sí (U.E.32), orientados norte-sur y oeste, contruidos con mampuestos unidos con tierra. Asociado a ellos se registró un pavimento de tierra apisonada roja, que aparecía delimitado por una hilada de cantos rodados.

Este conjunto habitacional estaría en uso hasta finales del siglo IV a.C., cuando fue amortizado y sustituido por la construcción de un horno (U.E. 31), de sección semicircular, asociado a un muro (U.E 26) de “gran entidad” (Rodríguez González 2014: 167), que se documentó al este de la cuadrícula. La existencia de varios pavimentos superpuestos vinculados a esta última estructura, hace suponer que su uso fue prolongado. El hallazgo del horno llevó a plantear un cambio de funcionalidad para esta estancia, al menos, durante el siglo III a.C.

A finales del siglo III a.C. esta zona vuelve a tener carácter doméstico, con la construcción de nuevas estructuras que con algunas remodelaciones perdurarían hasta época romana. De esta última fase se han documentado dos muros, uno (U.E. 13), orientado noreste-suroeste, sobre otro (U.E. 5) con una orientación sur-norte. Ambos muros estaban asociados a pavimentos de arcilla roja (U.U.E.E. 18 y 8). Esta supuesta vivienda estaría en uso hasta el cambio de Era, realizándose varias reformas en ella, una fechada en el siglo II a.C. y la otra en el momento previo a la fundación de la colonia romana (Rodríguez González 2014: 167).

### ***Calle Virgen de la Piedad nº 16, esquina Calle Regidor y Calle Olivares***

A finales del año 2001 y en los primeros meses del 2002, se lleva a cabo una intervención arqueológica de urgencia en el solar de la calle Virgen de la Piedad número 16, esquina con la calle Regidor y la calle Olivares, bajo la dirección de C. Romero Paredes. Inicialmente se planteó la excavación de dos cuadrículas, la primera de ellas, con unas dimensiones de 14 x 3 m, se abrió en el centro del solar, y el segundo corte, de 3 x 3,60 m, se realizó en el ángulo suroccidental del mismo. Ante la entidad de los restos hallados, principalmente de época romana, se decidió ampliar el área excavada, con lo que finalmente la superficie total excavada fue de 240 m<sup>2</sup>. En esta intervención se obtuvo una secuencia estratigráfica ininterrumpida desde época prerromana hasta la actualidad.

La primera fase constructiva que se documenta corresponde a época protohistórica y se ha fechado, a partir del análisis de los tipos cerámicos, en el siglo III a.C. (Romero, Carrasco y Vera 2002: 447). Directamente sobre los niveles geológicos de base, se documentaron parcialmente los restos de una vivienda, de la que se ha conservado una pequeña habitación, de planta rectangular y unos 2 m<sup>2</sup> aproximadamente de superficie, delimitada por muros de mampostería careada. Para la construcción de estos muros, de unos 0,50 m de anchura, se emplearon mampuestos, de tamaño irregular, de una piedra local denominada tosca, que proceden de canteras cercanas a la ciudad, que están trabados con barro. Asociado a este nivel de habitación se documentó un pavimento de cantos rodados de pequeño tamaño y piedra tosca machacada y apisonada.

Estas construcciones de planta rectangular están alienadas en sentido este-oeste, coincidiendo con el trazado de la supuesta vía de cantos rodados documentada en la calle San Bartolomé (*vid. infra*). El estudio de los materiales arqueológicos asociados a esta estructura han llevado a los excavadores a afirmar su carácter doméstico (Romero, Carrasco y Vera 2002: 451). Rodríguez González (2014: 197), tras examinar la documentación disponible, eleva un poco la fecha de esta vivienda y propone una cronología de los siglos IV-III a.C. para su construcción y uso.

### ***Calle San Bartolomé nº 3***

En los meses de septiembre a noviembre de 2005, se procedió a realizar una vigilancia arqueológica en el solar nº 3 de la calle San Bartolomé, en el que se iba a

llevar a cabo la construcción de una vivienda de nueva planta. Se individualizaron 10 cortes, de los cuáles solo en dos se documentaron restos de estructuras prerromanas. En el llamado Batache 1, localizado en la esquina sureste del solar, con una superficie de 4,5 x 4 m, se exhumó un muro, construido con mampuestos trabados con tierra, orientado este-oeste, de 0,45 m de ancho y solo 0,20 m de altura conservada. Asociado a él aparece parte de un pavimento de cantos rodados y cal, que ya se documentó en el Corte D de la calle Mármol (U.E. 38), “ahora con una anchura de 2,20 m”. (Rodríguez González 2014: 136). “El mismo, se encarga de separar a esta primera obra (hace referencia al muro) de otra construcción de igual disposición espacial y constructiva cuyos lienzos presentan unas dimensiones de 0,60 m de ancho y 0,25 de alzado.

En el Batache 9, también en el sector sur de la parcela, de 5,80 x 6,30 m de extensión, se halló una cimentación construida con pequeños mampuestos trabados con tierra, orientada norte-sur, que se interpretó como parte de una infraestructura, de época prerromana.

A continuación recogemos los datos más relevantes sobre la arquitectura doméstica de época turdetana documentada en las diferentes actuaciones arqueológicas estudiadas:

<b>Año</b>	<b>Localización</b>	<b>Publicación</b>	<b>Restos constructivos</b>	<b>Cronología inicial</b>	<b>Cronología revisada</b>
1985	C/ Merced, 5	López Palomo 1999 y Núñez 1985 Rodríguez González 2014	<b>Estrato I:</b> dos muros de piedra unidos en ángulo casi recto (E-2). <b>Estrato II:</b> zócalo de piedra E-5. En su lado este: pavimento de guijarros (E-8), restos de un hogar. Lado oeste: pavimento con zonas de color rojizo.	s. VI- p. m. s. V a.C.	c. ss. III-II a.C.  ss. IV-III a.C.
1993 / 94	C/Mármol, 6 y C/Mármol esquina a C/Miguel de Cervantes	Carrasco y Romero 1993	<b>Cuadrícula C:</b> dos muros trabados entre ellos, ambos contruidos con piedras trabajadas. U.E. 25: orientado 85° este-oeste. Longitud: 1,33 m. Anchura: 0,52 m. U.E. 26: orientado 170° norte-sur. Longitud: 1,68 m.		U.E. 34 2/4 s. V a.C. UE 36 f. s.V –s. IV

			<p>Anchura: 0,84 m.</p> <p><b>Cuadrícula D:</b> U.E. 34: pavimento rojizo, con alto contenido en almagra.</p> <p>U.E. 36: pavimento de tierra clara.</p> <p>U.E. 38 pavimento de guijarros.</p> <p>Estancia U.U:E.E. 39 y 40.</p> <p>U.E. 39, orientado 85° este-oeste. Longitud: 1,16 m. Anchura 0,52 m.</p> <p>U.E. 40, orientado 170° norte-sur. Longitud: 1,53 m. Anchura: 0,74 m. Pavimento: U.E. 43, de color marrón claro, con manchas de cal y fragmentos de adobes.</p> <p>Muro U.E. 42, construido con adobes. Longitud: 3,80 m. Anchura: 0,60- 0,87 m.</p>		a.C.
1995	C/San Marcos 27- Puente 46	Muñoz y Núñez 1995	Muro de mampostería careada, piedra caliza y calcarenita, trabada con barro. Longitud: 2 m. Altura: 0, 30-0,40 m. Anchura: 0,55 m.		
1996	C/Alcázar, 38	Sáez <i>et alii</i> . 2004 Rodríguez González 2014	<p><b>Fase más antigua:</b> dos muros de mampostería unida con tierra. Estos muros están trabados entre sí (32), orientados norte-sur y oeste. Pavimento de tierra apisonada roja, delimitado por una hilada de cantos rodados.</p> <p><b>2ª fase:</b> s.III a.C. horno: función industrial. Muro U.E. 26</p> <p><b>Fase más reciente:</b> dos muros, U.E. 13 y U.E. 5. Pavimentos de arcilla roja, U.U.E.E. 18 y 8.</p>	<p>s. V- f. s. IV a.C.</p> <p>f. s. III a.C.- cambio de Era</p>	<p>s. VII a.C.</p> <p>s. VI a.C.</p>
2000	C/Virgen de la Piedad 16 esquina C/	Romero, Carrasco y Vera 2002	<b>Primera fase:</b> habitación de 2 m², delimitada por muros de	s. III a.C.	ss. IV-III a.C.



1 / 0 2	Regidor y C/Olivares	Romero <i>et alii</i> 2002	mampostería careada, de piedra tosca. Anchura: 0,50 m. Pavimento de cantos rodados de pequeño tamaño y piedra tosca machacada y apisonada.		
2 0 0 5	C/San Bartolomé, 3	Rodríguez González 2014	<b>Batache 1:</b> muro de mampuestos trabados con tierra, orientado este-oeste. Anchura: 0,45 m. Altura: 0,20 m. Pavimento de cantos rodados y cal.  <b>Batache 9:</b> cimentación construida con pequeños mampuestos trabados con tierra, orientada norte-sur. Posible infraestructura de época prerromana.		

Tabla 8. Cuadro-resumen de las intervenciones arqueológicas con restos constructivos turdetanos en Écija.

Hemos podido comprobar que en la secuencia estratigráfica registrada en muchas excavaciones faltan las fases prerromanas, de los siglos III- II a.C. hasta el cambio de Era, como por ejemplo en la calle Merced nº 5, calle Mármoles, Miguel de Cervantes y San Bartolomé, lo que ha llevado a plantear la posibilidad de que estos niveles se hayan perdido por la actividad constructiva posterior (López Palomo 1999: 149), principalmente por las labores de aterrazamiento previas a la fundación romana de la colonia *Augusta Firma Astigi* en el año 14 a.C., que afectarían directamente a las fases de ocupación turdetanas (Rodríguez González 2014: 89). También la construcción de la muralla almohade pudo afectar a algunas zonas de la ciudad, como C/ Merced 1 (*Ibidem*).

Respecto al urbanismo, ya hemos comentado que se trataba de un asentamiento en terrazas artificiales, para las que se construyeron una serie de muros de contención, que se han podido documentar en parte en las excavaciones de C/ Merced 31 y C/ Arco de Belén 5 (Rodríguez González 2014: 205).

En las excavaciones de la C/ Mármoles nº 6, C/ Mármoles esquina con Miguel de Cervantes y C/ San Bartolomé y más recientemente en la C/ Arco de Belén nº 5, se

han documentado superficies extensas pavimentadas con guijarros del río, que se han interpretado como calles o vías públicas, lo que corrobora la categoría urbana de este núcleo de población. Estas calles tendrían una orientación este-oeste y se supone que comunicarían esta zona de la ciudad con la parte más elevada (Rodríguez González 2014: 205).

En cuanto a las materias primas empleadas en la construcción de las viviendas, la mayoría de ellas son de procedencia local. En la excavación realizada en los números 37 y 39 de la calle Merced se documentó la existencia de una gran zanja excavada en el terreno de la que se supone que se habrían extraído arcillas y gravas para emplearlos como material de construcción en época protohistórica (Carrasco *et alii* 2010: 322).

A modo de apéndice, queremos recoger, de forma muy breve, las excavaciones realizadas en diversos puntos de la ciudad en las que se han documentado restos arquitectónicos de dudosa funcionalidad.

En la excavación realizada el año 1993 en la calle San Marcos nº 9/9A se hallaron una serie de estructuras constructivas prerromanas, algunas de ellas con carácter doméstico, como es el caso de un pavimento de arcillas rojas fechado a finales del siglo IV-inicios del III a.C. (Rodríguez González 2014: 147), correspondiente a la Fase V. También de esta fase pero de un momento anterior, siglos VI-V a.C., se documentó un pavimento de guijarros, que parece estar relacionado con el hallado en la excavación de la C/ Mármoles (U.E.38). En este nivel se hallaron numerosos restos de cerámicas y parte de un horno, por lo que se ha supuesto una función industrial de esta zona de la ciudad en aquellos momentos, aunque hay ciertas dudas al respecto. Rodríguez González (2014: 148) llama la atención sobre la inexistencia de cerámicas procedentes del interior del horno, tampoco se hallaron vasos defectuosos ni fallos de cocción en los alrededores, por lo que ha planteado la posibilidad de que fuera un horno de pan, de carácter doméstico.

En el año 2001-octubre 2002 se realiza una excavación en la Plaza de Armas del Alcázar de Écija, en la zona conocida como “El Picadero”, bajo la dirección de S. García-Dils de la Vega, en la que se documentó una secuencia estratigráfica desde época turdetana hasta el siglo XX. De los 5 sondeos realizados en esta zona, solo en el corte D se documentaron restos de estructuras prerromanas cuya

funcionalidad no está del todo clara. De época turdetana se documentan unos muros, con un metro de anchura, que delimitan una estancia de planta rectangular, pavimentada con cantos rodados, en cuyo sector sureste se documentó una “pileta”. La potencia y calidad de las estructuras constructivas, junto a la presencia de una pileta de considerables dimensiones, llevaron a plantear un posible uso ritual de este edificio, algo que parece confirmarse por los materiales cerámicos (Rodríguez González 2014: 184).

### **III.2.3.2. Alhonor (Herrera/Écija)**

Entre los yacimientos de interés para nuestro tema de estudio cabe destacar el de Alhonor, ubicado en la orilla izquierda del río Genil. Su localización espacial entre los términos municipales de Herrera y Écija, en el noreste de la provincia de Sevilla, ya próximo a la provincia de Córdoba, hace que este yacimiento presente ciertas diferencias y peculiaridades respecto al resto de casos estudiados. Se trata de un poblado de época protohistórica de considerables dimensiones, de unas 15 ha aproximadamente, fortificado con una cerca de unos 3.000 metros de longitud, cuyo recorrido se comprobó en una prospección superficial.

Este asentamiento antiguo se localiza sobre un cerro amesetado, de forma alargada en sentido norte-sur, con una cota máxima que supera los 240 metros s.n.m. en algunos puntos. Su primera ocupación tuvo lugar en el Bronce Final (siglo IX a.C.) por un poblado en cabañas. En época turdetana se desarrolla un urbanismo más complejo, construyéndose incluso un sistema de murallas. El poblado en estos momentos crece en extensión, ocupando toda la superficie del cerro y presentando un claro urbanismo.

### **La documentación arqueológica**

En los años setenta comienzan los trabajos arqueológicos en el yacimiento protohistórico, procediéndose a la excavación de una amplia área. Entre los años 1973 y 1982 se llevan a cabo varias campañas arqueológicas que se han centrado en la zona superior del cerro, donde se realizaron diferentes cortes estratigráficos de mayor o menor extensión. En todos ellos se optó por conservar las estructuras documentadas en las diferentes fases, por lo que conforme se iba profundizando, la superficie a excavar se iba reduciendo progresivamente.



Figura 67: El yacimiento de Alhonor con el Castillo medieval (2) y la localización de las campañas de excavación de 1977 (1), 1978 (3) y 1979 (4) (Belén Deamos 2011-12: 335).

Las primeras campañas arqueológicas se llevaron a cabo en los años 1973-1975, en las que se abrieron un total de nueve cuadrículas en la zona al sur del castillo, donde se había observado una gran concentración de materiales arqueológicos a nivel superficial. En estos cortes no se pudieron alcanzar los niveles de roca madre, por lo que no se obtuvo una estratigrafía completa del yacimiento. La escasez de materiales arqueológicos del siglo V a.C. en adelante, llevó a López Palomo (1999: 82) a plantear la posibilidad de que durante esta fase la superficie del poblado se hubiera reducido significativamente.

Para solventar estas carencias, en los años 1977 y 1978 se realizaron una serie de cortes estratigráficos que han permitido establecer un total de cinco fases en la ocupación del asentamiento, desde el Bronce Final, hacia el siglo IX a.C., hasta la romanización. Sin embargo la evolución del poblado y las diferentes fases establecidas por su excavador resultan muy confusas y poco precisas (López Palomo 1981: 169-171):

- *Fase I*: fechada en el siglo IX a.C., en el Bronce Final, correspondiente a un momento indígena precolonial.
- *Fase II*: etapa que fue denominada inicialmente “Horizonte indígena de Alhonor”, y que correspondería al siglo VIII a.C.
- *Fase III*: que correspondería con la época Orientalizante, que iría desde la segunda mitad del s. VII a la primera mitad del siglo V a.C.

- *Fase IV*: “ibérica”, desde finales del siglo V a.C. hasta principios del siglo II a.C.
- *Fase V*: ya correspondiente a época romana, que abarcaría los siglos II-I a.C.

Esta periodización fue revisada posteriormente por J. L. Escacena (1987a: 275-279), quien llamó la atención sobre el hecho de que entre los materiales publicados faltaban los correspondientes a los siglos V y IV a.C., además de resultar llamativa la ausencia total de cerámicas griegas de época clásica, que en estas fechas son muy abundantes en los poblados y necrópolis del resto de Andalucía. Este hecho fue explicado por el citado investigador como consecuencia de un vacío de población entre finales del siglo VI a comienzos del V a.C., como ocurría en otros centros del Valle del Guadalquivir, algunos de los cuales quedaron despoblados definitivamente. López Palomo rechaza este postura y plantea que posiblemente se produjeran “fases expansivas y regresivas en la ocupación” del poblado, pero no un despoblamiento total de mismo (López Palomo 1999: 131).

De los trabajos realizados en la campaña de 1977 solo vamos a detenernos en el estrato IV, en el que aparecieron restos constructivos, muy deteriorados, que se fecharon en época turdetana, hacia finales del siglo III a.C., aunque esta datación no es totalmente fiable, pues se detectaron remociones de tierras y deposiciones de las capas superficiales. López Palomo (1999: 88) describe una “delgada capa de nódulos de arcilla amarillenta, que interpretamos como un pavimento y restos de un posible muro”. No tenemos muchos más datos sobre ellos ni sobre su funcionalidad.

En la campaña de excavación llevada a cabo por López Palomo en 1978 se procede a excavar un nuevo sector en la parte superior del yacimiento, en el lado norte del castillo, en una superficie de 780 m<sup>2</sup> en la que se registraron varias fases constructivas. De ellas nos interesa la última fase, la mejor documentada, correspondiente a época turdetana, en la que se exhumaron una serie de habitaciones de planta cuadrangular, unas 12 estancias, que tenían una superficie de entre 12 y 20 m<sup>2</sup>. En su momento se interpretaron como seis viviendas y un espacio comunitario, que se estructurarían en torno a dos calles, situadas al norte y al sur del área excavada.

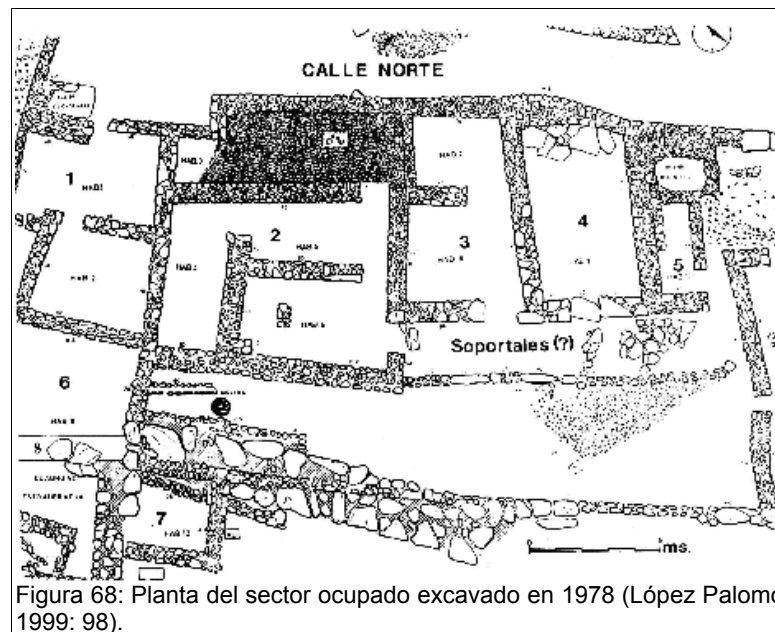


Figura 68: Planta del sector ocupado excavado en 1978 (López Palomo 1999: 98).

Según López Palomo (1999: 98-ss.) los diferentes espacios estarían organizados de la siguiente manera:

- Casa nº 1: con una superficie de 28 m<sup>2</sup> y dos habitaciones (1 y 2). Junto a su entrada se documentó la existencia de un aljibe.
- Casa nº 2: de 55 m<sup>2</sup>, posee cuatro dependencias (habitaciones 3, 4, 5 y 6), tres de ellas destinadas a uso humano y una cuarta, con pavimento empedrado, que se ha interpretado como un espacio para guardar el ganado o como almacén (López Palomo 1999: 98). El mayor tamaño y número de habitaciones de esta supuesta vivienda denotaría, en opinión de Ruiz Mata (1998:190), que era la vivienda de una persona de cierto rango.
- Casa nº 3: con 22 m<sup>2</sup> de superficie y dos dependencias (habitaciones 7 y 8).
- Casa nº 4: formada por una sola y amplia habitación (9) de 25 m<sup>2</sup>. En esta casa se ha podido documentar la existencia de un vano de entrada, de más de un metro de anchura, flanqueado por dos grandes piedras.
- Espacio nº 5: consta de una única dependencia (habitación 10), en la que se documentó un aljibe y un banco de piedra, que se ha interpretado como zona de uso común (López Palomo 1999: 99).
- Casa nº 6: solo se ha podido documentar una única dependencia (11), de la que no se conoce todo el perímetro.
- Casa nº 7: consta igualmente de una sola habitación (12).

El acceso a estas supuestas viviendas se realizaría a través de un espacio rectangular porticado, que además serviría de protección contra el sol (López Palomo 1999: 421).

Algunos autores no están de acuerdo con esta propuesta y consideran que todo el conjunto formaría parte de un único y gran edificio, de carácter residencial, una “gran mansión” que pertenecería a un personaje de la élite social (Almagro-Gorbea y Domínguez de la Concha 1988-1989: 365).

Independientemente de su interpretación, los muros documentados están contruidos con mampuesto irregulares, de piedra caliza o arenisca, que solo tienen la cara exterior trabajada y que están trabados con barro. Estos muros poseen un grosor entre 0,40 m y un metro, siendo la medida más generalizada unos 0,60 m. La mayoría se asientan directamente sobre el suelo, sin ningún tipo de cimentación, pero si debemos señalar que en algunos casos concretos se ha aprovechado la existencia de edificaciones anteriores para apoyar sobre ellas estas nuevas construcciones, pero solo en parte, pues los nuevos muros contruidos no siguen el trazado de los anteriores, sino que se entrecruzan. Estas paredes constarían de una parte inferior o zócalo, contruido en piedra, que es la parte que mejor se ha conservado, sobre el que se alzaría una superestructura de tierra, bien de tapial, opción que apunta su excavador (López Palomo 1999: 97), o de adobes, de los que no han quedado restos. Esta propuesta parte del hecho de que las diferentes habitaciones aparecían rellenas con un nivel de escombros, compuesto principalmente de barro, en el que aparecieron restos cerámicos y algunos objetos de bronce, que corresponderían al momento de abandono del lugar.

La cubierta estaría hecha con materiales vegetales, de los que no han quedado huellas en el registro arqueológico. Se planteó la posibilidad de que estas techumbres estuvieran apoyadas sobre algún tipo de soporte o poste colocado en el interior de las viviendas, que, a su vez, se apoyaría sobre una base de piedra, que es lo único que se ha conservado en algunos casos.

Respecto a los pavimentos, solo se ha documentado la existencia de suelos de tierra rojiza apisonada en determinados sectores de la excavación. Solo en la habitación 3 se ha conservado un pavimento empedrado hecho con pequeñas piedras calizas, cuya funcionalidad específica hemos comentado más arriba.

El acceso a estas viviendas se haría por una única entrada, con una anchura de un

metro aproximadamente, flanqueada por piedras grandes a modo de jambas. No se han encontrado huellas de puertas ni de mecanismos para su inserción.

Al sur de estas estructuras, se documentó un amplio espacio rectangular al aire libre, que López Palomo interpretó como una calle y que en las últimas revisiones se ha identificado como un patio, alrededor del cual se estructuran las diferentes dependencias del gran edificio (Almagro-Gorbea y Domínguez de la Concha 1988-1989: 365).

En el extremo este del espacio abierto aparecieron los restos de lo que parece ser un molino de cereal, de uso comunitario, de tipología romana, y que nos indica la práctica de actividades agrícolas realizadas en este poblado.

Al norte de estas construcciones se han hallado dos aljibes, uno de ellos en muy buen estado de conservación, con planta oval y revestido por una lechada de cal, con función impermeabilizante. Este aljibe tendría una capacidad, según su excavador, de unos 1.000 litros aproximadamente.

En la Campaña de 1979 se procedió a realizar una excavación en el extremo norte del yacimiento, en la zona popularmente conocida como “plaza de armas”. En esta área se excavó una superficie de 29 x 24 m y en algunos puntos afloró la roca del sustrato natural directamente bajo el nivel turdetano. En estos trabajos se registró un gran número de muros, muchos de ellos superpuestos, cuya trama se describe como “laberíntica” (López Palomo 1999: 105). Estas estructuras conformaban habitaciones cuadrangulares, de diferentes dimensiones, con los muros maestros orientados en sentido norte-sur. Estos muros están contruidos con la misma técnica ya documentada con anterioridad, con zócalos de piedra que en algunos casos conservaban una altura de 60 cm, sobre los que se supone un alzado de tapial. A estas paredes se asociaban generalmente suelos de albero apisonado, pero también se hallaron restos de pavimentos de guijarros e incluso enlosados de lajas de piedra. Se han identificado algunos hogares, de los que no tenemos mayor información.

En esta campaña se documentaron también restos constructivos muy interesantes por ser inusuales. López Palomo (1999: 105) recoge el hallazgo de unas piezas planas de cerámica, algunas pintadas de rojo, con perforaciones, que fueron interpretadas como celosías de ventanas. También habla de “quicialeras” (*Ibidem*),



sin especificar más detalles.

En el C-4 se documentó una extraña estructura realizada con adobes, formada por cuatro muretes ovalados concéntricos que delimitaban tres canalillos y un espacio central revestido de cal. López Palomo (*Ibidem*) planteó la posibilidad de que tal vez fuera un lugar de decantación de barro.

En la campaña de 1982 se procedió a la ampliación hacia el sur del área excavada en 1979, con el objetivo de conocer la extensión del urbanismo de época “ibérica”. En esta ocasión también se documentaron zócalos con las mismas técnicas edilicias ya comentadas, que corresponden a viviendas de plantas cuadrangulares (López Palomo 1999: 117). En esta campaña la mayoría de los trabajos arqueológicos se centraron en la muralla.

En conclusión, Alhonoj sería en época turdetana uno de los grandes centros rectores del territorio, un *oppidum*, con un urbanismo claro, como demuestran los datos arqueológicos. Desde mediados del siglo IV a.C. el núcleo de población se extendió por toda la colina.

### **III.2.3.3. Montemolín-Vico (Marchena)**

Hay que señalar la gran riqueza arqueológica que posee el término municipal de Marchena, en el que se han localizado yacimientos de gran importancia para época protohistórica, de los que vamos a destacar dos enclaves Montemolín y Vico, ambos muy próximos entre sí e interrelacionados. Tanto es así que hay autores que han propuesto que más bien serían dos sectores de un mismo yacimiento arqueológico y que “constituyeron una sola realidad poblacional” (De la Bandera y Ferrer 2002: 123), siendo Montemolín el centro cultural y Vico el poblado asociado a este (*Idem*: 144).

### **La documentación arqueológica**

En los meses de diciembre de 1998 hasta abril de 1999 se realizó, con carácter de urgencia, una prospección arqueológica superficial del término municipal de

Marchena, por profesores y alumnado de la Universidad de Sevilla, integrantes del grupo de investigación “De la Turdetania a la Bética”<sup>28</sup>, que puso al descubierto una serie de núcleos de población de época turdetana, que muestran un poblamiento continuado en esta zona desde época tartésica.

En el año 1980 se lleva a cabo una primera campaña de excavación, con carácter de urgencia, en el yacimiento de Montemolín. Se trazaron dos cortes, que fueron denominados con las letras C y D. En el estrato más superficial, el Estrato IV, que parece haber sido removido por labores agrícolas, se recuperaron materiales de época turdetana, junto con otros que por su tipología se fechan en el Orientalizante final, que por paralelos con el estrato 3 de Carmona y el V de Setefilla, se les otorga una cronología de las últimas décadas del siglo VI a.C. Los restos más antiguos indican un poblamiento desde finales del siglo VIII a.C. Los datos obtenidos en estos y posteriores trabajos (Campañas 1983, 1985 y 1987) han puesto de manifiesto que Montemolín no conocería un poblamiento estable, al menos en el área excavada, con posterioridad al siglo VI a.C. (Escacena 1987a: 290) durante tres siglos al menos. Hay que destacar que no hay evidencias de una destrucción violenta a finales del Período orientalizante, sino que más bien parece que se produjo una brusca interrupción, como se documenta también en el yacimiento de Alhonoiz. Este hecho lo relaciona el autor citado (*Idem*: 293) con una grave crisis que padecerían muchas de estas poblaciones hacia el final del siglo VI a.C. o comienzos del V, que en unos casos, como Setefilla, se traduce en la reducción del área habitada mientras que en otros casos, como Montemolín, significa el abandono del asentamiento.

El yacimiento que resulta más interesante para nuestro propósito se localiza en el “Cortijo de Vico”<sup>29</sup>. Se trata de un *tell* artificial, de forma alargada de norte a sur, que se encuentra en una zona llana de formación aluvial del río Corbones. Se localiza en la ladera noreste del cerro de Montemolín, en un lugar estratégico, que goza de gran visibilidad sobre las tierras del entorno y, además, próximo a un cruce de vías de comunicación.

Ante el peligro de desaparición de parte de los restos arqueológicos por los trabajos de extracción de piedra que se estaban realizando en la zona, se llevó a cabo una

<sup>28</sup> Grupo de investigación de la Universidad de Sevilla, dirigido por F. Chaves Tristan.

<sup>29</sup> Coordenadas 37° 18' 7" latitud Norte y 5° 20' 18" longitud Oeste.

excavación de urgencia en 1985. Estos trabajos de cantería habrían eliminado la mayor parte de los niveles de ocupación romana del yacimiento, de los que solo quedaron restos muy fragmentados y dispersos, aunque indudables, que atestiguan la continuidad del asentamiento en tiempos romanos.

De esta excavación de urgencia solo se publicó un breve informe en el Anuario Arqueológico de Andalucía (Chaves Tristán y De La Bandera Romero 1987). Posteriormente los resultados de esta intervención han sido publicados con mayor detalle (De La Bandera y Ferrer 2002).

La intervención consistió en la apertura de un corte de 4 por 4 metros, denominado VI-85/ A, en la cima del *tell*. Aunque cuando se alcanzó una determinada profundidad, nivel A-16, la superficie de excavación quedó reducida considerablemente por la presencia de diversos muros.

La desaparición de la mayor parte de los estratos romanos, había dejado casi en superficie los niveles protohistóricos, que se comprobó que llegaban hasta los 6 metros de profundidad, momento en el que se abandonó la excavación, por lo que no se pudo obtener la estratigrafía completa del yacimiento. En total se registraron 29 estratos, que se clasificaron en más de 35 niveles arqueológicos, definidos por los materiales arqueológicos aparecidos, y un total de 11 fases constructivas, incluyendo en estas los pavimentos que aparecieron sin muros asociados y también los niveles de derrumbe. En ellos se comprueba la ocupación ininterrumpida de esta zona desde el Bronce Final hasta época romana, hacia el siglo II a.C. aproximadamente.

Lo que nos interesa, desde el punto de vista de nuestro trabajo es, por un lado, la constatación de la evolución de la arquitectura en época protohistórica, desde las cabañas de planta circular hasta las viviendas de planta cuadrangular de muros rectos, ambos tipos documentados en este yacimiento, en fases superpuestas. Por otro lado, nos interesan los datos aportados en cuanto a la arqueología de época turdetana, que a continuación pasamos a describir.

Sobre los restos de construcciones anteriores, de época tartésica orientalizante, realizadas ya con muros rectos, apareció un pavimento de tierra apisonada, en el nivel A-23b, que sellaba el estrato anterior e inauguraba una nueva fase, formada por los niveles A-23a y A-22, fechado hacia fines del siglo VI a.C. o principios del V a.C. por la presencia de un fragmento de *kylix* griega. De esta fase no se han conservado restos de construcciones, pero por los materiales aparecidos en el suelo: cenizas, restos óseos, caracoles, fragmentos cerámicos y restos de adob, se

deduce que respondería a una zona de actividades domésticas.

Sobre este estrato apareció un muro de grandes dimensiones (Muro 3), que conservaba 3,20 m de longitud, 112 cm de ancho y 90 cm de altura. Estaba construido con piedras de pequeño y mediano tamaño, trabadas con barro. No se documentado la existencia de zanja de cimentación. Estas medidas han hecho suponer que este muro formase parte de un edificio de grandes dimensiones (De la Bandera y Ferrer 2002: 125). Un estudio de los materiales asociados a esta estructura podría darnos pistas sobre su funcionalidad, pues se plantea la posibilidad de que tuviese un uso diferente al simplemente doméstico, o perteneciese a un personaje alta categoría.

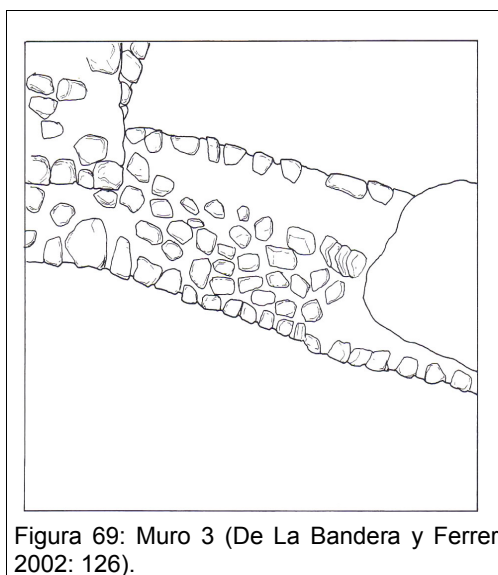


Figura 69: Muro 3 (De La Bandera y Ferrer 2002: 126).

Entre este muro y el perfil sur del corte, apareció parte de una nueva construcción. De ella se conservaban dos muros unidos en ángulo recto, ambos construidos con piedras de mediano tamaño y un gran sillar, con unas medidas de 100 x 55 x 25 cm. Uno de ellos (muro 4), conservaba 1,70 m de longitud y unos 80 cm de ancho, su trazado era casi paralelo al 3, pero posterior, aunque parece que convivieron durante un tiempo. El interior de este edificio apareció relleno de una serie de materiales (estratos A-21 y A-20), como piedras sueltas, posiblemente del derrumbe de la construcción, cerámica y restos de fuego.

Este estrato y el muro 4 estaban cubiertos por un suelo (A-19b) apisonado de coloración rojiza, sobre el que aparecieron numerosos fragmentos de cerámica, junto con tierra quemada, cenizas y carbones sueltos. Este suelo a su vez estaba

sellado por otro pavimento (A-18b) de gran dureza construido con adobes, fechado hacia el 400 a.C. aproximadamente. Se desconoce la relación entre este pavimento y el muro 3 y si sería el suelo interno o externo del supuesto gran edificio. Sobre este pavimento de adobe se halló un estrato fruto de sedimentos (A-18a) que contenía fragmentos de cerámicas, adobes y pellas de arcilla con huellas vegetales, que se han supuesto que pertenecían al revestimiento de las paredes o de la techumbre. Este estrato fue cubierto por un nuevo nivel de habitación (A-17s) con numerosos fragmentos de cerámica, sobre todo ánforas, tierra quemada, restos de adobe, etc.

En la esquina noroeste del corte apareció una nueva estructura (muro 5), concretamente el ángulo sureste, realizada con piedras de mediano tamaño trabadas con barro. Una vez amortizada esta construcción, se formó un nuevo estrato, en el exterior y sobre ella (A-14 a A-16), formado por tierra rojiza, con fragmentos de cerámica, carbones y piedras sueltas.

La última fase constructiva documentada, de hacia el 350 a.C. aproximadamente, está formada por los restos de un muro derruido, del que solo se conservaba una hilada de piedras, trabadas con piedras pequeñas y tierra, y su zanja de cimentación (A-11). Este muro, con dirección noreste-suroeste, mantiene la misma orientación que las estructuras anteriores. Por los restos de adobe hallados, se cree que tenía el alzado de adobes. La zanja de cimentación cortaba un estrato formado por sedimentos de color marrón ceniciento, con restos de cerámica, carbones y huesos.

Sobre los restos de esta construcción se depositó el estrato A- 10, que se cubrió por un suelo de guijarros y arena, de más de 20 cm de potencia, que se denominó estrato A-9b, y que se fecha hacia el 250 a.C. En el centro de este pavimento se halló una torta circular hecha con adobes, de la que desconocemos su función.

A partir de este nivel hasta la superficie no se detectó ninguna otra fase constructiva, es más los estratos están alterados, en ellos se mezclan restos y materiales turdetanos con los de época romana. De entre ellos nos interesa destacar los A-6 y A-5, fechados hacia el año 200 a.C. aproximadamente. En ambos niveles aparecen huellas claras de lo que sería un nivel de incendio, restos de carbón, piedras quemadas y trozos de adobe que coincidiría cronológica y materialmente con niveles de incendio documentados en otros yacimientos coetáneos.

Los materiales arqueológicos y los restos arquitectónicos hallados señalan la existencia de espacios de uso doméstico en esta zona del yacimiento. Los niveles excavados y estudiados, hasta el momento, nos hablan de un poblado tartesio-turdetano, con una secuencia estratigráfica muy dinámica, con continuas reformas de los espacios arquitectónicos, aunque conservando las edificaciones siempre la misma orientación este-oeste.

#### **III.2.3.4. *Urso* (Osuna)**

Osuna se localiza en el lado sureste de la provincia de Sevilla, en una vega de terrenos muy fértiles, lo que explica su pronta y continuada población. Su término municipal, de unos 592 km<sup>2</sup> de superficie, se extiende por el extremo suroriental de la campiña sevillana y las primeras estribaciones de la Sierra Sur. Por sus tierras discurren los arroyos del Salado y el Peinado, contando con fuentes de agua cercanas.

De la fase turdetana se han observado que la mayoría de los materiales arqueológicos, principalmente cerámica, se concentran en cerros elevados, desde donde se domina el territorio circundante, además de situarse junto a puntos de agua y vías de paso.

#### **La documentación arqueológica**

Las primeras excavaciones en Osuna, la antigua *Urso*, se llevaron a cabo a principios del siglo XX por A. Ángel y P. Paris, en el lugar que anteriormente habían aparecido los “*relieves ibéricos*”, en la parte nororiental de la ciudad, donde se localizaron también dos enterramientos de época orientalizante y parte de la muralla romana.

En el año 1973 se realiza una campaña de excavaciones, dirigida por D. Ramón Corzo, en una zona próxima a la anterior, en la que se descubrió parte del sistema defensivo en época republicana y se documentaron nuevas tumbas orientalizantes.

En los años siguientes solo se llevaron a cabo algunas excavaciones de urgencia de las que no nos consta mayor información (Lorenzo Morilla y Pérez Rangel 1989). En el año 1985 se realizó una excavación con carácter de urgencia en el camino de la Farfana, donde unas obras de ampliación de la vía dejaron visibles estructuras arquitectónicas pertenecientes a tres fases constructivas de época romana.

Desde el año 1987 se han llevado a cabo varios trabajos de prospección superficial, en el sudeste de la campiña y de la Sierra Sur sevillanas, cuyos resultados han sido estudiados y publicados en varias ocasiones (Pérez *et alii* 1987). Entre los yacimientos de mayor envergadura y que mayor cantidad de materiales de época turdetana han aportado destacan la propia Osuna, Cerro de la Cabeza, Cerro Platero, Cerro del Calvario, Cerro Sandino, Retamar, Algarabejo, Cerro del Tesoro, La Romera, etc.

El Cerro de la Cabeza es un yacimiento situado<sup>30</sup> en el extremo nordeste del término municipal de Osuna, que cuenta con una superficie de unas 12 ha. Este enclave está asentado en una elevación de 250 m de altura, desde la que se tiene un buen control del territorio circundante. En la vertiente oeste del cerro se encuentra el nacimiento de dos arroyos, el de la Piedra y el de Alcalá, que surtirían de agua al poblado. Se ha documentado la existencia de estructuras constructivas en superficie de época romana, incluso restos de una posible muralla en el lado noreste. En la zona oriental de la mesa se han documentado restos de una pileta de forma rectangular y también huellas de un silo del que no nos consta la cronología (Pérez *et alii* 1989: 191).

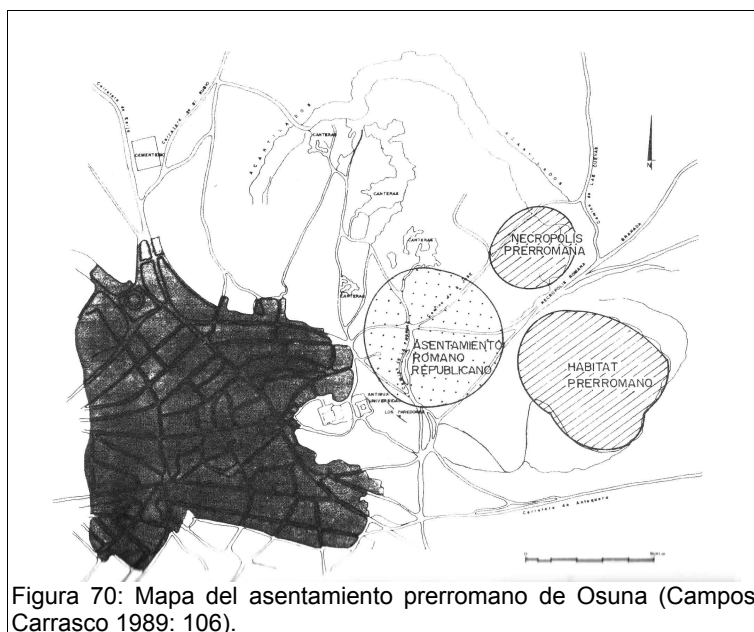
Otro yacimiento arqueológico a reseñar es Alamillo<sup>31</sup>, que se ubica en un cerro de unos 197 m de altura, en el oeste del término municipal de Osuna. La extensión de este yacimiento es de unas 10 ha aproximadamente. Este enclave cuenta con varias fuentes de agua próximas, como son la Laguna de Los Ojuelos, al oeste, y el arroyo del Peinado, al sudeste. Solo tenemos constancia de materiales cerámicos para época turdetana, no se han documentado por ahora restos constructivos de esta época (Pérez *et alii* 1989: 192), pues aún no se ha procedido a su excavación en extensión, aunque parece ser un yacimiento de cierta importancia, debido a la concentración de cerámicas que se ha registrado.

En la ciudad de Osuna, hasta estos momentos, no se han detectado estructuras arquitectónicas de época turdetana; sí tenemos constancia de la existencia de poblamiento en esos momentos, como evidencian los numerosos fragmentos de cerámica hallados en superficie. También se plantea la posibilidad de que existiese un recinto fortificado, que no se rastrea en la zona noroeste de la ciudad, donde pudiera ser que estuviera limitado por el camino de Granada.

30 Coordinadas U.T.M. G197347.

31 Coordinadas U.T.M. UG027331.

En un terreno próximo, en una elevación frente al poblado, se encontraría la necrópolis, donde han aparecido “enterramientos ininterrumpidamente desde el s. VII a.C. al III-II a.C., al que pertenecen, tanto los materiales de superficie, como los procedentes de tumbas expoliadas en el sector” (Campos Carrasco 1989: 107).



Campos Carrasco señala, además, que cuando se produce la llegada de las tropas romanas, a finales del siglo III a.C., estas se asientan en la zona más occidental del poblado, por lo que no se produce la superposición de la ciudad indígena y la romana. Este hecho supondría la conservación de los restos de la ciudad turdetana, aún por estudiar.

#### III.2.3.5. *Astapa* (Estepa)

El término municipal de Estepa, con una superficie de 18.738 ha, se encuentra en el ángulo suroriental de la provincia de Sevilla, en una zona de transición entre la Alta y Baja Andalucía, entre las campiñas sevillana y cordobesa y las tierras de Granada y Málaga.

La ciudad de Estepa se ha identificado con la *Astapa* de las fuentes clásicas. Su núcleo se asienta en el Cerro San Cristóbal, en un emplazamiento estratégico que



alcanza una cota máxima de 605 m s.n.m., permitiéndole el control del territorio circundante. Dicha elevación se encuentra limitada al norte por las tierras de la campiña y al sur por las sierras Subbéticas. En este enclave se ha constatado la existencia de ocupación humana desde el siglo IX al V a.C. Se trata de un poblado delimitado por una muralla, del tipo de casernas o casamatas, construida en época tartésica, fechada en el siglo VII a.C. según sus excavadores, aunque ya a finales de esta época pierde su finalidad defensiva. Parece ser que en esos momentos los límites del poblado se extenderían más allá de la cerca defensiva.

### **La documentación arqueológica**

En los meses de junio a agosto de 1988 se lleva a cabo una prospección superficial del término municipal de Estepa, en la que se localizaron un total de 42 yacimientos arqueológicos (Juárez Martín 1988), además de en la propia ciudad de Estepa. En algunos de estos yacimientos, como Segura, Los Canterones, Pedro Cruzado-1, entre otros, se documentaron materiales arqueológicos, principalmente cerámicos, de tradición turdetana, lo que podría ser indicativo de su ocupación en época prerromana.

Pero no será hasta el año 1993 cuando se realicen los primeros trabajos arqueológicos con carácter de urgencia en la propia Estepa, en el Cerro de San Cristóbal, promovidos por la remodelación urbanística que se quería realizar en esta zona, y se descubran restos arquitectónicos pertenecientes a época turdetana. En esta intervención se abrieron tres cortes estratigráficos, de los que nos interesa solamente el Corte C (Juárez Martín 1993 y 1995a), donde se documentaron las primeras estructuras de habitación, correspondientes al Bronce Final Tartésico. Este Corte C, de 2,5 x 3 m de superficie, se trazó en la ladera norte del cerro, en una zona que forma un talud casi vertical, conocida como el “Balcón de Andalucía”. Se procedió a la excavación de unos 5,80 metros de potencia, en la que se documentaron 31 unidades estratigráficas correspondientes a diferentes fases de ocupación, que abarcan un período cronológico desde el Bronce Final hasta el siglo V a.C. No se documentaron restos constructivos de época turdetana, aunque sí numerosos fragmentos cerámicos que nos hablan de la ocupación de esta zona durante esa etapa histórica.

Tras una serie de estratos, de más de tres metros de espesor, correspondientes a niveles de relleno modernos, aparecieron los niveles documentados más antiguos, que corresponden a la Fase I del Bronce Final, fechada hacia los siglos IX y VIII a.C.

Posteriormente, en la fase Orientalizante, se fecharon restos de estructuras constructivas. En la Fase IV, correspondiente al Orientalizante final o Protoibérico, se documentaron dos estructuras de pavimentación, de las que no tenemos más datos, fechadas a principios o mediados del siglo VI a.C. hasta principios del siglo V a.C. En la última fase, llamada Ibérico Pleno, correspondiente al nivel 3, que se fecha en el siglo V a.C., se registraron algunas lajas de gran tamaño y muy planas, que podrían ser parte de un pavimento (Juárez Martín 1993: 760), aunque no se ha podido determinar su funcionalidad debido a que la superficie excavada se había reducido a tan solo 2 m<sup>2</sup>.

En el año 1995 se lleva a cabo una nueva intervención arqueológica, de carácter de urgencia, en el Cerro de San Cristóbal, concretamente en la zona del antiguo cementerio, con el objetivo de localizar estructuras reflejadas en un plano del siglo XVI (Juárez Martín 1995b). En estos trabajos se documentó parte del trazado de la antigua muralla islámica, así como rellenos inferiores de época protohistórica, entre los que se cuentan fragmentos de cerámicas de tipo turdetana, entre restos de incendio y adobes que corresponderían a un momento de destrucción del hábitat cuya cronología no se precisa.

El derrumbe de un lienzo de muralla del castillo de Estepa lleva a la intervención en los meses de octubre y diciembre de 1997 en esta zona arqueológica (Juárez, Cáceres y Moreno 1997). Así se realiza un sondeo estratigráfico en la zona central del tramo destruido, denominado Corte A, que tenía una anchura inicial de 3 m, que posteriormente se amplió, siendo la superficie excavada al final de 4 m de ancho por 8 de largo. En esta zona se comprobó la superposición de estructuras, lo que es indicativo de una ocupación continuada desde una fase de Bronce Final precolonial, aunque no se ha documentado la existencia de estructuras constructivas de dicha época. En la Fase II aparecieron restos constructivos de un edificio, fechado a finales del siglo VIII y principios del VII a.C. Tras su destrucción se le superpone otra construcción, la Fase III, que por los materiales cerámicos se ha fechado en el segundo cuarto del siglo VII a.C. La Fase IV de transición, corresponde a una obra

de nivelación, que se fecha a mediados del siglo VII a.C. La Fase V corresponde a una muralla de casamatas de época tartésica, de mediados del siglo VII a. C. En la última fase de ocupación tartésica, (VI), aparecieron restos de una vivienda que se fechó en la primera mitad del siglo VI a.C. con base en la cerámica que se le asocia.

En el año 1998 se lleva a cabo una excavación de urgencia en la ladera Norte del Cerro de San Cristóbal, a raíz de las obras de preparación el terreno para la construcción de vías férreas, en una zona, próxima al yacimiento arqueológico, en donde, según la historiografía tradicional se ubicaría la puerta de la antigua villa en época medieval. En estos trabajos no se documentaron restos de época protohistórica (Cáceres Misa y Moreno Alonso 1998).

#### **III.2.4. El piedemonte de Sierra Morena**

##### **III.2.4.1. Mesa de Setefilla (Lora del Río)**

El término municipal de Lora del Río se encuentra en el norte de la provincia de Sevilla, limitando con la de Córdoba. Se trata de una zona que participa de las características geológicas de las estribaciones meridionales de Sierra Morena y que presenta un relieve de pequeñas elevaciones o “mesas” alargadas, formadas por materiales calizos terciarios.

El yacimiento más importante del término es el de la Mesa de Setefilla, que se localiza a pocos kilómetros al noreste de Lora del Río, en un emplazamiento estratégico, a más de 200 m de altitud, sobre un cerro escarpado y prácticamente inaccesible, desde donde se controlan visualmente las tierras bajas y fértiles del valle del Guadalquivir, así como las vías de comunicación. Setefilla se encuentra en el margen derecho del río Guadalquivir, a unos 5 km de distancia del mismo, en una zona resguardada de las inundaciones pero al mismo tiempo próxima al curso fluvial. Sabemos, por las fuentes escritas y arqueológicas, de la importancia que tuvo la ganadería para el economía de esta zona en época orientalizante (Belén y Escacena 1996: 80). Los resultados de los estudios biogeográficos realizados en este yacimiento y tierras aledañas apuntan a la existencia de bosques de carrascas y alcornoques (Aubet, Carulla y Ferres 1985: 48), que constituirían un medio idóneo para la cría del ganado.

Esta región cuenta además con abundantes recursos mineros (cobre, plata, plomo, etc.) que fueron explotados en época protohistórica.

En época protohistórica el asentamiento estaba protegido por una muralla construida con bloques ciclópeos que cierra todo el *tell*, lo que ha llevado a plantear el desarrollo de actividades económicas importantes (Escacena 1987a: 290). No existe acuerdo entre los investigadores acerca de la cronología del poblamiento de Setefilla, de modo que se han venido planteando diferentes propuestas a partir del estudio de las cerámicas. De forma general se viene aceptando una ocupación desde el III milenio a.C. hasta el siglo V a.C.; a partir de entonces se produciría un vacío ocupacional que perdurará hasta el siglo XI.

### **La documentación arqueológica**

En los años 1926 y 1927 se realizaron dos breves campañas de excavación por George Bonsor y Raymond Thouvenot en la zona de la necrópolis, cuyos resultados fueron publicados parcialmente (Bonsor y Thouvenot 1928). Años después, en 1973 y 1975, se ejecutaron nuevas campañas de excavación que pusieron al descubierto la importancia de dicha necrópolis, además de restos que parecían corresponder a la zona de poblado.

En el año 1975 se realizan varios sondeos estratigráficos en los cerros próximos a la necrópolis, para intentar localizar el hábitat protohistórico correspondiente. En la Mesa de Setefilla se practicaron tres cortes, A, B y C, en uno de los cuales se obtuvieron evidencias suficientes para identificar el núcleo de población.

Al año siguiente se lleva a cabo la primera campaña de excavación en el denominado Corte 1 bajo la dirección de M<sup>a</sup> E. Aubet. En él se obtuvo una secuencia estratigráfica que mostraba una ocupación ininterrumpida de la zona desde al menos el siglo VII a los siglos VI-III a.C. Bajo los estratos medievales aparecieron restos constructivos de época turdetana (Estrato III) consistentes en una capa de adobes sobre un pavimento de arcilla batida de color rojizo, fechados hacia el siglo V a.C. por los restos cerámicos con los que se asociaban. La aparición de una gran construcción de piedra, que parecía corresponder a parte de una primitiva muralla, datada con anterioridad al siglo VII a.C., impidió alcanzar los niveles de base.

En el año 1979, en los meses de mayo y junio, se emprendió una nueva campaña de excavación. Se abrieron dos nuevos cortes estratigráficos en el interior del recinto defensivo medieval (Aubet *et alii* 1983). Con el Corte 2, situado a unos 4 metros del Corte 1 y con unas dimensiones de 5 x 5 m, se quería estudiar detenidamente la gran estructura de piedra aparecida anteriormente. El Corte 3, asimismo de 5 x 5 m de superficie, se situó en una zona central del recinto amurallado, con el objetivo de conseguir una secuencia estratigráfica lo más completa posible. En esta campaña también se decidió realizar un sondeo estratigráfico, identificado con la letra D, en el centro de la Mesa, en una zona donde se había documentado previamente la existencia de numerosos materiales arqueológicos.

En estos trabajos se comprobó que los niveles medievales habían destruido en parte los estratos de época protohistórica. Para nuestra labor nos interesan los resultados obtenidos en el Corte 3, en el que se alcanzó una potencia de - 7 m de profundidad y se documentaron 15 estratos de habitación superpuestos. El Estrato III (Fase V), conservado solo en el Corte 3, es el más reciente de los prerromanos y se fecha a finales del siglo V a.C. por el hallazgo de cerámicas áticas de barniz negro. La naturaleza arcillosa de este estrato, posiblemente producto de la descomposición de adobes y/o tapial, indican un potente nivel de habitación según los excavadores (Aubet *et alii* 1983: 31). Los escasos restos constructivos conservados, en muy mal estado, corresponden a una serie de adobes y parte de un muro de piedra en el extremo oriental del corte. Se observa la existencia de una capa de cenizas y adobes quemados en la base de los muros de este estrato.

El Estrato IV (Fase V), fechado a principios del siglo V a.C. también está compuesto por un potente estrato de adobes, de unos 0,80 m de potencia, formado por arcillas anaranjadas. En este caso no se han conservado restos constructivos, salvo lo que parece ser un pavimento de arcilla, apisonada, de color amarillento, que presenta una cierta inclinación hacia el suroeste.

En cuanto al Estrato V resulta difícil de fechar por las exiguas dimensiones del espacio excavado y porque los materiales cerámicos no resultan significativos al respecto. Con todo, se ha datado, de forma general, con anterioridad al siglo V a.C. El Estrato V estaría formado según los excavadores (Aubet *et alii* 1983: 31) por dos niveles de habitación superpuestos. En el superior o Va, de unos 13 cm de

potencia, se exhumó un pavimento de arcilla batida de color blanco-amarillento, muy irregular y delgado, sobre el que se hallaron restos de hogares, carbones y huesos. En el nivel inferior o Vb, de 10 cm de potencia, aparecieron también restos de un fino pavimento de tierra batida de color amarillo, que se extendió tras rellenar y nivelar el terreno sobre construcciones anteriores (Aubet *et alii* 1983: 37).

El Estrato VI, de unos 40 cm de potencia, está formado por tierra arcillosa de color anaranjado, más suelta que en los estratos superiores. En esta capa se registraron restos constructivos de gran envergadura y calidad técnica. Se trata de un muro de 150 cm de anchura media, orientado oeste-sureste, y construido con grandes sillares de piedra, concretamente greda, perfectamente escuadrados. Este muro descansa directamente sobre un pavimento de tierra batida de color amarillento, similar a los documentados en los estratos superiores. Por debajo de este pavimento aparecieron restos de otra gran construcción de piedra (Estrato VII).

A la Fase IV, que incluye los estratos V y VI, se le ha otorgado una cronología de hacia la segunda mitad del siglo VI a.C. Correspondería a una fase de transición entre “el Orientalizante final y el comienzo del mundo ibérico” según Escacena (1987a: 289), de acuerdo con los paralelos de su registro cerámico con el del estrato III de Carmona, fechado a finales del siglo VI a.C. aproximadamente.

La Fase III (Estratos XI- VII) se ha definido como Orientalizante, con una cronología de la primera mitad del siglo VII a. C. a principios del siglo VI a.C. En estas capas orientalizantes se documentaron restos constructivos, de grandes dimensiones, que han sido interpretados por los excavadores como correspondientes a un edificio público, posiblemente un recinto palaciego o religioso (Aubet *et alii* 1983: 38).

A continuación resumimos en una tabla los elementos constructivos más importantes:

<b>A ñ o</b>	<b>Localización</b>	<b>Publicación</b>	<b>Restos constructivos</b>	<b>Cronología inicial</b>
1 9 7 6	Corte 1	Aubet <i>et alii</i> 1983	<b>Estrato III:</b> adobes sobre un pavimento de arcilla batida de color rojizo.	s. V a.C.

1 9 7 9	Corte 3	Aubet <i>et alii</i> 1983	<p><b>Estrato III:</b> serie de adobes en muy mal estado de conservación y parte de un muro de piedra.</p> <p><b>Estrato IV:</b> restos de adobes anaranjados, de unos 80 cm de potencia. Pavimento de arcilla apisonada, de color amarillento.</p> <p><b>Estrato V:</b> pavimentos de arcilla batida de color amarillento, muy irregular y delgado.</p> <p><b>Estrato VI:</b> gran muro, orientación oeste-sureste, construido con grandes sillares de piedra (greda) escuadrados. Anchura: 1,50 m. Pavimento de tierra batida de color amarillento.</p>	<p>c.s. V a.C.</p> <p>p.s. V a.C.</p> <p>f.s. VI a.C.</p>
------------------	---------	------------------------------	---	---

Tabla 9: Cuadro-resumen de las intervenciones arqueológicas con restos constructivos turdetanos en Setefilla.

Para concluir, los datos obtenidos en los diferentes trabajos arqueológicos desarrollados en Setefilla parecen indicar que el abandono temporal del poblado se produjo a finales del siglo V a.C. (Aubet *et alii* 1983: 108).

### III.3. La arquitectura doméstica de época turdetana en la Bahía de Cádiz

Salvo escasas y puntuales intervenciones arqueológicas, como la llevada a cabo por J. De Mata Carriazo en el Cortijo de Ébora (Sanlúcar de Barrameda) en 1959, o los trabajos arqueológicos realizados en las décadas de los 40 y 50 en el poblado de *Hasta Regia* (Mesas de Asta, Jerez de la Frontera) y posteriormente en La Algaida (Sanlúcar de Barrameda), la protohistoria en el entorno de la Bahía gaditana no ha contado con un verdadero proyecto de investigación arqueológica hasta finales de 1979, año en el que se pone en marcha el proyecto sobre “La colonización fenicia en la Bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca”, bajo la dirección de D. Ruiz Mata.

Un aspecto muy importante, a tener en cuenta en el estudio de la protohistoria gaditana en la configuración geográfica del entorno de la Bahía. El paisaje costero ha sufrido cambios importantes, por causas naturales y antrópicas, desde la antigüedad hasta hoy. El inicio del estudio de tales transformaciones se debe a la labor de Juan Gavala y Laborde (1959), a través del cual sabemos que en tiempos protohistóricos las aguas del río Guadalete llegaban hasta El Puerto de Santa María, bordeando la Sierra de San Cristóbal y los terrenos terciarios de Puerto Real. En su desembocadura se formó una bahía, más amplia que la actual, con dos islotes importantes: Cádiz y San Fernando, además de otros que hoy se encuentran sumergidos (Ruiz Mata y Pérez 1995: 17).



Figura 71: Paleodesembocaduras del Guadalquivir y del Guadalete según J. Gavala (1959, lám. II).



La descripción geográfica que recogen diferentes autores greco-romanos (Polibio, Estrabón, Plinio el Viejo) de la zona del litoral gaditano difiere mucho de la actual, y en muchos casos plantea más dudas que otra cosa. Las fuentes escritas de época romana nos hablan de una serie de islas, *Kotinoussa*, *Eritheya* y *Antípolis*, que comúnmente se identifican con la actual Cádiz, las dos primeras, y con San Fernando la última, aunque la cuestión no se da por cerrada. Esta configuración insular ha ido evolucionando a lo largo del Holoceno y a principios del I milenio a.C. los aluviones del río Guadalete, que iban cegando progresivamente la bahía, ya habían unido por un estrecho istmo las dos islas que conformaban la topografía más antigua, de acuerdo con los resultados de las más recientes investigaciones.

En el marco del llamado “Proyecto Antípolis”, cuyo objetivo era el estudio geoarqueológico de la Bahía de Cádiz, se desarrollaron, en el casco antiguo de la ciudad, una serie de actuaciones geoarqueológicas, en el año 2001, que pretendían corroborar los datos obtenidos en las perforaciones realizadas previamente en la Plaza de la Candelaria y en el solar del antiguo “Teatro Cómico” (Arteaga *et alii* 2001). En estos nuevos trabajos se obtuvo una secuencia estratigráfica bastante completa, que han aportado novedades sobre la evolución geográfica de la zona. Estas últimas fueron realizadas en mayo-abril del 2001 y dieron por resultado la obtención de una secuencia estratigráfica que ha permitido confirmar la continuidad del puerto gaditano desde tiempos fenicios (IX-VIII a. C.) hasta nuestros días, aunque todavía muy alejados de los de fines del s. XII a.C. que transmiten las fuentes para la fundación legendaria.

A partir de los datos contenidos en las fuentes escritas, básicamente en la descripción de la llegada de los tirios a las tierras peninsulares ochenta años después de la Guerra de Troya, que realiza el historiador romano del siglo I d.C. C. Velejo Patérculo (*Historiae Romanae* 1.2.3), recogida también por otros autores (Estrabón III.2.4), se propuso una fecha entre 1104/1101 a.C. para la fundación de *Gadir*. Pero esta fecha no concuerda con la documentación arqueológica, que no va más allá del siglo IX a.C., por lo que se ha planteado que este texto solo pretendía justificar la antigüedad e importancia de la ciudad de *Gades* en época romana con fines propagandísticos (Ruiz Mata 1999: 285).

Para intentar conciliar las fuentes escritas y los restos materiales se ha llegado a plantear el concepto de “precolonización”, pero este término puede resultar

impreciso y confuso. Aubet (1987: 181) ha planteado que la precolonización implicaría una serie de relaciones económicas, y comerciales por supuesto, para las que no serían necesarios los asentamientos permanentes, aunque estos contactos dejarían evidencias de la “influencia oriental” en la cultura material de las sociedades indígenas. Lo cierto es que todavía no se han corroborado esas huella materiales y se han buscado otras explicaciones a ese desfase de trescientos años entre la información contenida en las fuentes escritas y la escasez, o prácticamente inexistencia, de restos arqueológicos hasta al menos el siglo IX a.C. Así, algunos investigadores, basándose en los cambios en la línea de costa, plantean que los restos de esa antigua fundación fenicia habrían desaparecido por causas naturales, como podrían ser la erosión marina o la subida del nivel del mar, pero esta idea no se sostiene, pues tal registro material no se ha encontrado en las numerosas prospecciones subacuáticas realizadas en las costas de la Bahía gaditana (Ruiz Mata 1999: 288).



Figura 72: Intervenciones arqueológicas en la ciudad de Cádiz (García Alfonso 2010-2011: 91).

Entre los años 2006 y 2010 se realizan una serie de trabajos arqueológicos en el solar del antiguo “Teatro Cómic”, de propiedad municipal, situado en la Calle San Miguel del centro de la ciudad. En él se ha registrado, por primera vez, una secuencia estratigráfica, asociada a construcciones urbanas, que abarca desde finales del siglo IX a.C. hasta el siglo XX, con lo que se ha conseguido una visión global de la evolución urbana de esta zona de la ciudad. Se han documentado un total de diez períodos de ocupación, que van desde el Bronce Final hasta el derribo del Teatro en 1995 (Gener *et alii* 2014: 16). La fase más antigua de ocupación se

remonta a finales del siglo IX a.C.; a las etapas siguientes, ya con presencia de materiales fenicios, corresponden una serie de construcciones de carácter doméstico (Período II) y un gran edificio (Período III). Hacia mediados del siglo VI a.C. esta zona fue nuevamente reurbanizada y tras unos trabajos previos de nivelación se construyeron dos edificios, separados por un espacio abierto de tránsito. Lamentablemente solo se han conservado, al quedar afectadas por las construcciones posteriores romanas, los muros de sus fachadas, un umbral pavimentado con conchas y restos de un hogar (Blázquez Pérez 2014: 159). No tenemos información sobre si existen o no restos correspondientes a la etapa que va entre el Período IV y la fase romana, es decir, de cronología turdetana, que, por otra parte, no se conocen hasta ahora en ningún punto de la ciudad (García Alfonso 2010-2011).

Las labores arqueológicas se han intensificado también en el sector meridional de la bahía gaditana. Los trabajos realizados en el Cerro del Castillo, en el casco antiguo de la ciudad de Chiclana, han puesto en conocimiento la existencia de un nuevo enclave de población fenicia, cuya existencia se remonta al Bronce Final-Hierro I.



Figura 73: Paleogeografía y asentamientos en la Bahía de Cádiz (García Alfonso 2010-2011: 90).

A raíz de los nuevos datos aportados por las últimas excavaciones realizadas en el entorno gaditano, se refuerza cada vez más la idea, avanzada hace tiempo por Ruiz Mata, de un modelo de implantación territorial polinuclear en la Bahía de Cádiz desde época arcaica. Este modelo se correspondería con un espacio de forma triangular, cuyos vértices serían Teatro Cómico-Castillo de Doña Blanca-Templo de *Melqart* (Botto 2014: 18-19). Estos planteamientos han llevado a sugerir la conveniencia de estudiar toda la zona de Cádiz como un único yacimiento.

En los siglos VI y V a.C., la orilla de la bahía gaditana, San Fernando y Puerto Real, se consolidan como zonas productivas y de poblamiento, con la puesta en funcionamiento de factorías de salazones de pescado, que mantendrán un comercio muy activo con todo el Mediterráneo, especialmente con Roma y Grecia (Ruiz Mata 1987: 313). A inicios de la década de los ochenta, el Museo Arqueológico Municipal de El Puerto de Santa María inició una prospección intensiva en el litoral gaditano, entre los ríos Guadalete y Salado, en la que se localizaron y estudiaron una serie de pequeños núcleos, unos treinta aproximadamente, con carácter industrial. De ellos se ha excavado uno en su totalidad, el poblado de Las Redes (El Puerto de Santa María), en el que se ha distinguido en tiempos prerromanos tres fases, que abarcarían desde mediados del siglo V a.C. hasta el finales del siglo III a.C., constituyendo el momento de mayor actividad entre el 430 y 325 a.C. (Ruiz Mata 1999: 303).

En Cádiz capital se han documentado también restos de factorías en diferentes puntos de ciudad. Sería a partir de estos momentos, del siglo VI a.C. y sobre todo a partir del siglo V a.C., cuando la urbe *gadirita* va adquiriendo mayor importancia, como puerto comercial y centro exportador, y también parece que tuvo un importante papel religioso, por las referencias que tenemos a sus templos y por los hallazgos arqueológicos (Ruiz Mata y Pérez 1995: 127-128). El concepto de “*Círculo del Estrecho*” engloba a todos los territorios que quedaron bajo su influencia, directa o indirectamente.

### III.3.1. Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María)

El yacimiento de El Castillo de Doña Blanca se ubica en el extremo occidental de la Sierra de San Cristóbal, que llega a alcanzar una altura máxima de unos 124 m s.n.m., entre la costa, la Sierra y la vecina campiña. El medio natural ha cambiado mucho desde la Antigüedad, pero los estudios antracológicos realizados nos hablan de un paisaje arbóreo, con especies como el olivo (*Olea europea*) o el pino (*Pinus sp.*), entre otros y diversos tipos de plantas y arbustos (ej. *Atriplex halimus* L., *Salix sp.* o *Populus sp.*).

Se asienta sobre un montículo artificial de forma rectangular, de unos 300 por 200 metros de superficie, y unos 7 u 8 metros de relleno arqueológico. En tiempos protohistóricos se encontraría en la antigua línea de costa, junto al antiguo estuario del río Guadalete, que facilitaba la comunicación con el interior, y a una pequeña ensenada natural que fue acondicionada para utilizarla como puerto. Su situación privilegiada, con una excelente visibilidad del entorno y en la costa, pero al resguardo de los vientos de Levante, hicieron de este poblado un centro de gran importancia para el comercio, como demuestran los restos cerámicos, mayoritariamente ánforas, cuya procedencia atestigua relaciones comerciales internacionales con ciudades de la costa del Próximo Oriente y del Mediterráneo Central (Ruiz Mata 1999: 303-305).

Los trabajos arqueológicos que se han llevado a cabo en el poblado de Doña Blanca han mostrado su ocupación continuada desde la primera mitad del siglo VIII hasta mediados del siglo III a.C. Sus orígenes se vinculan a una fundación fenicia, en las laderas del cerro más próximas al curso de agua, con una ocupación en terrazas, de viviendas de plantas cuadrangulares y técnicas constructivas que responden a patrones orientales (Braemer 1982 y Díes Cusí 1994). Ruiz Mata (1999: 304) plantea que Doña Blanca en estos momentos iniciales podría haber alcanzado una extensión de casi 6 ha, con unas 500 viviendas, además de una serie de edificios y espacios públicos, productivos, etc. A partir de estos datos le calcula entre 2000 y 2500 habitantes, basándose en una media de 4 habitantes por vivienda (*Ibidem*). La vida del poblado fue muy activa durante el siglo VII a.C., gracias a sus excelentes relaciones comerciales con *Gadir*, lo que se traduce en un crecimiento de la población y en la consiguiente ampliación de la ciudad, que se

materializa en la existencia de tres fases constructivas (Ruiz Mata 1987: 301).

El asentamiento se rodeó desde los sus inicios con una sólida muralla dotada de bastiones semicirculares. Ya en época turdetana, a principios del siglo V a.C., adquiere una nueva estructura urbana y se rodea de un nuevo sistema defensivo (Ruiz Mata y Pérez 1995: 72). En estos momentos, y sobre la anterior muralla fenicia y sobre algunas viviendas, se levanta una nueva muralla del tipo de casernas. A finales del siglo IV o el s. III a.C. se construye otra cerca, esta vez *ex novo*, e igualmente de casernas, documentada en un recorrido de 240 m. Su construcción destruyó parte de las edificaciones urbanas (Ruiz Mata 1998: 202).

El hallazgo de un tesoro formado por 56 monedas cartaginesas de cobre que debieron acuñarse en la ciudad de Cartago durante la II Guerra Púnica, nos dan una fecha, *post quem* del 215-210 a.C. para el abandono del poblado (Ruiz Mata y Pérez 1995: 75-76).

### **La documentación arqueológica**

La visibilidad de los restos arqueológicos llevó a muchos estudiosos, de los siglos XVIII al XX, a interesarse por este enclave. En el año 1940 A. Schulten visitó el Castillo de Doña Blanca, acompañado por C. Pemán, en su búsqueda del antiguo Puerto de Menesteo, que aparece citado en la obra de Estrabón (III.1.9). Sus investigaciones se limitaron a trazar un plano de la antigua muralla, a partir de los restos que aparecían visibles.

Los trabajos arqueológicos en esta zona comenzaron realmente a finales de la década de los 70 del pasado siglo. En esos años se pone en marcha el proyecto “La colonización fenicia en la Bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca”, bajo la dirección de D. Ruiz Mata, en cuyo marco se realizan diversas campañas de excavación en el yacimiento.

En las dos primeras, desarrolladas en 1978 y 1981, los trabajos se localizaron en el ángulo suroeste del yacimiento, donde se realizaron unos cortes estratigráficos que alcanzaron los -9 m de profundidad, documentándose los niveles más antiguos de finales de la Edad del Cobre y en otros puntos aparecieron los primeros vestigios del sistema defensivo de los siglos V-III a.C.

En los años siguientes - 1982 y 1983 - las labores arqueológicas se centraron en el extremo sureste del poblado, donde se practicaron varios cortes que permitieron estudiar las estructuras constructivas de carácter doméstico y también las murallas de época turdetana. En esa etapa la ciudad estaba articulada en ínsulas y zonas abiertas o plazas (Ruiz Mata 1998: 186). Una de las calles documentadas tiene una anchura de 4 m y se construyó con arcilla mezclada con fragmentos de cerámica y pequeñas piedras para darle más consistencia. En otra zona del poblado se documentaron calles construidas con grandes losas que se apoyaban directamente sobre la tierra.

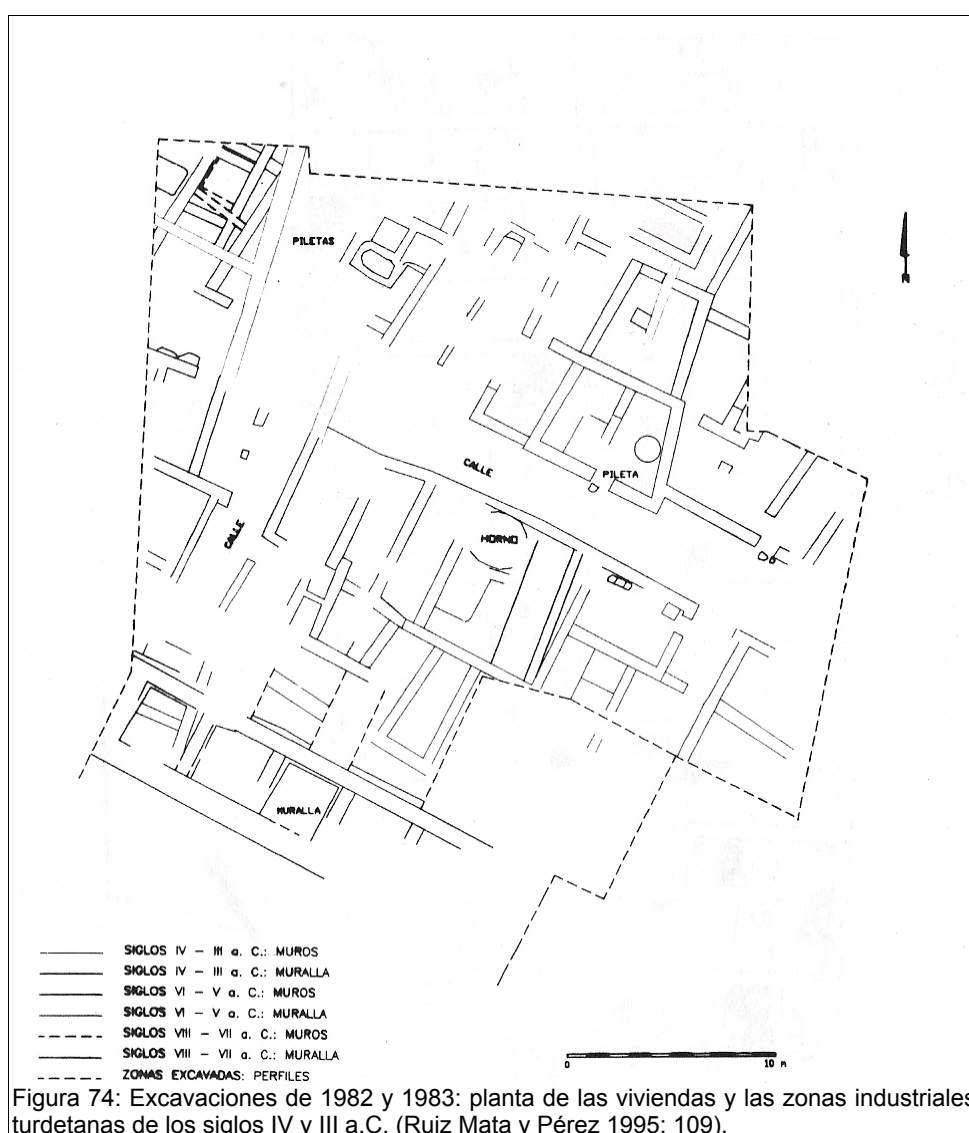


Figura 74: Excavaciones de 1982 y 1983: planta de las viviendas y las zonas industriales turdetanas de los siglos IV y III a.C. (Ruiz Mata y Pérez 1995: 109).

Tras dos campañas de excavaciones (1984 y 1985) realizadas en la necrópolis de Las Cumbres, en las que se excavó círculo funerario con 65 enterramientos coetáneos de la primera fase del asentamiento, en 1986 se volvió a trabajar en el sector sureste del hábitat, profundizándose en el conocimiento del sistema de murallas y realizándose, además, una excavación en extensión en la zona conocida como “Espigón”, donde se documentaron los primeros vestigios de viviendas del siglo VIII a.C., por lo que a esta zona se le denominó provisionalmente “barrio fenicio”. Al año siguiente, 1987, los trabajos arqueológicos se centraron en esta misma zona, dónde se exhumaron varias viviendas de tres o cuatro habitaciones cada una. Están construidas con una base de mampuestos, trabados con arcilla. Las paredes están revocadas y encaladas, y en algunos casos tienen un zócalo rojo. Los suelos suelen ser de arcilla roja, limpia y compacta, que se renueva frecuentemente, mediante capas de cal de poco grosor (Ruiz Mata 1998: 186). En el año 1991 se volvería a intervenir en esta zona, ampliando la superficie excavada.

De diciembre de 1994 a enero de 1995 se realizó una excavación con carácter de urgencia, en la ladera noroeste del cerro, dónde se documentó la existencia de un bastión de la muralla arcaica y también restos de la muralla más reciente.

A partir del análisis de las cerámicas griegas de importación y de la evolución de las formas de las cerámicas turdetanas documentadas en las diferentes campañas, Ruiz Mata (1998: 206-ss.) propone la siguiente secuenciación del proceso histórico turdetano en el Castillo de Doña Blanca:

- *Fase 1*: de transición, que abarcaría la segunda mitad del siglo VI a.C. aproximadamente.
- *Fase 2*: que iría desde mediados del siglo V a.C. hasta finales del mismo. En esta etapa se observa ya la existencia de cerámicas turdetanas. También se documentan importaciones áticas y de ánforas de vino y aceite, lo que significa el comienzo de la industria y la comercialización de las salazones de pescado, con una orientación hacia los mercados del Mediterráneo Central.
- *Fase 3*: de finales del siglo V a.C. a principios del siglo IV a.C., cuando la presencia de copas de tipo Cástulo, “vajilla delicada” y ánforas procedentes de varios puntos del Mediterráneo, son interpretados como pruebas de relaciones



comerciales con Ampurias y posiblemente con Ibiza.

- *Fase 4*: que abarcaría el segundo cuarto del siglo IV a.C., en el que la presencia de cerámicas de importación atestiguan la continuación de las relaciones comerciales con Ampurias.

- *Fase 5*: tercer cuarto del s. IV a.C. en estos momentos continúa del desarrollo agropecuario en la zona, y aparecen las primeras “villas rústicas turdetanas” (Ruiz Mata 1998: 206).

- *Fase 6*: se fecha a finales del siglo IV a.C. La vajilla griega, ahora procedente probablemente del sur de Italia, tras la ruptura comercial con Ampurias, va siendo cada vez más escasa y de menor calidad (Ruiz Mata 1998: 207). Se documentan las primeras producciones de cerámicas tipo *Kuass*, que imitan los modelos griegos.

- *Fase 7*: que abarcaría desde finales del s. IV a.C. hasta los inicios de la presencia romana en la Bahía gaditana. Debido al desarrollo de las Guerras Púnicas, los contactos comerciales con el Mediterráneo se rompen. Hay una mayor presencia de cerámicas tipos *Kuass*, fabricada en talleres locales o en el mismo Castillo de Doña Blanca.

Sea como fuere, queda fuera de toda duda la importancia, fundamentalmente económica, que tuvo el asentamiento de Doña Blanca durante época protohistórica, siendo parte esencial de lo que se entiende actualmente como Gadir (Blánquez Pérez 2014: 165). Ruiz Mata (1999: 304) planteó, incluso, que sería el Castillo de Doña Blanca, y no la ciudad de Cádiz, el lugar elegido por los fenicios para establecer su primer y más antiguo asentamiento en el extremo occidental del mundo conocido. En su opinión, los datos ofrecidos por la arqueología gaditana no se corresponden con la visión de la fundación fenicia que nos transmiten las fuentes escritas, que resultan bastante confusas y a veces incluso contradictorias. Por otra parte, la localización de *Gadir* en la actual Cádiz no se correspondería con los patrones de colonias fenicias, lo que podría deberse a que en origen su función era exclusivamente la de un establecimiento comercial, sin que pueda hablarse para esa época de una colonia de poblamiento (Ruiz Mata 1999: 309).

### **III.3.2. Las Cumbres (El Puerto de Santa María)**

El poblado industrial de “Las Cumbres” se localiza en la cima occidental de la Sierra de San Cristóbal, muy próximo al Castillo de Doña Blanca, con el que está directamente relacionado, pues se piensa que su origen está en la expansión de aquél fuera de sus murallas. Se ha comprobado su existencia desde el siglo V a.C. al III a.C., cuando se abandona al mismo tiempo que Doña Blanca, en el contexto del final de la II Guerra Púnica. No se han registrado huellas de violencia, aunque las evidencias arqueológicas parecen indicar que su abandono fue “repentino y precipitado” (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 897).

El poblado de Las Cumbres, que llegó a alcanzar una extensión de unas 3 ha (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 897), responde al tipo de “villas agrícolas” que comienzan a proliferar en época turdetana en la campiña jerezana (Blánquez Pérez 2014: 169). En este caso la actividad económica principal fue la producción de vino, como demuestran los restos constructivos de piletas y otras instalaciones necesarias para su fabricación.

#### **La documentación arqueológica**

Los primeros trabajos arqueológicos en esta zona se realizaron en el año 1985, cuando se practicó un pequeño corte estratigráfico, que puso en evidencia la importancia y magnitud de este poblado.

En el año 1991 se procedió a realizar una excavación en extensión, de una superficie de unos 1600 m<sup>2</sup>, que correspondía a la ocupación del siglo III a.C. Se documentaron unas 38 habitaciones, que corresponderían a una ínsula casi completa, limitada al norte por una calle y al sur por un espacio abierto, en el que aparecieron restos de actividades industriales.

Se trata de viviendas de planta cuadrangular, con una superficie de unos 50 ó 60 m<sup>2</sup>, que se subdividen en tres o cuatro estancias comunicadas entre sí. Se ha planteado que algunas de estas viviendas, por su amplitud y por tener pavimentos empedrados, debían disponer de una zona abierta o patio.

En cuanto a las técnicas constructivas, los muros de estas viviendas están contruidos con mampuestos de diversos tamaños, trabados con arcilla de color marrón claro o rojizo y calzados con pequeño ripios. En las esquinas y jambas, las zonas más débiles, se utilizaron sillares o sillarejos, que pueden medir hasta 55 cm. Los muros maestros tienen una anchura de unos 0,55 m, mientras que los muros medianeros, que subdividen el espacio interior, presentar un grosor de unos 0,35 m. Aunque no es lo más común, algunas de estas paredes internas son de tapial fabricado con la misma arcilla que la utilizada como aglutinante. Solo se ha documentado un murete de adobes rectangulares, trabados con cal espesa y arena, que dividía una de las habitaciones.

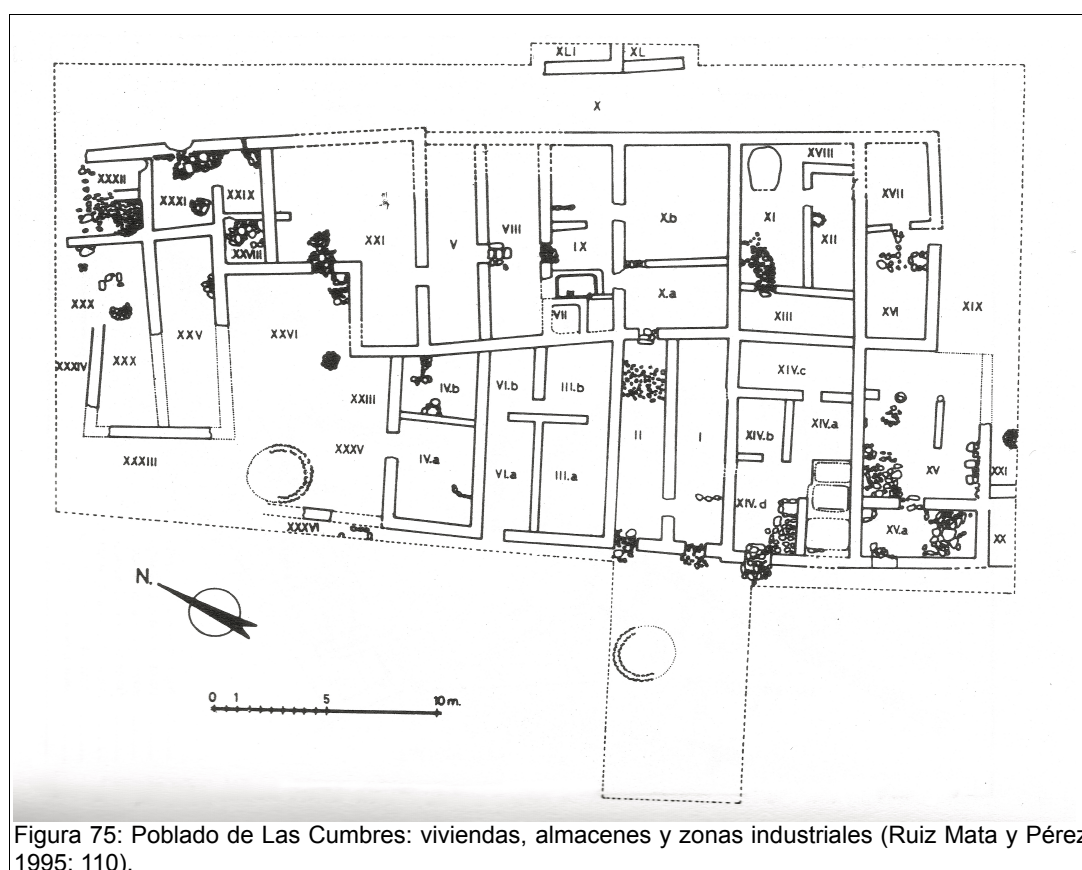


Figura 75: Poblado de Las Cumbres: viviendas, almacenes y zonas industriales (Ruiz Mata y Pérez 1995: 110).

Las puertas se suelen localizar en la esquina o en el centro del muro y en algunos casos se ha conservado *in situ* una losa plana que serviría como umbral. En uno de ellos, se advierte que una de las jambas presenta, en su cara interna, un pequeño rehundimiento, a unos 20 cm sobre el umbral, que podría haberse empleado para sujetar la traba de una puerta de madera que no se ha conservado (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 895).

La mayoría de los suelos son de tierra, en algunas zonas reforzado con fragmentos cerámicos. En algunos casos se aprovecha la misma superficie rocosa del cerro y en otros se han utilizado guijarros.

Respecto a las techumbres, no tenemos más información que la que aportan los restos de una casa incendiada, que al derrumbarse dejó sobre el suelo restos de madera, de lo que se deduce que el tejado estaría construido con una estructura lúnea sustentada sobre pilares del mismo material y recubierta por una capa vegetal más ligera (Ruiz Mata 1998: 186). En la habitación XV se halló la basa de uno de estos pilares, realizada con piedra calcarenita y desplazada de su posición original y asentada en una oquedad a modo de cimiento. Cerca de ella se halló una gran laja de piedra casi circular, que podría haberse utilizado como zapata en el extremo de un pilar o columna de madera.

También se han documentado numerosos círculos o semicírculos excavados en el suelo, en las esquinas interiores de las entradas, que se utilizarían para colocar ánforas o grandes vasos, que contendrían agua.

Una serie de estructuras, en el interior de estas viviendas, nos confirman el carácter industrial de este poblado. Se trata de dos conjuntos de piletas, que se usarían como lagares para la fabricación de vino, además de grandes estancias alargadas, que se servirían seguramente de zona de almacén (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 895).

En cuanto a los materiales cerámicos documentados en estos trabajos arqueológicos, la mayoría corresponden a ánforas, utilizadas como envases para el almacenamiento y transporte de alimentos, en este caso líquidos, que proceden de diferentes ámbitos geográficos: norte de África, Sicilia, etc. (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 896-897), y que nos hablan de un importante y frecuente tráfico comercial a través del Mar Mediterráneo.

Con esta información queda clara la importancia arqueológica de este yacimiento, con una cronología precisa del siglo III a.C., basada en los materiales cerámicos y monetales (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 895). Es incuestionable su gran valor para el conocimiento de la arquitectura de época turdetana, gracias al buen estado de conservación de los restos constructivos, lo que nos ha permitido conocer su urbanismo y detalles constructivos de gran interés.

### **III.3.3. Cerro del Castillo (Chiclana)**

El yacimiento del Cerro del Castillo se asienta sobre una elevación natural de apenas 22 m s.n.m., pero que permitía el control visual del entorno, tanto hacia el mar próximo como de las tierras del interior. En época protohistórica sobresalía de la antigua línea costera a modo de península (Bueno Serrano 2014: 225). El río Iro, navegable en el pasado, formaba en su paleodesembocadura una pequeña ensenada al pie del cerro que servía de resguardo a los barcos frente a los fuertes vientos de esta zona y permitió al asentamiento disponer de un puerto para comerciar. El río supuso una importante vía natural de comunicación y transporte con las zonas del interior.

El sitio presenta una orografía bastante irregular, con grandes desniveles en su superficie que se salvaron mediante la construcción en terrazas, como comprobaremos más adelante. Desde el punto de vista geológico el Cerro del Castillo posee un subsuelo compuesto de arenas amarillas y biocalcarenitas, de origen Plioceno, con escasa consistencia, lo que ha provocado sucesivos y continuos derrumbes de la ladera norte.

Su privilegiada ubicación y configuración geográfica explica su temprana y continua ocupación, desde época prehistórica hasta la actualidad, así como la pronta presencia de población fenicia. Las investigaciones arqueológicas apuntan una primera ocupación en el Bronce Final-Edad de Hierro. En un momento más avanzado, siglo VIII-principios del VII a.C., se comprobó la existencia de un enclave construido a la “manera oriental”, con una muralla tipo casernas y un urbanismo planificado (Bueno Serrano 2014: 205). En el siglo V a.C. el lugar continúa siendo ocupado y las construcciones se van superponiendo, lo que va a dificultar su estudio.

#### **La documentación arqueológica**

En el verano del 2006, en el transcurso de unas obras en un solar del centro histórico de la actual ciudad de Chiclana se descubrieron una serie de restos arqueológicos, que correspondían a un poblado fortificado del Bronce Final-Hierro I, desconocido hasta esos momentos.

Los trabajos arqueológicos sistemáticos comenzaron en septiembre de 2006 y finalizaron en abril de 2007. Se plantearon inicialmente dos fases de trabajo: una primera con la realización de 12 sondeos arqueológicos y una segunda que consistiría en la excavación en extensión, pero la falta de tiempo impidió finalizar el trabajo en algunas zonas del yacimiento que podrían resultar clave para la comprensión del mismo.

A partir de estos momentos se desarrollaron una serie de trabajos arqueológicos en el centro urbano para intentar conocer la extensión y características del asentamiento. En marzo de 2007 se realizó una intervención arqueológica en el solar número 2 de la calle Convento, en la que se documentaron niveles de ocupación fenicia. En agosto y septiembre de ese mismo año, se llevó a cabo un sondeo estratigráfico en el patio del Colegio Público El Castillo, situado en la zona más alta del cerro. En esta ocasión los trabajos se centraron en los niveles del Bronce Final.

En el año 2008 se realizó un sondeo, de 6 por 3 m., en la calle Ánimas, cuyo objetivo era estudiar el recorrido y técnica de la muralla fenicia cuyos restos fueron hallados a -1,50 m de profundidad. También se documentaron varios muros fenicios y púnicos y sus correspondientes pavimentos.



Figura 76: Muros del siglo V a.C. de la C/Ánimas (Bueno Serrano 2014: 235)

Desde el mes de noviembre de 2009 hasta febrero del 2010 se llevó a cabo una intervención arqueológica en una nave de propiedad municipal, situada en la cima del cerro. En estos trabajos se confirmó la extensión del hábitat y se pudieron observar varias estructuras constructivas de origen fenicio y púnico, así como, un importante nivel de época romana bajoimperial.



Figura 77: Muros del siglo V a.C. Documentados en la excavación de la Nave Municipal (Bueno Serrano 2014: 236).

Los resultados de todos estos trabajos han permitido reconstruir la secuencia cronológica e histórica del Cerro del Castillo, que resulta bastante compleja, debido a su prolongada ocupación.

El origen del asentamiento se remonta al Bronce Final- Hierro I, según se ha comprobado en las excavaciones realizadas en la C/ Ánimas y el sondeo que se practicó en el patio del Colegio Público El Castillo. Del análisis de la documentación arqueológica se desprende que la primera implantación poblacional solo se extendía por la parte más elevada del cerro y posiblemente por la ladera media del mismo, descendiendo hasta las orillas del río Iro (Bueno Serrano 2014: 229).

Hacia el siglo VIII a.C. el asentamiento se reorganiza y se crea una nueva ciudad fortificada, mediante un muralla de casernas, con un planteamiento urbanístico claro, con las primeras habitaciones documentadas adosadas a la muralla y con pavimentos de arcilla rojiza (Bueno Serrano y Cerpa Niño 2008: 173-174). En este primer asentamiento de tipo oriental ya se observa que el trazado de los muros se realiza siguiendo la orientación noroeste-sureste/noreste-suroeste, algo que se repite en las siguientes fases, por lo que en muchos casos nos encontramos con muros y pavimentos superpuestos (*Ibidem*). En la mayoría de los casos estudiados los restos de las viviendas antiguas se utilizan como cimientos para las nuevas construcciones. Durante esta primera fase, que podemos fechar desde el 775 a.C. hasta finales del siglo VIII a.C., se produciría una convivencia entre población autóctona y fenicia (Bueno Serrano y Cerpa Niño 2008: 173, Bueno Serrano 2014: 249).

Gran parte de los restos constructivos de época fenicia se han visto afectados por la ocupación constante del cerro en todas las épocas. Se puede observar incluso el desmonte de algunas zonas de la muralla, para la extracción de piedras que se reutilizan en otras construcciones.

La tercera fase de ocupación correspondería a finales del siglo VII y VI a.C., cuando se produce una expansión de la ciudad, debido a un posible aumento de población o por un cambio en la distribución del espacio, que supera los límites de la muralla y se extiende, en dirección noroeste y sureste, por las laderas del cerro (Bueno Serrano 2014: 249). En estos momentos se realizan reformas en la muralla y la construcción de nuevas edificaciones, con estancias rectangulares y pavimentos de arcilla color ocre con nódulos de barro anaranjados. Las viviendas se adaptan a la topografía y se construyen las estancias a diferentes niveles.

A la cuarta fase de ocupación, fechada a finales del siglo VI y siglo V a.C., corresponden los restos constructivos de las excavaciones de la calle Ánimas y de la Nave Municipal, cuyo alzado se ha conservado en parte. Son muros de buena factura, contruidos con mampuestos de mediano tamaño, trabados con arcilla (Bueno Serrano 2014: 229).

Las estructuras murarias documentadas en las diferentes excavaciones arqueológicas realizadas en el Cerro del Castillo no presentan cimentación. A veces, tienen simplemente una hilera de piedras enterrada, sobre la que se levantaba un zócalo de mampostería que se recrecía con un alzado de adobes. El derrumbe de las paredes de barro generó depósitos de arcilla y, en ocasiones, de cal, sobre los pavimentos de las habitaciones (Bueno Serrano 2014: 232).

Los muros de la fase IV, de cronología turdetana, son más anchos, presentan unas medidas entre 0,55 y 0,77 m de grosor. En la excavación de la Nave Municipal se documentó un muro de 0,70 m de ancho, una longitud excavada de 3,10 m. y una altura conservada de 0,85 m. Tan considerables medidas han llevado a plantear la posibilidad de que perteneciera a un edificio de cierta importancia (Bueno Serrano 2014: 229)





Figura 78: Muros del siglo V a.C. documentados en la excavación de la Nave Municipal (Bueno Serrano 2014: 236).

En esta etapa los muros presentan mayor distancia entre sí, creando amplios espacios que hacen pensar en edificios de carácter público. Se han identificado también espacios abiertos que se interpretan como zonas comunes o de esparcimiento. En la excavación de la Nave municipal se ha documentado la existencia de un gran espacio, de 5,10 por 3,20 m., la Estancia Q, en la que no aparece ningún tipo de estructura. En los diferentes niveles estratigráficos superpuestos se han registrado un gran número de fragmentos de ánforas, por lo que se ha interpretado como el patio de una vivienda o un posible almacén (Bueno Serrano 2014: 234).

En estos trabajos se ha podido documentar una secuencia estratigráfica con diferentes niveles de ocupación, aunque las fases más antiguas resultan difíciles de diferenciar debido a la intensa actividad constructiva a través de los siglos, lo que complica la lectura de la secuencia cultural y cronológica. Las fechas establecidas para el poblado del Cerro del Castillo llevan a sus excavadores a plantear la hipótesis de que se tratara de uno de los primeros asentamientos fenicios, con carácter plenamente urbano, en la Bahía de Cádiz (Bueno Serrano 2014: 249). La existencia de una muralla desde los primeros momentos de la presencia fenicia nos habla de una cierta necesidad de protección de este asentamiento, como enclave comercial y portuario (*Ibidem*).

A partir del análisis de los materiales arqueológicos documentados en el interior de las dependencias, en su mayoría cerámicas de uso doméstico, junto a algunas pesas y fusayolas de telar, restos óseos y malacológicos, etc. se ha supuesto una función doméstica de las estructuras halladas, aunque no se descarta otra posible

funcionalidad de carácter religioso, por la presencia de copas de cerámica gris o quemaperfumes, aunque esto es algo que solo podrán confirmar nuevas investigaciones (Bueno Serrano y Cerpa Niño 2008: 204, Bueno Serrano 2014: 249).

## **IV. La arquitectura doméstica de época turdetana**

### **IV.1. Materiales y técnicas constructivas**

Existe una gran diversidad de materiales que pueden ser utilizados para la construcción, pero los estudios realizados en la Península Ibérica para época prehistórica y protohistórica apuntan a que los tres más frecuentes son la piedra, la tierra y la madera, que normalmente se usan de forma combinada (Vela 2006: 349). La elección de un tipo de material constructivo u otro responde a factores complejos aunque uno de los más determinantes es sin duda la mayor disponibilidad en el entorno geográfico más próximo. Así Sánchez García (1996: 352) asegura que para que una materia prima sea utilizada en la construcción “debe ser de amplia disponibilidad, de uso fácil y de bajo coste”. La proximidad de un río supone un fácil acceso a arcillas y gravas, que serán los materiales constructivos más usados, bien en forma de adobes, tapial o cualquier otra técnica, pues además permite disponer de una fuente de agua abundante y próxima para su preparación, mientras que si un poblado se ubica en un medio montañoso, el material constructivo más común suele ser la piedra.

También debemos tener en cuenta el “coste energético” que supone una determinada materia prima, que según Maldonado *et alii* (2001: 35) se podría definir como la energía “que se precisa en los distintos procesos necesarios para llevar el material a su lugar en el edificio, desde la extracción de las materias primas hasta su manufactura y erección; incluye la energía asociada al transporte (y a la parte proporcional de la infraestructura necesaria para que éste sea posible) tanto como la parte proporcional de los equipos y maquinaria necesarios para todos esos procesos”. Asimismo, deberemos tener presente el coste energético del mantenimiento de la construcción, a corto y largo plazo.

Pero el empleo de una materia prima como material de construcción no solo responde a factores económicos; también debemos tener en cuenta otros tipos de factores: geográficos, sociales, culturales, e incluso ideológicos. Así la elección de un determinado material de construcción puede proceder de la propia tradición constructiva de una comunidad, pero en otros casos son las cuestiones estéticas

las que prevalecen (Sánchez García 1996: 349). Por supuesto, partimos de la base de la adaptabilidad de ese material constructivo al entorno geológico y climático; sin entrar en cuestiones deterministas, el clima es un factor decisivo, en la Antigüedad e incluso en la actualidad, a la hora de la elección de los materiales para la construcción y el acabado de una vivienda.

En los yacimientos arqueológicos de época turdetana se ha comprobado que los materiales empleados para la construcción de edificios domésticos suelen proceder del entorno, más o menos próximo, principalmente por razones económicas, pues esto supone un menor coste y un mayor ahorro. Esto elude también la dificultad que supone el escaso desarrollo de los medios de transporte en estos momentos (Sánchez García 1997: 222). El tiempo necesario para transportar los materiales y el volumen que se puede transportar en cada viaje, dependerán de si este es realizado por una persona o un animal, que tiene más resistencia y capacidad de carga. Un equino puede transportar unos 200 kg, aproximadamente, mientras que un humano tendría un promedio de carga mucho más bajo, unos 40 kg, y una velocidad de desplazamiento también inferior, de unos 4 km por hora (Gracia Alonso 1998: 110-111).

En el proceso de excavación a veces resulta difícil identificar ciertos materiales y estructuras constructivas, por el propio proceso de erosión y degradación, que en ocasiones supone su desaparición en el registro arqueológico (Sánchez García 1996: 349). En otros casos, son las propias limitaciones de la técnica arqueológica, sobre todo en épocas pasadas, las que han dificultado la detección de los restos constructivos.

Los restos arquitectónicos conservados de viviendas de época turdetana nos hablan de construcciones realizadas con una base o zócalo de piedra y un alzado o superestructura de tierra, en forma de adobes o en algún caso de tapial. Para las cubiertas se usaron sobre todo elementos vegetales, troncos de madera a modo de vigas para el entramado y ramas para la cubrición propiamente dicha. A continuación, realizamos un breve análisis de los materiales de uso predominante en la arquitectura de época turdetana en la región estudiada.

#### **IV.1.1. Piedra**

El uso de la piedra como material constructivo supone la existencia de canteras más o menos cercanas, además de un duro trabajo de extracción y transporte, y su posterior transformación en piezas menores, adecuadas a la construcción (Sánchez García 1996: 352).

Es un material que encontramos frecuentemente formando parte de la base de los muros de las viviendas, a modo de zócalo. Estas construcciones de piedra actuarían al mismo tiempo de cimientos y de zócalo, pues no se aprecian diferencias en los materiales ni en la técnica entre la parte que iría cubierta y la pared vista. El zócalo de piedra era indispensable para cargar las presiones y empujes del edificio, sobre todo en lugares de terreno arcilloso, garantizando una mayor solidez y perdurabilidad, a la vez que aislaba de la humedad (Escacena e Izquierdo 2001: 141- 142).

En el caso de la ciudad de Huelva el material constructivo predominante en los zócalos es la pizarra, bien trabajada en lajas, que por la propia naturaleza de la piedra es el sistema más simple, o en mampuestos. Se han hallado restos constructivos de pizarra en la mayoría de las excavaciones realizadas; así por ejemplo en la C/ Puerto en los solares 12 y 22, en la C/ Botica nº 10-12, en la C/ Fernando el Católico nº 10, en la C/ Méndez Núñez en los solares 5 y 8, en la C/ La Fuente nº 13-15 y 19-21. La pizarra es escasa en el entorno más inmediato, lo que hace necesario acarrearla desde las canteras más próximas, que estaban, como hemos visto, en Gibraleón, a unos 15-20 km, aunque su transporte podía hacerse por vía fluvial, a través del río Odiel,

El segundo tipo de piedra más utilizado en Huelva, tras la pizarra, es la caliza. Se ha constatado su empleo en el solar nº 5 de la calle Méndez Núñez, en la construcción de los muros M3 y M5. En la excavación de Plácido Bañuelos aparecieron restos constructivos realizados con calcarenita de Niebla que podía llegar hasta el puerto de Huelva a través del Tinto (Fernández Jurado y García Sanz 2001: 165).

En el yacimiento de Niebla los diferentes estructuras murarias documentadas en la Cata-8 y en la zona de El Desembarcadero presentan también un zócalo de mampostería de piedra local. Se ha comprobado el uso de calizas en la construcción del muro 24 de la Cata-8 y en los de la Plaza de la Feria nº 1.

En Tejada la Vieja se ha documentado la utilización tanto de pizarras paleozóicas procedentes del entorno, como de bloques de piedra caliza del mismo cerro en el que se asienta el poblado. En los cortes C-1/85 y C-2/85, realizados en la cara interna de la muralla, se hallaron dos muros paralelos contruidos con pizarras. Según Fernández Jurado (1986: 374), los materiales constructivos empleados en los muros de Tejada dependen en parte de la finalidad de dichas estructuras. Los “muros soportes” que delimitan manzanas y viviendas, estaban contruidos con pizarra y una técnica muy cuidada, mientras que en los que dividen internamente el espacio de las viviendas se empleó el mismo material, pero con una técnica menos cuidada, utilizando también a veces bloques calizos e incluso escorias minerales. Este planteamiento se cumple en el gran edificio hallado en A-10, en el que los muros de la estancia central están contruidos con lajas de pizarra y una técnica cuidada, mientras que los muros de las dos estancias paralelas están contruidos mayoritariamente con bloques calizos.

En el corte CA-80/A de Carmona los zócalos estaban contruidos con piedra de cantera local, bloques de calcarenita no escuadrados, aunque a veces si trabajados en parte, con una la longitud media de entre los 15 y 40 cm.

Se ha observado, en algunos casos, la utilización de piedra en puntos concretos de la construcción de tierra como refuerzo, por ejemplo, en ángulos, vanos y dinteles, así como en algunas solerías, como veremos más adelante.

Dentro de este apartado podemos incluir los guijarros o cantos rodados, material muy abundante en las terrazas fluviales, que se utiliza muchas veces en la argamasa y también en la realización de los pavimentos.

#### **IV.1.2. Tierra**

Tradicionalmente se ha venido considerando la arquitectura en tierra como de inferior categoría que la que utiliza la piedra, pero el uso de la tierra en las construcciones domésticas no es un signo de que se trate de un hábitat rudimentario o poco evolucionado, sino que va más allá de cuestiones socioeconómicas (Sánchez García 1996: 352) y, en efecto, comprobamos el

empleo de adobes y tapial tanto en casas de menor envergadura como en otras de mayores dimensiones y mayor rango. La construcción en tierra no es exclusiva del ámbito doméstico sino que también se ha utilizado en edificios singulares, con significación sagrada, como es el caso de los santuarios del Carambolo, por poner un ejemplo, y en estancias y estructuras de carácter productivo como el supuesto almacén de la C/ Puerto de Huelva. Por lo tanto la arquitectura en tierra “no marca una diferenciación o jerarquía funcional o constructiva” (Sánchez García 1999: 188).

La tierra es un material bastante común en la arquitectura doméstica protohistórica en la Península Ibérica debido a su amplia disponibilidad y bajo coste, además de las ventajas técnicas que presenta, como son la facilidad para su transporte y su sencilla manipulación. En la zona del Bajo Guadalquivir la tierra es un elemento muy abundante y se suele utilizar la tierra procedente del entorno más inmediato e incluso de las zonas. En la excavación realizada en los números 37 y 39 de la calle Merced en Écija, se documentó la existencia de una gran zanja excavada en el terreno de la que se supone que se habrían extraído arcillas y gravas para emplearlos como material de construcción en época protohistórica (Carrasco *et alii* 2010: 322).

Pese a lo que pudiera pensarse *a priori*, la arquitectura en tierra posee una gran resistencia estructural, funcional e, incluso, a los agentes meteorológicos. Las construcciones de tierra tienen la ventaja de estar bien aisladas térmicamente y de presentar una buena resistencia a la compresión, pero al mismo tiempo su uso tiene algunos inconvenientes, como su fragilidad ante la humedad (Sánchez García 1996: 352-353). El agua es el principal enemigo de la resistencia y durabilidad de la arquitectura en tierra. Las lluvias provocan que se degrade fácilmente, por lo cual es necesario recurrir a revocos que actúen como protección frente a esos agentes externos, capas protectoras que hay que reparar constantemente. Otro gran enemigo de la arquitectura en tierra es la humedad por capilaridad, que se intenta neutralizar, como ya hemos visto, con la construcción de zócalos de piedra y en algunos casos, tejados en voladizos (*Ibidem*) y sistemas de impermeabilización.

En el estudio *in situ* de los restos arqueológicos resulta muy complicado identificar e interpretar la técnica empleada en la construcción con tierra. Tradicionalmente en las excavaciones se ha prestado escasa atención a la descripción detallada,

composición incluida, de los adobes y tapiales. En la mayoría de los casos no contamos con análisis granulométricos de los mismos, por lo que desconocemos la procedencia exacta de las materias primas, una información de gran valor para estudiar la relación del yacimiento con el entorno geográfico próximo. Se echa de menos un análisis descriptivo y morfológico pormenorizado de los materiales constructivos empleados en las viviendas, para poder profundizar un poco más en el conocimiento de los mismos. Durante décadas estas carencias han sido evidentes en la bibliografía arqueológica de los yacimientos protohistóricos de la Península Ibérica, pero en la actualidad la situación es desigual según las regiones y la nuestra presenta cierto retraso en ese aspecto.

Igualmente son frecuentes los errores y la indefinición de los términos empleados para designar y describir los diferentes materiales y técnicas constructivas en tierra. Por ello se hace necesario definir qué entendemos por tierra, que para Sánchez García (1996: 351) sería “un conjunto de partículas minerales, de distinto diámetro y densidad”, que nos permiten distinguir entre grava, arena, limo y arcilla. Esto nos lleva a la necesidad de realizar análisis sedimentológicos y granulométricos de los materiales hallados en las excavaciones arqueológicas, para poder determinar la naturaleza y la proporción de cada uno de esos elementos en cada muestra, e igualmente estudiar el uso, las cantidades y tipos de estabilizantes que se han empleado (fibras vegetales, cal, etc.), para dar consistencia a la mezcla.

Hay una gran diversidad de técnicas constructivas con tierra en los alzados de los muros de las viviendas de época protohistórica: adobes, tapial, amasado<sup>32</sup>, entramado<sup>33</sup>, e incluso otras técnicas mixtas. En todas ellas la característica común es que el proceso de transformación del material es mínimo o inexistente (Maldonado *et alii* 2001: 28). No todas estas técnicas de construcción en tierra están presentes en los yacimientos turdetanos estudiados, como comprobaremos más adelante.

Pero la tierra no es solo empleada como material constructivo en la realización de los muros, pavimentos, techumbres o acabados, sino que también se emplea en la

---

32 Según Sala Sellés (2005: 123) “estructura levantada a partir de barro colocado manualmente mediante capas o pellas”.

33 “Pared realizada utilizando un entrelazado de elementos lineales leñosos y un relleno de barro” (*Ibidem*).



construcción de elementos auxiliares, como bancos, o de estructuras de combustión, sean de uso culinario (hogares y hornos) o no (hornos alfareros). Una de las grandes dificultades que encontramos en el estudio de estas construcciones es el pésimo estado de conservación de la mayoría de los elementos constructivos de barro, además de las dificultades de interpretación de muchos de los restos debido a su estado fragmentario y de conservación.

#### **IV.1.3. Madera**

El principal problema con el que nos encontramos a la hora de estudiar el uso de la madera como material constructivo es su escasa presencia en el registro arqueológico. Si tenemos suerte podremos encontrar algunos restos carbonizados o marcas sobre fragmentos de barro, que nos confirmarían su uso en la construcción.

Tenemos constancia en algunas sociedades de la utilización de la madera para realizar un entramado vertical, más o menos continuo, incluido como refuerzo en los muros contruidos con barro, aunque esta técnica no se ha observado en los yacimientos turdetanos estudiados. Sí se ha comprobado su uso en la realización de las techumbres, para los que se emplean troncos, a modo de vigas transversales a las paredes, que se entrelazan con ramas de menor envergadura y mayor flexibilidad, y que después se recubren con una capa de barro para impermeabilizarlas. En el Nivel 3 de la excavación de la Cuesta del Rosario en Sevilla, se documentaron restos de vigas carbonizadas, algunas de cierta longitud, que se ha supuesto que correspondían a las cubiertas del edificio hallado en el nivel anterior.

En las estancias de mayor tamaño estos techos apoyan sobre postes de madera, normalmente uno del que a veces se ha conservado sobre el suelo el hueco que lo alojó o la piedra o placa de barro que le sirvió de base. Se ha planteado la posibilidad del uso de la madera a modo de dintel en los vanos de algunas construcciones de yacimientos protohistóricos de la Península Ibérica (Sánchez García 1996: 352), pero no se han hallado evidencias de ello en los yacimientos turdetanos del Bajo Guadalquivir.

Suponemos que la madera utilizada en la construcción de las viviendas era la

disponible en el entorno más próximo, es decir, en los bosques de tipo mediterráneo, de pinos, encinas, chopos, etc., que había en las tierras del Bajo Guadalquivir. Caro Bellido (1995: 335) propone que para la zona de Lebrija, por su ecosistema natural, el junco sería el material más utilizado en el entramado de las techumbres.

#### **IV.1.4. Otros materiales constructivos**

Otro de los materiales constructivos de carácter secundario sería la cal, empleada a veces en la argamasa, en los revoques de los muros y también en los pavimentos. La cal también puede ser utilizada en la construcción con tapial, para estabilizar las tongadas. Su manipulación requiere unos conocimientos técnicos sencillos pero específicos, que necesitan de hornos que alcancen los 800 °C. En un primer momento se atribuyó a los fenicios la introducción del uso de la cal en la Península Ibérica, en relación con los trabajos de copelación de la plata, y por eso su presencia en el registro arqueológico se ha venido interpretando como una prueba de la presencia fenicia. Posteriormente los indígenas le darán un uso arquitectónico (Díes Cusí 2001: 88). Son de sobra conocidas las propiedades higiénicas y térmicas de la cal, que con su color blanco impide que la radiación solar caliente sobre la masa del muro. Sin embargo, el escaso número de hornos de cal documentados en territorio peninsular ha llevado a plantear que su uso no estuvo muy generalizado (Sala Sellés 2005: 133).

Otro material empleado en la elaboración de suelos, argamasas y enlucidos, es la ceniza, que mezclada con barro aporta propiedades hidrófugas e impermeabiliza. Estas características, junto a su fácil obtención y manipulación, la convierten en un recurso muy usado en época protohistórica, que muchas veces no se detecta en el registro arqueológico simplemente por deficiencias técnicas. Braemer (1982: 139) afirma que en la arquitectura doméstica de la Edad del Hierro del Levante mediterráneo, la ceniza mezclada con barro proporciona estabilidad a los suelos. En la Península Ibérica nos consta su uso en poblados protohistóricos de diferentes zonas, como es el caso de Puntals dels Llops (Valencia), donde se utiliza en la preparación de los suelos y enlucidos de barro (Bonet y Pastor 1984: 165). También se documenta la utilización de la ceniza en algunos de los yacimientos turdetanos estudiados, como en algunos de los pavimentos documentados en la excavación de

la C/ Abades nºs 41-43 (Sevilla). En el Sondeo 2 del Palacio Arzobispal de Sevilla se exhumaron una serie de muros (U.U.E.E. 114, 82 y 83) contruidos con piedra y mortero de barro y ceniza.

## **IV.2. Elementos y sistemas de construcción<sup>34</sup>**

### **IV.2.1. Acondicionamiento del terreno**

Una primera fase en cualquier obra de construcción serían los trabajos previos y preparatorios, como el acondicionamiento del terreno y su nivelación. A veces, para nivelar las zonas con grandes diferencias de altura se vierte un relleno de tierra e incluso de escombros o materiales de desecho. La primera fase de ocupación documentada en la C/ José Arpa nº 3, en Carmona, se establece directamente sobre la roca del alcor, salvo en el Corte B y parte del C donde previamente se construye una rampa, que servirá de pavimento en algunas viviendas. El sector que poseía más pendiente se acondiciona con un relleno de arcillas mezcladas con numerosos fragmentos de cerámica y sobre esta capa de relleno se realiza un pavimento de tierra apisonada. También en Carmona, en la Plazuela del Higueral 3, se documentó una especie de encachado de pequeñas lajas de piedra, que ha sido interpretado por los excavadores como una fase de preparación y nivelación del terreno (Gil, Gómez y Rodríguez 1987: 582). En el nº 51 de la calle San Teodomiro, se empleó una capa de relleno de unos 20 cm de grosor (U.E. 113) para nivelar la roca base.

### **IV.2.2. Los cimientos**

Tras la preparación del terreno se trazaría la planta de la vivienda, posiblemente mediante estacas de madera y cuerdas (Gener *et alii* 2014: 23). El siguiente paso es la realización de las cimentaciones. Se ha observado que en los yacimientos turdetanos estudiados la mayoría de los muros no tenían fosa de cimentación, simplemente una primera hilada de piedra enterrada para dar mayor solidez a la edificación. En pocos casos se ha detectado la existencia de una zanja de cimentación en la construcción de esos muros de piedra, para darles mayor consistencia y estabilidad, como en la excavación de la calle Fernando el Católico nº 10 de Huelva, donde la Estructura 2 tenía una fosa de cimentación de 0,5 m de profundidad.

En las excavaciones realizadas en la ciudad de Carmona se han documentado

---

<sup>34</sup> En este apartado seguiremos el orden propuesto por Bonet y Pastor (1984: 169) en su estudio del poblado ibérico de Puntal dels Llops (Olocau, Valencia), que se basa en el “orden natural” de la ejecución en la obra.

varios ejemplos de muros con zanjas de cimentación. En la Plazuela del Higueral nº 3, el Muro 3/A tenía una gran zanja de cimentación, de unos 50 cm de anchura y una profundidad de casi un metro, rellena de tierra alberiza. En esta misma excavación el denominado Muro 4 poseía una zanja de cimentación, de unos 15-20 cm de anchura y -0,70 m de profundidad, que se relleno de arcillas rojizas. En el solar nº 51 de la calle San Teodomiro, la U.E. 116 tenía una fosa de cimentación (116a) excavada en la roca madre. En la calle Diego Navarro nº 38 el muro U.E. 52 tenía una zanja de cimentación (U.E. 53) de un metro de ancho.

#### **IV.2.3. Los muros**

La siguiente fase a tener en cuenta es el alzado de estos muros, en la que estudiaremos la fábrica empleada en su construcción, con los materiales constructivos ya estudiados. En el caso de la piedra, si son sillares, mampuestos, etc., en el caso de la construcción en tierra, si se emplea la técnica del tapial, adobe, etc. También estudiaremos el tipo de aparejo utilizado y el sistema de unión entre las piezas.

##### **IV.2.3.1. La construcción en piedra**

En el caso de la piedra, los bloques de caliza o calcarenita se emplean generalmente con una técnica poco cuidada, en mampuestos poco o nada trabajados, dejando incluso huecos entre ellos, como en el Muro 2 de Puerto 12 y M-1 y M-2 de Puerto nº 22 en Huelva. En otros casos tienen un aspecto y una técnica más cuidada, utilizándose bloques de piedra trabajados, al menos en las caras vistas, y los huecos entre ellos se rellenan con pequeñas piedras y ripios, como, por ejemplo, en los muros 3 y 4 de la calle Puerto nº 12 en Huelva y en el muro 24 de la Cata-8 de Niebla. A veces se reservan las piedras de mayor tamaño y mejor trabajadas para lugares concretos, como pueden ser las esquinas, como en el caso de los muros 21 y 22 de la Cata-8 de Niebla, que formaban un ángulo recto. No se observa el uso de sillería en las construcciones domésticas, sino que esta estaría reservada a obras de mayor envergadura y/o de carácter defensivo, como las murallas. Contamos con un ejemplo singular de un gran muro construido con piedras, documentado en el yacimiento de Vico, en el que se utilizó un único sillar de grandes dimensiones (100 x 55 x 25 cm).

Generalmente los mampuestos o bloques de piedra se colocan en posición horizontal, aunque hay algunos casos, sobre todo cuando se trata de lajas de pizarra, que van colocados en vertical. En Huelva, en la excavación de la C/ La Fuente 19-21, el M-6 estaba construido con grandes lajas de pizarra apoyadas sobre otras más pequeñas, la primera sobre un refuerzo o pie de amigo de lajas verticales. También se han documentado otros casos más singulares, como el muro U.E. 82 del Palacio Arzobispal de Sevilla, que estaba construido con mampuestos de calcarenita colocados en forma de espiga.

A veces se observa una ordenación por hiladas y una elección deliberada del tamaño de las piedras, utilizando, por ejemplo, las de mayor tamaño en las hiladas inferiores, con el fin de dar mayor solidez a la construcción, como se observa en el muro M-4 de la calle Puerto nº 22, en Huelva.

Estos mampuestos o bloques de piedra a veces van en seco, aunque se piensa que normalmente estarían trabados con argamasa o barro, para dar mayor consistencia y solidez a la obra. Se han hallado restos de argamasa en los muros del yacimiento andevaleño de El Cerquillo, o en Huelva capital, en la calle Puerto nº 22 (muros M-1 y M-2) y en la calle Méndez Núñez nºs 7-13 (muros M-1, M-2 y M-3). En Niebla, en la Cata-8, los mampuestos del muro 27 estaban trabados con barro de color rojo. En Carmona, los muros 2 y 103 de la excavación de la C/Juan Ortega nº 24 estaban trabados con arcilla. En otros muchos casos los excavadores solo recogen que se utilizó un mortero de tierra, como en Écija en los muros de la C/ Alcázar 38 y San Bartolomé 3. Aunque en la mayoría de los casos no se han conservado restos de mortero, esto no significa que no se utilizara, simplemente que no se apreciaba claramente en el registro arqueológico en el momento de la excavación, por lo que sería necesario revisar aquellas construcciones que hace años se describían como piedras trabadas en seco (Sánchez García 1996: 354).

A veces, junto a la piedra, se observa el empleo esporádico de elementos menos corrientes como materiales de construcción. En algunos casos se utilizan cantos de río, como por ejemplo, en Huelva, en la calle Puerto nº 29, en las estructuras fechadas de la primera mitad del siglo VI a.C. en las que además se emplea algún que otro bloque de margas fosilizadas. También se usaron, junto con mampuestos de calcarenita, cantos rodados de cuarcita en la construcción del muro nº 27 de la Cata-8 de Niebla. Hemos documentado la utilización de bloques de escorias como material constructivo en Huelva, en el solar nº 5 de la calle Méndez Núñez (M-3), en la Plaza de Quintero Báez y en la calle Méndez Núñez nºs 7-13 (M-1, M-2 y M-3).

También hay que señalar la reutilización de una piedra de molino circular en la construcción del muro nº 26, de la Cata-8 de Niebla, que debido a su forma sobresalía un poco del perfil del muro.

No podemos precisar la altura de estos muros o zócalos de piedra, pues generalmente no se ha conservado su alzado completo, sino que solo contamos con algunas de las hiladas inferiores. En algunos casos en los que se aprecia el arranque de la superestructura de adobes, comprobamos que estos zócalos solían tener una considerable altura, generalmente más de un metro, lo que daba estabilidad a la estructura. En Niebla, en la Plaza de la Feria, los zócalos de caliza tenían una altura de entre 0,80 y 0,90 m. En la excavación de la C/ Puerto nº 12, en Huelva, los muros M-5, M-6 y M-7 conservaban una altura de entre 0,90 y 1,10 m. Se ha planteado que los zócalos de mayor altura podrían ser indicativos de edificios dotados de una segunda planta, cuestión que abordamos en otro apartado de este trabajo.

En cuanto a la anchura de estos muros de piedra, sus medidas suelen variar mucho, dependiendo de la entidad de la construcción. En Huelva el ancho de los muros oscila entre los 40 y 60 cm. En la excavación de la calle Méndez Núñez nº 5, en el sector norte, se exhumó un muro (M1) construido con pequeñas lajas de pizarra, que tenía una anchura de unos 40 cm. En el solar nº 22 de la calle Puerto, los muros M1, M-2 y M-4 presentaban entre 45 y 50 cm. En la excavación de la calle Méndez Núñez 7-13 la anchura media de los muros M-1, M-2 y M-3 era de unos 58 cm. En Niebla, en la Cata-8, los muros 18 y 21, con unos 70 cm, eran los más anchos, mientras que el muro nº 28 tenía unos 50 cm y el muro 27 unos 40 cm. En Tejada la Vieja los muros suelen medir entre los 40 y 60 cm de ancho, aunque la tendencia general es que no superen los 50 cm. En Cádiz, en el Cerro del Castillo el ancho oscila entre 55 y 77 cm.

Dimensiones parecidas encontramos en las diferentes construcciones documentadas en la provincia de Sevilla. En el *oppidum* de Alhonor (López Palomo 1979), los muros poseen una anchura media de unos 60 cm. En Carmona, en la C/ Costanilla Torre del Oro (Cardenete *et alii* 1989), en la última fase constructiva documentada, los muros de adobe tenían unos 40 cm de anchura y los de mampostería unos 50 cm. En el yacimiento del Cerro Macareno, los muros exhumados en el Corte F tenían 55 cm de ancho (Martín de la Cruz 1976). En la

excavación realizada en la C/ Argote de Molina, en Sevilla capital, se registraron muros de un grosor de unos 40 cm, y en la calle San Isidoro de entre 44-64 cm (Campos Carrasco 1985; 1986). En las diferentes excavaciones realizadas en Écija los muros de época turdetana tienen una media de 58 cm de ancho.

Esta uniformidad en el grosor de los muros ha llevado a algunos investigadores a proponer la utilización de un canon de medidas o *codo* de unos 55 cm, por influencia de los colonos fenicios (Belén y Escacena 1993: 153), que a su vez lo adoptaron de los caldeos y lo difundieron por el Mediterráneo Occidental<sup>35</sup>.

Por supuesto existen algunos casos excepcionales de muros con una anchura superior, como el Muro 3 de Vico, construido en piedra, de 112 cm de ancho. En la Mesa de Setefilla se documentó un muro realizado con sillares de piedra de 150 cm de anchura. En el caso de las medidas excesivamente delgadas de algunos muros, como por ejemplo el U.E. 28 de la C/ Diego Navarro de Carmona, con 28 cm o el M4 de Méndez Núñez 7-13 de Huelva, con solo 30 cm, se podría deber a una pérdida de parte de la superficie del muro o bien a una funcionalidad diferente de estos muros.

En muchos de los yacimientos estudiados se ha planteado que las paredes de mayor grosor, que alcanzan a veces más de 70 cm, serían los muros maestros. Estos también actúan como muros de carga y normalmente como muros perimetrales, delimitando el espacio de la vivienda. En cambio, las de menor anchura (30-35 cm), serían las paredes medianeras, que dividían internamente las viviendas. En el poblado de Las Cumbres, los excavadores señalan que los muros de 55 cm de grosor corresponderían a los muros maestros mientras que los más estrechos, de unos 35 cm, serían los divisorios.

#### **IV.2.3.2. La construcción con tierra**

En cuanto a la edificación en tierra, en los poblados turdetanos observamos dos técnicas constructivas más usuales: el adobe y el tapial, siendo la primera la más utilizada.

---

<sup>35</sup> Esta misma medida se repite frecuentemente en los edificios de época prerromana en ciudades del norte de África como Mogador o Volúbilis, Jodin (1975: 73) considera que los fenicios adoptaron estas medidas del codo real de los caldeos, algo menor (0,50 m), y lo difundieron por las colonias occidentales.



### a. El adobe

Los adobes son piezas de forma prismática, cuadrangulares o rectangulares normalmente, de dimensiones variables, que se fabrican con una mezcla de tierra, de distinta granulometría, agua y otras sustancias estabilizantes, vegetales o minerales, que le aportan mayor cohesión. Esta masa se introduce en unos moldes o adoberas formados por cuatro tablas sin fondo, con lo que se consigue una producción en serie. La altura de los adobes suele ser reducida, para que sea más fácil desmoldar la pieza (Sánchez García 1997: 224). Una vez rellenos, los moldes se dejan secar al sol, sobre una superficie llana y limpia, en la que se solía extender una capa de arena o paja, para aislar la mezcla del suelo y para evitar su adherencia y poder darle la vuelta con mayor facilidad (Sánchez García 1999: 173). El tiempo de secado dependerá del tamaño del molde y del clima del lugar, pudiendo ser de unos días o incluso semanas (Sánchez García 1996: 351), preferiblemente en las estaciones secas. El arquitecto y tratadista romano Vitrubio dedica un capítulo completo de su obra *De Architectura* (III, 3) a los adobes, y recomienda que se sequen mejor en primavera que en verano, pues con las altas temperaturas del verano los adobes se secan muy deprisa y se cuartean. A veces, antes de su completo secado, cuando los adobes estaban en estado plástico, se solían hacer unas marcas o improntas digitales, para facilitar la adherencia de los mismos al mortero de trabazón (Sánchez García 1999:174).

El color de los adobes depende del tipo de arcilla que se emplee para su elaboración. En los ejemplares documentados en los yacimientos estudiados hemos comprobado la existencia de una amplia gama de colores (amarillos, rojizos, verdosos y grises).

Para la fabricación de los adobes se necesita agua en abundancia, pues esta supone un 15% de su volumen (Gracia Alonso 1998: 110), por lo que se solían fabricar en lugares cercanos a una corriente de agua. Por lo tanto, también debemos estudiar las fuentes de agua más cercanas, la distancia y su transporte, que seguramente se realizaría con odres (*Ibidem*), como aparece recogido en las fuentes clásicas. También era conveniente contar con una superficie de terreno llano para poner las piezas a secar (Maldonado *et alii* 2001: 29). El lugar de procedencia de la tierra suele estar próximo al lugar de construcción, e incluso allí

mismo, pues se aprovecha la tierra extraída en la excavación de los trabajos previos. Sin embargo, para saber con seguridad el origen de la tierra empleada en su elaboración, sería necesario un estudio de la composición sedimentológica y granulometría de los adobes (Sánchez García 1997).

Una de las ventajas de este material de construcción es que una demanda muy pequeña, por ejemplo los adobes necesarios en la construcción de una vivienda, puede ser satisfecha en el mismo lugar, de modo manual (Maldonado *et alii* 2001: 29). Eso permite ir construyendo la base del edificio mientras se espera que sequen.

Otro aspecto a tener en cuenta es el tiempo empleado en la elaboración de los adobes. Según estudios etnográficos realizados y los datos obtenidos en los estudios de Chazelles-Gazzal en tierras galas, recogidos por Gracia Alonso (1998: 105), un obrero especializado podría fabricar en cuatro jornadas los adobes necesarios para construir una unidad de habitación. En este punto debemos detenernos a definir qué intervalo temporal entendemos por jornada laboral en el mundo protohistórico, en una época en que las horas de trabajo vendrían determinadas por la existencia o no de luz natural. Para ello Gracia Alonso (1998:110) plantea el aprovechamiento de horas por día según la época del año, que serían de 8 para el invierno y unas 11 para verano.

Por otro lado, debemos considerar la existencia o no de obreros especializados y lo que esto supondría para la comunidad. Se trataría de personas dedicadas exclusivamente a la construcción, que poseen los conocimientos teóricos y prácticos para llevar a cabo esa labor. Por lo tanto, son individuos que no se dedican a otras tareas productivas, como por ejemplo la producción de alimentos, y que por lo tanto supone una organización social muy desarrollada. Pero también en el trabajo edilicio podrían participar personas no especializadas, que realizarían tareas que no necesitaría ningún conocimiento especializado, como por ejemplo la obtención y transporte de los materiales de construcción (piedra, barro, madera, etc.).

La debilidad de los adobes ante factores externos, como el agua, llevó a la búsqueda de soluciones mediante procedimientos que mejoraran las características

naturales de los mismos, buscando mayor resistencia, conductividad térmica, impermeabilidad, etc. Es así como aparece la utilización de estabilizantes, que son sustancias, de origen vegetal, mineral e incluso animal, que se añaden a la mezcla de la tierra para, como su propio nombre indica, aportarle mayor estabilidad y firmeza. Los estabilizantes más comunes durante la época protohistórica en la Península Ibérica son las fibras vegetales, debido a su abundancia, fácil tratamiento y eficacia (Sánchez García 1997: 224), pero estas presentan el inconveniente de facilitar un mayor riesgo de incendio y también de putrefacción, pues incrementan la absorción de agua. A veces se utilizan conjuntamente estabilizantes minerales, como la grava o la arena, como por ejemplo en la fabricación de los adobes de los muros 18 y 21 de la Cata-8 de Niebla, en los que se utilizó barro mezclado con gravilla y elementos vegetales. Los estabilizantes minerales de fracción más gruesa, como la grava o la arena, proporcionan resistencia a la mezcla, mientras que los más finos, como el limo y la arcilla, aportan cohesión e impermeabilidad (Sánchez García 1997: 224). Por ello la proporción ideal para la realización de adobes sería aquella en la que hubiera de unos y otros, ya que se complementan, pero sin rebasar el 20 o 30 % del total (*Ibidem*).

En algunas ocasiones se ha observado la utilización de cal para la elaboración de los adobes, para lo que es necesario, además de disponer de la materia prima, dominar los hornos de altas temperaturas (800 °C). El empleo de la cal junto a la arcilla favorece la resistencia a la compresión y a las inclemencias climatológicas (Gener *et alii* 2014: 22).

En cuanto al estudio de los adobes nos encontramos con serias dificultades debido a la propia naturaleza de este material. Son productos poco duraderos, por lo que generalmente llevan una capa de enlucido que les sirve de protección y constantemente deben ser reparados. La fragilidad de la materia con la que se fabrican, unido a los factores climáticos, como la humedad, lluvias, etc., hacen que pocas piezas nos hayan llegado en buen estado y completas. También hay que tener en cuenta que cuando un muro de adobes quedaba destruido, como estos no podían ser reutilizados, como sí puede serlo la piedra, estas estructuras se rellenaban y nivelaban, para edificar de nuevo sobre ellas. A esto hay que sumarle que existe una gran dificultad a la hora de identificar esta técnica en el registro arqueológico, porque los adobes no se distinguen bien de la propia capa de tierra

que los engloba. En casos excepcionales, algunos ejemplares se han conservado prácticamente íntegros, pues se han endurecido por la acción del fuego. Por otro lado, el mal uso de la terminología en las descripciones arqueológicas, sobre todo en las más antiguas, provoca confusiones entre la técnica del tapial y los adobes. La única posibilidad cuando aparece parte de un muro de tierra para determinar si está construido con adobes es intentar definir las llagas existentes entre unos y otros, pero estas suelen estar en mal estado de conservación, por lo que resulta prácticamente imposible.

En los yacimientos de la provincia de Huelva hay evidencias claras del empleo de adobes para la construcción de los muros, pero lamentablemente no se han conservado íntegro ningún ejemplar. El alzado de los muros 18 y 21 de la Cata-8 de Niebla, se halló en un estado lamentable de conservación, pues los adobes formaban una masa compacta y fue complicado establecer sus medidas exactas, que eran de unos 20 x 23 cm aproximadamente, aunque no conocemos su grosor. En Tejada nos consta también el empleo de adobes para la construcción de los muros. Así, por ejemplo, las manchas de arcilla rojiza de la habitación L1 fueron interpretadas como adobes deshechos (Blanco y Rothenberg 1981: 250) y en L3 también se documentaron restos de posibles adobes. Igualmente en el Corte I del yacimiento de El Cerquillo se hallaron restos de adobes de color amarillo y naranja.

Mayor información sobre la forma y dimensiones de los adobes nos ofrecen otros yacimientos del Bajo Guadalquivir. En las excavaciones realizadas en Sevilla capital, en la calle Argote de Molina (Campos 1986), los ejemplares documentados tenían unas medidas de 30 x 35 y 40 x 44 cm, y en la calle San Isidoro (Campos 1985; 1986), medían 44 x 35 x 10 cm. En el yacimiento del Cerro Macareno, en el término de La Rinconada (Fernández Gómez, Chasco Vila y Oliva Alonso 1979) también se han encontrado varias piezas completas. En el Corte E se documentaron dos adobes rectangulares que medían 46,5 x 35 x 10 cm, y en el Corte F se hallaron asimismo algunos completos, con 40 x 10 cm (Estrato 6-B) y 40 x 8 cm (Estrato 5).

Como hemos visto, el tamaño de los adobes es muy variable, dependiendo del molde empleado y quizás también del ancho del zócalo construido como base. También se ha planteado que las dimensiones de los adobes estén determinadas

por la tradición, fruto de una experiencia previa (Sánchez García 1999: 174). De los datos recopilados en los yacimientos estudiados podemos extraer algunas conclusiones. La mayoría de los adobes conservados son de forma rectangular aunque también se han documentados algunos ejemplares cuadrados. En el Corte E del Cerro Macareno se halló un adobe cuadrado de 35 cm de lado y en el corte V-20 uno de 36 x 36 x 8 cm. En Carmona, en la excavación del nº 24 de la calle Juan de Ortega, se registró un adobe de color amarillo de 50 x 50 cm, y en la intervención de la calle Diego Navarro nº 38, el muro U.E. 48 estaba construido con grandes adobes amarillos cuadrados de 78 x 78 x 10 cm. En el caso de los adobes rectangulares, las medidas oscilan entre 35 y 55 cm en su lado más largo, mientras que su lado más corto no es inferior a 26 cm. El grosor de las piezas oscila en todos los casos entre los 8 y los 10 cm.

En cuanto al tipo de aparejo, la escasez de ejemplares completos de adobes conservados *in situ* hace que sea prácticamente imposible estudiar el modo en que estos se disponían. Por la misma anchura de los muros, que suele coincidir con el largo de los adobes, se cree que posiblemente se colocaran a tizón, como se ha documentado en las excavaciones del Cerro de San Juan de Coria del Río (Escacena e Izquierdo 2001: 147-148). La colocación de las piezas por su lado largo y ancho además facilita y agiliza el trabajo (Sánchez García 1997: 225). Generalmente se intenta colocar las diferentes hileras de tal manera que no coincidan las llagas de trabazón, para evitar zonas de potencial fractura (Sánchez García 1999: 174).

Resulta muy complicado determinar si los adobes estaban unidos con arcilla o simplemente superpuestos, pues en general es muy difícil detectar las llagas de la argamasa, que solía ser del mismo barro que los adobes, y por tanto con la misma textura y color. Suponemos que en la mayoría de los casos se empleó algún tipo de mortero para dar mayor solidez a la construcción. En algunos ejemplares hallados en yacimientos peninsulares, como el caso del Punta dels Llops, se observan huellas digitales o algún tipo de surco grabado en las caras, con lo que se mejoraría la adherencia del mortero (Bonet y Pastor 1984: 168).

Los adobes no solo se emplean en el alzado de los muros, sino que también son el material y técnica predominante utilizado en la construcción de la mayoría de los

bancos documentados, como, por ejemplo, en la excavación de la C/ Antonio Reverte en Alcalá del Río o el banco de la habitación H-7 de la C/ Puerto 12 de Huelva, y también en algunos hogares, como el de la C/ Juan de Ortega 24 de Carmona (U.E. 3) o el documentado en el Corte E de Cerro Macareno.

Una vez constatado el uso generalizado de los adobes en las construcciones de época protohistórica en la Península Ibérica, cabe plantearse otra cuestión, aún sin resolver, como es el origen de los mismos. Se ha planteado que fueron introducidos por los colonos orientales, quienes a su llegada a tierras peninsulares trajeron muchas innovaciones técnicas, entre ellas la construcción con adobes. Por el contrario, hay también autores que defienden que serían una invención autóctona. Según Moret (1994: 20) el adobe es una técnica simple, que necesita un mínimo equipamiento, y que puede aparecer de una manera independiente en muchos lugares y momentos distintos.

En diversos yacimientos arqueológicos de la Península se han registrado adobes en niveles del Bronce Final, como, por ejemplo, en Los Saladares (Sala Sellés 2005: 127), el Cerro del Real (Galera, Granada), el Cerro de la Virgen (Orce, Granada), La Mesa de Setefilla (Lora del Río, Sevilla) (Aubet *et alii* 1983: 121-ss.). Estos ejemplares proceden de contextos arqueológicos fechados con anterioridad a la llegada de población oriental a estas zonas y podrían respaldar la hipótesis de que los adobes serían una técnica de tradición local, aunque al ser casos excepcionales quizá pudieran responder a contactos orientales preferenciales que habrían introducido esta técnica en algunos lugares puntuales del sur peninsular. Sea como fuere, la cuestión es que es en época orientalizante cuando se produce un uso generalizado del adobe en la construcción (Moret 1994: 20).

## **b. El tapial**

Otra técnica constructiva en tierra es el tapial, que consiste en la compactación de una mezcla de tierra y agua en un encofrado móvil, realizado con tablas, que se suelen sujetar por unas agujas cuyo hueco se rellena posteriormente y suele dejar una huella a veces visible (Sánchez García 1996: 350). Aunque, por otro lado, aún no se ha demostrado que el tapial prerromano empleara necesariamente agujas en

el encofrado (Sala Sellés 2005: 124). En la mezcla de tierra no se suelen utilizar elementos vegetales, por lo que no podemos guiarnos por su presencia para identificar esta técnica durante el proceso de excavación. Podríamos afirmar que el único elemento que puede ser indicativo del uso del tapial serían las marcas de los límites de las bancadas, cuando estas son visibles en el perfil. Esta técnica necesita buenos conocimientos de carpintería; la caja de madera puede tener mayor o menor tamaño, pero normalmente su forma es rectangular. Las dimensiones pueden variar bastante, pero los expertos han planteado que la anchura mínima para garantizar su seguridad y perdurabilidad sería unos 40 cm, aproximadamente (Sánchez García 1999: 170). Conforme se va edificando y la bancada se va secando, la caja se va desplazando, horizontalmente y en altura. El tiempo de secado del tapial es más largo que en el caso de los adobes, aunque esta técnica tiene la ventaja de que necesita poca mano de obra y sin cualificar.

Es una técnica muy citada en la arquitectura prerromana, aunque resulta muy difícil su identificación en las excavaciones arqueológicas. Plinio, en su *Historia Natural* (XXXV, 48), recoge el uso del tapial, que él denomina *terra parietes*, en la construcción de muros en África e Hispania en el s. I d.C. En los yacimientos turdetanos estudiados en el Bajo Guadalquivir no hay evidencias claras del uso del tapial en la construcción de las viviendas. Algunos autores apuntan a la posibilidad de que hubiera alzados de tapial sobre los zócalos de piedra, como es el caso de López Palomo (1999: 97) para las construcciones del yacimiento de Alhonz, aunque no hay datos que lo confirmen con rotundidad. En el Corte F del Cerro Macareno los excavadores (Martín de la Cruz 1976) sugieren que los materiales de relleno correspondientes a los Estratos 4 y 3, podrían corresponder al derrumbe de muros de tapial, lo cual no significa necesariamente que no pudieran ser restos de adobes. En el poblado de Las Cumbres (Cádiz) parece que algunos muros medianeros estaban realizados con tapial, aunque no tenemos más información al respecto. Solo en la ciudad de Huelva se han documentado algunos ejemplos claros de muros contruidos con esta técnica. En la excavación de la C/ Puerto nº 12, concretamente los muros de las estancias H-7, H-8, H-9 y H-10 estaban contruidos con tapial de color amarillo. En la C/ San Salvador esquina C/ Fernando el Católico, los muros U.E. 34 y U.E. 52 estaban realizados con tapial. En la excavación del solar nº 29 de la C/ Puerto, los muros U.U.E.E. 30, 40 y 45 estaban fabricados con tapial de diferentes colores y dimensiones. No sabemos si la

escasez de ejemplos de esta técnica en las construcciones domésticas turdetanas se debe a que su uso fue reducido o bien a que no se han conservado los restos de tapial, ya que es un material muy difícil de registrar en los trabajos arqueológicos, pues es muy frágil ante los agentes erosivos (Sánchez García 1996: 350- 351).

#### IV.2.4. Los vanos

En la mayoría de las estructuras murarias documentadas no se han detectado huellas de vanos, lo que, lógicamente, no significa que no existieran. Ello puede deberse a que la mayoría de los muros conservados tienen muy poca altura; casi todos están a nivel de cimientos, habiéndose conservado solo las primeras hiladas, que solían estar enterradas, a partir de las cuales se abrirían en las paredes los huecos que permitían acceder a las viviendas y a sus distintas dependencias. Posiblemente existiera alguna ventana, para dotar de luz y aire al interior de los habitáculos, aunque debieron ser escasas y de pequeño tamaño<sup>36</sup>, para evitar que se debilitasen los muros. En el caso de que realmente no existieran las ventanas o fueran muy escasas, la misma puerta serviría de hueco de ventilación e iluminación. El propio sistema constructivo empleado lleva a suponer que los vanos de paso se realizarían con algún tipo de molde, bien apuntalando el dintel o quizás mediante una cimbra (Gener Basallote *et alii* 2014: 25).

La puerta de acceso normalmente se localizaría en uno de los lados menores de la vivienda, seguramente próximo al ángulo para evitar que se debilitara el muro. Este vano posiblemente estaría reforzado lateralmente con piedras de mayor tamaño a modo de jambas y quizás también en su parte superior a modo de dintel, aunque no conservamos ejemplos. En el poblado de Las Cumbres (El Puerto de Santa María) las puertas se suelen localizar en la esquina o en el centro del muro y en algunos casos se ha conservado *in situ* una losa plana que serviría como umbral. Los umbrales, definidos por Sánchez (1998:94) como “líneas divisorias entre lo público y lo privado”, eran señalados en ocasiones a nivel de suelo con tierra o piedra, utilizándose los mismos materiales que en el resto de la vivienda. A veces la primera hilada del *zócalo* era utilizada a modo de umbral. En las estancias

---

<sup>36</sup> Lo huecos de las ventanas no podrían superar un tercio de la longitud de la fachada (Minke 2005: 41).



excavadas en la campaña de 1984 en Tejada, se comprobó que los vanos estaban empedrados, aunque no nos constan sus dimensiones ni características. En Alcalá del Río (Sevilla) el muro 327 de la excavación de la C/ La Cilla tenía un vano que da paso a la E-17, del que solo se ha documentado el umbral y que en una fase posterior fue cegado e inutilizado. En la excavación de la C/ Mármoles de Écija, se documentó un umbral (U.E. 41) formado por una capa de tierra y cal apisonada.

A veces en los vanos de acceso se construyen pequeños escalones para salvar el desnivel del terreno. En la Cata-8 de Niebla, el muro 28 tenía función medianera entre dos habitaciones que se situarían al norte y al sur del mismo y el paso entre ambas se localizaría en el extremo oriental de la pared, pues en esta zona se hallaron unos fragmentos planos de pizarra que se ha supuesto que cubrían un banco o escalón de tierra, de unos 40-50 cm de ancho y 25-30 cm de altura, que permitía salvar el desnivel entre ambas habitaciones, ya que la situada al sur se encontraba a un nivel más bajo (Belén y Escacena 1990: 204). En Huelva capital, en la excavación de Puerto 12, el tabique interior que separaba H-8 y H-9 tenía un vano con un pequeño escalón de 10 cm de altura, cubierto con la misma arcilla que el pavimento.

En Carmona, en la excavación de la C/José Arpa nº 3, concretamente en el Corte A, las diferentes estancias se comunican por medio de unos peldaños, contruidos con mampuestos de piedra local y con la misma técnica que los muros, que servirían a modo de escalones para salvar el desnivel entre las estancias. También en Carmona, pero en la C/ Juan Ortega 24, adosado al muro 9, se documentó una estructura contruida con mampostería y con forma de pilar (U.E. 44), con unas dimensiones de 60 x 30 cm, que podría haber facilitado en acceso a dicha habitación (Gómez Saucedo 2003: 333).

En cuanto a las dimensiones de estos vanos solo contamos con algunos ejemplos. En Tejada la Vieja, en los muros M3-4 del cuadro A3 de las excavaciones de Blanco y Rothenberg, se documentó un vano de unos 70 cm de ancho en el muro M3-4, que se ha supuesto que sería el umbral de una puerta. En la cuadrícula J5, el muro M7 presentaba un vano de 1,10 m de ancho, que correspondería a una puerta que tenía un umbral de piedras calizas y placas de pizarra. En otro muro (M6) se documentó lo que parecía ser el quicio de una puerta, que separaría dos habitaciones, L6 y L7, del que no nos constan más datos. En el yacimiento de Alhono, la Casa nº 4 tenía un vano de paso de más de un metro de anchura,

flanqueado por dos grandes piedras a modo de jambas. A partir de estos escasos ejemplos es muy complicado y arriesgado extraer conclusiones generalizadas. Sánchez (1998: 102) concluye que la anchura del vano de la puerta principal de una vivienda debía ser superior a los 68 cm para permitir el paso de una persona adulta con comodidad.

En ninguna de las intervenciones arqueológicas se han hallado huellas sobre el sistema de cierre de estos vanos principales. Solo en el poblado de Las Cumbres se ha documentado un caso en el que una jamba tiene, en su cara interna, un pequeño rehundimiento, a unos 20 cm del umbral, que según los excavadores podría haberse empleado para sujetar la traba de la puerta, que sería de madera (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 895). Realmente desconocemos si eran puertas de madera, que no se han conservado, o simplemente se cerraban con esteras de materias vegetales, como podrían ser cortinas de esparto que han desaparecido (Abad Casal 1991: 12). En el yacimiento de Alhono, en la campaña de 1979, se documentó una especie de “quicialera” (López Palomo 1999: 105), de la que no conocemos su material y dimensiones. Díez Cusí (2001: 83) ha planteado una hipótesis para las viviendas fenicias que podría ser válida para nuestro caso. Ante la ausencia de chumaceras o restos de goznes de metal de las puertas, sugiere la posibilidad de que estos fueran de madera encastrados en el suelo. Otra solución posible, que explicaría la falta de restos, sería que la puerta girase en un marco de madera que encajara en el vano.

Por otra parte, menos información aún tenemos sobre los vanos de luz, es decir, los huecos de las ventanas, sobre los cuales lo ignoramos todo: número, forma, dimensiones, etc. Tampoco tenemos información sobre si estos puntos de luz y ventilación estarían cerrados o protegidos de algún modo. En Alhono, López Palomo (1999: 105) recoge el hallazgo de unas piezas planas de cerámica, algunas pintadas de rojo, con perforaciones, que fueron interpretadas como celosías de ventanas.

#### **IV.2.5. Las cubiertas**

En la mayoría de los yacimientos estudiados no se han conservado restos de las cubiertas de las viviendas, salvo casos excepcionales y puntuales, por lo que se ha

supuesto que estaban construidas con elementos vegetales, que por su misma naturaleza se han descompuesto con el paso del tiempo, dejando solo a veces su impronta en el barro.

La construcción de las techumbres se realizaba principalmente con materiales vegetales, a los que se le daba una capa de barro para protegerlos. En primer lugar se colocaban unos troncos o vigas en sentido transversal a los muros y sobre ellos se colocaba un entramado de cañas y ramas, materiales vegetales más finos y flexibles, para darle mayor densidad y consistencia. Sánchez García (1997: 227) plantea que se emplearían algún tipo de cuerdas para atar el entramado, de las que desgraciadamente no nos han quedado improntas, como sí ocurre en el Barranc de Gáfols (Belarte 1997). Toda esta estructura iba cubierta por una capa de arcilla u otro material para darle mayor perdurabilidad y protección frente a los agentes atmosféricos.

Este sistema de vigas transversales, al parecer de tradición fenicia, limita la anchura de la habitación, que según Díez Cusí (2001: 92) no supera normalmente los 3 m, lo que da lugar a estancias cuadradas de pequeño tamaño o rectangulares muy alargadas. En la excavación de la Cuesta del Rosario en Sevilla, concretamente en el Nivel 3, formado por tierra quemada, se hallaron restos de vigas carbonizadas, algunas de cierta longitud. Para solventar estas limitaciones, en el interior de las habitaciones se colocarían una especie de pilares, bien de madera u otro material, que sostendrían las vigas y servirían de apoyo a las cubiertas. Lamentablemente no tenemos documentación arqueológica al respecto, aunque a veces contamos con la huella en negativo sobre el suelo del hoyo en el que estos postes irían hincados. En otras ocasiones se ha conservado en parte la base de barro o piedra en la que se apoyarían estos pilares.

En el estudio de los restos hallados en la Cata-8 de Niebla (Belén y Escacena 1990: 202) se planteó que la habitación formada por los muros 18 y 21 tenía una cubierta fabricada con cañas y otros elementos vegetales, de los que se habían conservado huellas sobre la arcilla. Otro dato que avala esta hipótesis sería la existencia en el interior de la habitación de un orificio en el suelo (0,17 x 0,15 m y 0,20 m de profundidad), que correspondería a un poste que sostendría dicha cubierta.

En el solar nº 8 de la calle Méndez Núñez (Huelva), en el segundo nivel (Sector V), aparecieron unas piedras ordenadas sobre el suelo, que parecen restos de un pilar o poyete, aunque no está clara su funcionalidad. En un tercer nivel de pavimento (Sector VI) se documentaron tres huellas cuadrangulares que podrían corresponder a la base de postes o pilares.

En el caso de Tejada la Vieja, aunque no se hallaron evidencias de las cubiertas, Blanco y Rothenberg (1981: 262) plantearon que la techumbre estaría realizada con jara sobre entramado de madera. El hallazgo de numerosas lajas en el interior de algunas habitaciones, junto a la presencia de pilares de piedra cuadrados, ha llevado a suponer que se trataba de techumbres más pesadas, posiblemente de pizarra. Pero esta hipótesis en la práctica es poco factible, dado el mayor coste material y humano que supone y las escasas ventajas de este tipo de cubierta en esta región. Por otra parte, esos pilares también se han hallado en habitaciones donde no había restos de piedra y en calles, donde se ha planteado la posibilidad de que hubiera una especie de galería porticada (García Sanz y Fernández Jurado 1987: 111). La techumbre de las viviendas podría prolongarse más allá de los muros y quedar en voladizo, lo que serviría de protección contra las lluvias, e incluso en algunos casos podría prolongarse aún más y apoyarse en postes, formando una especie de soportal o galería cubierta (Ruiz Mata *et alii* 1998: 74).

En la Campaña de 1985 se documentaron algunas estancias en cuyo interior había pequeñas superficies empedradas, a modo de basamentos de piedras, que han sido interpretadas como posibles bases de pilares, total o parcialmente de piedra, que sirvieran de apoyo para el elemento sustentante de la cubierta (Fernández Jurado 1985d: 343).

En la excavación de la C/ Juan Ortega nº 24, en Carmona, en el interior de la estancia formada por los muros 9, 2, 12 y 13, se documentó la existencia de una estructura de arcilla (U.E. 40), de 2 m de longitud y 22 cm de altura, en la que se observan restos de dos estructuras de forma más o menos circular, de entre 40 y 55 cm de diámetro y una altura de unos 10 cm, construidas con arcilla de color rojizo y revestidas con una capa de cal. Los excavadores han planteado la posibilidad de que formaran parte del sistema de sustentación de la techumbre del edificio (Gómez Saucedo 2003: 332).

Igualmente desconocemos cómo era la vertiente de estas cubiertas, si a una o dos aguas. Blanco y Rothenberg (1981: 262) en su hipótesis de reconstrucción de la vivienda del Nivel 1 del área B-C de Tejada, optan por la cubierta a dos aguas. Desde nuestro punto de vista, y por paralelos con otros yacimientos de la época estudiados, es más probable la cubierta a un agua, más fácil de construir y más práctica. En un entorno de un clima soleado y de escasas lluvias, una cubierta plana, con una leve inclinación<sup>37</sup>, sería suficiente, ya que la cantidad de agua a evacuar sería escasa a lo largo del año. Los restos más o menos homogéneos de barro, que se han documentado en la superficie de las habitaciones, y la distribución de los muros y postes, hacen pensar que las techumbres serían casi planas, que podrían utilizarse como terraza gracias a la benignidad del clima y que incluso podrían ser transitables.

También se ha planteado que estas cubiertas debían tener un hueco de ventilación, que se localizaría posiblemente sobre los hogares/cocina y permitiría la salida del humo a modo de chimenea (Gener *et alii* 2014: 26).

#### **IV.2.6. Los pavimentos**

En la construcción de los pavimentos se observa el empleo de una gran variedad de materiales y técnicas, aunque la mayoría de los casos documentados, casi un 80 %, suelen ser simplemente suelos de tierra batida o apisonada, de escasos centímetros de espesor. La realización de este tipo de pavimento de tierra es muy sencilla y rápida; simplemente consistía en extender sobre el suelo una capa de tierra o arcilla que conseguía elevar el nivel del suelo interno de las viviendas respecto al de la calle, que solía estar unos centímetros más alto debido a la acumulación constante de residuos. Con este procedimiento también se evitaban posibles humedades, impidiendo la entrada en las viviendas de las aguas de lluvia y de las basuras acumuladas en las calles. Esta capa de tierra o arcilla era apisonada de forma “manual” o con ayuda de pisones.

En algunos casos se ha observado una preparación más cuidada de la superficie antes de la realización del pavimento, con la construcción de un lecho de piedra o

---

<sup>37</sup> Se considera cubierta plana aquella que no supera una pendiente del 10% (Díes Cusí 2001: 72-73).

guijarros, con función drenante y aislante, que además preservaba los interiores de la humedad subyacente. En Niebla, en la Cata-8 (Nivel VI), la habitación formada por los muros 18 y 21 tenía un pavimento de arcilla de color rojo-anaranjado, de unos 5 a 7 cm de espesor, que se superponía a una capa base de grava, que serviría de nivelación y drenaje (Belén y Escacena 1990: 202). En la misma intervención, el pequeño espacio comprendido entre los muros 21 y 22 tenía un pavimento construido con cantos rodados de pequeño tamaño, que se asentaban sobre una capa de arcilla roja, de unos 4 a 5 cm de grosor. En el Corte F del Cerro Macareno (Sevilla) se documentó un pavimento de arcilla roja con algunas capas de cal, realizado sobre un lecho de gravillas y pequeños cantos rodados.

La coloración de los pavimentos de arcilla es muy variada, aunque predominan las tonalidades rojizas y amarillentas. De los más de 80 suelos de tierra de los que nos consta el color, los contruidos con arcilla roja suponen un 56 %, mientras que los de tono claro o amarillento son un 25%.



Figura 79: pavimentos de arcilla roja de los siglos VI-V a.C. documentados en la excavación de la C/Diego Navarro nº 20 de Carmona (Imagen cedida por M. Belén).

En la ciudad de Huelva es donde se han documentado un mayor número de pavimentos de arcilla amarilla, que están realizados en su mayoría con margas terciarias, muy abundantes en el entorno. En el yacimiento de El Cerquillo, en la misma provincia, la mayoría de los suelos de la Fase II, que se fecha en el siglo IV

a.C., son de barro amarillo apisonado. Hay también pavimentos de otros colores menos frecuentes, como por ejemplo el de color marrón, con algunas manchas de cal y fragmentos de adobes documentado en la excavación de la C/ Mármol de Écija. En Carmona, en la C/ Diego Navarro nº 38 se halló un piso de color verdoso, con algunas capas de cal (U.E. 74).

La mayoría de los pavimentos de tierra llevan una o varias capas finas de cal, que le servía de protección, evitando la degradación (Díez Cusí 2001: 69) y contribuía también a amortiguar las temperaturas extremas (Escacena e Izquierdo 2001: 145). Además, este acabado tenía una función estética y decorativa, pues a veces las paredes llevaban el mismo color, formando un conjunto homogéneo. En otros casos se observa también el uso de cenizas en la mezcla con la tierra para darle mayor duración, pues ya hemos hecho referencia a las propiedades hidrófugas de la ceniza. Un ejemplo es el piso de arcilla (U.E. 431) documentado en la C/ Abades (Sevilla), en el que se advertía la presencia de cenizas y cal.

El tránsito y uso al que estos pavimentos de tierra se vieron sometidos ha provocado que algunos presenten un desgaste y hundimiento hacia el centro de la estancia, lo cual se solucionaba con nuevos rellenos de tierra, que podían aplicarse solo a la zona afectada o a la totalidad del suelo, antes de proceder a aplicar una nueva lechada de arcilla o cal (Escacena e Izquierdo 2001: 146). Estos pisos de arcilla solían tener varios centímetros de grosor, normalmente entre los 2 cm de mínimo hasta algunos casos, más excepcionales, de 10 y 12 cm. Posiblemente estos últimos de mayor grosor son el resultado de un uso prolongado en el tiempo y de constantes reparaciones, que han llevado a acumular capa sobre capa.

También existen algunos ejemplos de pavimentos de piedra en las viviendas del Bajo Guadalquivir de época turdetana. En el asentamiento de Tejada la Vieja se ha documentado algunos pisos realizados con pequeñas lájas de pizarra, material muy abundante en el entorno y posiblemente desechos de la construcción de los muros.



Figura 80: Pavimento de lajas en Tejada la Vieja documentado en la Campaña de 2006 junto a H02 (García Sanz 2006: 2192).

En otras ocasiones se observa que se aprovecha la roca de base para la realización de los suelos. En la campaña de Blanco y Rothenberg en la zona norte de la habitación L13, se documentaron restos de dos pavimentos superpuestos, uno de ellos (L26) hecho con calizas descompuestas, piedras pequeñas y placas de pizarra apisonadas. El otro (L27), apareció unos 0,10 m por debajo del anterior y estaba hecho con tierra rojiza y piedra caliza triturada, asimismo apisonada. En el cuadro A-3/85 se comprobó que se adecuó como suelo la propia caliza del terreno, simplemente regularizando y nivelando la superficie de piedra.

En la provincia de Sevilla también se registra una gran variedad de pavimentos en las viviendas estudiadas. En Alhonoiz (López Palomo 1979), en la campaña de 1978, se documentó un empedrado (vivienda 2), realizado con pequeñas piedras calizas. En Alcalá del Río, en la excavación de la calle La Cilla nº 4-6 (Ferrer y García Fernández 2007), el suelo de la habitación E-15 estaba construido con gravilla, lo que ha llevado a plantear que se tratase de un espacio exterior. En la ciudad de Carmona encontramos restos de varios pavimentos contruidos con pequeñas lajas de pizarra, como el documentado en la excavación de la Plazuela del Higueral nº 3 (Gil, Gómez y Rodríguez 1987). En esta misma ciudad, en la excavación de la C/ Juan de Ortega nº 24, el piso U.E. 99 estaba realizado con arcilla roja y piedras de alcor, muy abundante en la zona. En otros casos se trata simplemente de guijarros, como en la excavación de la C/ Mármol de Écija y en el Palacio Arzobispal de Sevilla (U.E. 90).

Hay también algunos pavimentos de adobes, como el A/8b de Vico, que no quedaba claro si correspondía a un espacio interior o exterior. En el Corte F del



Cerro Macareno se documentó un espacio solado con adobes de gran tamaño (40 cm). En Carmona, en la excavación de la C/ Diego Navarro nº 38, el pavimento U.E. 63 estaba realizado con fragmentos de adobes y tenía unos 14 cm de grosor. Finalmente, en Huelva, en la Plaza de San Pedro el pavimento 9.38 también estaba hecho con adobes.

Se tiende a pensar que los pavimentos de tierra, más frágiles, estarían destinados a estancias interiores, mientras que los suelos empedrados y enlosados, más resistentes a las inclemencias del tiempo, pertenecerían a estancias exteriores, al aire libre, posiblemente patios.

También se han documentado la existencia de otros tipos de suelos menos corrientes. En Huelva, en la excavación de la calle Botica, y asociado a un muro de pizarra, fechado a finales del siglo VI a.C. (Nivel Ia), se documentó la existencia de un pavimento realizado en su mayor parte con conchas, concretamente *ostrénidos*, aunque también se emplearon pequeños guijarros y pequeñas lajas de pizarra. Desconocemos la finalidad de este pavimento, pero es obvio que su realización supuso una gran inversión de tiempo. Pavimentos realizados con conchas de bivalvos colocadas sobre arcilla, se conocen en yacimientos del Bajo Guadalquivir, ya en época anteriores (viviendas del “barrio fenicio” del siglo VIII a.C. del Castillo de Doña Blanca, también en la Fase III del Carambolo, en la fase IV del Teatro Cómico de Cádiz), aunque su uso no está generalizado y parecen asociados a funciones religiosas o simbólicas. Durante la II Edad del Hierro los encontramos en los poblados del sureste de la Península Ibérica. Así, por ejemplo, se ha documentado su uso en el yacimiento de El Oral, donde un mosaico de conchas cubría los umbrales de algunos edificios y decoraba un banco, edificios que por su tamaño y por la calidad de su construcción parecen ser viviendas poco corrientes pertenecientes a sectores sociales privilegiados (Sala Sellés 2005: 133-134).

Los suelos, sobre todo los de tierra, están expuestos a un desgaste continuo, por lo que se ha planteado la posibilidad de que se protegieran con algún tipo de esterillas, posiblemente de fibras vegetales, aunque en los yacimientos turdetanos estudiados no se han documentado improntas que permitan corroborar esta hipótesis. En la intervención en el solar del Teatro Cómico de Cádiz, aunque de época anterior a la turdetana, se ha observado que en algunas estancias se había

conservado una capa de arena, limpia y compacta, sobre el pavimento y bajo los niveles de derrumbe, que podría ser una buena y económica opción como alfombra protectora, costumbre que también se observa en pueblo actuales de África (Gener *et alii* 2014: 26).

#### IV.2.7. Los revestimientos

Una vez contruidos los muros con un técnica mixta (zócalo de piedra y alzado de adobes), estos recibían una capa de revestimiento, que además de homogeneizar la superficie de los paramentos, cumplía otras funciones. Por un lado servía de aislante térmico y a veces también poseía un carácter hidrófugo; en el exterior servía además de protección ante las inclemencias del clima.

Se observa una gran diversidad de materiales y de técnicas empleadas en los revestimientos, aunque la más usual consistía, generalmente, en una o varias capas de arcilla que se extendía sobre la superficie de los paramentos. En los casos en los que los revestimientos presentan un gran grosor, de varios centímetros, se supone que se aplicó en varias capas, que pudieron ser simultáneas, para evitar las fisuras por retracción, o bien son fruto del paso del tiempo



Figura 81: Muro con zócalo de mampostería y alzado de adobe, con revestimiento de arcilla y enlucido de color rojo (Imagen cedida por M. Belén).

Para la realización de esta capa protectora se utilizaría la materia prima disponible en el entorno, en la mayoría de los casos estudiados simplemente arcilla, y la que mejor se adaptara a las necesidades. La fragilidad de los materiales con los que se realizan estos revestimientos y enlucidos y la exposición continuada a los agentes atmosféricos, hacen difícil su conservación, pese a lo cual encontramos algunos ejemplos en los yacimientos del área del Bajo Guadalquivir.

En las estructuras exhumadas en la Cata-8 de Niebla se ha comprobado la utilización de margas terciarias para el revestimiento de los paramentos, un material abundante en el entorno y con excelentes cualidades impermeables (Belén y Escacena 1990: 202). Así, por ejemplo, los muros 18 y 21 conservaban restos de este enlucido, formado por delgadas capas de arcilla de color amarillo grisáceo.

En Alcala del Río (Sevilla), en la tercera fase constructiva documentada en la excavación de la C/ La Cilla, los muros conservaban restos de enlucido de arcilla.

En Carmona, en la Plazuela del Higueral nº 3, uno de los muros estaba enlucido en una de sus caras con arcilla roja, que se relacionaba a su vez con una de las fases de pavimentación, fechada a mediados del siglo VI a.C. En la excavación de la C/ Costanilla, el muro U.E. 73 estaba enlucido por las dos caras, pero no sabemos con qué material ni de qué color. También en Carmona, en el nº 24 de la C/ José Ortega, el muro 9 (U.E. 45) conservaba restos de revoco de arcilla cubierto de cal. En este mismo solar se documentó el muro U.E. 103, que tenía restos de un revestimiento hecho a base de una capa de arcilla de color ocre-amarillento.

En estos revestimientos a veces se observa la utilización de cal, cuyas propiedades higiénicas ya hemos señalado en repetidas ocasiones. Cuando se observa que la capa de cal es muy fina, se deduce que ha sido aplicada con brocha. En Huelva, en la C/ Méndez Núñez nº 8, en las dos estancias del nivel inferior se documentaron restos de revoque con mortero de cal. En Carmona, en la excavación de la C/ Diego Navarro nº 38 los muros de adobes estaban revocados y pintados de blanco, posiblemente de cal. Algunos autores advierten de la posibilidad de que los restos identificados como cal pudiera ser yeso natural, sin ningún tipo de cocción ni tratamiento previo. Sala Sellés (2005: 132) afirma que las propiedades estabilizantes del yeso se conocían desde la Edad del Bronce en el sureste peninsular, como lo demuestran los restos hallados en el poblado de Cabezo Redondo (Villena, Alicante).

Se ha planteado que esos revestimientos se aplicarían tanto en el interior como el exterior de la vivienda, zona donde sería más necesario, aunque existen pocas evidencias que prueben que las paredes estuvieran revestidas por el lado externo. Como señalan Abad Casal y Sala Sellés (1993: 168) serían estas caras externas de los muros “las que más necesidad de revestimiento tuvieron, para evitar los efectos negativos de la intemperie, pero por eso mismo las de más fácil disgregación”. Pese a ello contamos con algunos ejemplos, como en la Cata-8 de Niebla, donde el muro 28 estaba revocado por las dos caras con una capa de arcilla amarilla de unos 2 ó 3 cm de grosor. En la excavación de la C/ Costanilla en Carmona, en el muro U.E. 73 conservaba también restos de enlucido en ambas caras.

Otra cuestión es la utilización de pintura y tierras de diversos colores para los enlucidos, que ya va más allá de la función práctica, entrando en el plano de la decoración y la estética, pero sobre este aspecto del acabado de los edificios tenemos una documentación muy escasa. Esto se puede deber a diversas causas; por un lado la difícil conservación de estos materiales, derivada de su propia fragilidad, y por otro, el uso de una incorrecta metodología en su excavación y registro. En los yacimientos estudiados en la provincia de Huelva no se han documentado restos de decoración pictórica, lo que no significa que no existiera, al menos en las casas más ricas. Tampoco nos consta en ninguna de las excavaciones de la Bahía gaditana. En la provincia de Sevilla, tenemos algunos ejemplos en Carmona, concretamente en la excavación de la C/ Diego Navarro nº 38, donde los muros U.E. 90 y U.E. 96 estaban revocados con arcilla y encalados, conservaban un zócalo pintado de color rojo de unos 20 cm de altura. Igualmente esta pintura mural, en la parte inferior de la pared, puede tener también una función higiénica, como todavía se observa en muchos pueblos del Atlas marroquí (Sala y Abad 2006: 27, nota 7). En otros yacimientos peninsulares de la misma época se ha conservado y estudiado este tipo de decoración, como por ejemplo en el poblado ibérico de Los Almadenes (Hellín, Albacete), donde se han documentado restos de pigmentos rojos y ocre en determinadas zonas de las viviendas (Sánchez García 1997: 226).

### **IV.3. Plantas y dimensiones**

Con la documentación arqueológica disponible sobre las viviendas turdetanas, en su mayor parte fruto de excavaciones urbanas, resulta muy complicado determinar el tipo de planta y el número de estancias de las casas. Partiendo del hecho de que no contamos con ninguna planta completa, definida por los muros en todos sus lados, resulta muy complicado extraer conclusiones definitivas. Pese a ello, y con los escasos y fragmentarios datos que manejamos, intentaremos formular algunas hipótesis de trabajo.

Solo contamos con la planimetría del yacimiento de Tejada la Vieja, correspondiente a la última fase de ocupación. En la campaña de 1986 se excavaron en extensión una serie de estructuras murarias que formaban complejos agrupamientos, en los que es difícil distinguir los que corresponden a un mismo edificio. En la mayoría de los casos no se han conservado los vanos de paso, lo que impide determinar la relación entre las diversas estancias.

Como ya hemos visto, el tipo de planta empleado generalmente es la rectangular o cuadrangular, con ángulos rectos. La adopción de este tipo de planta, por influencia fenicia, supuso numerosas ventajas frente a la planta circular, como es la facilidad de compartimentación interior del espacio y la ampliación de este con un simple añadido en uno de los laterales. Además, las plantas angulares permiten la utilización de materiales de construcción más duros y resistentes que los empleados hasta entonces, como, por ejemplo, los adobes o la piedra, permitiendo su trabazón e interacción (Díes Cusí 2001: 92), lo que le otorga aún mayor resistencia. Este tipo de construcciones permite adosar unas viviendas a otras, lo que, a su vez, permite que compartan y repartan las cargas e incluso ahorrar la construcción de algún muro. A veces, como hemos visto en Tejada la Vieja, las viviendas se adosan a la muralla, que les sirve como muro de cerramiento y apoyo. En otros casos, como en Niebla, en la zona de El Desembarcadero, se aprovechan las casernas de la muralla como espacios de habitación.

Aunque en los yacimientos estudiados hemos comprobado la utilización de plantas cuadrangulares para las viviendas de época turdetana, se han documentado también la existencia de algunas excepciones a esta norma general. Así, por ejemplo, en Tejada la Vieja, en la campaña de 1986, las edificaciones excavadas no

presentaban una planta ni formas homogéneas, sino que algunas se adaptan al espacio delimitado por las calles, como es el caso de las estructuras halladas en las cuadrículas A-9 y A-7 que poseen formas triangulares, e incluso existe algún caso de tendencia curva en el interior de las casas, como en A-9. Otro caso excepcional es el de una habitación de la cuadrícula D-C3, formada por L-12, L-13 y M18a, con planta absidal, siendo el único ejemplo documentado por ahora<sup>38</sup>.

Por otro lado, hay autores, entre ellos Rapoport (1972), que sostienen que la forma de la vivienda no se debe solo y exclusivamente a “causas físicas”, como son los materiales de construcción o condiciones climáticas, sino que responden a las exigencias sociales y culturales del pueblo que las construye, y defienden la complejidad significativa del espacio cultural formado por el hombre. Ruiz Zapatero, Lorrio Alvarado y Martín Hernández (1989:83) en un artículo sobre las viviendas de los poblados de la primera Edad de Hierro en el Valle del Ebro, señalan como factores condicionantes en la elección de un tipo u otro de vivienda los siguientes:

- a) *culturales*: nivel de tecnología constructiva, la existencia de tradiciones arquitectónicas, etc.
- b) *ambientales*: el clima de la zona, el medio físico y la disponibilidad de materiales constructivos.
- c) *socio-económicos*: la organización social, el grado de movilidad de la población, la forma de subsistencia con la implicación en el espacio doméstico y el tipo de actividades que se desarrollan en el interior de las casas.

Respecto a estos últimos condicionantes, estos autores plantean que el tipo de actividad que se llevaría a cabo en el interior de las viviendas influiría en la forma de estas. Además han establecido que en esta época las plantas son rectangulares y mantienen unas proporciones de 3:1 (*Idem*: 89 y 91)<sup>39</sup>, algo que no hemos podido comprobar si se cumple en los hábitats turdetanos.

---

38 Moret (2002: 332-334) recoge algunos ejemplos de plantas absidales en yacimientos franceses, como la casa A de La Monédière (Bessan, Hérault), fechada hacia el 540-500 a.C., y relaciona este tipo de planta con la influencia griega en la zona. Para el caso de Tejada no sabemos cuáles son los motivos, si prácticos o ideológicos, que llevaron a la elección de este tipo de planta, pero descartamos el influjo griego.

39 Basándose en los datos obtenidos en los poblados del Cabezo de Monleón y Cortes de Navarra.

Braemer (1982: 39-ss.) estableció una clasificación tipológica para las viviendas fenicias del Levante, a partir de la división interna y la distribución de las habitaciones, que ha sido utilizada como referencia por muchos investigadores posteriormente. En la Península Ibérica ha habido varias propuestas de sistematización. Por ejemplo, para la zona de Cataluña en época protohistórica Belarte (2013) propone la existencia de dos tipos de viviendas. La que llama “casa simple”, de planta cuadrangular y una superficie entre 20-50 m<sup>2</sup>, normalmente consta de una sola habitación aunque hay algunos casos con dos o tres estancias (Belarte 1997: 153-156). El segundo tipo corresponde a las casas complejas, con más de 50 m<sup>2</sup> de superficie - algunas llegan a superar los 100 m<sup>2</sup> -, que están divididas en un mínimo de cuatro estancias, algunas con patios y corredores de acceso. En el caso de las viviendas turdetanas, con los datos con los que contamos actualmente, resulta muy complicado y arriesgado establecer una propuesta tipológica.

En cuanto a las dimensiones de las casas, contamos con muy pocos datos al respecto, ya que la mayor parte de la información procede de excavaciones urbanas y en estas la superficie a excavar suele ser limitada, por lo que es difícil definir la superficie total de cualquier vivienda. En la mayoría de los yacimientos solo contamos con las dimensiones de algunas estancias, lo que nos permite hacernos una idea aproximada del tamaño de algunas viviendas. En la Cata-8 excavada en Niebla, junto a la Puerta de Sevilla, la habitación formada por los muros 18 y 21 tenía unas dimensiones mínimas de 3 m de ancho y más de 4 m de longitud, aunque estas medidas no son totales, pues no se pudo delimitar su planta por el oeste ni por el este (Belén y Escacena 1990: 202).

Del yacimiento de Tejada poseemos algunos datos sobre las dimensiones de las habitaciones. Así, por ejemplo, en la campaña llevada a cabo por Blanco y Rothenberg en la Cuadrícula A3, la estancia L1, formada por M2 y M3-4, y paralela al muro M1 de la muralla a la que se adosa, tenía unos 2 m de ancho aproximadamente. En el Corte J5 se documentó un nuevo muro, M7, que parecía ser una continuación de M2, y que correspondería al lado de una habitación o patio de forma cuadrada de 5,25 m<sup>2</sup> de superficie aproximadamente, pues el muro occidental de este edificio quedó fuera del área excavada. En la cuadrícula D-C 3 la habitación formada por L11, L15 y L23 tendría una planta rectangular de unos 26 m<sup>2</sup> de superficie, aunque el hallazgo de numerosos fragmentos de ánforas en su interior ha llevado a cuestionar su uso como vivienda. En el área excavada dentro

del poblado, la habitación más al norte, hallada en las cuadrículas B2-B1, y que corresponde a L10 y L16, tenía una superficie de unos 27 m<sup>2</sup> y una planta asimismo alargada.

En la campaña de 1986, en el Cuadro A-1, se descubrieron una serie de estancias yuxtapuestas. Estaban edificadas en un amplio espacio de 3 m de ancho, delimitado por dos largos muros paralelos, en los que apoyaban otros de menor entidad que formaban habitaciones, la mayoría de ella cuadrangulares.

En las estancias documentadas en Tejada, en la campaña del 2006, el recinto H03, delimitado por los muros M14, M15, M16 y M17, tenía una superficie de 8 m<sup>2</sup>. El H07, delimitado por M7b, M07c, M09 y M10, con una superficie de 6,25 m de largo por 3 m de ancho, quizás no tuviera una función doméstica.

En la excavación de la C/ Costanilla-Torre del Oro en Carmona los excavadores plantearon que los muros U.E. 72 y U.E. 73 conformarían una estancia de al menos 5 m de longitud (Cardenete *et alii* 1989: 556). También en Carmona, en la C/ Juan Ortega nº 24, concretamente en la Cuadrícula A, se documentó una habitación rectangular, delimitada por los muros 9, 2, 12 y 13, que tenía 14 m<sup>2</sup> de superficie, aproximadamente. Al norte de esta, se documentó otra, igualmente de planta rectangular, que posee una longitud documentada de 5,30 m, pero desconocemos su anchura. Otra estaría delimitada por los muros 10 y 3, y aunque no se pudo documentar su planta completa sabemos que tendría unos 2,10 m de ancho.

En algunos casos las dimensiones de las habitaciones son tan reducidas que posiblemente tuvieran una única funcionalidad. En Sevilla capital, en la excavación realizada en el Palacio Arzobispal, en el Sondeo 2, las U.U.E.E. 82, 83 y 114 formaban una estancia rectangular de reducido tamaño, con solo 2,42 m<sup>2</sup> de superficie (Mora y Romo 2003: 186-187). En la excavación de la C/ Juan Ortega de Carmona, también se documentó otra dependencia, delimitada por los muros 2, 3 y 10, de pequeño tamaño. Con una superficie de tan solo unos 2,10 m<sup>2</sup> y la existencia de un hogar en su interior, pensamos que esta estancia podría ser utilizada como cocina.

De estos datos podemos deducir que la mayoría de las habitaciones tenían una planta rectangular y alargada, aunque no podemos comprobar, por falta de datos, si existía una proporción entre el largo y el ancho de las mismas. Sus diferentes dimensiones, algunas con 25 m<sup>2</sup> o más y otras que no llegan a los 2,5 m<sup>2</sup>, nos hacen pensar en funcionalidades distintas para cada caso. Por otro lado, las



viviendas podían ser unicelulares, con un único espacio en el que se desarrollarían las diferentes actividades domésticas, o bien tener varias dependencias para diferentes funciones.

Las variaciones del tamaño de la vivienda y la calidad de las mismas pueden responder a diferentes variables. Así hay que tener en cuenta la relación directa entre el tamaño de la casa y el número de personas que viven en ella. Partimos de la base de que cada vivienda corresponde a una unidad doméstica, pero desconocemos cuántos miembros la componían y la relación entre ellos. Existen numerosas fórmulas de cálculo demográfico, pero dos son las más comunes. Una de ellas consiste en establecer un espacio mínimo construido por persona de unos 10 m<sup>2</sup> aproximadamente (Santos 1989: 342), por lo que se obtiene un mayor número de habitantes cuanto mayor es la vivienda. El segundo método de cálculo consiste en atribuir un cómputo medio de unos 4 ó 5 habitantes por vivienda. Pero también hay voces críticas sobre estos métodos de cálculo demográfico, pues parten del error de considerar válida y universal la aplicación del modelo de familia nuclear occidental a otros contextos culturales (Ortega 1999).

Por otro lado, parece existir una correlación entre el tamaño de las viviendas y su mayor calidad técnica, corroborando que estos valores están relacionados con el estatus socio-económico de sus ocupantes. Esto ocurre, por ejemplo, en Alhono, donde los restos constructivos excavados por López Palomo en la parte más alta del asentamiento se han reinterpretado como una gran vivienda, de unos 375 m<sup>2</sup>, que pertenecería a un personaje de la élite social (Almagro-Gorbea y Domínguez de la Concha 1988: 365). Pero como ya hemos señalado en repetidas ocasiones, en los yacimientos estudiados carecemos de estudios microespaciales que permitan medir el nivel de riqueza (Santos 1989: 344), por lo que es difícil sacar conclusiones sobre la categoría social y económica de sus propietarios.

Otros autores señalan que el tamaño de las viviendas también puede responder a las necesidades de espacio en relación con las actividades económicas que se desarrollen en su interior. Así, hemos visto algunos ejemplos en los que había zonas destinadas a la producción metalúrgica a pequeña escala, como en el Corte II-E de Niebla, o en el espacio L12a excavado en Tejada por Blanco y Rothenberg (1981: 259).

Díes Cusí (2001: 77) señala que la planta y las dimensiones, e incluso la orientación de las viviendas, pueden depender también de la interacción con

posibles estructuras precedentes, que “suelen ser reaprovechadas a modo de cimiento.” Hemos visto que en algunos casos se aprovechan las estructuras precedentes como base para la construcción de las nuevas edificaciones, como en la excavación del solar nº 8 de la C/ Méndez Núñez, en Huelva, donde se documentaron diferentes fases constructivas superpuestas (siglos VII a.C. - V a.C.) en las que se mantenía la misma orientación, posiblemente por la topografía del lugar, situado en la ladera media del Cabezo del Molino de Viento (Fernández Jurado y Rufete 1987a). Lo mismo ocurría en las diferentes fases constructivas documentadas en la excavación de la C/ La Cilla 4-6, en Alcalá del Río, en las que las diferentes estructuras constructivas se superponían aprovechando las construcciones anteriores como base, por lo que todas respondían a las mismas dimensiones y orientación.

#### **IV.4. Organización del espacio interior**

Con la información que tenemos resulta muy complicado diferenciar las distintas habitaciones que formarían parte de una misma vivienda. Parece ser que en la mayoría de los casos, aunque hay excepciones, las viviendas más modestas tenían una única y amplia habitación, donde se desarrollaban las diferentes tareas, y varias estancias, que tendrían diferentes funciones, en el caso de las más grandes. En las viviendas unicelulares suponemos que el único espacio existente tendría carácter polifuncional. En las dotadas de dos o más dependencias, no sabemos si existía un área específica de descanso o dormitorio. En Niebla, en la excavación de la Cata-8, adosados al muro 18, se hallaron restos de una estructura construida con tierra y piedras, que conservaba una altura de 25 cm y una anchura de 90 cm, que ha sido interpretada como un banco que, por sus grandes dimensiones, podría haber sido utilizado como lecho (Belén y Escacena 1990: 202). Es posible que en casos como este, el espacio doméstico que durante el día era utilizado para otras actividades cotidianas, por la noche se transformara en dormitorio.

En muchas de las excavaciones realizadas se han documentado zonas con pavimentos de guijarros u otros materiales resistentes a los agentes atmosféricos, que se han interpretado como patios o espacios al aire libre, de ahí que se haya planteado la posibilidad de que existiera, al menos en las viviendas de mayores dimensiones y con mayor número de estancias, una zona al aire libre o patio, que además de dar luz a las dependencias interiores, sería el lugar idóneo para el desarrollo de determinadas actividades domésticas. En la excavación de la C/ La Cilla 2-4 de Alcalá del Río, la E-15 tenía un suelo pavimentado con gravilla (S 315), por lo que se ha considerado como un patio o espacio abierto, aunque no se ha podido determinar con seguridad con cuál o cuáles estancias estaría asociado (Ferrer Albelda y García Fernández 2007: 112). En este mismo solar, en la última fase constructiva, pese al mal estado de conservación de los restos, parecen diferenciarse cinco ámbitos, cuatro de ellos cubiertos y uno – central - abierto (*Idem*: 113). No sabemos si estas habitaciones corresponderían a conjuntos diferenciados o a un único edificio articulado en torno a un patio central.

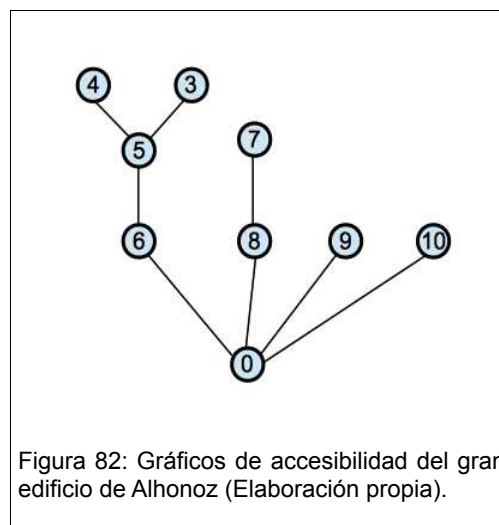
Otro de los elementos claves para estudiar la organización interna del espacio doméstico son los vanos de paso, que nos permiten conocer la relación entre los

diferentes espacios de una vivienda. Ya hemos hecho alusión a las dificultades de identificar estos huecos en el registro arqueológico, debido al mal estado de conservación de los restos constructivos. Solo en algunos casos tenemos constancia de su existencia y en contadas ocasiones se ha conservado el umbral.

Con anterioridad hacíamos referencia a nuevas propuestas metodológicas en el estudio de la arquitectura. A partir de los trabajos de Rapoport y su idea de leer los espacios construidos como elementos con significado social y cultural, se desarrolló en Gran Bretaña durante la década de los 70 del siglo XX la llamada *Space Syntax* o Sintaxis Espacial. Tras la publicación de *The social logic of space*, por Hillier y Hanson en el año 1984, esta disciplina alcanzó un gran desarrollo. La Sintaxis espacial busca las reglas que expliquen la estructuración espacial de un conjunto arquitectónico, para lo que ha creado una serie de técnicas y herramientas metodológicas de análisis del espacio. Esta disciplina ha desarrollado también nuevas formas de representar el espacio construido, como los mapas de líneas, los diagramas de conectividad, los grafos de visibilidad, etc., que van más allá de la simple planimetría y que nos ayudan a comprender mejor la organización espacial del conjunto (Bermejo 2011: 87). Los *gamma analysis* o gráficos de accesibilidad constituyen un método de representación de la configuración espacial de un edificio y nos permiten ver de un modo claro la accesibilidad de los distintos espacios internos y su conectividad. En estos grafos se representa cada unidad espacial mediante un círculo y las conexiones entre ellas con líneas, que nos indican las relaciones y la accesibilidad (Bermejo 2009: 51-52). A partir de esta representación gráfica podemos cuantificar y cualificar los patrones de accesibilidad. Para ello contamos con una serie de índices numéricos, como por ejemplo el *control value* o “valor de control” (Hillier y Hanson 1993: 143-150), que nos indicará cuáles son las unidades espaciales que “controlan” el espacio y cuales son “controladas”. Cuando una habitación es accesible desde otros espacios es fácilmente “controlable”, mientras que cuando una estancia tiene un único acceso resulta un espacio más privado e independiente (Jiménez y Prados 2013: 112).

Pero como ya hemos indicado líneas arriba, apenas tenemos ejemplos de plantas completas de viviendas turdetanas y solo algunos vanos de paso que nos permitan establecer y estudiar las relaciones espaciales. Con todos, vamos a intentar aplicar estas técnicas de análisis espacial a la gran vivienda de Alhonoiz, el único conjunto

residencial que tenemos completo. En este caso, las diferentes estancias que conforman el supuesto palacio, ocho en total, están distribuidas en torno a un espacio al aire libre o patio. El núcleo de la zona de vivienda en sí estaría formado por 4 estancias, las números 3, 4, 5 y 6, que se comunican entre sí. Desde el exterior se accede a la habitación 6, desde la que se entra, girando a la derecha, a la habitación 5 que, a su vez, da paso a la número 4, la más alejada de la entrada. También desde la habitación número 5 se accede, en línea recta desde la entrada, a la estancia número 3. El resto de las dependencias de esta supuesta residencia aristocrática se comunican por una zona porticada, que vamos a llamar 0, que actuaría como espacio distribuidor. Almagro-Gorbea y Domínguez de la Concha (1988-1989: 365-366) señalan que este tipo de acceso porticado, abierto a un patio, se puede relacionar con la tradición sirio-palestina, mientras que el tipo de planta de esta supuesta “mansión”, con varias habitaciones paralelas que se organizan en torno a un espacio transversal, la podemos encontrar en otros “edificios de prestigio” del área ibera (Almagro-Gorbea y Domínguez de la Concha 1988-1989: 366).



La estancia situada más al fondo, la número 4, es la que queda más alejada del acceso desde el exterior y por lo tanto la que tiene mayor privacidad. El caso contrario es la habitación nº 5, que siendo paso obligado para acceder al resto de los habitáculos, es la que menos privacidad ofrece.

La configuración espacial de una vivienda nos aporta información sobre las relaciones sociales de los grupos humanos que las crean, pero lamentablemente la escasez de datos de que disponemos, limitan la aplicación de estos nuevos métodos de análisis espacial a nuestro objeto de estudio.

#### **IV.5. Equipamiento doméstico**

Una vez edificada la vivienda se procede a la construcción en su interior de las instalaciones necesarias para el desarrollo de la vida doméstica, como son los bancos, hogares, hornos, etc. Tradicionalmente se han vinculado los hogares y los bancos con funciones relacionadas con la elaboración, almacenamiento o/y consumo de alimentos. Alrededor de los hogares se realizan un gran número de actividades domésticas, que son identificadas en el registro material por la presencia de cerámica de cocina y vajilla, envases de almacenaje, molinos, *pondera*, etc.

##### **IV.5.1. Bancos**

Hemos observado la existencia de restos constructivos adosados a los zócalos de piedra que parecen corresponder a posibles bancos. Estas estructuras secundarias, realizadas en piedra o con adobes, desempeñarían funciones varias, pues podrían utilizarse para sentarse, tumbarse, colocar objetos, etc.

En Alcalá del Río, en la excavación de la C/ La Cilla nº 4-6, en el interior de la estancia E-11, se documentó la existencia de un banco (B 339) adosado al muro M347, pero no tenemos más información. En la excavación de la C/ Antonio Reverte nºs 42 y 44, se exhumaron una serie de estructuras algunas de las cuales se han identificado como bancos, contruidos con adobes o bien barro mezclado con restos vegetales, que llevan un enfoscado de tipo arcilloso enlucido con una lechada de color rojo intenso.

En la excavación del solar nº 12 de la calle Puerto de Huelva, en la habitación H-7, se han hallado restos de una especie de poyete de forma cuadrada, construido con piedras y adobes, que debería estar adosado a la pared. En la estancia contigua (H-8) se han conservado dos pequeños tabiques, realizados con tapial, paralelos entre sí y adosados a la pared, que posiblemente soportarían alguna tapa de material perecedero (Rufete 2002: 106), posiblemente madera, que podría haber servido como poyo o repisa.

Ya hemos citado el gran banco adosado al muro 18 hallado en la Cata-8 de Niebla, que se ha interpretado como un posible lecho. Estaba construido con tierra y una capa superior de piedras planas, con un revoque de arcilla amarilla, cuyo grosor

variaba dependiendo de la zona (2-5,5 cm), siendo más potente en la parte superior del banco.

En la cuadrícula D-C3, excavada por Blanco y Rothenberg en el yacimiento de Tejada la Vieja, la parte inferior de los muros M9 y M11, construidos con mampuestos y lajas de pizarra, forman un leve talud que sobresale de la pared a modo de bancada, aunque podría ser también una forma de dar mayor potencia y fuerza al muro. En otra de las habitaciones documentadas (L12 y L13), la parte inferior de uno de los muros (M14) sobresalía en el interior a modo de banco, pudiendo ser utilizado como asiento o repisa. En otra habitación (L-14) se documentó un banco junto al muro sur.

En los cortes C-1/85 y C-2/85, adosados al muro oriental de una habitación, se documentaron dos pequeños muros paralelos, próximos entre sí, que podrían haber servido como soporte para una estructura de madera usada como repisa u otro mobiliario doméstico.

#### **IV.5.2. Hogares**

En la mayoría de las viviendas se ha documentado la existencia de un hogar. El fuego doméstico era un lugar revestido de gran importancia y versatilidad en las sociedades protohistóricas, pues servía para cocinar, calentarse, iluminarse, etc. La mayoría de las actividades domésticas se realizaban en torno al hogar, que además constituía un lugar de reunión y sociabilidad (Vela 1995: 260). Es tal la importancia del hogar para la vida del grupo doméstico, que se identifica simbólicamente con la propia vivienda.

Las formas y dimensiones de los hogares son muy variadas. Se han documentado diferentes tipos de hogares que podrían responder a diferentes funcionalidades (calentar y cocinar). Podemos encontrar desde un simple fuego sobre una delgada capa de arcilla, con una superficie más o menos delimitada por piedras o adobes, hasta hogares más complejos, con un lecho preparado, con varias capas refractarias (de fragmentos cerámicos, guijarros, etc.) y una superficie claramente delimitada. Se ha planteado la posibilidad de que en algunos casos, como en Écija, más que hogares serían pequeños braseros, evitando así el uso del fuego y la posibilidad de un incendio. Su función sería calentar la estancia, aunque también podrían cocinarse en ellos determinados alimentos (Rodríguez González 2014:



210). Estos braserillos resultan más difíciles de identificar en el registro arqueológico.

En Carmona en la excavación de la C/ Juan Ortega nº 24, en el interior de la habitación formada por los muros 2, 3 y 10, se localizó una estructura (U.E. 3) realizada con arcilla de color rojizo, endurecida por el calor del fuego y delimitada por adobes de 42 x 10 cm., en la que había abundantes restos de ceniza, por lo que se ha pensado que pudo ser un hogar (Gómez Saucedo 2003: 333).

En Sevilla, en la segunda fase de la C/ Argote de Molina nº 7, junto a la cara interna del muro aparecieron cenizas sobre el pavimento, de lo que se ha deducido que podría tratarse de un hogar de carácter doméstico, de cuya estructura, sin embargo, no se hallaron restos. En la excavación de la C/ Abades 41 y 43, en el interior de la Estructura 2 también se han identificado restos de un posible hogar.

En el Corte E de Cerro Macareno, en el ángulo sur de la cuadrícula, se observaba un pequeño núcleo de cenizas que parece corresponder a un hogar, construido con dos adobes colocados uno junto a otro. Sobre ellos aparece la zona más afectada por la combustión, que abarcaría un pequeño óvalo, de unos 40 cm en su eje mayor, delimitado por una especie de “cinta de barro cocido”, de unos 5 cm de ancho. En este mismo yacimiento, en los niveles 15 y 16 del Corte V- 20, también se documentó la existencia de un hogar de planta semicircular en el interior de una vivienda, situado junto a uno de los muros. En la excavación de la C/ La Cilla nºs 4-6, en Alcalá del Río, en el interior de la E-11 se documentaron dos instalaciones que se han interpretado como posibles hogares, uno peor conservado de planta circular (H 338) y otro de planta rectangular y sección escalonada (H 337), construido con arcilla y recubierto con una lechada de arcilla roja. En la segunda fase constructiva de época turdetana, en la E-16 han aparecido restos de adobes de lo que parece ser un hogar de planta rectangular (H 249).

En Huelva en la excavación del solar nº 8 de la C/ Méndez Núñez, en el ángulo suroeste del sector V, se encontraron restos de una placa de arcilla quemada que se interpretó como un posible hogar, asociado al cual se halló una especie de círculo realizado con arcilla y piedras, con un diámetro de unos 40 cm. En el sector VI, en el extremo occidental de una de las habitaciones, se documentó también un hogar rectangular, realizado con arcilla y delimitado mediante un revoque. En la C/ Puerto nº 12 se ha conservado un gran hogar cóncavo en el centro de la H-7, hecho igualmente con arcilla.

En la Cata-8 de Niebla, en la esquina sureste de la habitación formada por los muros 18 y 21, se documentó la existencia de un hogar de planta circular, de unos 35 cm de diámetro, construido con una placa de arcilla de forma cóncava y color rojo, cuyas paredes tenían unos 3 cm de grosor. En la habitación situada al sur del muro 28, enfrente de la supuesta entrada, se documentaron restos de un posible hogar con forma ovalada, construido con barro anaranjado.

En Tejada la Vieja, en la campaña de excavación de 1986, aparecieron numerosos hogares, como, por ejemplo, los de las cuadrículas A-7 y A-6, a veces de gran tamaño y bien delimitados. Incluso se hallaron hogares en estancias contiguas, por lo que se ha planteado que estos podrían tener funciones distintas (cocinar, calefacción, etc.).

En cuanto a la ubicación de los hogares en el interior de las viviendas, no se observa un patrón fijo. En algunos casos están adosados o próximos a un muro de la habitación, lo que permite el tránsito de personas; en otros, su posición está más o menos centrada en la habitación. Se supone que el humo de estas estructuras de combustión se evacuaría a través de un hueco abierto en la cubierta.

#### **IV.5.3. Hornos**

El hecho de que los hornos nos hayan llegado en mal estado de conservación, ya que la mayoría de ellos están bastante deteriorados y no conservan la superestructura, hace difícil su identificación, pues pueden confundirse con los hogares. Asimismo, al no quedar registro material de las actividades a las que se destinaron, es complicado determinar si estaban destinados a la fundición del mineral, si eran hornos para alfarería o para cocer pan.

En la campaña de Blanco y Rothenberg en Tejada la Vieja, se hallaron en la estancia L3 restos de adobes y escorias, junto con un fragmento de tobera con escoria adherida y una maza de piedra, por lo que se ha interpretado como un horno relacionado con posibles actividades metalúrgicas. En una de las estancias halladas en el área B-C, concretamente en el suelo del espacio L12a, en el ángulo sureste, se documentó un pequeño cuadrado de tierra quemada y solidificada, de 50 x 40 cm de superficie y 12 cm de espesor, separado de la pared por un marco de tierra cocida. Al lado de esta estructura había restos de escorias de sílice por lo que

se ha supuesto que era una zona de trabajos metalúrgicos relacionados con el beneficio de plata en un ambiente doméstico (Blanco y Rothenberg 1981:259).

También se han documentado hornos en el exterior de las viviendas, aunque vinculados a estas, que se han interpretado como tahonas, destinadas a la producción de pan. Estos hornos se caracterizan por ser de gran tamaño y estar ubicados en zonas públicas, pues tendrían carácter comunitario. En la excavación de 1987 en la calle del cuadro A-12, aparecieron restos de varias estructuras circulares, de unos 90 cm de diámetro, construidas con una capa de arcilla roja bastante limpia, que se han interpretado como posibles hornos, aunque no se han hallado restos de escorias, ni cenizas, ni fragmentos cerámicos (Fernández Jurado 1987c: 83). Este hecho junto con las grandes dimensiones de los mismos ha llevado a plantear que quizás se trataran más bien de tahonas, o incluso se ha planteado la posibilidad de que fueran estructuras de almacenaje (Fernández Jurado 1987b: 112-113). En el solar nº 22 de la calle Puerto, relacionado con M-2, apareció un horno, de planta circular, de 2 metros de diámetro. La base estaba construida por una capa de arcilla de 3 cm de espesor, había restos de arcilla que pertenecerían a la cubierta. Este horno, de grandes dimensiones, también ha sido interpretado como una tahona.

#### **IV.5.4. Otras estructuras**

En Tejada la Vieja, en el interior de una de las habitaciones excavadas por Blanco y Rothenberg, adosada a la muralla, se documentaron dos pequeños muros paralelos adosados a la pared oriental, que podrían haber sido utilizados como base de una repisa u otro mobiliario doméstico. En la esquina de otra de las habitaciones (L12 y L13) se documentó una especie de rinconera, de forma cóncava, realizada con piedras, que podría haber sido utilizada como estantería.

También podrían haber existido anaqueles o alacenas abiertas en los muros de adobes, de las que no se han conservado restos, para colocar la vajilla y utensilios domésticos. Otra posibilidad sería la de colgar en las paredes y en el techo algunos objetos.

Otro tipo de construcciones relacionadas con las viviendas son las estructuras hidráulicas. En la excavación de la Plazuela del Higueral nº 3, en Carmona, se documentó una especie de acequia realizada con losas de piedra local, trabadas con greda y colocadas de forma vertical sobre una capa de arcilla, que a su vez se asienta sobre una capa de cantos rodados.

En Alhonor, al norte de la gran vivienda, se documentaron dos aljibes, uno de ellos, en muy buen estado de conservación, tenía un gran tamaño y planta oval. Estas construcciones hidráulicas suelen estar realizadas con arcilla y revestidas con cal, material aislante e impermeabilizante, para poder almacenar líquidos. Están bien documentadas en el mundo ibérico, donde sirvieron para guardar aceite o agua con fines artesanales o domésticos (Bonet 1998: 91)

#### IV.6. Metrología

Según Lelgemann (2007: 16) todas las edificaciones de las civilizaciones antiguas se planteaban según un conjunto normalizado de unidades de longitud no métricas, que normalmente tomaban como referencia alguna parte del cuerpo humano (pie, codo, palma, etc.). En este apartado nos proponemos intentar comprobar la existencia o no de un módulo en la arquitectura doméstica turdetana.

Los estudios metrológicos aplicados a la arqueología prerromana en la Península Ibérica se topan con varios obstáculos. El primero de ellos y más importante es la escasez de medidas exactas en las descripciones de las estructuras constructivas, pues en raras ocasiones estas se conservan de forma completa. En nuestro estudio nos hemos centrado en el análisis de dos elementos arquitectónicos: los adobes y el ancho de los muros. Debemos advertir que las medidas con las que contamos sobre estos elementos no son exactas, debido a la mala conservación de los restos constructivos, sobre todo los realizados en tierra, que suelen sufrir una pérdida parcial de su superficie.

En cuanto a los adobes, como ya hemos visto, su tamaño es muy variable. En la mayor parte de los casos sus medidas se adaptan a la anchura del zócalo sobre el que se construye el alzado de adobes. Contamos solo con las medidas completas de 10 ejemplares:

<b>Medidas de los adobes</b>
50 x 50 x 8 cm
44 x 35 x 10 cm
46,5 x 35 x 10 cm
35 x 35 x 10 cm
55 x 40 x 8 cm
55 x 40 x 8 cm
49 x 26 x 8 cm
36 x 36 x 8 cm
36 x 29 x 8 cm
78 x 78 x 8 cm

Tabla 10. Medidas de los adobes conservados de época turdetana.

De estos datos podemos extraer algunas conclusiones generales. La mayoría de los adobes documentados presentan unas medidas de entre 35 y 46 cm en su lado más largo, mientras que el más corto no es inferior a 30 cm; en cuanto al grosor, oscila en todos los casos entre 8 y 10 cm. Estas medidas son muy similares a las de los ejemplares hallados en el poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante), que tenían entre 34-36 cm de longitud media, y a las establecidas por Bonet y Pastor (1984: 167) para los adobes del yacimiento de Puntal dels Llops (Olocau, Valencia), que miden 30 x 40 x 10 cm. Esta proporción 3:4 se debería, según estos investigadores, a la influencia del mundo fenicio-púnico (Bonet y Pastor 1984: 168), pero la escasez de ejemplares íntegros completos no permite obtener conclusiones metrológicas concluyentes respecto a la existencia de posibles módulos o cánones. En el yacimiento de La Picola (Santa Pola, Alicante)<sup>40</sup> también se han podido estudiar las dimensiones de los adobes y se ha establecido la existencia de un módulo entero de 37-38 cm de longitud, al que corresponderían de 29 a 32 cm de ancho, y otro medio- módulo de 29 a 32 cm de longitud y de 18 a 23 cm de ancho, ambos con unos 8,5 cm de grosor (Badie y Moret 1997:37). La cuestión de la existencia o no de módulos predefinidos en los elementos arquitectónicos, en un mismo yacimiento o en una época determinada, como la turdetana, resulta bastante compleja, ante el reducido número de ejemplares completos conservados, lo que nos impiden extraer conclusiones definitivas. Sí que podemos diferenciar en nuestro caso dos grupos de medidas diferentes. Considerando el último ejemplar recogido en la tabla como una excepción por sus dimensiones (78 x 78 x 10 cm), podemos distinguir dos grupos, aquellos adobes que tienen entre 50 y 55 cm en su lado más largo, que son la mayoría de los casos, y aquellos otros adobes cuyo lado más largo es de unos 35 cm aproximadamente. La disposición de estos adobes, a sogá o tizón, dependería del ancho del zócalo sobre el que se asientan.

Por otro lado, se observa en la mayoría de los muros estudiados un grosor bastante similar que ronda una horquilla que va desde los 40 cm hasta los 60, siendo las medidas más comunes entre 50-55 cm. Ya hemos comentado que esta medida se acerca mucho al patrón del codo de c. 53 cm, utilizado por los fenicios en las colonias occidentales.

No hemos podido abordar el análisis de las medidas de las plantas de las viviendas,

---

40 Poblado de época ibérica aunque con una corta existencia (430-350 a.C.).

pues no contamos con ninguna completa que con seguridad pertenezca a un edificio de carácter doméstico, pero es de suponer que respondieran a un módulo preestablecido. Blánquez Pérez (2014: 150) señala que el uso de un módulo, en los materiales constructivos o en las medidas de las propias estructuras, facilita el proceso de construcción, así como las modificaciones y/o ampliaciones de los edificios e incluso de las parcelas.

#### IV.7. Estudio de las funcionalidades

El registro cerámico ha sido tradicionalmente uno de los fósiles guías utilizados en el estudio de las funciones a que se destinaban las distintas piezas de una casa. La presencia de menaje de cocina y de vajilla de mesa indica la realización de actividades relacionadas con la preparación y consumo de alimentos. El hallazgo en el interior de algunas viviendas de recipientes de almacenaje (ánforas, tinajas y vasos grandes, en general) destinados a guardar y conservar los alimentos, tanto líquidos como sólidos, puede ser también indicativa de su carácter doméstico. Por ejemplo, en Tejada la Vieja, en la campaña de 1985, se documentó la presencia de ánforas y grandes vasos cerámicos en las esquinas de las habitaciones, que significativamente tienen, además, un hogar, como son A-1/85, A-3/85 y A-4/85. También es muy reveladora la existencia de molinos, que testifican la realización de actividades domésticas relacionadas con la transformación de alimentos.

La presencia de *pondera* y fusayolas evidencian el desarrollo de actividades textiles en el interior de algunas viviendas, cuyo producto puede estar destinado al consumo propio o al intercambio. Pero hay autores que piensan que los *pondera* podrían ser simplemente un sistema de pesas, que tuvieran múltiples usos, por lo que para confirmar su utilización como pesas de telar sería conveniente confirmar su asociación a fusayolas u otros elementos del telar (Bernabéu *et alii* 1986: 332). Por lo que sabemos, estos telares se situaban próximos a los vanos y puertas con el fin de aprovechar al máximo la luz natural.

Otro elemento indicativo de la funcionalidad de una estancia es el equipamiento doméstico inmueble, como son los hogares, bancos y hornos.

La presencia de estos materiales e infraestructuras y la abundancia de desechos de materia orgánica indican que ese espacio estaría destinado principalmente a la elaboración y consumo de comida, al descanso y sería posiblemente un lugar de reunión (Delgado *et alii* 2013: 341). En el poblado ibérico de El Oral (Alicante) los excavadores han concluido que la primera estancia, normalmente con hogar y abierta a la calle, sería el espacio destinado a cocina y descanso, mientras que la segunda estancia, situada al fondo, sería una zona de almacén (Sala Sellés 2005: 134).

En la mayoría de los casos estudiados en el Bajo Guadalquivir los espacios parecen que son polifuncionales. En ellos se realizaban las diferentes tareas



domésticas (descanso, alimentación, almacenamiento, etc.) y también, a veces, el trabajo artesanal, como parece que ocurre en el área de actividad metalúrgica de carácter doméstico, estudiada en el Corte 15 A de la excavación de la calle Abades 41-43, en Sevilla. También en la C/ Alcázar nº 38 de Écija parece documentarse actividad industrial en el ámbito doméstico (Rodríguez González 2014: 206).

En Tejada la Vieja, en la excavación de Blanco y Rothenberg, en el ángulo sudeste de L12a, se documentó en el suelo una pequeña placa de tierra quemada y solidificada (L29). Junto a ella aparecieron restos de escorias de sílice, que evidencian la realización de trabajos metalúrgicos relacionados con la plata. Los excavadores han interpretado este lugar de la casa como un patio pequeño que serviría como taller (Blanco y Rothenberg 1981: 259). El suelo de la habitación que quedaba al sur (L21) era de tierra y presentaba manchas de ceniza y tierra quemada. En él se identificó la huella de un poste hincado en el centro (L30), que se interpretó como un soporte para poner el caldero al fuego. Este dato, junto con la presencia de abundantes fragmentos de ánforas y otros recipientes, hizo suponer que esta habitación se usaba como cocina (*Ibidem*), aunque el hecho de que no se hallasen restos de hogar nos lleva a aceptar la hipótesis con cierta reserva. Junto al muro M16 se halló una zona de tierra cocida y tres grandes pellas del mismo material que posiblemente eran los restos de un horno, así como fragmentos de una tinaja de barro, lo que parece confirmar al menos el carácter doméstico de esta estancia.

También en Tejada la Vieja, en la campaña arqueológica de 1985, los excavadores diferenciaron entre edificios públicos, que podrían corresponder a almacenes o similares, ya que poseían una mejor planificación y una factura más cuidada, y estancias destinadas a vivienda, como las halladas en los cuadros A-1/85 y A-3/85, con plantas más irregulares y de construcción más modesta.

De las estructuras estudiadas en este mismo yacimiento durante la campaña de 2006, se ha planteado la posibilidad de que H01 y H07 fueran realmente almacenes, pero no ha sido posible corroborarlo con el material arqueológico recuperado (García Sanz 2006: 85). En muchas estancias, como en H01, H04, H06, se han documentado restos de elementos relacionados con la actividad metalúrgica (restos de escorias, toberas, etc.), por lo que se ha supuesto que esta zona del yacimiento sería un área con carácter “industrial” (García Sanz 2006: 84).

Imprescindible para el estudio de la funcionalidad de un espacio, construido o no, es el análisis microespacial, pero para que este tenga validez y fiabilidad hay que contar con una muestra artefactual que sea cuantitativa y cualitativamente representativa. También es necesario conocer la distribución y ubicación exacta de los materiales en el contexto arqueológico de origen. Con todo, debemos huir de los juicios precipitados al sacar conclusiones sobre el significado funcional de los materiales arqueológicos registrados en un espacio determinado y asegurarnos de que estén en su posición original y primaria, pues a veces, al acabar su utilidad, los objetos se abandonan en áreas de desecho (Adánez 1986: 18), o sufren alteración postdeposicionales.

Estos requisitos rara vez se cumplen en los yacimientos de época turdetana estudiados, bien por carencias en el registro arqueológico o bien por circunstancias inherentes a la dinámica de cada poblado, por lo que no es fácil la aplicación de este tipo de estudios. En la mayoría de los casos los materiales arqueológicos aparecen muy fragmentados y deteriorados, fruto de su uso continuado, e incluso a veces aparecen en las capas de relleno de los distintos niveles de construcción o en los vertederos. En otras ocasiones, la renovación y reparación frecuente de los suelos y la propia limpieza del interior de las viviendas, hace que desaparezca una valiosa información arqueológica sobre el uso que se dio a cada espacio.

En conclusión, el estudio de las funcionalidades es una tarea muy complicada, pues en la mayoría de los casos faltan elementos que nos permitan estar seguros de a qué se destinaba cada una de las partes de las viviendas turdetanas. En otros yacimientos protohistóricos de la Península Ibérica sí se han realizado análisis microespaciales con muy buenos resultados, como, por ejemplo, en el poblado ibérico del Cerro de las Nieves, en Ciudad Real (Fernández Martínez y Hornero del Castillo 1990), o en el de Alorda Park, en Tarragona (Sanmartí y Santacana 1986), ya citado en otras páginas.

#### IV.8. Propuestas de reconstrucción

La arqueología experimental ha tenido un gran desarrollo en nuestro país durante las últimas décadas, aunque con retraso respecto a otros países europeos. En la actualidad, la arqueología experimental se imparte como disciplina académica en muchos de los centros universitarios españoles, e incluso existen publicaciones monográficas al respecto, como el *Boletín de Arqueología Experimental* de la Universidad Autónoma de Madrid, centro que también participó, junto con otras instituciones, en la organización del IV Congreso de Arqueología Experimental, en el año 2014 en la ciudad de Burgos.

Es incuestionable el valor de las aportaciones de la arqueología experimental en la investigación de la arquitectura protohistórica y también en la difusión y divulgación de nuestro patrimonio arqueológico. La arqueología experimental permite, entre muchas otras cosas, la recreación del proceso de construcción de las viviendas protohistóricas. En el Laboratorio de arqueología Experimental de El Vendrell, Tarragona (Morer *et alii* 2000) se han verificado varias hipótesis reconstructivas para la arquitectura doméstica ibera, a partir de la documentación procedente de distintos yacimientos del sur de Cataluña, como son Alorda Park (Calafell, Tarragona) y Barranc de Gáfols. En estos mismos yacimientos también se han llevado a cabo actividades de revalorización, musealización y divulgación didáctica, con la reconstrucción de algunas viviendas protohistóricas *in situ* y la recreación de los modos de vida de la época, que permiten acercar la arqueología al gran público. Las bases para estas reconstrucciones son por un lado los datos arqueológicos, más exactos y útiles gracias a la aplicación de nuevas metodologías en el registro de la información arqueológica, y por otro lado la etnografía. La arqueología experimental permite estudiar de manera práctica y directa varios aspectos de las técnicas constructivas y de las arquitecturas del pasado, nos ayuda a comprender por qué se emplean unos materiales constructivos y recursos técnicos y no otros, conocer su resistencia y perdurabilidad a los agentes atmosféricos, si es necesario la realización de reparaciones (Belarte *et alii*: 2000). Además nos permite comprobar la viabilidad de la construcción, desde un punto de vista estático, al poder estudiar el comportamiento de las diferentes partes de la vivienda ante el paso del tiempo. Estas experiencias arqueológicas resultan determinantes a la hora de comprobar la viabilidad de las hipótesis de reconstrucción. Además permiten comprobar la capacidad de las estructuras para cumplir las funciones que se le

atribuyen, y si las condiciones de habitabilidad de la vivienda son adecuadas.

A todo ello hay que añadir, las posibilidades que nos ofrece la etnoarqueología como fuente de información complementaria, pues muchas de las técnicas prerromanas de construcción perviven en la actualidad, con apenas modificaciones, en algunas zonas del planeta. En nuestro país todavía podemos observar ejemplos de construcción en tierra en algunos pueblos del interior. La búsqueda de paralelos en las arquitecturas primitivas y populares, es una fuente más de información sobre los modos y técnicas de construcción en el pasado. En las últimas décadas estamos asistiendo, impulsado por el movimiento ecologista, a una puesta en valor de la arquitectura tradicional, realizada con materiales del entorno, lo que nos ha acercado aún más a la imagen de la arquitectura protohistórica, realizada con materiales de la zona y con un mínimo impacto visual en el entorno.

En el ámbito de la arquitectura doméstica turdetana queda aún mucho por hacer en este campo de la investigación. Basándonos en los datos recopilados, nuestra propuesta de reconstrucción para la vivienda de época turdetana en el área del Bajo Guadalquivir sería la de un edificio de mediano tamaño, con una planta cuadrangular y no siempre de forma regular, pues las viviendas se adosan unas a otras aprovechando el espacio disponible. Con frecuencia su construcción se adapta a la topografía del terreno cuyo desnivel se salva por medio de uno o varios escalones. Los suelos interiores son generalmente de tierra batida o apisonada, mientras que en los exteriores se utilizaron materiales pétreos más resistentes a los agentes atmosféricos.

En su mayor parte serían casas de una sola planta, con una cubierta plana o con escasa inclinación que podría ser utilizada como un espacio doméstico más, pues la benignidad del clima de la zona permite el desarrollo de actividades al aire libre durante la mayor parte del año.

El espacio interior podría estar dividido, mediante paredes medianeras, en diferentes estancias, aunque en el caso de las viviendas más pequeñas podría darse un único espacio polifuncional. Las viviendas estaban equipadas con la infraestructura y estructuras necesarias para el desarrollo de la vida cotidiana (bancos y repisas, hogares y hornos).



Figura 83: Recreación del interior de una vivienda turdetana, Museo de la Ciudad de Carmona (<http://www.museociudad.carmona.org/index.php/museo/la-coleccion/salas-4-6-carmona-turdetana>).

En cuanto al aspecto exterior, pensamos que las viviendas turdetanas presentarían muy pocos vanos para no debilitar los muros y para proteger el interior de las altas temperaturas; con esta misma finalidad se revocaban y encalaban las paredes. Los vanos de paso solían abrirse en los muros más cortos, próximos a los ángulos para evitar debilitar la estructura.

El desarrollo de numerosos programas informáticos de reconstrucción en 3D y de realidad virtual, nos ayudan a hacernos una idea del aspecto que pudieron tener estas viviendas. Para la *Gadir* arcaica, y partiendo de los datos de las últimas excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en el solar del antiguo “Teatro Cómico”, contamos con la reconstrucción de las viviendas del llamado Período II-Fenicio A (fines del s. IX-mediados del VIII a.C.), que presentan muchas similitudes con las viviendas turdetanas del área del Bajo Guadalquivir.

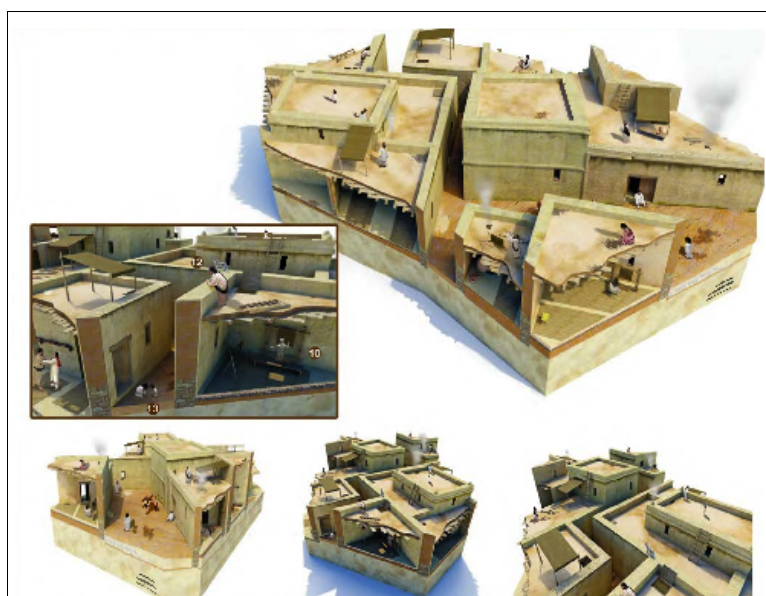


Figura 84: Propuesta de reconstrucción en 3D de las viviendas del Período II- Fenicio A en el yacimiento del “Teatro Cómico” de Cádiz (Gener Basallote *et alii* 2014: 39).

También del llamado “barrio fenicio” del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María), existen recreaciones en 3D, que nos ofrecen una imagen del urbanismo y de la disposición de las viviendas en manzanas cuya construcción se adaptó a la topografía en ladera del lugar.



Figura 85: Vista aérea 3D del barrio fenicio de Doña Blanca, El Puerto de Santa María, Cádiz (Pachón y Manzano 2015).



Figura 86: Reconstrucción del alzado del barrio fenicio de Doña Blanca, El Puerto de Santa María, Cádiz (Pachón y Manzano 2015).

Igualmente interesantes a este respecto son las imágenes en 3d y videos de la web de este mismo yacimiento, que recrean la vida y actividades de los habitantes del poblado e, incluso, permiten realizar una visita virtual del yacimiento (<http://www.ceeibahia.com/yacimiento/trash2.asp>).

#### **IV.9. La tradición oriental en el origen de la arquitectura turdetana**

La época turdetana no introduce grandes novedades respecto a las tradiciones constructivas heredadas de la arquitectura colonial fenicia, bien representada en los mismos asentamientos que tuvieron continuidad durante todo el I milenio a. C. como Huelva, Castillo de Doña Blanca, *Caura* (Coria del Río) o *Carmo* (Carmona), por citar algunos ejemplos. Esto nos lleva a plantear el peso de la influencia oriental en la configuración de la arquitectura doméstica turdetana. Si en ella pudieron coincidir las novedades que llegaron del exterior con la herencia de un sustrato autóctono de la Edad del Bronce, como se defiende para otras culturas coetáneas, es una cuestión difícil de contestar hoy por hoy, dada la información que tenemos sobre el mundo indígena del Bronce Final. Partiendo de esta premisa, será conveniente detenernos a analizar los factores “étnico-culturales” (Sala Sellés 2005: 121) y su influencia en la arquitectura local.

Como ya hemos comprobado en las fuentes escritas clásicas, la Turdetania estaba poblada por una población – los turdetanos – que se dicen herederos de los tartesios y que compartían su espacio con otros grupos étnicos, celtas, fenicios y púnicos, con los que a menudo formaban comunidades mixtas. La presencia, más o menos permanente, de otras culturas en territorio turdetano podría ser la vía de penetración de influencias externas, aunque no siempre esas influencias pueden explicar los procesos de cambio que se observan en las culturas indígenas.

Durante los tiempos protohistóricos numerosos y diferentes pueblos llegaron a la tierras peninsulares, fenicios primero, griegos después y antes del cambio de era los romanos habían fijado también sus objetivos en territorio peninsular. Debemos plantearnos cuál es la razón que lleva a estos pueblos a interesarse por la península Ibérica y recorrer tan largas distancias. Alvar (1990: 12) señala que las causas últimas de estos contactos entre diferentes culturas suelen ser económicas, bien la búsqueda de materias primas o de nuevos mercados para sus productos. Este mismo autor afirma que los primeros síntomas de cambio afectan también al ámbito económico, con la introducción de nuevos productos comerciales, herramientas, etc. Este cambio en la estructura económica resulta previo e imprescindible para cualquier cambio en el ámbito social, político y finalmente ideológico. Cualquier cambio “en la superestructura ideológica solo es posible si

está precedido por cambios en los niveles estructurales previos” (*Ibidem*).

Esos primeros contactos, en busca de apoyo y colaboración, se establecen generalmente con las élites autóctonas, que controlaban el acceso a las materias primas. Es precisamente esa aristocracia indígena la primera que, en un intento de emular a los recién llegados y diferenciarse del resto de la población, adopta modas y costumbres foráneas, acaparando las importaciones de lujo (Aubet 1977-78: 98). Estos objetos de lujo (orfebrería, marfiles, bronce), funcionan como un símbolo de “rango y jerarquía” (González Wagner 1986: 133). Posteriormente el resto de la población intentará imitarlos también, por lo que los artesanos indígenas comienzan a copiar y adaptar los nuevos estilos y técnicas (Alvar 1990: 22).

#### **IV.9.1. Fenicios en el sur de la Península Ibérica**

La presencia fenicia en el sur peninsular se remonta a los siglos IX- VIII a.C., fechas en las que se documenta en la Andalucía atlántica, desde Huelva a la Bahía de Cádiz, y en el litoral malagueño, la existencia de establecimientos fenicios estables que propiciaron el contacto directo con la población autóctona. Mucho se ha discutido sobre el carácter de esos asentamientos orientales en las costas peninsulares, si eran simples factorías comerciales<sup>41</sup>, puertos franco<sup>42</sup> o auténticas colonias<sup>43</sup>.

La temprana presencia de los fenicios en el suroeste peninsular se explica por la búsqueda de las riquezas mineras de la región. Estos intereses económicos son corroborados por las fuentes escritas y la documentación arqueológica, que apuntan a que el objetivo principal de los fenicios era el abastecimiento de metales (Aubet 1985: 29), en concreto de plata y pirita, abundante en las minas de Sierra Morena, Riotinto y Aznalcóllar. Posteriormente también se interesarían por la explotación de los recursos agrícolas.

---

41 En las que residen, de forma temporal o definitiva, mercaderes extranjeros, pensadas en principio como centros de intercambio de mercancías (Aubet 1985: 27).

42 Como su nombre indica sería un enclave portuario situado a orillas de un río o en la costa, dedicado al intercambio de mercancías, que cuenta con la infraestructura necesario para ello y con una población reducida especializada en transacciones comerciales.

43 El término colonia implica ya un control territorial y el monopolio del acceso a los recursos, por lo que también es necesario una mayor presencia poblacional (Aubet 1985: 28).



Ya hemos visto cómo las fuentes clásicas alaban las riquezas del sur peninsular. Estrabón, siguiendo a Posidonio, nos describe (*Geografía* III.2.8-9) las minas de Iberia y el control de estas por los fenicios y luego por los romanos (I.1.4; III.2.13). Por su parte, Diodoro dedica una sección de su *Biblioteca Histórica* a las minas de Hispania (V. 35-38), entre las que se encontraban las del sur peninsular. También hace referencia a las grandes ganancias que obtuvieron los fenicios de su explotación, que incluso les permitió la fundación de nuevas colonias en el Mediterráneo (V. 35. 4-5).

Las excavaciones realizadas en los centros mineros y metalúrgicos del área occidental tartésica (Riotinto, Huelva, San Bartolomé de Almonte, entre otros) corroboran los datos transmitidos por las fuentes. La presencia en el registro arqueológico de restos de toberas, escorias y hornos de fundición, fechados en la segunda mitad del siglo VIII a.C., e incluso antes según hallazgos de la última década en Huelva, nos hablan del temprano desarrollo de los procesos de transformación del metal en esta región.

Por otro lado, es necesario diferenciar entre un contacto intercultural indirecto, como el que se deriva de las meras relaciones de intercambio, y una migración poblacional con establecimientos estables, pues las repercusiones sobre la población indígena no serían las mismas. Ya hemos visto que en los primeros momentos se trataría de relaciones comerciales esporádicas, con una población semita escasa e itinerante. Posteriormente esos mercaderes se fueron asentando en los grandes núcleos tartésicos y con ellos los artesanos, que se encargarían de satisfacer la demanda de productos de lujo por parte de la población autóctona. Progresivamente se percibe una mayor presencia de fenicios en los principales centros indígenas, población fenicia encargada de organizar y controlar una red comercial que canalizara la producción y distribución de los metales (Díes Cusí 2001: 102), a la que más tarde se irían sumando emigrantes orientales de distinto origen. Estrabón (*Geografía* III.2.13-14) comenta que todavía en su época la población fenicia era numerosa en muchas de ciudades de la Turdetania.

González Wagner (1986: 150-151) señala distintas situaciones de contacto en las tierras del sur peninsular. En primer lugar, la presencia de especialistas fenicios en asentamientos indígenas, que se ocuparían de actividades especializadas, como es el caso de Tejada la Vieja, donde los fenicios se dedicaron a la metalurgia. En otros casos es la población autóctona la que se establece en asentamientos fenicios, donde se emplearon como mano de obra. En definitiva, indígenas y fenicios

convivían en los mismos enclaves, en espacios diferenciados o a veces compartidos, e incluso se mezclaron entre ellos dando lugar a una población mestiza. Para las élites indígenas los matrimonios mixtos eran una forma de reforzar los vínculos económicos y políticos (González Wagner 1986: 154).

En el caso concreto de Carmona se ha hablado de una “ciudad doble” en época tartésica, con una zona en la que habitaba la población indígena, al sur y sureste de las vaguadas del Albollón y San Bartolomé, y un núcleo de población alóctona al noroeste del casco histórico, en el barrio de San Blas, donde se ha documentado la presencia de numerosos elementos orientales (Escacena 2001b: 28). En esta zona se habría establecido una pequeña colonia de comerciantes y artesanos orientales, que a finales del siglo VIII a.C., constituían un auténtico *karum* (Belén y Escacena 1996: 92). Ya hemos hecho referencia a los restos constructivos de tipología oriental exhumados en la excavación de la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo (Belén *et alii* 1997), que se han interpretado como un complejo cultural, que con diversas reconstrucciones estuvo en funcionamiento desde el siglo VII, al menos, hasta mediados del s. V a.C., y que según Belén y Lineros (2001: 122) es un claro testimonio de la presencia de una comunidad semita en esta zona de la ciudad, población que para muchos autores se habría enterrado en la necrópolis de la Cruz del Negro (González Wagner 1986: 147).

La existencia de un santuario de tipo oriental en *Caura* en época tartésica (Escacena e Izquierdo 2001), apunta a un importante grupo de población oriental que habitaría un barrio ubicado junto a un lugar de culto consagrado a divinidades semitas.

También en la ciudad de Huelva se ha visto la presencia de una comunidad fenicia asentada de forma permanente al menos desde fines del siglo IX a.C. Ya hace años Pellicer (1996b: 119) planteó la hipótesis de que Huelva fuera un asentamiento dual, en el que la población indígena ocuparía la zona alta y media de los cabezos, donde continuaron habitando en sus tradicionales cabañas circulares (Izquierdo de Montes 1998), y la población semita las zonas bajas de la ciudad, donde construirían junto al puerto una ciudad de nueva de forma oriental (cf. Rodríguez Muñoz 2004: 58). El hallazgo de un posible almacén en los n<sup>os</sup> 8, 10 y 12 de la calle Puerto y un santuario en los n<sup>os</sup> 7-13 de Méndez Núñez, fechados durante el siglo

VII y principios del siglo VI a.C., corroborarían la existencia en Huelva de una población oriental, que convivía y negociaba con los indígenas desde fechas tempranas del siglo IX a.C. y quizás antes (Belén 2010-2011: 100-102).

En Tejada la Vieja la existencia de una muralla de tipo oriental, y el concepto delimitador del espacio que esta supone, así como el proyecto urbanístico en su conjunto, nos hablan asimismo de una importante influencia fenicia (García Sanz 2003: 11), que no se explica a través de contactos meramente comerciales.

El asentamiento del Castillo de Doña Blanca, que pasó de tener “un barrio fenicio” (Ruiz Mata 1998: 178) a ser identificado como una fundación propiamente fenicia, también se configura como un hábitat de población mixta, igual que la *Gadir* arcaica<sup>44</sup>, a la que disputa, como veíamos, haber sido la primera colonia tiria en la Bahía gaditana.

Los primeros contactos con la población fenicia y, sobre todo, su establecimiento en los territorios del Valle del Guadalquivir, supusieron la llegada de modas y productos de lujo, pero, sobre todo, la introducción y difusión de conocimientos y avances técnicos novedosos, como la metalurgia del hierro, el uso del torno cerámico, el perfeccionamiento de los sistemas de construcción, y un largo etc., que cambiaron la estructura económica de la población indígena. Actividades como la copelación de la plata, que se documenta en los yacimientos mineros de San Bartolomé de Almonte y Peñalosa, o la construcción de grandes obras de infraestructura, como la muralla de Tejada la Vieja y el muro oriental de San Pedro, son acciones que requieren una presencia continuada de población fenicia (García Sanz 2003: 11).

El hecho es que en estos siglos en los que la presencia fenicia en la Península Ibérica se hace efectiva en territorio tartésico y en su entorno, observamos una importante transformación en la cultura autóctona que asimila las influencias orientales dando lugar al período conocido como orientalizante (Aubet 1977-78: 85).

#### **IV.9.2. La presencia púnica en el Valle del Guadalquivir**

Con la decadencia de las metrópolis fenicias, tras la caída de Tiro, se produce un relevo en las relaciones comerciales con los pueblos de la Península Ibérica. Serán

<sup>44</sup> Virginia León: “El ADN de los habitantes de Gadir”  
<http://www.diariodecadiz.es/article/ocio/1185088/adn/los/habitantes/gadir.html> (4.10.2015)

ahora las colonias fenicias occidentales del norte de África, encabezadas por Cartago, las que ejerzan su influencia económica y cultural en el sur peninsular. Los cartagineses mostraron también un gran interés por los recursos metalúrgicos y agropecuarios del Valle del Guadalquivir. En la segunda mitad del siglo IV a.C., las relaciones de los centros turdetanos con el norte de África se intensifican, como demuestran las cerámicas del Castillo de Doña Blanca, posiblemente por el Segundo Tratado entre Roma y Cartago (348 a. C), que permitió y favoreció la presencia cartaginesa en la Península (Ruiz Mata 1987: 304). Posteriormente los cartagineses se asienta en los territorios turdetanos, como recogen las fuentes escritas clásicas, entre ellas Estrabón (III.1.7; III.4.1) y posteriormente Plinio (*N.H.* III.8), que nos hablan de bastetanos y/o bástulos y los sitúan en las costa entre el Guadiana y el Guadalquivir (Ferrer Albelda 2004: 288).

La información transmitida por las fuentes literarias es corroborada por el registro arqueológico, como demuestra el epígrafe púnico hallado en la excavación del solar 2-4 de la calle Pasaje Real de Alcalá del Río (Zamora López 2007). También la numismática aporta una valiosa información al respecto; recordemos el tesoro hallado en la Cuesta del Rosario que contenía cuatro dracmas de plata cartaginesa. Por otro lado, en época romana numerosas ciudades del Bajo Guadalquivir emiten monedas con letrero púnico, como *Ituci* (Tejada la Nueva), algo que según Ferrer Albelda (2004: 294) solo puede deberse a que la población utilizaba todavía el alfabeto púnico y se sentían identificados con él.

En Niebla el sustrato púnico se rastrea fácilmente en las cerámicas y en la construcción de una muralla defensiva realizada en el siglo II a.C. en *opus africanum* (Belén y Escacena 1993: 150).

El dominio cartaginés en el sur peninsular fue un periodo breve (237 a.C.- 206 a.C.) pero las relaciones con las comunidades púnicas del norte de África se pueden remontar a un siglo antes. La presencia cartaginesa fue de gran importancia como podemos comprobar en las consecuencias que tuvo para la población autóctona; tan profunda es la huella púnica que incluso en tiempos romanos era aún visible. Los niveles de incendio de finales del siglo III a.C. documentados en muchos de los yacimientos, se relacionan con los enfrentamientos bélicos entre cartagineses y romanos por el dominio de los territorios peninsulares, en el contexto de la II Guerra Púnica (218-201 a.C.). Nos cuenta Tito Livio (XXXIII.21.6-8) que décadas después,

concretamente en el año 197 a.C., se produce una rebelión de algunas ciudades turdetanas contra los romanos, dirigidas por régulos locales - *Luxinio* y *Culcas* - en alianza con las ciudades púnicas de la costa malagueña.

#### **IV.9.3. La tradición oriental en la arquitectura doméstica turdetana**

Es innegable el fuerte impacto que la presencia fenicio-púnica tuvo en la cultura que llamamos turdetana. Entre otras consecuencias, el contacto con estas poblaciones aportó novedades técnicas, que también se asimilan en al ámbito arquitectónico. Se adopta una nueva concepción del espacio doméstico, con un nuevo patrón de vivienda cuadrangular, a veces compartimentada en su interior, que, además, supuso un urbanismo más ordenado, con una trama regular, organizada en calles que se cruzan en ángulo recto. También se asimilan nuevas técnicas y materiales constructivos; el tratamiento de los muros y los tipos suelos documentados en las viviendas turdetanas de los diferentes yacimientos estudiados son de indudable tradición fenicia. Estos cambios son lentos y progresivos; el registro arqueológico nos muestra la generalización de estos nuevos elementos constructivos en los siglos VII y VI a.C., pero todavía no podemos hablar de una nueva configuración del hábitat, simplemente se producen algunos cambios.

En la Baja Andalucía se observa la adopción de la planta cuadrangular en las viviendas desde el inicio del Período orientalizante. Pero este proceso no será sincrónico ni uniforme en todos los poblados del Bajo Guadalquivir, sino que será un cambio gradual, que se irá extendiendo paulatinamente. Así, a mediados del siglo VIII a.C. comienza a adoptarse la planta cuadrada en muchos yacimientos tartésicos como, Huelva, Lebrija o Carmona, donde en algunos casos convive con las cabañas de planta circular características del hábitat de tiempos prefenicios. Esto último lo podemos observar claramente en el caso de Huelva, donde el hábitat en cabañas de planta oval o circular de época orientalizante se localiza en la periferia de la ciudad, como parecen corroborar los últimos hallazgos en la zona Vista Alegre-Universidad y en “La Orden Seminario” (Gómez Toscano, Linares Castela y De Haro Ordóñez 2009: 341). A mediados del siglo VII a.C. las edificaciones de planta cuadrangular se extienden por una zona más amplia, documentándose ahora en yacimientos como Niebla, Mesa de Setefilla, Écija o el Cerro Macareno, entre otros, sustituyendo a las edificaciones en cabañas.

La adopción de este nuevo tipo de planta, como ya hemos visto, permite una ordenación del espacio diferente, tanto en el interior de la vivienda como en la trama urbana. Pero la planta cuadrangular supone un nuevo reto constructivo: el sistema de cubrición, que tiene unas necesidades completamente diferentes a las de las antiguas cabañas circulares. Para solventar el problema, se adopta el modo fenicio de construir la cubierta con vigas transversales, de pared a pared, algo totalmente ajeno a la tradición indígena (Díes Cusí 2001: 92).

Ya hemos hecho referencia a la existencia de un patrón metrológico de 0,55 m, que se repite constantemente en las medidas de los muros de las viviendas turdetanas. Este canon tiene también un origen oriental y corresponde a la longitud del codo grande fenicio (Jodin 1975: 73).

En cuanto a los materiales constructivos, se observa un mayor uso de la piedra, que se adapta mejor a la nueva planta cuadrangular, y da mayor solidez a las construcciones. Hay autores que ven también un origen oriental en la introducción del uso de los adobes en la Península Ibérica. Independientemente de cuál fuera su origen, el hecho es que en estos momentos se observa un uso generalizado de piezas prismáticas de barro en la arquitectura del Bajo Guadalquivir, no solo para la construcción de los muros, sino también para elementos secundarios como bancos u hornos.

Por otro lado, también los muros de muchas viviendas tienen ahora revestimientos elaborados y enlucidos exteriores de clara raigambre oriental. La introducción del uso de cal en la Península Ibérica, inicialmente para uso metalúrgico, se debe a los fenicios. Posteriormente se documenta su uso para revoques de paramentos y elaboración de pavimentos.

En cuanto a las técnicas de construcción, se identifican claramente ejemplos de paramentos contruidos con un aparejo mixto, que combina pilares de sillares y tramos de mampostería, de tradición fenicia.

El primero muro de este tipo documentado en la Península Ibérica fue el del Cabezo de San Pedro, fechado en el siglo VIII a.C., y que fue interpretado como un obsequio interesado de los fenicios a la élite autóctona que habitaba en la cima del

cerro. Se planteó inicialmente que se construyera como muro de contención (Fernández Jurado 1988-89), aunque en la actualidad existen ciertas dudas al respecto. En la Cata-8 de Niebla el Muro 5, fechado en la segunda mitad del s. II a.C, estaba también realizado con esta técnica mixta, siendo una “obra de gran solidez y aspecto cuidado” (Belén y Escacena 1993: 147).

En Carmona, en la excavación de la calle Higueral nº 2, encontramos otro muro de técnica mixta, fechado en la segunda mitad del siglo VI a.C. Por fábrica se relaciona con el tipo de muro de pilares oriental, aunque no encaja exactamente con ningún paralelo (Belén *et alii* 1993: 224). Los excavadores (Cardenete *et alii* 1988: 263) han planteado que pudiera ser un muro de tipología púnica con funcionalidad defensiva.

Otra técnica de influencia oriental es la mampostería *careada*, con las piedras *trabajadas* en la cara externa y calzadas con pequeños ripios, con lo que se obtiene “cohesión, solidez y regularidad” (Belén y Escacena 1993: 147). El muro 24 de la Cata-8 de Niebla, fechado hacia finales del siglo III a.C., estaba construido con mampuestos careados y piedra menuda de las canteras locales.

Esta técnica constructiva está igualmente bien representada en las distintas excavaciones realizadas en Carmona durante las últimas décadas. En el corte CA-80/A (Pellicer y Amores 1985: 72) y en la excavación de la Plazuela del Higueral nº 3 (Gil *et alii* 1987: 583).

Recapitulando, está aceptado, de forma general, que es posible un desarrollo en una comunidad sin contactos alóctonos, por la propia evolución interna. Pero también hay que reconocer que esos contactos aceleran los procesos de cambio y que “las transformaciones promovidas por contacto intercultural solo son posibles en el seno de sociedades capacitadas, por su propia evolución, para asumir esos cambios” (Alvar 1990: 11). Todo esto nos lleva a una cuestión ya clásica de evolucionismo *versus* difusionismo, debate en el que no vamos a entrar.

Desde posturas difusionistas se ha valorado el papel del mundo indígena como un simple receptor pasivo, que se limitaba a asimilar la influencia de la muy superior cultura foránea. Sin embargo, en las últimas décadas se ha reivindicado el papel del

elemento indígena y se ha planteado que en lugar de hablar de aculturación deberíamos analizar los resultados del contacto intercultural en términos de interacción cultural, porque los contactos entre pueblos diferentes no son unidireccionales, sino muchos más complejos y recíprocos (Alvar 1990: 17).

En el caso que estudiamos, la población indígena adoptó sin duda costumbres y novedades llegadas del exterior, pero este proceso no fue simultáneo ni uniforme en todo el Bajo Guadalquivir, ni tuvo la misma intensidad en todos los ámbitos. Por ejemplo, en la esfera ideológica, que como ya hemos visto es la más reticente a los cambios, solo se adoptan determinados elementos a los que se le otorga un significado diferente y propio (González Wagner 1986: 159). Muchos autores hablan más bien de un proceso de difusión cultural, en el sentido de que se adoptan ciertas técnicas, costumbres y modas, pero no se produce un cambio profundo que afecte a las estructuras (sociales, culturales, económicas) que definen a una sociedad (Díes Cusí 2001: 97).

En el campo arquitectónico, y a nivel arqueográfico, son innegables los cambios que se producen en la arquitectura doméstica indígena a partir de la presencia oriental en los territorios del sur peninsular, pero los datos disponibles no nos permiten evaluar qué repercusiones sociales tuvieron. Díes Cusí (2001:107) concluye que la presencia fenicia en los asentamientos tartésicos conllevó importantes transformaciones en la arquitectura doméstica autóctona, pero estos cambios se limitaron a aspectos formales y técnicos y los indígenas no llegaron a asumir el concepto social de la vivienda fenicia.



## V. Conclusiones

Pese a las deficiencias de información reiteradas a lo largo de las páginas precedentes, que repercuten directamente en la calidad de nuestro trabajo, pues la mayoría de las intervenciones se remiten a informes y/o sucintas memorias de excavaciones publicadas en el *Anuario Arqueológico de Andalucía*, hemos intentado realizar una aproximación a la vivienda de época turdetana en la región del Bajo Guadalquivir. Con este trabajo pretendemos superar las etapas preliminares y necesarias de recopilación, clasificación y estudio de los datos materiales y su preparación como fuente de información, para ir más allá en un intento de realizar una definición del modelo de arquitectura turdetana, analizando sus características diferenciadas y definitorias.

Ya hemos señalado, en varias ocasiones, la primacía en los primeros momentos de la investigación de los sondeos estratigráficos, cuyo objetivo fundamental era conseguir secuencias cronológicas, por lo que se descuidaban otros aspectos del registro igualmente valiosos, lamentablemente ya perdidos. Ciertamente en las últimas décadas han aumentado las excavaciones y estudios en área abierta, permitiendo un mejor conocimiento del urbanismo y la arquitectura protohistórica, pero el método arqueológico presenta limitaciones para estudiar algunos materiales constructivos y estructuras que por los procesos erosivos y de degradación no se detectan fácilmente en el registro arqueológico. Por ello es necesario el máximo rigor en las intervenciones arqueológicas y en la “descripción de las estructuras arquitectónicas, así como en el uso apropiado de los términos de construcción” (Sala Sellés 2005: 121). Ya hemos comprobado cómo a veces el uso inapropiado de los términos constructivos puede crear confusiones.

En algunos de los yacimientos estudiados, en los que los datos y medidas incluidos en los informes de excavación son escasos e insuficientes para nuestro propósito, hemos recurrido a la planimetría, pero nos hemos encontrado con que en la mayoría de los casos solo existen planos muy básicos de las construcciones, de los que no podemos extraer datos válidos.

Después de completar nuestra investigación hemos llegado a la conclusión de que aunque, como ya hemos dicho, no podemos hablar de un tipo de casa turdetana sí que hay una serie de elementos comunes, que se repiten constantemente y que

permiten caracterizarla. Las viviendas son de planta cuadrangular o rectangular y se adaptan a la topografía, sin apenas preparación previa del terreno. Los muros están contruidos con un cimiento o zócalo de piedra de los que solo se han conservado varias hiladas. El tipo de piedra utilizado depende de la disponibilidad en el entorno próximo; en la zona de Huelva abunda el uso de la pizarra mientras que en la región sevillana de Los Alcores predomina la piedra alberiza, que es el nombre que recibe la calcarenita de las canteras locales. Estos muros de piedra están realizados en la mayoría de los casos con mampuestos y solo en algunos se han careado en su cara externa. El zócalo de piedra actúa como aislante de la humedad, por lo que podemos deducir que los muros maestros perimetrales, al estar más expuestos a los agentes meteorológicos, tendrían un zócalo más alto y potente que las paredes o tabiques internos.

A este zócalo de piedra se le superpone una alzado de adobe en la mayoría de los casos, y solo ocasionalmente de tapial. Los adobes suelen ir colocados horizontalmente por su lado largo, cuyas dimensiones suelen coincidir con el ancho de los zócalos, de una media de unos 55 cm, existiendo varias posibilidades en el tipo de aparejo utilizado: a soga en doble hilera, a tizón en hilera única (como por ejemplo en el Corte F del Cerro Macareno) o bien con una técnica mixta, alternando a soga y tizón.

En el yacimiento de Tejada la Vieja los muros más anchos y de mejor factura técnica están delimitando manzanas que engloban distintos edificios. Adosados a estos muros se encuentran las estructuras internas, de menor grosor, que conforman las diferentes viviendas.

Todo el conjunto, de zócalo más alzado, estaba revestido con un enlucido de arcilla, que le servía de protección además de homogeneizar la superficie. A veces, sobre el revoco de barro, se han conservado restos de cal, que funcionaba asimismo como elemento protector y como aislante térmico.

Pocas veces conocemos los vanos de acceso, aunque suponemos que estos se situarían en el lado corto de la fachada, próximo a un ángulo, para no debilitar el muro. Tampoco conocemos los que permitían el paso entre las distintas dependencias de la casa, ni los huecos de luz, es decir, las ventanas, necesarias también para la ventilación interior, aunque pensamos que debieron ser escasas y pequeñas para combatir las diferencias de temperatura.

En cuanto a los pavimentos, la mayoría eran de tierra batida o apisonada, aunque

hemos comprobado que existen algunas excepciones. Cronológicamente parece que se produce una evolución en la tipología de estos pavimentos de tierra, pues inicialmente predominan los de arcilla roja, al menos hasta el siglo VI a.C., que posteriormente son sustituidos por los de arcilla amarillenta. Se han documentado algunos pavimentos contruidos con guijarros, piedras o incluso adobes. Estos espacios se han interpretado como lugares con diferente funcionalidad, quizás zonas al aire libre o patios.

Respecto a la construcción de la cubierta, esta se realizaba con materiales vegetales, vigas de madera y ramas, a las que se les aplicaba una capa aislante de arcilla. Estas vigas cargarían sobre las paredes y, a veces, en algún poste de refuerzo apoyado en el suelo. En Tejada la Vieja se han hallado numerosas lajas de pizarra en el interior de algunas estancias, lo que unido a la existencia de huellas de pilares cuadrados ha llevado a plantear que esos techos estuvieran contruidos de pizarra (García Sanz y Fernández Jurado 1987: 111). Sin embargo, es más probable que fueran simplemente elementos de sujeción de la débil cubierta vegetal, impidiendo que el viento la levantara y dañara. Se ha planteado la posibilidad de que existiera alguna abertura en el tejado para la salida de humos y la ventilación del habitáculo.

Todas las casas cuentan con algún tipo de equipamiento interno - sobre todo hogares y bancos - necesario para el desarrollo de las actividades domésticas. En algunas estancias se han documentado estructuras que hacen pensar en poyos o repisas para almacenar utensilios y herramientas, pero más frecuente, por ser un sistema mucho más sencillo y barato, debió ser disponer de ganchos, de madera u otro material, para colgar en la pared. Del hallazgo de fragmentos de grandes recipientes de barro en las esquinas de algunas habitaciones, se ha deducido que estarían destinados al almacenaje de alimentos o bebidas, pero no se han hecho análisis de residuos para conocer su contenido.

En definitiva, se trata de una arquitectura de cierta complejidad que revela un buen conocimiento tanto de los materiales de construcción y sus posibilidades, como de las diferentes técnicas constructivas. Debemos descartar la imagen tradicional de simple y pobre que se ha asociado durante décadas a la arquitectura en tierra (Blánquez 2014: 178). Esto no significa que la construcción fuera un trabajo altamente especializado. Como ocurre en otras culturas protohistóricas (Sánchez García 1999: 164), la arquitectura doméstica turdetana no fue realizada por

“arquitectos”, sino por personas con conocimientos de albañilería que seguramente se dedicaban a actividades diversas. En este sentido, la arquitectura prerromana del Bajo Guadalquivir no es diferente de la del área ibérica, salvo en aspectos, como es el caso de los materiales constructivos, que se deben más a condicionantes geográficos que a factores culturales.

Ciertamente son muchas las cuestiones que este trabajo no ha podido resolver. Una de ellas es si la construcción doméstica turdetana utilizó un patrón de medidas preestablecido. Parece que hay una medida que se repite frecuentemente, tanto en el tamaño de los adobes como en el grosor de los muros, de unos 55 cm, y que algunos autores han relacionado con el codo púnico. Sin embargo, con tan pocos datos no podemos sacar conclusiones de carácter metrológico.

Otra cuestión es si pudo existir o no una segunda planta en algunos edificios, que se suele deducir del grosor de los muros maestros. Pero, en nuestra opinión, para construir en altura no basta con que los muros sean más anchos, sino que también hay que evaluar si la cimentación y la solidez de la unión de las paredes podría resistir el peso de una segunda planta. Para conseguirlo hay varios sistemas constructivos, como, por ejemplo, la construcción en forma de “L”, en la que los muros se unen en las esquinas de forma monolítica, evitando el adosamiento y la debilidad en estos puntos de la construcción. En la mayoría de las viviendas estudiadas no hemos observado ninguna técnica constructiva específica para trabar los ángulos de las habitaciones, salvo en la excavación de calle Puerto 12, en Huelva capital, en la que los muros 3 y 4 formaban una esquina perfectamente trabada y reforzada con piedras de mayor tamaño.

Como decíamos, para levantar una casa de dos pisos es imprescindible que tenga unos buenos cimientos. Solo en algunos de los casos estudiados por nosotros encontramos zanjas de cimentación, siempre algo más anchas que el muro-cimiento, rellenándose con tierra y algunos materiales de desecho el espacio sobrante a ambos lados. No podemos afirmar que el hecho de que no se mencionen estas estructuras negativas en los informes de excavación, sobre todo en las intervenciones más antiguas, signifique que no existieran, sino que quizás pasaron desapercibidas y no se registraron durante la intervención arqueológica.

Otro elemento que podría indicar la existencia de un segundo piso es una escalera, pero tampoco tenemos evidencias de tales estructuras en los yacimientos estudiados. Algunos autores plantean que no es necesario que la escalera esté construida con piedra, barro u otro material resistente, sino que bastaría con una escala de cuerda y/o madera o, incluso, una simple cuerda con algunos nudos. El hecho de que estuvieran fabricadas con material vegetal explicaría que no dejaran restos en el registro arqueológico. Otro elemento indicador de la existencia de un segundo piso, sería la acumulación de materiales de derrumbe en el interior de las estancias. Para ello es necesario analizar detenidamente la estratigrafía del interior de las viviendas y estudiar la naturaleza de los materiales muebles recuperados entre los escombros. En la mayoría de los informes estudiados no se describen estratigrafías potentes para los niveles de abandono y derrumbe. Tampoco en los niveles de incendio los estratos correspondientes presentan una potencia suficiente como para probar la existencia de una segunda planta.

Con base en estos datos descartamos la construcción de una segunda planta en las viviendas estudiadas y consideramos más verosímil la construcción de un techo plano o con una mínima inclinación hacia la fachada, que a modo de terraza y aprovechando las condiciones climáticas, se podría aprovechar como secadero de productos agrícolas durante las horas de sol.

Tampoco podemos extraer conclusiones definitivas sobre las dimensiones de las viviendas turdetanas, por ser muy escasas las plantas completas; solo podemos plantear algunas hipótesis de trabajo, que tendrán que ser revisadas a la luz de nuevos datos. Suponemos que como en la mayoría de las culturas protohistóricas, existirían diferentes tamaños de viviendas, dependiendo de las necesidades y de la posición social y económica de sus ocupantes. Las viviendas más modestas tendrían un tamaño pequeño y escaso número de habitaciones, a veces una sola estancia, en otras ocasiones dos o tres. Las reducidas dimensiones de estas viviendas nos hace pensar que el grupo doméstico que las habitaba era poco numeroso, formado por una familia nuclear de 5 ó 6 miembros. De acuerdo con modelos etnográficos, con la familia suelen convivir algunos animales domésticos. Las viviendas de la élite social tendrían un mayor tamaño y mayor número de dependencias, como es el caso del gran complejo residencial de Alhonor, con 375 m<sup>2</sup> y, al menos, 8 estancias. Estas viviendas estarían habitadas por el grupo familiar

además de los sirvientes y otras personas con algún tipo de vínculo con la familia. El estatus socio-económico de quienes habitan una casa no se traduce solo en el tamaño y arquitectura de la vivienda, sino en la mayor diversidad de equipamientos y en las actividades que en ella se desarrollan. La élite social y política utiliza el ámbito doméstico como expresión de su elevada posición y su poder.

No menos complicado resulta definir áreas de actividad en el espacio doméstico, teniendo en cuenta la precariedad de los datos contextuales y la falta absoluta de estudios microespaciales. Salvo en casos excepcionales, no tenemos constancia de las actividades que se realizaban en el interior de las viviendas, por lo que solo podemos hacer conjeturas, más o menos verosímiles, sobre la función que tenían las distintas dependencias de una casa. A veces resulta incluso muy complicado distinguir un espacio doméstico de un edificio destinado a otras funciones (Belarte 2013). Para ello, además de las características constructivas, debemos recurrir al estudio de los materiales arqueológicos, así como a otras estructuras secundarias que nos ayudarán a comprender las actividades realizadas en su interior. Un elemento muy importante a la hora de estudiar la posible función doméstica de una unidad arquitectónica es el hogar, que, en las sociedades antiguas era el eje sobre el que giraba la vida familiar y las actividades domésticas. Es tal su importancia para la vida del grupo doméstico, que su nombre también se emplea para denominar, en sentido simbólico, a la propia vivienda en cuanto residencia familiar. Los hogares suelen ser estructuras muy sencillas, a veces una simple capa de arcilla sobre el pavimento, en algunos casos limitada con guijarros e incluso adobes, lo que hace más fácil su identificación.

En Tejada la Vieja se han documentado numerosos materiales arqueológicos en las calles, por lo que se ha supuesto que se arrojarían allí las basuras y desechos para mantener limpias las viviendas, aunque también se ha barajado la posibilidad de que sean restos de actividades de producción que se realizarían en espacios comunes al aire libre.

Nuestro intento de definir una arquitectura doméstica turdetana nos obliga a valorar la herencia de una tradición constructiva que se implantó y consolidó siglos atrás y sustituyó en poco tiempo a las endeble cabañas de planta circular que usaba la población autóctona a fines de la Edad del Bronce. La adopción de la arquitectura de materiales duros, de las plantas angulares, y de un concepto diferente del

espacio público y privado, fue uno de los resultados del contacto de la población local con comunidades de procedencia oriental establecidas en la región, tanto en los emporios costeros como en los asentamientos del interior del Valle del Guadalquivir. La interacción entre autóctonos y extranjeros estimuló cambios importantes que afectaron principalmente a la esfera tecnológica. La arquitectura doméstica adoptó pronto las técnicas y modelos llegados del exterior. Como ya hemos visto, desde fines del siglo IX a.C. y sobre todo a lo largo del Período Orientalizante (siglos VIII-VII a.C.) muchos poblados de la zona estudiada adquieren un urbanismo de aspecto oriental. Esto no responde solo a razones sociales, a estrategias de prestigio y diferenciación por parte de los sectores privilegiados, sino que también debieron contar las ventajas y mejoras que estas nuevas construcciones suponían.

La escasez de excavaciones en extensión que nos permitan conocer mejor la arquitectura doméstica de época turdetana limita en gran medida las conclusiones de este trabajo, que no puede pretender ser más que una aproximación al tema, un punto de partida que sirva de punto de partida para futuras investigaciones. Es mucho lo que queda por hacer y se impone un nuevo enfoque en los estudios sobre arquitectura doméstica de época protohistórica.

Es incuestionable el valor de la información que las viviendas pueden aportar sobre una sociedad. En las últimas décadas se ha venido reivindicando el significado social, cultural y simbólico de los espacios domésticos. Autores como Sánchez García (1999: 401) proponen la visión de “la casa como síntesis del grupo social que la concibe y la construye y a través de ella poder reconstruir los modos de vida y las actividades económicas y cotidianas”, pero para ello es necesario tener en cuenta las aportaciones que pueden prestar otras disciplinas, como la antropología y la etnografía.

Las continuas reformas, reparaciones, ampliaciones y/o divisiones del espacio descritas nos hablan de cambios en las necesidades del grupo doméstico y, en definitiva, de la arquitectura doméstica como “algo vivo”, en constante transformación (Blánquez, 2014), que se va adaptando a los cambios de la sociedad que la crea y que, por lo tanto, es un reflejo de la vida y de la evolución de esta. Pero pretender deducir de los datos aquí expuestos el papel social, la posición económica y la composición de los grupos familiares que habitaban las que

consideramos unidades habitacionales en la Turdetania prerromana, sería ir más allá de lo que nos permite la modesta base empírica sobre la cual hemos trabajado.



## VI. Bibliografía

ABAD CASAL, L. (1991): *La arquitectura ibérica, Cuadernos de arte español*, 12. Historia 16, Información y Revistas S. A., Madrid.

(1996): "Modelos de hábitat en el mundo ibérico. Una década de investigaciones", *Revista de Estudios Ibéricos*, 2: 123-145.

ABAD CASAL, L. y SALA SELLÉS, F. (1993): "El Poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)", *Serie de Trabajos Varios*, 90. Servicio de Investigación Prehistórica, Diputación Provincial de Valencia, Valencia.

ADÁNEZ PAVÓN, J. (1986): "Nuevas generaciones de análisis espacial y Arqueología contextual: una crítica" en *Arqueología Espacial*, 7: 7-20.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1987): "El área superficial de las poblaciones ibéricas", en *Los asentamiento ibéricos ante la romanización*, Coloquio 27-28 de Febrero de 198, Ministerio de Cultura, Casa de Velázquez: 21-34.

ALMAGRO-GORBEA, M. y DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A. (1988-89): "El palacio de Cancho Roano y sus paralelos arquitectónicos y funcionales", *Zephyrus* 41-42: 339- 382.

ALMAGRO BASCH, M., DEL AMO DE LA HERA, M., BLANCO FREIJEIRO, A., FERNÁNDEZ-MIRANDA, M., GARRIDO ROIZ, J.P., LEISNER, V., LEISNER, G., LUZÓN NOGUÉ, J.M., y ORTA GARCÍA, E. M. (1975): *Huelva. Prehistoria y Antigüedad*, Editorial Nacional, Madrid.

ALONSO NÚÑEZ, J. M. (1979): "Les informations de Posidonius sur la Péninsule Ibérique". *L'Antiquité Classique*, Tome XLVIII, 2º fascículo: 639-646.

(1999): "La Turdetania de Estrabón", en G. Cruz Andreotti (coord.) *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*. Ed. Thema, Málaga: 101-119.

ALVAR, J. (1990): "El contacto intercultural en los procesos de cambio", *Gerión*, 8: 11-27.

AMORES CARREDANO, F. (1982): *Carta Arqueológica de Los Alcores (Sevilla)*, Publicaciones Excma. Diputación Provincial de Sevilla, Sevilla.

AMORES CARREDANO, F. y RODRÍGUEZ HIDALGO, J.M. (1985): "Excavación de urgencia en la Avenida de Extremadura nº 56 (Santiponce; Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985. Vol.III: 380-385.

ANGLADA CURADO, R., LINEROS ROMERO, R. y ROMÁN RODRÍGUEZ, J. M. (2005): "Excavación arqueológica preventiva en la calle Diego Navarro núm. 1 de Carmona (Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2005, Sevilla: 2742-2761.

ARANEGUI GASCÓ, C. (1998): "Los iberos vistos desde la Península Ibérica", en *Los iberos, príncipes de Occidente*, Catálogo de la Exposición Galeries nationales du Grand Palais, París, Centre Cultural de la Fundació "la Caixa", Kunst- und Ausstellungshalle der Bundesrepublik Deutschland, Berlin, Fundación La Caixa, Barcelona: 23-30.

ARCE, J. (1989): "Estrabón sobre la Bética", en J. González (coord.) *Estudios sobre Urso: Colonia Iulia Genetiva*, Ed. Alfar, Sevilla: 213- 222.

ARRIBAS PALAU, A. (1965): *Los iberos*, Editorial Ayma, Barcelona.

ARTEAGA, O. y ROOS, A.M. (1992): "El Proyecto Geoarqueológico de las Marismas del Guadalquivir. Perspectivas arqueológicas de la campaña 1992", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1992.Vol. II: 329-339.

(2007): "Carmona en el paisaje antiguo del Bajo Guadalquivir", en M. Bendala Galán y M. Belén Deamos (eds.) *El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica*, Excmo. Ayto. de Carmona y Universidad de Sevilla, Sevilla: 43-111.

ARTEAGA, O., SCHULZ. H. D. y ROOS, A.M. (1995): "El problema del "Lacus Ligustinus". Investigaciones geoarqueológicas en torno a las Marismas del Bajo Guadalquivir", en V.V.A.A. *Actas del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Tartessos 25 años después, 1968-1993*, Biblioteca de Urbanismo y Cultura, Jerez de la Frontera: 99-135.

ARTEAGA, A., KÖLLING, A., KÖLLING, M., ROOS, A. M., SCHULZ, H. y SCHULZ, H.D. (2001): "El puerto de Gadir. Investigación geoarqueológica en el casco antiguo

de Cádiz”, *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 4: 345-415.

AUBET SEMMLER, M.E. (1977-78): “Algunas cuestiones en torno al período orientalizante tartésico”. *Pyrenae* 13-14: 81-108.

(1985): “Los fenicios en España: estado de la cuestión y perspectivas”, *Aula Orientalis, Revista de Estudios del Próximo Oriente Antiguo*, 3: 9-38.

(1987): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Editorial Bellatera, Barcelona.

AUBET, M.E., CARULLA, N. y FERRES, L. (1985): “Avance de los análisis geomorfológicos y biogeográficos del territorio de Setefilla (Sevilla), 1985”, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985. Vol.II: 42-50.

AUBET, M.E., SERNA, M.R., ESCACENA, J.L. y RUIZ DELGADO, M.M. (1983): *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979, Excavaciones Arqueológicas en España* 122, Ministerio de Cultura, Madrid.

BADIE, A. y MORET, P. (1997): “Métrologie et organisation modulaire de l'espace au V siècle av J.-C. Sur le site ibérique de La Picola (Santa Pola, Alicante)”, *Pallas*, 46: 31-46.

BALASCH RECORT (trad.), Polibio, *Historias*, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1981.

BEDIA GARCÍA, M. J. y BORJA BARRERA, F. (1992): *Niebla Arqueológica, Cuaderno Temático nº 3, Exposición: “Niebla”, Museo Provincial de Huelva*. Excmo. Ayuntamiento de Niebla, Niebla (Huelva).

BEDIA GARCIA, M.J. y PÉREZ MACIAS, J. A. (1993): *Excavaciones arqueológicas en la muralla tartésica de Niebla. Los cortes II-III/92, Cuaderno Temático nº 6, Museo Provincial de Huelva*. Excmo. Ayuntamiento de Niebla, Niebla (Huelva).

BELARTE FRANCO, M.C. (1996): “L'estudi de la casa protohistòrica a Catalunya i àrees adjacents: proposta tipològica i terminològica”. *Pyrenae* , 27: 103-115.

(1997): *Arquitectura domèstica i estructura social a la Catalunya protohistòrica*. *Arqueo Mediterrània*, 1.

(ed.) (2009): L'espai domèstic i l'organització de la societat a la protohistòria de la Mediterrània occidental (1er millenni), *Actes de la IV Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell (Calafell-Tarragona, 6 al 9 de març de 2007, Arqueo Mediterrània, 11*, Universitat de Barcelona, Institut Català d'Arqueologia Classica, Barcelona.

(2013): "El espacio doméstico y su lectura social en la Protohistoria de Cataluña" (s.VII-II/I a.C.), en S. Gutiérrez e I. Grau (eds.) *De la estructura doméstica al espacio social. Lecturas arqueológicas del uso social del espacio*, Serie Arqueológica, Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante: 77-94 .

BELARTE FRANCO, M.C., MORER DE LLORENS, J., SANMARTÍ GRECO, J. y SANTACANA J. (2000): "Experimentacions sobre arquitectura protohistòrica realitzades al Baix Penedès (Tarragona)", *Saguntum*, Extra-3. IBERS. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economía en el Món Ibèric. Universidad de Valencia, Valencia: 423-430.

BELÉN, M. (1987): "Mil años de historia de Coria: la ciudad prerromana", *Azotea* , 11-12: 35-61.

(1994): "Carmona Prerromana. Nuevos datos para la historia de la ciudad durante el I milenio a.C.", *Leyenda y Arqueología de las ciudades prerromanas de la península ibérica*. Ciclo de Conferencias, Madrid 17 y 18 de Noviembre 1994. Vol. III. Ministerio de Cultura, Madrid:17-32 .

(1995): "El yacimiento tartésico de Niebla (Huelva)", en V.V.A.A. *Actas del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Tartessos 25 años después, 1968-1993*, Biblioteca de Urbanismo y Cultura, Jerez de la Frontera: 359-379.

(2010-2011): "Onoba", en M<sup>a</sup> D. López de la Orden y E. García Alfonso (eds.): *Cádiz y Huelva. Puertos fenicios en el Atlántico*: 99-104. Sevilla, Cajasol Obra Social, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

(2011-2012): "Notas sobre religiosidad turdetana. Los depósitos sagrados del oppidum de Alhonoiz (Herrera, Sevilla)", *Cuaderno de Prehistoria y Arqueología*

de la Universidad Autónoma de Madrid, 37-38: 333-348.

BELÉN, M. y ESCACENA, J. L. (1990): "Niebla (Huelva). Excavaciones junto a la Puerta de Sevilla (1978-1982). La cata 8", *Huelva Arqueológica*, 12: 167-305.

(1993): "Influencia fenicia en la arquitectura antigua de Niebla (Huelva)", *Trabajos de Prehistoria*, 50: 139-158.

(1996): "Interacción cultural fenicios-indígenas en el Bajo Guadalquivir", *Kolaios 4. Arqueólogos, historiadores y filólogos. Homenaje a Fernando Gascó*, Tomo I: 67-101.

(1997): "Economía y sociedad en la Turdetania de los ss. V-IV a.C.", *Huelva Arqueológica*, 14: 137-160.

BELÉN, M. y LINEROS R. (2001): "15 de años de Arqueología en Carmona", en A. Caballos Rufino (ed.) *Carmona Romana: Actas del II Congreso de Historia de Carmona*. Universidad de Sevilla, Delegación de Cultura del Excmo, Ayuntamiento de Carmona, Carmona: 109-133.

BELÉN, M., ESCACENA, J.L., y BOZZINO, M.I. (1992): "Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental", *Complutum 2-3: Paleontología de la Península Ibérica*, Ed. Universidad Complutense, Madrid: 65-88.

BELÉN, M., ANGLADA, R., CARDENETE, R., ESCACENA, J.L., JIMÉNEZ, A., LINEROS, R. y RODRÍGUEZ, I (1992): "Excavación de urgencia en la Casa Palacio del Marqués de Saltillo (Carmona, Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1992: 666-675.

BELÉN, M., ANGLADA, R., ESCACENA, J.L., JIMÉNEZ, A., LINEROS, R. y RODRÍGUEZ, I (1997): *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo*, Ed. Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, Sevilla.

BELÉN, M., ESCACENA, J.L., ANGLADA, R., JIMÉNEZ, A., PARDO, M. R. y PASCUAL, A. (1993): "Arquitectura de tradición fenicia en Carmona (Sevilla)", *Spal*, 2: 219-242.

BELÉN, M., FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. y GARRIDO, J. P. (1977): *Los orígenes de Huelva. Excavaciones en Los Cabezos de San Pedro y La Esperanza. Huelva Arqueológica III*, Publicaciones del Museo de Huelva y del Instituto de Estudios Onubenses "Padre Marchena", Diputación Provincial de Huelva, Huelva.

BELÉN, M., FERNÁNDEZ-MIRANDA, M., DEL AMO, M., TEJERA, A. y BALBÍN, R. (1983): "Excavaciones en Niebla (Huelva)", *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza: 971-982.

BELTRÁN PINZÓN, J.M., CAMPOS CARRASCO, J.M., PÉREZ MACÍAS, J.A., GÓMEZ TOSCANO, F. y LÓPEZ DOMINGUEZ, M.A. (1998): "Arqueología urbana en Niebla (Huelva). Excavación en calle Escalera, 32". *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1998. Vol. II: 105-111.

BENDALA GALÁN, M. (1981): "La etapa final de la cultura ibero-turdetana y el impacto romanizador", en *La baja época de la cultura ibérica*. Actas de la Mesa Redonda celebrada en conmemoración del Décimo Aniversario de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología 1979, Asociación Española de Amigos de la Arqueología, Madrid: 33-48.

(2010): *Tartessos, iberos y celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania Antigua*, Ed. Temas de Hoy, Madrid.

BENDALA GALÁN, M. y CORZO SÁNCHEZ, R. (1992): "Etnografía de la Andalucía Occidental". *Complutum* 2-3. Paleontología de la Península Ibérica: 89-99.

BENDALA GALÁN, M., FERNÁNDEZ OCHOA, C., FUENTES DOMÍNGUEZ, A. y ABAD CASAL, L. (1987): "Aproximación al urbanismo prerromano y a los fenómenos de transición y de potenciación tras la conquista", *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, Coloquio 27-28 de Febrero de 1986, Ministerio de Cultura, Casa de Velázquez, Madrid: 121-140.

BERMEJO TIRADO, J. (2009): "Leyendo los espacios: una aproximación crítica a la sintaxis espacial como herramienta de análisis arqueológico", *Arqueología de la Arquitectura*, 6. 47-62.

(2011): *Arqueología de los espacios domésticos: la Meseta Nordeste entre el final de la Edad de Hierro y el Bajo Imperio*, Tesis doctoral inédita.

BERNABEU, J., BONET, H., GUÉRIN, P. y MATA, C. (1986): "Análisis microespacial del poblado ibérico del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia)" en *Arqueología Espacial*, 9. *Coloquio sobre el microespacio-3. Del Bronce Final a Época Ibérica*, Ed. Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, Colegio Universitario de Teruel, Teruel: 321-338.

BLANCO, A. y ROTHENBERG, B. (1981): *Exploración Arqueometalúrgica de Huelva*, Ed. Labor, Barcelona.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J. (2014): "Arqueología urbana. Espacios domésticos del mundo fenicio y púnico en el Suroeste de la Península Ibérica", en B. Costa y J. H. Fernández (eds.) *Arquitectura urbana y espacio doméstico en las sociedades fenicio-púnicas. XXXVIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 2013)*, Ibiza: 145-190.

BLÁZQUEZ, J.M., ALVAR, J. y GONZÁLEZ WAGNER, C. (1999): *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*, Editorial Cátedra, Madrid.

BLÁZQUEZ, J.M., LUZÓN, J.M., GÓMEZ, F. y CLAUS, K. (1970): *Las cerámicas del Cabezo de San Pedro, Huelva. Huelva Arqueológica 1*.

BONET ROSADO, H. (1998): "Técnicas constructivas", en *Los íberos, príncipes de Occidente*. Catálogo de la Exposición Galeries nationales du Grand Palais, París. Centre Cultural de la Fundació "la Caixa", Kunst- und Ausstellungshalle der Bundesrepublik Deutschland, Berlin: 90-91, Fundación La Caixa, Barcelona.

BONET, H. y PASTOR, I. (1984): "Técnicas constructivas y organización del hábitat en el poblado ibérico de Puntal dels Llops (Olocau, Valencia)", *Saguntum*, 18: 163-187.

BONSOR, G. E. y THOUVENOT, R. (1928): *Nécropole ibérique de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Fouilles de 1926-1927, Bibliothèque de l'École des Études Hispaniques*, 14, Bordeaux- París.

BORJA BARRERA, F. (1995): "Paleografía de las costas atlánticas de Andalucía durante el Holoceno Medio-Superior. Prehistoria reciente, Protohistoria y fases históricas", en VV.AA., *Actas del V Symposium de Prehistoria Peninsular. Tartessos: 25 años después -1968-1993*, Biblioteca de Urbanismo y Cultura, Jerez de la

Frontera: 73-97.

(2007): "Geoarqueología urbana de *Ilipa*" en E. Ferrer, A. Fernández, J.L. Escacena y A. Rodríguez (eds.), *Ilipa Antiqua. De la prehistoria a época romana*, Ayuntamiento de Alcalá del Río y Cajasol, Sevilla: 29-54.

BOSCH GIMPERA, P. (1932): *Etnología de la Península Ibérica*, Ed Alpha, Barcelona.

BOTTO, M. (2014): "Prólogo: los fenicios en la Bahía de Cádiz", en M. Botto (ed.) *Los fenicios en la Bahía de Cádiz. Nuevas investigaciones*, Collezione di Studi Fenici, 46, Istituto di Studi sul Mediterraneo Antico: 11-13.

BRAEMER, F. (1982): *L'architecture domestique du Levant a l'age du Fer*, Éditions Recherche sur les civilisations, Cahiers nº 8, París.

BUENO SERRANO, P. (2014): "Un asentamiento del Bronce Final-Hierro I en el Cerro del Castillo, Chiclana, Cádiz", en M. Botto (ed.) *Los fenicios en la Bahía de Cádiz. Nuevas investigaciones*, Collezione di Studi Fenici, 46. Istituto di Studi sul Mediterraneo Antico: 225-251.

BUENO SERRANO, P. y CERPA NIÑO, J.A. (2008): "Un nuevo enclave fenicio descubierto en la Bahía de Cádiz: El Cerro Del Castillo, Chiclana", *Spal*, 17: 169-206.

CÁCERES MISA, P. y MORENO ALONSO, E. (1998): "Excavación arqueológica de urgencia en el recinto amurallado de Estepa (Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1998, Vol. III: 997-1013.

CAMPOS CARRASCO, J. M. (1985): "El origen de Sevilla. El Corte SI-85/6", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985, Vol.II: 173-178.

(1986): *Excavaciones arqueológicas en la ciudad de Sevilla. El origen prerromano y la Hispalis Romana*, Ed. Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Sevilla, Sevilla.

(1989): "Análisis de la evolución espacial y urbana de Urso", en J. González (coord.) *Estudios sobre Urso: Colonia Iulia Genetiva*, Ed. Alfar, Sevilla: 99-111.



(1996): *Arqueología urbana en la ciudad de Niebla (Huelva), Patrimonio y Ciudad. Jornadas Europeas de Patrimonio*, Ed. Dirección General de Bienes Culturales, Junta de Andalucía, Sevilla.

CAMPOS CARRASCO, J. M. y GÓMEZ TOSCANO, F. (1995): "El territorio onubense durante el Bronce Final", en VV.AA., *Actas del V Symposium de Prehistoria Peninsular. Tartessos: 25 años después- 1968-1993*, Biblioteca de Urbanismo y Cultura, Jerez de la Frontera: 137-158.

(2001): *La Tierra Llana de Huelva: arqueología y evolución del paisaje*, Arqueología Monografías, Junta de Andalucía, Sevilla.

CAMPOS CARRASCO, J.M., GÓMEZ TOSCANO, F. y PÉREZ MACÍAS, J.A. (2006): *Ilipla-Niebla. Evolución urbana y ocupación del territorio*. Servicio de Publicaciones Universidad de Huelva, Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, Huelva.

CAMPOS CARRASCO, J.M., GUERRERO CHAMERO, O. y PÉREZ MACÍAS, J.A. (1999) "La ocupación turdetana de la tierra llana de Huelva", *II Congreso de Arqueología Peninsular*, Zamora del 24 al 27 de Septiembre de 1996. Tomo III, Fundación Rei Alfonso Enríques, Zamora: 459-466.

CAMPOS, J.M., PÉREZ, J.A., GÓMEZ, F., BELTRÁN, J. M. y GÓMEZ, A. (1996): "Arqueología urbana en Niebla: Excavación en la zona de la muralla-desembarcadero de Niebla (Huelva)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1996: 256-262.

CAMPOS, J.M., PÉREZ, J.A., GÓMEZ, F., RODRIGO, J.M. y BENABAT, Y. (1994): "Intervención arqueológica de emergencia en la ciudad de Niebla (Huelva): el solar Plaza de la Plaza de Santa María 7", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1994. Vol. III: 221-224.

CAMPOS, J.M., PÉREZ, J.A., GÓMEZ, F., VIDAL, N. y GUERRERO, O. (1995): "Arqueología urbana en Niebla: el solar de calle Constitución 10", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1995, Vol. III: 236-242.

CAMPOS CARRASCO, J. M., RODRIGO CÁMARA, J. M<sup>a</sup>. y VIDAL TERUEL, N. de la O. (2002): "El urbanismo de Niebla desde la Protohistoria hasta el mundo

moderno” en *Huelva en su Historia*, 9: 35-54.

CAMPOS CARRASCO, J.M., VERA REINA, M. y MORENO MENAYO, M.T. (1988): *Protohistoria de la ciudad de Sevilla. El corte estratigráfico San Isidoro 85-6*, *Monografías de Arqueología Andaluza*, 1, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla.

CARDENETE, R., GÓMEZ, M.T., LINEROS, R. y RODRÍGUEZ, I. (1988): “Excavaciones arqueológicas de urgencia en el solar de la C/ Higueral 2, Carmona (Sevilla)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1988. Vol. III: 257-263.

CARDENETE, R., GÓMEZ, M.T., JIMÉNEZ, A., LINEROS, R. y RODRÍGUEZ, I. (1989): “Excavaciones arqueológicas de urgencia en el solar de la calle Costanilla Torre del Oro s/n. Carmona (Sevilla)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1989. Vol. III: 563-574.

CARO BELLIDO, A. (1986-1987): “Nabrisa (Lebrija, Sevilla). Los orígenes del núcleo urbano”, *Anales de la Universidad de Cádiz* 3-4: 55-70.

(1991): *Lebrija. La ciudad y su entorno, I (Prehistoria y Protohistoria)*, Excmo. Ayuntamiento de Lebrija, Lebrija (Sevilla).

(1995): “Contribución a la protohistoria del Bajo Guadalquivir en el área de Lebrija (Sevilla)”, en VV.AA., *Actas del V Symposium de Prehistoria Peninsular. Tartessos: 25 años después- 1968-1993*, Biblioteca de Urbanismo y Cultura, Jerez de la Frontera: 333-358.

CARO BELLIDO, A., ACOSTA MARTÍNEZ P. y ESCACENA CARRASCO, J.L. (1986): “Informe sobre la prospección arqueológica con sondeo estratigráfico en el solar de la calle Alcazaba (Lebrija-Sevilla)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1986, Vol. II: 168-174.

CARRASCO GÓMEZ, I. y ROMERO PAREDES, C. (1993): “Excavaciones arqueológicas en C/ Mármol nº 6 y C/ Mármol esquina a C/ Miguel de Cervantes de Écija (Sevilla)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1993. Vol. III: 711- 724.

CARRASCO GÓMEZ, I, JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, A., ROMERO PAREDES, C. y VERA CRUZ, E. (2010): "La ciudad desenterrada. Écija antes de la fundación del Convento de La Merced", en A. Martín Pradas (coord.) *Actas de las VIII Jornadas de Protección del Patrimonio Histórico de Écija*. 2 y 3 de octubre 2009, Écija: 309-335.

CARRIAZO y RADDATZ (1969): "Primicias de un corte estratigráfico en Carmona", *Archivo Hispalense*, 2ª época, 33, nºs 103-104: 333-369.

CELESTINO PÉREZ, S., FERNÁNDEZ FREIRE, C. y WALID SBEINATI, S. (2003): "La funcionalidad de Cancho Roano", en *Cancho Roano IX: Los Materiales Arqueológicos II*, Ed. Instituto de Arqueología de Mérida, CSIC, Junta de Extremadura, Mérida: 301-358.

CHAVES TRISTÁN, F. y DE LA BANDERA ROMERO, M.L. (1987): "Excavación arqueológica en el Cortijo de Vico (Marchena, Sevilla), 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985, Vol. III: 372-379.

CHAVES TRISTÁN, F., GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J., y FERRER ALBELDA, E. (2006): "Relaciones interétnicas e identidades culturales en Turdetania (siglos II a.C.- I d.C.)", *L'Africa romana*, 16, Atti del XVI convegno di studio, Rabat, 15-19 dicembre 2004. Vol. II, Ed. Carocci, Roma: 813-827.

COLLANTES DE TERÁN, F. (1977): *Contribución al estudio de la topografía sevillana en la Antigüedad y en la Edad Media*, Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, Sevilla.

CORREA RODRÍGUEZ, J. A. (2000): "El topónimo Hispal(is)", *Philologia Hispalensis*, 14: 181-190.

CRUZ ANDREOTTI, G. (1993): "Estrabón y el pasado turdetano: la recuperación del mito tartésico", *Geographia Antiqua* 2: 13-31.

(Coord.) (1999): *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*, Ed. Thema, Universidad de Málaga, Málaga.

(2005): "Polibio y la geografía de la Península Ibérica: la construcción de un espacio político", en E. Torregaray y J. Santos (coord.) *Polibio y la Península*

*Ibérica*, Ed. Universidad del País Vasco, Vitoria: 185-227.

CRUZ ANDREOTTI, G. y MORA SERRANO, B. (coord.) (2004): *Identidades étnicas-identidades políticas en el mundo prerromano hispano*, Universidad de Málaga, Málaga.

DAVIES, O. (1934): *Excavation at Niebla, Annals of Archaeology and Anthropology* 21, 1-2: 29-36.

DE HARO ORDÓÑEZ, J., LÓPEZ DOMÍNGUEZ, M.A. y CASTILLA REYES, E. (2005): "Intervención arqueológica preventiva en el solar nº 29 de la calle Puerto (Huelva)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2005, Huelva: 1601-1613.

DELGADO, A., FERRER, M., GARCÍA, A., LÓPEZ, M., MARTORELL, M. y SCIORTINO, G. (2013): "Arquitectura doméstica en el Cerro del Villar: uso y función del espacio en el edificio 2", en A.M. Arruda (ed.) *Fenícios e púnicos por terra e mar*, Vol. II. Actas del VI Congresso Internacional de Estudos Fenício Púnicos, Lisboa: 338-343.

DEL AMO, M. y BELÉN, M. (1981): "Estudio de un corte estratigráfico en el Cabezo de San Pedro", *Huelva Arqueológica*, 5: 57-148.

DE LA BANDERA ROMERO, M.L. y FERRER ALBELDA, E. (2002): "Secuencia estratigráfica tartesia y turdetana de Vico (Marchena, Sevilla)", *Spal*, 11:121-149.

DE LA HOZ GANDARA, A. (1989): "Actividad arqueológica en Orippe, 1989", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1989, Vol. III: 546-554.

DÍAZ-ANDREU, M. (2004): "Ethnicity and iberians. The Archaeological crossroads between perceptions and material culture", en G. Cruz Andreotti y B. Mora Serrano (coords.) *Identidades étnicas-Identidades políticas en el mundo prerromano hispano*, Área de Arqueología e Historia Antigua y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga: 63-85.

DÍES CUSÍ, E. (1994): *La arquitectura fenicia de la Península Ibérica y su influencia en las culturas indígenas*, Tesis Doctoral, Departament de Prehistòria i d'Arqueologia, Universitat de València, Autoeditada, València.

(2001): "La influencia de la arquitectura fenicia en las arquitecturas indígenas de la Península Ibérica (s. VIII-VII)", en D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (coords.) *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*: 69-121, Ed. Centro de Estudios del Próximo Oriente, Madrid.

DÍES CUSÍ, E. y ÁLVAREZ GARCÍA, N. (1998): "Análisis de un edificio con posible función palacial: la casa 10 de la Bastida de les Alcuses (Moixent)", *Saguntum. Extra-1. Actas del Congreso Internacional Los iberos, príncipes de occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica*: 327-341.

DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, M. C., CABRERA BONET, P. y FERNÁNDEZ JURADO, J. (1988): "Cerro de la Cabeza (Santiponce, Sevilla)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 30: 119-186.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (1984): "Reflexiones acerca de la sociedad hispana reflejada en la "Geografía" de Estrabón", *Lucentum*, 3: 201-208.

(2007): "La Península y el Mediterráneo Arcaico. Las dinámicas coloniales", en Sánchez-Moreno (coord.) *Protohistoria y Antigüedad de la Península Ibérica*. Vol. I. *Las fuentes y la Iberia colonia*, Ed. Sílex, Madrid: 73-428.

DROOP, J.P. (1925): *Excavations at Niebla in the province of Huelva, Spain*, *Annals of Archaeology and Anthropology* 12; 3-4: 175-206.

DURÁN RECIO, V. y PADILLA MONGE, A. (1990): *Evolución del poblamiento antiguo en el término municipal de Écija*, Ed. Gráficas Sol, Écija.

ESCACENA CARRASCO, J.L (1983): "Problemas en torno a los orígenes del urbanismo a orillas del Guadalquivir", *Gades* 11: 39-83.

(1985): "El antiguo estuario", *El Río. El Bajo Guadalquivir*, Equipo 28, Sevilla: 78-80.

(1987a): "El poblamiento ibérico en el Bajo Guadalquivir", *Iberos, Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*, Jaén, Junta de Andalucía, Sevilla: 273-297.

(1987b): "Los orígenes", en *Coria del Río. Aproximación a su realidad geohistórica*, Ayuntamiento de Coria del Río, Coria del Río: 27-50.

(1989) : “Los turdetanos o la recuperación de la identidad perdida”, en M.E. Aubet (coord.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, AUSA: 433-476.

(1992): “Indicadores étnicos en la Andalucía prerromana”, *Spal*, 1: 321-343.

(2000): *La arqueología protohistórica del sur de la Península Ibérica. Historia de un río revuelto*, Ed. Síntesis, Madrid.

(2001a): “Fenicios a las puertas de Tartessos”. *Complutum*, 12: 73-96.

(2001b): “Podando a Carmona. Perfiles del sustrato turdetano”, en A. Caballos Rufino (ed. Cient) *Carmona Romana: Actas del II Congreso de Historia de Carmona*, Universidad de Sevilla, Delegación de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Carmona, Carmona: 21-35.

(2007): “*Ilipa* en el contexto de la Prehistoria Reciente y Protohistoria del paleoestuario del Guadalquivir”, en E. Ferrer, A. Fernández, J.L. Escacena y A. Rodríguez (eds.), *Ilipa Antiqua. De la prehistoria a época romana*, Ayuntamiento de Alcalá del Río y Cajasol, Sevilla: 13-28.

ESCACENA CARRASCO, J. L. y BELÉN DEAMOS, M. (1997): “El poblamiento en la Baja Andalucía durante los siglos V-IV a.C.”, *Huelva Arqueológica*, 14: 33-59.

ESCACENA CARRASCO, J. L. y FERNÁNDEZ TRONCOSO, G. (2002): “Tartessos fortificado”, *Actas del Congreso Internacional: Fortificaciones en el entorno del Bajo Guadalquivir*, Alcalá de Guadaíra, 2001, Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra, Sevilla: 109-134.

ESCACENA CARRASCO, J.L. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. (2012): “La Sevilla protohistórica”, en J. Beltrán Fortes y O. Rodríguez Gutiérrez (coord.): *Hispaniae urbes. Investigaciones arqueológicas en ciudades históricas*, Secretariado de Publicaciones, Universidad de Sevilla, Sevilla: 763-814.

ESCACENA CARRASCO, J.L. e IZQUIERDO DE MONTES, R. (1994): “Proyecto Estuario. Intervención arqueológica de 1994”, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1994, Vol. II: 161-166.

(2001): "Oriente en Occidente: Arquitectura civil y religiosa en un "barrio fenicio" de la "CAURA" TARTÉSICA", en Ruiz Mata y Celestino Pérez (coord.) *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*, Centro de Estudios del Próximo Oriente, Madrid: 123-157.

ESCACENA CARRASCO, J.L., BELÉN DEAMOS, M. e IZQUIERDO DE MONTES, R. (1996): "Caura protohistórica", *Revista de Arqueología*, 184: 16-25.

ESCUADERO CUESTA, J. y VERA REINA, M. (1988): "Excavaciones arqueológicas en la calle Mármol nº 9: La problemática del sector", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1988, Vol. III: 407-409.

FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2006): "Aportaciones para la localización y caracterización del foro de Ilipa Magna. Intervención arqueológica preventiva en calle Antonio Reverte 42 y 44 de Alcalá del Río, Sevilla", *Anuario Arqueológico de Andalucía* 2006, Sevilla: 4314-4335.

(2007): "Vida y muerte en la Ilipa tartésica", en E. Ferrer, A. Fernández, J.L. Escacena y A. Rodríguez (eds.), *Ilipa Antiqua. De la prehistoria a época romana*, Ayuntamiento de Alcalá del Río y Cajasol, Sevilla: 69-92.

FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., CHASCO VILA, R. y OLIVA ALONSO, D. (1979): "Excavaciones en el Cerro Macareno. La Rinconada, Sevilla (Cortes E F y G. Campaña 1974)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 7: 11-76.

FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., GUERRERO MISA, L. J., VENTURA MARTÍNEZ, J. J., DE LA HOZ GÁNDARA, A., DE LA SIERRA FERNÁNDEZ, J. A., ALCÁZAR GODOY, J., y SUÁREZ LÓPEZ, A. (1997): *Orippe en la Antigüedad: las excavaciones arqueológicas de 1979 a 1983*, Excmo. Ayuntamiento de Dos Hermanas, Dos Hermanas (Sevilla).

FERNÁNDEZ JURADO, J. (1985a): "Excavación de urgencia en la plaza Quintero Báez (Huelva), 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985, Vol. III: 180-182.

(1985b): "Excavación de urgencia en el solar nº 13-15 de la calle La Fuente (Huelva), 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985, Vol. III. 185-186.

(1985c) "Excavación de urgencia del solar nº 5 de la calle Méndez Núñez

(Huelva), 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985, Vol. III: 174-176.

(1985d): "El yacimiento de Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva). Campaña de 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985, Vol. II. 338-344.

(1986a): "Campaña de Excavaciones en Tejada la Vieja (Escacena, Huelva)". *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1986, Vol. II: 372- 379.

(1986b): "La influencia fenicia en Huelva", *Aula Orientalis*, 4: 211-225.

(1987a): "El poblamiento ibérico en Huelva", *Iberos, Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*, Jaén: 315-326.

(1987b): *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica*, *Huelva Arqueológica* 9, Diputación Provincial de Huelva, Huelva.

(1987c): "Campañas de excavaciones", en *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica*, *Huelva Arqueológica*, 9: 53-92.

(1987d): "El yacimiento y su excavación", en *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica*, *Huelva Arqueológica* 9: 43-52.

(1987e): "Tejada la Vieja (Campaña de 1987)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1987, Vol. II: 291- 293.

(1988-1989) "Tartessos y Huelva" , *Huelva Arqueológica* 10-11.

FERNÁNDEZ JURADO, J. y GARCÍA SANZ, C. (1997): "Excavación arqueológica en el solar 7-13 de la calle Méndez Núñez y 12 de la Plaza de las Monjas de Huelva", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1997, Vol. III: 336-339.

(2001): "Arquitectura orientalizante en Huelva", en D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (coord.), *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*, Centro de Estudios del Próximo Oriente, Madrid: 159-171.

FERNÁNDEZ JURADO, J. y RUFETE TOMICO, P. (1987a): "Excavación arqueológica en el solar nº 8 de la calle Méndez Núñez", *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1987, Vol. III: 280-284.



(1987b): "Informe de la excavación de urgencia realizada en el solar nº 29 de la calle Puerto de Huelva", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1987, Vol. III: 274-276.

FERNÁNDEZ JURADO, J., GARCÍA SANZ, C. y RUFETE TOMICO, P. (1997): *De Tartessos a Onuba. 15 años de arqueología en Huelva*, Diputación de Huelva, Sección de Arqueología, Huelva.

FERNÁNDEZ JURADO, J., RUFETE TOMICO, P. y GARCÍA SANZ, C. (1989a): "Excavación en el solar 10 de la calle Fernando el Católico de Huelva", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1989, Vol. III: 246-249.

(1989b): "Excavación en el solar 9-11 de la calle Tres de Agosto de Huelva", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1989, Vol. III: 250-254.

(1989c): "Análisis y definición de la Cultura Tartésica según Tejada la Vieja y Huelva", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1989, Vol. II: 237-247.

(1990): "Excavación arqueológica en el solar nº 29 de la calle Puerto de Huelva", *Huelva Arqueológica*, 12: 9-70.

(1991): "Análisis y definición de la cultura tartésica según Tejada la Vieja (Escacena) y Huelva", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1991, Vol. II: 267-272.

FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V.,M. y HORNERO DEL CASTILLO, E. (1990): "Análisis funcional de los recintos domésticos del poblado ibérico del Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz, Ciudad Real)", en J. Adánez Pavón, C. M. Heras Martínez y C. Varella Torrecilla (eds.) *Actas del Seminario "Espacio y organización social"*, celebrado en Madrid, 9-13 de mayo 1988, Universidad Complutense de Madrid. Madrid: 163-178.

FERNÁNDEZ RUIZ, R., VERA REINA, M. y ESCUDERO CUESTA, J. (1987): "Excavaciones en el solar de la calle Aire nº 12 (Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1987, Vol. III: 603-607.

FERRER ALBELDA, E. (2004): "Sustratos fenicios y adstratos púnicos: los bástulos entre el Guadiana y el Guadalquivir", *Huelva Arqueológica*, 20, *Actas del III Congreso español de Antiguo Oriente Próximo*: 281-298.

(2012): "Confusiones contemporáneas sobre geografía antigua. A propósito del *sinus Tartesii* y del *lacus Ligustinus*" en *Spal*, 21: 57-67.

FERRER ALBELDA, E. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. (2002): "Turdetania y los turdetanos: contribución a una problemática historiográfica y arqueológica", *Mainake*, 24: 133-151.

(2007): "Primeros datos sobre la *Ilipa* turdetana", en E. Ferrer, A. Fernández, J.L. Escacena y A. Rodríguez (eds.), *Ilipa Antiqua. De la prehistoria a época romana*, Ayuntamiento de Alcalá del Río y Cajasol, Sevilla: 103-130.

FERRER ALBELDA, E., GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. y ESCACENA CARRASCO, J. L. (2010): "El tráfico comercial de productos púnicos en el antiguo estuario del Guadalquivir", *Mainake*, 32 (I): 61-89.

FERRER ALBELDA, E., GARCÍA VARGAS, E. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2008): "*Inter Aestuarium Baetis*. Espacios naturales y territorios ciudadanos prerromanos en el Bajo Guadalquivir", *Mainake*, 30: 217-246.

FONTÁN, A. (trad.), Plinio, *Historia Natural*, Biblioteca Clásica Gredos. 1995.

GAVALA, J. (1959): *La geología de la costa y bahía de Cádiz y el poema "Ora Maritima"*, de Avieno, Instituto Geológico y Minero de España, Madrid. Reedición del Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cádiz, Cádiz, 1992.

GARCÍA ALFONSO, E. (2010-2011): "Gadir", en M<sup>a</sup> D. López de la Orden y E. García Alfonso (eds.): *Cádiz y Huelva. Puertos fenicios en el Atlántico*: 89-95. Sevilla, Cajasol Obra Social, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

GARCÍA BLANCO, J. y GARCÍA RAMÓN, J.L. (trad.) Estrabón, *Geografía*, Libros I-II, Ed. Gredos, Madrid, 1991.

GARCÍA y BELLIDO, A. (1941): "La Península Ibérica según los navegantes geógrafos griegos que estuvieron en España", *Estudios Geográficos* 2, Vol. 2: 93-130.

(1944): "La navegación ibérica en la Antigüedad, según los textos clásicos y la arqueología", *Estudios Geográficos* 5, Vol. XXVI: 511- 560.

(1945): *La arquitectura entre los iberos*, Publicaciones de la Universidad de Madrid, Madrid.

(1985): *Urbanística de las grandes ciudades del mundo antiguo*, Biblioteca *Archaeologica* 5, 2ª Edición, CSIC, Instituto Español de Arqueología, Madrid.

(1993): *España y los españoles hace dos mil años según la Geografía de Strábon*, Colección Austral, Espasa Calpe, Madrid.

GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. (2002) "Los turdetanos en la historiografía reciente: 25 años de avances y desencuentros", *Spal*, 11: 219-231.

(2003a): *El poblamiento turdetano en el Bajo Guadalquivir*, Tesis doctoral. Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Sevilla (Publicaciones electrónicas), Edición digital: <http://fondosdigitales.us.es./tesis/tesis/157/el-poblamiento-turdetano-en-el-bajo-guadalquivir/>

(2003b): *Los turdetanos en la Historia: análisis de los testimonios literarios grecolatinos*, Ed. Gráficas Sol, Écija.

(2004): "Turdetania y turdetanos en la literatura grecolatina: nacimiento, desarrollo y transformación de la imagen paradigmática de una región de Occidente", *Polis, Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica*, 16: 61-108.

GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. y FERRER ALABELDA, E. (2010): "Das turdetanische Emporion Spal. Der punische Handelsverkehr im vorrömischen Sevilla (5.-2. Jahrhundert v. Chr.)", *Madriider Mitteilungen*, 52: 35-74.

GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. y GONZÁLEZ ACUÑA, D. (2007): "Secuencias estratigráficas y contextos culturales de la Sevilla prerromana", en M. Bendala Galán y M. Belén Deamos (eds.) *El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica*, Ed. Excmo. Ayto. de Carmona y Universidad de Sevilla, Carmona: 525-566.

GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J., CAMACHO MORENO, M., FERRER ALBELDA, E. y GONZÁLEZ JIMÉNEZ, J.M. (2002): "Informe de la prospección arqueológica superficial del término municipal de Dos Hermanas (Sevilla)" *Anuario Arqueológico*

de Andalucía, 2002, Vol. III, 2: 432-442.

GARCÍA MORENO, L. A. (1989): "Turdetanos, túrdulos y tartessos. Una hipótesis", *Anejos de Gerión* 2: 289-294.

GARCÍA SANZ, C. (2003): "¿Unas ruinas merecen tantos escritos?", en *Huelva Arqueológica*, 18: 5-32.

(2006): "Actividad arqueológica puntual realizada en 2006 en Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva)", *Anuario Arqueológico de Andalucía* 2006, Huelva: 2177-2192.

GARCÍA SANZ, C. y FERNÁNDEZ JURADO, J. (1987): "Arquitectura y urbanismo de Tejada", en J. Fernández Jurado, *Tejada la Vieja una ciudad protohistórica*, *Huelva Arqueológica* 9: 107-116.

GARCÍA SANZ, C. y RUFETE TOMICO, P. (1995): *La ciudad de Tejada la Vieja*, Ed. Diputación de Huelva, Sección de Arqueología, Huelva.

GARCÍA SANZ, C., FERNÁNDEZ JURADO, J. y RUFETE TOMICO, P., (1996): "Excavación arqueológica realizada en el solar nº 19-21 de la calle La Fuente de Huelva", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1996: 224-228.

GARRIDO ROIZ, J. P. (1968): *Excavaciones en Huelva. El Cabezo de La Esperanza. Excavaciones Arqueológicas en España*, 63, Ed. Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid.

GARRIDO ROIZ, J. P. y ORTA GARCÍA, M.E. (1975): "El problema de Tartesos: una interpretación arqueológica", en Almagro Basch et alii (1975): *Huelva, Prehistoria y Antigüedad*, Editorial Nacional, Madrid: 249-263.

(1994): *El hábitat antiguo de Huelva (periodos orientalizante y arcaico). La primera excavación arqueológica en la calle Puerto*, *Excavaciones Arqueológicas en España* 171, Ministerio de Cultura, Madrid.

GENER BASALLOTE, J.M., NAVARRO GARCÍA, M.A., PAJUELO SÁEZ, J.M., TORRES ORTIZ, M. y LÓPEZ ROSENDO, E. (2014): "Arquitectura y urbanismo de la Gadir fenicia: el yacimiento del "Teatro Cómico" de Cádiz", en M. Botto (ed.) *Los*

*fenicios en la Bahía de Cádiz. Nuevas investigaciones*, Collezione di Studi Fenici, 46, Istituto di Studi sul Mediterraneo Antico, Roma: 14-51.

GIL, M. S., GÓMEZ, M. T. y RODRÍGUEZ, I. (1987): "Carmona protohistórica, (Sevilla): intervención en la Plazuela del Higueral nº 3", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1987, Vol. III: 581-585.

GIL, M. S., LINEROS, R., CARDENETE, R., GÓMEZ T. y RODRÍGUEZ, I. (1986): "Informe de las excavaciones arqueológicas en el solar de Jose Arpa nº 3 (Carmona, Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1986, Vol. III: 361-365.

GÓMEZ SAUCEDO, M. T. (2003): "Intervención arqueológica preventiva en el solar de C/Juan de Ortega nº 24 de Carmona (Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2003. Vol. III: 328-347.

(2004) "Excavaciones arqueológicas en C/Diego Navarro nº 38 de Carmona (Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2004. Vol. I: 3115-2127.

GÓMEZ TOSCANO, F. (2002): "La ocupación protohistórica entre el Guadiana y el Guadalquivir: del mito a la realidad", *Spal*, 11: 151-159.

(2007a): "Nuevas evidencias en Huelva desde finales del siglo VI a.C. ¿Crisis, reactivación o simplemente continuidad?", en *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, Almería: 441-458.

(2007b): "La Crisis del siglo VI a.C. en Tartesos: Una lectura a través de las murallas de Niebla", *Arqueo Meditèrànica* 9, 2006, *De les comunitats locals als estats arcaics: la formació de les societats complexes a la costa del Mediterrani occidental*, Actas de la III Reunión Internacinal de Arqueología de Calafell, 2004, Departament de Prhistòria, Història Antita i Arqueología de la Universitat de Barcelona, Barcelona: 71-77.

GÓMEZ TOSCANO, F. y CAMPOS CARRASCO, J.M. (2001): *Arqueología en la ciudad de Huelva (1966-2000)*, Universidad de Huelva, Huelva.

GÓMEZ TOSCANO, F., CAMPOS CARRASCO, J., BORJA BARRERA, F., CASTIÑEIRA SÁNCHEZ, J. y GARCÍA RINCÓN, J. M., (1994): "Territorio y ocupación en la Tierra Llana de Huelva. El poblamiento en la Edad del Bronce", *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana: Actas del Encuentro Internacional de Arqueología del Suroeste, Huelva*: 329-350.

GÓMEZ TOSCANO, F., CAMPOS CARRASCO, J. M., GUERRERO CHAMERO, O. y BENABAT HIERRO, Y. (1998): "Arqueología urbana en Niebla. Actuación arqueológica de apoyo a la restauración de la Puerta de Sevilla", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1998, Vol. II: 112-120.

GÓMEZ TOSCANO, F., CAMPOS CARRASCO, J. M., PÉREZ MACÍAS, J. A., VIDAL TERUEL, N. y GUERRERO CHAMERO, O. (1994): "Intervención arqueológica de emergencia en la ciudad de Niebla (Huelva): el solar Plaza de la Feria, 1", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1994, Vol. III: 213-216.

GÓMEZ TOSCANO, F., LINARES CASTELA, J. A. y DE HARO ORDÓÑEZ, J. (2009): "Fondos de cabaña del Bronce Final- Orientalizante en la Tierra Llana de Huelva." *IV Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular*. Universidad de Huelva, Huelva: 337-363.

GONZÁLEZ BLANCO (1991): "Una fuente indirecta para el conocimiento de la España Bizantina: Esteban de Bizancio", *Antigüedad y Cristianismo, VIII. Arte, sociedad, economía y religión durante el Bajo Imperio y la Antigüedad Tardía*: 23-50.

GONZÁLEZ GONZÁLEZ, B., GUERRERO CHAMERO, O. y ECHEVARRÍA SÁNCHEZ, A. (2003): "Intervención arqueológica de urgencia en Plaza de San Pedro nº 4-5 de Huelva", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2003, Actividades de Urgencia, Vol. I: 543-549.

GONZÁLEZ WAGNER, C. (1983): *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica: ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

(1986): "Notas en torno a la aculturización en Tartesos", *Gerión*, 4: 129-160.

GRACIA ALONSO, F. (1998): "Arquitectura y poder en las estructuras de poblamiento ibéricas. Esfuerzo de trabajos y corveas", *Saguntum. Extra-1. Actas del Congreso Internacional Los iberos, príncipes de occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica*: 99-113.

GRANADOS LORENCIO, C. y SANCHO ROYO, F. (1985): "El río y su entorno", *El Río. El Bajo Guadalquivir*, Equipo 28, Sevilla: 110-115.

GRANT, M. (2003): *Historiadores de Grecia y Roma. Información y desinformación*, Alianza Editorial, Madrid.

GUERRERO CHAMERO, O., GÓMEZ TOSCANO, F., CAMPOS CARRASCO, J., GONZÁLEZ BATANERO, D. (1998): "Intervención arqueológica de urgencia en el yacimiento de "El Cerquillo" (Montes de San Benito, Cerro del Andévalo, Huelva)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1998, Vol. III: 381-387.

HILLIER, B. y HANSON, J. (1993): *The social logic of space*, New York Cambridge University Press, Cambridge.

IZQUIERDO DE MONTES, R. (1998): "La cabaña circular en el mundo tartésico: consideraciones sobre su uso como indicador étnico", *Zephyrus* 51: 277-288.

(2006): "Excavación arqueológica preventiva en la Plaza de Mariana Pineda 1 y 2 de Alcalá del Río (Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía* 2006, Sevilla: 4056-4070.

JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, A. (2004): "La secuencia cultural del II milenio en Los Alcores (Sevilla)", *CareI*, 2: 425-590.

JIMÉNEZ SANCHO, A. (2002): "Excavación en C/Abades 41-43 (Sevilla); del siglo III a.C. al siglo IV", *Romula*, 1: 125-150.

JIMÉNEZ SANCHO, A., GARCÍA VARGAS, E., GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. y FERRER ALBELDA, E. (2006): "Aportación al estudio de la Sevilla prerromana y romano-republicana. Repertorios cerámicos y secuencia edilicia en la estratigrafía de la calle Abades 41-43", *Spal*, 15: 281-312.

JIMÉNEZ VIALÁS, H. y PRADOS MARTÍNEZ, F. (2013): "Espacio doméstico y estructura social en contextos púnicos", en S. Gutiérrez e I. Grau (eds.) *De la estructura doméstica al espacio social. Lecturas arqueológicas del uso social del espacio*, Serie Arqueológica, Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante: 111-126.

JODÍN, A. (1975): *Recherches sur la metrologie du Maroc Punique et Hellénistique*, Ed. Marocaines et Internacionales, Tánger.

JUÁREZ MARTÍN, J.M. (1988): "Prospección arqueológica superficial del término municipal de Estepa (Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1988, Vol. III: 340-344.

(1993): "Excavaciones de urgencia en el Cerro de San Cristóbal. Estepa (1993). Corte C", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1993, Vol. III: 759-765.

(1995a): "Los orígenes de Estepa: El corte C-93 del Cerro de San Cristóbal", *Actas de las I Jornadas sobre Historia de Estepa*, Ed. Ayuntamiento de Estepa: 127-134.

(1995b): "Intervención arqueológica en el recinto del antiguo cementerio de Estepa", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1995, Vol. III: 539-545.

JUÁREZ, J.M., CÁCERES, P. y MORENO, E. (1997): "Intervención arqueológica en el recinto del Castillo de Estepa (Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1997, Vol. III: 586-596.

LELGEMANN, D. (2007): "Recuperación del antiguo sistema de unidades de longitud Pies- Codos- Estadios", *Topografía y Cartografía*, 140, vol. XXIV: 16- 21.

LINEROS ROMERO, R. (2007): "La arquitectura y la forma urbana de Carmona protohistórica", en M. Bendala Galán y M. Belén Deamos (eds.), *El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica*. Excmo. Ayto. de Carmona y Universidad de Sevilla, Carmona: 425-454.

LINEROS ROMERO, R. y DOMINGUEZ MORA, F. (1985): "Excavaciones arqueológicas de urgencia en Carmona (Sevilla), 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985, Vol. III: 326-329.



LÓPEZ PALOMO, L. A. (1979): *La cultura ibérica del Valle Medio del Genil*, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, Córdoba.

(1981): "Alhonor: Excavaciones de 1973 a 1978", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 11: 33-189.

(1999): *El poblamiento protohistórico en el Valle Medio del Genil*, Gráficas Sol, Écija.

(2009): *Los iberos en Andalucía, Cuadernos del museo*, Edita Caja GRANADA, Granada.

LORENZO MORILLA, J. y PÉREZ RANGEL, J.A. (1989): "Repertorio bibliográfico de Urso", en *Estudios sobre Urso: Colonia Iulia Genetiva*, Ed. Alfar. Sevilla: 169-175.

LUZÓN NOGUÉ, J.M. (1973): *Excavaciones en Itálica. Estratigrafía en el Pajar de Artillo (Campaña 1970)*, *Excavaciones Arqueológicas en España*, 78. Ministerio de Educación y Ciencia. Madrid.

MALDONADO RAMOS, L., CASTILLA PASCUAL, F., VELA COSSÍO, F., RIVERA GÓMEZ, D. (2001): "Rendimiento y coste energético en la construcción de cerramientos de fábrica de adobe y bloque de tierra comprimida", *Informes de la Construcción*, Vol. 53 nº 473: 27-37.

MALUQUER DE MOTES, J. (1954): "Pueblos ibéricos", en R. Menéndez Pidal (comp.) "Historia de España", Tomo I: España prerromana, Vol. III: Etnología de los pueblos de España, Espasa Calpe, Madrid: 305-676.

MANGAS, J. y PLÁCIDO, D. (eds.) R. F. Avieno, *Ora maritima ; Descriptio orbis terrae ; Phaenomena*, Historia 2000, Madrid, 1994.

(eds.) (1999): *La Península Ibérica Prerromana: de Éforo a Eustacio. Testimonia Hispaniae Antiqua IIB*, Fundación de Estudios Romanos. Editorial Complutense, S.A. Madrid.

MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1976): "El Corte F del Cerro Macareno. La Rinconada (Sevilla)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de*

Madrid, 3: 9-32.

MARTÍNEZ MOYA, E. (2014): "La Puerta de Sevilla. Implantación: territorio y ciudad en la Antigüedad", en M. González Jiménez, A. Caballos Rufino y J.A. Ruiz de la Rosa (directores y eds. Científicos) *Urbanismo, Arquitectura y Patrimonio en Carmona*. Actas del IX Congreso de Historia de Carmona, Universidad de Sevilla, Sevilla: 47-77.

MAYER, M. (1989): "Plinio el Viejo y las ciudades de la *Baetica*. Aproximación a un estado actual del problema", en *Estudios sobre Urso: Colonia Iulia Genetiva*, Ed. Alfar, Sevilla: 303-333.

MEANA, M.J. y PIÑERO F. (trad.), Estrabón *Geografía*, Libros III-IV, Ed. Gredos, Madrid, 1992.

MILLÁN LEÓN, J. (1989): *Ilipa Magna*, Gráficas Sol, Alcalá del Río.

MINKE, G. (2005): *Manual de Construcción para viviendas antisísmicas de tierra*, Universidad de Kassel.

MORA VICENTE, G.M. y ROMO SALAS, A.S. (2003): "Intervención arqueológica de urgencia en el Palacio Arzobispal de Sevilla. Sectores de Archivo y Tribunal. Primera fase de los trabajos. Sondeos I-II-IV. Aportaciones a la Sevilla Republicana", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2003, Vol. III: 179-196.

MORER, J., BELARTE, M. C., SANMARTÍ, J. y SANTACANA, J. (2000): "Experimentación en arquitectura protohistórica: el laboratorio de Arqueología Experimental de El Vendrell (Baix Penedés, Tarragona)", *Actas del Tercer Congreso de Arqueología Peninsular*, vol. V, Vila Real, Portugal: 389-402.

MORET, P. (1994) : "Alguns aspectes del desenvolupament de l'habitat organitzat a l'àrea ibèrica", *Cota Zero*, nº 10: 19-26.

(1998): "Rostros de piedra. Sobre la racionalidad del proyecto arquitectónico de las fortificaciones urbanas ibéricas", *Saguntum. Extra-1. Actas del Congreso Internacional Los iberos, príncipes de occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Universitat de Valencia, Departament de Prehistòria i d'Arqueologia, Valencia: 83-92.

(2002): "Maisons phéniciennes, grecques et indigènes: dynamiques croisés en Méditerranée occidentale (de l'Hérault au Segura) ", *Pallas*, 58: 329-356.

MUÑOZ TINOCO, J. y NÚÑEZ PARIENTE DE LEÓN, E. (1995): "Informe de la I.A.U. realizada en las calles San Marcos, núm. 27 a Puente, núm. 46 de Écija, Sevilla", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1995, Vol. III: 549-554.

NIVEAU DE VILLEDARY, A.M. y RUIZ MATA, D. (2000): "El poblado de Las Cumbres (Castillo de Doña Blanca): Urbanismo y materiales del s. III a.C.", *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Vol. II: 893-903. Servicio de Publicaciones, Universidad de Cádiz, Cádiz.

ORTEGA ORTEGA, J. M. (1999): "Microespacio y Microhistoria: La Arqueología del Espacio Doméstico", *Arqueología Espacial*, 21, Seminario de arqueología y etnología turolense: 101-115.

ORTIZ TEMPRADO, R. (2006): "Intervención arqueológica de urgencia en el solar situado en la calle Antonio Reverte nº 26 y 28 de Alcalá del Río (Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2006, Sevilla: 4366-4380.

OSUNA RUIZ, M., BEDIA GARCÍA, J. y DOMÍNGUEZ RICO, A.M. (2001): "El santuario protohistórico hallado en la calle Méndez Núñez (Huelva)", en *Ceràmiques jònies d'època arcaica: centres de producció i comercialització al Mediterrani Occidental*, *Actas de la Taula Redonda celebrada a Empúries*. Monografies Emporiques 11, Barcelona: 177-188.

PACHÓN VEIRA, F. y MANZANO AGUGLIARO, F. (2015): "Interpretación 3D del barrio fenicio de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)", <http://www.researchgate.net/publication/267408432>, (31/04/2015).

PELLICER CATALÁN, M. (1976-78): "Problemática general de los inicios de la iberización en Andalucía Occidental", *Ampurias* 38-40, *Simposio Internacional sobre el origen del mundo ibérico*: 3-21.

(1978) "Tipología y cronología de las ánforas prerromanas del Guadalquivir, según el Cerro Macareno (Sevilla)", *Habis*, 9: 365-400.

(1979-80): "Ensayo de periodización y cronología tartesia y turdetana", *Habis*, 10-11: 307-334.

(1996a): "La emergencia de Sevilla", *Spal*, 5: 87-100.

(1996b): "Huelva tartesia y fenicia", *Revista di Studi Fenici*, 24: 119-140.

(1998): "Los cortes estratigráficos de Itálica y su contribución al estudio de la dinámica histórico-cultural del yacimiento", *Boletín de Bellas Artes*, 26, 2ª época: 143-186.

PELLICER CATALÁN, M. y AMORES CARREDANO, F. (1985): "Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80A y CA-80B", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 22: 56-189.

PELLICER CATALÁN, M., ESCACENA CARRASCO, J.L. y BENDALA GALÁN, M. (1983): *El Cerro Macareno, Excavaciones arqueológicas en España*, 124, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid.

PÉREZ MACÍAS J. A., CAMPOS CARRASCO, J. M. y GÓMEZ TOSCANO, F. (2000): "Niebla, de oppidum a madina", *Anales de Arqueología Cordobesa* 11: 91-122.

PÉREZ, J.A., GÓMEZ, F., CASTILLA, E. y RASTRO, J. (1998): "Proyecto de arqueología urbana en Niebla (Huelva). Intervención arqueológica en C/Niña s/n", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1998, Vol. II: 121-126.

PÉREZ, J.A., VARGAS, J.M., ROMO, A.S. y SIERRA, F. (1987): "Carta arqueológica del término municipal de Osuna (Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1987, Vol. III: 607-611.

(1989): "Asentamientos ibero-turdetanos en el extremo suroccidental de la campiña sevillana (comarca de Osuna)", en *Estudios sobre Urso: Colonia Iulia Genetiva*, Ed. Alfar, Sevilla: 187-211.

PÉREZ PAZ, A. (1991): "Intervención arqueológica en Orippe (Dos Hermanas, Sevilla): 1990 y 1991", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1991, Vol. III: 479-487.

PLÁCIDO SUÁREZ, D. (1987-1988): "Estrabón III: el territorio hispano, la geografía griega y el imperialismo romano", *Habis*, 18-19: 243-256.

(1998): "Los iberos en los textos clásicos", en *Los iberos, príncipes de Occidente*. Catálogo de la Exposición Galeries nationales du Grand Palais, París. Centre Cultural de la Fundació "la Caixa", Kunst- und Ausstellungshalle der Bundesrepublik Deutschland, Berlin, Fundación La Caixa, Barcelona: 51-58.

RAPOPORT, A. (1972): *Vivienda y cultura*, Gustavo Gili, Barcelona.

REBOLLO CONDE. T (1987): "Informe sobre los trabajos realizados para la readaptación de la zona arqueológica próxima a la Puerta de Sevilla. Niebla", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1987, Vol. III: 516-520.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. (2014): *Astigi Vetus. Arqueología y urbanismo de la Écija turdetana (ss. VI-I a.C.)*, La Ergástula Ediciones, Madrid.

RODRÍGUEZ MUÑOZ, R. (2004): "Análisis de los espacios domésticos y comunitarios en la arquitectura prerromana de Huelva", *Saguntum*, 36: 53- 69.

RODRÍGUEZ TERMIÑO, I. y NÚÑEZ PARIENTE DE LEÓN, E. (1985): "Arqueología urbana de urgencia en Écija (Sevilla), 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985, Vol. III: 316- 325.

ROMAN RODRÍGUEZ, J.M. y VÁZQUEZ PAZ, J. (2003a): "Niveles de Hierro I en Carmona: excavaciones en el solar nº 7 de la calle Arellano, Carmona (Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2003, Vol. III: 289-300.

(2003b): "Estructuras prerromanas en el barrio de San Blas: intervención arqueológica de urgencia en el solar nº 51 de la calle San Teodomiro de Carmona (Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2003, Vol. III: 301-327.

ROMERO PAREDES, C., CARRASCO GÓMEZ, I. y VERA CRUZ, E. (2002): "Intervención arqueológica de urgencia en C/Virgen de la Piedad nº 16, C/Regidor y C/Olivares. Écija (Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2002. Tomo III, Actividades de urgencia, Vol. II: 443-454.

ROMO SALAS, A., GONZÁLEZ BELVIÁ, F.J., MARTÍN SANJUÁN, F. y GARCÍA DILS DE LA VEGA, S. (2002): "La política municipal de protección del patrimonio histórico", *PH Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico* 38. Año nº 10: 210-224.

RUFETE TOMICO, P. (2002): "El final de Tartessos y el periodo turdetano en Huelva", *Huelva Arqueológica*, 17.

RUFETE TOMICO, P. y GARCÍA SANZ, C. (1994): "Intervenciones arqueológicas realizadas en Huelva: excavación en Puerto 22 y sondeos en Plácido Buñuelos y Paseo de Santa Fe", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1994, Vol. III: 185- 190.

RUIZ MATA, D. (1987): "La formación de la cultura turdetana en la Bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca", *Iberos, Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*, Jaén, Junta de Andalucía, Sevilla: 299-314.

(1998): "Turdetanos: origen, territorio y delimitación del tiempo histórico" , *Revista de Estudios Ibéricos*, 3: 153-221.

(1999): "La fundación de Gadir y el Castillo de Doña Blanca: textual y arqueológica", *Complutum*, 10: 279- 317.

RUIZ MATA, D. y CÓRDOBA ALONSO, I. (1999): "Los hornos turdetanos del Cerro Macareno. Cortes H.I y H.II", *Actas del XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, Vol. III Impacto colonial y Sureste Ibérico, Cartagena: 95-106.

RUIZ MATA, D. y PÉREZ, C.J. (1995): *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*, Biblioteca de Temas Portuenses, nº 5 , Ayuntamiento de El Puerto de Santa María, El Puerto de Santa María.

RUIZ MATA, D. y VALLEJO SÁNCHEZ, J.I. (2002): "Continuidad y cambio durante el siglo VI a.C.: las cerámicas del Corte C del Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla)", *Spal* , 11: 197- 218.

RUIZ MATA, D., NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS, A. M. y VALLEJO SÁNCHEZ, J.I., (1998): "La ciudad Tartésica-Turdetana". *Saguntum Extra-1, Actas del Congreso internacional Los iberos, príncipes de occidente*. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica, Universitat de Valencia, Departament de Prehistòria i

d'Arqueologia, Valencia: 66-81.

RUIZ, A. y MOLINOS, M. (1993): *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Ed. Crítica, Barcelona.

RUIZ RODRIGUEZ, A. (1998): "Los iberos y su espacio", en *Los íberos, príncipes de Occidente*, Catálogo de la Exposición Galeries nationales du Grand Palais, París. Centre Cultural de la Fundació "la Caixa", Kunst- und Ausstellungshalle der Bundesrepublik Deutschland, Berlin, Fundación La Caixa, Barcelona: 77-89.

RUIZ ZAPATERO, A., LORRIO ALVARADO, A. y MARTÍN HERNÁNDEZ, M. (1989): "Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro: aproximación a un análisis comparativo del espacio doméstico", *Arqueología Espacial*, 9. Tomo IX: Del Bronce Final a Época Ibérica: 79-101.

SAÉZ FERNÁNDEZ, P., ORDÓÑEZ AGUILAR, S. GARCÍA VARGAS, E. y GARCÍA-DILS DE LA VEGA, S. (2004): *Carta Arqueológica municipal de Écija. 1. La ciudad*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla.

SALA SELLÉS, F. (2005): "Consideraciones en torno a la arquitectura y al urbanismo de la Contestania Ibérica", en L. Abad, F. Sala e I. Grau. (eds.) *La Contestania Ibérica, treinta años después. Actas de las I Jornadas de Arqueología Ibérica*. Serie Arqueológica, Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante.

SALA SELLÉS, F. y ABAD CASAL, L. (2006): "Arquitectura monumental y arquitectura doméstica en la Contestania", *Lucentum*, 25: 23-46.

SALAZAR FERNÁNDEZ, S. y RODRÍGUEZ PUJAZÓN, R. (2006): "I.A.P. En C/La Fuente nº 21 (Huelva)", *Anuario Arqueológico de Andalucía* 2006, Huelva: 2280-2291.

SALINAS DE FRÍAS, M. (2006): *Los pueblos prerromanos de la península Ibérica*, Ediciones Akal, Madrid.

SÁNCHEZ, J. (1998): "La arqueología de la arquitectura. Aplicación de nuevos modelos de análisis a estructuras de la alta Andalucía en época ibérica", *Trabajos de Prehistoria* 55, nº2: 89-109.

SÁNCHEZ GARCÍA, A. (1996): "La problemática de las construcciones con tierra en la prehistoria y en la protohistoria peninsular. Estado de la cuestión", *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología*, Vol. I, Elche: 349-358.

(1997): "Elementos arquitectónicos de barro de un poblado protohistórico: Los Almadenes (Hellín, Albacete)", *Actas del XXIV Congreso Nacional de Arqueología*. Vol. III *Impacto colonial y Sureste Ibérico*, Cartagena, Instituto de Patrimonio Histórico, Dirección General de Cultura, Murcia: 221-232.

(1999): "La técnicas constructivas con tierra en la arqueología prerromana del país valenciano", *Quaderns de prehistòria i arqueologia de Castelló*, 20: 161-188.

SÁNCHEZ MORENO, E. (2008): "De los pueblos prerromanos: culturas, territorios e identidades", en E. SÁNCHEZ MORENO (coord.) *Protohistoria y Antigüedad de la Península Ibérica. Vol. II. La Iberia prerromana y la Romanidad*, Ed. Sílex, Madrid: 19- 290.

SANMARTÍ, J. (1998): "La casa ibérica", en *Los iberos, príncipes de Occidente*. Catálogo de la Exposición Galeries nationales du Grand Palais, París. Centre Cultural de la Fundació "la Caixa", Kunst- und Ausstellungshalle der Bundesrepublik Deutschland, Berlin, Fundación La Caixa, Barcelona: 92-94.

SANMARTÍ, J y SANTACANA, J. (1986): "Análisis funcional de los recintos domésticos del poblado de Alorda Park (Calafell, Baix-Penedés, Tarragona)" en *Arqueología Espacial*, 9. *Coloquio sobre el microespacio-3. Del Bronce Final a Época Ibérica*: 257-270.

SANTANA FALCÓN, I. (1990): "Excavación arqueológica de emergencia en la C/ J. Romero Velásquez 9 de Santiponce (Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1990, Vol. III: 444-449.

SANTOS VELASCO, J. A. (1989): "Vivienda y distribución desigual de la riqueza en La Bastida de les Alcuses (Valencia)", *Arqueología Espacial*, 9. Tomo IX: Del Bronce Final a Época Ibérica: 339-348, Ed. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de Teruel, Universidad de Zaragoza.



SCHATTNER, T. G. (2005): "La Puerta de Sevilla en Carmona y otras puertas romanas en la Península Ibérica", *Romula*, 4: 67-98.

SCHATTNER, T. G. y PÉREZ MACÍAS, J.A. (2006): "Resultados de la prospección geofísica en El Cerquillo. (El Cerro de Andévalo, Huelva)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2006, Huelva: 2243-2247.

SCHUBART, H (1975): *Die Kultur der Bronzezeit in Südwesten der Iberischen Halbinsel*, *Madrider Forschungen*, 9.

SCHUBART, H. y GARRIDO, J.P. (1967): "Probegrabung auf dem Cabezo de la Esperanza un Huelva", *Madrider Mitteilungen*, 8: 123-158.

TEJERA GASPAR, A. (1986): "Excavaciones arqueológicas en el Huerto Pimentel (Lebrija, Sevilla)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 26: 87-116.

TOMASSETTI GUERRA, J.M. (1997): "Contribución al estudio del urbanismo antiguo en el Bajo Guadalquivir: el caso de Lebrija (Sevilla)", *Spal*, 6: 243-262.

ZAMORA LÓPEZ (2007). : "La inscripción sobre fragmento de pizarra hallada en Alcalá del Río: un excepcional epígrafe neopúnico", en E. Ferrer, A. Fernández, J.L. Escacena y A. Rodríguez (eds.), *Ilipa Antiqva, De la prehistoria a época romana* Ayuntamiento de Alcalá del Río y Cajasol, Sevilla: 131-147.

VAQUERIZO GIL, D. (1986): "Excavación de urgencia "Plaza de San Pedro (Huelva)". *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1986, Vol. III: 148-154.

VELA COSSIO, F. (1995): "Para una prehistoria de la vivienda. Aproximación historiográfica y metodológica al estudio del espacio doméstico prehistórico", *Complutum*, 6: 257-276.

(2006): *Espacio doméstico y arquitectura del territorio en la prehistoria peninsular: tipología y razón constructiva en la arquitectura celtibérica*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.

VERA REINA, M. (1987): "Aportación al conocimiento de la Sevilla Antigua. Revisión de la excavación de Cuesta del Rosario", *Archivo Hispalense*, Tomo LXX

nº 215: 37-60.

VIDAL TERUEL, N. de la O. (2004): "La localización e identificación de la *ITUCCI/TUCCI* de época romana: Tejada la Vieja versus Tejada la Nueva", *II Encontro de Arqueologia do Sudoeste da Península Iberica*. (Faro, 7-9 de Noviembre de 1996), Faro: 215-220.

VIVES-FERRÁNDIZ SÁNCHEZ, J. (2013): "Del espacio doméstico a la estructura social en un *oppidum* ibérico. Reflexiones a partir de la Bastida de les Alcusses", en S. Gutiérrez e I. Grau (eds.) *De la estructura doméstica al espacio social. Lecturas arqueológicas del uso social del espacio*, Serie Arqueológica, Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante: 95-110.

WHISHAW, E. (1929): *Atlantis in Andalusia. A study of Folk Memory*. Londres.

## **VII. Índices de tablas e ilustraciones**

### **VII.1. Índice de tablas**

Tabla 1. Cuadro-resumen de las intervenciones arqueológicas con restos constructivos turdetanos en la ciudad de Huelva.....	109
Tabla 2. Cuadro-resumen de las intervenciones arqueológicas con restos constructivos turdetanos en Niebla.....	138
Tabla 3. Cuadro-resumen de las diferentes campañas arqueológicas llevadas a cabo en Tejada la Vieja.....	174
Tabla 4. Cuadro-resumen de las intervenciones arqueológicas realizadas en Alcalá del Río en las que se han documentado restos constructivos domésticos de época turdetana. ....	192
Tabla 5. Cuadro-resumen de los diferentes trabajos arqueológicos llevadas a cabo en el Cerro Macareno.....	205
Tabla 6. Cuadro-resumen de las intervenciones arqueológicas con restos constructivos turdetanos en Sevilla.....	229
Tabla 7. Cuadro-resumen de las intervenciones arqueológicas con restos constructivos turdetanos en Carmona.....	268
Tabla 8. Cuadro-resumen de las intervenciones arqueológicas con restos constructivos turdetanos en Écija.....	281
Tabla 9. Cuadro-resumen de las intervenciones arqueológicas con restos constructivos turdetanos en Setefilla.....	304
Tabla 10. Medidas de los adobes conservados de época turdetana.....	375

## VII.2. Índice de ilustraciones

Figura 1: Proyecto Geoarqueológico “Marismas del Guadalquivir”: El Golfo del Guadalquivir en su máxima extensión con indicación de los principales referentes geográficos en los tiempos tartesios (Arteaga y Roos 2007: 57).....	21
Figura 2: La paleodesembocadura del Guadalquivir en época tartésica y asentamientos protohistóricos más importantes según Escacena (2001a: 75): 1. Caura (Coria del Río); 2. Cerro de la Albina (La Puebla del Río); 3. Orippe (Torre de los Herberos); 4. Osset (San Juan de Aznalfarache); 5. Hispalis (Sevilla); 6. El Carambolo (Camas); 7. Cerro Macareno; 8. Carmo (Carmona); 9. Ilipa (Alcalá del Río). .....	23
Figura 3: El Bajo Guadalquivir durante la Edad de Hierro con los principales núcleos de población (Ferrer, García y Escacena 2010: 64).....	28
Figura 4: Plano topográfico de Huelva en el siglo XIX (Fernández Jurado, García Sanz y Rufete Tomico 1997: 15).....	69
Figura 5: Pintura del siglo XVIII donde se puede observar la topografía y la línea de la costa en aquella época ( <a href="https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/thumb/c/c4/Puerto_de_Huelva_siglo_XVIII.JPG/220px-Puerto_de_Huelva_siglo_XVIII.JPG">https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/thumb/c/c4/Puerto_de_Huelva_siglo_XVIII.JPG/220px-Puerto_de_Huelva_siglo_XVIII.JPG</a> ).....	70
Figura 6: Estuario de Huelva (Fernández Jurado, García Sanz y Rufete Tomico 1997: 11).....	71
Figura 7: Excavaciones realizadas en el casco urbano de Huelva hasta los años 90 por la Diputación Provincial (Fernández Jurado, García Sanz y Rufete Tomico 1997: 6).....	74
Figura 8: Restos constructivos hallados en la Plaza de Quintero Báez (Fernández Jurado 1985a: 180). .....	80
Figura 9: Muros de lajas de pizarra de la excavación del solar 13-15 de la calle La Fuente (Fernández Jurado 1985b: 185).....	81
Figura 10: Excavación en la calle Méndez Núñez nº 5 (Fernández Jurado 1985c: 174).....	83
Figura 11: Planta de los restos constructivos hallados en Méndez Núñez nº 5 (Fernández Jurado 1985c: 176).....	84
Figura 12: Planta general de las estructuras halladas en la excavación de Méndez Núñez nº 8 (Fernández Jurado y Rufete Tomico 1987a: 283).....	87
Figura 13: Planta general de la excavación de la calle Fernando el Católico nº 10 (Fernández Jurado, Rufete Tomico y García Sanz 1989a: 247).....	89
Figura 14: Alzado de las estructuras 1 y 3 de la calle Fernando El Católico nº 10 (Fernández Jurado, Rufete Tomico y García Sanz 1989a: 248, Lámina 2).....	90
Figura 15: Construcciones de Puerto 12: M-1, M-2, M-3 y M-4 (Rufete 2002: 102).....	92
Figura 16: Construcciones de Puerto 12: M-5, M-6, M-7 y M-8, H-1, H-2, H-8, H-9 y A-10 (Rufete 2002: 104).....	94
Figura 17: Construcciones de Puerto 12: M-7, M-10, M-11, M-12, M-13, M-14, M-15, M-16, M-17 y M-18, H-3, H-4, H-5 y H-6 (Rufete 2002: 107).....	95
Figura 18: Cuadro resumen cronológico-cultural (Rufete 2002: 188).....	97
Figura 19: Poblamiento de Huelva en época turdetana (siglo IV a.C.) (Ruiz Mata 1998:176).....	113
Figura 20: Intervenciones arqueológicas realizadas en Niebla hasta el año 2005.(Campos Carrasco, Gómez Toscano y Pérez Macías 2006: 44).....	119
Figura 21: Vista exterior de la zona oriental de la muralla de Niebla, sector “muro de Droop” (Campos Carrasco 1996: 93).....	121

Figura 22: Excavaciones arqueológicas en la Puerta de Sevilla entre 1978-1982 (Belén y Escacena 1990: 183).....	122
Figura 23: Estructuras halladas en la Cata- 8 (Belén y Escacena 1990: 205).....	123
Figura 24: Construcciones prerromanas de la Cata- 8 (Belén y Escacena 1990: 200).....	125
Figura 25: Desembarcadero. Planta del Sector II-E (Bedia y Pérez 1993: 37).....	130
Figura 26: Cotas alcanzadas en las diferentes excavaciones arqueológicas realizadas en el suelo urbano de Niebla (Campos Carrasco 1996: 190).....	136
Figura 27: Tejada la Vieja y su entorno (Escacena del Campo, Huelva) (Blanco y Rothenberg 1981: 232).....	141
Figura 28: Topografía y zona excavada de Tejada la Vieja por Blanco y Rothenberg (Blanco y Rothenberg 1981: 235).....	143
Figura 29: Los cuadros A3 y J5 vistos desde el norte (Blanco y Rothenberg 1981: 247).....	144
Figura 30: Planta de los cuadros A3 y J5 (Blanco y Rothenberg 1981: 245).....	145
Figura 31: Pisos L26 y L27 en la habitación L3 y entrada a la habitación L5 (Blanco y Rothenberg 1981: 256).....	147
Figura 32: El área B-C (Blanco y Rothenberg 1981: 257).....	148
Figura 33: Planta parcial del área B-C (Blanco y Rothenberg 1981: 260).....	150
Figura 34: Propuesta de reconstrucción de la vivienda del Nivel 1, del área B-C (Blanco y Rothenberg 1981: 262).....	151
Figura 35: Mapa topográfico de Tejada con la situación de las intervenciones excavaciones arqueológicas realizadas (Fernández Jurado 1987c: 56).....	153
Figura 36: Cuadro A-3/84 (Fernández Jurado 1987c: 64).....	154
Figura 37: Cortes C-1/85 y C-2/85 (Fernández Jurado 1985d: 340).....	156
Figura 38: Cuadro A-1/85 (Fernández Jurado 1985d: 344).....	158
Figura 39: Cuadro A-3/85 (Fernández Jurado 1987b: 72).....	159
Figura 40: Vista general de las cuadrículas excavadas (Fernández Jurado 1986a: 374).....	161
Figura 41: Construcciones y calles en A-9 y A-6 (Fernández Jurado 1986a: 376).....	162
Figura 42: Vista general del cuadro A-6 (Fernández Jurado 1987c: 78).....	164
Figura 43: Planta del "gran edificio" de la cuadrícula A-10 (Fernández Jurado 1986a: 375).....	165
Figura 44: Plano de Tejada con la de localización del área excavada en la campaña del 2006 (García Sanz 2006: 2188).....	168
Figura 45: Estructuras constructivas pertenecientes a H01 y H02 (García Sanz 2006: 2190).....	169
Figura 46: Recinto 07 con pilar central (García Sanz 2006: 2190).....	170
Figura 47: Plano de las estructuras excavadas (García Sanz 2006: 2189).....	171
Figura 48: Propuesta de sectorización geoarqueológica del casco antiguo de Alcalá del Río (Borja Barrera 2007: 35).....	190
Figura 49: Vista general de la estancia E-11 (Ferrer Albelda y García Fernández 2007: 110).....	192
Figura 50: Elevación en la que se sitúa el asentamiento primitivo de la ciudad de Sevilla (Campos 1986: 147).....	221
Figura 51: Localización de las intervenciones arqueológicas realizadas en Sevilla en las que se han documentado restos constructivos de época turdetana (Elaboración propia).....	222
Figura 52: Sevilla Argote de Molina 7, nivel 22. (Campos 1986: 37).....	224
Figura 53: Estructura 2 (Jiménez Sancho et alii 2006: 288).....	230
Figura 54: Estructura 4 (Jiménez Sancho et alii 2006: 295).....	231
Figura 55: Modelado digital del terreno del tell protohistórico, según González Acuña, con los restos constructivos de época turdetana documentados (Escacena y García 2012: 791).....	235

Figura 56: Cerro de San Juan, Coria del Río (Escacena 2001b: 74).....	238
Figura 57: Plano de localización de las excavaciones arqueológicas donde se han documentado estructuras protohistóricas en Carmona (Linerós 2007: 429).....	245
Figura 58: Plano de Carmona: situación de los cortes A y B (Pellicer y Amores 1985: 64).....	249
Figura 59: Planta general de los muros hallados en CA-80/A (Pellicer y Amores 1985: 73).....	250
Figura 60: Planta del nivel 7 base (Pellicer y Amores 1985: 70).....	251
Figura 61: Plano de situación de las cuadrículas y de las estructuras murarias en la I.A.P. de la C/Juan de Ortega nº 24 (Gómez Saucedo 2003: 330).....	261
Figura 62: Cimentación del muro 9 de época turdetana (U.E.45) y pavimentos de arcilla apisonada (Gómez Saucedo 2003: 336).....	262
Figura 63: Posible hogar de la C/ Juan de Ortega 24 (Gómez Saucedo 2003: 337).....	263
Figura 64: Estructuras turdetanas de C/San Teodomiro 51 (Linerós 2007: 441).....	265
Figura 65: Plano de las estructuras turdetanas en el barrio de San Blas (Linerós 2007: 451).....	270
Figura 66: Intervenciones arqueológicas en el casco urbano de Écija (Carrasco Gómez et alii 2010: 326).....	278
Figura 67: El yacimiento de Alhonor con el Castillo medieval (2) y la localización de las campañas de excavación de 1977 (1), 1978 (3) y 1979 (4) (Belén Deamos 2011-12: 335).....	290
Figura 68: Planta del sector ocupado excavado en 1978 (López Palomo 1999: 98).....	292
Figura 69: Muro 3 (De La Bandera y Ferrer 2002: 126).....	298
Figura 70: Mapa del asentamiento prerromano de Osuna (Campos Carrasco 1989: 106).....	302
Figura 71: Paleodesembocaduras del Guadalquivir y del Guadalete según J. Gavala (1959, lám. II). .....	310
Figura 72: Intervenciones arqueológicas en la ciudad de Cádiz (García Alfonso 2010-2011: 91).....	312
Figura 73: Paleogeografía y asentamientos en la Bahía de Cádiz (García Alfonso 2010-2011: 90).....	313
Figura 74: Excavaciones de 1982 y 1983: planta de las viviendas y las zonas industriales turdetanas de los siglos IV y III a.C. (Ruiz Mata y Pérez 1995: 109).....	317
Figura 75: Poblado de Las Cumbres: viviendas, almacenes y zonas industriales (Ruiz Mata y Pérez 1995: 110).....	321
Figura 76: Muros del siglo V a.C. de la C/Ánimas (Bueno Serrano 2014: 235).....	324
Figura 77: Muros del siglo V a.C. Documentados en la excavación de la Nave Municipal (Bueno Serrano 2014: 236).....	325
Figura 78: Muros del siglo V a.C. documentados en la excavación de la Nave Municipal (Bueno Serrano 2014: 236).....	327
Figura 79: pavimentos de arcilla roja de los siglos VI-V a.C. documentados en la excavación de la C/Diego Navarro nº 20 de Carmona (Imagen cedida por M. Belén).....	356
Figura 80: Pavimento de lajas en Tejada la Vieja documentado en la Campaña de 2006 junto a H02 (García Sanz 2006: 2192).....	358
Figura 81: Muro con zócalo de mampostería y alzado de adobe, con revestimiento de arcilla y enlucido de color rojo (Imagen cedida por M. Belén).....	360
Figura 82: Gráficos de accesibilidad del gran edificio de Alhonor (Elaboración propia).....	371
Figura 83: Recreación del interior de una vivienda turdetana, Museo de la Ciudad de Carmona ( <a href="http://www.museociudad.carmona.org/index.php/museo/la-coleccion/salas-4-6-carmona-turdetana">http://www.museociudad.carmona.org/index.php/museo/la-coleccion/salas-4-6-carmona-turdetana</a> ). .....	387
Figura 84: Propuesta de reconstrucción en 3D de las viviendas del Período II- Fenicio A en el yacimiento del “Teatro Cómico” de Cádiz (Gener Basallote et alii 2014: 39).....	387
Figura 85: Vista aérea 3D del barrio fenicio de Doña Blanca, El Puerto de Santa María, Cádiz (Pachón	

y Manzano 2015).....	388
Figura 86: Reconstrucción del alzado del barrio fenicio de Doña Blanca, El Puerto de Santa María, Cádiz (Pachón y Manzano 2015).....	388